



**HARLAN
COBEN**

**SIN UN
ADIÓS**

RBA

D.J.57

Título original: *Play Dead*

© Harlan Coben, 1990,, 1993.

© de la traducción: Alberto Coscarelli, 2018.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2018.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

REF.: ODBO237

ISBN: 9788491870692

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

Epílogo

PRÓLOGO

29 DE MAYO DE 1960

Sería un error mirarla mientras hablaba. Sabía que sus palabras no podrían afectarle; su rostro y su cuerpo, sí.

Sinclair se dio la vuelta para mirar a través de la ventana mientras ella cerraba la puerta. Era un día caluroso, y fuera vio a muchos estudiantes haraganeando al sol. Unos pocos jugaban al fútbol americano, pero la mayoría estaban tumbados sobre mantas; parejas acurrucadas, con los libros de texto desparramados a su lado, ignorados, ofreciendo la ilusión de que al menos habían tenido la voluntad de estudiar.

Los reflejos dorados de una melena rubia llamaron su atención. La joven se volvió, y Sinclair reconoció a la bonita estudiante que asistía a su clase de las dos de la tarde. Media docena de chicos la rodeaban, todos ellos afanándose por captar su atención, todos ellos deseosos de atraer su sonrisa. De una de las habitaciones salía la música del último disco de Buddy Holly, que se desparramaba por todo el campus. Sinclair miró una vez más a la atractiva rubia. Distaba mucho de ser tan guapa como la morena que se hallaba tras él.

—¿Y bien? —preguntó.

La despampanante belleza asintió desde el otro lado de la habitación, pero se dio cuenta de que él evitaba mirarla.

—Sí.

Sinclair soltó un fuerte suspiro. Debajo de su ventana, algunos muchachos se apartaron de la rubia con rostros desilusionados, como si los hubieran eliminado de una competición; lo que, supuso, era exactamente lo que había sucedido.

—¿Estás segura?

—Por supuesto que estoy segura.

Sinclair asintió, aunque no sabía por qué lo había hecho.

—¿Qué vas a hacer ahora?

Ella lo miró incrédula.

—Corrígeme si me equivoco —comenzó muy enfadada—, pero creo que tú también estás implicado en esto.

Una vez más, él asintió sin ningún motivo. En el campus, otro chico había sido expulsado del cuadrilátero, lo que solo dejaba a dos luchando por los presuntos favores de la rubia. Volvió su atención al partido de fútbol, y vio cómo un pase flotaba lentamente a través del aire húmedo. Un muchacho con el pecho desnudo alzó los brazos. El balón dio vueltas hacia él, le rebotó en la punta de los dedos y cayó al suelo.

Sinclair, concentrado en el juego, intuyó la desilusión del muchacho y continuó esforzándose por no hacer caso del poder que ella ejercía sobre su mente. Su mirada se volvió de nuevo hacia la chica rubia. Había escogido a un ganador y el perdedor se marchaba, cabizbajo y malhumorado.

—¿Quieres hacer el favor de darte la vuelta y mirarme?

Una sonrisa apareció en los labios de Sinclair, pero no era tan tonto como para caer en la trampa. No se expondría a sus increíbles armas. No permitiría que ella lanzase sobre él su hechizo sensual. Observó al joven que había conquistado a la rubia. Incluso desde su ventana del primer piso, podía ver el deseo en los grandes ojos del muchacho, que ahora se acercaba a ella para reclamar la presa ganada con tanto esfuerzo. El muchacho la besó, y sus manos comenzaron a moverse.

El vencedor tomaba su trofeo.

Sinclair desvió la atención hacia el edificio de la biblioteca. Tenía la sensación de estar invadiendo la intimidad de la joven pareja, ahora que la situación se había convertido en algo físico. Se puso un cigarrillo entre los labios.

—Vete.

—¿Qué?

—Que te vayas. Haz lo que prefieras, pero no quiero verte aquí nunca más.

—No puedes decirlo en serio.

—Claro que puedo. —Encendió el cigarrillo—. Y lo hago.

—Pero yo iba a decir...

—No le digas nada a nadie. Esto ya ha ido demasiado lejos.

Se produjo un silencio. Cuando ella habló de nuevo, su voz era suplicante y su tono lo exasperó.

—Pero yo creía...

Sinclair le dio una larga calada al cigarrillo, como si quisiera acabarlo de una vez. Oyó un fuerte bofetón procedente del campus. La rubia había frenado de golpe las hormonas del joven cuando este estaba intentando ir más allá del inocente magreo.

—Es obvio que has cometido un error. Ahora vete.

—Eres un cabrón... —susurró ella.

Él asintió de nuevo, pero esta vez en total acuerdo con lo dicho.

—Haz el favor de largarte de mi despacho.

—Cabrón... —repitió ella.

Oyó el portazo. Los tacones altos resonaron en el suelo de madera, mientras la mujer más hermosa que había conocido salía del edificio cubierto de hiedra.

Siguió mirando a través de la ventana sin fijarse en nada en particular. Con la visión desenfocada, su mundo se convirtió en una borrosa masa de hierba verde y edificios de ladrillos, y su mente se llenó con una serie de «¿y si...?».

El rostro de la mujer flotó delante de sus ojos. Los cerró, pero la imagen no desapareció.

«He hecho lo correcto. He hecho lo correcto. He hecho lo...».

Abrió los ojos. El miedo lo dominó. Tenía que encontrarla, tenía que decirle que nada de lo que había dicho tenía sentido. Estaba a punto de girar la silla, levantarse y correr tras ella, cuando sintió que algo metálico se apoyaba en su nuca.

Un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

—Cabrón.

El disparo retumbó en el aire inmóvil.

17 DE JUNIO DE 1989

Laura abrió la ventana y dejó que la suave brisa tropical refrescase su cuerpo desnudo. Cerró los ojos mientras el aire fresco de las palmeras le hacía cosquillas en la piel. Todavía le temblaban los músculos de las piernas. Se volvió hacia la cama y sonrió a David, el responsable de que sus piernas estuviesen en esa precaria situación.

—Buenos días, señor Baskin.

—¿Buenos días? —repitió David, y miró el reloj que había en la mesilla de noche, en medio de un silencio solo roto por el rumor de las olas al otro lado de la ventana—. Ya es media tarde, señora Baskin. Hemos pasado casi todo el día en la cama.

—¿Y te quejas?

—Desde luego que no, señora B.

—Entonces no te importará hacer un poco más de ejercicio.

—¿Qué tienes en mente?

—¿Qué tal ir a nadar?

—Estoy agotado —respondió él, y se dejó caer sobre las almohadas—. No podría moverme ni aunque la cama estuviese ardiendo.

Laura sonrió, seductora.

—Bien.

Cuando ella empezó a acercarse lentamente hacia la cama, David abrió los ojos como platos y recordó la primera vez que había visto aquel cuerpo; de hecho, la primera vez que el mundo había visto aquel cuerpo. Fue hace una década, casi ocho años antes de que se conocieran. Laura había debutado a los

diecisiete como chica de portada del *Cosmopolitan* vestida con... ¿Quién demonios vio lo que fuera que llevara? Por aquel entonces, él era estudiante de primer curso en la Universidad de Michigan, y aún recordaba cómo todos los miembros del equipo de baloncesto se habían quedado boquiabiertos cuando vieron la portada en un quiosco de Indiana, antes del partido de la Final Four.

—¿Adónde vas? —le preguntó, fingiendo miedo.

La sonrisa de ella se ensanchó.

—Vuelvo a la cama.

—Por favor, no. —Levantó una mano para detenerla—. Harás que acabe en el hospital.

Ella continuó acercándose.

—Vitamina E —suplicó David—. Por favor.

Ella no se detuvo.

—Voy a gritar que me violan.

—Grita.

—Ayuda —dijo él con una voz apenas audible.

—Relájate, Baskin. No voy a atacarte.

En el rostro de David se reflejó la desilusión.

—¿Ah, no?

Ella negó con la cabeza, se volvió y comenzó a alejarse de nuevo.

—Espera —la llamó él—. ¿Adónde vas?

—Al *jacuzzi*. Te invitaría a que me acompañases, pero sé lo cansado que estás.

—Noto que recupero las fuerzas.

—Tu capacidad de recuperación es realmente increíble.

—Gracias, señora B.

—Pero todavía estás en baja forma.

—¿En baja forma? —repitió David—. Jugar contra los Lakers no es tan agotador.

—Necesitas hacer ejercicio.

—Lo intentaré, entrenador, lo intentaré. Solo dígame qué debo hacer.

—Al *jacuzzi* —ordenó Laura.

Se echó una bata de seda sobre los hombros, cubriendo solo en parte la preciosa figura que la había convertido en la modelo mejor pagada del mundo, hasta su temprano retiro acaecido cuatro años antes, a la tierna edad de veintitrés. David salió de debajo de las sábanas de satén. Medía casi metro noventa y cinco, un poco por debajo de lo recomendable para ser un jugador de baloncesto profesional.

Laura contempló con admiración su cuerpo desnudo.

—No me extraña que digan que has revolucionado el juego.

—¿Qué quieres decir?

—Tu culo, Relámpago Blanco. Las mujeres van a los partidos solo para ver cómo se mueve por la cancha.

—Haces que me sienta vulgar.

David empezó a llenar la bañera circular con agua caliente y puso en marcha los chorros. Descorchó una botella de champán y sumergió su musculoso cuerpo en el agua. Laura se aflojó la bata y comenzó a quitársela. Aquello era el paraíso. Todo era perfecto. Sonó el teléfono.

Laura puso los ojos en blanco.

—Será mejor que lo coja —dijo a regañadientes. Se anudó de nuevo el cordón de seda y volvió al dormitorio.

David se echó hacia atrás, dejando que sus piernas flotaran en el agua. Sentía el cálido masaje de los chorros en su agotado cuerpo. Sus músculos todavía estaban doloridos por los duros partidos finales, pese a que habían acabado hacía un mes. Sonrió. Los Celtics habían ganado, así que se trataba de un dolor agradable.

—¿Quién era? —preguntó cuando ella volvió.

—Nadie.

—¿Nadie nos llama a Australia?

—Solo era el Grupo Peterson.

—¿El Grupo Peterson? —repitió David—. ¿No es la compañía que quieres

que represente la línea Svengali en el Pacífico Sur?

—La misma.

—¿La compañía con la que has estado intentando por todos los medios fijar un encuentro durante los últimos seis meses?

—Así es.

—¿Y?

—Quieren reunirse conmigo hoy.

—¿Cuándo vas?

—No iré.

—¿Qué?

—Les he dicho que no podía reunirme con ellos mientras estoy de luna de miel. Ya sabes, mi marido es muy posesivo.

David soltó un suspiro.

—Si pierdes esta oportunidad, tu marido te dará una patada en el culo. Además, ¿cómo va a mantener el tren de vida al que está acostumbrado si su mujer deja pasar las grandes oportunidades?

La bata de Laura cayó al suelo, y aunque él había visto su cuerpo muchas veces desde que se habían enamorado dos años antes, descubrió que todavía lo dejaba boquiabierto. Laura se unió a él en la bañera y cerró los ojos mientras soltaba un largo suspiro de placer. David observó cómo el agua rodeaba sus pechos. Su cabello negro caía sobre sus hombros y enmarcaba aquel rostro de una increíble belleza europea.

—No te preocupes —dijo ella, y al abrir sus resplandecientes ojos azules con chispas de gris plateado, le dirigió una mirada capaz de atravesar el acero—. Te prometo que estarás bien atendido.

Él negó con la cabeza.

—¿Qué se ha hecho de aquella zorra despiadada de los negocios de la que me enamoré?

Ella metió un pie entre sus piernas, buscándolo.

—A ella le encanta que digas palabrotas.

—Pero...

—Olvídalo, Baskin. No estoy dispuesta a dejar a mi marido ni por un momento.

Él soltó un gemido.

—Mira, llevamos tres semanas juntos. Si paso veinticuatro horas al día contigo durante tres semanas, me volverás loco. Aunque solo sea por mi bien, ve a esa reunión. Ya has empezado a ser una plasta.

—Tienes un pico de oro. No me extraña que me enamorase de ti. —Se inclinó hacia delante y le masajó las fuertes piernas—. ¿Alguna vez te he dicho que tienes unas piernas preciosas?

—Con mucha frecuencia. ¿A qué vienen tantos cumplidos? ¿Quieres que se me suban a la cabeza?

Su pie se movió y luego se apoyó contra él.

—A mí me parece que ya lo he conseguido.

Él la miró, asombrado.

—¿Ese es el lenguaje de la mujer empresaria del año pasado? Estoy sorprendido, avergonzado... y cachondo. Sobre todo, cachondo.

Laura se acercó más a él, y presionó sus firmes senos contra su pecho.

—¿Por qué no hacemos algo al respecto?

—Solo si me prometes que después te reunirás con el Grupo Peterson.

Los labios de Laura encontraron su oreja.

—A veces no te entiendo —susurró—. Se supone que los hombres se sienten amenazados por las mujeres con carrera.

—Una carrera plagada de triunfos —la corrigió él, orgulloso—. Y si yo fuese uno de esos hombres, me habrías dejado hace tiempo.

—Eso nunca... —replicó ella con voz suave—. Y si voy, ¿qué harás para mantenerte ocupado mientras estoy fuera?

David le sujetó las nalgas con sus fuertes manos y la puso encima de él; sus labios quedaron a unos centímetros de los pezones.

—Practicaré unos cuantos lanzamientos —respondió—. Como has dicho,

estoy en baja forma. ¿Me lo prometes o no?

Laura sintió su aliento sobre la piel.

—¡Hombres! Siempre están utilizando sus cuerpos para salirse con la suya.

—¿Lo prometes?

Su erección estaba justo debajo de ella. Laura lo deseaba; su cuerpo temblaba tanto que apenas consiguió asentir.

David la penetró. Laura jadeó y después gritó, mientras le rodeaba la cabeza con los brazos. Movi6 el cuerpo adelante y atr6s, sus dedos se hundieron en su pelo, sus pechos se apretaron contra su rostro...

Laura se levant6 de la cama, bes6 a David, que estaba dormido, y se duch6. Se sec6 sus largas y 6giles piernas y comenz6 a vestirse. Usaba muy poco maquillaje, solo un ligero toque alrededor de los ojos, pues su piel morena no necesitaba cosm6ticos para realzar su brillo natural. Se visti6 con un traje de chaqueta gris con el logotipo de Svengali, y se abroch6 la blusa blanca.

Siempre hab6a tenido los pechos grandes; no lo que la mayor6a consideraba enormes, pero cuando comenz6 a desfilarse, hac6a ya diez a6os, eran demasiado grandes para un modelo convencional, excepto para los ba6adores y las fotos faciales. Su agencia quiso que se aplastara el pecho durante los desfiles, algo a lo que Laura se neg6, afirmando que era como pedirle a un hombre que se atase los test6culos al muslo. Sin embargo, en cuanto apareci6 en *Cosmopolitan* nada pudo detener su carrera. Laura era el rostro y el cuerpo que no te cansabas de ver y, junto con algunas de sus colegas, como Paulina Porizkova y Elle Macpherson, ayud6 a que el escote volviese a estar de moda, si es que alguna vez hab6a dejado de estarlo.

David se despert6, se sent6 en la cama y contempl6 a quien era su esposa desde hac6a cuatro d6as.

—La transformaci6n es completa.

—¿Transformaci6n?

—De ninfómana a empresaria despiadada. Lo siento por los tipos de Peterson.
Laura se echó a reír.

—No tardaré más de una hora o dos. —Se puso los pendientes y se acercó para darle un beso a David—. ¿Me echarás de menos?

—Ni siquiera un poquito.

—Cabronazo.

David apartó las mantas y se levantó.

—¿Besas a tu madre con esa boca tan sucia?

Ella miró su musculoso cuerpo y negó con la cabeza.

—Increíble —murmuró—. ¿De verdad esperas que deje ese cuerpo aunque solo sea unos segundos?

—Oh, oh.

—¿Qué?

—Un problema en la transformación, capitán. Todavía intuyo algunas moléculas de ninfómana ocultas bajo la fachada de empresaria.

—Intuyes bien.

—¿Laura?

—¿Sí?

David la cogió de la mano.

—Te quiero —comenzó, con los ojos empañados en lágrimas—. Me has convertido en el hombre más feliz del mundo.

Ella lo abrazó con los ojos cerrados.

—Yo también te quiero, David. No podría vivir sin ti.

—Envejece conmigo, Laura, y te prometo que siempre te haré feliz.

—Trato hecho —dijo ella con voz suave—, y más vale que cumplas tu promesa.

—Lo juro —aseguró David.

Laura le dio un beso, sin comprender aún que la luna de miel se había acabado.

—Buenos días, señora —la saludó el recepcionista.

—Buenos días —le respondió Laura con una sonrisa.

Se alojaban en el Reef Resort Hotel de Palm's Cove, a unos treinta kilómetros de Cairns, en Australia. El hotel era un apacible trozo de paraíso aislado con vistas al Pacífico, oculto por las centenarias palmeras y la exuberante vegetación del norte tropical australiano. Si navegabas en cualquier dirección, te quedabas hechizado por la multitud de colores de la Gran Barrera de Coral, la obra de arte más exquisita de la naturaleza, hecha de coral y exótica vida marina; un parque sumergido que el hombre exploraba y preservaba. Si viajabas por tierra, te encontrabas paseando por frondosos bosques llenos de imponentes saltos de agua o a las puertas del famoso *outback*, el árido interior australiano. No había un lugar semejante en el mundo.

El recepcionista no podía evitar su fuerte acento australiano.

—Su taxi llegará enseguida, señora. ¿Su marido y usted están disfrutando de la estancia?

—Muchísimo.

—Es un sitio encantador, ¿verdad? —manifestó él con orgullo. Como la mayoría de los lugareños, su piel tenía un tono bronce rojizo por la constante exposición al sol.

—Sí, lo es.

El hombre comenzó a golpear con el lápiz en el mostrador, y su mirada recorrió la sala iluminada por el sol.

—¿Le importa si le hago una pregunta un tanto personal, señora?

—Supongo que no.

Él titubeó.

—A su marido lo reconocí de inmediato gracias a la tele. Incluso por estos andurriales, vemos algunos de sus grandes partidos de baloncesto, sobre todo con los Boston Celtics. Pero usted, señora, también me resulta familiar. Usted salía en las portadas de las revistas o algo así, ¿no?

—Sí que salía —respondió Laura, asombrada por la difusión que tenían

algunas revistas y por cuánto podía abarcar la memoria de una persona normal. Habían pasado cuatro años desde que dejó de aparecer en las portadas de las revistas, aunque el pasado noviembre había salido en la del *Business Weekly*.

—Sabía que la había visto antes. Pero no se preocupe, señora, no diré nada. De ninguna manera permitiré que nadie los moleste a usted y al señor Baskin.

—Gracias.

Se oyó un claxon.

—Ahí está su taxi. Que tenga un buen día.

—Lo intentaré.

Laura salió del vestíbulo, saludó al taxista y se sentó en el asiento trasero. El aire acondicionado estaba al máximo, por lo que en el interior del coche hacía incluso demasiado frío. Aun así, teniendo en cuenta el calor exterior era un cambio agradable.

Se reclinó en el asiento y observó cómo el follaje tropical se convertía en una pared verde a medida que el taxi aceleraba rumbo a la ciudad. De vez en cuando, un pequeño edificio blanco asomaba en medio de la naturaleza, pero durante los diez primeros minutos del viaje solo vio unas pocas casas medio ocultas, una oficina de correos y un colmado. Sujetó el maletín en el que llevaba los catálogos con los últimos productos Svengali. Su pierna derecha no dejaba de moverse arriba y abajo.

Laura había comenzado a posar cuando apenas tenía diecisiete años. Tras su debut en *Cosmopolitan*, apareció en las portadas de *Mademoiselle* y *Glamour* del mismo mes, y después la portada en bañador de *Sports Illustrated* hizo que su nombre fuese conocido en todas partes. La foto había sido tomada durante un atardecer en la Gold Coast de Australia, a unos ochocientos kilómetros de Palm's Cove. En ella, Laura, con el agua hasta las rodillas, miraba a la cámara mientras se sujetaba el pelo mojado. Vestía un bañador negro sin tirantes que modelaba sus curvas y mostraba los hombros desnudos. Acabó siendo el ejemplar de *Sports Illustrated* más vendido de toda su historia.

A partir de entonces, las portadas y campañas de publicidad crecieron sin

parar, igual que la cuenta bancaria de Laura. En ocasiones, aparecía en las portadas de una misma revista durante cuatro o cinco meses seguidos, pero, a diferencia de otros modelos, su continua aparición nunca resultó molesta ni excesiva. La demanda nunca bajaba.

Aquello le resultaba muy extraño. De niña, Laura había sido gorda y poco atractiva. Sus compañeras se burlaban despiadadamente de su peso, de su cabello graso, de las gruesas gafas, de la falta de maquillaje y de su forma de vestir. Le ponían apodosos y la provocaban con los dolorosos insultos propios de los niños crueles. Sus ataques verbales nunca cedieron ni desaparecieron. En la cafetería, en los pasillos, en el patio o en clase de educación física, las compañeras de Laura eran implacables en sus salvajes agresiones a la víctima indefensa.

Convirtieron su infancia en un verdadero infierno.

En ocasiones, las chicas más populares le pegaban en el bosque que había detrás del patio. Pero el maltrato físico nunca lastimaba a la pequeña Laura tanto como sus crueles palabras. El dolor provocado por un puntapié o un puñetazo desaparecía, las palabras crueles, en cambio, permanecían con ella.

En aquella época, Laura solía volver de la escuela llorando, y su madre, que debía de ser la mujer más hermosa del mundo, no podía entender cómo era posible que su hija no fuera la niña más querida de la clase. Mary Simmons Ayars siempre había sido muy hermosa, y siempre había sido muy popular entre sus compañeros. Las otras chicas siempre habían querido ser sus amigas, y los chicos siempre habían querido llevarle los libros y, quizá, cogerla de la mano.

El padre de Laura, su querido y dulce padre, sufría por aquella situación. Al doctor James Ayars se le encogía el corazón al ver que su hija se pasaba muchas noches llorando sola en un rincón de su dormitorio, a oscuras. Él también intentaba ayudarla, pero ¿qué podía hacer un padre en circunstancias como aquellas?

Una vez, cuando ella estaba en séptimo, el doctor Ayars le compró un vestido blanco muy caro de un conocido diseñador. A Laura le encantó; estaba segura de

que aquel vestido le cambiaría la vida. Se veía muy guapa con él, y su padre así se lo dijo. Laura quería ponérselo para ir a la escuela, y así las chicas más populares creerían que ella también era bonita. A todas les gustaría; incluso a Lisa Sommers, la más guapa de la clase. Le pedirían que se sentase con ellas durante la comida, en lugar de hacerlo sola en el fondo del comedor. Le pedirían que jugase a la rayuela con ellas durante el recreo, en lugar de mantenerla apartada para que nadie le dirigiese la palabra... Y, ¿por qué no?, incluso era posible que Lisa Sommers la invitara a ir a su casa después de la escuela.

Laura estaba tan nerviosa que apenas pudo dormir. A la mañana siguiente, se levantó muy temprano, se duchó y se puso el vestido nuevo. Gloria, su hermana mayor, que era muy popular entre los chicos, la ayudó a prepararse; le arregló el pelo, se lo rizó e incluso le dio algunos toques de maquillaje. Cuando Gloria acabó, se apartó y dejó que Laura se mirase en el espejo.

La niña intentó ser crítica, pero no pudo evitarlo: se veía bonita.

—¿De verdad que estoy bien? —le preguntó a su hermana, ilusionada.

Gloria la abrazó y le acarició el pelo.

—Estás perfecta.

Cuando bajó a desayunar, su padre sonrió.

—Vaya, vaya, mirad a mi princesita.

Laura se rio, feliz.

—Estás preciosa —añadió su madre.

—Los chicos se pelearán por ti en el patio —afirmó su padre.

—¿Quieres que te acompañe a la escuela? —preguntó Gloria.

—¡Sería fantástico!

En el camino a la escuela, Laura irradiaba felicidad. Cuando llegaron al patio, Gloria se volvió hacia su hermana menor y la abrazó. Laura se sintió segura y querida entre sus brazos.

—Hoy tengo ensayo con las animadoras después de clase —dijo Gloria—. Te veré esta noche en casa, ¿de acuerdo?

—Vale.

—Entonces podrás contarme cómo te ha ido el día.

Laura observó a su hermana, que caminaba colina abajo hacia el instituto. Luego se volvió para mirar el patio de la escuela. No veía la hora de oír los comentarios de sus compañeras cuando viesan a la nueva Laura. Por fin iba a ser su día. Respiró hondo y se dirigió hacia donde estaban jugando sus compañeras.

Los primeros comentarios llegaron antes de que sonara el timbre.

—¡Eh, mirad! ¡La gorda Laura se ha vestido con una carpa de circo!

Las voces crueles llegaron de todas partes.

—¡Parece una gran ballena blanca!

—¡Eh, gorda cuatro ojos! ¡Como vistes de blanco, podemos usarte como pantalla de cine!

Lisa Sommers se le acercó, la miró de arriba abajo y luego se tapó la nariz.

—¡Qué repugnante eres! —le gritó.

Risas crueles. Risas crueles que rasgaron el joven corazón de Laura como si fueran cristales afilados.

Volvió a su casa llorando. Se armó de valor, e intentó ocultar el siete que Lisa Sommers le había hecho en el vestido nuevo durante el recreo. Pero los padres son muy sensibles al dolor de sus hijos, y cuando James Ayars vio el vestido roto, se puso furioso y fue al despacho del director para informar de lo ocurrido.

Las chicas responsables fueron castigadas.

Por supuesto, aquello solo consiguió que las otras chicas la odiasen todavía más.

Durante su angustiada infancia, Laura se aplicó en los estudios a fondo. Si no podía ser popular o ni siquiera caer bien, al menos intentaría ser una chica inteligente.

Y además tenía a Gloria. Laura solía preguntarse si habría podido sobrevivir durante todos aquellos largos años sin sus dos únicos amigos: los libros de texto y su hermana mayor. En el aspecto físico, Gloria era la belleza que todos los estudiantes perseguían, pero también tenía un corazón enorme y era extremadamente bondadosa. Cuando Laura sentía que el mundo se acababa,

Gloria la reconfortaba con palabras cariñosas y tiernos abrazos, y le decía que todo iba a salir bien. Y durante un tiempo fue así. A veces, Gloria incluso cancelaba alguna cita con un chico para quedarse en casa y consolar a su hermana pequeña. La llevaba al cine, a los grandes almacenes, al parque, a la pista de patinaje o adonde fuese. Laura sabía que tenía la mejor hermana del mundo. La quería muchísimo.

Por esa razón, el mundo se le vino abajo cuando Gloria se fugó de casa. Estuvo a punto de suicidarse.

La metamorfosis física de Laura se produjo durante el verano anterior a su entrada en el instituto. Sí, es cierto que había hecho deporte y empezado a usar lentillas. Sí, se había puesto a dieta (en realidad, dejó de comer). Pero aquello no bastaba para explicar aquel cambio. Quizá había acelerado el proceso, pero la transformación se habría producido de todas formas. Era su momento, así de sencillo. De pronto floreció, y nadie en la escuela daba crédito a lo que veía. Un poco más tarde, una agencia de modelos la descubrió y Laura inició su carrera.

Al principio, Laura no se podía creer que fuese lo bastante hermosa como para ser modelo. ¿La gorda y fea Laura Ayars, modelo? Ni hablar. De ninguna manera.

Pero Laura no era ciega ni estúpida: se miraba en el espejo y veía todo aquello de lo que hablaba la gente, y no tardó en acostumbrarse a la idea de que era atractiva. Por alguna retorcida jugarreta del destino, la niña fea de primaria se había convertido en una supermodelo que cobraba sueldos astronómicos. De pronto, las personas querían estar con ella, vestirse como ella, ser su amiga. Solo porque ahora era físicamente atractiva, aquellos que la habían rechazado y se habían burlado de ella creían que era especial. Laura comenzó a sospechar más que nunca de los motivos de la gente.

Ser modelo era una manera fácil de conseguir dinero —a los dieciocho, ya había ganado más de medio millón de dólares—, pero no era algo con lo que

disfrutase. Si bien en ocasiones las jornadas resultaban agotadoras y tediosas, no podía calificar el trabajo de exigente. Posar para una serie de fotos no suponía un gran reto; en realidad, era bastante aburrido. Quería hacer algo más, pero el mundo parecía haberse olvidado de que ella tenía cerebro. Aquello resultaba de lo más ridículo... Cuando era una chica fea con gafas, todos la tomaban por una empollona. Ahora que era hermosa, todos la consideraban una cabeza hueca.

Por aquel entonces, Laura no hacía muchas sesiones en exteriores —solo había hecho una en Australia y dos en la Riviera francesa— porque, a diferencia de muchas de sus colegas, no dejó de estudiar. No fue una tarea fácil, pero consiguió acabar el instituto y licenciarse en la Universidad Tufts cuatro años más tarde. En cuanto obtuvo la licenciatura, estuvo preparada para enfrentarse a la industria de la moda y la cosmética.

Este sector, sin embargo, no estaba preparado para su agresiva irrupción en el mundillo. En junio de 1983 apareció por última vez en la portada de una revista femenina, porque Laura se retiró a la avanzada edad de veintitrés años. Entonces invirtió sus considerables ganancias en desarrollar su propio concepto, Svengali, una empresa para la mujer activa en la que mezclaba la apariencia práctica, inteligente y sofisticada con lo femenino y sensual.

Su eslogan era «Sé tu propio Svengali».

Decir que el concepto triunfó en la moda de los años ochenta sería quedarse corto. Al principio, los críticos se burlaron del éxito de la modelo que jugaba a empresaria, afirmando que solo era otra de las numerosas modas pasajeras y que desaparecería en cuestión de meses. Pero después de pasarse dos años promocionando prendas y cosméticos femeninos, Laura incorporó a Svengali una línea de calzado y perfumes. Para cuando cumplió los veintiséis, la empresa salió a bolsa con Laura como accionista mayoritaria y directora ejecutiva de un conglomerado multimillonario.

El taxi giró a la derecha.

—Las oficinas de Peterson están en el paseo marítimo, ¿no es así, *mademoiselle*?

Laura se rio.

—¿«*Mademoiselle*»?

—Solo es una expresión —explicó el taxista—. No pretendía ofenderla.

—No lo ha hecho. Sí, están en el paseo marítimo.

Las compañías imitadoras comenzaron a crecer como la mala hierba junto a una próspera flor. Todas querían obtener una parte de los muy rentables negocios de Svengali, todas buscaban el secreto del éxito de Laura. Sin embargo, como la mala hierba que eran, fueron arrancadas de cuajo del mundo corporativo antes de que pudiesen enraizar. Los administradores de Laura sabían cuál era el secreto que los competidores buscaban, el elemento que hacía a Svengali único: Laura. Su continuado trabajo, su determinación e inteligencia, su estilo e incluso su calidez dirigían cada fase de la organización. Tal vez sonara a algo manido, sí, pero también era cierto. Ella era la compañía.

Todo había ido según los planes previstos, hasta que conoció a David Baskin.

El taxi se detuvo.

—Ya hemos llegado, cielo.

El Pacific International Hotel de Cairns no estaba lejos de las oficinas de Peterson. Se hallaba cerca del centro de la ciudad y al otro lado de la calle del muelle Marlin, desde donde zarpaban la mayoría de los barcos turísticos y las embarcaciones de los submarinistas. El hotel era un destino vacacional muy popular, ideal para aquellos que querían disfrutar de los trópicos de Australia, pero sin estar en un aislamiento absoluto.

Sin embargo, el inquilino de la habitación 607 no estaba allí de vacaciones.

El hombre miraba a través de la ventana, pero ignoraba por completo la sorprendente belleza del paisaje. Tenía cosas más importantes de las que ocuparse. Cosas terribles.

Cosas de las que debía ocuparse sin importar lo trágicas que fuesen las

consecuencias. Cosas que eran tan horribles que incluso él mismo desconocía su verdadero alcance. Y había que resolverlas de inmediato.

El inquilino de la 607 se apartó de la maravillosa vista que los anteriores visitantes habían contemplado durante innumerables horas y se acercó al teléfono. Había tenido muy poco tiempo para trazar un plan. Ahora, mientras levantaba el auricular, se preguntó si aún había alguna alternativa.

No. No la había.

Marcó el número.

—Reef Resort. ¿En qué puedo ayudarlo?

El inquilino se tragó el miedo.

—Con David Baskin, por favor.

La reunión proseguía en la misma línea. Las dos primeras horas habían transcurrido sin sobresaltos, y el acuerdo estaba casi cerrado. Pero ahora estaban ultimando los detalles y, como siempre, algunos imprevistos complicaban el asunto. Laura consultó su reloj y se dio cuenta de que iba a llegar más tarde de lo que había pensado. Preguntó si podía utilizar el teléfono, se disculpó y llamó a su hotel. En su habitación, sin embargo, nadie cogió la llamada, de modo que volvió a marcar el número del hotel para hablar con recepción.

La atendió el mismo recepcionista, que estaba de servicio.

—Su marido salió hace unos minutos —le informó—. Dejó una nota para que se la diese.

—¿Podría leérmela?

—Por supuesto. ¿Le importa esperar un momento?

Laura oyó que dejaba el teléfono sobre el mostrador de madera, y luego los sonidos de alguien que se movía.

—Aquí está. —Ruido de papel al desplegarse. Un titubeo—. Es..., es un tanto personal, señora Baskin.

—No pasa nada.

—¿Aun así quiere que la lea?

—Ya lo ha hecho —respondió Laura.

—Es verdad. —Hizo una pausa y luego, a regañadientes, leyó las palabras de David—: «Salgo un momento. Volveré enseguida» —el recepcionista carraspeó antes de continuar—: «El ligero negro y las medias están sobre la cama. Póntelos y espérame... mi», eh..., «mi pequeña gatita sexual».

Laura contuvo una carcajada.

—Muchísimas gracias. ¿Le importaría darle a mi marido un mensaje cuando vuelva?

—Preferiría no hacerlo, señora. Ya sabe... Es un tipo bastante... corpulento.

Esta vez, Laura se rio con ganas.

—No, no es nada de eso. Solo dígame que llegaré un poco más tarde de lo que había pensado.

—Eso puedo hacerlo —respondió el hombre, claramente aliviado—. Sí, claro, ningún problema.

Laura colgó, respiró hondo y volvió a la mesa de negociaciones.

Dos horas más tarde, cerraron el acuerdo. Habían salvado los obstáculos iniciales, y las tiendas de Australia y Nueva Zelanda no tardarían en verse inundadas con nuevos productos de Svengali, quizá incluso antes de que comenzase la temporada de Navidad. Laura se acomodó en el asiento del taxi y sonrió.

Se habían acabado los negocios.

Cuando el taxi la dejó delante del hotel comenzaba ya a anochecer, y el crepúsculo robaba los últimos rayos de sol que todavía alumbraban Palm's Cove. Pero Laura no estaba cansada. Los negocios la rejuvenecían; los negocios y pensar que David la esperaba allí, a pocos metros de ella...

—¿Señora Baskin?

Era el recepcionista. Laura caminó hacia el mostrador con una gran sonrisa.

—Otra nota de su marido.

—¿Quiere leerme esta también? —preguntó ella.

El hombre sonrió y le dio el sobre.

—Creo que podrá arreglárselas usted, pero gracias por la confianza, de todas formas.

—Gracias a usted. —Rasgó el sobre y leyó.

LAURA:

VOLVERÉ PRONTO. HE IDO A NADAR AL MAR. TE QUERRÉ SIEMPRE. RECUÉRDALO: SIEMPRE.

DAVID

Extrañada, Laura volvió a doblar la nota y fue a la habitación.

Las medias negras estaban sobre la cama.

Laura se las puso y las deslizó por encima de los tobillos, subiéndolas poco a poco por sus esbeltas piernas. Se desabrochó la blusa y se la quitó. Llevó sus manos a la espalda y se desabrochó el sostén de encaje, que cayó hacia delante y se le deslizó por sus brazos. Luego se puso el ligero y enganchó las medias.

Se levantó para mirarse en el espejo. Y entonces hizo lo que pocas personas que hubiesen tenido tan magnífica visión hubiesen hecho.

Se rio.

«Este hombre está volviéndome loca», se dijo, y negó con la cabeza al recordar lo diferente que era ella antes de que David entrase en su vida, algo más de dos años atrás. Al pensarlo, recordó que no habían conectado de inmediato; para ser más precisos, su primer encuentro había sido tan romántico como un accidente entre dos coches.

Se habían conocido en Boston, una húmeda noche de julio de 1986, en una fiesta de gala en honor de la orquesta Boston Pops. El gran salón se hallaba abarrotado. La flor y nata de la sociedad bostonia estaba allí.

Laura odiaba ese tipo de fiestas, y sobre todo odiaba la razón por la que asistía

a ellas (se sentía obligada). Detestaba las sonrisas falsas y las frases también falsas que todo el mundo intercambiaba. Pero aún eran peores los hombres que las frecuentaban: insolentes, cargantes y pesados *neoplayboys*, con un ego tan grande como sus inseguridades. Habían intentado ligar con ella tantas veces en aquellas fiestas que a menudo se sentía como si la hubieran manoseado. A lo largo de los años, su manera de hacer frente a tales aproximaciones comenzaba a acercarse a la rudeza. En ocasiones, solo una frase cortante podía frenar la carga de un toro enardecido.

Laura había construido un muro a su alrededor, algo parecido al foso de una fortaleza lleno de tiburones. Además, sabía que se estaba labrando la reputación de ser una «zorra fría y calculadora», una mujer que «sabía que estaba muy buena y que pensaba que su mierda olía a flores». Esa reputación era bien conocida y, en su opinión, absolutamente falsa, pero Laura hacía muy poco para desmentirla, dado que la ayudaba a mantener a raya a algunos de aquellos animales.

En aquella fiesta en particular, al acercarse a la mesa del bufé se quedó absolutamente pasmada al ver la forma en que los emperifollados asistentes atacaban la comida, como si fueran mendigos de Bangladesh. Fue entonces cuando se volvió y chocó con David.

—Perdón —se excusó, sin mirarlo.

—Un espectáculo lamentable —respondió David, y señaló hacia los hambrientos salvajes que se amontonaban junto a la mesa—. Bienvenida al Día de la Langosta.

Ella asintió y comenzó a alejarse.

—Espere un momento —la llamó David—. No pretendo parecer un friki, pero ¿no es usted Laura Ayars?

—Sí.

—Permítame que me presente. Me llamo David Baskin.

—¿El jugador de baloncesto?

—El mismo. ¿Es aficionada al baloncesto, señorita Ayars?

—Ni lo más mínimo, pero sería imposible vivir en Boston y no conocer su nombre.

—Hará que me ruborice.

—Seguro que sí. Ahora, si me disculpa...

—¿Ya me rechaza? Antes de que se vaya, señorita Ayars, permítame que le diga que esta noche está usted encantadora.

—Una frase de lo más original, señor Baskin —replicó Laura en un tono rebosante de sarcasmo.

—David —respondió él con calma—. Y, para que conste, no estoy intentando ligar con usted. —Hizo una pausa—. ¿Puedo preguntar por qué no le gusta el baloncesto?

«El deportista típico —pensó Laura—. Cree que el planeta Tierra no podría girar sin que unos hombres adultos suden y griten mientras corren adelante y atrás montados en una absurda ola sin sentido. No me costará mucho quitármelo de encima. Lo más probable es que no esté habituado a mantener conversaciones que requieran frases excesivamente complejas».

—Es inconcebible, ¿no? —comenzó—. Me refiero a que debe de resultarle difícil imaginar a una persona con cerebro que no disfrute viendo cómo unos hombres analfabetos, cuya capacidad mental es inversamente proporcional a su altura, intentan meter un objeto esférico a través de un aro de metal.

La expresión de David no cambió.

—Hoy estamos de mal humor, ¿eh? —le respondió—. Toda esa grandilocuencia... Impresionante. ¿Alguna vez ha estado en el Boston Garden para ver a los Celtics?

Laura negó con la cabeza, en una falsa muestra de autocompasión.

—Supongo que aún no he vivido de verdad. —Miró su reloj, pero en realidad ni siquiera vio la hora—. Vaya, vaya, el tiempo vuela. He disfrutado con esta pequeña charla, pero debo irme...

—No tenemos por qué hablar de baloncesto, ¿sabe?

—¿Ah, no? —El sarcasmo continuaba presente.

La sonrisa de David no cambió.

—No, no es necesario. Lo crea o no, soy capaz de hablar de temas un tanto más profundos: economía, política, la paz en Oriente Medio, lo que usted prefiera. —Chasqueó los dedos, y su sonrisa creció—. Tengo una idea. ¿Por qué no hablamos de algo que realmente precise de una gran capacidad intelectual como... ¿ser modelo!? Pero no, claro... Es decir, debe de resultarle difícil imaginar a una persona con cerebro que no disfrute viendo cómo unas mujeres cuya capacidad mental es directamente proporcional a su cantidad de grasa corporal intentan parecerse en todo lo posible a un maniquí.

Por un momento sus miradas se cruzaron, y entonces Laura agachó la cabeza. Cuando lo miró de nuevo, David le sonreía como si quisiera suavizar sus palabras.

—Anítese, Laura —dijo con voz suave, una expresión que ella oiría muchas veces en el futuro—. Solo quería hablar con usted. He leído mucho sobre Svengali... Sí, algunos jugadores de baloncesto sabemos leer... Y supuse que sería interesante conocerla. No buscaba nada más, pero, si tenemos en cuenta su aspecto, estoy seguro de que creerá que todo esto es una excusa. Y no la culpo. En cierto modo, puede que lo sea.

Hizo una ligera inclinación de cabeza y comenzó a darse la vuelta.

—No la molestaré más. Que disfrute de la fiesta.

Laura observó cómo se alejaba, y se odió a sí misma por haberse mostrado tan a la defensiva, por no pensar ni por un segundo que un hombre pudiera acercarse a ella por otros motivos. Le había dicho lo que ella pensaba como si su frente fuese una ventana por la que podía ver sus pensamientos. En fin, ¿qué importaba eso?, aquel hombre no era adecuado para ella. ¿Un deportista? Ni en sueños. Decidió apartar a David Baskin de su mente, pero no lo logró.

De nuevo en Australia, una Laura casi desnuda se inclinó y buscó el reloj.

Las diez y cuarto.

El sonido de la vegetación penetró a través de la oscuridad que ahora cubría su ventana. De haber sido cualquier otra persona, Laura estaría muy preocupada, pero David era un nadador extraordinario, casi un profesional, y, por otro lado, resultaba del todo imprevisible: siempre sorprendía a quienes lo conocían, siempre hacía cosas inesperadas. Esa era una de las razones por la que los periódicos deportivos lo querían. Era el jugador a cuya taquilla los reporteros corrían después de un partido, el hombre que solía darles el titular perfecto para la edición de la mañana. Era la superestrella amable y orgullosa que siempre conseguía hacer honor a sus predicciones subidas de tono.

Laura se cubrió con una manta. El fresco aire nocturno le acariciaba los pies con suavidad, y le provocaba escalofríos. Las horas llegaron y pasaron, llevándose con ellas las excusas que habían controlado el miedo y los temores de Laura.

Después de la medianoche, se vistió y bajó al vestíbulo. El mismo recepcionista continuaba de servicio. Laura se preguntó si dormía alguna vez.

—Perdón —comenzó—, ¿ha visto a mi marido?

—¿El señor Baskin? No, señora, no lo he visto desde que se fue a nadar.

—¿Le dijo algo antes de marcharse?

—Ni una palabra, señora. Solo me dio las llaves y la nota que le entregué. Ni siquiera me miró. —El recepcionista se fijó en su expresión angustiada—. ¿Todavía no ha vuelto?

—No.

—Bueno, yo no me preocuparía mucho. Por lo que dicen los periódicos, su pareja tiene fama de ser un tipo un tanto alocado. Volverá por la mañana.

—Tiene razón —dijo ella, aunque no estaba convencida en absoluto de que fuera así.

Pensó en buscarlo, pero comprendió que no serviría de nada, excepto para satisfacer su necesidad de hacer algo, aparte de estar sentada en la habitación. Además, estaba claro que una estadounidense solitaria paseándose por el bosque australiano en medio de la más completa oscuridad no podía considerarse una

partida de rescate competente, y lo más probable es que David volviera al hotel mientras ella se perdía en territorio salvaje.

Laura se dirigió a su habitación, decidida a no dejarse llevar por el pánico hasta el día siguiente.

Cuando el reloj digital de la habitación marcó las siete de la mañana, Laura comenzó oficialmente a dejarse llevar por el pánico.

—Le pasarán la llamada enseguida, señora.

—Gracias.

Laura se recostó y miró el teléfono. Si se tenía en cuenta la diferencia horaria, en Boston eran casi las nueve de la noche del día anterior, y se preguntó si T. C. ya estaría en su casa. Por lo general acababa el turno poco después de las ocho, pero ella sabía que a menudo se quedaba hasta más tarde.

Las manos le temblaban, y su rostro y sus ojos estaban hinchados después de la terrible e interminable noche que acababa de soportar. Miró a través de la ventana y vio brillar el sol. Los resplandecientes rayos y el reloj de la mesita, junto a la cama, eran las únicas pruebas de que la noche se había convertido en un nuevo día, de que, en efecto, la noche había dado paso a la mañana. Pero, para Laura, la noche continuaba; su corazón seguía apresado en una pesadilla que no cesaba.

Cerró los ojos y recordó la segunda ocasión en que David apareció en su vida. Había sido tres semanas después de su primer encuentro en la fiesta de gala en honor de la Boston Pops; tres semanas en las que su breve conversación había estado agujoneando su mente con un dolor sordo, pero lo bastante molesto como para hacer sentir su presencia cada vez que intentaba olvidarse de él.

De un modo inconsciente (o eso habría afirmado ella), comenzó a leer algunos de los numerosos artículos que hablaban de él. Aunque la prensa no tenía palabras suficientes para alabar el talento, la deportividad y la influencia positiva de David en el juego, Laura estaba más fascinada (bueno, fascinada no, se dijo: más bien interesada) por algunos retazos de información sobre su educación, sus logros académicos en la Universidad de Michigan, el tiempo que pasó en Europa con una beca Rhodes y su desinteresado trabajo con minusválidos. Comenzó a

sentirse culpable por la manera en que lo había tratado, como si tuviese que arreglar las cosas o de lo contrario seguiría estando en deuda con él. Quizá sería agradable verlo de nuevo, se dijo; podría disculparse, y David vería que no era tan fría como se decía.

Fue entonces cuando comenzó a aceptar invitaciones a funciones y fiestas a las que era probable que él asistiese. Laura, por supuesto, nunca habría admitido que David Baskin tuviera algo que ver con su calendario social. «Solo es una coincidencia», habría asegurado; Svengali necesitaba de su presencia en dichos acontecimientos, y si David Baskin estaba allí..., bueno, como suele decirse, a veces la vida es así.

Pero, para su consternación, David solo hacía breves apariciones, sonriendo de oreja a oreja mientras la gente se reunía a su alrededor para estrecharle la mano y palmearle la espalda. A Laura le pareció ver muecas o pequeños gestos de rechazo en su rostro cuando esos hipócritas intentaban tocarlo, pero quizá solo fueran imaginaciones suyas.

David nunca se acercó a ella, ni siquiera miró en su dirección. Al final, Laura decidió hacer algo un tanto infantil: al verlo en el bar en una de esas fiestas, hizo lo que las adolescentes llaman «caminata estratégica»: caminó con despreocupación y «chocó» por casualidad con él. Funcionó. Él la vio, le sonrió cordialmente (¿o había algo más en la sonrisa, algo parecido a la burla?) y se alejó sin decir palabra. A ella se le cayó el alma a los pies.

Laura volvió a su despacho. Estaba furiosa. Se avergonzaba de su conducta y se sentía molesta por haber actuado como una adolescente enamorada del capitán del equipo de fútbol. No comprendía por qué sentía esa necesidad de encontrarse con él de nuevo. ¿Era porque la había superado? ¿Porque la había hecho reconsiderar su conducta y sus mecanismos de defensa habituales? ¿O había una atracción —aunque sin duda se trataría de una atracción oculta— que provocaba esa electricidad estática en su cerebro? La verdad es que no estaba nada mal; de hecho, era guapo de una forma poco convencional. Tenía la piel morena y el cuerpo musculoso, como un leñador en un anuncio de cerveza. Sus

ojos verdes resultaban cálidos y amistosos, y le gustaba como se cortaba el pelo. En realidad, era muy atractivo, más natural y auténtico que los guapísimos modelos masculinos con quienes ella solía trabajar.

Aun así, aunque Baskin no fuera el típico deportista inmaduro y egocéntrico, era un deportista de todas formas. Un hombre al que adoraban las adolescentes de todas las edades, y cuya carrera consistía en practicar un juego infantil. Sin lugar a dudas, era un atleta ligón, siempre rodeado de muchachas bonitas y tontas que buscaban la luz de las candilejas y deseaban salir en televisión, sentadas en las gradas junto a las esposas de los demás jugadores. Laura no quería que la consideraran otra cabeza hueca, otra conquista de la estrella de los Celtics. David Baskin era la antítesis de todo lo que ella quería de un hombre... En caso de que hubiese estado interesada en mantener una relación, por supuesto. Por aquel entonces, no había lugar en su vida para ningún hombre: Svengali era su ambición, su sueño y su compañero.

Laura echó la silla hacia atrás y apoyó los pies en la mesa. Su pierna derecha se agitaba como siempre que estaba tensa o sumida en sus pensamientos. Su padre tenía el mismo hábito, y era de lo más irritante. Ambos volvían locos a los demás, porque aquel movimiento no era un simple temblor, sino una sacudida en toda regla. Cuando ella o su padre comenzaban a mover la pierna derecha, la silla, la mesa e incluso la habitación parecían vibrar con el tenaz asalto de la pierna. Para aquellos que estaban cerca era un espectáculo inquietante, y Laura había intentado (sin éxito) evitarlo a toda costa.

Las vibraciones hicieron que el portalápiz se cayese de la mesa, pero ella no se agachó para recogerlo. Después de unos pocos minutos más de tembleques, Laura consiguió apartar al jugador de baloncesto de su mente cuando Marty Tribble, el director de marketing, entró en el despacho con una sonrisa.

Marty no era un hombre que sonriese en el trabajo. Laura lo observó entrar con confianza en su despacho; su rostro resplandecía como el de un chico de la liga infantil que acaba de completar su primera carrera, mientras con una mano

se apartaba los pocos mechones de pelo gris que le quedaban tras cinco décadas de vida.

—¡Acabamos de conseguir el bombazo publicitario del año! —exclamó Marty.

Laura nunca lo había visto actuar de esa manera. Marty había trabajado con ella desde que creó Svengali. Era un ejecutivo de rostro serio, un conservador con los pies en el suelo en una empresa un tanto liberal y volátil. Su sentido del humor era famoso en el despacho solo porque nadie creía que lo tuviese. Contabas un chiste delante del viejo Marty, y obtenías la misma reacción que si le hubieses hecho cosquillas a un archivador. Era la roca de la oficina, no un hombre que se entusiasmara con trivialidades.

—¿Qué producto? —preguntó Laura.

—Nuestra nueva línea.

—¿Las zapatillas deportivas y el calzado informal?

—Así es.

Laura miró a Marty y sonrió.

—Siéntate y suéltalo todo.

El laborioso Marty (quería que lo llamaran Martin, pero todo el mundo lo llamaba Marty por esa misma razón) se sentó en la silla casi de un salto, mostrando una agilidad hasta entonces nunca vista en el cuartel general de Svengali.

—Vamos a realizar una campaña de ámbito nacional en televisión a partir del otoño. Presentaremos al público la nueva línea completa.

Laura esperó que dijese algo más, pero Marty no lo hizo; solo continuó sonriendo como el animador de un concurso de preguntas que intenta aumentar el suspense al no dar la respuesta hasta después del último anuncio.

—Marty, no se puede decir que sea algo espectacular.

Él se inclinó hacia delante y habló pausadamente:

—Lo es cuando tu portavoz es el ídolo deportivo de la década. Y es aún más

espectacular cuando dicho ídolo deportivo nunca ha patrocinado ningún producto.

—¿De quién hablamos?

—De David Baskin, alias el Relámpago Blanco, la superestrella de los Boston Celtics, nombrado jugador más valioso del campeonato durante tres temporadas consecutivas.

El nombre golpeó a Laura como una sonora bofetada.

—¿Baskin?

—¿Has oído hablar de él?

—Por supuesto. Pero... ¿has dicho que nunca había patrocinado ningún producto?

—Solo aquellos anuncios para los niños minusválidos.

—Entonces ¿por qué nosotros?

Marty Tribble se encogió de hombros.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Pero, Laura, todo lo que tenemos que hacer es montar una gran campaña publicitaria durante los partidos de baloncesto en otoño, y los anchos hombros de David Baskin llevarán las zapatillas Svengali a lo más alto del mundo del deporte. Eso nos dará un reconocimiento inicial instantáneo en el mercado. No puede fallar. El público lo adora.

—Bueno, ¿y cuál es el próximo paso que tenemos que dar?

Marty metió una mano en el bolsillo de su chaqueta, donde llevaba su pluma y su lápiz de oro Cross, y sacó dos entradas.

—Esta noche tú y yo iremos al Boston Garden.

—¿Qué?

—Vamos a ver el partido de los Celtics contra los Nuggets. Los contratos se firmarán cuando acabe el encuentro.

—Y, entonces, ¿por qué tenemos que ir al partido?

De nuevo se encogió de hombros.

—No lo sé. Por alguna extraña razón, el propio Baskin insistió en ello. Dijo que sería bueno para tu espíritu o algo así.

—Bromeas.

Marty negó con la cabeza.

—Es parte del trato.

—Espera un momento. ¿Estás diciendo que si no voy a ese partido...?

—Entonces el contrato no se firma. Exacto.

Laura volvió a recostarse en la silla, con los dedos entrelazados y los codos apoyados en los reposabrazos. La pierna derecha comenzó su irritante baile. Poco a poco, se dibujó una sonrisa en sus labios y asintió con la cabeza, riéndose para sí.

Marty la miró, preocupado.

—¿Qué, Laura?, ¿qué dices?

Por un momento, en la habitación reinó el silencio. Entonces Laura volvió la mirada hacia su director de marketing.

—Es hora de jugar.

La experiencia en el Boston Garden fue sorprendente. Laura no las tenía todas consigo cuando entró en el viejo edificio situado en North Station. ¿El Garden? ¿Ese viejo y decrepito estadio era el Boston Garden? Se parecía más bien a la prisión de Boston. La mayoría de los estadios del país eran modernos conglomerados de cristal y cromo, resplandecientes y elegantes, con aire acondicionado y butacas acolchadas. La sede de los Celtics, por el contrario, era una vieja y ruinoso mole de cemento que olía a cerveza rancia y desprendía un calor opresivo. Los desgastados asientos eran duros e incómodos. Al mirar a su alrededor, a Laura aquel ambiente le recordó más a una novela de Dickens que a un encuentro deportivo.

Pero entonces se fijó en los miles de aficionados que llenaban el Garden como feligreses en una mañana de Navidad. Para ellos, la climatización era una utopía; el aroma, el de las rosas, y los asientos, cómodos y lujosos. Aquellas personas parecían disfrutar escapando de las comodidades de la vida para entrar en el

maravilloso hogar de su equipo, los Celtics. Aquel era el Boston Garden, el cénit de millones de canchas de baloncesto de escuelas y universidades y de canastas situadas en paredes de garajes, el lugar donde innumerables niños habían imaginado que anotaban la canasta ganadora o capturaban el rebote del triunfo. Miró las viejas vigas y vio las banderas de los campeonatos ganados y las camisetas retiradas, que colgaban con orgullo como medallas en el pecho de un general. Por ridículo que pareciese, el lugar formaba parte de la historia de la ciudad de Boston, tanto como el monumento a la batalla de Bunker Hill o la casa de Paul Revere, pero había una gran diferencia: los Celtics eran historia viva, cambiaban constantemente, siempre imprevisibles, siempre mimados y amados por su bella ciudad.

La frenética multitud comenzó a aplaudir cuando los jugadores salieron a la cancha para el calentamiento. Laura vio a David de inmediato. Desde su asiento en la tercera fila intentó captar su mirada, pero era como si estuviese solo en la pista, como si los miles de personas que lo rodeaban no existieran. Sus ojos eran los de un hombre poseído, un hombre con una misión de la que no podía desviarse. Sin embargo, Laura también creyó percibir paz en el verde brillante de aquellos ojos, la calma de un hombre que estaba donde quería estar.

Luego, el salto inicial.

El escepticismo de Laura se disolvió poco a poco, como el ácido que se come una cadena de acero. Hacia el final del primer cuarto, se descubrió sonriendo. Después, riendo. Luego, gritando, y, por último, asombrada. Cuando se volvió y le dio al hombre que tenía detrás un «choca esos cinco», se había convertido oficialmente en seguidora del equipo. Aquel partido de baloncesto le recordó el día en que, a los cinco años, vio por primera vez el ballet de Nueva York en el Lincoln Center, con los ojos como platos. Había una destreza similar en los movimientos de los jugadores, como si ejecutaran una complicada danza muy bien coreografiada, solo interrumpida por obstáculos imprevisibles que hacían que el espectáculo fuese todavía más fantástico para el espectador.

Y David era el primer bailarín.

De inmediato comprendió las alabanzas. David era poesía en movimiento; saltaba, giraba, corría, se retorció, se agachaba, hacía piruetas, perseguía... Había una gracia tenaz y agresiva en sus gestos. En un momento dado, era el tranquilo líder de la pista, y al siguiente, un temerario que intentaba lo imposible, como un héroe de cómic. Iba hacia la canasta solo para que un hombre le cerrase el paso y, en ese momento, se convertía en un artista que creaba, a menudo en el aire. Al lanzar observaba el borde del aro con tal concentración que Laura estaba segura de que el tablero se rompería. Parecía tener un sexto sentido en la cancha: nunca miraba adónde daba un pase, nunca le echaba un vistazo a la pelota en la punta de sus dedos. Cuando driblaba, era como si la pelota formase parte de él, una extensión de su brazo con la que había nacido.

Y entonces llegó el final.

Quedaban pocos segundos de juego, y el resultado era más que incierto. Los amados chicos de Boston perdían por un punto. Un jugador con el verde y blanco de los Celtics le pasó la pelota a David. Dos hombres del equipo contrario lo cubrieron como una manta. Solo quedaba un segundo. David se revolvió y realizó su inconfundible tiro en suspensión con arco elevado. El lanzamiento alzó la esfera naranja muy alto, buscando su objetivo desde un ángulo imposible. La multitud se levantó como un solo hombre. El pulso de Laura se aceleró mientras veía cómo la pelota comenzaba a descender hacia la canasta, con el juego y los corazones de la multitud palpitando con ella. Sonó la sirena. La pelota tocó suavemente la parte superior del tablero de cristal, y luego el fondo de la red bailó cuando entró anotando dos puntos. La multitud gritó. Laura gritó.

Los Celtics habían ganado otro partido.

—Su llamada, señora Baskin —dijo alguien con acento australiano.

—Gracias.

Laura se tumbó boca abajo con el teléfono bien sujeto en la mano. Aún se

preguntaba si había comenzado a enamorarse de David en aquel salto. Oyó un clic y el sonido originado en Boston viajó a través de medio mundo hasta Palm's Cove.

En el otro lado, levantaron el auricular al tercer timbrazo. Una voz llegó a través de la estática.

—¿Hola?

—¿T. C.?

—¿Laura? ¿Eres tú? ¿Qué tal la luna de miel?

—Escucha, T. C., necesito hablar contigo.

—¿Qué pasa?

Ella le hizo un rápido resumen de los acontecimientos de la víspera. T. C. la escuchó sin interrumpirla y, como Laura suponía, asumió el control de inmediato.

—¿Has llamado a la policía local? —le preguntó.

—Sí.

—Bien. Tomaré el primer avión que salga para allí. De todas maneras, el comisario me dijo que necesito unas vacaciones.

—Gracias, T. C.

—Una cosa más: dile a la policía lo importante que resulta llevar este asunto con la máxima discreción posible. Lo que menos necesitas es que una horda de periodistas se presente ante tu puerta.

—Vale.

—¿Laura?

—¿Sí?

T. C. percibió la tensión en su voz.

—Estará bien.

Ella titubeó. Temía decir lo que pensaba.

—No estoy segura. Supón que haya tenido uno de sus... —Las palabras permanecieron en su garganta; aquel pensamiento era demasiado desagradable

para expresarlo en voz alta. Pero T. C. comprendería a qué se refería, él era una de las pocas personas en quienes David confiaba.

«T. C. es mi mejor amigo —le había dicho David el año anterior—. Sé que parece un tío rudo y que te cuesta confiar en los demás, pero, cuando hay un problema serio, T. C. es la persona a la que hay que llamar».

—¿Qué pasa con tu familia? —le había preguntado Laura.

David se encogió de hombros.

—Solo tengo a mi hermano mayor.

—¿Qué ocurre con él? Nunca lo mencionas.

—No nos hablamos.

—Pero es tu hermano.

—Lo sé.

—Entonces ¿por qué no os habláis?

—Es largo de contar —contestó David—. Tuvimos un problema. Pero es agua pasada.

—En ese caso, ¿por qué no lo llamas?

—Lo haré, pero todavía no; no es... el momento.

«¿No es el momento?». Laura no lo había entendido, y seguía sin hacerlo.

—Ven aquí cuanto antes, T. C. —dijo ahora con voz temblorosa—. Por favor.

—Voy de camino.

En Boston, Massachusetts, el hogar de los amados Celtics, T. C. colgó el teléfono. Miró su cena —un Whopper del Burger King y patatas fritas que había comprado de camino a casa—, y decidió que ya no tenía hambre. Buscó un puro y lo encendió con un mechero Bic. Luego cogió el teléfono y marcó un número. Cuando atendieron en el otro extremo, pronunció tres palabras:

—Acaba de llamar.

Transcurrieron veintisiete horas. Terry Conroy, conocido por sus amigos como T. C., el apodo que le había dado David Baskin, se abrochó el cinturón cuando el

vuelo 008 de Qantas hizo su aproximación final antes de aterrizar en Cairns, Australia. El largo viaje se había iniciado con un vuelo de American Airlines desde Logan a Los Ángeles, y después desde Los Ángeles a Honolulu con Qantas, y, por último, el vuelo desde Honolulu a Cairns. Casi veinte horas en el aire.

T. C. levantó la persiana de la ventanilla y miró hacia abajo. El agua del Pacífico Sur no se parecía a ninguna otra que hubiese visto. El color no era simplemente azul; describirlo como azul sería como describir la *Pietà* de Miguel Ángel como un trozo de mármol. Era mucho más que un simple azul; demasiado azul en realidad, resplandeciente en su pureza. T. C. estaba seguro de que podía ver a través de miles de metros de profundidad hasta el mismísimo fondo abisal. Las pequeñas islas salpicaban la tela del océano, rodeadas de hermosos paisajes formados por los corales multicolores de la Gran Barrera de Coral.

Se aflojó el cinturón, que le apretaba la incipiente barriga. Demasiada comida basura. Se miró los michelines y negó con la cabeza. Comenzaba a engordar. «Bah, afronta la realidad, T. C. Estás demasiado fofo para tratarse de un tipo que aún no ha alcanzado la treintena». Quizá comenzara un programa de ejercicios cuando volviese a Boston. Sí, claro. Y quizá conocería a un político honesto.

Se apoyó en el respaldo.

«¿Cómo lo sabes, David? ¿Cómo lo sabes a ciencia cierta?». Había cumplido veintinueve años la semana anterior, la misma edad que David. Durante cuatro años, habían sido compañeros de habitación en la Universidad de Michigan, los mejores amigos, compañeros y socios; sin embargo, David siempre lo había impresionado. No solo por su talento como jugador de baloncesto —que era excepcional—, sino también como hombre, un hombre que siempre parecía lograr que los problemas y las desgracias le resbalasen. La mayoría creía que David vivía con despreocupación porque todo le iba bien, que nunca había sufrido ni tenido conflictos, pero T. C. sabía que aquello era una estupidez, que David había sobrevivido a las palizas de su infancia hasta acabar en la cima, y

que todavía padecía momentos de infierno privado que la fama y la fortuna no podían solucionar.

—No es real, T. C. —le dijo David durante su primera temporada con los Celtics.

—¿Qué no es real?

—La fama. Las chicas. Las admiradoras. La adulación. Las personas que quieren estar contigo porque eres famoso. No puedes permitirte creerlo.

—Bueno, entonces, ¿qué es?

—El juego lo es —respondió él, con un brillo en la mirada—. La sensación en la cancha. La competición. El momento en que el partido pende de un hilo. El pase perfecto. El salto para el lanzamiento. El mate. El bloqueo limpio. De eso es de lo que se trata, T. C.

Y años después, pensó ahora T. C., Laura estaba en lo alto de aquella lista. El Boeing 747 aterrizó con una sacudida y rodó hacia el pequeño edificio de la terminal. David... T. C. negó con la cabeza. Creía que lo había visto casi todo en los últimos años, pero aquello... Demonios, no le correspondía a él hacer preguntas. Lo suyo solo era ayudar.

Las explicaciones llegarían más tarde.

Rellenó el formulario de la cuarentena, cogió su maleta de la cinta transportadora, pasó por la aduana y se dirigió al vestíbulo de espera, donde Laura le había dicho que lo esperaría. Las puertas automáticas se abrieron, y T. C. se encontró ante una pared de rostros. A su derecha, los chóferes sostenían carteles con nombres escritos en mayúsculas. A su izquierda, los guías locales vestían pantalones cortos y camiseta, y sus carteles ponían el nombre de un hotel o una agencia de turismo. T. C. buscó a Laura con la mirada.

Unos segundos después, la distinguió entre la multitud.

T. C. sintió que algo afilado le atravesaba el estómago.

Laura seguía siendo la mujer más hermosa que había visto en su vida, tan despampanante que cualquier hombre caería de rodillas ante ella, pero la desaparición de David había hecho mella en su rostro. Estaba casi irreconocible:

los altos pómulos parecían hundidos, y sus ojos eran círculos que miraban con asombro y miedo, con un azul terriblemente opaco.

Corrió hacia él, y T. C. la abrazó para consolarla.

—¿Alguna novedad? —preguntó él, pero la respuesta estaba escrita en su rostro.

Laura negó con la cabeza.

—Han pasado dos días, T. C. ¿Dónde puede estar?

—Lo encontraremos —afirmó él, y deseó tener tanta confianza como aparentaba. Le cogió la mano. No había ningún motivo para atrasar la investigación; debía comenzar de inmediato—. Pero debo saber algo, Laura. Antes de desaparecer, ¿David tuvo...?

—No. —Laura se apresuró a interrumpirlo; no quería oír aquella palabra—. No desde hace más de ocho meses.

—Bien. ¿Dónde puedo encontrar al oficial a cargo de la investigación?

—Palm's Cove solo tiene dos agentes. El sheriff te espera en su despacho.

Cuarenta minutos más tarde, el taxi se detuvo delante de un edificio de madera con un cartel que decía AYUNTAMIENTO y COLMADO. No había otros edificios en la calle. La solitaria y rural distribución parecía sacada de la serie *Petticoat Junction*, si no fuera por la tupida vegetación tropical.

—Laura, creo que será mejor que hable con el sheriff a solas.

—¿Por qué?

—Mira este lugar —respondió él—. Por amor de Dios, parece salido de *Bonanza*. Dudo que el sheriff sea un intelectual progre. Aquí, la liberación femenina debe de ser un concepto perteneciente al futuro más lejano. Puede que esté más dispuesto a hablar si estamos solos; ya sabes, de poli a poli.

—Pero...

—Te informaré en cuanto sepa algo.

Laura titubeó.

—Si crees que es lo mejor...

—Lo creo. Tú espérame aquí, ¿vale?

Ella asintió con los ojos húmedos y vidriosos. T. C. salió del coche y caminó por el sendero con la cabeza gacha, observando los hierbajos que crecían entre las grietas del cemento gastado. Alzó la mirada y se fijó en el edificio de madera. Era viejo, la pintura estaba desconchada y parecía que un buen empujón lo derribaría. Se preguntó si eran los años o el clima de los trópicos lo que hacía que la madera pareciese tan vieja. Lo más probable es que fuesen ambas cosas.

La puerta principal estaba abierta. T. C. asomó la cabeza.

—¿Puedo entrar? —preguntó.

—¿El inspector Conroy? —dijo el hombre a modo de saludo. Eran las primeras palabras que oía con acento australiano.

—Así es.

—Graham Rowe —se presentó el hombre al tiempo que se levantaba—. Soy el sheriff de esta ciudad.

Si bien sus palabras eran las de un sheriff en una película del Oeste de serie B, el acento y el tamaño no lo eran. Graham Rowe era enorme, una montaña humana que recordaba a Grizzly Adams o a un luchador profesional. Una tupida barba, rubia y canosa, llenaba la cara, y sus ojos castaños eran serios y penetrantes. Su uniforme verde con pantalón corto lo hacía parecer un *boy scout* crecido, pero T. C. no era ningún suicida, así que se calló ese pensamiento. Sobre su cabeza descansaba un sombrero con el ala derecha doblada hacia arriba, y un arma bastante grande junto a un cuchillo enorme adornaban su cinturón. Tenía la piel correosa y arrugada, pero no era viejo. T. C. calculó que tendría unos cuarenta y tantos años.

—Llámeme Graham —dijo, y extendió una mano tan grande que parecía una zarpa. T. C. se la estrechó. Era como darle la mano a un guante de béisbol.

—Me llaman T. C.

—Estará cansado después de un vuelo tan largo, T. C.

—Pude echar una cabezada en el avión —respondió el inspector—. ¿Qué puede decirme de su investigación?

—Un tanto ansioso, ¿no?

—David es mi mejor amigo.

Graham volvió a su silla detrás de la mesa y le hizo un gesto a T. C. para que se sentara. En la habitación, no había nada más que un ventilador de techo y un montón de fusiles colgados en las paredes. En el rincón de la izquierda, se veía un pequeño calabozo.

—En realidad, poca cosa —comenzó el sheriff—. David Baskin le dejó una nota a su esposa diciendo que iba a nadar, y desde entonces no se lo ha visto. Interrogué al socorrista de la piscina del hotel. Recuerda haber visto a Baskin practicando el baloncesto solo alrededor de las tres de la tarde. Dos horas después, lo vio caminar por la playa en dirección norte.

—¿Así que David no fue a nadar?

Graham se encogió de hombros.

—Quizá sí. Aquí hay muchos lugares donde nadar, pero no hay vigilancia y la corriente es muy fuerte.

—David es un gran nadador.

—Es lo que dice su esposa, pero he vivido aquí toda mi vida, y le aseguro que una de esas malditas corrientes puede arrastrarte hacia abajo, y nadie puede hacer nada al respecto, sino ahogarse.

—¿Han comenzado a buscar el cuerpo?

Graham asintió.

—Claro que sí, pero, hasta el momento, ni rastro del muchacho.

—De haberse ahogado, ¿el cuerpo no tendría que haber aparecido ya?

—Es lo más frecuente, pero, amigo, esto es el norte de Australia. En este océano, a un hombre pueden ocurrirle más cosas que en el metro de Nueva York. Puede haber acabado en alguna de las muchas islas deshabitadas, haberse quedado atrapado en la Gran Barrera de Coral o haber sido devorado por Dios sabe qué. Puede haberle pasado un millón de cosas.

—¿Cuál es su teoría?

El gigantesco australiano se levantó y cruzó la habitación.

—¿Café?

—No, gracias.

—Con este calor no le culpo. ¿Qué tal una Coca-Cola?

—No estaría mal.

Graham abrió la pequeña nevera detrás de su mesa, sacó dos botellas y le dio una a T. C.

—Dice que es amigo de David Baskin, ¿no?

—Desde hace muchos años.

—¿Cree que puede ser objetivo?

—Supongo que sí.

El sheriff se sentó con un largo suspiro.

—Soy el sheriff de una pequeña y tranquila comunidad. Y me gusta que sea así: bonita, discreta y tranquila. ¿Sabe a qué me refiero?

T. C. asintió.

—No pretendo ser un héroe. No espero ninguna gloria y no me gustan los casos complicados como los que tienen ustedes en Boston. ¿Comprende lo que le digo?

—Claro.

—Bien, siendo como soy un hombre sencillo, déjeme decirle cómo lo veo. No creo que Baskin se ahogara.

—¿No?

Graham negó con la cabeza.

—Puedo haber hecho un bonito discurso sobre todas las probabilidades que tiene un hombre de morir en el Pacífico, pero la verdad siempre es mucho más sencilla. De haberse ahogado, su cuerpo ya tendría que estar aquí. No ocurre siempre, pero sí la mayoría de las veces.

—Entonces ¿qué...?

El gigante bebió un trago de Coca-Cola.

—¿Tal vez a última hora le entró miedo? No sería la primera vez que un hombre se fuga en plena luna de miel. Yo mismo estuve a punto de hacerlo en una ocasión.

T. C. le respondió con una sonrisa.

—¿Ha visto usted a su esposa?

Graham expresó su aprecio con un silbido.

—Nunca había visto nada igual en toda mi vida, amigo. Casi se me saltaron los ojos de las órbitas. —Bebió otro sorbo de Coca-Cola, bajó la botella y se secó los labios con el antebrazo, que tenía el grosor de un roble—. Creo que podemos dar por sentado que no se fugó, pero, déjeme que le pregunte otra cosa, inspector. Estuve haciendo algunas averiguaciones acerca de David Baskin, parte de mi trabajo, ya sabe, y parece ser un tipo bastante juerguista. ¿Hay alguna posibilidad de que se haya ido de parranda o algo por el estilo?

—¿Y preocuparla a ella de esta manera? No sería propio de él.

—Bien. He dado aviso a todas las ciudades cercanas y a la guardia costera. Nadie quiere a los periodistas rondando por aquí, así que guardan silencio. Aparte de eso, no estoy seguro de que podamos hacer mucho más.

—Querría pedirle un favor, Graham.

—Diga.

—Estoy fuera de mi jurisdicción, pero, si me lo permite, me gustaría ayudarlo con la investigación. David Baskin es mi mejor amigo y lo conozco mejor que...

—Eh, eh, no tan rápido —lo interrumpió Graham, levantándose. Su mirada viajó de norte a sur, desde el rostro de T. C. a sus gastados mocasines Tom McAn. Sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó el sudor de la frente—. Ahora mismo ando escaso de personal —continuó con voz lenta—, y supongo que no le haría ningún daño a nadie si lo nombrase mi asesor en este caso. —Sacó una hoja de papel y se la dio—. Aquí tiene una lista de los lugares a los que quiero que llame. Infórmeme si se entera de algo.

—Gracias. Le estoy muy agradecido.

—No hay de qué. Pero deje que le haga una última pregunta: ¿le pasa algo a Baskin?

T. C. sintió que el pulso se le aceleraba, y los recuerdos lo asaltaron.

—¿A qué se refiere?

—Ya sabe, si padece algún trastorno, algún problema del corazón..., lo que sea.

—No, que yo sepa —mintió T. C.

—¿Quién podría saberlo mejor? —Graham sonrió—. Al fin y al cabo, usted es su mejor amigo, ¿no?

La mirada de T. C. se cruzó con la del gigantesco sheriff por un instante. Ninguno de los dos revelaba nada.

Laura y T. C. permanecieron en silencio durante el corto trayecto de regreso al hotel. T. C. se inscribió en la recepción, dejó el equipaje y acompañó a Laura a la suite nupcial.

—¿Qué hacemos ahora?

Él respiró hondo y se rascó la cabeza con la punta de los dedos. Todavía no tenía canas, y, aunque esperaba que su pelo le durara lo bastante como para tenerlas, lo dudaba. El cabello castaño claro suele perder terreno rápidamente, y su frente avanzaba hacia su coronilla como el general Sherman a través de Atlanta.

T. C. se acercó a la ventana de la habitación y buscó un puro en el bolsillo. No le quedaban.

—Unas cuantas llamadas, inspeccionar la zona...

La voz de Laura sonó sorprendentemente firme y práctica:

—Con hacer llamadas te refieres a los depósitos de cadáveres.

—Los depósitos de cadáveres, los hospitales... Esa clase de sitios.

—Y por inspeccionar la zona te refieres al océano y las playas para ver si ha aparecido el cuerpo de David.

T. C. asintió.

Laura se acercó al teléfono.

—¿Quieres cambiarte o descansar antes de que comencemos? Tienes un aspecto horrible.

Él se volvió con una sonrisa.

—Acabo de llegar de un largo vuelo. ¿Cuál es tu excusa?

—No estoy precisamente para una foto de portada, ¿verdad?

—Todavía puedes avergonzarse a la competencia.

—Gracias. Ahora, hazme un favor.

—Dime.

—Baja a la recepción y cómprate un par de cajas de sus mejores puros baratos.

—¿Eh?

Ella levantó el auricular.

—Acumula provisiones. Quizá estemos aquí mucho tiempo.

Primero llamó a los depósitos de cadáveres.

Laura quiso llamar primero a las distintas morgues de la zona para descartar esa posibilidad cuanto antes. Mejor pasar a toda prisa por el valle de las sombras de la muerte que dar un plácido paseo. Su cabeza se acomodaba en la guillotina desde que el forense decía: «Espere un momento, señorita», hasta que una infernal década más tarde, o así le parecía a ella, volvía para afirmar: «Aquí no hay nadie que encaje con esa descripción».

Entonces el alivio fluía por sus venas durante unos segundos, hasta que T. C. le daba el siguiente número.

La habitación apestaba tanto a humo de puro que parecían estar sentados a una mesa de póquer después de una larga noche de juerga, aunque Laura apenas se daba cuenta. Se sentía atrapada y sofocada, pero no por el humo, sino por cada sonido del teléfono. Ahora que había empezado a llamar a los hospitales, su cuerpo pasaba constantemente de la esperanza al miedo. Quería saber —necesitaba saber—, pero al mismo tiempo tenía miedo de saber. Era como vivir en una pesadilla de la que temes despertarte, porque entonces la pesadilla puede convertirse en realidad.

Una hora más tarde, habían acabado con las llamadas.

—Y ahora ¿qué?

T. C. tiró la ceniza sobre la mesa. Había fumado muchos puros en su vida, pero con aquellos puros australianos eran como fumar mierda de pato. Una calada de aquellas tagarninas le habría hecho a Fidel aquello que Kennedy y la bahía de Cochinos no habían logrado. Decidió que aquel sería el último.

—Bajaré y buscaré en la guía unos cuantos números más a los que llamar — contestó—. Después comenzaré a interrogar al personal. No tiene sentido que ambos estemos junto al teléfono.

Se levantó, caminó hasta la puerta, suspiró y se volvió sin prisas. Cogió los puros australianos. Qué demonios, sus papilas gustativas ya estaban muertas.

Un poco más tarde, mientras permanecía sola en su habitación esperando a que T. C. (o, mejor aún, David) volviese, Laura decidió llamar a casa. Al mirar el reloj, se dio cuenta de que en Boston eran más o menos las once de la noche. Su padre, el doctor James Ayars, estaría sentado en su immaculado despacho delante de su immaculada mesa. Los historiales médicos de las visitas de la mañana siguiente estarían perfectamente apilados, el lado derecho para los que ya había repasado, el izquierdo para los que aún debía revisar. Vestiría su bata de seda gris sobre el pijama perfectamente abrochado, y llevaría las gafas de leer bien sujetas en la punta de la nariz para que no se le deslizaran durante uno de sus frecuentes suspiros.

Su madre, la encantadora Mary Ayars, debía de estar en la planta superior, esperando la visita nocturna de su marido al dormitorio. Estaría sentada en la cama, leyendo la última novela provocadora elegida por su grupo de lectura, que en realidad era un clan del que formaban parte algunos de los supuestos intelectuales más influyentes de Boston. Todos los jueves por la noche, analizaban los libros de moda y les atribuían significados que ni siquiera los más creativos de los autores podrían haberse imaginado después de consumir la más

potente de las drogas alucinógenas. Laura había ido a una sesión (eran sesiones, le había dicho su madre, no reuniones), y decidió que el diccionario Webster's tendría que poner una foto de ese grupo junto a la palabra «gilipollez». De todos modos, aquel no era más que el último de una larga serie de intentos de su madre para establecer vínculos afectivos con otras mujeres, que iban desde el bridge hasta los grupos de encuentro de concienciación sexual.

—¿Hola?

Por primera vez desde la desaparición de David, de pronto las lágrimas asomaron a sus ojos. La voz de su padre fue como si se viera llevada de pronto por una máquina del tiempo. Laura deseó envolverse en el pasado, esconderse bajo la fuerte y segura voz de su padre, con la que siempre se había sentido a salvo y feliz.

—Hola, papá.

—¿Laura? ¿Cómo va todo por allí? ¿Qué tal Australia?

Ella no sabía por dónde empezar.

—Es hermoso. Siempre hace sol.

—Bueno, eso es fantástico, cariño. —Su tono adquirió un tono práctico—. Y ahora, ¿por qué no nos saltamos los preliminares? Dime qué ocurre.

Así era su padre. Nada de charlas ni demoras. Directo al grano.

—A David le ha pasado algo.

Su voz, como siempre, sonó autoritaria.

—¿Qué ha ocurrido, Laura? ¿Está bien?

—No lo sé —respondió, a punto de romper a llorar.

—¿Qué quieres decir con que no lo sabes?

—Ha desaparecido.

Se produjo un largo silencio que asustó a Laura.

—¿Desaparecido?

Su voz denotaba más miedo que auténtica sorpresa. Como cuando te dicen que tu amigo, el que se fuma tres paquetes al día, padece un cáncer de pulmón. Trágico y, a pesar de todo, predecible. Ella quería seguir hablando, pero esperó a

que su padre añadiese algo más, a que pidiese todos los detalles, como solía hacer. Sin embargo, James Ayars permaneció en silencio.

—Me dejó una nota avisándome de que se iba a nadar —dijo ella al fin—. De eso hace ya dos días.

—Oh, Dios... —murmuró Ayars.

Sus palabras se convirtieron en una afilada aguja que penetró en la piel de Laura. La voz firme y confiada de su padre había desaparecido. Lo imaginó luchando por recuperar su tono normal, pero el sonido de sus palabras era hueco, distante:

—¿Por qué no has llamado antes? ¿Has hablado con la policía?

—Están buscándolo. Llamé a T. C. Llegó hace unas horas.

—Cogeré el próximo vuelo. Estaré allí...

—No, no, papá, tranquilo. Aquí no puedes hacer nada.

—Pero...

—De verdad, papá, estoy bien. Pero, por favor, no se lo digas a mamá.

—¿Qué podría decirle? Ni siquiera sabe que estás en Australia. Todo el mundo se está preguntando dónde estáis David y tú.

—Tú mantén el secreto de nuestra fuga un poco más. ¿Está mamá en casa?

El doctor Ayars contestó gélidamente.

—No.

—¿Dónde está?

—Esta semana está en Los Ángeles —mintió—. Laura, ¿seguro que no quieres que vaya?

—Sí, de verdad, estoy bien. No tardaremos en encontrarlo. Es probable que solo esté gastándonos una broma.

De nuevo se hizo el silencio. Laura esperó que él se mostrase de acuerdo, que dijese que por supuesto que volvería y que dejase de preocuparse como una esposa típica. Pero no lo hizo. ¿Dónde estaban sus razonables palabras y su reconfortante voz? ¿Dónde estaba el hombre que tranquilizaba a todo el mundo? Curiosamente, su padre, la persona que siempre mantenía la calma y el control,

el hombre que había visto la muerte y el sufrimiento tanto a nivel profesional como personal durante toda su vida y nunca había permitido que afectasen a su plácida imagen exterior, se había quedado sin palabras.

—Te llamaré en cuanto sepa algo... —añadió Laura, mientras una pequeña voz en su cabeza le decía que su padre no necesitaba que lo informasen, que ya sabía cuál iba a ser el resultado. Pero aquello era ridículo. Laura estaba cansada y asustada, y esa situación le estaba haciendo puré el cerebro.

—De acuerdo... —respondió el doctor James Ayars derrotado, destrozado.

—¿Ocurre algo, papá?

—No —respondió él enseguida—. Seguro que todo acabará resolviéndose para bien.

Laura escuchó sus palabras, intrigada. ¿Para bien? De pronto sintió un frío intenso.

—¿Está Gloria en casa?

—No, tu hermana está trabajando de nuevo hasta tarde. Deberías sentirte muy orgullosa de ella.

—Lo estoy —contestó Laura—. ¿Cuándo vuelve mamá a casa?

—Dentro de unos días. ¿Seguro que no quieres que vaya?

—Sí, estoy segura. Adiós, papá.

—Adiós, Laura. Si necesitas algo...

—Te lo haré saber.

Laura oyó cómo su padre colgaba el teléfono.

Intentó no dejar que aquella conversación la preocupase. Al fin y al cabo, no había nada en especial en sus palabras, su padre no había dicho ni hecho nada que ella pudiera considerar de verdad preocupante. Aun así, no podía evitar la sensación de que algo iba mal, muy mal. Abrió la cartera y buscó en su interior, pero no encontró lo que buscaba.

Dios, ¿por qué había dejado de fumar?

Volvió a mirar a través de la ventana, lejos de la playa, hacia las estribaciones de las montañas australianas. Recordó una ocasión en que David y ella habían decidido escaparse de la ciudad e irse a un bosque de Nueva Inglaterra. David, que se había criado en Michigan, estaba acostumbrado a ir de acampada y, entusiasmado, se lo había vendido como un fin de semana lejos del mundanal ruido. Laura, que siempre había sido una urbanita feliz, lo veía más bien como una ocasión para dormir en suelo junto a un montón de insectos.

—Te encantará —insistió David.

—Lo odiaré.

Fueron a Vermont, se cargaron las pesadas mochilas a la espalda, y caminaron a través del sombrío bosque durante lo que a Laura le pareció un milenio hasta que, por fin, llegaron a su solitario lugar de acampada.

Laura se lavó en un arroyo cercano, desenrolló el saco de dormir y se acostó.

Entonces David se metió en el saco con ella.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó—. Pensaba que tenías tu propio saco.

—Lo tengo. Pero debemos acurrucarnos para entrar en calor.

—¿Calor corporal?

—Así es.

—Hay un problema.

—¿Eh?

—El termómetro marca treinta grados.

—¿Tanto?

Ella asintió.

David se lo pensó durante unos segundos.

—Entonces, sugiero que durmamos desnudos.

Hicieron el amor con una intensidad ferozmente inusitada, y después yacieron desnudos el uno en los brazos del otro.

—¡Madre mía! —exclamó David, cuando por fin comenzó a recuperar el aliento.

—¿Qué?

—Me encanta estar en contacto con la naturaleza. No sé, Laura, este entorno..., me hace sentir muy vivo, muy integrado con la naturaleza, muy...

—¿Cachondo?

—Bingo.

—Yo también comienzo a sentirme una amante de la naturaleza —declaró Laura.

—Ya me he dado cuenta. Pero tendrás que ser más cuidadosa.

—¿Por qué?

—Por todos esos gritos... Harás que nuestros amigos peludos se mueran del susto.

—Te encanta.

—Es verdad.

—Además, tú tampoco eres Marcel Marceau precisamente.

—*Moi?*

—Ha sonado como el bramido de un alce. Esperaba que la hembra apareciese en cualquier momento entre los árboles.

—Mala suerte. Supongo que tendré que apañármelas contigo.

—Eres un vicioso, David.

Buscó en sus vaqueros arrugados, y sacó un paquete de cigarrillos.

David gimió.

—¿Vas a fumar ahora?

—No, voy a alimentar a los animales.

—El Oso Smokey, la mascota del Servicio Forestal, dice que es la gente la que provoca los incendios en los bosques.

—Tendré cuidado.

—Escucha, Laura, no me importa que fumes cuando estás en casa...

—Y una mierda.

—De acuerdo, sí me importa. Pero aquí, en la naturaleza, tenemos que pensar en nuestros amigos peludos.

—¿Por qué detestas tanto que fume?

David se encogió de hombros.

—Aparte del hecho de que es un hábito repugnante, terrible para tu salud y carente de cualidad redentora alguna, supongo que no me gusta besar a un cenicero.

—Pero es que tengo una fijación oral.

—Lo sé. Es una de las razones por las que te quiero.

—Pervertido. Además, ya tendrías que estar acostumbrado al humo. Has vivido con T. C. durante cuatro años. ¿Y qué me dices de Clip? Esos dos siempre están fumando puros apestosos.

—Sí, pero casi nunca los beso. Bueno, quizá a T. C. de vez en cuando...

—Ya lo sospechaba.

—Además, T. C. nunca sobreviviría sin sus puros. Son parte de él, algo así como un apéndice de su personalidad. Y Clip tiene setenta años y es mi jefe. Uno no suele criticar a su jefe. Además, me gusta cuando Clip fuma.

—¿Por qué?

—Es el puro de la victoria. Significa que vamos a ganar el partido.

Ella lo abrazó.

—Mi cigarrillo es algo así como el cigarrillo de la victoria.

—¿Eh?

—A Clip le gusta fumar después de los partidos. A mí me gusta fumar después de un extraordinario e impresionante orgas...

—No lo digas, Ayars.

—Lo siento.

David se sentó.

—¿Quieres saber la verdadera razón por la que quiero que lo dejes?

Ella negó con la cabeza.

David la abrazó, y sus manos le acariciaron el pelo con ternura.

—Porque no quiero que te pase nada malo —le susurró—. Y porque quiero estar contigo para siempre.

Ella lo miró esperanzada.

—¿Lo dices de verdad?

—Te quiero, Laura. Te quiero más de lo que nunca llegarás a saber.

Ella dejó el tabaco al cabo de dos meses. Y nunca hasta ese momento había vuelto a pensar en fumar.

La llamada a la puerta la devolvió al presente.

—¿T. C.?

—Sí.

—Está abierto.

T. C. entró. La expresión de su rostro era tensa.

—¿A esto lo llaman civilización? Aquí no hay ni McDonald's ni Roy Rogers.

—¿Alguna novedad?

Laura vio a T. C. negar con la cabeza con movimientos extrañamente temblorosos.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

—Nada. Supongo que estoy algo cansado y hambriento.

—Puedes pedir que te suban algo.

—Dentro de un momento.

—¿Para qué esperar? Si tienes hambre...

Sonó el teléfono.

T. C. se adelantó a Laura y atendió la llamada.

—¿Diga?

Laura intentó leer su expresión, pero T. C. se dio la vuelta y mantuvo el rostro pegado al auricular, como haría un apostador en un teléfono público. Pasaron unos minutos antes de que T. C. dijera algo:

—De acuerdo. Voy para allá.

—¿Qué pasa?

—Volveré enseguida.

—¿Adónde vas? ¿Quién ha llamado?

T. C. fue hacia la puerta.

—Solo es una posible pista. Te llamaré si se confirma algo.

—Voy contigo.

—No, necesito que te quedes aquí. Podría llamar alguien más.

Ella cogió el bolso.

—El recepcionista puede coger el recado.

—No basta con eso.

—¿A qué te refieres? Aquí no hago nada.

—Ni tampoco lo harás si vienes. No quiero tener que preocuparme de...

Escucha, Laura, quiero conocer todos los hechos, y no puedo tener que lidiar con consideraciones...

—¿Consideraciones? —lo interrumpió ella—. Eso es una tontería, T. C., y lo sabes.

—¿Me vas a dejar que acabe? Uno de esos Cocodrilo Dundee ve a la nueva esposa y se cierra en banda o suaviza sus palabras.

—Entonces me quedaré en el coche.

—Escúchame por un segundo. En unos minutos, recibiremos una llamada importante y necesito que estés aquí para atenderla. Te llamaré en cuanto sepa algo, te lo prometo.

—Pero...

T. C. negó con la cabeza y salió a toda prisa. Laura decidió no seguirle. En Boston ella nunca habría tolerado un trato tan brusco y paternalista de nadie, pero aquello no era Boston, y T. C. era el mejor amigo de David. Si alguien podía traerlo sano y salvo, ese era él.

En el otro extremo de la línea, la persona que había llamado oyó colgar a T. C. y esperó. El tono de llamada siguió sonando con su monótono pitido, pero la persona continuó allí, como hipnotizada, y no colgó el teléfono.

Ya estaba hecho. T. C. había sido informado. Todo estaba en marcha. No había vuelta atrás.

Cuando por fin colgó, la persona se tumbó en la cama y comenzó a llorar.

Laura permaneció sola en la habitación del hotel, perdida en sus pensamientos. El teléfono no sonó y nadie llamó a la puerta. El tiempo transcurría con ritmo lento y desigual, y comenzó a sentirse cada vez más aislada del mundo, de la realidad, de David.

Su mirada se paseó por la preciosa suite, y se detuvo en un objeto que le resultó tranquilizador, conocido y cómodo. Un par de zapatillas de baloncesto verdes de David, reforzadas en el tobillo derecho desde que se lo había fracturado cuando estaba en la facultad. Se hallaban sobre la alfombra. Una estaba ladeada, como una barca volcada; la otra estaba perpendicular a su compañera.

Laura vio la etiqueta de Svengali en la zapatilla derecha. En la izquierda, un calcetín tapaba la etiqueta. Desvió la mirada, y encontró el otro calcetín más o menos a un metro, retorcido en la alfombra como un hombre que duerme en posición fetal. David no era precisamente el tipo más ordenado del mundo. Utilizaba las sillas y los pomos de las puertas como perchas, y la alfombra era la cómoda perfecta para las camisetas y pantalones, mientras que el suelo del baño servía de cajón para la ropa interior, los calcetines y los pijamas. Su apariencia personal siempre era impoluta, pero su apartamento se parecía más a un edificio en ruinas que a una vivienda habitada.

—Es hogareño —afirmaba él.

—Es asqueroso —aseguraba ella.

Una vez más, llamaron a la puerta y las imágenes del pasado desaparecieron de su mente. Laura consultó su reloj y vio que T. C. llevaba casi dos horas fuera. Oyó los cantos de los pájaros salvajes de las costas de Australia, que revoloteaban entre las palmeras, al otro lado de la ventana. El sol picaba fuerte, a pesar de la hora.

—¿Quién es? —preguntó, aunque imaginaba que era T. C.

—Soy yo.

La voz de T. C. fue como un puñal en el estómago de Laura, que se levantó y se dirigió hacia la puerta como una autómata. Pasó por delante de un espejo, se vio por el rabillo del ojo y descubrió que vestía una de las camisas de David con sus pantalones vaqueros de Svengali. Laura se ponía sus prendas a todas horas: su sudadera de los Celtics en las noches frías de Boston, la camisa de su pijama como camisón... Un tanto extraño para una mujer que dirigía un imperio de la moda. Borró el pensamiento de su mente, desconcertada por la manera en que su cerebro podía centrarse en algo tan trivial en un momento como aquel.

Dedicó otro segundo a preguntarse si aquellos pensamientos eran un mecanismo defensivo que bloqueaba la terrible realidad, y finalmente abrió la puerta.

Su mirada buscó de inmediato la de T. C., pero este miró en otra dirección, como si los ojos de ella le quemasen, y observó el suelo para escapar a su oleada de esperanza. En el rostro de T. C. empezaba a aparecer una barba incipiente.

—¿Qué pasa? —preguntó Laura.

T. C. no dio un paso adelante ni habló. Permaneció frente a ella sin moverse, como si intentara armarse de valor, y se obligó a levantar la cabeza. Su mirada titubeó al encontrarse con la de Laura, expectante.

Permanecieron en silencio. Laura lo miró y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿T. C.? —preguntó perpleja.

T. C. levantó una mano hasta ponerla a la altura de los ojos de Laura. La expresión de perplejidad se transformó en otra de absoluta angustia.

—Oh, Dios, no... —gimió ella—. Por favor, no.

T. C. levantó el bañador multicolor y la camiseta verde de los Celtics.

Las prendas no eran más que harapos.

Gloria Ayars cerró su maletín, apagó las luces y caminó por el pasillo desierto. Los otros ejecutivos de la compañía se habían ido a casa hacía horas, pero no pasaba nada: todos habían pagado sus deudas, Gloria no.

Consultó su reloj. Los números digitales marcaban las veintitrés horas y doce minutos.

—Buenas noches, señorita Ayars —la saludó el guardia de seguridad.

—Buenas noches, Frank.

—Hoy ha trabajado hasta tarde.

—Así es —respondió ella con una alegre sonrisa.

Gloria se dirigió hacia su coche. Negó con la cabeza, con una sonrisa todavía jugueteando en la comisura de sus labios. Resultaba tan difícil de creer... Gloria había oído algunos comentarios antes de que Laura se marchase de viaje (en realidad, de luna de miel, pero eso era un secreto): «No puedes hacerlo —la habían advertido sus subalternos—. Echarás a perder el negocio». Pero Laura no les había hecho caso. Prefería arriesgarse. Arriesgarse mucho. Había decidido dejar Svengali en manos de Gloria durante su ausencia, una decisión que había asombrado a la propia Gloria, que se había preguntado si su hermana se había vuelto loca al dejar el control de una compañía multimillonaria en manos de alguien como ella.

Pero ahora Gloria sabía que la respuesta era que no. Había respondido bien a la confianza de Laura.

Mientras caminaba por la acera, los hombres que pasaban en coche reducían la velocidad para silbarle o por lo menos para mirarla de arriba abajo. Gloria estaba acostumbrada a que los hombres se fijaran en ella. Desde luego, no era tan hermosa como su hermana, pero todavía era capaz de hacer que a cualquier

tipo le hirviese la sangre al verla. Había cierta inocencia en su aspecto, una dulzura hacia un mundo que siempre la había golpeado y había abusado de ella. Pero toda aquella dulce inocencia estaba encerrada en un cuerpo que solo podía definirse como una dinamo sexual a lo Marilyn Monroe, porque todo en él eran curvas voluptuosas, y, vistiera lo que vistiese, parecía gritar sensualidad, más que insinuarla.

Se subió al coche, acomodó el espejo retrovisor y se miró en él. Sonrió de nuevo, y se preguntó si en realidad estaba mirando a la misma Gloria Ayars que hasta hacía muy poco había sido una adicta a la heroína, una cocainómana, una porrera, una mujer fácil para cualquier hombre que quisiera explotarla. Resultaba difícil creer que, apenas unos meses atrás, se clavaba agujas en las venas y había estado a punto de hacer películas porno. Mientras conducía de regreso a casa, Gloria le agradeció a su hermana por enésima vez que la hubiera salvado. De no haber sido por Laura, ella estaría muerta. Muerta... o algo peor. Apartó aquel pensamiento de su mente y entró en el camino privado de los Ayars. Aparcó el coche junto al de su padre y sacó la llave de la casa. Un minuto más tarde, estaba en el vestíbulo.

En otro tiempo, Gloria no habría sido bienvenida. Durante años, el rostro de su padre se volvía rojo de furia con solo escuchar su nombre, y la habría echado de la casa en la que creció sin dudarle un instante.

Y se lo habría merecido.

Dejó el maletín en el suelo del vestíbulo a oscuras, se quitó el abrigo y guardó las dos cosas en el armario.

—¿Papá? —llamó. No obtuvo respuesta. Fue hacia el despacho. Él nunca se acostaba antes de la medianoche; además, su madre estaría en Los Ángeles toda la semana, así que James Ayars se quedaba trabajando hasta más tarde de lo habitual.

La puerta del despacho estaba abierta, y la lámpara de la mesa iluminaba levemente el pasillo cercano. Entró y echó un vistazo a la estancia. Su padre no estaba allí. Apagó la lámpara y caminó hacia las escaleras.

—¿Papá? —llamó de nuevo, pero siguió sin obtener respuesta. Su coche estaba en la entrada, lo que significaba que él tenía que estar en casa. Probablemente ya estaría acostado, de modo que Gloria subió las escaleras, fue por el pasillo y se detuvo de repente.

—¿Qué...?

La luz de la vieja habitación de Laura estaba encendida, y eso era muy extraño. Nadie había estado en aquella habitación en años, excepto la propia Laura, cuando venía a visitarlos, y la asistenta. Gloria avanzó a paso lento, llegó a la puerta y se asomó.

De pronto se quedó helada.

Su padre estaba sentado en el filo de la cama de Laura, de espaldas a la puerta. Se sujetaba la cabeza con las manos, en un gesto que denotaba una angustia evidente. Aquella visión sorprendió a Gloria. James Ayars nunca le había parecido tan pequeño y tan vulnerable.

—¿Papá?

Gloria se dio cuenta de que apenas podía contener un último sollozo mientras levantaba la cabeza. No se volvió para mirarla.

—Gloria..., me... alegra que hayas venido a casa.

«Me alegra que hayas venido a casa». Palabras textuales. Hubo un tiempo en que sin duda le habría resultado más fácil imaginarse el Armagedón que a su padre pronunciando esas palabras:

—¿Estás bien? —preguntó ella.

El doctor James Ayars no respondió de inmediato. Sus hombros subían y bajaban con cada respiración.

—Tengo una mala noticia.

Con treinta años cumplidos, Gloria ya había experimentado lo que era el terror. La mayoría de las veces se lo había autoinfligido. En cierta ocasión, había consumido LSD de pésima calidad en una fiesta de la Costa Oeste, y su mente había conjurado tales horrores que a punto estuvo de saltar por la ventana de un décimo piso. Ahora recordó aquella misma sensación, la manera en que su

corazón latía en su pecho... Aunque también recordaba otro momento —«¡Mamá! ¡Mamá!»—. «Gloria, ¡sal de aquí! ¡Sal de aquí ahora!»— en que había tenido que enfrentarse al terror. Pero entonces era muy joven, apenas una niña. No recordaba casi nada, excepto...

«Sangre. Mucha sangre».

La misma sangre que veía en sus pesadillas.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Laura acaba de llamar desde Australia —comenzó él con voz lenta. Sus fuerzas desaparecían a cada palabra—. David está muerto. Se ha ahogado en el mar. Lo atrapó una fuerte corriente y se lo llevó.

La desesperación se adueñó de Gloria. No era posible. Sencillamente, no era posible. David no. No el único hombre de quien su hermana había estado enamorada. No el único hombre que había tratado a Gloria como a una persona, el único amigo verdadero que había tenido. Se derrumbó y corrió hacia su padre. Las piernas le temblaban, y las lágrimas corrían ya por sus mejillas.

No era posible.

T. C. se sentó junto a Laura en el avión. Apenas habían hablado desde que le dio la noticia. Solo había hecho una pregunta:

—¿Cuándo podré ver el cuerpo?

T. C. había rezado para que ella no le hiciese aquella pregunta.

—No es necesario —le respondió él con voz suave.

—Pero quiero...

—No, no quieres.

T. C. se había ocupado sin demora del resto de los detalles. Sabía que David no tenía ninguna auténtica familia a la que llamar. Su único pariente vivo era Stan, esa mierda de hermano a quien nadie veía desde hacía más de una década, y que probablemente celebraría la muerte de David. No era necesario llamar a esa escoria. También se había ocupado de que la prensa no molestase mucho a

Laura. Sabía que, en cuanto ella regresase a Boston, los buitres de la prensa se le echarían encima, deseosos de saber con pelos y señales cómo era que te arrancasen el corazón de cuajo. Decidió que lo mejor sería que Laura se instalara en el apartamento de Serita durante un tiempo para pasar desapercibida, pero T. C. sabía por experiencia propia que a la prensa solo se la podía parar durante un tiempo.

Se volvió hacia ella. Se había devanado los sesos buscando desesperadamente la manera de aliviar parte de su dolor. La observaba con detenimiento, concentrado en cada uno de sus movimientos, como si estos pudiesen darle una pista de lo que debía hacer. Era un ejercicio inútil, y T. C. lo sabía.

«Maldito seas por haberle hecho esto, David. Maldito seas».

También sabía que, por debajo de aquel velo de angustia, Laura estaba pensando que él era una de las pocas personas que conocían la verdad acerca de David y su aflicción. Había sido testigo de primera mano de sus horribles efectos. Había visto cómo había estado a punto de matar a su mejor amigo.

Pero, gracias a Dios, Laura había hecho que todo eso desapareciese.

De alguna manera, ella había dado con el demonio que había atormentado a David Baskin durante buena parte de su vida, y había acabado destruyéndolo. Aun así, a ambos los atenazaba el miedo de que aquel demonio regresase algún día. Se preguntaban si estaba muerto de verdad, si habían conseguido destruirlo, pero en el fondo temían que —como si de una mala secuela de Godzilla se tratara— solo estuviera escondido para reponer fuerzas y prepararse para atacar con tal saña que acabaría destruyendo a David de una vez por todas.

La pregunta más inmediata que T. C. sabía que Laura se estaba formulando a sí misma era si la criatura podría haber paralizado el cuerpo de David en una ola de insoportable agonía, mientras intentaba enfrentarse a las traicioneras corrientes. De haberse quedado con él, ¿podría haber hecho algo por proteger a su amado David de la cruel criatura que habitaba en su interior?

T. C. le cogió la mano. Quería decirle que dejase de pensar en esas cosas.

Quería decirle que David no había sufrido otro ataque, y que ella no habría podido hacer nada por cambiar lo ocurrido.

Por supuesto, no podía decirle nada de eso. Laura nunca aceptaría sus explicaciones. Le exigiría que le contase por qué sabía tanto del accidente de David.

Y él no podría contárselo nunca.

El doctor James Ayars se había planteado muy en serio cancelar todas sus citas del día. Era algo que no había hecho en más de veinte años. Nunca se había permitido caer enfermo durante todo aquel tiempo, y siempre se había enorgullecido de ser estrictamente puntual. De lunes a viernes —salvo en sus tres semanas de vacaciones anuales—, comenzaba la ronda en el hospital a las siete y media de la mañana, seguida de su primera visita a las nueve, y así durante toda la jornada. Recibía a su último paciente a las cuatro y media de la tarde, y hacía otra rápida visita a los enfermos ingresados en el hospital. Solo entonces volvía a su casa, en las afueras de Boston. Si debía ausentarse por razones personales, avisaba a sus pacientes y al personal por lo menos con dos meses de antelación.

Apenas se había apartado de esa rutina durante las dos últimas décadas, pero la llamada telefónica que había recibido de Laura el día anterior era motivo suficiente para romper cualquier tipo de rutina. Lo había entristecido y confundido hasta tal punto que, incluso un hombre tan disciplinado como él, se estaba planteando no ir a trabajar. Solo quería quedarse en la cama y capear el temporal.

Al final comprendió que quedarse en casa no serviría de nada. Solo le daría más tiempo para pensar, cuando lo que necesitaba era mantenerse ocupado. Una vez en el hospital, decidió llamar a la psiquiatra de Gloria —su hija todavía necesitaba terapia, a pesar de su notable mejoría— y le explicó lo ocurrido. La psiquiatra le había dicho que quería ver a Gloria de inmediato.

James apartó la silla de su mesa. Algunos pacientes esperaban: el señor Campbell en el consultorio cinco, y la señora Dalton en el tres.

Sonó el intercomunicador.

—¿Doctor Ayars? —dijo una voz.

—Sí.

—Su esposa por la línea dos.

—Gracias. —Se tragó el miedo, levantó el auricular, y apretó el botón encendido—. ¿Mary?

—Hola, James.

—¿Dónde demonios estás? —preguntó—. Me he pasado toda la noche tratando de hablar contigo. Creía que te alojabas en el Four Seasons.

—Celebraban una convención tan ruidosa que me fui al Hyatt.

James cerró los ojos y se los frotó. No le mencionó que tampoco la había encontrado en el Hyatt.

—Tengo una mala noticia.

Hubo una pausa.

—¿Sí?

—Se trata de David.

—¿Qué ha pasado?

—Está muerto.

—¡Oh, Dios mío! ¿Cómo...? ¿Se ha... suicidado?

«Qué respuesta más previsible», pensó James.

—Se ahogó en la costa australiana.

—Pero si era un nadador extraordinario...

—Supongo que subestimó las corrientes.

—¿O...?

—¿O qué?

—Es terrible —continuó ella—. ¿Cómo lo lleva Laura?

—No creo que sea consciente todavía de la trascendencia de lo sucedido. T. C., el amigo de David, está con ella. Se está encargando de todos los trámites.

—Acabará totalmente destrozada, James. Tendremos que ayudarla a superar esto.

—Por supuesto que lo haremos.

—Saldrá de esta —añadió Mary, esperanzada—. Siempre ha sido una chica muy fuerte.

—Estoy seguro de ello —respondió él sin mucho entusiasmo.

—Cogeré un vuelo de regreso mañana mismo.

—¿No quieres que vaya a buscarte al aeropuerto?

—No es necesario, James, cogeré un taxi en Logan.

—De acuerdo, te veré entonces.

Colgó el teléfono, se echó hacia atrás y respiró hondo. A Mary nunca se le había dado bien mentir. Ni siquiera se había molestado en preguntar por qué Laura y David estaban en Australia. James Ayars se miró las manos. Con cierta sorpresa, se dio cuenta de que le temblaban.

Stan Baskin se despertó sobresaltado. Intentó recordar el sueño que le había hecho despertar, pero, al ver que le resultaba imposible, se dio por vencido sin esforzarse mucho más. La mujer sin nombre que tenía a su lado en la cama continuaba durmiendo, gracias a Dios con el rostro vuelto hacia el otro lado. Intentó recordar cuál era su aspecto, y, al ver que le resultaba imposible, se dio por vencido.

Sin duda su pesadilla tenía que ver con el partido de los Red Sox de la noche anterior. Maldita sea, aquello había sido algo seguro. Stan había analizado el partido con mucho cuidado, y había llegado a la conclusión de que era imposible que los Brewers pudiesen derrotar a los Sox. Milwaukee carecía de recursos para enfrentarse a un lanzador zurdo que tenía un récord de siete a cero. Si a eso le sumaba la forma en que los Sox habían derrotado a los Brewers en los lanzamientos, y después añadía que jugaban en Fenway Park, era pan comido.

Pero los Sox habían perdido por seis a tres.

Stan había apostado mil dólares en aquel partido. Y lo que era aún peor, RH (así apodado por su afición a romper huesos) lo estaba buscando porque Stan se había demorado en algunos pagos. Stan sabía que solo necesitaba una oportunidad más. Sabía que el partido de aquel día entre los Houston Astros y los Saint Louis Cardinals, que iba a disputarse en casa de los Cardinals, era algo seguro. Mike Scott estaba listo para dar el salto definitivo. Incluso podía arreglárselas el solo para que los Cardinals no consiguiesen completar ni una sola carrera. Además, estaba seguro de que cierto caballo iba a ganar la quinta carrera de Yonkers.

Se deslizó en silencio de debajo de las sábanas, echó una meada, tiró de la cadena y después miró su cuerpo desnudo en el espejo. No estaba mal para un hombre que estaba llegando al final (muy al final) de la treintena. Todo seguía bien firme aquella mañana (incluso el señor Rabo), y su apuesto rostro todavía atraía a las mujeres. Ahí estaba la noche anterior, la primera que pasaba en Boston, para corroborarlo.

Volvió al dormitorio. La mujer sin nombre seguía durmiendo. Bien, mucho mejor. Buscó en su cómoda unas aspirinas, encontró Tylenol y se apresuró a tomar tres píldoras con la ilusión de que le curarían la resaca. Encendió el televisor y fue cambiando de canal hasta que encontró el que buscaba, y se sentó en el borde de la cama. La mujer sin nombre por fin comenzó a salir de su hibernación a medida que el televisor la calentaba.

El presentador volvía a hablar de su hermano. ¡Por amor de Dios, cualquiera que viese la cantidad de tiempo que dedicaban a esa noticia pensaría que se había muerto el presidente de Estados Unidos! Recogió un cigarrillo del suelo (no tenía ni idea de cómo había acabado allí), y lo encendió mientras la charla en el televisor continuaba:

El mundo del deporte todavía está conmovido y asombrado por la trágica muerte del gran jugador de baloncesto, David Baskin. Hoy, nuestra ciudad presenta sus últimos respetos a la leyenda de los Celtics, que nos ofreció grandes y extraordinarios momentos y varios títulos mundiales. Las exequias tendrán lugar a las doce del mediodía en Faneuil Hall. Se espera que asistan miles de personas para darle su adiós

a David Baskin. Entre los oradores, estarán el senador Ted Kennedy; el presidente de los Celtics, Clip Arnstein, y dos de los compañeros de David, el pívot Earl Roberts y el escolta Timmy Daniels.

Stan negó con la cabeza. Toda una ciudad llorando a semejante imbécil. Increíble. De pronto, abrió los ojos de par en par cuando apareció una foto de Laura en la pantalla.

Un portavoz del equipo ha declarado que la hermosa viuda de Baskin, Laura Ayars Baskin, directora ejecutiva de la gran empresa de moda Svengali, saldría de su reclusión para la ceremonia y el sepelio privado que se celebrará después. La señora Ayars Baskin y su marido estaban disfrutando de su luna de miel en secreto cuando se produjo la tragedia. Nadie la ha visto desde su regreso...

Stan se quedó hechizado por la imagen. Tal vez no le gustara su hermano (en realidad, lo odiaba), pero, ¡joder!, su esposa era otro cantar. ¡No había más que mirar aquel cuerpo! Por Dios, sin duda tenía que ser algo extraordinario en la cama. No había la menor duda.

Una chica como ella se estaría subiendo por las paredes si no se la follaban a diario. Una chica como ella querría tener por fin a un hombre de verdad calentándole la cama.

Y el querido hermano mayor de David, Stan, era el hombre más indicado para aquella tarea.

Se levantó.

—¿Adónde vas?

Así que por fin se había despertado. Stan intentó recordar el nombre que había utilizado la noche anterior, pero, al ver que le resultaba imposible, se dio por vencido.

—¿Eh?

—¿Has dormido bien, David?

Contuvo la carcajada. ¡David! Había utilizado el nombre del hijo de puta de su hermano.

—Muy bien.

Se volvió para mirarla, y la vio por primera vez desde la noche anterior.

Oh, mierda...

Primero la derrota de los Red Sox, y ahora aquella bestia. Habría jurado que la noche anterior era mucho más guapa.

—¿Qué quieres que te prepare para desayunar?

Joder, pero si era una vaca.

—Tengo que irme.

—¿Me llamarás?

Muuu.

—Claro, cariño.

Ella bajó la cabeza.

—Quiero decir que si no quieres...

Mira cómo se queja la vaca. ¿Qué había hecho para acabar con ella? Si Stan no se conociese mejor, habría jurado que iba rodando cuesta abajo.

Volvió a mirarla. Comprobó que tenía las tetas grandes. De hecho, eran muy grandes. Bueno, menos daba una piedra, pero ahora había llegado el momento de darle una lección, la hora de mostrarle quién era el jefe.

—¿Qué te parece si salimos esta noche? —le preguntó.

Sus ojos se iluminaron. Su rostro brilló, radiante.

—¿De verdad?

—Por supuesto. Cena, baile, vestido formal... Todo. Sal y cómprate un vestido nuevo. ¿Qué te parece?

Ella se sentó en la cama, entusiasmada.

—Me encanta la idea. ¿A qué hora?

Él contuvo otra carcajada. La vaca se lo creía.

—¿Qué tal a las ocho? Pero antes tengo que atender un asunto de negocios, y podría demorarme un poco.

—De acuerdo.

Se imaginó a la vaca embutida en su vestido nuevo y esperando su llamada

durante toda la noche. Una llamada que no llegaría nunca. Sus labios apenas pudieron contener una carcajada.

—¿Pasa algo, David?

David. Stan volvió a reírse.

—No. Se me ha ocurrido en una cosa divertida.

Volvió a mirarla, y se preguntó si estaba haciendo lo correcto. Tal vez estuviera siendo injusto. Tal vez estuviera cometiendo un error. Tal vez debería pensárselo mejor. Al fin y al cabo, tenía unas buenas tetas...

No.

Sería mucho más divertido darle plantón. Además, ya tenía grandes planes para esa noche. Era hora de presentar a Stan Baskin a la ciudad de Boston, a la prensa...

... Y a Laura Ayars.

Apareció en las portadas de la prensa internacional.

La historia de la muerte de David era un caramelo para cualquier periodista. Más que cualquier otro atleta, David Baskin había ganado fama internacional, no solo por sus cualidades como jugador de baloncesto, sino también por sus gestas olímpicas, por su dominio del baloncesto europeo durante su temporada como becario de Rhodes y, por encima de todo, por su infatigable labor con los niños minusválidos. Si a ello se le añadía el hecho de que estaba casado con la supermodelo Laura Ayars, la fundadora de la línea Svengali, era lógico que los reporteros babeasen ante aquella noticia.

¿Qué podía hacer que aquella historia fuese todavía más interesante? La tragedia que golpeaba a la feliz pareja. Durante la fuga a Australia para disfrutar de una luna de miel en secreto, el gran Relámpago Blanco se ahogaba en un extraño accidente y dejaba atrás a su hermosa viuda para llorar por la crueldad de lo sucedido.

Todos los periódicos, desde Varsovia a Nueva York y desde Bangkok a

Leningrado, le daban prioridad absoluta a la historia. Todo el espectro del mundo periodístico, desde los tabloides que vendían sus ejemplares en los supermercados hasta los boletines de noticias patrocinados por el gobierno, se ocupaban del triste suceso.

Había todo tipo de titulares ingeniosos sobre cómo el Relámpago Blanco no brillaría más, o sobre cómo la naturaleza había sido capaz de detener por fin a David, cosa que nadie había podido hacer en el mundo del baloncesto. Sin embargo, más que ningún otro, Laura pensaba que el *Boston Globe*, el periódico de la ciudad de los Celtics, era el que golpeaba más cerca de la herida. En sencillas y enormes letras mayúsculas, la primera plana gritaba de dolor:

EL RELÁMPAGO BLANCO HA MUERTO

Laura dejó el periódico en la cama, se recostó en la almohada y miró hacia el techo. Tenía un tic en los ojos, un leve espasmo que no podía controlar. Serita había intentado mantener los periódicos fuera de su alcance, pero Laura había insistido y su amiga no era la más indicada para decirle qué podía o no podía hacer. Acostada en el dormitorio de invitados del apartamento de Serita por tercer día consecutivo, recordó un párrafo en particular que había leído y en el que se afirmaba que habían encontrado el cuerpo de David «hinchado» y «mutilado más allá de cualquier identificación posible».

Volvió a derramar unas lágrimas que, sin embargo, no parecían provenir de ella. Estaba demasiado aturdida y angustiada como para limitarse a llorar. Llorar no le servía de nada. El dolor iba mucho más allá de cualquier cosa que las lágrimas consiguiesen ahogar. Era consciente de que los periodistas la buscaban, pero muy pocas personas sabían dónde se encontraba, y Serita vigilaba a Laura como un guardia de seguridad en un aeropuerto israelí.

También era consciente de que ese día tendría que levantarse de la cama, que ese día tendría que abandonar la protección del apartamento de Serita y enfrentarse al mundo por primera vez desde que David había...

No podía estar muerto. No era posible.

«Por favor, dime que no es verdad. Por favor, dime que no es más que una broma estúpida y que cuando lo pille le voy a dar una paliza que recordará toda su vida por haberme asustado de esta manera. Por favor, dile que ya es suficiente, que sé que está bien, que el coral y las rocas no destrozaron su cuerpo».

—¿Laura?

Laura miró a su amiga. Serita era un bellezón, una de las pocas mujeres que podían competir con Laura en esa categoría. Medía casi un metro ochenta, y tenía un cuerpo delgado y musculoso con una preciosa piel de color ébano. Serita (que nunca utilizaba apellido) era la *top model* negra por antonomasia desde que los caminos de Laura y ella se cruzaran hacía ya seis años en el circuito de modelos. Serita se había convertido también en la mejor amiga de David durante los dos últimos años. De hecho, a David le había gustado tanto que no había parado hasta conseguir que saliese con su mejor amigo de los Celtics, Earl Roberts, el pívot de dos metros diez.

—¿Sí?

—Cariño, tienes que levantarte. Ha llamado Gloria. Vendrá con tu padre a recogerte dentro de una hora.

Laura no respondió.

—Gloria quiere hablar primero contigo.

—¿De qué?

Serita hizo una pausa.

—De tu madre.

La furia asomó a la mirada de Laura por primera vez desde la muerte de David.

—¿Qué pasa con mi madre?

—Quiere venir al funeral.

—Que le den.

—¿Esa es tu respuesta?

—Esa es mi respuesta.

Serita se encogió de hombros.

—Yo solo soy una mandada. Ahora, saca el culo de esa cama.

Aunque Laura se había pasado los últimos tres días en aquella cama, no le había servido para conciliar el sueño, y tampoco le había dado la oportunidad de escapar de la pesadilla en que se había convertido la realidad. No quería salir de la cama, ni vestirse, ni asistir al funeral en Faneuil Hall.

«Te quiero, David. Sabes que nunca volveré a enamorarme. Por favor, vuelve a mi lado. Por favor, vuelve y abrázame con suavidad y dime otra vez cuánto me quieres y cuán maravillosa será nuestra vida juntos. Háblame otra vez de todas las cosas que vamos a compartir, de los niños que vamos a criar».

—Hoy se esperan grandes atascos de tráfico —continuó Serita—. Creo que todo Boston estará metido en el Quincy Market para asistir. Espero que Earl no eche a perder su discurso.

A pesar de sus esfuerzos, Laura sintió que las lágrimas se escapaban de nuevo y rodaban por las mejillas.

—Vamos, Laura. —Serita apartó las sábanas y la ayudó a sentarse—. Tienes que estar allí.

—Lo sé. —Se enjugó las lágrimas con la manga—. Me alegro de que Earl vaya a dar el discurso. Y me alegro de que vosotros dos estéis juntos.

—No estamos juntos —afirmó Serita—, solo follamos.

Laura forzó una carcajada.

—Maravilloso.

Serita era la mejor amiga que tenía Laura, aparte de su hermana Gloria —eso suponiendo que las hermanas cuentan como amigas—. Laura había trabado amistad con muy pocas colegas durante sus días como modelo de portada. Aquello no se debía al ridículo estereotipo de que las modelos son tontas. No lo son. En realidad, son un grupo inteligente y bastante astuto, aunque en ocasiones su propia imagen les impide mostrar cómo son de verdad. Sin embargo, como Laura era la indiscutible modelo número uno del mundo, casi todas las demás

estaban celosas de ella. Laura dudaba que Serita hubiese estado celosa alguna vez. No parecía una emoción que cuadrara con su carácter.

Aquel día, la ciudad de Boston iba a dedicarle una estatua de bronce a David. La emplazarían en Faneuil Hall, cerca de la estatua de Clip Arnstein. Septuagenario ya, Clip era el presidente de los Celtics, un hombre a quien David había amado y respetado. También iba a dedicarle un discurso a su marido, junto con el alcalde de Boston, el senador Kennedy (un hombre que nunca le había importado gran cosa a David), Earl y Timmy Daniels, otro compañero de los Celtics.

La estatua estaba proyectada desde hacía meses, aunque por un propósito muy diferente. En un principio iban a erigirla en el pequeño patio de una escuela para niños minusválidos, como reconocimiento a la labor de David. Pero ahora la habían acabado a toda prisa, y la habían llevado a Faneuil Hall para conmemorar su prematura muerte. Laura suspiró. No podía evitar pensar que David habría preferido que la estatua estuviese en el pequeño patio.

Después de las honras fúnebres, habría un sepelio privado. Sepelio. Funeral. Laura negó con la cabeza mientras Serita la acompañaba al baño. Oyó cómo su amiga abría los grifos.

—Vamos, una ducha te sentará bien.

Laura entró en la ducha, y el agua corrió por su cuerpo desnudo.

«No me hagas ir a la ceremonia, Serita. No hay ningún motivo. Verás, David no está muerto. Todo esto es mentira. David está bien. Lo sé. Me prometió que no me dejaría nunca. Me prometió que estaríamos juntos para siempre. David nunca rompe una promesa. Lo sabes. Así que ya lo ves, no puede estar muerto. No puede estar muerto. No puede...».

Su cuerpo se deslizó poco a poco por la pared alicatada de la ducha, hasta que se quedó acurrucada en un rincón de la cabina. Luego se llevó las manos a la cara y lloró.

El cirujano miró el reloj en la pared más alejada.

Las cinco menos cuarto de la madrugada.

Respiró hondo y siguió suturando. Apenas unos minutos más tarde, todas las heridas estaban cerradas.

La operación había durado seis horas.

El cirujano salió del improvisado quirófano, se desató la mascarilla y dejó que le cayese sobre el pecho. Se acercó a su amigo y socio. El cirujano advirtió que su amigo esta vez estaba mucho más nervioso de lo habitual.

Era comprensible.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó su amigo.

—Sin complicaciones.

El hombre pareció muy aliviado.

—Te debo una, Hank.

—Pues espérate a ver mi factura.

El hombre rio la broma, pero su risa era nerviosa.

—Y ahora ¿qué?

—Lo habitual. No permitas que haga nada durante al menos dos semanas. Entonces vendré a visitarlo.

—Vale.

—Dejaré a una enfermera con él.

—Pero...

—Ya ha hecho este tipo de cosas. Es de confianza.

—Esto es un poco diferente, ¿no crees?

Al cirujano no lo quedó más remedio que asentir. Aquello era muy diferente.

—Te aseguro que se puede confiar en ella. Lleva unos cuantos años conmigo. Además, necesita a una enfermera.

El hombre se quedó pensativo.

—Supongo que tienes razón. ¿Algo más?

Un millón de preguntas pasaron por la mente del cirujano, pero llevaba en ese

negocio lo suficiente como para saber que las respuestas a tales preguntas podían ser peligrosas. Incluso fatales.

Negó con la cabeza.

—Te veré en dos semanas.

Judy Simmons, la tía de Laura, estaba haciendo la maleta para el viaje a Boston cuando sonó el teléfono.

«David está muerto, Judy. Finge todo lo que quieras, pero tú eres la responsable».

Cerró los ojos, luchando por apartar esa voz cruel, pero las acusaciones continuaron resonando en su mente.

«Podrías haberlo evitado, Judy, y ahora es demasiado tarde. David está muerto y tú tienes la culpa».

Se negó a seguir escuchándola. Judy acababa de cumplir cuarenta y nueve años y vivía sola. Siempre había vivido sola. Y nunca había querido vivir sola. Ella no tenía la culpa. Solo que cuando se trataba de hombres tenía la misma suerte que el Coyote persiguiendo al Correcaminos. Para ser más precisos, sus relaciones con el sexo opuesto acababan convertidas en desastres de la magnitud del Hindenburg. Aunque no era despampanante como su hermana Mary, sin duda era muy atractiva. Su rostro era hermoso, aunque un tanto anodino, y tenía una bonita figura. Su rasgo más notable era su melena castaño rojiza, que llevaba larga hasta los hombros. Siempre les había gustado a los hombres. El problema era que, por alguna razón, siempre atraía a los hombres equivocados.

«Eso no es del todo cierto. Casi tuviste al mejor. En dos ocasiones».

Pero de eso hacía ya mucho tiempo. Mejor olvidarlo. Además, ahora era feliz. Era profesora de inglés en la Universidad Colgate y, si bien los inviernos eran muy fríos, le gustaba el estilo de vida de una comunidad pequeña. Estaba contenta, satisfecha...

... Y aburrida.

Quizá, pero un poco de aburrimiento tampoco era tan malo. En ese momento,

echaba de menos el aburrimiento, lo pedía a gritos.

No quería más sorpresas.

Su pobre y hermosa sobrina. Que a Laura le hubiera sucedido algo tan terrible... Quizá hubiera una mano divina, pensó Judy, aunque aquella idea le resultaba extraña a una mujer como ella, en absoluto religiosa; una mujer que siempre había despreciado las palabras de «consuelo» que se referían a la tragedia como voluntad de Dios.

«Aun así, quizá se trata de eso. De la voluntad de Dios. Por favor, que sea eso. Que la muerte de David sea la voluntad de Dios. O alguna extraña y trágica coincidencia. O...».

La alternativa era tan horrible que no podía pensar en ella.

El teléfono volvió a sonar mientras guardaba un grueso jersey en la maleta. Alargó la mano hacia el aparato.

—Hola.

—¿Judy?

Era su hermana.

—Hola, Mary. ¿Cómo te encuentras?

Le respondieron unas lágrimas.

—Fatal —admitió Mary—. Laura sigue sin hablarme. Me odia, Judy. No sé qué hacer.

—Dale tiempo.

—Siempre me odiará. Lo sé.

—Laura está sufriendo mucho ahora mismo.

—¡Ya lo sé! —replicó Mary, tajante—. ¿Acaso crees que no lo sé? Soy su madre, por el amor de Dios. Me necesita.

—Por supuesto.

—¿Judy?

—¿Sí?

Hubo una pausa.

—No te lo conté todo.

—¿A qué te refieres?

Sonaron más llantos en el teléfono.

—Tendría que haberte llamado antes. Quería hacerlo. De verdad. Pero sabía que habrías intentado convencerme de que no lo hiciese.

A Judy le dio un vuelco el corazón.

—¿Qué ha pasado, Mary? Tú no...

Más llantos.

—¿Y qué habrías hecho tú? ¿No ves que no tenía alternativa? Es mi hija. No podía quedarme de brazos cruzados. Pero ahora... Oh, Dios, yo no quería que llegáramos a esto.

Los dedos de Judy retorcieron nerviosamente el cable del teléfono.

Hizo memoria. ¿Durante cuánto tiempo? ¿Cuántas personas habrían de pagar antes de que todo aquello terminara? ¿Por qué tenían que sufrir también los inocentes? ¿Por qué debían pagar por los pecados de los demás?

Judy se esforzó por mantener la voz tranquila.

—Simplemente, cuéntame lo que pasó.

Las gafas de sol de Laura la ayudaban a paliar el cálido resplandor del verano. Pero no las llevaba por eso. Servían a un propósito más importante: ocultar sus ojos hinchados al mundo y a las cámaras que la rodeaban. Se sentó en el estrado, con T. C. a la derecha y Serita a la izquierda. Earl estaba al otro lado de su amiga. Los fotógrafos se daban empujones para acercarse a la pálida viuda, y las cámaras tomaban fotos a velocidades supersónicas. Laura advirtió que T. C. los miraba furioso, con los puños apretados en el regazo.

Se encontraban en Faneuil Hall, uno de los centros de ocio más populares de Boston. Tendría que haberse llamado Food Hall. No había duda de que Faneuil Hall tenía una gran variedad de tiendas. Había tiendas de ropa, librerías e incluso un Sharper Image. Pero estaba claro que la razón de ser de Faneuil Hall era la comida, tremendas cantidades de comida, una exageración de comida. La

variedad era interminable. Había un restaurante indio junto a un chino, junto a un italiano, junto a un griego, junto a un mexicano, junto a un japonés, junto a un libanés, junto a... Diga un país, y probablemente encontrará un restaurante allí especializado en su comida. Faneuil Hall era las Naciones Unidas de la comida.

Y si, por alguna misteriosa razón, aún hay alguien a quien le apetezca alguna otra cosa, puede acabar su fiesta internacional en un bar de zumos tropicales, en una heladería, en un quiosco de yogur helado, en una pastelería o en una tienda de golosinas. David había comentado una vez que uno podía engordar solo con pasear por allí.

Tampoco había asientos suficientes en el mercado (en realidad, casi ninguno), lo que ayudaba a hacer la experiencia todavía más divertida. Laura recordó cómo a David le encantaba mirar a algún pobre tipo que se veía obligado a permanecer de pie, intentando mantener el equilibrio con un *souvlaki* en una mano, servilletas en la otra, un batido de fresas debajo del brazo, un taco debajo del otro, y solo Dios sabía qué entre las rodillas.

«A David le encantaba...».

No se podía creer que estuviese hablando de David cuando utilizaba esa frase.

«Le encantaba».

Faneuil Hall atraía a mucha gente, pero Laura no lo había visto nunca tan abarrotado. Desde su asiento en el estrado, Laura miraba a miles, quizá centenares de miles de rostros, un mar de gente que se extendía en el horizonte lejano, una manta de humanidad que llenaba cada rincón de los alrededores.

Todos los restaurantes, bares, negocios y salones estaban cerrados a cal y canto. Incluso el Boston Garden se alzaba triste a lo lejos, el viejo estadio que lo observaba todo como un padre dolido en el funeral de un hijo amado. Los edificios coloniales y los modernos rascacielos de cristal bostonianos lloraban con las cabezas gachas. Era como si toda la ciudad —los habitantes, los edificios, las calles y los monumentos— se hubiese detenido por un momento para llorar la muerte de David Baskin.

Parapetada tras sus gafas, Laura miraba a izquierda y derecha: los amigos de

David, los admiradores, los compañeros de equipo, Faneuil Hall y los viejos carteles amarillos y azules que decían BOSTON GARDEN. Era demasiado para ella, un ataque en toda regla a sus sentidos. Le daba vueltas la cabeza. Las fuerzas escapaban de su cuerpo. Apenas conseguía entender las elocuentes palabras que se pronunciaban. Solo algún retazo de los tristes pasajes llegaba a través del filtro que su mente había creado. Se dijo que aquel filtro era un mecanismo de defensa que la salvaba de la crisis total, pero en realidad apenas tenía energía para pensar en ello de verdad.

David era de una lealtad extrema. Si un amigo tenía un problema, era un problema de David. Recuerdo que en cierta ocasión...

Laura se volvió hacia T. C. No lo veía desde que la dejó en el apartamento de Serita, pero tenía toda la pinta de no haber dormido ni haberse afeitado desde que llegó a Australia, hacía ya casi una semana. Él la miró también. La preocupación se adivinaba en sus ojos inyectados en sangre. Ella le sonrió, en un intento de demostrarle que estaba bien, y miró en otra dirección.

Era una de las pocas personas que he conocido que no necesitaba pisotearte para destacar. Si lo felicitabas por un buen partido, te hablaba del gran juego de sus compañeros de equipo. Si mencionabas su trabajo con los minusválidos, él te hablaba de la valentía de los chicos. Pero con David eso no era falsa modestia...

El asiento situado junto a Serita se había quedado vacío mientras Timmy Daniels leía su discurso y Earl ocupaba el podio. Intentó centrarse con todas sus fuerzas en las palabras de Earl. Las que pudo escuchar eran hermosas, conmovedoras, salidas directamente del dolor de su alma. Advirtió que Earl se venía abajo, que su voz se ahogaba, que su corpachón de dos metros diez de altura se sacudía, y recordó que David le había dicho en cierta ocasión que Earl era el tipo más emotivo que había conocido.

Pero, conociendo su pasado, ¿quién podría haberse imaginado que Earl y David acabarían siendo grandes amigos?

Laura no sabía nada de baloncesto en los días en que David coincidió por primera vez con Earl en una cancha, pero sabía que el hecho de que se hicieran amigos había supuesto una conmoción para todo el mundo..., salvo para Clip Arnstein, que lo había organizado todo.

David y Earl siempre habían sido grandes rivales ya desde sus días en el instituto, en Michigan. Los periódicos habían alimentado la rivalidad porque siempre estaban analizándolos a los dos, y ofrecían razones para explicar cuál de ellos era el mayor talento de la liga universitaria. Los periodistas se presentaban en todos sus partidos, sobre todo en las tres ocasiones en que se habían enfrentado en los campeonatos estatales. Earl había superado a David en esos encuentros. Su equipo había ganado dos de los tres partidos.

Cuando entraron en la universidad, ambos jugadores fueron las promesas mejor valoradas de la nación. David acabó en la Universidad de Michigan. Earl entró en Notre Dame. La rivalidad aumentó todavía más. Los aficionados al baloncesto debatían los méritos de ambos jugadores, y todos afirmaban que su favorito era el mejor. La prensa siguió comparando al jugador blanco que medía un metro noventa y dos con el negro de dos metros diez. Todas las conversaciones sobre baloncesto universitario giraban alrededor de las dos superestrellas.

Los dos guerreros no les decepcionaron. La Universidad de Michigan y la de Notre Dame se encontraron en dos Finals Four de la NCAA durante aquellos años. Cuando estaban en primer año, David se perdió el primer encuentro porque se había roto un tobillo la noche anterior al partido. Por fortuna para todos los aficionados al baloncesto del país, sus carreras universitarias culminaron tres años más tarde, cuando David se encontró frente a Earl en el encuentro que decidía el campeonato.

Estaba clarísimo que era el partido más esperado de la historia del baloncesto universitario, y se convirtió en el tema estrella del mundo del deporte. Todas las revistas y los periódicos deportivos dedicaron páginas y más páginas a lo que se consideraba como la competición del baloncesto universitario de la década. La

portada de *Sports Illustrated* publicó una foto de David y Earl, que se miraban el uno al otro con gesto agresivo. El titular decía:

¿QUIÉN ESTÁ MÁS HAMBRIENTO POR EL CAMPEONATO DE LA NCAA?

El partido satisfizo todas las expectativas. Desde el inicio, resultó una competición de grandes genios. Los equipos se movían con la precisión de grandes maestros del ajedrez. Pero fue el final lo que figuraría para siempre en los anales de la historia del baloncesto universitario. Cuando quedaban veinte segundos de juego, Notre Dame iba ganando por ochenta y siete a ochenta y seis. David lanzó a canasta con un tiro en suspensión, y puso a la Universidad de Michigan un punto arriba: ochenta y ocho a ochenta y siete.

El reloj marcaba diecisiete segundos.

Notre Dame pidió su último tiempo muerto. El entrenador dibujó una jugada que debía acabar en Earl, que estaba realizando un partido brillante. Earl ya había anotado treinta y cuatro puntos. Solo necesitaba hacer dos más para su equipo, y se harían con el premio más codiciado del baloncesto universitario.

Era una jugada sencilla: tenían que pasarle la pelota a Earl a unos pocos pasos de la canasta, fuera de la zona de tiros libres. Luego había que hacer los bloqueos esperados y dejar que él hiciese su parte.

Notre Dame sacó de banda. Los jugadores se movieron alrededor del perímetro, intentando como locos llevar la pelota hacia dentro y pasársela a Earl. Pero Earl estaba bien cubierto.

Quedaban ocho segundos.

El base de Notre Dame encontró un hueco por fin. Amagó con pasar a la izquierda, pero luego pasó la pelota hacia dentro. Earl la atrapó.

Tres segundos.

Hizo un amago, se revolvió, vio un claro, dribló, se preparó para encestar la canasta ganadora y... la pelota desapareció.

Earl se volvió de inmediato mientras sonaba la sirena que marcaba el final del

partido. David sujetaba la pelota. Había conseguido robársela al gran pívot, con lo que garantizaba la victoria de la Universidad de Michigan.

Y Earl se derrumbó. Los periódicos no dejaban de repetir la historia. Afirmaban que había serios problemas entre las dos superestrellas, que su rivalidad comenzaba a adquirir matices desagradables, que en realidad se detestaban el uno al otro. La verdad era que David y Earl apenas se conocían fuera de la pista de baloncesto. Los comentarios sobre sus mutuas rencillas fueron en aumento cuando los periodistas comenzaron a centrarse en qué jugador iba a ser el primero del *draft* para la liga profesional, la NBA. Una vez más, el público se dividió entre David y Earl.

Fue entonces cuando Clip Arnstein, un ciudadano bajito y calvo que tenía pinta de estar trabajando en una charcutería en lugar de dirigir un equipo de baloncesto profesional, hizo el trato.

Le había costado lo suyo. Se cuestionó mucho el riesgo que conllevaba cambiar a tres jugadores veteranos por dos novatos, pero Clip no había dejado de acertar con los fichajes desde finales de los años cuarenta, y no estaba dispuesto a dejar que los escépticos se entrometieran.

La mañana anterior al *draft*, los Celtics anunciaron que se habían asegurado los derechos para seleccionar a los dos mejores jugadores de la liga universitaria. Cuando el comisionado de la NBA llamó al presidente de los Celtics para seleccionar al primer jugador, Clip Arnstein se levantó con calma, encendió un puro, metió la mano en el bolsillo y le gritó a Earl Roberts:

—Tú eliges. ¿Cara o cruz?

—¿Perdón, señor Arnstein? —preguntó Earl.

—He dicho que tú eliges. ¿Cara o cruz?

Earl se encogió de hombros.

—Cara.

Clip arrojó la moneda.

—Cara. Tú eres el número uno del *draft*. Baskin, tú eres el número dos.

La multitud se quedó atónita. De pronto, los eternos rivales de la liga

universitaria eran compañeros de equipo.

Y ahora Earl estaba acabando su discurso. Lo hizo mirando a Laura con una sonrisa, y diciendo sin más:

—Te quiero, David. Te querré siempre.

Le cedió el podio a Clip Arnstein. Su rostro era un poema. Cualquiera escéptico habría afirmado que Clip había perdido su principal activo financiero, y que esa era la razón de su pesar. Pero Laura los había visto juntos demasiadas veces como para creer semejante tontería.

Observó a Clip acercándose a la zona acordonada, donde su propia imagen de bronce se alzaba en un pedestal: la sonrisa en su rostro cincelado contrastaba con la mueca de dolor que había en su auténtico rostro. Apartó la sábana situada junto a su estatua, y descubrió la nueva figura de bronce. Laura y toda la multitud soltaron una exclamación. De alguna manera, el artista había conseguido capturar la esencia de David a la perfección, su pícara sonrisa, su espíritu que volaba...

Laura deseó estar muerta, deseó no poder sentir otra cosa que el dolor de perder a David.

«Por favor, no quiero seguir con todo esto. Solo quiero estar con mi David, mi hermoso David. Por favor, no puedes haber muerto. No dejes que mi David esté muerto».

Por suerte, la ceremonia había terminado. La multitud se dispersó poco a poco, vagó hacia los vehículos que la llevarían de vuelta a la seguridad de sus hogares. Laura permaneció sentada, envuelta en una espesa niebla mientras se le iba acercando gente.

Las voces. Demasiadas voces...

«Lo siento mucho». «Una verdadera tragedia». «Qué pena». «Siempre se van los mejores». «¿Por qué él?». «Es tan triste».

Laura se limitaba a asentir, exhausta. Las palabras se mezclaban en una ola de sonidos carente de significado. Entonces alguien dijo algo que realmente la sacudió.

—Soy Stan, el hermano de David.

De alguna forma, Laura consiguió sobrevivir al entierro.

De alguna forma, las tristes palabras se pronunciaron y aquellas horas interminables pasaron. El ataúd fue sepultado. De alguna forma, Laura consiguió adormecer el cerebro lo suficiente como para que la realidad no se colase a través de la bruma. De no haber sido así —si ella hubiese sido totalmente consciente de lo que estaba pasando—, sin duda habría comenzado a gritar, habría gritado hasta que su mente y sus cuerdas vocales se hubiesen roto.

Su padre la ayudó a salir del coche y la llevó a su casa entre muestras de inmenso cariño. Otra media docena de coches ocupaban el camino de entrada circular. Habían instalado una barrera en la calle para mantener apartada a la prensa, pero Laura podía oír los chasquidos de las cámaras con teleobjetivos, los incesantes clics como de insectos, que parecían zumbiar en sus oídos. Sintió que las piernas le fallaban de nuevo, pero su padre estaba allí para evitar que cayese al suelo. Le sujetó el brazo con fuerza, y casi la arrastró a la sala de estar.

Como se trataba de un sepelio privado, solo estaban presentes las personas más allegadas. Laura vio a los compañeros de equipo de David, a sus entrenadores, a Clip, Serita, Gloria, Judy... A su padre y, por supuesto, a la aparición sorpresa, Stan Baskin. Era curioso que, de todo ese grupo, la única persona a quien Laura no conocía fuera el único pariente vivo de David. Es más, David solo había mencionado a Stan una o quizá dos veces en todo el tiempo que había compartido con ella. Sabía que no se llevaban bien, pero también era consciente de que, fuese cual fuese el motivo del distanciamiento de los dos hermanos, ya era cosa del pasado. Stan era de la familia, y estaba allí para llorar la muerte de su hermano. En la muerte, mucho se perdona y se olvida, y eso al menos era algo bueno.

Al cabo de unos veinte minutos, Laura se encontró sentada sola en el sofá, mirándose los pies. Un par de zapatos bien lustrados aparecieron en su campo de

visión. Laura vio el rostro del hermano de David. Los dos hermanos no eran idénticos ni por asomo, pero tenían un inequívoco aire familiar. Mirar el rostro de Stan le retorció el corazón, hasta el punto que sintió que iba a echarse a llorar de nuevo.

—¿No te sientas? —preguntó ella.

—Gracias.

Laura hizo una pausa. Tragó saliva.

—Me alegra mucho que hayas venido.

Stan asintió despacio.

—Lo siento mucho. Hay tanto que decir, tantas cosas que debería haber dicho hace tiempo...

—No es necesario.

—No, Laura, de verdad que necesito desahogarme con respecto a algunas cosas que he hecho. —Respiró profundamente, su rostro apuesto tomó una expresión grave—. David era mi hermano menor. Todavía recuerdo el día en que nació. Yo tenía entonces diez años. De hecho, David fue un pequeño accidente.

Una risa discreta.

—En cualquier caso, siempre lo quise con locura, y él me seguía como si yo fuese su héroe. Allá adonde iba, él venía conmigo. Tal vez se debiera en gran parte a que nuestro padre había muerto, pero tendrías que habernos visto entonces. Éramos inseparables. Jugábamos en el patio, hacíamos muñecos de nieve, íbamos juntos caminando a la escuela, recogíamos orugas... ¿Cómo es posible que dos personas que han compartido tantas experiencias puedan alejarse de esa forma? ¿Cómo pueden cambiar las cosas de un modo tan drástico? Nunca dejé de quererle, Laura. No importa lo que sucediera entre nosotros. Nunca dejé de quererle...

Le temblaron los hombros y luego comenzó a sollozar.

Laura le sujetó las manos.

—Estoy segura de que él lo comprende, Stan. Estoy segura de que nunca dejé de quererte.

Stan continuó llorando.

«Oh, Stan, tío, eres el más grande. Se lo está tragando todo. Ahora no exageres, muchacho, no exageres y en cuanto menos te lo esperes te estará quitando los pantalones».

Miró hacia lo alto y se rio, pero solo sonó como si estuviese llorando más intensamente. La mano de Laura sujetó las suyas con más fuerza.

«¿Cómo puede estar tan cachonda? ¡Acaba de enterrar a su marido, y ya me está cogiendo de la mano!».

Laura lo miraba.

Era muy triste. Stan nunca podría perdonarse no haberle dicho a su hermano cómo se sentía. Ahora era demasiado tarde. Habían perdido demasiado tiempo en mezquindades.

Detrás de Stan, en el pasillo, un rostro asomó a la habitación, un rostro atormentado por las lágrimas y la tortura de las noches de insomnio. El pelo hecho un desastre, la piel blanca como la de un espectro. Laura pensó en la relación de David con su hermano mayor, el tiempo que habían desperdiciado en alguna ridícula discusión cuyo origen no podía precisar ninguno de los dos. Laura miró entonces el rostro normalmente hermoso de su madre, y se cuestionó su propio comportamiento.

Todo el mundo creía que Laura y David se habían fugado a Australia para evitar la atención de los medios. Era una verdad solo a medias. La verdadera razón de aquella fuga acababa de asomar la cabeza por la puerta. Laura se preguntó qué debía hacer. Quería de verdad aprender del error de Stan, sacudirse la rabia de encima y tenderle los brazos a su madre, pero...

—Laura, quiero hablar contigo.

—Claro, mamá. ¿Qué pasa?

—Es sobre el chico con el que estás saliendo.

—¿David?

—Creía haberte dicho que no quiero que le veas más.

—Ya lo has hecho. Unas cuantas veces.

—Entonces ¿por qué no me haces caso?

—Porque ya no tengo dieciocho años. Puedo ver a quien me apetezca.

—Pero a mí no me gusta ese chico.

—Entonces, me parecerá muy bien que no salgas con él.

—No te hagas la listilla conmigo, Laura. No quiero que lo veas más.

—¿Por qué no te cae bien? Ni siquiera has hablado con él.

—No me hace falta. Conozco a ese tipo de gente.

—¿Qué tipo de gente? ¿Qué demonios significa eso?

—Los *playboys* con un montón de dinero. No está hecho para ti.

—Sabes que, en tal caso, no estaría con él.

—Te sorprendería saber de lo que son capaces los hombres.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Lo que acabo de decir.

—David no es así.

—Tienes que dejar de verlo, Laura. Aquí se acaba la discusión.

—No voy a dejar de verlo. Estoy enamorada de él.

Una pausa.

—Oh no, Laura. Por favor, dime que no lo has dicho en serio.

—¿Por qué? No comprendo...

—¡Eso es! No lo comprendes. Límitate a confiar en mí en esta ocasión. No es el chico adecuado para ti, y ya está. Mira su historia familiar. Su padre...

—¡Él no es como su padre! De todos modos, ¿qué demonios sabes tú de eso?

—Por favor, Laura, te lo suplico. Esto solo puede conducir al desastre. Corta con él antes de que sea demasiado tarde.

Y entonces la mirada de Laura se fijó en su madre por un instante. Casi todo el mundo comentaba lo mucho que se parecía a Mary y la forma que tenía Laura de ver las cosas. Aquello era todo un cumplido. Ella quería levantarse, acercarse, abrazar a su madre y perdonarla. Pero el dolor era todavía demasiado grande. La necesidad de culpar a alguien por lo ocurrido —por mucho que fuese injusto— era demasiado fuerte como para hacer cualquiera de esas cosas.

Laura bajó la mirada y miró en otra dirección.

Gloria estaba sentada en un rincón. Movía las manos con nerviosismo delante del rostro. Miró a su hermana a través de la habitación. ¿Por qué le había ocurrido una cosa así a alguien como David y Laura? Gloria se había pasado la vida tentando a la muerte, burlándose de ella y poniendo su vida a su alcance. Por alguna razón, no se la había arrebatado; tal vez nunca había valido la pena el esfuerzo. Era a los buenos a quienes la muerte quería, a aquellos que importaban, a aquellos que eran como David. La muerte no tenía tiempo para la gente insignificante.

Se volvió hacia el bar que su padre había hecho instalar para los invitados. Por primera vez desde que Laura se la llevara a la clínica, necesitaba un trago de verdad, un chute o una rayita, cualquier paraíso artificial que aplacase sus nervios. Su padre era consciente de ello. Ni él ni la doctora Jennifer Harris, la psiquiatra de Gloria, la habían dejado sola, y ella se lo agradecía.

Gloria era cada vez más fuerte. Casi todo el mundo se asombraba al ver hasta dónde había conseguido llegar. Pero todavía le quedaba un buen trecho que recorrer. Estaba lo bastante bien como para ser consciente de que le faltaba mucho para recuperarse del todo, que sus progresos y, desde luego, la esencia en que se sustentaba su vida, todavía eran frágiles.

Por lo tanto, apenas le importaba que su padre posase en ella aquella mirada

vigilante incluso mientras hablaba con Timmy Daniels, uno de los compañeros de equipo de David. De hecho, resultaba agradable. Gloria le sonrió y se volvió hacia donde estaba sentada su hermana.

Todo su cuerpo se sacudió. Se mordió el labio... Solo un chute. Una rayita. Era todo lo que necesitaba. Entonces estaría bien. Entonces conseguiría mantenerse firme el resto del día. Entonces podría dormir hasta el día siguiente.

Pero ¿qué pasaría luego? ¿Quizá dos chutes y dos rayitas? ¿Y después qué? Lo sabía. Continuaría cayendo, cayendo hasta que no le importase si se levantaba por la mañana, cayendo hasta que, una vez más, se estrellase en el fondo. Sabía perfectamente que, si volvía a caer, ya no encontraría las fuerzas para remontar el vuelo.

Un dedo le tocó el hombro. Se volvió de inmediato. El hombre que la había tocado era muy apuesto, y ella reconoció el rostro de inmediato, aunque no al hombre. Su voz era suave.

—Perdona si te molesto. Si quieres estar sola...

—No, no pasa nada.

—Tú debes de ser Gloria.

Ella asintió.

—Me llamo Stan Baskin. Soy el hermano de David.

—Siento mucho lo de tu hermano. Lo quería muchísimo. Era una persona maravillosa.

Stan agachó la cabeza en un gesto de aceptación.

—Yo también lo quería, Gloria.

—No es justo.

—No puedo creer que esté muerto de verdad. No dejo de preguntarme por qué ocurrió, si hice algo...

—¿Tú?

—La verdad es que nos peleamos mucho durante los últimos años. No te imaginas cuánto me arrepiento del pasado. Me pregunto si, de haber sido mejor hermano...

—No puedes hacer eso, no debes torturarte.

—Nunca tuve la oportunidad de decirle cuánto lo sentía —continuó él—, ni de decirle cuánto lo quería.

Stan le cogió una mano, y su mirada llorosa buscó la de ella. Pese a que era lo último en lo que Gloria quería pensar en ese instante, no pudo evitar sentirse atraída por él. Era muy apuesto, y tenía el mismo aire que David. Además, la manera en que se había abierto a ella... La manera en que había tenido miedo de mostrar sus emociones delante de ella... Era igual que David. Y entonces vio que él estaba a punto de echarse a llorar de nuevo. Tendió una mano para sujetar la suya, pero él se apartó.

—Siento molestarte de esta manera, Gloria.

—No seas tonto.

—Eres una mujer muy guapa y has sido muy bondadosa conmigo. Espero que podamos volver a vernos pronto.

—Yo también.

—Soy forastero en Boston, y me siento muy a gusto contigo y tu hermana. Espero..., espero que no te importe si te llamo alguna vez.

¿Por qué le dio un brinco el corazón cuando él pronunció aquellas palabras?

—Me encantaría, Stan. Me gustaría mucho.

Stan se volvió y comenzó a alejarse.

«¿Has visto ese cuerpo, tío? ¡Creía que el viejo Stan iba a desmayarse! Una montaña rusa no tiene tantas curvas. Y a Gloria le gusto, de eso no cabe duda. Siempre sé cuando...».

¡Bam!

Alguien acababa de chocar con él, y aquel golpe lo sacó de sus ensoñaciones.

Cuando enfocó la mirada, vio un rostro que no veía desde hacía casi una década.

T. C. lo miraba furioso.

—¿Qué coño estás haciendo aquí? —susurró.

Stan se recuperó deprisa.

—Vaya, es el pequeño Terry Conroy. Cuánto tiempo sin verte. Has engordado un poco, muchacho.

—Te he hecho una pregunta.

—¿Acaso un hombre no puede llorar la muerte de su único hermano?

—Un hombre, sí. Un mierda como tú, no.

—Vaya discurso de poli. Ahora eres poli, ¿no, T. C.?

—¿Qué haces aquí?

—¿Es un interrogatorio oficial?

—Llámalo como quieras.

—¿Qué te parece si te digo que no es asunto tuyo?

—¿Qué tal si aplasto tu cabeza contra una ventana?

—Buena idea, T. C. ¿Por qué no montas un gran escándalo delante de todos y fastidias el duelo? ¿Qué te parece?

—Como te atrevas a molestar a alguien...

—Por favor, T. C., ¿me crees capaz de hacer algo así?

—Lárgate de aquí.

—Oh, lo siento. Creía que esta era la casa de los Ayars. No sabía que era tuya.

La Policía de Boston debe de pagar muy bien.

—Por cierto, ¿qué estás haciendo en Boston?

—He venido para manifestarle mi profundo pesar a mi preciosa cuñada.

—Déjame que te avise, cabronazo: si le haces daño de alguna manera...

—T. C., ¿no ves que he cambiado? Soy un hombre nuevo.

—La mierda no cambia su olor. Solo se deshace hasta desaparecer.

—Muy bien expresado. No lo olvidaré. De todos modos, por mucho que haya disfrutado de esta conversación, ahora debo irme.

—¿Vuelves a Michigan?

—Todavía no. Creo que me quedaré en Boston por un tiempo.

—No te lo recomiendo, Stan. Esta ciudad puede ser muy dura con los

forasteros.

—¿Una amenaza? Qué bonito. Ahora, si me perdonas...

T. C. le sujetó el brazo.

—Te lo advierto, Stan. No intentes aquí ninguna de tus jugarretas. Recuerdo muy bien lo que le hiciste a David.

La furia afloró por primera vez a los ojos de Stan.

—No sabes nada de lo que pasó entre David y yo.

Intentó apartarse, pero T. C. no le soltó. Tiró con más fuerza.

—Suéltame ahora, saco de mierda —medio susurró, medio gritó—. Resulta que soy su hermano. Soy parte de su familia. Tú, sin embargo, solo eres una más de la larga hilera de personas que le daban coba a mi hermano para obtener un beneficio personal.

T. C. lo soltó.

—Lárgate, Stan. Vete ya.

Stan se apartó, se despidió de Laura y salió. Mientras se dirigía hacia la puerta, se enjugó una lágrima. Era curioso lo fácil que le resultaba adoptar el papel de doliente por un hermano a quien tanto había odiado.

Aquella noche, Judy Simmons volvió sola a su hotel. Se sentía vacía y extenuada por los acontecimientos del día. Se sentó en la cama y cogió el billetero de su bolso. Sus manos buscaron detrás del carné de conducir, y sacó una fotografía de hacía treinta años.

Judy levantó la foto, con los ojos hechizados por las imágenes en blanco y negro de 1960. Se recostó y sostuvo la vieja foto en el aire por encima de su cabeza. Contempló la imagen de la hermosa e ilusionada estudiante y el apuesto hombre mayor.

«¿Por qué te torturas?».

Pero la verdad era que su pasado la torturaba. Los había torturado a todos, seguía torturándolos y continuaría torturándolos.

«No necesariamente. Podría decir la verdad».

Pero ¿de qué serviría? ¿Acabaría con el tormento? ¿La libraría de la culpa? En realidad, no. Era mejor mantenerlo en secreto, confiar en que todo acabaría saliendo bien. Además, no estaba segura de lo que había pasado de verdad en Australia. Tal vez había sido como ellos decían. Tal vez había sido solo un accidente. Un triste y trágico accidente...

«Pero no lo es».

Se sentó en la cama y dejó la foto en la mesita de noche. ¿Y si no había sido un accidente? ¿Y si...? Apartó aquel pensamiento de su mente. David estaba muerto. La hermosa y maravillosa sobrina de Judy estaba destrozada. Eso no podía cambiarse. Pertenecía al pasado. La verdad no podía funcionar como una máquina del tiempo que dejara que ella retrocediese y lo arreglase para que todo fuera bien. La verdad no podría devolverle la vida a David.

Miró el reloj y recogió la maleta. La verdad. La única cosa que la verdad podía hacer ahora...

«... Es matar».

Laura consiguió por fin levantarse de la cama.

Aquellas tres semanas habían transcurrido lentamente. Tres semanas de tortura en las que Laura se había limitado a pasar el día en la habitación de invitados de Serita. Dios, cuánto odiaba estar tan irascible e irritable, cuánto odiaba quedarse en la cama y sentir lástima de sí misma.

Apartó las sábanas. Tenía el pelo embarullado; su piel, casi siempre morena, comenzaba a adquirir un tono grisáceo, y tenía unas buenas ojeras. Sí, habían pasado tres semanas; pero, en lo que se refería al dolor, era como si solo hubiese pasado un terrible segundo. El dolor, la angustia de saber que David estaba muerto no había disminuido, no había aflojado su garra ni siquiera por una fracción de segundo.

Recibía visitas. Gloria siempre estaba con ella y, en muchos sentidos, era el mejor de los consuelos; no porque sus palabras o su compañía fuesen más reconfortantes que las otras, sino porque la preocupación de Laura por su hermana era un medio eficaz para escapar de su propio tormento. La manera en que el cuerpo de Gloria se estremecía y temblaba le recordaba los terribles días del síndrome de abstinencia, cuando vio por primera vez el cuerpo desnudo de su hermana con marcas de pinchazos en los brazos.

Stan también era un firme apoyo y un triste ejemplo de las oportunidades perdidas. La visitaba a diario, a menudo a la misma hora en que lo hacía Gloria. Laura se fijó en que su hermana se sentía atraída por Stan. No estaba muy segura de cómo reaccionaba él al respecto, pero hasta el momento solo parecía tener detalles con ella. Sin duda, era buena gente. En momentos como aquel, un fracaso amoroso con un miembro del sexo opuesto podría ser catastrófico para Gloria.

Había otros. Earl también iba mucho a verla. Igual que Clip Arnstein y Timmy Daniels, el escolta defensivo que siempre había considerado a David como un hermano mayor.

Laura realizaba una interpretación digna de la mejor actriz cuando los visitantes llamaban a la puerta. Fingía ser fuerte y afirmaba estar bien, y les decía que salía a pasear todos los días, que no tenían por qué preocuparse tanto. En otras palabras, mentía. No estaba muy segura de que funcionase, pero prefería eso a permitir que la gente le lanzase esas miradas llenas de piedad. Aquello le resultaba intolerable.

—¡Vaya! ¡Los milagros existen!

Laura se volvió hacia Serita.

—¿Perdón?

—¡El público se pone en pie! ¡Laura se ha levantado de la cama! Y, oh, Dios mío, ¿puedes creer lo que estoy viendo? Va vestida con algo que no es un camisón o una bata.

—Qué graciosa.

—¿Vuelves al trabajo? Di que sí.

—No.

—¿Pues adónde vas?

—A la casa.

Serita hizo una pausa.

—No, hagamos otra cosa. Vayamos al campo de batalla y pongámonos a silbar a los tíos.

—Me voy a la casa.

—Cariño, ¿estás segura?

—Estoy segura.

—Pero ¿por qué?

—Tengo que arreglar unas cuantas cosas.

—Pueden esperar.

—No —respondió Laura—. No creo que puedan.

—Entonces iré contigo. Si me lo propongo, puedo ser de mucha ayuda.

—¿Con la limpieza? No me hagas reír.

—Se me da muy bien improvisar,

—Tienes que ir a trabajar, Serita. Hoy tienes el rodaje para la campaña de International Health Spas.

—Eso sí puede esperar.

—¿Con todo el dinero que te pagan por hacer esos anuncios de televisión?

—Te digo que puede esperar.

—Deja que sea un poco menos sutil —dijo Laura—. Quiero ir sola.

—Bien, pues que te den.

Laura exhibió una sonrisa triste.

—Eres una buena amiga.

—La mejor.

—Pero me estoy aprovechando. Tendría que marcharme.

—De ninguna manera. Necesito que te quedes aquí. Tú eres mi excusa para Earl.

—Lo quieres, ya lo sabes.

Serita se apoyó las manos en las caderas.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que...?

—Lo sé, lo sé. No es más que un buen polvo.

—Lo has pillado. Pero le encantan los anuncios del Spas. Dice que verme toda sudorosa en aquellas máquinas Nautilus lo pone cachondo.

—Me alegro mucho por los dos.

—Anda y que te den.

Laura le dio un beso en la mejilla y salió. Subió a su coche, y, mientras conducía, intentó mantener la mente en blanco y concentrarse en la carretera que tenía ante ella. Pero la mente no hacía caso de sus órdenes. Regresaba a David una y otra vez. Su forma de caminar, su forma de abrazarla mientras dormían, la sensación de su rostro sin afeitar contra su piel cuando la besaba...

David la había cambiado de muchas maneras y, sin embargo, ahora que ya no

estaba, sabía que muchos de aquellos cambios no tardarían en desaparecer. Recordó lo maravilloso que había sido descubrirse el uno al otro, aprender a amar juntos. Por supuesto, les había llevado su tiempo. A ninguno de los dos le resultó fácil alcanzar el amor y la confianza.

Durante el segundo mes de relación, Laura se dio cuenta de que por fin comenzaba a bajar las defensas y a abrirse a él. Hasta ese momento, había tenido miedo de exponerse a la devastadora fuerza del amor, a verse herida de una manera de la que nunca se podría recuperar. Pero en aquella fría noche de diciembre, Laura comprendió que David y ella estaban predestinados a estar juntos. Lo cierto es que no se habían hecho ni promesas ni juramentos el uno al otro, pero Laura lo sabía. Y ahora que era consciente de ello, quería ver a David, no podía esperar a estar con él para decirle por fin qué era lo que sentía. Pero ¿tendría el coraje de dar ese paso? ¿Sería capaz de decirle y oír las palabras que siempre había soñado, pero que nunca se había permitido expresar? Probablemente no. Probablemente no estaba preparada. Pero si no lo intentaba...

Estaba sentada a la mesa y agitaba la pierna, como siempre. Con una sonrisa tonta y feliz en su rostro —la sonrisa de una mujer que comienza a enamorarse a fondo de un hombre— que no desaparecía. Laura se preparó y reunió el coraje para hacerlo. Por fin, cogió el teléfono, llamó a David al Garden, y lo invitó a cenar un viernes.

—¿Cocinas tú? —preguntó David.

—Por supuesto.

—Déjame ver si tengo pagada la cuota de la mutua.

—Deja de hacerte el imbécil.

Él hizo una pausa.

—Me encantaría, pero...

—¿Pero?

—El viernes no puedo. ¿Puedo pedir un vale a cuenta?

La desilusión la sacudió.

—Claro —consiguió decir.

—Tengo que ir a una gala benéfica.

El corazón le latía desbocado. Se reprochó para sus adentros su conducta, por esperar que la invitase a ser su acompañante a esa fiesta. ¡Pero deseaba tanto verlo...!

—Escúchame —continuó él—. Tengo que volver al entrenamiento. Te llamaré más tarde.

Laura oyó el chasquido cuando cortó. Esperó a que volviese el tono de marcar, y luego el irritante sonido que dice que tienes el teléfono descolgado. Después de uno o dos minutos, ella colgó también.

David no le había pedido que la acompañase.

Aquella noche de viernes, Laura no consiguió conciliar el sueño. ¿Por qué no la había invitado David a la gala?

¿Acaso no necesitaba verla? ¿O era que ella estaba yendo demasiado deprisa? Después de todo, solo llevaban viéndose dos meses. Quizá no estaba preparado para comprometerse. Quizá sus sentimientos no coincidían con los de ella.

A primera hora de la mañana de aquel sábado, Laura se duchó y vistió rápidamente. Necesitaba hacer algo para apartar a David de su cabeza, así que se dirigió a su despacho y comenzó a repasar las operaciones financieras del mes. Las ganancias habían subido casi un diez por ciento con respecto al ejercicio anterior; es decir, un cuatro por ciento por encima de las previsiones de Laura. Satisfecha con el resultado, se reclinó en la silla y cogió el *Boston Globe*. Cuando llegó a la página de sociedad, vio una foto de David en la gala.

Estaba con otra mujer.

Laura sintió como si una mano se metiese en su pecho y le apretase el corazón. La misteriosa mujer era una rubia despampanante y algo mayor, que el *Globe* identificaba como Jennifer van Delft. La señora Van Delft le pasaba un brazo por detrás a un David vestido de esmoquin que sonreía como si le hubiera tocado la lotería. El periódico lo describía como el acompañante de Jennifer.

Acompañante. Menudo hijo de puta.

Las lágrimas comenzaron a aparecer en sus ojos. Continuó mirando la foto. ¿Por qué lloraba? ¿Por qué demonios estaba tan alterada? ¿De verdad había sido lo bastante estúpida como para creer que había algo especial entre ellos, que a David le importaba más que otras amigas?

Llamaron a la puerta. Laura se movió deprisa. Dejó el periódico, se enjugó las lágrimas, se arregló su chaqueta Svengali y recuperó la compostura.

—Adelante.

David entró con una sonrisa en su apuesto rostro. Era una sonrisa muy parecida a la de la fotografía que Laura acababa de ver.

—Buenos días, preciosa.

—Hola —replicó ella con frialdad.

David cruzó la habitación para darle un beso, pero Laura se apartó ligeramente y solo le dejó espacio para que le rozase la mejilla.

—¿Pasa algo? —preguntó él.

—Nada. Solo que estoy ocupada. Tendrías que haber llamado.

—Creí que quizá podríamos comer juntos.

Laura negó con la cabeza.

—Demasiado trabajo.

David, intrigado, la vio volver al trabajo como si él no estuviese.

—¿Estás segura de que no pasa nada?

—Del todo.

Él se encogió de hombros, y entonces vio el *Boston Globe* en el suelo. Una sonrisa apareció en su rostro.

—¿Te ha molestado eso? —preguntó, señalándole el periódico.

Ella miró el titular.

—¿Qué? ¿El incendio en Boston sur?

—Hablo de mi foto en el interior.

—¿Por qué demonios iba a molestarme? —preguntó ella—. No soy tu dueña y señora. Puedes hacer lo que te plazca.

Él se rio.

—Comprendo.

—Pero creo que será mejor que dejemos de vernos durante un tiempo —
continuó ella.

—¿Eso crees?

—Sí.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Esta relación se está descontrolando.

David se sentó en la silla delante de su mesa.

—Entonces quieres algo más relajado, una de esas relaciones abiertas.

—¿Relaciones abiertas?

—Sí. Ningún compromiso. Ver a otras personas. Ese tipo de cosas.

La pierna de Laura no dejaba de moverse.

—Pues sí.

—Comprendo —continuó él—. O sea, ¿no estás molesta por el hecho de que
estuviera en la gala con otra mujer...?

—¿Yo? —contestó ella—. En absoluto.

—Laura, supón por un momento que no me gusta la idea de la relación
abierta. Supón que no quisiera ver a otras mujeres. Supón —continuó David—
que te digo que, por primera vez en mi vida, estoy enamorado.

Su corazón remontó el vuelo y cayó al suelo. Tragó saliva y evitó su
penetrante mirada.

—Entonces quizá diría que no estás preparado para ese tipo de relación.

—¿Lo de anoche es una muestra? —preguntó David.

Ella asintió, con sus ojos húmedos todavía con miedo de moverse hacia los
suyos.

—¿Laura?

Ella no dijo nada.

—Mírame, Laura.

Con un esfuerzo, ella levantó la mirada hacia David y sus ojos se encontraron

con los de él.

—La mujer de la foto es Jennifer van Delft. Su marido es el señor Nelson van Delft. ¿No te suena el nombre?

A Laura le sonaba, pero no terminaba de ubicarlo.

Negó con la cabeza.

—Es el propietario principal de los Celtics. Todos los años, su esposa me pide que la ayude con la gala para recaudar fondos para la distrofia muscular. Su marido estaba fuera de la ciudad, y ella me pidió que la acompañase. Eso es todo.

Laura no dijo nada.

—Pero déjame continuar para que disipe cualquier posible duda —continuó—. Déjame decirte algo que nunca le he dicho a otra mujer. Te quiero. Te quiero más que a nada en el mundo.

Las olas de emoción la sacudieron, pero continuó sin poder abrir la boca.

—¿No me respondes, Laura? ¿No entiendes lo que te estoy diciendo? Te quiero, Laura. No quiero volver a estar nunca lejos de ti.

Su pierna se sacudía como un martillo neumático. «No puede ser cierto. Tiene que ser una trampa, un juego».

—Ahora mismo estoy muy ocupada, David. ¿No podemos hablar de esto más tarde?

David negó con la cabeza.

—Sigo sin poder llegar hasta ti, ¿no? Creía que sí. Creía que de verdad lo había conseguido. Pero sigues siendo aquella niña gordita que no puede manejarse siendo un bellezón. Sigues siendo aquella niña gordita que tenía miedo de perder el control de la situación, miedo de dejar entrar a alguien más porque quizá le harían daño de nuevo. ¿Qué me dices de ahora, Laura? ¿Todavía controlas la situación?

Ella intentó responder. De verdad que quería responder...

El rostro de David se sonrojó y el tono se hizo más fuerte.

—Nadie puede amarte de verdad, ¿no es así, Laura? Crees que tu belleza me

ciega y me oculta tu verdadero ser, que la gente solo puede amar tu imagen exterior, pero eso es una estupidez. ¿De verdad eres tan insegura, Laura? ¿De verdad crees que no sé de qué va todo esto, que no he conocido a un centenar de mujeres guapas que solo me querían porque soy capaz de encestar una pelota?

Se interrumpió. Su respiración era agitada. Negó con la cabeza. La furia le consumía. Se dirigió hacia la puerta.

—¿David?

Él apartó la mano del pomo, pero no se volvió para mirarla.

—¿Qué?

Una vez más, no hubo ninguna respuesta. David se volvió hacia ella y vio que lloraba.

—¿Laura?

Ahora las lágrimas corrían deprisa.

—Estoy muy asustada.

—Laura...

—Lo que siento me da miedo —confesó ella, con su pecho estremeciéndose por los sollozos—. Me da miedo quererte como te quiero.

Él se apresuró a volver junto a Laura y la abrazó.

—Yo también te quiero, amor mío. Yo también.

—Por favor, no me hagas daño, David.

—Nunca, mi amor. Te lo prometo.

«Nunca, mi amor. Te lo prometo». Las palabras del pasado resonaron en el presente: «Por favor no me hagas daño, David... Nunca, mi amor, te lo prometo».

Pero David había mentido. Él la había dejado, y eso, después de todo, era lo que más había temido siempre. Laura apartó de la mente la imagen de su rostro, y siguió conduciendo, concentrada en lo posible en la carretera que tenía ante ella. Quince minutos más tarde, puso el intermitente y giró.

La casa.

¿Por qué había ido allí? ¿Por qué se hacía aquello a sí misma? Notó que las lágrimas corrían de nuevo. ¿Por qué? No era más que un edificio. Un edificio no podía hacerla llorar. No era más que una casa de tres dormitorios con dos baños y un aseo. Nada por lo que llorar, a menos que pensases en todos los sueños destrozados que yacían hechos añicos por los suelos.

Se bajó del coche y se dirigió hacia la puerta principal. Hacía otro precioso día de verano, la humedad no era tan alta como podía llegar a ser en algunas ocasiones. Caminó por el sendero, sacó la llave...

La puerta principal estaba cerrada sin llave. Ella sabía que David había cerrado antes de que se fugaran a Australia. Giró el pomo, entró y quitó la alarma. Si la alarma estaba puesta, ¿cómo era posible que...? Conjuró la preocupación con un resignado encogimiento de hombros. Si habían entrado a robar, en realidad no le importaba mucho. Entró en la sala de estar. La casa estaba en orden. El silencio la envolvió. En la habitación no había nada. Así la habían dejado antes de marcharse.

David y ella habían comprado la casa hacía apenas dos meses, y ni siquiera habían tenido tiempo de comprar los muebles. Solo unas pocas cosas; las suficientes como para poder instalarse de inmediato cuando regresasen de Australia. Después de todo, se suponía que tendrían toda una vida por delante para hacer el resto.

Fue hacia las escaleras. Todavía faltaban muchas cosas, y aún quedaban muchos lugares sin pintar. Ella sonrió apenada al recordar que David había insistido en que debían pintar los interiores ellos mismos. La experiencia había resultado un desastre mayúsculo: había pintura por todas partes, excepto donde se suponía que debía estar. La mano de Laura acarició con suavidad la pared en la zona que David había pintado. Luego miró hacia arriba y subió un par de peldaños. Sería difícil quedarse en aquella casa, vivir allí sin David. Aún no había muchos recuerdos, pero lo peor de todo era que allí estaban los sueños no cumplidos, los recuerdos en potencia de una vida que ella y David deberían haber compartido.

Ese era el lugar donde su amor habría continuado creciendo, donde los niños que ella tanto deseaba no nacerían ni se criarían nunca.

—¿Cuántos hijos quieres, David?

—¿Ahora? ¿Hoy? ¿No crees que deberíamos esperar?

—Hablo en serio. ¿Cuántos?

—No quiero hijos.

—¿Qué?

—Quiero conejos.

—¿Conejos?

—Así es, Laura. Conejos. Tres, para ser exactos. Uno por cada sexo. Y creo que deberíamos educarlos como hindúes.

—Pero yo soy católica y tú eres judío.

—Exacto. Así no discutiremos.

—¿No puedes hablar en serio ni por un instante? Esto es importante para mí.

—Por supuesto, amor mío.

—¿Cuántos hijos quieres?

—¿Cuántos quieres tú?

—Quiero muchos —respondió Laura—. Cinco, diez.

—¿Tuyos?

—Quiero tener hijos contigo, David. Quiero tener hijos de inmediato.

—Hoy no. Estoy exhausto.

—Hablo en serio. Piensa en lo divertido que será. Unos preciosos Davids en miniatura corriendo por toda la casa.

—Suena bonito —admitió David.

—Y también pequeñas Lauras.

—Ay. Pobres chicos.

—Sigue así, Baskin, y te la ganarás.

Él la cogió en brazos.

—Laura, vamos a tener la mejor familia del mundo. Tú, yo, los pequeños, una pareja de peces de colores, un perro, una barbacoa en el patio... Parecerá una ilustración de Rockwell.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, lo digo en serio. —La abrazó más fuerte—. Te prometo que tendrás un montón de pequeños Davids y Lauras corriendo por aquí.

Laura continuó subiendo las escaleras. Al llegar arriba, se dirigió al dormitorio principal, sin hacer caso de la habitación del final del pasillo que algún día iba a ser el cuarto de los niños. Vio la enorme cama que nunca más volverían a compartir, y un escalofrío le atravesó el corazón. Miró a la izquierda, y abrió los ojos en una mueca de dolor. Todo su cuerpo se estremeció. Cerca de la ventana, debajo del alféizar, David había dejado una de sus zapatillas rotas. Caminó hacia ellas. Eran las zapatillas que David había usado en una ocasión, y que ya no volvería a usar nunca más. Nunca más volvería a ver aquella casa, nunca más sonreiría, nunca más reiría. Nunca. Era esta la palabra que aplastaba a Laura como un insecto indefenso.

Nunca.

«Oh, Dios, haz que David vuelva a mí. Por favor, deja que me abrace de nuevo. Haré todo lo que me pidas. Por favor...».

El sol de la mañana pareció reírse cruelmente de su plegaria.

Dejó atrás la zapatilla, y fue entonces cuando advirtió que alguien había estado en su mesa.

Así pues, finalmente alguien había entrado en la casa. No le preocupaba. No había gran cosa que robar. David y ella habían comprado la cama, la mesa, la nevera, una mesa de cocina y unas cuantas sillas. Eso era todo. Cosas poco fáciles de llevarse. Además, ¿a quién le importaban aquellos muebles?

El ladrón había buscado en la mesa.

Todo estaba desordenado. Sin duda habían estado buscando dinero, talonarios

o... Se acercó a la mesa y abrió el cajón de arriba. Trescientos dólares en efectivo y el anillo de David del campeonato de la NCAA encima de los billetes. No habían tocado nada. Un tanto extrañada, Laura vio el álbum de fotos de David. ¿Por qué lo habrían sacado del cajón? Lo abrió. Nada fuera de lo común. Todo estaba en su...

Un momento.

Miró con atención. Había pequeños trozos de una fotografía entre las páginas. Alguien había roto una de las fotos de David. Cerró el álbum y vio otros dos trozos en el suelo.

Buscó en el resto del escritorio. Incluso habían hurgado en la agenda. ¿Por qué? ¿Por qué querían buscar sus citas? Laura miró la página que estaba abierta. David había escrito las palabras «¡Nos casamos!» en varios de los días de la semana anterior. También había escrito el número del vuelo en Qantas Airlines, y el nombre del hotel en Palm's Cove.

No tocó la agenda. En vez de eso, cogió el teléfono, agradecida de haberlo contratado para que lo pusiesen en marcha y poder tenerlo todo preparado cuando llegasen a casa como el señor y la señora Baskin.

Marcó el número de T. C., pero le dijeron que no estaba. La operadora le explicó que estaría unas horas fuera. Dejó un mensaje y miró la tapa del álbum de fotos. No. Todavía no tenía fuerzas para abrir el álbum y ver su imagen. Laura bajó las escaleras y entró en el coche.

El hombre estaba junto a la cama del paciente.

—Mira todos esos malditos vendajes. ¡Si pareces una momia, o aquel tipo de la película del hombre invisible!

El paciente no reaccionó.

El hombre se preguntó si debía hablarle de la última sorpresa. Decidió no hacerlo. El paciente necesitaba todas sus fuerzas para recuperarse. Sería un error inquietarlo con algo sobre lo que no tenía control alguno.

—¿Te sientes bien?

En esa ocasión, el paciente respondió con un leve asentimiento.

Iba progresando.

—¿Te molestan las vendas?

Una sacudida de la cabeza.

La enfermera estaba sentada en la silla junto a la cama.

—Así es como se ha comportado durante toda la semana. No habla nunca.

—Tal vez no tenga por qué hacerlo —replicó el hombre—. Quizá no sea bueno para sus cuerdas vocales.

La enfermera negó con un gesto.

—En eso se equivoca. He vigilado a un millón de tipos como este. A estas alturas, todos ellos hablaban como locos; ya sabe, de sus problemas y de cosas por el estilo. Pero ¿este tipo? No dice ni mu. Hace que mi trabajo resulte muy aburrido.

El hombre asintió y volvió la atención hacia el paciente.

—Debo regresar, o de lo contrario la gente comenzará a hacerse preguntas. ¿Necesitas algo?

Otra sacudida de cabeza.

—Volveré con el doctor dentro de unos días. Cuídate.

Debajo del vendaje, una lágrima se deslizó desde el ojo del paciente.

T. C. giró el pomo de la puerta.

—¿Has dejado la cerradura como estaba?

Laura asintió.

—¿Quién más tiene la llave?

—Nadie.

—¿Estaba cerrada cuando te marchaste a Australia?

—Sí.

Entraron en el recibidor.

—¿Y aquí abajo no han tocado nada?

—Nada.

—Enséñame la planta superior.

La siguió escaleras arriba, y entraron en el dormitorio.

—Aquí está la mesa —dijo ella.

—¿Estás segura de que David no tocó nada? —preguntó T. C.—. Nunca fue lo que se dice un dechado de pulcritud.

—Estoy segura —respondió Laura—. Recuerdo muy bien que, antes de marcharnos, abrí el cajón para sacar los billetes de avión. Todo estaba en orden y en su sitio.

T. C. observó la mesa. Estaba claro que quienquiera que hubiese hecho aquello tenía prisa. El intruso había buscado en el primer cajón y había sacado los documentos, los libros o lo que fuese. En cambio, había dejado el dinero y el anillo. ¿Por qué? T. C. observó los pocos trozos que quedaban de la foto. ¿Dónde estaba el resto de la fotografía? Por lo visto, el intruso la había destrozado y, con las prisas, dejó caer unos pocos trozos accidentalmente. ¿Por qué? ¿De quién podía tratarse?

Sacó una lupa, y se sintió como un pobre imitador de Sherlock Holmes. La acercó a los trozos pequeños. Era una fotografía vieja, en un blanco y negro que había comenzado a amarillear con los años.

—¿Sabes lo que había en esta foto? —preguntó.

Laura negó con la cabeza.

—Podría repasar todo el álbum e intentar deducirlo.

—Si te sientes capaz...

—Creo que podré hacerlo —mintió Laura.

—Entonces, llévatelo. Podemos repasarlo más tarde.

T. C. exploró el lugar a toda prisa. Primero recorrió la planta alta, luego la cocina y el estudio.

Por último, bajó al sótano. No había nada fuera de lugar. Ninguna señal de que hubiesen forzado la entrada. Cuando acabó, se reunió con Laura en la puerta principal.

—No es por insistir, pero esta cerradura tiene un sistema de alarma un tanto sofisticado. ¿Cuántas llaves mandaste hacer?

—Solo dos. Dejé una en mi apartamento antes de marcharme.

—¿Y la otra?

Ella tragó saliva.

—David se llevó la otra con él a Australia.

Judy miró a su hermana. A pesar de los años y de la reciente angustia que había hecho estragos en su rostro y su cuerpo, cualquier hombre seguiría considerándola preciosa.

Las dos hermanas estaban en el dormitorio de Mary. Estaba decorado con muy buen gusto al estilo de moda, fuese este cual fuese. Judy se fijó en que los muebles parecían haber sido esculpidos en algún tipo de plástico. Eran como de ciencia ficción. Había una estantería llena a rebosar de novedades literarias. Mary leía sin parar, aunque Judy sabía que en realidad no disfrutaba leyendo.

Los libros eran mera fachada para ella, su manera de decirle al mundo que era algo más que un rostro bonito y un cuerpo espectacular. Desde que Judy tenía memoria, Mary siempre había estado preocupada por su imagen. Estaba convencida de que la tenían catalogada como una cabeza hueca debido a su perfección física.

En realidad, Mary Ayars no era ni una intelectual ni solo una cabeza bella y hueca. A Judy le habían dicho una vez que todo el mundo tiene algún don especial. Si eso era verdad, el de Mary era la belleza, y sabía aprovecharlo demasiado bien. Aun así, aunque era cierto que la belleza le había dado mucho y gracias a ella siempre había sido el centro de atención, también la había hecho superficial y, a la postre, había desencadenado un desastre incontrolable.

¡Oh, cuánto le gustaría poder volver atrás y empezar de nuevo! Si le ofrecieran la posibilidad de hacerse con una máquina del tiempo, viajaría a los días en que su hermana y ella eran las pequeñas Simmons. Entraría en el dormitorio de Mary en plena madrugada mientras todo el mundo dormía, se acercaría a su hermana dormida y le cortaría la cara con una botella de Coca-Cola rota. O tal vez emplearía la navaja de su padre. O acaso utilizaría ácido, y fundiría las impecables facciones de Mary para convertirlas en una horrible masa amorfa. Algo, cualquier cosa con tal de destruir la maldad antes de que esta pudiese florecer, antes de que consiguiera salir siquiera del útero.

Aquel pensamiento la hizo palidecer.

«También es culpa mía. Soy tan culpable como cualquiera».

Estaba siendo demasiado dura consigo misma, pero era comprensible. Judy se había encontrado con Laura unas horas antes. La vivaracha Laura, la mujer que era todo lo que Mary quería ser, todavía estaba conmocionada. La mirada de su sobrina parecía anodina, vacía. Sus ojos se preguntaban por qué el mundo había decidido de pronto aplastarla en cuerpo y alma.

«¿Qué te he hecho, Laura? ¿Que he ayudado a provocar?».

Judy permaneció en silencio, dejó que su hermana se desfogase y observó

cómo lloraba a moco tendido mientras hablaba. Entonces Judy le formuló la única pregunta importante.

—¿Lo sabe James?

Aquellas palabras frenaron tan en seco el arrebató histérico de Mary, que parecía que le hubieran dado un bofetón.

—¿Qué?

—Que si lo sabe tu marido.

—Por supuesto que no. ¿Por qué iba a saberlo?

Judy ignoró la pregunta de su hermana.

—¿Se comporta de manera diferente desde que volviste?

—Por el amor de Dios, nuestra hija acaba de perder a su marido. Por supuesto que está algo tenso.

—Me refiero contigo.

Mary se encogió de hombros, preocupada, y las lágrimas asomaron de nuevo.

—Me trata como si no estuviese ante él. No me ha mirado ni una sola vez desde que murió David. Pero está destrozado. James quería mucho a David.

—David era un hombre maravilloso.

Mary hizo una pausa.

—Quería mucho a Laura.

—Lo sé.

—¿Qué debo hacer, Judy?

—¿Hacer? —repitió ella, sin poder frenar el recuerdo de la última vez que su hermana le había pedido consejo. Aquello había conducido a la tragedia, incluso a la muerte—. Esta vez, es mejor que no hagas nada.

Laura le sirvió a Stan otra taza de café.

—¿Cuándo vuelves a Michigan?

—Te mueres de ganas de librarte de mí, ¿no?

—Por supuesto que no. No me refería...

Stan la hizo callar con un gesto.

—Solo estaba bromeando, Laura.

—Me alegro de que hayas venido a verme. Tus visitas han sido muy importantes para mí.

—Pues me alegra saberlo —contestó él, antes de beber otro sorbo de café—, porque me estoy planteando muy en serio quedarme en Boston.

—¿De verdad?

Stan se encogió de hombros.

—No se me ha perdido nada en Michigan. Cerré un negocio allí antes de marcharme, así que no tengo nada que me retenga. Además, estoy intentando hacer algo en Boston. Verás, tengo un proyecto para el que espero reunir algo de dinero. Un centro comercial vinculado al baloncesto o algo así. Pero más importante que eso... —se interrumpió para mirarla—. Espero no ser demasiado directo.

—En absoluto.

—Verás, para serte sincero, la razón más importante por la que quiero quedarme es que no tengo familia en Michigan. Y la manera en que me habéis tratado tu familia y tú... No sé, quizá no debería decirlo, pero me siento parte de la familia. Me siento bien cuando estoy con todos vosotros.

—Tú eres de la familia, Stan.

Él le sujetó la mano.

—Gracias. Me gusta mucho oírte decir esas palabras. Llevo mucho tiempo sin oírlas.

Laura sonrió con tristeza.

—Todavía no puedo creer que David haya desaparecido de verdad. No dejo de esperar que Earl y él entren por esa puerta con sus chándales, con David haciendo girar una pelota en su dedo y Earl haciendo todo lo posible por distraerlo.

Stan se acercó más, y le pasó un brazo por los hombros.

—Lo superarás, Laura...

Sonó el teléfono.

Laura se puso de pie.

«¡Mierda! Ya la tenía en el bote. ¡Maldita sea el puto teléfono!».

Ella cogió el supletorio de la cocina. Sentado en el estudio, Stan apenas podía oírla. Tres minutos más tarde, Laura colgó.

—Era Gloria. Vendrá a recogerme dentro de una hora.

—Es una mujer maravillosa.

—Sí que lo es.

—Y me gusta mucho.

—Me alegro.

—Parece una persona muy interesante. Por lo que sé, ha vivido un montón de experiencias interesantes.

—Y ha pagado por ello.

—¿Pagado?

—Nada, Stan. No tendría que haber dicho nada.

—Me dijo que está yendo al psiquiatra. Y también me contó que tú le salvaste la vida...

—Eso es un tanto melodramático.

—En realidad, te está muy agradecida.

—No tiene por qué agradecerme nada.

—¿Lo pasaste muy mal cuando ella volvió...? Oh, Dios, lo siento. No es asunto mío. Por favor, olvida esa pregunta. Supongo que hablar de la familia me ha nublado las entendederas.

Laura se sentó de nuevo en el sofá.

—No, Stan. Como ya te he dicho, eres de la familia. Y parece ser que Gloria no quiere ocultarte nada... —jugueté, nerviosa, con la taza de café vacía—. Al principio fue muy duro. Necesitaba atención constante. Incluso contratamos a una enfermera interna.

—¿La ingresaron?

Laura asintió. A pesar de lo que acababa de decir, se sintió más o menos

cómoda al hablar de su hermana en esos términos.

—Estuvo en un lugar en el que podría decirse que la ley seca aún está vigente.

A juzgar por el tono de su voz, Stan comprendió que era mejor no insistir.

—Lo siento, no debería haberme metido donde no me llamaban.

—No, no pasa nada.

Se hizo un tenso silencio entre ellos.

—Bueno, será mejor que me vaya, Laura.

—Gracias por la visita, Stan.

Se levantaron y fueron hasta la puerta. Ella la abrió. Stan se inclinó para darle un beso de despedida en la mejilla. Cuando se volvió dispuesto a marcharse, encontró el umbral bloqueado.

Stan sonrió, alegre.

—Hola, T. C.

Los ojos de T. C. brillaban de rabia.

—¿Qué cojones haces a...? —Entonces vio a Laura y cerró la boca.

Stan palmeó la incipiente tripa de T. C.

—Nos vemos, grandullón.

T. C. cerró los ojos e intentó controlar su rabia. Stan se alejó a toda prisa.

—¿Estás bien, T. C.? —preguntó Laura.

—Sí... estoy bien.

—Pasa.

—Laura, ¿ha venido aquí con frecuencia?

—¿Stan? Ha sido un gran apoyo.

—Ajá.

—¿Qué pasa, T. C.?

—Solo que debes tener cuidado con Stan Baskin.

—Sé cuidar de mí misma. Además, ha sido muy bondadoso.

—Vale. Es un dechado de bondad.

—Stan ya me ha contado que vosotros dos no os lleváis muy bien.

—Es agradable saber que no siempre miente.

—¿Qué pasó entre ellos, T. C.? ¿Qué puede separar a unos hermanos de esa forma?

—No soy yo quien debe contarte esa historia.

—¿Por qué no?

—No me corresponde hablar de ello. Eso es todo.

—Ah, ya comprendo —dijo Laura sin ocultar su enfado—. Tu único cometido es ensuciar la reputación de la gente, y después no presentar ni una sola prueba para demostrar tus acusaciones.

—No sabía que estuviera declarando ante un juez...

—Escucha, T. C. —lo interrumpió ella—, no necesito toda esta mierda. Resulta que Stan Baskin es de la familia...

—No es más que escoria.

—No quiero oírlo.

—Es bastante obvio.

—Y no me lo creo. ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con él?

—En tu casa, después del funeral.

—Ya sabes a lo que me refiero. Me refiero a antes.

—Laura...

—¿Cuándo?

—Yo tampoco necesito que me sometas a un interrogatorio.

—¿Cuándo?

—Durante mi primer año en la facultad, hace diez años. ¿Contenta?

—Un hombre puede cambiar en diez años.

—Él no, Laura. Es un enfermo. Odiaba a David.

—Te equivocas de medio a medio. Se te saltarían las lágrimas si vieras cuánto lo quiere.

—Vaya, parece que te has creído sus mentiras.

—Era su hermano. Da igual lo que haya hecho: eso no hay quien lo cambie.

—¿Y qué?

—Que ha cambiado. Está arrepentido de su pasado. Se siente culpable por lo

que sea que pasara entre David y él.

—Joder, Laura, hablas como uno de esos psicólogos chalados que siempre se las arreglan para soltar a los asesinos. ¿Cómo puedes ser tan condenadamente ingenua?

—Que te jodan, T. C.

—Que te jodan a ti.

Ambos se detuvieron y se miraron. Él abrió la boca pero, antes de que pudiese decir nada, ella lo abrazó.

—Lo siento —comenzó Laura—. No pretendía...

—Yo he tenido la culpa.

Ella sintió que las lágrimas comenzaban a abrirse paso.

—Sé que solo quieres ayudar. No podría haber salido de esta de no haber sido por ti.

—Olvídalo —T. C. la apartó con suavidad—. ¿Estás segura de que quieres repasar el álbum de fotos?

Ella asintió. No se había atrevido a abrirlo desde que se lo había llevado de la casa. En realidad, todavía no estaba segura de tener fuerzas suficientes para ver las fotografías estando sola.

Se sentaron y empezaron a examinar detenidamente el álbum de fotos de David.

T. C. observó a Laura mientras pasaban las páginas. Se sentía confuso por sus propios sentimientos de culpa y por hacer lo correcto para ayudar a Laura. Le sorprendió la rapidez con que dejó de llorar, después de su discusión. Y tampoco lloró mientras miraba las fotos. No había ninguna emoción en su rostro, tan solo un pálido gesto neutro, como si el estallido anterior la hubiese vaciado. La falta de emociones asustó a T. C. más que si hubiera estado llorando desconsoladamente.

Laura se detuvo en una página durante varios minutos. T. C. miró por encima del hombro de ella la foto de la madre de David.

—¿Cómo era, T. C.?

—¿La madre de David? No llegué a conocerla antes de que enfermara. Se enteró de que tenía cáncer durante nuestro primer año en la universidad. Sé que David y ella estaban muy unidos. De hecho, cuando ella murió, David se vino abajo.

Laura miró la fotografía unos largos segundos más. Después pasó a la página siguiente. Estaba vacía.

La mano de T. C. se apoyó en la página en blanco.

—¿Aquí estaba la foto de...?

Ella asintió.

—El padre de David.

—Joder. Qué cosa tan siniestra.

—No lo entiendo, T. C. ¿Por qué rompieron la foto de un hombre que lleva muerto casi treinta años?

—No lo sé.

—No tiene el menor sentido.

—¿Había algo más en la foto?

—No lo creo. Solo era una de aquellas fotos que utilizan en la facultad para el anuario.

—Debemos asegurarnos de que es la única fotografía que falta.

Examinaron el resto del álbum, pero no había más páginas en blanco.

—¿De qué puede tratarse, T. C.?

—Dame un segundo, Laura. No soy de los que piensan rápido. Más bien soy un tanto lento... —Sacó un puro—. ¿Te importa?

—Adelante, fuma.

Él lo encendió lentamente.

—Vale. Vayamos paso a paso. Primero, alguien entra en tu casa. ¿Es un ladrón? No. De haberlo sido, se habría llevado el dinero. Segundo, ¿es un admirador que quiere algunos recuerdos de David? Tampoco. De haberlo sido, se habría llevado el anillo de la NCAA de David con las fotos de sus tiempos de jugador.

—Eso ya lo sabemos.

—Ten un poco de paciencia.

—Lo siento.

—Quienquiera que entrase venía para llevarse la foto del padre de David.

—Y mirar en nuestra agenda —añadió Laura.

—Así es... Entonces ¿cuál es la relación? ¿Por qué querría nadie romper una foto del padre de David y qué relación puede tener con el hecho de que mirasen en vuestra agenda?

—Ni idea.

T. C. hizo una pausa y se rascó la barbilla.

—¿Qué sabemos del padre de David?

—Se suicidó —respondió Laura.

—Exacto. Puedo entender hasta cierto punto que alguien quiera una foto de él.

—¿Qué?

—Bueno, David siempre ha sido muy reservado al hablar de esa parte de su vida. Tal vez alguien esté escribiendo algún artículo referente a David y no podía encontrar una foto de su padre.

—Estás desvariando.

—Lo sé. Además, no cogió la foto. La rompió.

—¿Y adónde nos conduce eso, T. C.?

T. C. dio una fuerte calada y exhaló el humo por encima de su cabeza. Necesitaba entender por qué entraron y por qué querían mirar la agenda. La segunda parte más o menos tenía lógica, pero ¿destrozar la foto del padre de David? Negó con la cabeza.

—Esto no hay quien lo entienda —respondió.

El hombre observó al cirujano atentamente. Ya le había visto hacer eso, pero nunca le había prestado demasiada atención. Ahora no perdía detalle de los movimientos de sus manos, de la manera en que cortaba las vendas poco a poco,

las retiraba y quitaba la gasa. En aquella ocasión, sin embargo, el hombre estaba interesado en ver el producto terminado.

—Quédese quieto —le ordenó el cirujano a su paciente—, y acabaré en un instante.

El hombre intentó mirar por encima del hombro del cirujano para ver el rostro, pero aún había demasiados vendajes. Con infinito cuidado, el cirujano fue quitando el esparadrapo blanco.

Una capa tras otra. Empapaba trozos de tela en alcohol y limpiaba la cara del hombre con ellos. Cuando dio la operación por terminada, el cirujano se apartó para que el hombre viese al paciente.

—¡Dios santo! —exclamó el hombre.

El cirujano sonrió.

—Uno de mis mejores trabajos.

—No bromeas, Hank. Es fantástico.

Por primera vez desde la operación, el hombre oyó la voz del paciente.

—Por favor, ¿pueden darme un espejo?

—Y la voz. Es del todo increíble, Hank.

—¿Y el espejo?

El cirujano llamado Hank le hizo un gesto a la enfermera.

—Antes de que se lo dé, joven, permítame que le advierta algo: esto va a ser una sorpresa mayúscula. No tenga miedo. La mayoría de la gente se queda muy desorientada la primera vez que ve los cambios. Muchos sufren una crisis de identidad.

—Muchas gracias —dijo el paciente con una voz indefinida—. Y, ahora, ¿podría darme el espejo?

Fue la enfermera quien se lo dio. El paciente lo sujetó entre las manos y miró su reflejo. El hombre, el cirujano y la enfermera observaron su reacción. No hubo ninguna. El paciente vio su reflejo como si tal cosa. No cambió el gesto.

—¿Qué le parece? —preguntó el cirujano.

—Ha hecho un excelente trabajo, doctor. Supongo que su factura ya ha sido

pagada.

—Así es, gracias.

—¿Cuándo podré levantarme de la cama?

—Creo que bastará con otro día de descanso.

—¿Cuánto tiempo pasará antes de que pueda hacer un ejercicio extenuante?

—¿Un ejercicio extenuante? Pero ¿por...? —Se contuvo, al recordar lo peligroso que resultaba formular demasiadas preguntas—. Si todo va bien, dentro de una semana o poco más.

Stan encontró un teléfono público cerca de Filene's Basement. Metió la mano en el bolsillo y sacó un paquete de monedas. Puso unas cuantas en la rendija y marcó. Después de tres tonos, una recepcionista atendió la llamada.

—Charles Slackson, abogado. ¿En qué puedo ayudarle?

—Pásame con Charlie.

—¿Quién le llama?

—Un viejo amigo —respondió Stan, tajante.

—Lo siento. Necesito...

—Mira, guapa, pásame a Charles o te arranco la lengua de esa cabeza hueca.

Sobrevino un silencio asombrado. Stan oyó un clic cuando ella lo puso en espera. Apenas unos segundos más tarde, un hombre atendió el teléfono.

—¿Hola?

—¿Charlie? Soy yo, Stan.

—Por Dios, Stan, le has pegado un susto de muerte a mi secretaria.

—Lo siento. No quería darle mi nombre.

—No te culpo, colega.

—¿A qué te refieres?

—RH te está buscando. No parece estar de muy buen humor.

—Ya me lo figuraba.

—¿Dónde demonios te has metido, Stan?

—No te preocupes por eso. Tengo que formularte una pregunta legal.

—¿Legítima?

—Sí.

—Por lo general, no me ocupo de casos legítimos. Mi especialidad son las estafas.

—A mí me lo vas a contar.

—No me digas que has encontrado una manera legítima de que ganemos algún dinero, Stan. Prefiero pensar en ti como el astuto estafador que eres.

—Intentaré no cambiar.

—Vale, ¿cuál es la pregunta?

—Doy por supuesto que sabes que mi hermano la palmó en Australia.

—¿Estás de coña? Llevan semanas taladrando con la noticia.

—Mi pregunta tiene que ver con la herencia. No hizo testamento, así que, ¿quién se queda con la pasta?

—Eso depende. ¿Es verdad que tu hermano se fugó con Laura Ayars unos pocos días antes de ahogarse?

—Sí.

—Tío, está tremenda. Tenía uno de sus calendarios en mi cocina.

—Fantástico, Charlie. ¿Y qué pasa con el dinero de mi hermano?

—Vale, vale, se me había ido el santo al cielo. ¿Estaban legalmente casados antes de que él muriera?

—Sí.

—Pues entonces me temo que no puedo darte buenas noticias, Stan.

—¿A qué te refieres? Soy su único pariente biológico.

—A los juzgados no les importa mucho la biología. Es lo que llamamos sucesión intestada.

—Háblame en cristiano, Charlie.

—Para lo que te interesa, es tan sencillo como esto: si no hay testamento, la viuda se queda con todo.

—¿Todo?

—Todo.

—¿Incluso si ya es millonaria?

—Incluso si es el Aga Khan.

—¡Mierda!

—Lo siento, colega. ¿Cómo te tiene atrapado RH?

—Con una soga al cuello —murmuró Stan.

—Será mejor que pienses cuanto antes en una buena estafa o aprendas el secreto de la invisibilidad. A RH no le gusta que sus deudores se escondan de él.

—Lo sé, Charlie.

—¿Estás bien?

—Supongo que bastante bien. Tan solo necesito unos pocos días más. Oye, Charlie, hoy hay una apuesta segura en Aqueduct...

—Eso ya lo he oído antes, amigo.

—No, de verdad. Basta con que apuestes por mí y...

—Ni lo sueñes, Stan. RH ha hecho correr la voz. Nadie te va a cubrir.

—Pero, Charlie...

—Mira, Stan, a mí no me metas en esto. Tú ve por tu cuenta. Ahora tengo que colgar, lo siento colega.

Charlie colgó el teléfono. Stan se quedó pensativo. Entonces sonrió. Sacó otra moneda e hizo una segunda llamada.

Gloria Ayars se sentía con la cabeza en las nubes mientras bajaba las escaleras. No podía evitarlo. Por primera vez desde la muerte de David, había una razón para sonreír. Sí, era cierto que ella y su familia aún estaban de luto. Seguía queriendo llorar a todas horas por la pérdida de Laura. Pero por fin le había ocurrido algo agradable, y no tenía nada de malo sentirse feliz.

Stan acababa de llamarla y le había propuesto que cenaran juntos mañana por la noche. En realidad, no era una cita, como no dejaba de repetirse Gloria. Solo era una cena amistosa. Nada más. No había absolutamente ninguna razón para convertirlo en algo que no era.

Entonces ¿por qué sentía ese calor interno?

Hacía mucho tiempo que Gloria no estaba con ningún hombre. Ni siquiera había tenido citas. Se había pasado un año entero sin querer estar cerca de hombre alguno. En concreto, desde... Cerró los ojos. ¿Por qué tenía que pensar

en esas cosas ahora? ¿Por qué debía recordar que ella no se merecía estar con alguien como Stan? ¿Por qué tenía que pensar que solo servía para que la escoria abusara de ella?

«¡No! ¡Yo no soy escoria! Aquello ha quedado atrás. Aquella Gloria Ayars ya no existe. Está muerta y enterrada, gracias a Dios...».

—¡Solo dime qué pasó!

El grito autoritario de su padre la devolvió a la realidad. Estaba al teléfono y discutía con alguien. Parecía furioso, tal vez estaba hablando con uno de los nuevos internos del hospital. Gloria comenzó a caminar por el pasillo, alejándose del despacho para no oír lo que decía.

—¿Ella mató a David o no?

Gloria se detuvo.

La voz de su padre sonó todavía más fuerte.

—¿Que no pudiste detenerla?

James Ayars guardó silencio, para dejar que quien fuese que estuviera al otro lado de la línea respondiese a su pregunta. Cuando habló de nuevo, su voz era más calmada, más controlada.

—Lo sé. Lo sé... Lo siento. No tendría que haber gritado de esa forma. —Pausa—. Estoy de acuerdo. Lo más probable es que fuese un suicidio.

Gloria sintió que el corazón se le subía a la garganta. Aguantó la respiración.

—No, eso no serviría de nada ahora —continuó él—. ¿Crees que ella decía la verdad? Ajá. De acuerdo. Supongo que no hay nada que podamos hacer. —Pausa—. No hables de esa forma. —Ahora su voz recuperó la rabia—. ¿Me oyes? Te dije que no dijeras nada. No es verdad. Ni una sola palabra. —Pausa—. ¡Nunca!

El doctor James Ayars colgó con todas sus fuerzas. Gloria contuvo el aliento y apoyó la espalda en la pared. Se dijo que debía de haber un millón de personas que se llamaban David. Seguro que su padre tenía muchos pacientes con ese nombre.

Los detalles de la muerte.

Laura sujetó con fuerza la mano de su hermana. Observó el despacho y sus paneles de madera oscura. Las butacas eran grandes y cómodas. Unas pinturas que representaban la cacería del zorro adornaban las paredes.

La gran mesa de escritorio que tenía ante ella era de roble pulido, y en la estantería de detrás había libros de derecho muy bien ordenados.

Clip estaba allí con ellas. Y también T. C., Earl, Timmy y su padre. A su madre, por supuesto, no la habían invitado.

Sin embargo, Laura sí había invitado a Stan. Y el hecho de que él no hubiera aparecido por allí le parecía un tanto extraño.

El señor Averall Thompson, el abogado de los Celtics y amigo de toda la vida de Clip Arnstein, se inclinó hacia delante.

—Intentaré que este trámite sea lo más rápido y sencillo posible. ¿Le parece bien, señora Baskin?

Laura asintió.

—En primer lugar, le ruego acepte mis más sinceras aunque tardías condolencias por su pérdida.

—Gracias.

—Y, en segundo lugar, permítame disculparme por la demora en arreglar estos asuntos. Cuando alguien fallece sin dejar testamento suelen producirse confusiones... en mayor o menor medida.

—Me hago cargo, señor Thompson. No tiene por qué disculparse.

—De acuerdo. —El socio principal de la firma se colocó las gafas de leer—. En casos como este, la viuda recibe todas las propiedades del difunto. Con arreglo a nuestros informes, ustedes poseen la mayor parte de sus bienes en cuentas conjuntas, por lo que los trámites serán más rápidos. Compraron juntos la casa de Brookline. Tienen tres cuentas conjuntas, dos en bancos y una en una institución financiera. Además, David dejó unos cuantos fondos de inversiones y acciones, así como su apartamento. Y eso es todo.

—También está su cuenta en el Banco Heritage de Boston —añadió Laura.

—¿Disculpe, señora Baskin?

—David tenía una cuenta en el Banco Heritage de Boston. Hay más o menos medio millón de dólares en ella.

El señor Thompson pareció intrigado.

—¿Está segura de que no la ha liquidado?

—Del todo.

El abogado miró en la carpeta que tenía delante.

Laura miró a su alrededor. T. C. se miraba los zapatos. La mayoría de los rostros mostraban una ligera extrañeza, más de curiosidad que de preocupación. La excepción era su padre. El rostro de James Ayars estaba pálido, su mirada parecía asustada y confusa.

—No veo nada al respecto en el expediente. ¿Tiene usted el número de cuenta?

—Los estados de cuenta están en el apartamento de David.

Thompson se inclinó hacia delante y apretó el botón para llamar a su secretaria.

—¿Beatrice?

—Sí, señor Thompson.

—Llame a nuestro contacto en el Banco Heritage de Boston. Vea si tienen alguna cuenta a nombre del señor David Baskin.

—De inmediato, señor Thompson.

El abogado se acomodó en su silla.

—Lo siento mucho, señora Baskin. No comprendo cómo pudimos haber pasado por alto algo así. De verdad que me siento muy avergonzado.

—Estoy segura de que se aclarará de inmediato.

—Yo también.

Un momento más tarde, sonó el teléfono en la oficina.

—¿Señor Thompson?

—Sí, Beatrice.

—He llamado al Banco Heritage de Boston. No tienen constancia de que el

señor David Baskin tuviera ninguna cuenta allí.

Laura se irguió en la silla.

—Eso no es posible.

Averall Thompson lanzó una sonrisa comprensiva.

—Tal vez pueda proporcionarnos el número de cuenta...

Quizá fuera la expresión de su padre o la manera en que T. C. seguía mirando el suelo, pero de pronto Laura se sintió muy inquieta. El dinero no significaba nada para ella. Ya tenía mucho más de lo que sabría hacer con él. Pero todo aquello era muy extraño. Algo iba muy mal.

—Gracias, señor Thompson.

Laura consiguió encontrar la llave con manos temblorosas. T. C. se había ofrecido a acompañarla, pero ella había decidido que prefería ir sola. Ahora, delante de la puerta del apartamento de David, se preguntó si había hecho lo correcto.

Colocó la llave en la cerradura y la giró. La puerta se abrió al apartamento a oscuras. Laura titubeó.

Tenía miedo de encender las luces. Miedo de enfrentarse a los dolorosos recuerdos que estaban dispuestos a saltarle encima.

David y ella habían pasado allí muchos momentos felices, momentos de pura alegría que Laura sabía que no volvería a experimentar. No era justo. Era una blasfemia, pero Dios la había estafado. Estafado y lastimado de la peor manera. La había hecho feliz y la había llevado al máximo, y luego le había arrancado las alas y la había dejado caer hasta la dura superficie. En un momento, David estaba vivo y era fuerte. Y un instante después, había desaparecido. ¿Cómo podían haberle arrebatado a alguien como David? ¿Cómo era posible que, de pronto, todo lo que tenía sentido se convirtiera en nada?

No era más que una treta sádica y cruel del destino.

Entró, pero decidió no encender las luces. De repente, recordó la última vez

que ella había entrado en su apartamento sola.

David y ella llevaban saliendo tres meses y ya estaban perdidamente enamorados.

Laura había ido a visitarlo de camino a casa desde el trabajo, llamó a la puerta y esperó. Nadie acudió a abrir.

Le pareció muy extraño.

Había hablado con David unos minutos antes. ¿Por qué había salido si sabía que ella iba a verlo? Trató de abrir la puerta y, para su sorpresa, comprobó que no estaba cerrada con llave. Ella sonrió. Él nunca dejaría la puerta abierta si hubiera salido. Era demasiado obsesivo cuando se trataba de ese tipo de cosas. Debía de estar en la ducha.

Abrió la puerta. El apartamento estaba a oscuras, igual que ahora, dos años y medio después, cuando había ido allí para buscar los extractos de las cuentas del Banco Heritage de Boston. Recorrió con la mirada la habitación en penumbras. Allí no había nadie. Prestó atención para ver si oía el sonido de la ducha, pero en el apartamento reinaba el silencio.

Fue entonces cuando oyó aquel grito ahogado.

Aquel sonido fue como una puñalada en el estómago. Corrió hacia el dormitorio, de donde provenía aquel grito de angustia.

—¿David?

El siguiente grito, aunque todavía ahogado, sonó más fuerte, más siniestro que ningún otro sonido que Laura hubiese oído.

Llegó al dormitorio. Se acostumbró de inmediato a la oscuridad. David estaba acurrucado en un rincón de la cama. Se sujetaba la cabeza con las manos, y su cuerpo se retorcía de dolor. Soltó otro alarido en la almohada.

Laura corrió hacia él. Su corazón palpitaba como un martillo neumático que le aplastase el pecho.

—¡David! ¿Qué pasa?

Tenía el rostro desfigurado en una horrorosa expresión de absoluta agonía. Laura no había visto nunca una expresión de dolor como aquella, no era consciente siquiera de que pudiese existir. David mantenía los dientes apretados, y tenía un color rojo furibundo, como si la cabeza estuviese a punto de estallarle. Se retorció, pero no podía evitarlo. Hundió el rostro en la almohada. Su grito ahogado atravesó el corazón de Laura, que se dejó llevar por el pánico.

—¡Voy a llamar ahora mismo al hospital!

Intentó alcanzar el teléfono, pero él la sujetó por el brazo para impedir que llamara.

—¡No! —consiguió decir David, y de nuevo volvió la boca hacia la almohada.

Gritó con desesperación una vez más, con las manos de nuevo apretando sus sienes. El esfuerzo de decir aquella única palabra le había costado horrores. Se hundió, y su mirada torturada buscó la de ella. Consiguió reunir fuerzas suficientes para decir una palabra más:

—Abrázame...

Y ella le abrazó. Le acarició, lo tranquilizó y siguió abrazándolo. Laura lloró con él, y David se aferró a su amada como si fuese un salvavidas. Pasaron casi dos horas antes de que el dolor comenzase a aflojar las tenazas que sujetaban a David. Pero Laura no soltó a David. No podía arriesgarse a que aquello que lo torturaba, fuese lo que fuese, regresara para hacerle daño de nuevo.

—Ya ha pasado, Laura...

Ella continuó abrazándolo.

—Supongo que te debo una explicación —dijo David.

—Solo si quieres —susurró Laura, temblorosa.

—Sí, claro que quiero.

Ella le acunó la cabeza.

—¿Tienes estos ataques con mucha frecuencia?

David se encogió de hombros.

—Una sola vez ya es demasiado, tratándose de cosas como esta. Mi médico lo

describe como una disfunción cerebral inoperable, que se manifiesta con dolores de cabeza agudos...

El miedo la estremeció.

—¿Una disfunción cerebral?

—Algo así como un quiste o un tumor. Pero no es grave. Me refiero a que no es mortal. Lo único que hace es provocarme este dolor insoportable. Mi médico dice que es algo de nacimiento, aunque nunca me molestó hasta mi primer año en la facultad.

—¿La medicación no puede controlarlo?

—En realidad, no.

—David, ¿hasta qué punto son malos?

En su agotado rostro se dibujó una leve sonrisa.

—Nunca se me ha dado muy bien fingir... Para serte sincero, el ataque que acabas de ver tal vez haya sido el más suave que he tenido.

Solo de pensarlo, Laura sintió que su corazón se encogía.

—Supongo que tiene algo que ver con que me hayas consolado —continuó David—. Los ataques suelen comenzar como si alguien estuviese utilizando un martillo neumático en los nervios de mi cabeza. Entonces el dolor aumenta hasta que parece que estén sometiendo mi cerebro a descargas eléctricas de mil voltios. En ocasiones, desearía meter las manos en mi cráneo para detenerlo, pero es como intentar rascarte cuando te pica debajo de la escayola. A veces, el dolor alcanza ciertos nervios que paralizan mi cuerpo.

—¿Y no podemos hacer nada al respecto?

—Solo lo que hiciste. Abrazarme.

—¿Lo saben tus compañeros de equipo?

David, negó con la cabeza.

—Solo lo sabe T. C., y mi médico, por supuesto. No se lo he dicho ni a Clip ni a Earl. Por lo general, cuando está a punto de comenzar un ataque lo noto enseguida, y entonces me esfumo. Si me quedo sentado en una habitación a oscuras notó cierto alivio. Muchas veces llamo a T. C. —Tragó saliva y después

la miró—. Pero T. C. no puede ayudarme con el dolor, aunque algunas veces es tan insufrible que tengo miedo de hacer algo que más tarde lamentaría. No pretendo asustarte... Solo quiero que comprendas lo graves que son estos ataques.

Ahora Laura lloraba y lo abrazaba con más fuerza.

—Te quiero, David. Te quiero con desesperación.

—Yo también te quiero, Laura... —Cerró los ojos—. No sabes cuánto te necesito.

El último ataque de David se produjo en octubre de 1988. Durante sus últimos ocho meses y medio de vida, aquellos ataques de dolor no le habían molestado. David estaba seguro de que, en cierto modo, Laura era responsable de ello. Creía que, de alguna forma, se las había arreglado para expulsar al demonio que se alojaba dentro de su cerebro. Incluso su médico se había asombrado al descubrir que el quiste o tumor había casi desaparecido. De alguna manera, habían vencido al demonio de David.

¿Lo habían hecho? ¿El demonio malvado había muerto de verdad, o solo estaba esperando el momento oportuno para atacar? ¿Había fingido su propia muerte hasta que David se mostró vulnerable cuando luchaba con las corrientes? ¿Había decidido entonces que aquella era su oportunidad para acabar el juego de una vez para siempre, para destrozar a David paralizándolo en el traicionero océano, para obligarlo a sumergirse hasta que le estallasen los pulmones?

T. C. le había dicho que no. Ella no estaba tan segura.

Laura encendió la luz. Tenía los ojos llorosos. Se echaba a llorar siempre que pensaba en la agonía que había tenido que soportar David, incluso cuando estaba vivo. Entró en el dormitorio con la secreta esperanza de encontrárselo acurrucado en la cama, pero, por supuesto, la habitación estaba vacía.

Entró en el despacho y se acercó al archivador que ella le había comprado el año pasado. Las carpetas con sus etiquetas creaban la ilusión de que David era

algo parecido a un individuo organizado. Sin embargo, esa ilusión solo era superficial. Aún perdía las facturas, los extractos financieros y los documentos importantes. David siempre había odiado el papeleo. No sabía nada de finanzas, y prefería seguir así.

«Toma tú las decisiones por los dos —había acabado por decir—. Tú eres el genio de las finanzas».

El segundo cajón contenía los extractos bancarios.

Lo abrió. Ella sabía que el talonario de cheques y los extractos mensuales de la cuenta del Banco Heritage de Boston estaban archivados detrás de la carpeta de Gunther Mutual. Buscó entre las carpetas. Catalyst Energy, Davidson Fund, valores de renta variable con Recovery Corporation de América, Gunther Mutual, Fredrickson and Associates...

Faltaba la carpeta del Banco Heritage, de Boston. Buscó para asegurarse de que no estuviera archivada en otro sitio. Luego buscó en los otros cajones. No había nada del Banco Heritage.

Se incorporó. Le temblaba todo el cuerpo. Necesitaba encontrar las respuestas, y necesitaba encontrarlas ya. Había llegado el momento de hacer una visita al Banco Heritage de Boston.

T. C. y Laura aparcaron el coche y se dirigieron a la entrada del banco. T. C. siempre se sentía extraño cuando caminaba junto a ella. Allí estaba una de las mujeres más guapas del mundo, caminando con un imbécil gordo y mal vestido, que era diez centímetros más bajo que ella. Debía de ser todo un espectáculo para los transeúntes.

—Así que no pudiste encontrar los extractos —dijo T. C.—. Pues vaya. Tal vez cerró la cuenta y se libró de ellos.

—Estamos hablando de David, ¿lo recuerdas? Ya sabes que era un desastre en todo lo relativo a asuntos financieros.

Esperaron unos diez minutos, antes de que una secretaria los hiciera pasar a un

despacho.

—Siento mucho el retraso —se disculpó el hombre que había detrás de la mesa. Se levantó y le estrechó la mano a Laura—. Soy Richard Corsel, uno de los vicepresidentes del banco. Pasen, si son tan amables.

Era joven, treinta y pocos años, y algo en su actitud le dijo a Laura que no parecía muy feliz de verla.

—Laura Baskin —dijo ella.

—La he reconocido de inmediato, señora Baskin. Siento mucho lo de su marido.

—Gracias. Él es Terry Conroy, del Departamento de Policía de Boston.

—¿Policía? ¿Pasa algo?

—Nada que no podamos resolver, de eso estoy segura —respondió Laura—. Se trata de una cuenta que mi marido tenía aquí.

—¿Sí?

—No encuentro los extractos, y esperaba que usted pudiese decirme cuál es el saldo actual.

—Un momento. —Richard Corsel escribió en el teclado del ordenador—. Su marido ya no tiene ninguna cuenta aquí, señora Baskin.

—Estoy segura de que tenía una antes de que viajásemos a Australia hace unas semanas.

—Es muy posible, señora Baskin, pero la cuenta está cancelada.

—¿El dinero fue transferido o retirado?

Richard Corsel carraspeó, incómodo.

—No se me permite decirlo.

—¿Quién no se lo permite?

—Su marido.

Ella se inclinó hacia delante.

—¿Qué?

—Cuando su marido canceló la cuenta, dejó unas instrucciones muy

específicas. Una de ellas era que no se debía dar ninguna información sobre sus fondos.

—¡Pero si está muerto!

—Eso no cambia nada.

Ella miró a T. C. para asegurarse de que había oído bien.

—¿Cuándo canceló la cuenta? —preguntó Laura.

—Tampoco puedo decírselo. Lo siento.

—Señor Corsel, el dinero no está. Nadie tiene idea de dónde está.

—Lo siento. No puedo hacer nada al respecto.

Ella lo miró fijamente. Los ojos del banquero rehuyeron la mirada de Laura como pájaros asustados.

—Quiero saber lo que pasó con esa cuenta.

—No puedo decírselo.

T. C. se levantó.

—Vámonos, Laura.

—¿Qué estás diciendo? —protestó Laura—. Yo no me voy de aquí hasta que descubra qué ha pasado con esa cuenta.

—El señor Corsel te ha dicho que es confidencial.

Richard Corsel asintió.

—Por favor, señora Baskin, solo obedezco los deseos de su marido.

—¿Sus deseos? ¿Le ordenó que no le mencionase a su esposa qué había ocurrido con su cuenta?

—Yo... No se puedo decírselo.

—Señor Corsel, me está obligando a tomar ciertas medidas.

—En realidad, no puedo hacer nada —se defendió él con voz quebrada.

—Bueno, pues yo sí que puedo hacer algo —afirmó Laura—. ¿Puedo utilizar su teléfono?

—Por supuesto.

Marcó, esperó, hizo que pasaran la llamada y luego habló.

—¿Sam? Soy Laura. Gracias, a mí también me alegra oírte. Necesito que

hagas algo por mí. ¿Cuánto dinero tiene Svengali en el Banco Heritage de Boston? Sé que es mucho, pero ¿puedes darme una cifra aproximada?

Richard Corsel comenzaba a ponerse lívido.

—Dios mío, Laura —interrumpió T. C.—, ¿qué demonios estás haciendo?

—Espera fuera, T. C., no quiero que te mezcles en todo esto.

—Pero...

—Por favor, límitate a hacer lo que te digo.

T. C. se levantó, se encogió de hombros y salió. Cerró de un portazo y dejó que Corsel se enfrentase solo a Laura.

—¿Cuánto, Sam? ¿Cuántos millones? Bien. Transfiérelos al First Boston. Dile a la junta directiva del Heritage que no me gustó el trato que me dio uno de sus vicepresidentes, un tal señor Richard Corsel. Diles también que sospecho que está implicado en una estafa para quitarme parte de mi dinero. Correcto. Así es, C-O-R-S-E-L. ¿Lo has apuntado?

—¡Espere! —la interrumpió Richard Corsel—. ¿No podemos discutirlo?

—Espera un segundo, Sam. ¿Perdón?

—Por favor, señora Baskin. Cuelgue y hablemos de esto como personas civilizadas.

Ella se dirigió de nuevo a Sam.

—Sam, si no tienes noticias mías en diez minutos, adelante con la transacción. —Colgó—. Le escucho, señor Corsel.

—Señora Baskin, me está chantajeando.

—Quiero saber qué ha pasado con esa cuenta señor Corsel y, créame, lo averiguaré. No es ninguna bravata. Si sigue sin decírmelo después de que transfiera los fondos de Svengali, haré que la prensa y mis abogados invadan este lugar. A los reporteros les encantará la historia de una viuda que quiere donar las ganancias de su difunto marido a obras de caridad, y un banco que quizá haya robado el dinero.

—¿Robado?

—La reputación del banco se verá comprometida de alguna manera, señor

Corsel, pero acabaré por conseguir la información.

Richard Corsel daba la impresión de acabar de perder un combate de boxeo.

—Por cierto —añadió Laura—, Sam es muy eficiente. Solo me quedan unos pocos minutos para detenerlo.

Corsel agachó la cabeza.

—No sé dónde está la cuenta exactamente. Tiene que creerme.

—Continúe.

—Su marido me ordenó transferir el dinero a un banco en Suiza.

—¿Cuándo?

Corsel hizo una pausa.

—Por favor, señora Baskin, no puedo decírselo.

—¿Qué banco de Suiza?

—El Banco de Ginebra. Pero sé que no se quedó allí mucho tiempo, así que no puede reclamar. Quizá pueda amenazar al Banco Heritage de Boston, pero no crea que eso le funcionara con un banco suizo.

—¿Por qué haría David algo así?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé.

—¿Se ocupó de la transacción en persona?

—No, hablé con él por teléfono.

—¿Está seguro de que era la voz de David?

—Por supuesto. Conozco la voz de su marido muy bien; incluso con la estática. Además, utilizó un número de código que solo él conoce.

—784CF90821BC —dijo Laura.

—Es evidente que confiaba en usted —manifestó Richard Corsel.

—David siempre me lo contaba todo, señor Corsel. Y, ahora, ¿sería tan amable de pasarme el teléfono? Tengo que llamar a Sam.

Laura le resumió la conversación a T. C. mientras volvían al coche.

—No puedo creer que hicieras eso, Laura. Me dedico a detener a gente por hacer ese tipo de cosas.

—Vale, *mea culpa*. ¿Tú qué opinas?

—¿De Suiza? Creo que Corsel está en lo cierto. Tengo unos cuantos amigos en la delegación del FBI, pero dudo que podamos averiguar qué pasó con la cuenta después de que llegara al Banco de Ginebra.

—¿Por qué haría David algo así?

T. C. se encogió de hombros.

—Quizá quería guardar algún dinero por si le pasaba algo.

—¿Sin decírmelo?

—Tal vez iba a hacerlo y no tuvo la oportunidad. Dijiste que canceló la cuenta del Heritage hace poco. Quizá hizo la transacción antes de que os fugaseis y decidió que la luna de miel no era el momento indicado para hablar de dinero.

—Espera un momento... —comenzó Laura. Se concentró mucho, en un intento de recordarlo todo con precisión—. David vino aquí a retirar dinero antes de que saliésemos hacia Australia.

—Entonces, ahí tienes tu respuesta, Laura. Hizo la transferencia cuando recogió el dinero y decidió decírtelo después.

Ella negó con la cabeza.

—Algo no me cuadra. David apenas sabía utilizar el talonario de cheques.

—Es verdad, pero...

Laura se detuvo de nuevo.

—Espera...

—¿Qué?

—Corsel dijo que David hizo la transferencia por teléfono, no en persona. Mencionó que había estática en la línea.

—¿Y?

—¿No lo ves? —casi gritó Laura—. ¡Eso significa que David tuvo que transferir el dinero mientras estábamos en Australia!

Stan se sentó y encendió el televisor. No había nada interesante. La gorda Oprah (¿o aquella semana estaba delgada?) hablaba con un grupo de imbéciles que abusaban sexualmente de sus plantas, o algo así. Stan no escuchaba. Pensaba. Necesitaba pensar en un buen timo. Tenía que ser algo muy bueno... Y rápido.

También pensaba en RH, el Rompe Huesos.

La solución a sus actuales problemas monetarios era obvia: conseguir el dinero de la herencia de David. Pero ¿cómo? Todo era para Laura. Podía pedirselo a ella, aunque sin duda eso lo dejaría en mal lugar. Despertaría sus sospechas. Podía ser un tanto ingenua, pero distaba mucho de ser estúpida. Además, estaba claro que el jodido T. C. le estaba llenando la cabeza con todo tipo de idioteces sobre el pasado. No, decidió Stan, no le convenía pedirselo abiertamente. Tenía que conseguir que fuera ella quien le ofreciese dinero.

Pero ¿cómo?

Unos nudillos golpearon la puerta.

El terror se adueñó de Stan. Había utilizado un nombre falso cuando se registró, y nadie sabía que estaba allí... Cerró los ojos cuando llamaron de nuevo. Quizá solo fuera la limpiadora. Quizá solo fuera...

—Abre, Stan. Quiero hablar contigo.

Ese era RH.

Stan se levantó como hipnotizado. Estaba en la planta catorce y, por lo tanto, salir por la ventana estaba descartado. Pero ¡qué demonios!, RH y él se conocían desde hacía mucho, y nunca le había hecho daño. Sabía que Stan pagaba sus deudas, y en cuanto le explicase que tenía la oportunidad de hacerse con una buena cantidad de dinero, le concedería más tiempo. Stan giró el pomo y abrió la puerta.

—¡Hombre, RH! —lo saludó Stan con una sonrisa—. ¿Cómo estás, tío? Se te ve estupendo.

RH se detuvo en el umbral y le sonrió con calma.

—Gracias, Stan. Me alegra mucho verte de nuevo.

Stan siempre se sorprendía cuando se encontraba con él. RH no tenía el más

mínimo aspecto de matón. Llevaba el pelo largo y rubio, siempre bronceado, y unos dientes tan blancos que podrían servirle para anunciar un dentífrico. Su altura y peso eran medianos, tirando a bajos. Y lo más curioso del asunto era que aquel tipo tenía título universitario y había vivido tres años en Corea, donde había estado entrenándose seis horas al día en el arte del kung-fu o alguna otra mierda por el estilo.

Era su especialidad: el combate cuerpo a cuerpo. Podías ponerle delante a tres matones que le doblasen en tamaño, y RH los haría polvo sin despeinarse.

—Pasa, RH.

—Gracias. —Entró y cerró la puerta. Su voz siguió siendo agradable—. ¿Qué haces en Boston, Stan?

—Te dije que venía al funeral de mi hermano.

—Ya hace algunos días de eso, ¿no crees?

—Lo sé, RH, pero estoy muy cerca de conseguir pasta gansa.

—También he oído eso antes.

—No, de verdad.

RH se acercó un poco más a Stan. Sus rostros apenas quedaron a quince centímetros el uno del otro.

—No estarás dándome largas, ¿verdad, Stan?

—De ninguna manera. Yo jamás haría tal cosa.

RH lo miró.

—¿Qué te trae a Boston, RH?

RH se paseó por la habitación.

—Tengo un pequeño negocio aquí. Uno de mis luchadores está en la ciudad.

—¿Roadhouse Rex? —preguntó Stan.

RH asintió.

—Roadhouse es fantástico —añadió Stan, tratando de mantener la atención de RH en el espantoso luchador y lejos de sí mismo—. Nadie se tira a la lona como él.

—Roadhouse es el mejor —asintió RH, esbozando una sonrisa—. Tendrías

que verlo en el vestuario. Tiene el baúl lleno de cápsulas de sangre, escayolas falsas para fingir todo tipo de fracturas... Lo que se te ocurra. —RH se volvió y se acercó a Stan—. Pero nos estamos desviando del tema, ¿no crees?

—¿Desviando del tema?

RH sonrió.

—Stan, ¿estás intentando darme esquinazo?

Baskin tragó saliva.

—Me conoces muy bien, RH. Como ya he dicho, te avisé de que venía a Boston.

—Es verdad —admitió RH—, pero olvidaste decirme que ibas a utilizar un alias.

—Solo necesitaba un poco más de tiempo. Verás, mi hermano...

—Sé todo lo relativo a tu hermano.

—Bueno, estaba forrado, y espero conseguir parte de su dinero.

RH se rio.

—¿Con quién crees que estás hablando? Sé lo que le hiciste. Yo estaba allí, ¿lo recuerdas? Tu hermano nunca te dejaría ni un centavo.

—Lo sé, RH. Voy a conseguir el dinero de su viuda.

—¿La modelo?

—Sí, ella me dará el dinero.

—¿Cincuenta mil?

—Correcto. Sin ningún problema.

RH caminó sin prisa hacia la ventana.

—Pero Stan, ya llevas mucho retraso.

—Limítate a cargar el interés.

—Oh, lo haré. Pero la cosa va más allá de eso.

—Vamos, RH, sabes que siempre acabo pagando.

RH negó con la cabeza.

—No, en eso te equivocas. Creo que pagarás. Pero no lo sé a ciencia cierta. Tal vez un pequeño incentivo ayudaría.

—¿Incentivo?

Stan no tuvo tiempo de reaccionar. La mano de RH se movió con una velocidad aterradora. El golpe aterrizó en el centro de la barriga de Stan, y el aliento escapó de su boca.

Stan cayó al suelo y empezó a luchar para llevar oxígeno a sus pulmones.

RH se quedó mirando cómo Stan se retorció de dolor. Sin perder la calma, se agachó y le cogió la mano derecha. Estuvo sujetándosela un par de minutos, y esperó a que Stan comenzara a recobrar el aliento.

—Lo siento mucho, Stan.

—Por favor...

RH le tapó la boca con una mano. Luego tiró del dedo anular de Stan hacia atrás hasta que casi le tocó la muñeca: se quebró como una rama. Stan sintió los bordes afilados del hueso al rasgar la piel. La cabeza comenzó a darle vueltas.

—Una semana, Stan —susurró RH en voz baja.

Sujetó el dedo de Stan durante unos segundos más, y después dejó la mano en el suelo con mucha suavidad. El dedo ya se estaba hinchando, y el hueso casi atravesaba la piel.

—¿Me has oído?

Stan asintió a duras penas. El dolor era insoportable.

—Y no vuelvas a esconderte de mí, ¿de acuerdo, Stan?

Él negó con la cabeza.

RH le sonrió. Luego levantó un pie y descargó un más que certero taconazo en el dedo roto. Tuvo que volver a taponarle la boca a Stan para sofocar el grito.

—Creo que por fin nos vamos entendiendo —dijo RH con toda tranquilidad. Se volvió hacia el espejo, se arregló el pelo y luego se dirigió hacia la puerta—. Siempre es un placer verte, Stan. Tienes una semana para reunir el dinero. Y ahora son sesenta mil.

Más tarde, aquella misma noche, Laura se sentó en el dormitorio de invitados de

Serita y miró a través de la ventana. ¿Qué había pasado? En un momento dado, el mundo era perfecto, y luego, de pronto, se veía arrojada al infierno. ¿Qué había hecho? En aquellos instantes odiaba a todo el mundo. Y odiaba todo lo que había en él.

En ocasiones, incluso odiaba a David por haberla dejado tan sola cuando sabía que ella no podría sobrevivir sin él.

El tiempo transcurría, pero no curaba las heridas. Cuando creía que se estaba recuperando, pasaba por delante de algún patio donde los chicos jugaban al baloncesto, veía a los enamorados cogidos de la mano junto al río Charles, o a una familia que paseaba con el coche, y entonces las heridas se reabrían y vertían otra vez sangre fresca.

Ya nada tenía sentido. Habían entrado en su casa nueva, pero no se habían llevado nada. La cuenta de David se había transferido, de manera muy misteriosa, a la Dimensión Desconocida. Su padre se comportaba de una forma peculiar. ¿Y qué demonios le pasaba a T. C.? ¿Desde cuándo se oponía a presionar a la gente para conseguir información?

Serita entró en la habitación de invitados y encendió la luz.

—¿Qué haces, Laura? —preguntó.

—Lo habitual —respondió—. Supongo que solo quiero estar sola.

—Casi no has hecho otra cosa durante estos últimos dos meses. Comienza a ponerme nerviosa.

—Mañana mismo me voy, Serita. Creo que es hora de empezar a cuidar de mí misma.

—Unas palabras muy valientes, amiga mía. ¿Qué vas a hacer en tu casa?

Laura se encogió de hombros.

—Si solo estás pensando en tumbarte en la cama, pues puedes quedarte aquí

—Serita arrojó un periódico sobre el regazo de Laura—. Lee esto.

Laura echó un vistazo al titular.

—¿La sección financiera? No creía que te fueran los negocios.

—Y no me van —asintió Serita—. Pero creo que deberías leerlo.

Ella no tenía las fuerzas necesarias.

—¿Por qué no me haces un rápido resumen?

—Vale. La cosa va más o menos así. Ayer Svengali bajó dos puntos. Eso significa que ha bajado más de diez puntos en las últimas dos semanas. Y si sigue bajando, es porque se comenta que ya no tienes valor y no piensas volver.

—En realidad, eso ya no me importa, Serita.

—Escúchame. Si ya no te importa una mierda lo que te pase, de acuerdo. Pero tienes accionistas a los que proteger, gente que creyó e invirtió en ti. No puedes dejarla en la estacada así como así.

Laura no dijo nada. Tenía la mirada fija en la ventana.

—¿Qué demonios te pasa, Laura?

Laura volvió la mirada hacia su amiga.

—¿Que qué me pasa? ¿Acaso no lees la prensa? Mi marido está muerto, Serita. ¿No lo entiendes? ¡David está muerto!

—Por supuesto que lo entiendo. Pero tú no estás muerta, ¿verdad?

Serita cruzó la habitación y se sentó en una silla junto a su amiga.

—Déjame que te diga una cosa... Recuerdo todo lo que hay que recordar de ti. Recuerdo cómo me contaste todo aquello de las niñas que te molestaban porque tú eras fea, pero sobreviviste y les mostraste cómo eras de verdad. Recuerdo cómo todos aquellos imbéciles de las grandes compañías se rieron de ti cuando pusiste en marcha Svengali. Intentaron destruirte, ¿lo recuerdas? Pero tú les plantaste cara, Laura, y de nuevo sobreviviste cuando todos los demás te daban por muerta. ¿Y yo? Yo me quedé en la retaguardia y te aplaudí. Luchaste para convertir Svengali en lo que es en la actualidad. Luchaste con todas tus fuerzas. Es tu hija, Laura. Svengali es tuya. No renuncies a ella. David no lo quería. Él no quería que renunciaras a tus principios de esta forma.

David. El mero hecho de oír su nombre hizo que las lágrimas asomaran a sus ojos.

—Cariño, sé que es duro, pero es hora de vivir de nuevo antes de que todo lo que tienes, todo aquello por lo que has trabajado tan duro, se venga abajo. —

Serita se levantó y miró a su amiga—. Además, resulta que soy tu modelo mejor pagada. Si Svengali se hunde, perderé un cliente muy importante. ¿Es eso lo que quieres?

—Dios no lo quiera... —respondió Laura, esbozando una sonrisa—. ¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Eres una buena amiga.

—La mejor.

Laura se retorció las manos en el regazo.

—¿Serita?

—Aquí estoy.

—No sé qué hacer... Me da miedo volver.

—Lo sé, cariño. Y no quiero empujarte. Ve paso a paso.

Laura asintió, pero era incapaz de apartar de su mente las dudas y los miedos. Con un largo y doloroso suspiro, se sentó y cogió el teléfono. Marcó el número del director de relaciones públicas de Svengali.

—¿Hola?

—Soy Laura —dijo, con voz temblorosa—. Anuncia que mañana por la mañana volveré al despacho.

—La línea cinco, doctor Ayars.

—Gracias.

James Ayars cogió el teléfono y apretó el botón de la línea cinco.

—¿Dónde demonios te habías metido?

—Estaba fuera.

—Llevo todo el día intentando dar contigo.

—No estoy a tu exclusiva disposición.

—Nunca he dicho que lo estuvieses.

—¿Qué quieres? —preguntó la voz.

—Hoy he asistido a una reunión relativa a la herencia de David —dijo James.

—¿Y?

—Apareció un curioso detalle sobre las finanzas de David.

—¿Y...?

El doctor James Ayars se inclinó hacia delante.

—Ya no estoy tan convencido de que David se suicidase.

—¡Estelle!

—¿Sí, Laura?

—¿Dónde demonios están los diseños de los zapatos de invierno? Los pedí hace diez minutos.

—Ahora mismo.

—Quiero ver a Marty Tribble ahora. Esta campaña de marketing está dirigida a las viejas, por todos los santos. No pretendo venderle zapatos a las beatas.

—En marcha.

—Y dile a Hillary que va a ser una noche muy larga. Estas faldas están mal diseñadas, y vamos a quedarnos aquí hasta que estén bien.

—Hecho.

—Luego avisa a Sandy de que suba dentro de una hora. Tengo una idea para una nueva línea de productos.

—Sandy. Una hora.

—Y notifícales a los de contabilidad que quiero ver un listado de todas las transacciones que se han realizado durante mi ausencia. En estas cuentas tiene que haber algún error.

—Vale. ¿Algo más, Laura?

—Mataría por una taza de café.

—Marchando una taza de café. —Estelle se volvió con la intención de marcharse, y entonces se detuvo—. ¿Laura?

—¿Sí?

—Me alegro de que hayas vuelto.

—Gracias, Estelle.

La secretaria salió. Laura miró su mesa y negó con la cabeza. Menudo

desastre. Observó los montones de asuntos pendientes y se preguntó de cuál debía ocuparse primero. La distribución era un desastre. Las colecciones de invierno estaban a medio hacer, y solo disponían de dos días para acabarlas.

Laura se reclinó en su asiento. ¿Había sido una buena idea volver al trabajo? No estaba muy segura, aunque todo lo que supusiese una distracción era bienvenido. Aquello le mantendría la mente ocupada. Aun así, todo parecía un tanto fuera de lugar, como si hubiese regresado a su ciudad natal después de una larga ausencia: conocida y, sin embargo, extraña.

Si el trabajo era terapéutico, le esperaba una curación muy larga y lenta. Las manos todavía le temblaban, y tenía la sensación de que le estaban estrujando el corazón con unas tenazas. Pero, como le había dicho Serita, había que ir paso a paso.

Sonó el teléfono.

—¿Qué hay, Estelle?

—Tienes visita. El señor Stan Baskin.

—Dile que pase.

Estelle abrió la puerta e hizo pasar a Stan, que saludó a Laura con una afectuosa sonrisa.

—Buenos días, jovencita. Me gusta ver que has vuelto al trabajo.

—Qué sorpresa más agradable, Stan. Siéntate.

—¿Estás segura de que no te interrumpo?

—La verdad es que sí. Pero eres una interrupción muy bienvenida. De todas formas, necesitaba un descanso.

—¿Estás segura?

—Por supuesto. —Laura vio que tenía la mano derecha vendada—. ¿Qué te ha pasado?

—¡Ah! ¿Esto? Me pillé la mano con la puerta de un coche. Siempre he sido el torpe de la familia.

—Parece algo doloroso. ¿Puedo ofrecerte algo?

—No, estoy bien. De verdad.

Laura se levantó de la mesa y se dirigió hacia la silla que había junto a Stan.

—¿Por qué no viniste ayer al despacho del abogado?

Stan titubeó.

—Agradezco la invitación, pero no era mi lugar.

—Eras su hermano.

—Ya lo sé —admitió Stan—, pero no me habría sentido cómodo allí. Se suponía que era para todos aquellos a quienes David amaba y quería. Yo... Yo no encajo en esa categoría.

—No creo que sea así —insistió Laura—. Lo que pasara entre vosotros dos no quita que fuerais hermanos. Piensa en la niñez que compartiste con él. Eso no hay nada que lo borre. Tenías que estar allí, Stan. Tienes derecho a parte de su herencia.

Stan negó con la cabeza lentamente.

—Dejé escapar esa oportunidad, Laura. No quiero nada de David, excepto algo que ya no podrá darme: el perdón.

—Si estuviese vivo, sé que te perdonaría.

—No estoy muy seguro. —Stan hizo una pausa—. Escucha, Laura, debes de estar ocupada, así que deja que te explique para qué he venido. Quisiera saber si quieres cenar mañana conmigo como una especie de *bon voyage*.

—*Bon voyage*?

Stan asintió.

—A la mañana siguiente, regresaré a Michigan.

—¿Te vas? —preguntó Laura. Durante el último mes, se había habituado a ver a Stan de vez en cuando. Ahora era parte de la familia. El único pariente de David que aún vivía. Confiaba en él—. ¿Por qué? Creía que te gustaba Boston.

—Y así es. Me encanta. Pero aquel negocio del centro comercial no ha salido como esperaba. No he podido reunir el capital, y..., no sé..., tengo la sensación de que no pertenezco a este lugar, como si fuera un intruso en la familia de David.

—No eres ningún intruso.

—En todo caso, ¿cenarás conmigo mañana?

Laura se echó hacia atrás. Subió las manos y las apoyó en el puente de la nariz.

—¿Me harías un favor, Stan?

—Por supuesto.

—No sé si lo sabes o no, pero David murió sin hacer testamento. La letra de la ley me deja a mí toda su herencia, pero quiero que tengas una parte.

—Laura, no puedo...

—Quiero que construyas tu centro comercial temático sobre el baloncesto. ¿Cuánto crees que necesitarás para ponerlo en marcha?

—Olvídalo.

—¿Por qué?

—Ya te lo dije. No me merezco nada de David.

—Entonces, hazlo por mí. Necesito algunos nuevos puntos de venta para Svengali en ese sector. Un centro comercial me vendría de perlas.

Stan negó con la cabeza, pero Laura no pensaba dejar de insistir.

—Puedes ponerle el nombre de David, Stan. Piénsalo como un recuerdo de tus sentimientos hacia él, una manera de mostrarle al mundo lo que significaba para ti. ¿Crees que un millón de dólares bastaría para poner en marcha el asunto? — Mientras lo decía, Laura sintió un pinchazo de inquietud.

Las palabras de David volvieron a ella.

«No nos llevábamos bien...».

Pero ella prefería ignorar aquellas palabras.

—Mira, Laura, no me siento muy a gusto haciendo esto...

—Entonces, está arreglado. Le diré a mi abogado que extienda un talón mañana por la tarde. Un millón de dólares de tu hermano será tuyo. ¿De acuerdo?

Él soltó una risa.

—Laura, ¿alguna vez te han acusado de obstinada?

—Con frecuencia. ¿Estamos de acuerdo?

Stan se encogió de hombros.

—No sé qué decir.

—Di que sí —insistió Laura, aunque seguía estando envuelta en un mar de dudas. ¿Estaba haciendo lo correcto? ¿Aprobaría David algo así?—. Di que cancelas tu vuelo de regreso a Michigan. Di que pondrás en marcha el centro comercial. Di que todavía quieres formar parte de esta familia.

—Por supuesto que quiero seguir formando parte de esta familia...

—Entonces solo tienes que decir que sí.

Stan bajó la mirada y después miró de nuevo a Laura.

—No te arrepentirás, Laura.

Laura sonrió, inquieta. ¿Que no se arrepentiría? Tal vez ya lo estaba haciendo.

Clip Arnstein apagó el puro y miró a través de la mesa a sus dos jugadores estrella. Earl tenía casi treinta años y estaba en la cima de su carrera. Había sido el máximo anotador de la liga en dos ocasiones, y el máximo reboteador en otra. También era un consumado taponador. Pero había anotado muchos de sus puntos gracias a los grandes pases de David. Y había sido capaz de encontrar un hueco para anotar muchos de esos puntos porque los equipos solían concentrarse en contener al Relámpago Blanco.

Timmy Daniels era unos cuantos años más joven. Era un escolta de la Universidad de Brigham Young, un atleta extraordinario cuya pasión por el juego era comparable a la de David. Le gustaba ganar, siempre tenía que ganar, y hacía cualquier cosa con tal de ganar. Aunque su aspecto recordaba al de un chaval jugando en una cancha de barrio, era más duro que ningún otro jugador con quien Clip hubiese trabajado en su más de medio siglo dedicado al baloncesto. Sabía lanzar. Y ahora que David no estaba, Timmy tal vez fuera el mejor lanzador desde fuera de la zona que había en la liga.

Clip sacó otro puro y le cortó la punta de un mordisco.

—Me pareció que ya era hora de que los tres nos reuniésemos en privado.

—¿Qué pasa, Clip? —preguntó Timmy.

—Tengo los resultados de la votación del equipo. Ahora vosotros dos sois los capitanes.

Timmy miró a Earl antes de hablar.

—Creo que hablo en nombre de los dos cuando digo que es un honor que deseáramos no haber recibido nunca.

—Lo sé —declaró Clip—. Pero todos sabemos que el equipo no será el mismo sin David. Demonios, incluso nuestras vidas no van a ser las mismas sin él. Pero tenemos que seguir adelante. Apenas faltan un par de meses para que comience la temporada, y tenemos que prepararla. El *draft* será la semana que viene.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó Timmy.

Clip les arrojó una carpeta a cada uno de sus jugadores estrella.

—Aquí tenéis información de nuestra selección de *rookies* y de los agentes libres a quienes se supone que vamos a probar para el equipo.

Ambos ojearon los informes. Cuando Timmy acabó, cerró la carpeta.

—Esto es una mierda.

Clip asintió.

—Hay muy poco talento en la selección de este año y, además, como hemos ganado el campeonato, nos toca escoger los últimos. Chicos, tenemos un problema. Hemos perdido a uno de los mejores jugadores de la liga. Ahora ni siquiera tenemos un anotador decente que pueda jugar de pívot. Sin eso, nos aplastarán sin contemplaciones. Por lo tanto, mi pregunta es esta: ¿cómo vamos a encontrar a alguien nuevo para esa lista de jugadores?

—No lo sé —contestó Timmy—. Pero te has visto en peores aprietos que este, Clip. Eres famoso por los acuerdos de última hora que has alcanzado a lo largo de los últimos años. No te llaman Miracle Worker porque sí.

Clip se rio.

—Gracias por el voto de confianza, Timmy. Earl, tú no has dicho nada. ¿Qué opinas?

—David es insustituible —susurró Earl.

—Eso ya lo sé —asintió Clip—. No busco un sustituto. El equipo al completo

va a tener que cambiar de perspectiva. Sin David, ya no recibirás esos pases llenos de inventiva, Earl. Tendremos que dejar la fantasía atrás, y practicar un juego más lento, un baloncesto control. Deberás situarte abajo, como hacías en Notre Dame. Timmy, no me cabe duda de que nadie tiene un lanzamiento exterior como el tuyo, pero vamos a necesitar tenerte en el medio para que lo abras. Tendrás que ser más creativo. Aun así, todavía necesitaremos más elementos para que esta máquina funcione bien. Me veré obligado a hacer algunos traspasos.

—¿Traspasos? —repitió Timmy—. No puedes romper este grupo.

—Esto es un negocio, Timmy. Traspasé a tres veteranos muy populares para fichar a David y a Earl, y traspasaré a más jugadores si tengo que hacerlo.

—¿No hay otra alternativa?

—Claro —asintió Clip.

—¿Cuál?

El dueño de los Celtics se levantó.

—Esperar a que suceda un milagro.

Stan se despertó sobresaltado, y se preguntó si acababa de tener otra pesadilla. Imposible. De ninguna manera. Por primera vez, todo iba viento en popa.

Pasó las piernas por encima del borde de la cama y cogió el reloj. Las tres y media de la madrugada. ¡Menudo día había tenido! Por si no hubiera bastado con engañar a Laura por la mañana, había coronado la noche con otro logro espectacular. Quizá debería haberse contenido. Quizá no tendría que haber tentado a los dioses abusando de su suerte, pero, oh, tío, no pudo resistirse.

La mujer que yacía acostada a su lado se movió y giró su cuerpo desnudo hacia él. Stan soltó una exclamación ante lo que veía. Su miembro ya estaba reaccionando con solo mirarla.

—¿Cómo estás? —le preguntó él.

Gloria lo miró con los ojos de un animalito.

—Muy feliz.

—Yo también —afirmó Stan—. ¿Sabes que eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida?

El cuerpo de ella se estremeció.

—Gracias.

—Lo digo de verdad. Ha pasado tanto tiempo, Gloria... Ha pasado tanto tiempo que no puedo recordar cómo es estar tan cerca de alguien.

—¿Lo dices en serio, Stan?

—Por supuesto que sí.

—Por favor, no te burles de mí.

Él se tumbó de nuevo y abrazó su cuerpo tibio.

—Yo no haría eso, Gloria. No..., no sé si debo decirte esto.

—Por favor —le rogó ella.

—Puede que te suene cursi, pero tengo la sensación de que anoche fue el comienzo de algo maravilloso.

—¿De verdad?

—Espero no parecer demasiado atrevido —añadió Stan—. Por lo general, soy bastante tímido y reservado. No suelo abrirme a la gente con facilidad. Pero es que me siento muy bien cuando estoy contigo. Como si tuviese la libertad de decir cualquier cosa.

Ella sonrió, esperanzada.

—Yo siento lo mismo.

—¿Tú también?

Gloria asintió.

—Llevaba más de un año sin salir con un hombre. —Se acomodó en la cama. Stan la miró. Tenía los pechos más bonitos que jamás hubiese visto. Grandes, redondos y firmes. Su amiguito era como un ladrillo de plomo entre sus piernas —. Quiero decirte algo antes de que continuemos con esto.

—¿Qué pasa? —preguntó Stan.

—Es sobre mi pasado...

—Ya me has hablado de eso. De verdad que no me importa, Gloria.

—¿Te he hablado de la última vez que estuve con un hombre...? Aunque tal vez debería decir hombres...

Stan intentó ocultar la expresión de sorpresa en su rostro.

—No me debes ninguna explicación.

—Por desgracia, necesito hacerlo. Luego podrás marcharte..., si quieres.

Apenas un año atrás, Gloria vivía en la Costa Oeste con un traficante. Por enésima vez en su vida, estaba segura de haber encontrado al hombre adecuado. Tony podía ser un traficante y un pornógrafo de poca monta, pero no era como los demás. Era amable, y se preocupaba por ella de verdad. Era cierto que la tenía enganchada a las drogas, pero Gloria ya era adicta antes de que se conocieran. Tony decía que ella lo tenía controlado, que pasar por el síndrome de abstinencia sería doloroso en esa etapa. De modo que siempre tenía a mano jeringuillas de heroína y cocaína para esnifar, porque no quería verla sufrir.

Sin embargo, Gloria sufría frecuentes crisis depresivas. Tenía la autoestima por los suelos. Se había perdido el respeto a sí misma. Pero no era tan malo. No, mientras pudiera drogarse hasta el punto de que nada le importara. En ocasiones, se pasaba días sin levantarse de la cama. Algunas veces pasaban semanas enteras, y Gloria no recordaba nada en absoluto.

Llevaba unos seis meses con Tony, cuando cierto día él volvió a casa con un traficante de Colombia. Los tres cenaron juntos, pero Gloria no recordaba gran cosa de aquel encuentro. Tony le había dado una coca de primera, y ella solo volaba. Se dio cuenta de que el traficante colombiano no dejaba de mirarla. Pero eso no era nada nuevo. Los hombres siempre la miraban. Ella estaba a salvo, porque Tony estaba con ella y él estaba enamorado de Gloria. Se hacía tarde, y ella estaba cansada.

—¿Tony?

—¿Sí, Gloria?

—Me voy a dormir. Estoy agotada.

—Vale. Dale las buenas noches a nuestro invitado.

Lo hizo. Se sujetó al pasamanos mientras subía las escaleras hasta su dormitorio. Cerró la puerta, y se quitó el top y los pantalones.

—¡Guapa! ¡Preciosa!

Ella se volvió, e intentó cubrir su desnudez con las manos. El colombiano abrió la puerta y entró.

—¿Qué... qué hace usted aquí?

Tony entró detrás del colombiano.

—No pasa nada, nena.

—¿Cómo...? ¿Qué está pasando?

—El señor Enrique es un proveedor muy importante, Gloria. Me pidió un pequeño favor.

—Pero, Tony...

—No pasa nada, nena. Estaré aquí. Será divertido.

El colombiano de ojos grandes se desnudó a toda prisa.

—Tony, no quiero.

Él también comenzó a desnudarse.

—Hazlo por mí, Gloria. Por favor.

Temblorosa, se volvió hacia el colombiano. Estaba delante de ella, completamente desnudo. Le apretó con fuerza los pechos. El dolor le sacudió el cuerpo. Él bajó la boca hacia uno de sus pezones.

—Por favor, no...

Gloria se vio forzada a tumbarse. Las lágrimas corrían por sus mejillas. Tony la sujetaba mientras el colombiano hacía con ella lo que quería.

Stan la abrazó.

—Eso se ha acabado, Gloria. Pertenece al pasado.

—No, no es así. Tengo que acabar de contarte la historia antes de que me

quede sin valor.

A la mañana siguiente, Gloria se despertó dolorida y sucia. Esnifó un poco de cocaína y luego se metió en la ducha. Se quedó allí hasta que se acabó el agua caliente. Aun así, no se sentía limpia. Aquella mañana, Gloria no lloró. Por primera vez, vio con claridad a través de las tinieblas de las drogas. Nada era distinto.

Tony no era distinto. Era como Brad, Jeff, Stuart, Mike, J. J., Kenny y todos los demás. Él sabía que Gloria no era digna de ser amada, que no era digna de ser cuidada. No era más que un objeto que él podía utilizar como le pareciese conveniente. Gloria supo por fin lo que debía hacer. Comprendió por fin cómo detenerlo. En realidad, era sencillo.

Se suicidaría.

Empezó a preguntarse cómo lo haría. Primero llamaría a su hermana Laura. Llevaba casi ocho meses sin hablar con ella, pero Gloria y Laura siempre se habían querido. Sus padres..., bueno, hacía mucho tiempo que la habían repudiado. Pero Laura... Sabía que sería muy agradable oír su voz una vez más.

Cogió el teléfono y llamó. Laura se alegró muchísimo al oírla. Le pareció que sería una gran idea que se vieran lo antes posible. Gloria asintió. Quizá la semana siguiente sería un buen momento.

—¿Va todo bien, Gloria? —preguntó Laura—. ¿Por qué no vienes a casa y te quedas conmigo durante un tiempo?

Gloria declinó la invitación, le dio las gracias y colgó. Entonces volvió a preguntarse cómo podía acabar con su vida. La respuesta le llegó de inmediato. Una sobredosis. Le parecía recordar que una de sus amigas había hecho lo mismo en San Francisco, apenas unos meses atrás. Gloria tomó por fin la decisión. Al día siguiente, se suicidaría con una sobredosis de heroína.

Aquella noche, Tony volvió a casa lleno de disculpas y palabras de amor.

—Llevaba un colocón tremendo, nena. No sabía lo que hacía. Lo siento

mucho, Gloria. Por favor, perdóname.

—¿Lo dices de todo corazón, Tony?

—Por supuesto, cariño. Nunca imaginé que te haría daño. Te quiero, nena. No haría nada que pudiese herirte. Lo sabes.

Gloria creyó que tal vez le estuviera diciendo la verdad. Tal vez la amase, después de todo. Tal vez él fuera incapaz de comprender cómo se había sentido ella con todo aquello. De haberlo sabido, jamás lo hubiera permitido.

Tony continuó susurrándole palabras, dispuesto a calmarla. Había recibido un nuevo envío. Droga de la buena. Ella la necesitaba. Todo su cuerpo anhelaba un pequeño pinchazo de la aguja de Tony, y él le inyectó una buena dosis.

Su mente se volvió borrosa, más borrosa de lo habitual.

Ella se tambaleó. Su mundo giraba en una bruma espesa.

—¿Cómo te sientes, cielo?

—Vuelo —respondió ella con una sonrisa—. Estoy volando.

—Bien, preciosa. Eso está muy bien.

Gloria sintió la mano de Tony en su blusa. Se la estaba desabrochando. Él se la quitó y luego le bajó los pantalones cortos y las bragas.

Ella comenzó a reírse.

—¿Quieres hacerlo ahora?

—Sí, pequeña. Tengo pensado algo especial.

Especial... Aquello sonaba bien. Cerró los ojos mientras la droga circulaba por sus venas. Era agradable estar desnuda con Tony.

Sintió que él le sujetaba los brazos y las piernas. No había ninguna razón para ello. No estaba dispuesta a resistirse, pero sabía que algunas veces a él le gustaba así. De pronto, notó unas luces muy brillantes. Tony debía de haber levantado la persiana. Pero... ¿cómo podía haber levantado la persiana cuando todavía la estaba atando?

Entonces oyó gente que hablaba en español.

Abrió los ojos, pero el resplandor la obligó a cerrarlos de nuevo. Intentó

mover una mano para protegerse... Y entonces comprendió por qué tenía las manos y las piernas atadas a la cama.

—¿Tony?

Más palabras susurradas. Algunas en español. Algunas en inglés. Entonces oyó las risas. Se sentía tan cansada que solo quería dormir. Se forzó a abrir los ojos e intentó ver lo que ocurría.

El rostro del colombiano le sonrió. Estaba con otros seis hombres. Y todos se habían desnudado.

Ella empezó a resistirse, pero la droga que le habían dado era muy fuerte, y los nudos estaban bien afianzados.

—¿Tony?

—Estoy aquí, pequeña —dijo él, soltando una risotada—. Déjate llevar y disfruta.

Los hombres se acercaron un poco más. Cada uno de ellos le acarició una parte del cuerpo diferente con las manos y la lengua. Ella alzó la mirada, y vio a Tony con una cámara de vídeo. El resto fue como un batiburrillo de palabras y posiciones. Le dieron la vuelta, retorcieron su cuerpo de todas las formas imaginables, la destrozaron...

—Acércale la cámara. Pónsela en la boca. Esta será la mejor de todas las películas. Ahora tiéndela para el otro lado.

Gloria sintió la saliva y los alientos calientes que le cubrían el rostro, el cuello, los pechos y los muslos. Las manos ásperas que la sujetaban.

Entonces una voz femenina gritó.

—¡Alto!

De pronto, los hombres se separaron de ella. Gloria sintió que alguien le desataba los brazos. Consiguió abrir los ojos y mirar. Pero lo que estaba viendo solo podía ser una alucinación provocada por las drogas.

—¿Laura? —preguntó.

—Tranquila —respondió su hermana—. Pronto estarás bien.

Gloria comenzó a llorar. ¿Por qué no se había matado? ¿Por qué no había

acabado con su vida de una vez por todas? Habría preferido la muerte a dejar que Laura viese en lo que se había convertido su hermana mayor.

David y T. C. estaban allí con Laura. T. C. mostró su placa y los colombianos huyeron en todas direcciones. David se encargó de destruir el vídeo de Tony.

—Todo irá bien, Gloria —le aseguró Laura con lágrimas en los ojos. Abrazó a su hermana con fuerza—. Ahora voy a ayudarte.

Gloria levantó la cabeza.

—Ahora, si quieres dejarme, lo comprenderé perfectamente.

«¡Qué historia más jodida! —pensó Stan—. ¡Vuelvo a tener otra maldita erección!».

Stan se movió hacia ella.

—¿No lo entiendes, Gloria? Nada de esto me importa. Me hace muy feliz que quieras abrirte a mí, pero todo eso es cosa del pasado. No tienes que seguir disculpándote. Es la Gloria a quien conozco ahora la que me interesa. Yo también tengo un pasado. Para serte sincero, no soy todo lo que parezco. Pero trato de hacerlo lo mejor que puedo, te lo digo en serio. ¿Me ayudarás, Gloria? ¿Dejarás que yo te ayude a ti?

Hicieron el amor de nuevo, y luego Stan se vistió. Volvió a mirar su precioso cuerpo, y sintió que su amiguito comenzaba a moverse de nuevo. Ninguna mujer lo había puesto nunca tan cachondo. Había estado con muchas chicas, pero nunca había visto un cuerpo como ese. Aquella piel suave, aquel cuerpo lleno de curvas y flexible, el estómago plano y, por supuesto, la clase de pechos con los que sueñan la mayoría de los hombres. Solo había otra mujer en el mundo que parecía poder despertar más su deseo: Laura.

Pero esa conquista llegaría en su momento. Ahora tenía que ser cuidadoso con Gloria. «¡Joder, menuda historia! —pensó de nuevo—. Para que hablen de Miss Inestabilidad 1989». Stan no quería arriesgarse a que Laura supiera que se estaba acostando con su hermana, así que la convenció para que no se lo dijese a nadie.

—Solo durante un tiempo —le aseguró—. Para mí es algo así como una superstición. Tengo miedo de que las cosas salgan mal si se lo contamos a la gente.

Ella se lo había tragado. Además, Gloria era la alternativa ideal si las cosas no salían como él esperaba o necesitaba conseguir dinero. Ella también tenía mucho dinero.

Salieron del hotel juntos. Una vez en la calle, Stan la miró.

—Nos vemos esta noche.

Gloria asintió, con el rostro radiante.

Stan se inclinó y le dio un beso apasionado.

Al otro lado de la calle, un hombre vestido con un chándal Adidas observó el beso a través de la lente de su cámara. Tomó unas cuantas fotos más. Luego cogió el teléfono y marcó.

—¿Qué tienes?

—Gloria Ayars y él acaban de marcharse —respondió—. Parece que han hecho muy buenas migas.

—Tú sigue a Baskin.

—Vale, pero quiero saber de qué va todo esto.

—No te preocupes ahora por eso. Tú síguelo y llama si hace algo que se salga de lo corriente.

El hombre se encogió de hombros.

—Lo que tú digas, T. C.

Sonó el interfono.

—Sí, Estelle.

—John Bort está aquí.

—Hazlo pasar.

John Bort abrió la puerta.

—¿Quería verme, jefa?

—Sí, John. Adelante.

—¿Pasa algo con la seguridad?

—No, no, en absoluto —le aseguró Laura.

—Este lugar está mejor vigilado que Fort Knox, ya sabe.

—Está haciendo un trabajo soberbio, John. Por favor, siéntese.

—Gracias, jefa.

—Puede llamarme Laura.

—Si le soy sincero, prefiero llamarla jefa.

Ella se encogió de hombros.

—Como quiera.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó él.

Laura echó hacia atrás su silla.

—Según tengo entendido, usted trabajaba en el FBI, ¿no?

—Treinta y tres años con la agencia —respondió Bort.

—O sea, que ha visto de todo.

—Casi de todo. ¿De qué va esto, jefa?

—Mi pregunta se refiere a una transacción bancaria.

—¿Cómo?

—Deje que le explique una situación hipotética —continuó Laura—.

Supongamos que desaparece una gran cantidad de dinero...

—Las grandes cantidades de dinero no desaparecen sin más, jefa.

—Es verdad. Vamos a suponer que un hombre transfiere esta gran cantidad a Suiza, y de ahí la transfieren a otra parte. Pero el hombre fallece y no hay manera de rastrear el dinero. ¿Usted qué haría?

Bort se lo pensó durante unos segundos.

—No estoy muy seguro, jefa. Sin duda, ese hombre pretendía esconder su dinero. Tal vez tuviese miedo de que alguien se lo agenciara... Ya sabe, un pariente o algo así. De modo que quería asegurarse de que no pudieran echarle

mano. También es posible que tuviese una amante en algún lugar y quisiera ocuparse de ella sin que la familia lo supiese.

—¿A qué se refiere?

—Digamos que él supiera que iba a morir, ¿no? Su familia reclamaría el dinero. Pero él quiere dejarle cierta cantidad a alguien sin que su familia sepa que lo hace.

—Me parece algo bastante rocambolesco.

—Es verdad, pero conozco a un par de tipos que lo hicieron. Demonios, si cree que eso es rocambolesco, tendría que oír lo que ocurrió en un caso de 1972 muy parecido a este.

—¿Qué pasó? —preguntó Laura.

John Bort se acomodó en el sillón.

—Un delator murió en un incendio inmediatamente antes de prestar testimonio. Un incendio provocado, por supuesto. Dimos por hecho que lo habían asesinado los de la mafia. Sin embargo, pasó algo muy extraño: su dinero desapareció. Mi compañero y yo hicimos nuestras pesquisas y lo buscamos por todas partes, pero no pudimos encontrar los fondos. ¿A que no adivina qué pasó?

—¿Qué?

—Dos años más tarde, el mismo informador aparece muerto... de nuevo. El hijo de puta había escondido todo el dinero y, después, fingido su propia muerte. Y nosotros nos lo tragamos. Se llevó el dinero a Irlanda, y estuvo viviendo allí con un nombre falso durante todo aquel tiempo. Ni nos lo oímos. Por desgracia para él, los mafiosos no se lo habían tragado como nosotros. De alguna forma, consiguieron dar con él. —Bort se echó hacia atrás en el sillón con una sonrisa y negó con la cabeza, incrédulo—. ¿No es la cosa más curiosa que haya oído nunca?

Laura no respondió. Ya estaba marcando el número de T. C.

El paciente empujó las pesas por encima de su cabeza.

—Ya es suficiente por hoy —dijo la enfermera.

Él bajó las pesas y negó con la cabeza.

—Ni de lejos.

—Se va a pasar de la raya.

El paciente volvió a subir las pesas en el aire. Había perdido un poco de forma, pero no tanta como se temía.

—Ni hablar.

—Está siendo muy tozudo.

El paciente hizo dos series más.

—Llevo metido en esta cama demasiado tiempo. Necesito hacer un poco de ejercicio...

—Todo esto es muy irregular. Se supone que esto es como un hospital, no como un balneario. —Fue hacia la ventana—. ¿Por qué no sale a dar un paseo? Las únicas personas que pueden verle son los lugareños.

El paciente pareció sorprendido.

—¿Puedo comenzar a salir?

Ella exhaló un leve suspiro.

—Si me promete que no cometerá excesos... —Abrió el armario y buscó en el interior—. El doctor me dijo que no le diese esto hasta que estuviera usted preparado.

El paciente dejó las pesas y la miró boquiabierto.

—Aquí tiene —dijo la enfermera—. También me dijo que usted estaría ansioso por tenerla entre sus manos.

Con un pequeño gruñido, le lanzó una pelota de baloncesto.

—Me alegro de que hayas llamado, Laura —comenzó T. C. cuando entró en el despacho. Estaba demasiado inquieto como para sentarse en los lujosos sillones de Laura, así que se paseó por la habitación—. También quería hablar contigo.

—¿Sobre qué?

—Tú primero.

Laura también se sentía un tanto inquieta, pero se quedó en su silla y dejó que su pierna se moviese. No estaba segura de lo que quería decir. Ya nada tenía sentido, pero quizá T. C. pudiera ayudarla a entender lo que estaba pasando. Quizá T. C. pudiera decirle por qué un hombre que no tenía ni idea de finanzas iba a urdir un plan rocambolesco para que su dinero desapareciese solo unos días —o incluso unas horas— antes de su muerte.

—¿Conoces a John Bort?

—¿Tu jefe de seguridad? Claro. Un buen hombre. Es un hacha contando batallitas.

—¿Sabías que trabajó para el FBI?

—Por supuesto.

—Le pregunté por la cuenta desaparecida.

T. C. pareció sorprendido.

—¿Se lo contaste?

—No. Le pregunté por una situación hipotética similar a la nuestra.

—¿Qué respondió?

Laura le relató su breve conversación con John Bort. Cuando acabó, T. C. estaba más inquieto que nunca.

—¿Qué estás intentando insinuar, Laura?

—Nada. Quería ver qué opinabas tú.

T. C. acabó por sentarse.

—David está muerto. Tienes que aceptarlo.

—Lo sé, pero quiero saber por qué transfirió su dinero.

—Como dijo John, quizá tuviera algún motivo oculto para esconderlo.

Laura no se tragaba esa historia.

—¿Y de dónde salieron esos súbitos conocimientos sobre cómo transferir fondos?

—No lo sé. Tal vez acudiera a ver a un experto o algo así.

—¿Y el momento? ¿No te parece demasiada coincidencia?

T. C. sacó un puro y se esforzó por mantener la calma.

—¿Qué es lo que insinúas, Laura? Vi su cuerpo. David está muerto. Su fantasma no entró en tu casa y rompió la foto de su padre. Su fantasma no está bebiendo margaritas en Tahití, viviendo del dinero que ha sacado de su cuenta. Hay otro millón de posibilidades mucho más lógicas.

Sonó el interfono.

—¿Laura?

—¿Qué pasa, Estelle?

—El contable está aquí con el talón para el señor Baskin.

—Estaré con él en un momento.

El pálido rostro de T. C. se ruborizó en un instante.

—¿Un talón para Stan Baskin? ¿Qué demonios está pasando?

—Nada.

—¿Es que vas a darle dinero a Stan Baskin?

—Olvídalo. Dijiste que tenías algo importante que contarme.

—Laura, no puedes darle dinero.

Laura deseó que no hubiese oído las palabras de Estelle.

—Te guste o no, Stan Baskin es el único pariente vivo de David. Tiene derecho a recibir parte de su herencia.

—¡No tiene derecho a nada!

—Eso es lo que tú opinas.

T. C. se levantó deprisa y, una vez más, comenzó a pasearse por el despacho. Estaba que rabiaba.

—¿Cuánto te ha sacado?

—Si quieres saber la verdad, tuve que obligarlo a que lo aceptase.

—Sí, seguro que hasta tuviste que retorcerle un brazo. ¿Cuánto?

—Un millón de dólares. Es para un centro comercial que llevará el nombre de David.

T. C. apenas pudo contener una risotada.

—¿Está usando el cuento del centro comercial? ¿Y te lo has creído?

Y entonces fue Laura quien comenzó a enfadarse.

—¿De qué hablas?

—Solo de esto: para ser tan lista, a veces eres increíblemente ingenua.

—No comiences de nuevo, T. C. Voy a darle ese dinero.

—No, no lo harás.

T. C. buscó en su maletín y arrojó una foto en la mesa de Laura.

Laura la cogió. La expresión de su rostro era un fiel reflejo de su confusión.

Dejó la foto y miró a T. C.

—Y ahora —dijo él—, voy a contarte por qué David odiaba a su hermano.

Laura no se podía creer lo que estaba viendo.

—¿Qué se supone que es esto?

—Es una foto de Stan y de tu hermana —contestó T. C.

—Eso ya lo veo.

—Gloria pasó la noche con él.

—Dios mío, eres un jodido fisgón. ¿También me has estado siguiendo a mí?

—No estoy siguiendo a Stan porque quiera fisgonear. Estoy siguiéndolo porque le conozco bien.

—¿Y qué gran conspiración mundial has descubierto?

—No te va a gustar.

Laura negó con la cabeza, incrédula.

—¿Tuviste el valor de criticarme por presionar al tipo del banco y luego te pones a espiar a mi hermana? No me lo puedo creer.

—¿Me vas a escuchar de una vez o quieres seguir llamándome de todo?

Laura lo miró a los ojos. De pronto, sintió un escalofrío. No estaba tan segura de querer oír lo que él tuviera que decirle.

—Adelante.

T. C. no sabía muy bien por dónde empezar. Encendió el puro lentamente y se tomó un tiempo para pensárselo.

Stan Baskin había sido un canalla durante la mayor parte de su vida. Había sido un delincuente juvenil con la suerte suficiente como para tener un gran estilo y un cierto encanto. Eso siempre le había sacado de apuros. Era un holgazán, siempre rigiéndose por la ley del mínimo esfuerzo, siempre buscando ganar el

dinero fácil. Stan haría cualquier cosa por dinero... Excepto trabajar. Prefería montar chanchullos y pequeñas estafas, algo que se le daba de maravilla. De hecho, era muy bueno. Lo bastante bueno como para sacar grandes cantidades de dinero a sus víctimas. Pero su talón de Aquiles siempre se lo arrebatava todo: el juego.

David intentó convencerlo de que buscara ayuda para sus problemas de ludopatía, pero Stan era como un drogadicto o un alcohólico. Estaba seguro de que podía dejarlo cuando quisiera. Solo que no quería dejarlo. Sobre todo, cuando los Redskins eran ganadores seguros frente a los Vikings, o cuando *Rambling Shoe* no podía perder en la cuarta carrera. Quizá David tendría que haberse empleado más a fondo. Quizá tendría que haberlo obligado a buscar ayuda, pero probablemente no habría servido de nada. Stan sentía unos celos enormes de su hermano.

Tal como Stan veía las cosas, David lo tenía todo. Su talento para el baloncesto iba a ser su billete para conseguir dinero fácil —Stan prefería pasar por alto el hecho de que David trabajaba duro y consagraba horas y horas al estudio y al baloncesto—. Pero, una vez más, quizá eso fuera comprensible.

David y T. C. eran estudiantes de primero cuando Stan se metió en un gran lío. Estaba hasta el cuello. Por lo visto, muchas de las cosas que Stan había dado por seguras no eran tan seguras. Le debía una suma astronómica a unos tipos muy malos. Necesitaba un timo importante, y se le ocurrió algo bueno.

Era el mes de marzo. Su madre estaba en el hospital, con cáncer de ovarios. La temporada de baloncesto estaba a punto de terminar, y en el campus reinaba el entusiasmo porque la Universidad de Michigan había llegado a la Final Four de la NCAA por primera vez desde hacía Dios sabe cuánto tiempo. Todos los días había fiestas de estudiantes, y el único tema de conversación era el gran partido contra la UCLA. Si Michigan les ganaba, llegarían a la final.

Michigan era la favorita para la victoria por tres puntos...

Laura le interrumpió.

—No sé nada de apuestas. ¿Qué quieres decir con que Michigan era favorito por tres puntos?

—Digamos que apuestas por Michigan. Para que ganes tu apuesta, Michigan tiene que vencer por más de tres puntos. Si Michigan gana por menos de tres puntos o si gana UCLA, pierdes la apuesta. ¿Lo entiendes?

A Stan se le ocurrió un plan el día del partido, un plan que involucraba a David. Stan llegó a la conclusión de que a su hermano pequeño le encantaría ayudarlo. Tampoco pedía mucho. Lo único que quería era que David fallase algunas canastas. ¿Acaso le importaría a David si Michigan ganaba por dos puntos en lugar de hacerlo por cinco? David no tenía que perder el partido. Tan solo debía arreglárselas para mantener el marcador ajustado.

Por supuesto, David no lo vio de aquella manera.

—No me puedo creer que me estés pidiendo esto.

—Pero ¡necesito que me ayudes!

—De ninguna manera, Stan. Te has metido en esto tú solito. Apáñatelas como puedas. Y luego, hazte un favor a ti mismo. Busca ayuda.

—Lo haré, te lo prometo. Tan solo hazme este...

—¡Y una mierda! Busca ayuda y luego hablaremos.

La conversación se puso desagradable, y David echó a Stan de su apartamento.

—¿Eso fue lo que pasó entre ellos? —preguntó Laura.

T. C. negó con la cabeza.

—Eso fue solo el principio.

Stan no tenía dinero con el que apostar. Había confiado en pagar la deuda convenciendo a sus poco amistosos amigos de la mafia para que apostasen por UCLA. Les había dicho que David le había prometido ayudarlo a realizar su plan. Ahora Stan estaba metido en un lío tremendo. No podía volver y decirles a los mafiosos que había mentido y que su hermano se negaba a hacerlo. Le machacarían las costillas con una barra de hierro.

Como era de imaginar, Michigan ganó por todo lo alto. Por nueve puntos, para ser exactos. Los mafiosos estaban que trinaban. Habían perdido una enorme cantidad de dinero con el timo de Stan, y alguien tenía que pagar por ello. Se corrió la voz de que había que buscar a Stan Baskin.

Pero Stan sabía arreglárselas para sobrevivir. Le daba igual cuál fuera el coste para los demás. Ya estaba oculto en el último rincón de Dakota del Sur. Sabía que los mafiosos acabarían por encontrarlo, pero para entonces él ya tendría el dinero. Sin embargo, los mafiosos nunca se han caracterizado por su paciencia. Querían sangre. Querían recuperar sus pérdidas. Y querían hacerlo ya. Los mafiosos querían que alguien pagase por aquel desastre, y Stan Baskin no estaba a mano.

Así que escogieron a David.

El partido por el campeonato entre Michigan y Notre Dame se iba a disputar dos noches después del partido contra la UCLA. Todos estaban de acuerdo en que los dos equipos estaban igualados y, por lo tanto, era muy difícil predecir el resultado del partido. Si querías apostar, apostabas sin más. Si el equipo ganaba, ganabas la apuesta. Así de sencillo. Mientras tanto, la prensa dedicaba la mayor parte del tiempo a alimentar la rivalidad entre las dos sensaciones universitarias: David, de Michigan, y Earl Roberts, de Notre Dame.

Habrían de pasar tres años antes de que la confrontación tuviese lugar.

El plan de los mafiosos era sencillo. Recuperar el dinero amañando el partido que decidía el campeonato. ¿Cómo hacerlo? Una vez más, sin complicarse demasiado la vida. Apostar por Notre Dame, y luego asegurarse de que la superestrella de Michigan no pudiera jugar ese partido.

La noche antes del encuentro, David dormía en la habitación del hotel... o, al menos, intentaba dormir. ¿Quién podía culparle por dar vueltas y más vueltas en la cama durante la noche anterior al partido más importante de su vida? Era el encuentro con el que siempre había soñado, y por lo tanto dormía solo a ratos.

A eso de las tres de la mañana, abrieron con una ganzúa la puerta de la habitación de David... Y cinco hombres entraron a la carrera.

David se sentó en la cama.

—¿Qué cojones...?

Antes de que pudiera moverse, cuatro de los hombres lo sujetaron en la cama. David se resistió, pero se enfrentaba a profesionales que habían hecho esa clase de cosas en muchas ocasiones. No tenía nada que hacer.

—Tápale la boca —susurró uno—. No quiero que nadie lo oiga gritar.

El miedo hizo que los ojos de David se abriesen como platos cuando alguien le tapó la cara con una almohada. Sacudió la cabeza adelante y atrás, dominado por el pánico, pero era una maniobra inútil. Sintió cómo uno de los hombres le sujetaba el pie derecho, con una mano en los dedos y la otra en el talón.

—¡Sujetadlo fuerte!

El hombre giró el pie de David en una vuelta entera, hasta que oyó cómo se partía el tobillo. Luego lo giró un poco más para asegurarse. Los huesos del tobillo se rozaron los unos contra los otros. El grito de David se ahogó en la almohada.

Los hombres se marcharon a la carrera. No habían encendido las luces, así que David nunca podría identificarlos. Tenía una fractura grave en el tobillo, y se pasó dos meses escayolado. Aquella semana, David tuvo dos de sus peores dolores de cabeza. Fueron tan malos que T. C. temió por la vida de su amigo.

Michigan perdió contra Notre Dame por quince puntos.

—La historia no se acaba aquí, ¿verdad? —preguntó Laura.

T. C. se limitó a asentir.

Stan no podía ocultarse para siempre. Necesitaba pagar la deuda a toda prisa. Y encontró una manera de hacerlo. A prueba de bomba.

Los detalles carecen de importancia. Nadie ha averiguado a ciencia cierta cómo hizo Stan lo que hizo. Pero había un millón de maneras diferentes de hacerlo. Tal vez consiguiese un poder notarial. Quizá la señora Baskin firmó algo cuando estaba bajo los efectos de los sedantes. ¿Quién puede saberlo? Lo importante fue el resultado final: Stan le robó todo el dinero a su madre.

Imagínate a un hijo capaz de robarle los ahorros a su madre enferma de cáncer para pagarle a la mafia una deuda de juego. Imagínate a un hijo que deja a su pobre madre enferma sin un centavo y sin manera de pagar las facturas, mientras agoniza en una cama de hospital. Es algo increíble. Después de aquello, David hizo todo lo posible por cuidar de ella, pero estaba muy enferma, y además tenía el corazón destrozado por lo que su propio hijo le había hecho.

Murió seis meses más tarde. Stan ni siquiera fue al funeral.

—¿Lo entiendes ahora, Laura?

Laura permaneció sentada. Se sentía vacía por dentro por el mero hecho de escuchar la historia.

—Todo eso ocurrió hace años... No voy a defenderlo, pero ¿con qué nos encontraríamos si nos limitáramos a hurgar en el pasado de Gloria? ¿A qué conclusión llegaríamos? Nos parecería que uno no puede confiar en ella, ¿no es así?

—Te equivocas. Podríamos creer que es débil o que tiene tendencia a la autodestrucción, pero Gloria nunca tuvo la intención de hacerle daño a nadie excepto a sí misma. Y todavía más importante: su pasado solo es eso. Su pasado.

T. C. abrió el maletín.

—Este es el expediente de Stan. Lo han detenido dos veces en los últimos tres años por fraude. Llamé al oficial que lo detuvo, el teniente Robert Orian. Me dijo que Stan es bien conocido por utilizar su encanto para seducir a mujeres

ricas. No es que sea muy original: les saca todo lo que puede y después se lo juega. Sin embargo, añade un curioso detalle a la historia que ya conocemos.

—¿Cuál?

T. C. titubeó.

—No suele irse sin más. Las abandona de la forma más cruel posible. Hace que la mujer se sienta como una mierda. Una de sus víctimas tuvo una depresión. Otra intentó suicidarse. Con arreglo a los diagnósticos, Stan padece un trastorno de personalidad narcisista con un muy marcado odio hacia el sexo femenino. Sabe cómo herir y degradar a las mujeres, Laura, y le gusta hacerlo.

—Dios mío...

—Investigué un poco más —continuó T. C.—. Stan está endeudado de nuevo. Le debe una buena cantidad a un apostador que tiene una gran predisposición a romper huesos.

Laura se irguió en su asiento.

—¿La mano?

—Rota. En realidad, solo el dedo. Una fractura muy grave. Stan necesita el dinero de inmediato. Y tú eres su nueva víctima, Laura, pero eso no me preocupa. Tú sabes defenderte.

T. C. levantó la foto de Stan besando a Gloria y se la dio a Laura.

—Pero ¿qué me dices de Gloria?

El paciente leyó el *Boston Globe* del domingo. Siempre le había gustado leer los periódicos dominicales. Durante sus años en la facultad, los domingos sus compañeros y él se levantaban hacia el mediodía después de una buena juerga, salían de los dormitorios, comían algo, y se ponían a leer los dominicales.

Para la hora de la cena, las hojas de los distintos periódicos alfombraban la habitación.

Era una costumbre que no había perdido.

Apartó la revista y fue ojeando las diferentes secciones hasta que llegó a los

deportes. Él no solía leer las páginas de deporte, algo que sorprendía a mucha gente, pero ahora las cosas habían cambiado.

Sección C. Página 1. Un artículo de Mike Logan. Al paciente siempre le había gustado Mike Logan. Era un buen reportero que profesaba un verdadero amor a su trabajo, y que adoraba a los Boston Celtics.

LOS CELTICS SE PREPARAN PARA UNA DURA TRAVESÍA

Por Mike Logan

Mi equipo —nuestro equipo— tiene un problema, amigos. Un gran problema. Quizá recuerden los *play-off* de la Conferencia Este de la pasada temporada. Los Celtics apenas ganaron por la mínima a los Chicago Bulls y los Detroit Pistons. Y quiero decir por la mínima. Sin margen de error. Luego los chicos de Beantown se enfrentaron a Los Ángeles Lakers por el campeonato de la NBA. Seamos sinceros. Tendrían que haber perdido. De no haber sido por el milagro de último momento conseguido por David Baskin, los Celtics no serían ahora los defensores del título.

Sí, otros equipos de la NBA están en ascenso. Sí, los Celtics se hunden. Y se hunden deprisa.

No es culpa suya. No tiene nada que ver con la tragedia de David Baskin. Pero las excusas no ganan campeonatos. Los ganan los grandes jugadores, los entrenadores y la organización. El entrenador no es problema. Lo mismo vale para la organización de Clip Arnstein.

¡Ah, pero ¿y los jugadores?!

Nadie puede dudar del talento del escolta Earl Roberts, de la capacidad de Timmy Daniels para los lanzamientos exteriores o del manejo del balón de Johnny Dennison. Son grandes. No hay ninguna duda. Pero sin el Relámpago Blanco, este no es más que un buen equipo. No un gran equipo. Necesitan un gran pívot.

Pero ¿de dónde lo van a sacar?

En el pasado, Clip Arnstein, alias Miracle Worker, encontró a alguien. ¿Por qué no lo ha hecho ahora? Al fin y al cabo, los Celtics conservan la mejor organización del mundo del baloncesto. Miracle Worker se crece ante situaciones como esta. Por lo general, se saca de la chistera a algún novato que da la sorpresa. Este año, sin embargo, incluso Clip admite que los *rookies* del *draft* son mediocres en el mejor de los casos. Quizá encuentre a algún agente libre. Pero no, el campo de los agentes libres nunca ha producido ninguna superestrella. Quizá consiga hacer algún otro gran traspaso. Oh, oh. Los otros equipos no quieren ayudar a los Celtics, y la mayoría de las organizaciones tienen miedo de que Clip las engañe.

Así pues, ¿qué queda?

Me han pillado. Soy un reportero. Gracias a Dios, ese no es mi trabajo. Clip Arnstein es el genio eterno, y ni siquiera él lo sabe. Pero cuando llevas viendo a los Celtics tanto tiempo como yo, comienzas a creer en los milagros. Ya aparecerá alguien. Alguien será el nuevo Salvador de los Celtics.

El paciente alzó la mirada. Tenía una idea muy aproximada de quién podría ser

ese alguien.

—Stan Baskin está aquí y quiere verte.

Laura sintió que su pierna comenzaba a moverse.

—Hazlo pasar.

Unos segundos más tarde, Stan abrió la puerta con una gran sonrisa en sus labios.

—Hola, Laura.

Ella intentó mantener un tono sereno.

—Pasa, Stan.

Él cerró la puerta y besó a Laura en la mejilla.

—Estás tan guapa como siempre.

—Gracias. Por favor, siéntate.

Él se sentó en el mismo momento en que sonaba el intercomunicador.

—¿Laura?

—Sí, Estelle.

—¿Te parece bien si me voy a comer ahora?

—Adelante.

—Volveré dentro de una hora.

Laura advirtió que su pierna se sacudía más de lo habitual.

Hizo un esfuerzo consciente por detenerla.

—Quería hablar contigo de tu idea del centro comercial.

—¿Sí?

—¿Puedes darme algunos detalles?

—¿Detalles?

—Sí, me gustaría saber algo más al respecto.

Stan intuyó que el tono de voz de Laura sonaba diferente.

—No hay mucho que decir. Será fantástico cuando esté acabado. Diría que habrá unos doscientos locales.

—¿Cuántos metros cuadrados?

—No estoy seguro.

—¿Dónde va a estar ubicado?

—En Boston.

—¿En el centro de Boston?

—Por supuesto.

Laura se reclinó en la silla.

—No hay espacio para construir algo así en el centro de Boston. Vas a necesitar mucho más de un millón de dólares para ponerlo en marcha.

—Correcto, pero...

—¿Quién es el contratista?

—¿El contratista?

—Sí, ¿quién va a construirlo?

La sonrisa de Stan comenzó a parpadear como una bombilla defectuosa.

—Olvidé su nombre.

—¿Tu abogado ha conseguido los permisos del Ayuntamiento?

—Eh, precisamente estaba...

—Bueno, no te preocupes. Teddy Hines está a cargo de las licencias de obras del Ayuntamiento. Le llamaré para asegurarme de que todo vaya sobre ruedas.

Stan comenzó a recorrer la habitación con la mirada.

—No tienes que preocuparte de eso, Laura.

—No es molestia. —Laura comenzó a sentir que tomaba las riendas de la situación—. Háblame de tu último negocio en Michigan.

—Si quieres que te diga la verdad, no fue muy bien.

—Comprendo —dijo Laura, algo más tranquila.

—Tenía una empresa de fabricación de juguetes.

—¿De verdad? ¿Qué clase de juguetes?

—Bueno... Los habituales. La vendí.

—¿Quién la compró?

—No los conoces.

—Ponme a prueba.

Stan comprendió que estaba entre la espada y la pared. No sabía cómo arreglárselas para salir del apuro.

—Un amigo.

—Comprendo. ¿Qué tal está tu dedo, Stan?

—Mejor, gracias.

—Una fractura curiosa, ¿no?

Stan se encogió de hombros.

—Tampoco es tan extraña.

—¿Que la puerta de un coche solo te pille el dedo corazón y deje indemnes todos los demás no te parece extraño? No se puede decir que sea una herida normal.

Por un momento, ambos guardaron silencio y se miraron el uno al otro. Finalmente, Stan rompió el silencio.

—¿Qué pasa, Laura? ¿A qué vienen todas estas preguntas?

Laura respiró hondo.

—Hablé con T. C...

—Ya te dije que no le caigo muy bien.

—Me contó lo que pasó entre David y tú.

Sus palabras fueron como un jarro de agua fría para Stan.

—T. C. exagera. Yo no daría mucho crédito a lo que dice.

Ella levantó el expediente que tenía en la mano.

—¿Qué me dices de tus antecedentes? ¿También se los inventó?

Stan tragó saliva. Todo aquello se venía abajo. Con lo cerca que había estado, y ahora esa puta le daba una puñalada traperera.

—Son acusaciones inventadas. No soy ningún santo en lo relativo a las mujeres, eso puedo admitirlo. Aun así, nunca le he robado a ninguna ni les he hecho daño intencionadamente. Pero es que algunas mujeres no saben cómo acabar una relación. Tú ya sabes lo rencorosa que puede ser una antigua amante.

Laura se levantó y caminó alrededor de la mesa.

—No te digo que no sea así, Stan, pero no quiero correr riesgos innecesarios. Has intentado aprovecharte de mí y de mi familia. He decidido no darte ni una sola parte del dinero de David. No creo que él quisiera que lo hiciese.

Stan apretó los puños. Luchó por mantener el control, por no ceder a su temperamento.

—De acuerdo, Laura. Como ya te he dicho, de todas maneras, no me lo merezco.

—Una cosa más.

—¿Sí?

—Me gustaría que nos dejases a mi familia y a mí en paz.

Ahora Stan luchaba por no dejarse dominar por el pánico.

—No puedes decirlo en serio. Una cosa es lo que yo haya hecho en el pasado... Como tú misma dijiste, el pasado es el pasado. Trato de corregirme en la medida de mis posibilidades. No me quites la única familia que tengo.

—Eso es lo que pretendo. —Rebuscó en el primer cajón, y sacó la foto de Stan besando a su hermana—. Y, sobre todo, quiero que dejes a Gloria en paz.

Stan miró la foto. La furia por fin se abrió paso en su voz.

—¿De dónde las has sacado?

—Creo que eso es lo de menos, ¿no te parece?

—¿De dónde la has sacado? —repitió Stan.

Laura devolvió la foto al cajón.

—¿Por qué no te preocupas por todo lo demás, Stan? Como pagarle al caballero que te rompió el dedo.

El rostro de Stan adquirió un color rojo encendido. Intentó pensar en algo que salvara la situación. Pero era inútil.

Laura solo era una más de la larga sucesión de mujeres que habían querido dominarlo. Ser su dueña. Aquello solo era su manera de asumir el control. «Bueno, Stan, tío, no permitas que se salga con la suya. Ha llegado el momento de cambiar las tornas. De darle una lección».

—Vale, Laura, tú ganas. Siento mucho todo lo ocurrido. Por favor, créeme.

—Lo que tú digas. —Laura se volvió hacia la ventana—. Ahora, márchate, por favor.

Él se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—¿Laura?

Laura se volvió para mirarle. Los ojos se le abrieron como platos cuando vio el puño que iba hacia su rostro. Se agachó. Los nudillos le rozaron la sien, y cayó de rodillas al suelo. El mareo y el dolor le atravesaron el cráneo. Stan estaba a su lado. Sus dedos se cerraron alrededor de su blusa. Laura se apartó, y la delgada tela se rompió.

—¡Oh, Dios mío! —comenzó él. La lujuria lo cegaba mientras la miraba—. ¡Oh, por los clavos de Cristo, pero qué cuerpazo tienes!

Laura intentó alejarse rodando sobre sí misma, pero Stan la siguió.

—Relájate, Laura —susurró—. No voy a hacerte daño. Me muero por hacer esto contigo desde el día en que nos conocimos. Y sé que tú también. David no era un hombre de verdad, Laura. Ni por asomo. Pero ahora estás a punto de que te folle un hombre de verdad por primera vez en tu vida.

Él bajó la mirada y se desabrochó el cinturón. Fue un error por su parte.

Laura vio la oportunidad. Descargó un puñetazo en sus partes, y Stan aulló como un loco. Laura se puso de pie, pero no llegó muy lejos. Él la sujetó por el tobillo y la hizo caer de nuevo al suelo.

—¡Maldita puta!

—¡Suéltame! —gritó Laura.

Stan acató la orden, y su expresión pasó de inmediato de la lujuria a la de un niño asustado.

—Pero..., creía que me deseabas.

La mirada de Laura era la viva imagen del horror. Stan creía de verdad lo que decía. De verdad creía que ella lo deseaba.

—Antes haría el amor con un San Bernardo que contigo.

—No eres más que una putita.

Laura sujetó la tela rota de la blusa contra su pecho.

—Sal de aquí, Stan. Sal de aquí antes de que haga que te encierren en la cárcel.

Stan sonrió con el gesto de un demente.

—No lo dices en serio, Laura. Todavía me deseas, ¿verdad? Admítelo. Solo tienes celos de Gloria.

Ella comenzó a alejarse poco a poco.

—Eres repugnante, Stan. Sal de aquí, y deja a mi hermana en paz.

Stan negó con la cabeza.

—No hasta que esto esté acabado, Laura.

El miedo apareció en los ojos de ella.

—Se ha acabado. Fuera, Stan. Lárgate de mi despacho.

Stan se levantó, con un claro gesto de desconcierto en su rostro. Caminó hacia la puerta y la abrió.

—¿Acabado, Laura? —repitió negando con la cabeza. Se volvió para marcharse—. Ni lo sueñes.

Stan salió a toda prisa del edificio. ¿Qué demonios había pasado? Un minuto antes, tenía un millón de dólares asegurado. Y ahora la pasta había desaparecido.

«Maldito sea el jodido T. C.».

En realidad, no había sido solo culpa de T. C. De hecho, había sido esa maldita zorra quien lo había traicionado. La razón era obvia. A Laura no le interesaba su pasado. Solo era una excusa. La verdadera razón eran los celos. Estaba cabreada porque él no había tonteado con ella, sino con su hermana. Sí, por eso le había salido aquel grano en su precioso culo, sin comerlo ni beberlo. Oh, sí, ella lo deseaba. Estaba loca por él. Y peor aún, su maridito acababa de morir, así que ella no podía recurrir a Stan a cara descubierta. ¿Qué impresión daría eso? Sí, se dijo Stan, Laura no era más que una frustrada con un montón de deseos frustrados.

Deseos que solo tenían un objetivo: él.

Fuera como fuese, en ese momento Stan estaba metido en un buen lío. RH iba a por él, y no tenía forma de pagarle. El millón de dólares se había perdido... Al menos por el momento. Tendría que esconderse, tendría que inventarse una nueva estafa, tendría que...

¿De qué demonios estaba hablando?

Sonrió. No, el juego no se había acabado. Ni por asomo. «Stan, tío, todavía controlas la situación. Todavía tienes el as ganador: Gloria Ayars, también conocida como Miss Inestabilidad 1989».

Dio vuelta a la esquina y encontró un teléfono público. Echó una moneda en la ranura y marcó.

Respondió la voz de Gloria.

—Hola.

—Hola, preciosa.

El tono de ella tenía su habitual temblor nervioso.

—¿Stan?

—Sí, amor mío. ¿Cómo te sientes en este hermoso día?

—Bien. ¿Y tú? —preguntó ella.

—Muy, pero que muy feliz. Vuelo muy alto.

—¿De verdad?

—Por supuesto —contestó Stan—. Eres lo mejor que me ha pasado en años. No veo el momento de estar contigo de nuevo.

—Saldré del trabajo dentro de un par de horas —dijo Gloria.

—Lo siento. Soy incapaz de esperar tanto tiempo. Encontrémonos ahora mismo.

—Stan... —lo reconvino ella con una risilla—, estoy en el despacho.

—Desaparezcamos durante unos días. Solos tú y yo.

—Suena maravilloso.

—Pues entonces, hagámoslo. Vayamos a algún lugar aislado y romántico.

—Conozco el lugar preciso.

—¿Dónde?

—Deerfield Inn. Es un pequeño hotelito rural a una hora y media de aquí.

—Parece el lugar perfecto.

—Pero, Stan, no puedo marcharme de aquí sin más. Tengo trabajo que hacer.

La desilusión asomó a la voz de Stan.

—Sería realmente especial que pudiésemos compartir unos pocos días juntos, Gloria... Necesito estar a solas contigo para que podamos explorar nuestros sentimientos.

—¿No podrías esperar unas pocas horas?

Él titubeó.

—Bueno, supongo que sí. No tendría que haber insistido de esta forma. Lo siento, me he dejado llevar un poco porque la pasada noche fue muy especial para mí. Entiendo que no lo veas así.

—Sí que lo veo así —le aseguró Gloria. Pensó por un momento, su mano no dejaba de enrollar el cordón del teléfono en sus dedos—. Vale, ¿por qué no? Hagámoslo.

Él casi se rio ante su credulidad.

—¿Lo dices en serio?

Ella sonrió, muy contenta por la decisión.

—Claro, solo tengo que ir a decírselo a Laura...

—No —la interrumpió Stan—. ¿No podemos mantenerlo como nuestro pequeño secreto? Hará que todo sea más espontáneo y aislado.

—Si desaparezco sin más, Laura se preocupará.

—Déjale una nota diciéndole que te ausentas por unos días. Pero no es necesario que le des detalles.

Hubo una pausa.

—Supongo que no pasará nada, pero...

—Fantástico. Entonces nos vemos abajo en diez minutos... ¿Gloria?

—¿Sí?

—Todo esto me hace sentir muy bien.

—A mí también, Stan.

Laura cerró la puerta de su despacho. Se dirigió a su cuarto de baño privado, se quitó la ropa y entró en la ducha. Todavía estaba mareada. Seguía sin estar segura de que hubiera pasado lo que acababa de pasar. Toda la experiencia le parecía algo así como un sueño. Incluso se preguntaba si Stan la había atacado de verdad o si habían sido imaginaciones suyas.

No. Había ocurrido. La imaginación de Laura nunca había dado para tanto.

Salió de la ducha y se secó. Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas mientras desaparecía el entumecimiento. Su cuerpo se estremeció. Tiró las prendas rasgadas a una papelera y se vistió con otras que tenía en el armario. Se sentó en el taburete del baño, abrazándose a sí misma con fuerza. Su pierna derecha empezó a repiquetear contra el suelo.

«Ayúdame, David. No sabes cuánto te necesito. Por favor, vuelve y dime qué debo hacer».

No podía contener las lágrimas. Se había equivocado por completo en su manera de tratar a Stan, y ahora no estaba segura de cuál debía ser su siguiente paso.

Gloria...

Gloria acabaría destrozada. ¿Qué podía decirle Laura?

«—¿Gloria?

»—¿Sí, Laura?

»—El hombre con quien te acostaste anoche es con diferencia el mierda más grande de este planeta. Hace que tus novios anteriores estén a la altura de Gandhi».

No, de ninguna manera podía hacer eso. Unas pocas semanas antes había parecido imposible que Gloria volviese a confiar en un hombre.

Sus experiencias anteriores la habían llevado a la conclusión de que todos los hombres estaban dispuestos a acabar con ella. Gloria debía de estar muy colada

por Stan Baskin si le había permitido echar abajo aquella muralla de desconfianza y miedo.

¿Qué podía hacer ella...?

La respuesta estaba clara. Llamaría a la doctora Jennifer Harris, la psiquiatra de Gloria. Ella sabría qué hacer. Si bien la psiquiatría tenía la norma estricta de proteger la confidencialidad del paciente, Gloria había decidido desde el primer momento que Laura participase en su tratamiento. Después de recibir a las dos hermanas juntas, la doctora Harris había aceptado el trato.

Laura se sentó a la mesa e hizo la llamada. Después de los preliminares de rigor, le contó a Jennifer toda la historia. Comenzó con la inesperada presencia de Stan en el funeral, y acabó con la agresión en su despacho.

La doctora Harris se quedó callada unos segundos.

—Gloria me ha mencionado a Stan Baskin. Tienes razón. Creo que está bastante colada.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Laura.

—Tu hermana no se ha planteado arriesgarse a salir con hombres desde que padeció la depresión —explicó la doctora Harris—. Si al final se ha acostado con alguien, en absoluto puede considerarse una decisión apresurada. Puede que ahora mismo esté muy asustada y se pregunte si ha tomado la decisión correcta. Pero debes entender una cosa, Laura: no se habría arriesgado si no creyera que Stan Baskin siente algo por ella. En otras palabras, sin duda habrá valorado que no hay riesgo alguno de que le haga daño. En su fuero interno, debe de estar segura de que él la quiere.

—Pero ese tipo no es más que un montón de mierda, doctora.

—No es lo que se dice un término médico, pero capto su significado. Tendrás que andarte con mucho cuidado, Laura. No puedes entrar sin más en el despacho de Gloria y decirle que el hombre de quien está enamorada es un canalla.

—Y tampoco puedo quedarme al margen y dejar que siga enamorada de él. Debo decirle la verdad.

Sobrevino una nueva pausa.

—Sí y no.

—No lo entiendo.

—Podrías intentar mostrar una sutil desaprobación, pero ahora mismo yo no entraría en muchos detalles.

—¿Por qué no?

—Porque si de verdad se ha enamorado de ese hombre, Gloria no te escuchará. Se pondrá a la defensiva, y no se creerá nada de lo que le digas. Podrías acabar empujándola hacia Stan, en lugar de apartarla.

—¿Y qué se supone que debo hacer?

—Puedes ayudarla, Laura, pero al final Gloria tiene que salir de esto por sí sola. No podemos obligarla a ver lo que no quiere ver.

Laura pensó en las palabras de la doctora Harris.

—Gloria puede ser muy obstinada —admitió.

—Sí, así es.

—Pero algo tendré que hacer.

—De acuerdo. Pero se amable con ella, Laura. No le eches toda la caballería encima. Y no la fuerces. Ayúdala a ver la verdad por su cuenta. Y tráela a mi consulta tan pronto como puedas.

—De acuerdo —contestó ella—. Gracias, doctora.

—¿Laura?

—¿Sí?

—Estas semanas tienen que haber sido duras. ¿Tú cómo estás?

—Bien.

—¿No hay ningún problema del que quieras hablar?

—Ninguno. Estoy bien, de verdad.

Un incómodo silencio viajó a través de la línea telefónica.

—Tengo una hora libre al mediodía —acabó por decir la doctora Harris—. ¿Qué te parece si te pasas por mi consulta para que hablemos?

—No creo que... —Laura se interrumpió y tragó saliva. Le temblaban las manos—. Tal vez sea una buena idea, Jennifer.

—Entonces, te veré al mediodía. Adiós, Laura.

Laura colgó el teléfono y se dirigió al despacho de Gloria. Cuando llegó a la puerta, una voz la llamó.

—¿Laura?

Era la secretaria de Gloria.

—¿Sí?

—Gloria ha salido.

—¿Dónde ha ido?

La secretaria se encogió de hombros y sonrió.

—Se marchó de aquí con un gesto radiante. Dejó esta nota para ti.

Laura abrió el sobre y leyó la nota:

Laura:

Estaré fuera hasta el lunes. No te preocupes por mí. Estaré bien. Te llamaré cuando vuelva. Te quiero.

GLORIA

El hombre se protegió los ojos del fuerte resplandor del sol y contempló cómo el paciente contaba a pasos seis metros desde la canasta. El paciente trazó una línea. Sí, pensó el hombre, más o menos es el punto donde está la línea de los tres puntos. Solo los mejores lanzadores se atreverían a lanzar desde tan lejos.

El paciente comenzó a lanzar la pelota: rebote, lanzar, rebote, lanzar... Se movía sin esfuerzo, con una fluidez casi poética. Cada uno de aquellos lanzamientos encontraba su camino a través del aro metálico con un susurro de la red. La pelota apenas tocaba el aro.

—No está nada mal, Mark —dijo el hombre.

El paciente se detuvo. Su cabello rubio y rizado había crecido ya bastante, y lo llevaba largo. Sus ojos eran de un azul hielo. Nariz prominente y pómulos altos. Tenía el hermoso rostro de los niños bonitos. Medía metro noventa y dos, y su cuerpo parecía duro como la roca. El paciente nunca había hecho pesas con

anterioridad, y los efectos saltaban a la vista. Su cuerpo era más esbelto, y sus músculos, más definidos. Se sentía poderoso.

—Gracias.

—¿Te importa si me ocupo de los rebotes?

—Te lo agradecería.

El paciente al que había llamado Mark siguió lanzando. El hombre cogía el rebote y le devolvía la pelota.

—Deja que te pregunte algo —comentó el hombre.

—Adelante.

—¿Cómo vas a conseguir una prueba? —preguntó—. Eres un absoluto desconocido.

—Lo sé.

—Bueno, ¿y cómo lo harás?

—Estoy sopesando varias opciones —respondió el paciente mientras realizaba un lanzamiento de gancho.

—¿Cuáles?

Mark se encogió de hombros.

—¿Puedes conseguirme un pase de prensa?

—Claro. ¿Para qué lo necesitas?

—Aún estoy valorándolo. Ya te lo diré.

—Vale. Un pase de prensa. ¿Algo más?

El paciente continuó con los lanzamientos. Estaba claro que se esforzaba por parecer despreocupado.

—¿Qué tal están todos?

—¿Todos?

—Ya sabes a qué me refiero.

—No, Mark, de verdad que no lo sé.

El paciente apartó los ojos de la canasta.

—Tienes razón. Olvídalo.

—Olvidado.

—Debo seguir las reglas.

—Exacto —asintió el hombre.

El paciente continuó lanzando. El hombre continuó atendiendo los rebotes.

—¿Mark?

El paciente dejó de lanzar.

—A todos les va muy mal.

En el rostro de Mark apareció una expresión de desconsuelo.

—¿Muy mal?

El hombre asintió.

—Me gustaría saber...

El hombre negó con la cabeza y comenzó a caminar en dirección a la casa.

—Ni siquiera tendría que haberlo dicho.

Mark sujetó la pelota contra su pecho como un niño con un osito de peluche. Incluyó su cuerpo, y se dejó caer en la dura superficie de hormigón. Una tremenda mezcla de emociones giró dolorosamente por su cabeza como una hélice afilada. El hombre siguió alejándose.

—¿T. C.? —gritó Mark.

El hombre se detuvo y se volvió.

—Asegúrate de que no les pase nada malo.

El hombre llamado T. C. sacó un puro.

—Haré todo lo que pueda —respondió, pese a ser consciente de que apenas podía hacer nada al respecto.

29 DE MAYO DE 1960

«Cabrón».

Le disparó a bocajarro. Una bala atravesó el cráneo de Sinclair. La sangre manchó las paredes y una pegajosa niebla roja cubrió el rostro del asesino. Los sesos habían salido disparados por el otro lado de la cabeza de Sinclair. El cadáver se deslizó de la silla y cayó al suelo.

De pie junto al cadáver ensangrentado, el asesino sintió un extraño entusiasmo.

«Lo he matado. He matado a ese hijo de puta. Está muerto. No tenía intención de hacerlo, pero lo he matado. Así de sencillo. Estoy cubierto de sangre, pero, oh, él se lo merecía. Lo estaba pidiendo a gritos».

El asesino observó la habitación. La música procedente del exterior sonaba tan fuerte que los estudiantes no habían oído el disparo, y si lo hicieron debieron de creer que era algún petardo o el tubo de escape de un coche. Aun así, el asesino disponía de poco tiempo. Debía actuar con rapidez.

«Relájate. No tengas miedo. Controlas la situación. Límitate a pensar en algo. Ya se te ocurrirá algo».

El asesino dirigió su mirada a lo que quedaba de la cabeza del hombre. Ahora era una masa irreconocible de sangre, carne y fragmentos de huesos.

«Le he pegado un tiro en la cabeza. No ha estado nada mal. He sido astuto. Puedo arreglármelas para que parezca un suicidio. Todo el mundo sabía que este hijo de puta tenía problemas. Nadie dudará que se trata de un suicidio».

El asesino cerró con llave la puerta del despacho, limpió la pistola para eliminar cualquier huella digital, y acomodó el arma en la mano del cadáver.

«Ya está. Hecho. La escenificación perfecta. Nadie sospechará nunca de mí. Lo único que debo hacer es salir por la puerta de atrás antes de que la policía llegue aquí y...».

El asesino se detuvo bruscamente al recordar algo muy irritante.

¿Cómo se llamaba esa serie de televisión? ¿O era una película? ¿Un libro, tal vez? Eso era lo de menos. Mostraban una situación similar a aquella: encontraban un cadáver con un agujero de bala en la cabeza y una pistola en la mano. Un suicidio, al menos en apariencia. El detective, sin embargo, dedujo que en realidad se trataba de un asesinato. ¿Por qué?

Chasqueó los dedos. El asesino sonrió.

El detective había hecho que buscaran rastros de pólvora en la mano o algo así. No los encontraron. De hecho, la mano no mostraba ninguna señal, por lo que era imposible que la víctima hubiese disparado el arma. Conclusión: le habían asesinado.

La inquietud vino acompañada de una idea. El asesino se acercó al cadáver, levantó la mano con el arma, y apretó el dedo de Sinclair en el gatillo. El arma se disparó. La bala se alojó en la pared, cerca de la librería. El asesino suspiró aliviado. La mano tenía ahora los rastros de pólvora, o de lo que fuese. La policía no tardaría en llegar. Investigarían el crimen a fondo y se encontrarían con dos posibles escenarios. El primero de ellos que, después de haberse pegado un tiro, Sinclair había disparado una segunda bala en un espasmo de agonía. Y el segundo, que Sinclair se había echado atrás en el último instante la primera vez, apartando el arma de la cabeza al apretar el gatillo y, más tarde, reunido el coraje para matarse por fin.

El asesino salió por la puerta trasera, convencido de que nadie lo vería.

Se equivocaba.

Detrás del sofá, dos ojos espantados lo habían visto todo. Pero el asesino no había mirado detrás del sofá.

Se limitó a huir de allí, pensando «Por fin lo he hecho. He matado a ese hijo

de puta. Esta vez no me ha dejado elección. Solo hay una manera de corregir los errores, solo hay una manera de hacer que las cosas vuelvan a su sitio».

El asesino tragó saliva.

«Tengo que matar de nuevo».

Gloria nunca había sido tan feliz. El fin de semana en Deerfield estaba resultando mejor de lo que se había imaginado. No había subidón más grande que el de estar enamorada. Eso era amor. Amor verdadero. No era una batalla donde un combatiente intenta abusar del otro y lastimarlo.

Amor verdadero...

Era verdad que llevaban muy poco tiempo juntos, pero Gloria lo sabía. Nunca había estado tan segura de algo en toda su vida.

Volvió a mirar a Stan. Él le devolvió la sonrisa, y una ola de calor se propagó rápidamente por todo su cuerpo. Gloria no quería comer, ni dormir, ni hacer otra cosa que no fuera estar junto a Stan.

Caminaron por la calle desierta hacia el Deerfield Inn. La pequeña ciudad de Nueva Inglaterra parecía sacada de una postal. Septiembre, todavía un poco temprano para que las hojas cambiaran de color, pero la escasa población y el sol que se asomaba entre las gruesas ramas lo compensaban de sobra. Hacía calor. Los dos iban con pantalón corto y camiseta. Con las prisas por salir de la ciudad, Gloria se había olvidado de llevar camisetas, de modo que se había puesto una de las de Stan.

Solo había doce habitaciones en el edificio principal de la posada. El anexo trasero tenía otras doce. Aun así, aquel fin de semana en particular no había mucha actividad, cosa que a Gloria le pareció perfecto. La noche anterior, habían cenado solos en el comedor y luego se sentaron tranquilamente delante de la chimenea del salón de la posada. Después salieron a dar un paseo por el campus de la academia Deerfield. Para ella, aquel silencio era el más relajante de los masajes. Stan le pasó un brazo por los hombros. Gloria se acurrucó en su pecho.

Se sentía segura, contenta y muy feliz. Cuando ya volvían de camino a la posada, Stan se detuvo y se volvió hacia ella.

—Te quiero, Gloria. Sé que nos conocemos desde hace poco, pero...

—Yo también te quiero.

El corazón de Gloria casi estalló de alegría cuando Stan se inclinó para besarla.

De pronto, él se apartó ligeramente y la miró a los ojos. Gloria vio la preocupación reflejada en su rostro.

—¿Qué pasa, Stan?

La mirada de Stan se perdió más allá de la arboleda por unos instantes.

—Aquí todo es tan hermoso... Ojalá pudiéramos quedarnos aquí para siempre.

—Estoy de acuerdo.

Stan asintió.

—Ha llegado el momento de que te lo cuente todo acerca de mí, Gloria. Lo bueno y lo malo.

Ella lo abrazó.

—No hay nada malo.

—Sí, sí lo hay.

—No tienes por qué contármelo.

—Quizá fuera así antes de enamorarme —afirmó Stan—, pero ahora no me queda otra.

Gloria lo miró aterrada. Stan dio un paso atrás e hizo una pausa.

—Soy un adicto al juego —comenzó con voz pausada—. El béisbol, el fútbol americano, las carreras de caballos... Lo que se me ponga por delante. Es una enfermedad, Gloria, como la que tú pasaste con las drogas. Siento un deseo irrefrenable, un deseo que no puedo controlar. Naturalmente, he intentado dejarlo muchas veces, pero no puedo. Soy incapaz. Juego y juego hasta perder todo lo que tengo. Y ni siquiera entonces puedo dejarlo. Pido dinero prestado y continuo aumentando una deuda que no tengo manera humana de pagar.

Comenzó a caminar de nuevo hacia la posada, esta vez con paso decidido.

Gloria lo siguió en silencio.

—En ocasiones, incluso acabo cometiendo algún que otro delito para devolver el dinero —continuó Stan—. Verás, los hombres a quienes debo dinero son verdaderos mafiosos. Machacan a quienes se retrasan con los pagos. Incluso ahora les debo una buena suma, y sigo sin poder dejar las apuestas. Gloria, ¿recuerdas lo que sentías cuando te retiraron las drogas? ¿Recuerdas las ansias que corrían por tus venas hasta que creías que la agonía del síndrome de abstinencia te volvería loca?

Gloria asintió. Recordaba bien esas sensaciones, y habían estado a punto de matarla.

—El dinero con el que jugar es mi droga. He intentado curarme... He intentado dejarlo... Pero supongo que carezco de tu coraje.

Gloria buscó su mano.

—Pero eso solo ha sido así porque nunca has tenido en quién apoyarte —le aseguró—. Yo no habría podido conseguirlo sin Laura. Ni en un millón de años. Pero tú puedes vencer esa adicción, Stan. Sé que puedes.

Stan la miró, ilusionado.

—¿Me ayudarás?

Gloria le abrazó de nuevo.

—Por supuesto que lo haré. Entre los dos lo venceremos.

—Te quiero, Gloria.

A ella se le iluminó el rostro.

—Yo también te quiero.

Caminaron cogidos de la mano, hasta que Gloria rompió el silencio de nuevo.

—Has dicho que debes dinero... —comenzó a decir.

—No tienes por qué preocuparte por eso —la interrumpió él.

—Pero tengo dinero, Stan. Puedo ayudarte.

—Ni hablar. No quiero que te mezcles en este asunto.

—Pero...

Él apoyó un dedo en sus labios con suavidad.

—Fin de la discusión, amor mío.

Llegaron a la entrada del Deerfield Inn. Stan la besó una vez más, y desaparecieron en el vestíbulo.

Dos hombres —uno de tamaño normal, y el otro un monstruo enorme y peludo— presenciaron el beso desde un coche aparcado delante del hotel.

—¿Son ellos? —preguntó el gigante.

RH asintió.

—¿Has visto ese cuerpazo?

—Muy atractivo, Bart —asintió RH.

—Pero ¡si es como una estrella de cine! —afirmó Bart—. Daría lo que fuera por follármela.

RH palmeó a su gigantesco amigo en la espalda.

—Bart, muchacho —susurró—, quizá tengas la oportunidad de hacerlo.

Gloria se dio una ducha rápida. Cuando salió del baño, Stan estaba allí para secarla.

—Pero qué rematadamente guapa eres... —se admiró—. ¿Me estoy repitiendo?

—Nunca. Dilo de nuevo.

Stan dejó la toalla a un lado y comenzó a acariciar su cuerpo.

—Eres rematadamente hermosa.

Una llamada a la puerta interrumpió sus juegos.

—¡Qué oportunos! —comentó Gloria. Recogió la toalla y se envolvió el cuerpo.

—¿Quién es? —preguntó Stan.

—El servicio de habitaciones. La casa les invita a una copa de champán.

Stan sonrió.

—Quédate aquí, palomita. Y no se te ocurra ponerte ni una sola prenda.

Gloria se rio.

—Ya voy, ya voy... —dijo Stan mientras caminaba hacia la puerta. Giró el pomo. De pronto, y sin previo aviso, la puerta voló hacia él.

La madera golpeó la frente de Stan y lo tumbó en el suelo.

RH y el gorila entraron en la estancia y se apresuraron a cerrar la puerta. Gloria soltó una exclamación.

El hombre del pelo rubio le dedicó una amplia sonrisa a Stan.

—¿No es bonito? —comenzó RH—. Un bonito y tranquilo fin de semana en el campo. ¿No te parece maravilloso, Bart?

—Maravilloso, RH —asintió el gorila.

Stan se levantó poco a poco.

—¿Qué quieres?

RH ignoró la pregunta. Se dirigió a toda prisa hacia el extremo opuesto de la habitación, donde estaba Gloria, temblorosa.

—¿Quién es esta encantadora damisela?

—A ella déjala en paz —ordenó Stan secamente—. No tiene nada que ver con este asunto.

—Tienes toda la razón —respondió RH, que se volvió hacia él.

Gloria se quedó acurrucada junto a la pared. Enseguida se dio cuenta de que aquel horrible gigantón no dejaba de mirarla. Ya había visto antes esa mirada llena de lujuria, y de pronto se sintió muy expuesta: su cuerpo solo estaba cubierto con una toalla.

—¿Tienes el dinero? —preguntó RH.

—Ya te lo he dicho —contestó Stan—. Lo tendrás dentro de una semana.

—No me vale. —RH se fijó de nuevo en Gloria, que seguía acurrucada en el rincón y miraba a Bart horrorizada—. ¿Te ha contado Stan cómo se hizo pupa en el dedo, encanto?

—Te he dicho que no la metas en esto.

RH ignoró a Stan una vez más.

—Verás, encantadora damisela, Stan no cumple con sus obligaciones, con sus responsabilidades. Cosa que a mí me parece muy preocupante. No me dejó otra alternativa que machacarle el dedo corazón hasta que se partió por la mitad. Lo cierto es que hizo un ruido de lo más desagradable...

La sangre se esfumó del rostro de Gloria.

—¡Ya está bien, RH! —gritó Stan.

—Pero no te preocupes, preciosa —continuó RH—. Un dedo fracturado es gloria bendita si lo comparamos con lo que le tengo preparado.

Le hizo una seña al gorila, que seguía mirando a Gloria embelesado. Al ver el gesto de su jefe, volvió a la realidad y comenzó a caminar hacia Stan.

—¡Esperad un momento! —exclamó Stan—. Dejad que salga de aquí. No quiero que se vea mezclada en nada de esto...

—Lo siento, Stan... —se disculpó RH, que se tomó su tiempo para negar con la cabeza—, pero ya es demasiado tarde. A Bart le encanta tu amiga.

Bart miró a Gloria con lujuria y comenzó a babear.

Stan se movió hacia delante para cortarle el paso a aquel gigante.

—Haz conmigo lo que quieras, RH, pero a ella déjala en paz.

RH se quedó sorprendido.

—Qué cambiado te veo, Stan. ¿Desde cuándo te preocupas por alguien que no seas tú?

—Eso no es asunto tuyo. Tan solo déjala en paz.

RH sonrió.

—Soy curioso por naturaleza, Stan. ¿Qué te parece si te prometo que tu deuda quedaría saldada si le permites a Bart disfrutar de la compañía de tu amiga?

Stan se mantuvo firme.

—Vete al infierno.

—Vaya, vaya... Por lo visto estás loco por ella. Es admirable, Stan. La verdad es que me sorprendes. —RH le lanzó a Gloria una sonrisa que la dejó tan helada como una ráfaga de viento del norte—. Pero verás, Bart es un empleado fiel. Y

me pide tan poquitas cosas a cambio que es un encanto. Me sentiría un mal jefe si le negase ese pequeño placer. Tienes que hacerte cargo.

RH le hizo un gesto a Bart. El gigante miró a su presa indefensa y sonrió. Entonces apretó el puño y lo descargó contra el vientre de Stan, que se desplomó fulminado.

Bart pasó junto al hombre caído y se dirigió hacia Gloria. La arrinconó en un instante, y respondió con una mirada de puro deseo a la mirada suplicante de ella. Se relamió y tendió la mano hacia la toalla.

—¡No! —gritó Gloria.

Las ásperas manos de Bart estaban a un par de centímetros de la toalla cuando lo atacaron por detrás.

Stan se había recuperado. Embistió a Bart con furia, pero este se libró de él de un solo manotazo. Por mucha voluntad que le pusiera, Stan no era rival para un hombre como aquel. Aun así, Stan no cejó en su empeño. Sacó fuerzas de donde pudo, se levantó tambaleante y apartó al hombretón, dispuesto a salvar a Gloria de su salvaje ataque. Entonces RH decidió que había llegado el momento de entrar en acción.

Un gigante que le doblaba en tamaño sin duda habría sido demasiado para Stan. Pero ahora un segundo hombre había entrado en el cuadrilátero. RH descargó un golpe seco en la nuca de Stan, que se desplomó en el suelo.

—¡Corre, Gloria! —consiguió decir Stan—. ¡Sal de aquí!

Gloria intentó hacerle caso, pero sus piernas no respondieron.

Se quedó paralizada de terror cuando los dos hombres empezaron a descargar puntapiés en el estómago de Stan.

El gigantón parecía ahora realmente furioso.

—¡Voy a matar a este hijo de la gran puta!

Los dos hombres parecían disfrutar con aquel castigo. No dejaban de repartir golpes, y asestaban los puntapiés y los puñetazos sin ninguna prisa. Todos y cada uno de aquellos golpes parecían estar calculados a la perfección. Los gruñidos de dolor se abrían paso entre los labios de Stan. Gloria vio cómo la sangre

comenzaba a salir de su boca, hasta que se le pusieron los ojos en blanco y perdió el conocimiento.

—¡Basta! —gritó ella—. ¡Dejadlo en paz!

RH y Bart titubearon por un instante y la miraron.

Stan no se movía.

—Por favor... —imploró Gloria—. Os daré lo que sea, pero dejadlo en paz.

RH se movió hacia ella.

—Cariño, me debe cien mil dólares.

—Le extenderé un talón. Pero por favor, no le hagan más daño.

RH se lo pensó por un momento.

—¿Quieres ayudarlo?

Ella asintió. Stan había arriesgado su vida por ella. Estaba claro que tenía un problema. Lo había admitido y le había pedido ayuda. En cuanto hubiera saldado su deuda con aquellos asesinos, podría ayudarlo a superar su adicción, igual que Laura la había ayudado a ella.

—Por favor. No le hagáis más daño.

RH se encogió de hombros.

—Déjalo tranquilo, Bart. Espérame en el coche.

—Pero, RH...

—Vuelve al coche.

Bart salió de la habitación a regañadientes.

—Mi... mi bolso está en el baño —tartamudeó Gloria—. Ahora mismo vuelvo.

En cuanto Gloria entró en el baño y desapareció de su campo de visión, Stan levantó la cabeza hacia RH. Se sacó los restos de la cápsula de sangre de la boca y se la guardó en el bolsillo.

—Dale las gracias a Roadhouse de mi parte —susurró Stan.

Luego los dos hombres compartieron una sonrisa y un guiño.

Mark Seidman le mostró al guardia de seguridad el pase de prensa que le había dado T. C. Siguió adelante, y se sentó en las gradas de madera junto a los otros reporteros. El Hellenic College de Brookline, en Massachusetts, era la sede de los Soaring Owls. El baloncesto había sido excluido del currículo hacía ya doce años, después de otra lamentable temporada. Atraer a treinta espectadores para un partido de baloncesto, incluidos los jugadores y los entrenadores, se habría considerado un llenazo. Pero Mark Seidman y el puñado de espectadores que estaban con él no habían acudido allí para ver a los Soaring Owls, a quienes el periódico del colegio había rebautizado como los Wingless, los «Sin Alas». No, el gimnasio del Hellenic College era más conocido por sus actuales visitantes: los Boston Celtics.

Era allí donde se celebraban las últimas pruebas antes de que comenzasen los partidos de la pretemporada. Los diecisiete jugadores que había sobre la pista no tardarían en verse reducidos a doce, lo que dejaría cinco sueños aplastados contra el suelo de parqué de Brookline. Los Celtics tenían sesiones dobles durante aquella semana. Eso significaba que hacían dos entrenamientos al día. El de la mañana era de trabajo intenso, pero el de la tarde era un poco más relajado, y se invitaba a los reporteros, debidamente acreditados, a visitar a los jugadores durante un rato.

Mark Seidman era uno de esos reporteros.

El entrenador de los Celtics, Roger Wainright, había puesto a los jugadores a realizar unos sencillos ejercicios, y luego les había dejado tiempo para practicar los tiros libres. Era un día tranquilo para los Celtics. Mark contó únicamente ocho reporteros en las gradas. Ni siquiera Clip Arnstein estaba allí. Mark empezó a observar cómo lanzaban los jugadores. Earl Roberts practicaba su lanzamiento de gancho. Johnny Dennison driblaba por toda la cancha, y Timmy Daniels, el elegido por la prensa como el posible especialista en los tiros de tres puntos, practicaba su salto largo con uno de los ayudantes que recogía los rebotes.

Mark vio cómo su antiguo entrenador sonreía mientras miraba a su joven

escolta encestar una canasta tras otra. De pronto, se le ocurrió una idea. Se alzó en la grada y pensó en cómo llevarla a cabo. Estaba seguro de que funcionaría. Entrañaba un riesgo considerable, pero, al fin y al cabo, ¿qué podía perder? Se sentía ansioso, dominado por el deseo de hacerlo de una vez por todas. Aunque Mark sabía que no debía intentarlo aquel día. De ninguna manera. Solo tendría una oportunidad, y, si fallaba... Bueno, aquello se habría acabado. Sería el final. Mark necesitaba conseguir algún dinero y esperar a que Clip Arnstein y la prensa estuviesen presentes. Sin ellos, su plan se vendría abajo.

Se levantó y dejó las gradas. No podría poner en práctica su plan hasta que el equipo celebrase la siguiente rueda de prensa. Estos encuentros con los periodistas solían ser siempre iguales: los reporteros preguntaban por las posibilidades del equipo de ganar el campeonato, y Clip Arnstein respondía con un chiste o un cliché deportivo. De vez en cuando, los periodistas preguntaban por algún rumor relativo a traspasos o a cambios en el equipo, pero lo habitual era que las ruedas de prensa fueran rutinarias y muy poco interesantes. Mark Seidman estaba a punto de ponerlas patas arriba.

Gloria salió del baño con el talonario de cheques en la mano y observó el cuerpo de Stan en el suelo. Estaba inmóvil, demasiado inmóvil. Con la mano temblorosa, consiguió extender un cheque por cien mil dólares. Lo arrancó del talonario y se lo entregó a ese extraño tipo con el pelo rubio pajizo, que esperaba junto al cuerpo de Stan.

RH le lanzó una sonrisa amable mientras ella se apartaba, muerta de miedo.

—Gracias, encantadora damisela —dijo RH mientras guardaba el talón—. Supongo que puede cubrir sin problemas esta ciertamente considerable suma.

Gloria asintió.

—No le aconsejo que llame a las autoridades o intente evitar el pago después de que me haya ido. Mi reacción ante tal conducta sería..., bueno..., digamos que un tanto desagradable. ¿Lo entiende?

Ella asintió de nuevo, y le dirigió una mirada aterrorizada.

—Bien. —RH miró a Stan y negó con la cabeza—. No acabo de entender qué ha podido ver en este canalla. Para serle sincero, creo que es usted bastante tonta.

Él le sonrió de nuevo. Gloria se movió hacia el rincón.

—La vida está llena de lecciones —continuó RH—. Usted se ha hecho la cama, querida, y por repulsiva que resulte, tiene que dormir en ella. —Le hizo una breve reverencia, una costumbre que había adquirido en Oriente, y se encaminó hacia la puerta—. Les deseo lo mejor a ambos. Adiós, encantadora damisela. Por el momento.

En cuanto se cerró la puerta, Gloria atravesó la habitación a la carrera y se arrodilló junto al cuerpo inmóvil de Stan.

—¿Stan?

Stan soltó un gemido.

—No te muevas. Llamaré a una ambulancia.

La mano de Stan sujetó la de Gloria de inmediato.

—No.

—Pero ¡si estás herido!

—Solo han sido unos cuantos golpes —respondió Stan, que se obligó a sonreír—. Están especializados en causar dolor y maltratar a la gente sin provocar verdaderos daños. No me pasará nada.

—¿Qué quieres que haga?

—Solo ayúdame a levantarme.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto. —Stan hizo una mueca—. Voy a darme una larga ducha caliente y me limpiaré a fondo. —Le sonrió con un gesto valiente—. No es tan malo como parece, créeme.

Gloria lo ayudó a levantarse con gran esfuerzo. Stan la miró con gesto solemne.

—Te lo devolveré. Hasta el último centavo.

—No te preocupes por eso ahora —respondió Gloria.

—Lo digo de verdad. Hasta el último centavo. Siento mucho todo esto, Gloria. Entendería que quisieras dejar de verme.

—No quiero dejar de verte —afirmó ella.

—¿No?

—No, por supuesto que no.

—No voy a jugar nunca más. Te lo prometo.

—No te resultará fácil, Stan. Pero sé que podrás dejarlo si lo deseas de verdad.

—Lo deseo. Te lo prometo. No volveré a jugar nunca más.

—Bien —respondió Gloria—. Necesitaremos un botiquín de primeros auxilios. ¿Estarás bien mientras voy a recepción y lo busco?

—Por supuesto —afirmó Stan—. Aún estaré en la ducha cuando vuelvas.

Gloria se dirigió a la puerta.

—¿Gloria? —llamó Stan.

—¿Sí?

—Te quiero.

—Yo también te quiero, Stan.

Gloria cerró la puerta. Stan oyó las pisadas que se alejaban por el pasillo. Cogió el teléfono a toda prisa y marcó.

—Hola, soy Stan —dijo—. Apuesto quinientos dólares a *Broadway Lew* en la tercera carrera.

La mañana del lunes en Brookline, Massachusetts, llegó por fin. T. C. llevó a Mark a través del centro de la ciudad en dirección al gimnasio del colegio. Mark había permanecido en silencio durante la mayor parte del viaje, algo que a T. C. no le sorprendía en absoluto. Al fin y al cabo, había llegado el gran día. Ambos habían pasado la mayor parte del fin de semana revisando todos los detalles de su plan, intentando encontrar una solución para cualquier posible imprevisto. T.

C. estaba convencido de que lo tenían todo controlado. En realidad, el plan era muy sencillo y dependía únicamente de Mark.

¿Sería capaz de llevarlo a cabo?

El gimnasio del colegio apareció ante sus ojos, y T. C. miró a su compañero. Mark tenía un gesto impenetrable; sus ojos verde claro miraban al frente, y llevaba el pelo peinado hacia atrás.

Pronunció sus primeras palabras cuando se bajó del coche:

—Gracias —dijo Mark antes de cerrar la puerta.

—Buena suerte —respondió T. C.

T. C. se quedó mirando cómo su amigo entraba en el gimnasio. El poli de Boston comprendió que era el día más importante en la vida de Mark Seidman, y que no había lugar para los errores. T. C. tenía claro que unos pocos meses atrás el plan de Mark no habría fallado de ninguna manera. Pero habían pasado muchas cosas en los últimos meses, cosas que habían cambiado los objetivos de ambos. Unos pocos meses atrás, Mark habría culminado aquella maniobra para llevar la felicidad y la alegría a su vida. Pero eso era cuando cosas como la felicidad y la alegría significaban algo para él.

En ese momento, sin embargo, aquel plan era su única posibilidad de sobrevivir.

Sonó el interfono.

—¿Sí? —respondió Laura.

—Gloria acaba de llegar a su despacho —anunció Estelle.

—Gracias.

Laura apartó la silla. Su hermana Gloria había regresado por fin. Se levantó con un profundo suspiro, y se dirigió hacia la puerta.

Pasó junto a su secretaria, que estaba escribiendo una carta a máquina. Estelle prefirió no mirarla. Su jefa no estaba de muy buen humor aquella mañana de lunes —por algo relacionado con su hermana— y, cuando Laura estaba de mal humor, lo mejor era mantenerse lo más invisible posible, para no convertirse en el blanco de sus iras.

—Luego vuelvo. No me pases ninguna llamada.

Laura desapareció pasillo abajo, andando con la espalda muy recta. Su mente luchaba contra la ira que parecía querer adueñarse de ella. Se recordó a sí misma lo que le había dicho la doctora Harris acerca de cómo tratar a Gloria. Debía mostrarse amable, y no iba a resultarle fácil. Su hermana había estado ausente durante todo el fin de semana, se había marchado sin decirle a nadie adónde iba. Laura se dijo a sí misma que, por supuesto, sería un error de su parte extraer conclusiones precipitadas. Ni siquiera sabía a ciencia cierta si su hermana había pasado el fin de semana con Stan...

«Y una mierda».

Laura estaba furiosa. Y pensar que se había dejado engañar por aquel psicópata demente... Era cierto que ella estaba en un momento especialmente vulnerable, pero el hecho de que un tipo como Stan hubiese podido engañarla con tanta facilidad la asustaba y enfurecía.

Laura entró en el departamento comercial, y llamó a una puerta donde había un rótulo que rezaba: GLORIA AYARS.

—Adelante —dijo una voz alegre.

Laura asomó la cabeza por el umbral.

—Hola, hermanita.

Gloria cruzó la habitación con el rostro radiante.

—¡Laura! Pasa.

—Gracias. ¿Cómo va todo?

—Fantástico —respondió Gloria—. Siento haberme escapado el viernes.

—No pasa nada —la disculpó ella, obligándose a sonreír—. Has estado trabajando mucho en los últimos meses. Te merecías un descanso.

—Aun así, no me gustó marcharme sin más.

—Olvídalo. ¿Te importa si me siento?

—Por supuesto que no.

Las dos hermanas se sentaron la una frente a la otra. Ambas sonreían con amabilidad, como una pareja de presentadores de un concurso.

Laura se sentía ridícula.

—¿Te lo has pasado bien en tu misterioso fin de semana?

—Ha sido espectacular.

Laura intentó mantener la sonrisa.

—Vaya, ¿y adónde fuiste?

—Al Deerfield Inn. ¿Recuerdas que solíamos ir allí cuando éramos niñas?

Laura lo recordaba perfectamente.

—Parece que lo has pasado bien.

—Lo cierto es que muy bien... —Gloria pareció dudar—. Laura...

—¿Sí?

—Estoy enamorada.

A Laura se le cayó el alma a los pies, pero mantuvo su sonrisa en piloto automático.

—¿En serio? ¿Y quién es el afortunado?

—¿Stan! —exclamó Gloria—. ¿Te lo puedes creer? ¿No es fantástico?

Laura asintió como una autómatas.

—¿Y cuándo comenzó todo esto?

—La semana pasada. Sé que apenas nos conocemos, pero ¡es maravilloso! Es tan afectuoso, amable y divertido... ¡Bueno, ya lo conoces! Es como David.

Laura hizo una mueca ante la comparación.

—Tienes que olvidarte de David —afirmó—. Tienes que juzgar a Stan como lo harías con cualquier otro hombre.

—¿A qué te refieres?

—En realidad, a nada concreto —señaló Laura—. Solo estoy diciendo que deberías tratar a Stan Baskin de la misma forma que tratarías a cualquier otro hombre a quien solo conocieses desde hace una semana. No te comportes de una manera diferente solo porque sea el hermano de David.

La extrañeza de Gloria dio paso a una sonrisa.

—Oh, ya lo entiendo. Conoces su pasado. Y eso te preocupa.

—Bueno, quizá un poco, la verdad...

—Me lo contó todo —continuó Gloria—. Lo sé todo sobre su problema con el juego. Va a conseguir ayuda.

«¡Y una mierda!», pensó Laura de nuevo. Aun así, la doctora Harris le había sugerido que no insistiese demasiado, de modo que no podía contarle a Gloria todas las cosas que el afectuoso y amable Stan le había hecho a su familia. Se mordió la lengua por un momento.

—Sea como sea, Gloria, deberías mantener los ojos bien abiertos.

—El pasado es pasado, Laura. Tú misma lo dijiste cuando Stan llegó a Boston.

—Sí, es cierto, eso fue lo que dije. Solo quiero que tengas cuidado, ¿vale?

—¿Cuidado? —repitió Gloria, y la sonrisa se borró de su rostro—. Stan y yo estamos enamorados.

—No lo niego —concedió Laura, que hizo todo lo posible por mostrarse

conciliadora—, pero ¿cuántas veces has dicho lo mismo en el pasado? ¿Qué me dices de aquel tipo de California?

Gloria entrecerró los ojos.

—No soy la misma persona de entonces.

—Eso ya lo sé —afirmó Laura—, pero quizá no deberías ir tan deprisa.

—Laura, ¿qué estás intentando decirme?

—Nada.

—Venga, Laura, nos conocemos bien. Te preocupa su pasado, ¿verdad? Creía que me habías dicho que el pasado no era importante.

—No lo es. De verdad. Pero tampoco debemos dejar de tenerlo en cuenta.

—Ah, ahora lo entiendo... —dijo Gloria con voz pausada y cada más furiosa—. ¡El pasado sí que importa, ¿no?! Te estás preguntando por qué querría Stan a alguien como yo...

—¡No, en absoluto!

—¡Una puta drogata! Una puta inútil...

—¡Eso no es verdad! ¡No es en absoluto lo que estoy diciendo! Quien te robe el corazón será el hombre más afortunado del mundo. Solo que... no estoy segura de que Stan Baskin sea el hombre adecuado.

—¿Y qué te hace pensar eso? —preguntó Gloria.

—Yo... Nada, Gloria. Solo es... un presentimiento, eso es todo.

Gloria se levantó.

—Laura, sabes cuánto te quiero. Te debo la vida...

—No me debes nada. Somos hermanas. Tú me has ayudado, y yo intento hacer lo mismo.

—Muy bien, pero quieres que deje de ver a Stan, ¿no es así?

Laura titubeó.

—No es exactamente lo que digo...

—No apruebas nuestra relación —rectificó Gloria.

—No estoy segura, eso es todo.

—Pero no me vas a decir en qué te basas para decirme eso.

Silencio.

—Mira, Laura, tengo más de treinta años. Resulta difícil de creer, ¿verdad? Stan se acerca a la cuarentena. Ya no somos unos niños. Le quiero, Laura. Le quiero con locura.

—Yo no pretendía...

—De verdad que esperaba que tú, más que nadie, te sintieras feliz por mí —la interrumpió Gloria—. Pero si no lo estás, eso no cambia nada. Estoy enamorada y seguiremos viéndonos.

—No sabes lo que dices —afirmó Laura, tajante—. No está hecho para ti.

—¿Quién demonios te has creído que eres?

—¡Está loco, Gloria! ¡Le hace daño a todo el mundo! Incluso se atrevió a...

—¡No tengo por qué escuchar nada de esto! ¡No eres mi carcelera!

Gloria salió de la oficina dando un portazo, hecha un basilisco.

Laura se echó hacia atrás en la silla.

«Muy bien, Laura. Así se hace. Mantén la calma». Exhaló un suspiro. Estaba completamente agotada después de aquel encuentro. ¿Qué se suponía que debía hacer a continuación?

Pensó en las palabras de su hermana. Había algo que no le cuadraba, algo que había dicho Gloria cuando... Laura pensó por unos momentos en ello. Cuando comprendió de qué se trataba, se quedó envarada.

Las palabras defensivas de Gloria... A Laura le resultaban muy familiares. Quizá tuviera algo que ver con el hecho de que, al fin y al cabo, Gloria tenía razón. Bien pensado, ¿qué derecho tenía Laura a interferir en la vida amorosa de Gloria? Su hermana era adulta. Tenía derecho a hacer lo que le viniese en gana.

Laura repasó la conversación con Gloria una vez más. Todo el escenario le hizo a Laura acordarse de...

Se le hizo un nudo en la garganta. Aquella coincidencia le sentó como una puñalada. Oh, Dios, ¿acaso no le había dicho su madre exactamente lo mismo sobre David? ¿No le había advertido a Laura que se mantuviese apartada de él, sin darle ninguna explicación?

«—Por favor, Laura, confía en mí. Deja de verlo.

»—Pero ¿por qué?

»—Te lo ruego. No estáis hechos el uno para el otro».

Laura no había cruzado ni una sola palabra con su madre desde la muerte de David. ¿Qué había querido decirle entonces?

«—Tal vez nos casemos.

»—Ni se te ocurra, Laura. Bajo ningún concepto permitiré que te cases con ese hombre».

Aun así, ella había desafiado a su madre. Se había fugado a Australia y se había casado con David de todos modos, y ahora Laura comprendía algo más: sus palabras no bastarían para impedir que Gloria viese a Stan, del mismo modo que su madre no le había podido impedir que viese a David.

Laura miró a través de la ventana. Quería correr por el pasillo, arrinconar a su hermana y obligarla a oír la terrible verdad. Pero sabía que no podía hacerlo. ¿Había estado su madre en una posición similar? ¿Quería contarle algo terrible acerca de David y, por alguna razón, no podía hacerlo? En ese momento, una pregunta crucial perforó el corazón de Laura como si fuera un cuchillo, una pregunta que debía encontrar respuesta de una vez por todas: ¿qué le había estado ocultando su madre acerca de David?

Mark Seidman ocupó su asiento de costumbre en las incómodas gradas de madera. Vio a Timmy Daniels practicando su tiro en suspenso. Era un espectáculo digno de verse. Un arcoíris naranja tras otro acababa con la pelota pasando por el círculo de metal. La mirada de Mark se apartó de la canasta y se centró en Clip Arnstein y los reporteros que estaban a un lado de la cancha y admiraban la impecable actuación de Timmy.

Mark continuó observando a Clip Arnstein. El viejo seguía las evoluciones de su escolta con los brazos cruzados. Vestía un sombrero blanco, pantalones cortos

y una camiseta verde de los Celtics. Se parecía más a un turista que a una leyenda del baloncesto.

—Bonito lanzamiento, muchacho —le gritó a Daniels.

Timmy dejó la pelota y corrió adonde Clip estaba celebrando la conferencia de prensa.

—Gracias.

Los reporteros se le acercaron.

—¿Ganarán los Celtics el campeonato de nuevo, Clip?

—Eso espero.

—¿Eso esperas?

—No creo que resulte demasiado pretencioso, ¿no creéis, chicos? —explicó Clip.

—¿Cree que podrá conseguirlo sin David Baskin?

—A ver, muchachos, ningún equipo puede perder a un jugador como David y no notarlo. Un tipo como el Relámpago Blanco aparece muy de tarde en tarde. ¿Seremos un equipo que deberá tenerse en cuenta para las finales? Sí, seguro, por supuesto que sí. ¿Seremos los campeones? Eso, amigos míos, solo el tiempo lo dirá. Hay muchos factores que entran en juego para ganar un campeonato. Para empezar, que los jugadores se mantengan sanos y no tengan lesiones, por nombrar solo dos.

Mike Logan, el reportero del *Boston Globe* que se había encargado de la información de los Celtics durante la última década, pidió la palabra.

—Clip, el año pasado nos dijo que David Baskin era el mejor lanzador del mundo de tiro exterior, y Timmy Daniels, el segundo.

—Y tenía razón, ¿no lo crees así, Mike? El resultado del concurso de triples lo demuestra.

—Eso no lo discuto —admitió Mike Logan—. Lo que le pregunto es lo siguiente: ahora que David está muerto, ¿es Timmy el mejor lanzador de tres puntos del mundo?

Antes de que pudiese responder, una voz gritó desde las gradas:

—¡No!

Los reporteros, los jugadores de los Celtics y Clip Arnstein se volvieron hacia el rubio de las gradas.

—Entonces ¿quién es? —preguntó Logan.

Mark se levantó.

—Lo tiene delante de sus narices.

Mary Ayars oyó el timbre de la puerta. El sonido invadió toda la casa. Mary estaba en la cocina, y llevaba una copa de vino en la mano. De un tiempo a esa parte, estaba bebiendo un poco más de lo habitual y de lo aconsejable. Sabía que estaba peligrosamente cerca de tener un problema con la bebida, que debía controlarse. Pero el complejo de culpa por el continuo rechazo de Laura la corroía hasta el fondo de su alma, y la hacía desear otra copa más de vino blanco. Vino blanco español. El Rioja era su preferido.

Mary miró el reloj. Las once de la mañana. Ni siquiera era mediodía, y ya se estaba bebiendo su primera copa.

El timbre sonó de nuevo. Mary dejó la copa, se miró un momento en el espejo, y fue hacia la puerta principal. La abrió y exclamó:

—¡Dios mío... Laura!

—Hola, mamá —respondió ella con cortesía. Su madre parecía cansada, pero aún deslumbraba por su belleza. Laura advirtió que todavía aparentaba quince años menos de los cincuenta que tenía.

Mary intentó recomponerse. Su hija llevaba meses sin dirigirle palabra. No habían hablado desde que se había fugado con...

—Tu padre no está aquí.

—No he venido a verlo a él, sino a ti.

—¿A mí?

—Creo que tenemos que hablar.

Mary retrocedió y dejó entrar a su hija. Fueron al despacho y se sentaron

frente a frente. Ambas se quedaron en silencio durante unos largos segundos.

—Siento mucho lo de David —comenzó Mary, inquieta. Apretó las palmas de las manos contra la falda—. He estado muy preocupada por ti.

—Estoy bien.

Mary sujetó la mano de su hija. Las lágrimas aparecieron en sus ojos.

—Por favor, Laura, perdóname. Nunca quise hacerte daño. Sabes que te quiero. Sabes que solo quería lo mejor para ti.

Laura se inclinó hacia delante y abrazó a su madre.

—No pasa nada, mamá —susurró—. Sé que intentabas ayudarme.

—Te quiero mucho, cariño.

—Yo también, mamá —respondió Laura, sintiéndose tremendamente culpable por lo que le había hecho pasar a su madre—. Siento muchísimo haber sido tan poco comprensiva.

—No. Tenías todo el derecho. —Mary la miró, ilusionada—. Oh, Laura, ¿de verdad me perdonas? ¿Asunto zanjado?

Laura asintió.

—¿Mamá?

—Sí, cariño.

—Quiero preguntarte algo importante.

Mary se secó las lágrimas con un pañuelo de papel.

—¿De qué se trata, pequeña?

—¿Por qué no te gustaba David?

Mary tuvo la sensación de que aquella pregunta le rasgaba el pecho.

—Oh, Laura, ahora todo eso es agua pasada...

—Me gustaría saberlo.

Mary dejó que su mirada recorriera toda la habitación, como si buscase un refugio seguro.

—Ahora carece de importancia.

—Mamá...

—Tú le querías, cariño. Hice mal tratando de entrometerme.

—Pero algún motivo debías de tener...

—Supongo que lo tenía en aquel momento.

—¿Supones?

—Tú... Ya sabes cómo somos las madres —se justificó Mary, con la voz quebrada—. Ningún hombre podrá ser nunca lo bastante bueno para mi preciosa niña.

—Ya había salido con otros hombres antes de David. Y nunca te entrometiste.

—Pero nunca habías ido en serio con ellos —respondió Mary—. Por favor, ¿no podemos hablar de otra cosa?

Laura ignoró la súplica de su madre.

—Es que no tiene ningún sentido. David te cayó mal de inmediato, desde la primera vez que mencioné su nombre. ¿Por qué, mamá?

Los hermosos hombros de Mary se encogieron con gesto nervioso.

—Supongo que nunca confié mucho en los atletas. Pero estaba equivocada, cariño. David era un hombre maravilloso. Estoy segura de que te quería muchísimo.

—¿Y por qué me dices eso ahora?

—No... No lo sé. Supongo que me di cuenta de que estaba equivocada.

—¿Y eso cuándo fue, mamá? —quiso saber Laura—. ¿Cuando murió?

—No... Quiero decir... Laura, por favor, cometí un error. ¿No podemos olvidarnos del tema?

—¿Cómo quieres que me olvide de algo así, mamá? —replicó Laura—. He perdido al único hombre de quien he estado enamorada. Nos vimos obligados a fugarnos en secreto, ¿y sabes por qué?

—Por culpa de los periodistas, ¿no? Os hubieran perseguido por todo...

—¡No, mamá, no fue por eso! Ambos estábamos acostumbrados a tratar con la prensa. Nos fugamos porque mi propia madre juró que solo nos casaríamos por encima de su cadáver. ¡Por eso nos escapamos a Australia sin decírtelo!

Mary comenzó a llorar.

—Y ahora David está muerto.

Mary levantó la cabeza en el acto.

—¡No me puedes echar la culpa de eso! Yo solo... Solo...

—¿Solo qué, mamá? ¿Todavía no entiendes lo que pasó? Por algún maldito capricho tuyo, David y yo nos sentimos apartados de mi propia madre. ¡Nos fugamos a Australia por ti!

—¡Basta, por favor, basta...!

—David se ahogó allí, mamá. El hombre de quien estaba enamorada murió allí porque a ti no te gustaban los deportistas, porque...

—¡Tenía mis razones! —gritó Mary.

—¿Y cuáles eran? ¿Cuáles eran tus razones?

La única respuesta que recibió Laura fueron más llantos, un llanto incontrolable que comenzó a sacudir el cuerpo de Mary. Sus hombros y su pecho se movían agitados. Laura vio el lamentable aspecto que ofrecía su madre y se contuvo. «¿Qué acabo de hacer?», se preguntó. Había acudido allí para perdonar a su madre, para liberarla del inmerecido tormento al que la había sometido durante los últimos meses. Y en vez de eso, la había atacado con tanta saña que las dos habían acabado temblando.

—Lo siento, mamá, no era mi intención. Es que estoy muy dolida, y algunas veces solo ataco sin pensar en nada más...

Abrazó a su madre, y ambas lloraron juntas. Laura le acarició el pelo. Comprendió que algunos secretos desafiaban a la muerte, y que era mejor mantener algunas verdades bien sepultadas en el pasado. Ahora lo comprendía. Sabía que era peligroso decir siempre la verdad. La verdad podía causar dolor. Un dolor devastador. Un dolor que podía destruir vidas.

Pero eso no le daba carta blanca a nadie para proteger a Laura de la verdad y condenarla a llevar una vida en la que la ignorancia fuera una bendición. No, si se trataba de David. Al fin y al cabo, a Laura ya le habían partido el corazón. ¿Qué daño podía hacerle ahora el pasado?

«No —pensó Laura, decidida—. Buscaré la verdad. Y la encontraré».

Todas las miradas estaban fijas en Mark Seidman.

—Puedo lanzar mejor que ningún otro hombre vivo.

—¿Quién demonios es usted? —gritó un reportero.

—Soy Mark Seidman, del *Boston Eagle Weekly*.

—¿El qué?

—No le hagan ningún caso, muchachos —interrumpió Clip—. No es más que un provocador, ignórenlo. En respuesta a su pregunta, Mike, el mejor lanzador que existe hoy en día en el mundo del baloncesto es Timmy Daniels.

—¿Qué apostamos? —insistió el provocador rubio.

Clip miró a los guardias de seguridad.

—Vale, se acabó. Echen a este vagabundo.

Los guardias uniformados comenzaron a subir por las gradas.

Mark se levantó de inmediato. Metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes verdes.

—¡Diez mil dólares! —gritó—. Cien retratos de Benjamin Franklin en billetes nuevos me dicen que puedo derrotar a Timmy Daniels en una competición de triples.

Se hizo el silencio en el gimnasio. Mark vio cómo el rostro de Clip enrojecía.

—¡He dicho que echen a ese vagabundo!

Los reporteros comenzaron a tomar fotos. Mark agitó el dinero.

—Diez mil dólares para la obra de caridad que usted elija, señor Arnstein. Usted no pone nada. La obra de caridad que usted quiera. No tiene absolutamente nada que perder, a menos que tenga miedo de que un muerto de hambre pueda herir el orgullo de su estrella.

Timmy se inclinó hacia Clip.

—Déjeme teparle la boca a ese idiota.

—Sí, Clip —añadió uno de los reporteros—. Deje que Timmy le gane la apuesta a ese muchacho.

Por todo el gimnasio se oyeron murmullos de asentimiento.

El rostro de Clip seguía rojo.

—¿Le importa si cuento ese dinero, bocazas?

—En absoluto —contestó Mark—. Incluso se lo puede quedar mientras lanzamos.

Mark bajó las gradas y le dio el dinero a Clip. Lo miró a los ojos, que seguían lanzado chispas.

Si las miradas matasen... Los murmullos se adueñaron del gimnasio.

«¿Tú qué crees?». «Algún chico rico que quiere tirar el dinero». «Ese tipo no es un reportero». «Un imbécil con un montón de pasta». «Sí, Timmy le dará una lección». «Un chalado».

Clip contó el dinero y soltó un suspiro.

—Vale, acabemos con esto.

Arrojaron una moneda. Ganó Mark, y decidió tirar el último. Uno de los ayudantes del entrenador colocó las pelotas en varias posiciones a seis metros de distancia de la canasta, desde donde únicamente lanzaban los mejores jugadores. Mike Logan miraba con interés. Había cubierto la información del concurso de triples del All Star del año anterior, que se había celebrado en Dallas. David Baskin había ganado, pulverizando su propia marca: veintidós lanzamientos en un minuto. Veintidós... Había sido absolutamente increíble. Timmy Daniels había quedado segundo con veinte; y Reggie Cooter, de los Chicago Bulls, tercero, con diecinueve.

Timmy Daniels se acercó al primer carro lleno de pelotas que había en el lado izquierdo de la canasta. Estaba tan concentrado que lo único que veía era el aro. Se agachó y esperó a que el reloj se pusiera en marcha.

—Dispones de un minuto. Preparado, listo, ¡ya!

Timmy comenzó a lanzar. Fue del lado izquierdo de la canasta al centro. Sus lanzamientos eran como una sucesión de arcoíris que se abrían paso hasta la red.

Timmy estaba lanzando como no lo había hecho en su vida.

—¡Treinta segundos!

—¡Ya lleva doce! —gritó alguien—. ¡Va camino de batir otra marca!

Mark cerró los ojos y rezó para que Timmy fallase algún tiro. Pero Timmy

estaba encestando triples como nunca.

Sus manos se movían con precisión, con el mismo movimiento veloz cada vez que lanzaba.

—¡Tiempo!

Mike Logan alzó la mirada hacia el marcador.

—¡Joder! ¡Veintitrés triples! ¡Un nuevo récord! ¡Ha batido el récord del Relámpago Blanco!

Los aplausos y los vítores resonaron por el pequeño gimnasio. Los compañeros de Timmy, incluido Earl Roberts, se acercaron para felicitar al campeón de triples. Clip le palmeó la espalda. Los reporteros tomaron nota. Incluso Timmy parecía un tanto sorprendido por lo que acababa de hacer.

Clip metió la mano en el bolsillo y sacó el puro de la victoria. La pequeña multitud se volvió loca.

—No tan rápido, señor Arnstein.

Clip miró a Mark por encima de la punta del puro.

—Hijo, más vale que vuelvas por donde has venido.

Murmullos de asentimiento.

—Todavía no —respondió Mark sin perder la calma. Aunque estaba preocupado, claro. Timmy Daniels había hecho unos lanzamientos brillantes—. Ahora lanzaré yo.

—¿Por qué no nos lo ahorras, hijo?

—Me llamo Mark Seidman, señor Arnstein, y esta competición todavía no se ha acabado.

Clip encendió el puro. Todos se rieron.

—Bueno, pues en marcha, señor Mark Seidman. El entrenamiento del equipo se está demorando por su culpa.

Los recogepelotas dispusieron los balones para que Mark pudiera ponerse manos a la obra.

Se dirigió al lado izquierdo de la canasta y se volvió hacia Clip.

—¿Aumentamos la apuesta? —preguntó Mark.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loco, hijo?

—¿Aumentamos la apuesta, sí o no?

Clip sonrió.

—Tú dirás.

—Si gano, me hará una prueba con el equipo. Si pierdo, recibirá otros diez mil para obras de caridad.

Una vez más, las risas resonaron por la calurosa cancha.

—¡Hecho! —gritó Clip.

Mark asintió y esperó. Puso tensos los músculos. Todos lo miraban con gesto burlón. Podía sentir cómo le latía el corazón.

—Preparado, listo, ¡ya!

Mark cogió una pelota del carro y lanzó la primera sin pensárselo dos veces. Demasiado rápido. La pelota golpeó en el aro.

La multitud se rio. El siguiente lanzamiento encontró la canasta. Y también el siguiente, y el siguiente...

—No está mal. Anotará unos quince.

—De ninguna manera.

... y el siguiente, y el siguiente...

—El chico sabe lanzar.

—Ni de coña va a llegar a los dieciséis.

... un fallo, canasta, canasta, canasta...

—Una curiosa manera de lanzar, ¿no?

—Sí, lanza muy rápido. Me recuerda un poco a Baskin.

—¡Eh, Clip, ¿usted qué opina?!

Clip Arnstein no dijo nada. Observaba atentamente los desmañados y sin embargo gráciles lanzamientos. Las manos de Mark eran un relámpago.

—Treinta segundos.

—¡Vaya, el chico ya lleva diez!

Todos miraban mientras Mark se movía hacia la siguiente hilera de pelotas. Aún iba por detrás de Timmy Daniels, y nadie creía en serio que aquel chico

rubio pudiera derrotarle, pero solo siete jugadores profesionales habían anotado más de dieciocho triples, y aquel joven engreído tenía en la mano la posibilidad de alcanzar esa marca.

Mark continuó lanzando sin hacer caso del marcador. Parecía haber entrado en una especie de éxtasis. Lanzaba con fluidez. La pelota llevaba el retroceso perfecto al atravesar la red.

—¡Tiempo!

Un silencio incrédulo. El encargado de anotar el tanteo alzó la mirada.

—Veinticuatro —susurró—. El chico acaba de batir el récord...

Todo el mundo siguió con la mirada a Clip Arnstein mientras se acercaba a paso lento a aquel rubio desconocido que decía llamarse Mark Seidman. Nadie se atrevía a hablar.

Clip se acercó a Mark y le devolvió su dinero.

Mark, con gesto solemne, guardó silencio.

—Unos triples impresionantes, hijo.

Mark no respondió.

—Pero este deporte no solo consiste en meter triples.

La cabeza rubia asintió.

El presidente de los Boston Celtics se lo quedó mirando. El chico acababa de derrotar al mejor lanzador de la NBA y había batido la marca de la liga americana. Debería estar dando saltos de alegría, y, en vez de eso, parecía estar asistiendo a un funeral. Clip se encogió de hombros y se apartó de la triste mirada de los ojos verdes de Mark.

—Aun así, una apuesta es una apuesta —dijo al cabo de un momento—. Ve a cambiarte.

Mark pasó al trote por delante de sus antiguos compañeros de equipo, que lo miraban con suspicacia, y dejó atrás a los periodistas. Mike Logan lo miraba. El reportero no daba crédito a lo que acababa de ver. Un aficionado acababa de batir el récord de triples de la NBA. Y aquel extraño estilo de lanzar, tan parecido a...

Logan sacó su libreta y anotó un apodo, por si acaso el chico lo conseguía.
Relámpago Blanco II.

30 DE MAYO DE 1960

Una vez más, era hora de matar. La segunda víctima.

Las lágrimas asomaron a los ojos del asesino.

«A este no quiero matarlo. De verdad que no. Al fin y al cabo, es una víctima inocente».

Pero tal vez no lo fuera. Tal vez fuera culpable, y su muerte condujera por fin a la paz. Quizá su muerte fuera positiva a largo plazo. Siempre mueren los inocentes. Hay que hacer sacrificios. De vez en cuando, el fin justifica los medios. Así era como funcionaban las cosas en el mundo.

El argumento no era muy convincente.

El momento había llegado. Sin previo aviso y en silencio, el asesino introdujo el instrumento de acero letal en la víctima inocente. La sangre brotó a chorros, mucho más de lo que había esperado el asesino. El oscuro líquido rojo se derramó por el suelo, y lo manchó todo a su paso.

«Qué rápido se acaba todo», pensó el asesino, mientras veía cómo la muerte reclamaba otra vida antes de que llegase su momento.

El asesino se volvió hacia su cómplice, que permanecía acurrucado en las sombras y lo miraba con auténtico terror.

—Limpia los restos —le ordenó con voz fría—. Y hazlo deprisa.

—¿Tengo que hacerlo?

—Sí. Ahora, date prisa.

El cómplice apenas había dado un par de pasos cuando la puerta se abrió.

El asesino y el cómplice soltaron una exclamación y se miraron. Una niña muy pequeña asomó la cabeza por el umbral. La pequeña no consiguió ver muy

bien el interior, pero sí vio la sangre. Un montón de sangre. Su grito atravesó la habitación en silencio.

—¡Mamá! ¡Mamá!

—¡Sal de aquí, Gloria! ¡Sal de aquí ahora mismo!

—Serita brilla con una «belleza mineral» en este vestido de fiesta plateado con un cinturón dorado ancho alrededor de su cintura. El cinturón puede quitarse para dar una impresión más informal. Observen la caída de la espalda...

Serita se volvió para mostrarle al público su magnífica espalda.

Desde detrás de la cortina, Laura miraba a su amiga. Un cartel por encima de la pasarela decía:

¡SÉ TU PROPIO SVENGALI!
¡NUESTRO NUEVO HALLAZGO: BENITO SPENCER!

El célebre logo SV de Svengali adornaba los dos extremos del cartel. Algunos de los nombres más importantes del mundo de la moda abarrotaban el salón de baile del New York Nikko Hotel. Laura había reservado la primera fila para los críticos más destacados, y aquella misma noche, en el Palladium, celebrarían una fiesta para el señor Benito Spencer. El departamento comercial de Svengali había trabajado a fondo para asegurarse de que el primer desfile de la compañía en casi cinco meses recibiese muchas críticas positivas.

Serita caminó hasta el final de la pasarela, hizo un último giro y volvió. No había duda, pensó Laura: su amiga era la mejor de las profesionales. Disfrutaba en la pasarela como una actriz en el escenario. Con la espalda recta, todo su ser transmitía una aureola de sofisticación y elegancia. Serita podía poner de moda hasta las camisas hawaianas. Aun así, también permitía al público espiar bajo su imperturbable fachada y ver que no era un mero maniquí, sino una mujer de verdad que se divertía en la pasarela.

Con una última mirada de absoluta compostura, Serita realizó la salida final.

Una vez fuera de la pasarela, su gesto sereno desapareció por completo.

—¡Apartaos de mi camino! —exclamó, mientras su elegante y despreocupado paso de la pasarela se convertía en el sprint de Carl Lewis.

A medida que se acercaba a su camerino, trataba de abrir las cremalleras del vestido. Cuatro ayudantes corrían detrás de ella. Una consiguió cambiarle los pendientes sin que ella dejase de moverse. Otra iba retocándole el maquillaje. Cuando Serita llegó al camerino (que, en realidad, era parte de la cocina del hotel) y se sentó, la tercera ayudante le quitó los zapatos de tacón alto plateados y los sustituyó por otros negros de tacón más bajo. La cuarta le puso una blusa blanca sobre los hombros. Con los ojos muy abiertos, Serita se levantó y corrió de vuelta hacia la entrada de la pasarela. Otra ayudante la seguía con un collar de perlas. Serita se detuvo y, mirando a Laura, le puso los ojos en blanco mientras le colocaban las perlas alrededor de su cuello de cisne.

—Cómo odio todo esto —le susurró a su amiga.

—¿A quién quieres engañar? —replicó Laura—. Te encanta.

—Es verdad.

Cuarenta segundos después de que Serita hubiese salido de la pasarela con un vestido de fiesta plateado y cinturón dorado, entró de nuevo vestida con un traje de chaqueta azul marino con corbata de cuero.

—¿No está Serita elegantísima con este ultimísimo...?

—¡Te adoran! —exclamó un ayudante que se encontraba junto a Benito Spencer.

El diseñador silenció a su ayudante con una mirada severa, y luego le dio una calada a su cigarrillo con la fuerza suficiente como para inhalar una pelota de tenis a través de una pajita.

Laura se volvió y le ofreció una sonrisa llena de seguridad a su último diseñador, Benito Spencer, que en realidad se llamaba Larry Schwartz. Era un joven de veintitrés años de rostro delgado y pelo largo, que sin duda era consciente de que aquel día estaba en juego su futuro en el mundo de la moda. Los críticos presentes entre el público, personas normales que habían acumulado

un enorme poder en el mundo de la moda, tenían en sus manos la posibilidad de encumbrar a Benito Spencer o destrozarlo para siempre. A la mañana siguiente, Benito sería o bien el «último genio de la moda» o bien «un fracasado sin talento». Por mucha publicidad que se le diese a aquel pase, quienes decidían eran esos críticos. La mayoría de ellos nunca habían sido capaces de hacer realidad sus sueños de encontrar un patrocinador u organizar su propio desfile, como estaba haciendo ahora Benito. Para Svengali, lo de aquel día se reducía a una simple jugada financiera. Para Benito era mucho más.

El joven diseñador le devolvió la sonrisa, apagó el cigarrillo y se entretuvo con un vestido, buscando la manera de mantenerse ocupado. Lo cierto era que Laura le deseaba lo mejor. Era un hombre sensible a quien creía dotado de un enorme talento, y ella confiaba ciegamente en que todo iría bien.

Cada vez que presentaba a un nuevo talento al mundo de la moda, Laura se sentía emocionada. Se pasaba semanas trabajando en las nuevas colecciones, y lo hacía con la pasión de un escultor frente a un trozo de mármol virgen. Se quedaba horas y horas en la oficina, y repasaba todos y cada uno de los detalles de la presentación hasta que todo encajaba perfectamente. Solo daba por terminada su labor cuando empezaba el desfile. Entonces se dedicaba a contemplar los frutos de sus largas horas de trabajo, y se dejaba llevar por aquella gratificante sensación de alegría.

Ahora, sin embargo, su trabajo había dejado de producirle tales sentimientos. La vida carecía de emociones como la alegría, el afecto y la pasión. La vida ya no era más que mera supervivencia. Era una alternativa a la muerte, aunque no sabría decir si bienvenida o no. Svengali era el salvavidas al que se aferraba en aquel mar de desesperación. El trabajo, como la vida, se había convertido en una manera de dejar pasar el tiempo, una distracción ocasional de la realidad.

Ella nunca había concebido el trabajo en esos términos. Recordó con cuánta alegría preparaba los desfiles cuando David vivía. Pensó en el desfile anterior. Se había celebrado en el Beverly Hills Hotel, apenas unos días antes de que David y ella viajasen a Australia. Parecía que hubiese pasado una eternidad. Laura se

había quedado hasta la madrugada en las oficinas de Svengali durante casi toda aquella larga semana. Faltaban pocas para el desfile, y ella estaba sola en su despacho, repasando la distribución de los asientos. La ubicación era un elemento crucial en un buen desfile de moda. Si te equivocabas con un crítico importante y te olvidabas de ponerlo en una de las primeras filas, la presentación acabaría siendo un desastre, por muy buenos que fuesen los diseños.

Estaba trabajando en su mesa, con la cabeza inclinada sobre el listado de críticos de moda que iban a asistir al evento. Sabía que el crítico de *Vogue* se llevaba a matar con el de *Mademoiselle*, así que no sería prudente sentarlos juntos. Y el de...

Laura se detuvo. Aunque sabía que la oficina estaba desierta, notó que alguien estaba mirándola. Levantó la cabeza poco a poco y miró hacia la puerta.

—Hola —susurró David.

Ella vio el brillo de las lágrimas en sus ojos.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —le preguntó.

—Unos cinco minutos.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —asintió David—. Solo quería darte una sorpresa.

—¿Qué pasa, David?

Él sonrió.

—Nada, amor mío. Nada en absoluto.

—Estás llorando.

—Solo lagrimeo un poco, Laura.

—¿Por qué?

David se encogió de hombros, cruzó la habitación y la abrazó.

—¿Qué quieres que te diga? He venido para darte una sorpresa. Llevas semanas trabajando hasta muy tarde, y he pensado que no te iría mal un breve descanso.

—Has acertado —señaló Laura.

—Sea como sea, cuando he llegado a la puerta y te he visto sentada ahí,

trabajando... No sé. Me encanta mirarte. Me encanta ver cómo inclinas la cabeza cuando lees. Me encanta cómo sonríes cuando se te ocurre una nueva idea, y cómo te apartas el pelo con el dedo. Incluso me encanta la manera en que se sacude tu pierna derecha. Así que estaba mirando, hipnotizado, y pensaba en lo guapa que eres y en lo mucho que te quiero y en todo...

Laura le dio un beso.

—Eres un hombre muy dulce, ¿sabes? A veces pienso que...

—Ahora no empieces tú también —la interrumpió David—. Solo puedo soportar cierta dosis de cursilería.

—Te quiero, David. Y te querré siempre.

«Este Svengali especial de Benito Spencer es perfecto para la mujer en marcha. Se puede llevar con o sin la chaqueta...».

¿Por qué se lo habían arrebatado todo con tanta crueldad?

Los rostros de los importantes críticos de la primera fila se convirtieron en una única masa de color carne. Habían pasado más de dos semanas desde que Laura había hecho las paces con su madre, dos semanas en las que Laura había hecho todo lo posible por sumergirse en la preparación de aquel desfile. Aun así, la conversación con su madre seguía torturándola. Laura estaba segura de que ocultaba algo. Algo relacionado con David.

¿Qué podía ser? ¿Cabía la posibilidad de que David le hubiera ocultado algo que tuviera que ver con su pasado? Y en tal caso, ¿cómo podía saberlo la madre de Laura? ¿Por qué no se lo podía contar? ¿Qué podría haberle pasado a David que explicara todos esos acontecimientos tan peculiares?

«Un asesinato».

Los pensamientos de Laura se agitaron con violencia. Intentó apartarlos de su mente, pero parecían haber anclado con fuerza.

T. C., la tía Judy, su padre... Todo el mundo actuaba de una manera muy extraña...

«Un asesinato».

Era como si todos sospechasen algo...

En segundo término, oyó la voz del presentador de Svengali: «Sin duda triunfarán con este conjunto rojo...».

Había desaparecido medio millón de dólares. Quinientos mil dólares. La gente era capaz de cometer verdaderas locuras por ese dinero. Mentir. Estafar. Engañar. Robar. Asaltar. Secuestrar.

«Un asesinato».

Laura recordó su conversación con Richard Corsel en el banco.

—Su marido me ordenó transferir el dinero a un banco de Suiza.

—¿Cuándo?

—Lo siento, señora Baskin, no puedo decírselo.

¿Por qué se mostraba Corsel tan poco dispuesto a decirle «cuándo»? A menos que... La asaltaban multitud de preguntas sobre la muerte de David. Se había ahogado en las turbulentas aguas del océano Pacífico.

¿Ahogado? ¿David?

No tenía ningún sentido. Recordaba todos y cada uno de los comentarios sobre las peligrosas corrientes del océano, pero aquello no tenía sentido. Por muy fuertes que fuesen las corrientes, David era un nadador excelente y muy precavido. David habría comprobado las corrientes y la marea antes de zambullirse. Podía ser imprevisible, pero nunca se arriesgaba sin necesidad, sobre todo si su vida pudiera correr peligro.

¿Era posible que un hombre como él acabara ahogándose?

«Un asesinato».

Todo su entorno parecía susurrar esa palabra. Faltaban quinientos mil dólares. Habían desaparecido apenas unos días después de la muerte de David. ¿Coincidencia o...?

«Un asesinato».

Quizá T. C. y los demás sospecharan lo mismo. Eso explicaría esa actitud tan extraña con ella. ¿Intentaban protegerla de la verdad? ¿Era la razón por la que T.

C. había desaprobado que Laura presionara de aquel modo a Corsel en el banco? ¿El dolor causado por la muerte de David la había cegado hasta el punto de no poder ver la verdad?

«El último conjunto es un vestido de noche del todo innovador...».

Laura se sentó. El Nikko Hotel y el desfile de moda se evaporaron de su mente, se disolvieron en los sonidos de un fondo distante. ¿Se estaba volviendo loca, o por primera vez todo aquello comenzaba a tener sentido? Había pasado casi cuatro meses de suplicio desde la muerte de David. Cuatro meses que se le habían hecho eternos. Laura seguía sin poder aceptarlo. Su cabeza le gritaba que la gente como David no desaparece sin más. Esas cosas no suceden. Y menos aún a un hombre como David.

«David, ¿qué te ha pasado? ¿Qué te han hecho?».

El desfile acabó. Serita se acercó a Laura y se sentó a su lado.

—Creo que ha ido bien.

Laura asintió.

Serita reconoció la ya habitual expresión en blanco en el rostro de Laura, pero en aquella ocasión había algo más en la mirada de su amiga.

—Oh, oh, ¿qué pasa, Laura?

Laura se volvió hacia ella.

—Algo no va bien, Serita.

—¿A qué te refieres?

Antes de que pudiese responder, uno de los ayudantes de Benito Spencer tocó a Laura en el hombro.

—Tiene una llamada telefónica.

—Que deje un mensaje —dijo Laura.

—Es el señor Richard Corsel, de un banco de Boston. Dice que es urgente.

Gloria se secó el rostro con una toalla gris que cogió del toallero. Era curioso que en el baño de Gloria todo fuera gris. En el de sus padres, el rojo era el color

dominante. En el de Laura, en cambio, era el azul. En el baño de la planta baja predominaba el amarillo. En el de Gloria, sin embargo, todo era gris. Se preguntó si aquello era una especie de presagio.

Bueno, ya no.

Acabó de secarse y colgó la toalla en el toallero. Se volvió hacia el espejo y utilizó las manos a modo de peine. Su melena rubia se veía espléndida. Observó su reflejo con atención, y decidió que nunca se había visto ni sentido mejor. De hecho, se sentía tan bien que, a pesar de las protestas de la doctora Harris, Gloria había cancelado el resto de sus sesiones. Ya no necesitaba la ayuda de ninguna psiquiatra. De ahora en adelante, su terapia sería el amor.

Gloria volvió al dormitorio, pasó por encima de sus dos maletas y bajó las escaleras. Cuando llegó a la puerta del estudio, dudó un momento antes de entrar.

Sus padres estaban leyendo en el sofá. James Ayars levantó la cabeza al verla. La miró desde detrás de sus gafas de media montura. Sujetaba un ejemplar del *New England Journal of Medicine*. La hermosa Mary Ayars estaba sentada con los pies apoyados en un puf. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, y leía el último número del *New Yorker*.

—Hola —saludó Gloria.

—Hola, cariño —respondió su madre, que dejó la revista a un lado—. ¿Todo bien?

—Todo perfecto —respondió ella—. Solo quería hablar con vosotros de una cosa.

Su padre se irguió en el asiento.

—¿De qué se trata?

Gloria no sabía por dónde empezar.

—Ya sabéis que, en las últimas semanas, he estado viéndome con un amigo.

—¿Sí? —dijo Mary.

Las palabras de Gloria salieron deprisa.

—Bien, mi acompañante es un hombre, y es más que un amigo. Estuvimos en

el Deerfield Inn hace un par de fines de semana, y desde entonces he pasado todas las noches con él.

Gloria miró a sus padres. Como siempre, el gesto de su padre no revelaba nada. El rostro de su madre, en cambio, parecía brillar.

—¿Has conocido a un hombre agradable? —preguntó Mary, ilusionada.

Gloria asintió.

—Es muy especial. Hemos decidido irnos a vivir juntos.

—Comprendo —dijo el doctor Ayars.

—Estamos enamorados.

—Comprendo —repitió su padre, con un pequeño gesto de asentimiento.

—¿Y cómo se llama el joven, cariño? —preguntó Mary con una sonrisa.

Gloria se recogió la melena y volvió a dejarla libre.

—Stan Baskin.

La sonrisa desapareció del rostro de su madre como si le hubiesen dado una bofetada.

—¿Qué?

—El hermano de David, mamá. Aunque creo que tú no llegaste a verlo, vino a Boston para el funeral de David... Tú, en cambio, sí lo conociste, ¿verdad papá?

—En realidad, no —respondió James en un tono neutro—. Todo estaba muy confuso en el funeral, y no tuve ocasión. Pero Laura me ha contado lo bien que se ha portado con ella.

—Así es —asintió Gloria. Miró hacia su madre, cuyas adorables facciones estaban congeladas en un gesto de terror.

El doctor Ayars se quitó las gafas de lectura.

—¿Cuándo ocurrió todo esto?

—Pues ocurrió y ya está —Gloria se encogió de hombros—. Estamos muy enamorados.

Mary consiguió recuperar la voz.

—Cariño, ¿de verdad estás segura de todo esto? Quiero decir que irse a vivir con un hombre es un gran paso.

—Lo sé, mamá, pero tengo más de treinta años. Ya no soy una niña, y quiero a Stan.

El miedo apareció en los ojos de Mary.

—Gloria, no creo que debas...

—Te deseamos la mejor de las suertes —la interrumpió su padre, que silenció a su esposa con una dura mirada—. Si tú eres feliz, nosotros también.

Sin hacer caso de las reservas de su madre, Gloria corrió a abrazar a su padre y le dio un beso. Luego hizo lo mismo con su madre.

—Os quiero mucho a los dos.

—Y nosotros también —respondió James con una sonrisa afectuosa—. Nos encantará conocer a ese joven tan pronto como lo creas conveniente. Invítale a cenar cualquier noche de estas.

—¡No...! —Mary se interrumpió y recuperó el control—. Me refiero a que lo hagas solo si tú quieres, Gloria. No queremos presionarte.

—No me estáis presionando. Creo que sería muy agradable.

—Bien —añadió su padre.

—Papá, ¿podrías ayudarme a cargar las maletas en el coche?

—Por supuesto, cariño. No tardaré ni un segundo.

Gloria salió de la habitación. James señaló la página con un marcador y dejó la revista sobre la mesa de centro. Exhaló un suspiro, se levantó sin prisa y luego se volvió hacia su esposa.

—Creo que es hora de que tú y yo hablemos seriamente.

—Te digo que a ese tipo le pasa algo raro —le comentó Earl Roberts a Timmy Daniels.

—Y que lo digas —respondió Timmy—. No creo haberle oído decir más de cinco palabras desde que me derrotó en el concurso de triples, hace dos semanas.

Los dos jugadores bebieron un poco de agua del surtidor y volvieron a la cancha. Ambos estaban bañados en sudor. En realidad, los quince jugadores

presentes en la pista de los Celtics estaban empapados. Era el momento del descanso. Todos los jugadores estaban dispersos por el suelo del gimnasio y recuperaban el aliento durante la pausa de cinco minutos.

Todos menos uno.

Timmy se dejó caer en el suelo junto a Earl.

—Nunca dice nada. Solo juega y se marcha.

—Yo lo prefiero así —contestó Earl.

—¿Por qué lo dices?

—No me gusta. Hay algo en él que no me cuadra.

—¿A qué te refieres?

Earl se encogió de hombros.

—Hablemos claro. Mark Seidman es un gran jugador. Puede lanzar y dar pases como ningún otro.

—¿Y?

—Pues que me pregunto de dónde demonios ha salido. ¿Cómo puede ser tan bueno y no haber jugado nunca en ningún equipo universitario?

Timmy se acomodó para mirar los lanzamientos de Mark.

—No tengo ni idea. Creo que le dijo a Clip que fue a la universidad en el extranjero. Su familia viajaba mucho o algo así.

—Aun así —insistió Earl—, nadie había oído hablar de él. Y ahora resulta que tampoco hace declaraciones a la prensa. Han intentado entrevistarle, pero él no les hace caso. ¿Qué novato hace eso? Me refiero a que este es su primer año en la NBA, y ya actúa como una *prima donna* con los medios. No lo entiendo.

Timmy asintió con un gesto.

—El sueño de cualquier chico es jugar en la NBA y, sin embargo, siempre parece que esté condenadamente triste.

Los dos compañeros siguieron las evoluciones de Mark en la pista. El nuevo novato encestaba una y otra vez.

Earl se secó el rostro con una toalla.

—Además, hay algo que me parece de lo más inquietante.

—Sé a qué te refieres —dijo Timmy.

—Es como si intentase jugar como él intencionadamente. Y eso me cabrea.

Timmy se volvió hacia Earl.

—No creo que sea su intención —manifestó—. Hay otros jugadores que saltan igual que él.

—Sí —respondió Earl, mientras otro de los lanzamientos de Mark pasaba por el aro metálico—, pero ¿cuántos de ellos lo hacen de una manera tan exacta?

Cuando Laura y Serita entraron juntas en el Banco Heritage de Boston, todo el mundo se quedó callado. Las máquinas de escribir enmudecieron. Las cabezas se volvieron. Los ojos se dilataron. Las bocas se abrieron... Caminando por separado, Laura y Serita podían hacer llorar a un hombre; pero mirarlas a ambas al mismo tiempo podía causar un accidente cerebrovascular.

—Todos nos están mirando —le susurró Serita.

—Ya, y te encanta.

—Siempre.

Pasaron junto a los empleados y se dirigieron a la zona de los despachos ejecutivos. Las cabezas, los ojos, las bocas y la mirada de los hombres las siguieron.

Cuando ya nadie podía verlas, Laura oyó que las máquinas de escribir volvían a sonar.

Una secretaria mayor con el pelo gris verdoso las miró desde su mesa. Se puso las gafas y entrecerró los ojos con suspicacia. El rótulo de su mesa decía ELEANOR TANSMORE.

—¿En qué puedo ayudarlas?

—Queríamos ver al señor Richard Corsel —dijo Laura.

—Comprendo —respondió Eleanor Tansmore—. ¿Tienen cita?

—No exactamente —contestó Laura—, pero creo que él nos está esperando.

—Bien, el señor Corsel está muy ocupado. Quizá puedan llamar más tarde y

concertar una cita.

—Se me ocurre algo mejor —interrumpió Serita—. ¿Por qué no llama al señor Corsel y le dice que estamos aquí?

—¿Y a quién debo anunciar?

Serita le dirigió una sonrisa pícaro.

—Somos las dos mujeres que el señor Corsel compró a nuestro agente. El señor Tyrone Landreaux.

—¿Perdón? —dijo la secretaria.

—Una negra, otra blanca. Es lo que él pidió.

—¿Qué?

—Dese prisa, encanto. Dígale que estamos aquí. Mi tiempo es dinero. Mucho dinero, si sabe a qué me refiero.

Eleanor Tansmore cogió el teléfono y sonrió con ironía.

—¿Han traído esta vez sus propios látigos y cadenas? —preguntó a Serita—. Ya sabe que el señor Corsel no usa el suyo con cualquiera.

Serita miró a la mujer, asombrada.

—¿Se está quedando conmigo?

—Sí.

Una sonrisa de respeto apareció en los labios de Serita.

—Es usted toda una mujer, señora T.

—Usted tampoco está mal —respondió la señora Tansmore—. Mientras tanto, siéntense.

—Le pido disculpas por el comportamiento de mi amiga —interrumpió Laura—, pero si le dice al señor Corsel que Laura Baskin está aquí, creo que encontrará un momento para atenderme.

—¿Laura Baskin? ¿La modelo?

—La antigua modelo —la corrigió Laura.

—Leí lo de su marido. Lo siento mucho.

—Gracias.

Eleanor Tansmore miró hacia Serita.

—¿Quién es su compañera?

—Soy su guardaespaldas —contestó Serita.

La secretaria les dirigió una amañada sonrisa profesional.

—Si tienen la amabilidad de sentarse, avisaré al señor Corsel enseguida.

Laura y Serita se sentaron. Se abrió la puerta de uno de los despachos, y salió un hombre bajo con un bigotito.

—¿Es él? —preguntó Serita.

Laura negó con la cabeza.

—Mejor.

El ejecutivo miró a las dos hermosas mujeres sentadas en la sala de espera. Escondió la barriga y les sonrió. Serita le devolvió el saludo con un guiño seductor. Luego cruzó lentamente sus largas piernas. El hombre casi tropezó con su propia lengua.

Serita se rio.

—Déjalo ya —le advirtió Laura.

—Lo siento.

—Lo digo en serio, no se te puede llevar a ninguna parte.

—Solo intento mantener un ambiente alegre.

—Pues mejor olvídalo.

—Vale, pero nunca te había visto tan tensa. No te conviene, Laura. Solo intento que estés relajada.

—¿Serita?

—¿Qué?

—¿Crees que estoy loca? Me refiero a toda esta historia de la conspiración y el asesinato.

Serita se encogió de hombros.

—Es probable.

—Gracias.

—Mira, Laura, nunca superarás esto del todo hasta que tengas la certeza absoluta de qué demonios pasó. Así que ve a por ello. No dejes una piedra sin

remover. Si hay algo oscuro en toda esta historia, lo descubrirás. Si no es así, también lo descubrirás.

Eleanor Tansmore se acercó.

—El señor Corsel las recibirá ahora.

Laura se levantó.

—¿Vienes?

—No —respondió Serita con una sonrisa—. Te esperaré aquí con mi amiga la señora T. Encárgate tú de machacarlo.

—Eres una buena amiga —dijo Laura.

Dio media vuelta y se alejó por el pasillo.

Cuando Laura desapareció en el despacho de Corsel, la sonrisa se esfumó del rostro de Serita. Parpadeó para librarse de las lágrimas.

—La mejor —susurró para sí misma.

El doctor James Ayars miró a la mujer que era su esposa desde hacía treinta y tres años. Sus recuerdos volvieron al día en que se habían conocido. En aquel entonces, él era médico interno en Chicago, donde trabajaba cien horas a la semana cuando las cosas estaban tranquilas. En aquella época, salía con una brillante estudiante de la Universidad de Chicago llamada Judy Simmons. La bonita Judy Simmons. Una chica preciosa. Cabello castaño rojizo, bonita figura... Era una chica divertida con la que daba gusto charlar. El doctor Ayars había estado muy enamorado de Judy Simmons.

Hasta que conoció a su hermana menor, Mary.

Cuando Judy le presentó a Mary, él sintió un gorgoteo en su estómago. Jamás había visto una criatura tan hermosa, nunca había imaginado que pudiese existir tanta belleza. Aquel día, Mary Simmons le sonrió para lanzar su poderoso hechizo de seducción sobre él.

Aquel hechizo lo dejó tembloroso e indefenso.

Sus ojos ardían por el deseo irrefrenable cada vez que la veía. Sabía que

tendría que conseguir que fuese su esposa. Lo que tuviera que hacer era lo de menos: necesitaba amarla, tenerla...

Aquella obsesión incluso llegó a darle miedo.

Por supuesto, no fue nada fácil. Había que pensar en Judy, pero la dulce y bondadosa Judy le comprendía. Se echó a un lado y les deseó mucha suerte a ambos.

Ahora, casi treinta y cuatro años más tarde, Mary seguía siendo bellísima. Aún había ciertos momentos en que su estómago parecía bailar cuando se detenía a contemplar su impresionante belleza. El matrimonio había tenido su ración de problemas —¿qué matrimonio no los tenía?—, pero, en general, para James había sido una experiencia muy satisfactoria.

Habían criado a dos hermosas criaturas. La vida los había tratado muy bien... Si no fuera por...

—¿Qué pasa? —le preguntó James a su esposa.

—¿Qué pasa? —repitió ella.

—Ya sabes a qué me refiero. Primero no le diste el visto bueno a David. Y ahora tampoco se lo das a su hermano. ¿Por qué?

Mary tragó saliva.

—Yo... En realidad no estoy segura. No confío en esa familia.

—¿Por qué no?

—Lo cierto es que no lo sé, James.

—Mary, siempre has sido una buena madre. Siempre me he sentido orgulloso de cómo has criado a nuestras hijas. ¿Recuerdas cuando Gloria tenía problemas y juré que no le permitiría volver a poner los pies en esta casa?

Mary asintió.

—Bueno, pues estaba equivocado —añadió James—. Y tú lo sabías. Pero también sabías lo inútil que habría resultado discutir el asunto. En vez de eso, me mostraste el camino con palabras amables. Me hiciste comprender que daba igual lo que hubiera hecho Gloria: seguía siendo nuestra hija. ¿Lo recuerdas?

Mary asintió de nuevo.

—Ahora creo que ha llegado mi turno —continuó James—. Creo que deberías sopesar muy en serio qué consecuencias tiene lo que estás haciendo. Mira lo que ocurrió cuando rechazaste a David...

—¡¿Qué?! —lo interrumpió Mary, casi gritando—. ¿Tú también me estás echando la culpa?

—Laura no te echa la culpa —le aseguró él con voz amable—, Ni tampoco yo. Laura está sufriendo mucho. Descarga su rabia y dice barbaridades en las que no cree.

—Yo no tuve la culpa —insistió Mary—. Solo hice lo que consideré correcto.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Ayars—. ¿Qué tenías en contra de David?

—Solo hice lo que me pareció mejor.

—¿Mejor para quién? —quiso saber James.

Ella se volvió hacia su marido con una mirada desafiante.

—Para Laura.

—¿Y esa verdad también vale para Gloria y Stan? ¿Estás haciendo lo mejor para Gloria?

Mary cerró los ojos con fuerza y se echó hacia atrás en el sofá.

Los pensamientos volaron sin rumbo a través de su mente. Intentó concentrarse, pero le resultaba tan difícil.

«James es a veces tan sabio —pensó—. Y tiene razón, por supuesto».

Esta vez sus palabras no las había dicho con la esperanza de proteger a su hija. Esta vez, se había puesto ella primero. Y sabía que era un error. Sus hijas siempre tenían que estar primero. Siempre.

El miedo hizo que se estremeciera. «Cálmate —se dijo a sí misma—. Después de todo ¿qué daño puede causarnos Stan Baskin?».

La respuesta hizo que se estremeciera de nuevo.

Una sonrisa nerviosa apareció en el rostro de Richard Corsel cuando se levantó

para saludar a Laura. Su cabello ralo necesitaba un buen peinado. Su rostro necesitaba un afeitado. Distaba mucho de ser el pulcro y elegante vicepresidente que Laura había conocido meses atrás.

—Señora Baskin —dijo Corsel, y su sonrisa se amplió por un momento antes de volver a su estado original—, es un placer volver a verla.

—Gracias.

—Por favor siéntese —continuó Corsel—. ¿Cómo se siente en este día tan agradable?

—Bien.

—Bueno, bueno... —Miró a su alrededor como un animal enjaulado que busca una salida—. ¿Puedo servirle algo? ¿Le apetece un café?

—No, gracias. Señor Corsel, dijo usted por teléfono que tenía algo urgente que comunicarme.

La sonrisa se apagó como si Corsel hubiese llegado al límite de sus fuerzas.

—Así es, o al menos lo intentaré.

—No lo entiendo.

Corsel negó con la cabeza con un movimiento cansino. Parecía exhausto.

—Yo tampoco, señora Baskin. Yo tampoco.

—¿A qué se refiere?

Corsel recogió una estilográfica y luego la dejó sobre la mesa.

—Me refiero a que he vuelto a revisar las operaciones realizadas en la cuenta de su marido. Algo podría estar mal.

—¿Mal?

—Podría estar mal —la corrigió Corsel. Abrió el cajón de la mesa y sacó un expediente—. ¿Puedo hacerle una pregunta, señora Baskin?

Laura asintió.

Corsel se reclinó en la silla. Su mirada se fijó en un punto indeterminado del techo y permaneció allí por unos instantes.

—Según los periódicos, el 14 de junio su marido se fue a la playa a nadar un

poco y se ahogó en algún momento de aquel día, entre las cuatro y las siete de la tarde, hora australiana. ¿Es correcto?

—Sí.

Corsel asintió y volvió a fijar su mirada en el techo.

—Bien. Hay una diferencia horaria de quince horas entre Boston y Australia; estamos quince horas por detrás. Por lo tanto, eso significa que el señor Baskin murió en algún momento del 14 de junio entre la una y las cuatro de la madrugada, hora de Boston.

—Correcto.

Corsel se inclinó hacia delante, pero siguió sin mirarla.

—Entonces, no cabe más que concluir que recibí su llamada el 14 de junio a las ocho y media de la mañana. Es decir, alrededor de la medianoche en Australia y por lo menos cinco horas después de que se ahogase.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Laura.

—Tenga —continuó Corsel, pasándole una carpeta a Laura—. Léalo. Según esto, el señor Baskin me llamó varias horas después de haberse ahogado.

—¿Está seguro de la hora? ¿Podría tratarse de algún error?

Corsel negó con la cabeza.

—No, imposible. Recuerdo perfectamente que, a pesar de que reconocí la voz de su marido y de que me dio el número de código de acceso, insistí en que verificásemos los datos debido a la magnitud de la transacción.

—¿A qué se refiere con verificar los datos?

Corsel tragó saliva.

—Le pedí que me diese el número de teléfono del lugar en que se encontraba para que pudiera llamarle. Una mujer con acento australiano atendió mi llamada y me pasó con él. El número está escrito aquí, en el informe. También está la copia de la factura de teléfono, que confirma la hora.

Laura buscó en la carpeta hasta que encontró el número de teléfono: 011-61-70-517-999. Luego vio la hora de la llamada. Se le cayó el alma a los pies. ¿Cómo era posible...?

La llamada se había realizado a las ocho y cuarenta y siete del 14 de junio. Trece minutos antes de la medianoche en Australia. Varias horas después de que David se hubiera... ahogado.

—El 011 es el prefijo de las llamadas de larga distancia —explicó Richard Corsel—. El 61 es el prefijo de Australia. El 70 es el prefijo de la ciudad de Cairns.

«Cairns —pensó Laura—. Allí es donde me reuní con el Grupo Peterson, mientras David se ahogaba en las aguas cercanas».

—No lo entiendo, señor Corsel. ¿Cómo pudo David llamarlo cinco horas después de ahogarse?

Corsel se encogió de hombros.

—No soy detective, señora Baskin. Solo puedo dar fe de los hechos que tiene usted delante. Por mucho que me duela decirlo, creo que usted tenía razón. De alguna forma, alguien fue capaz de conseguir el código de acceso de David e imitar su voz lo bastante bien como para engañarme. No puedo imaginarme qué otra cosa pudo ser... A menos, por supuesto, que el forense se equivocase al establecer la hora de la muerte.

Laura se removió en la silla. Si el forense se había equivocado, ¿dónde había estado David todas esas horas? ¿Y por qué iba David a transferir su dinero antes de darse un baño a medianoche?

—¿Puedo quedarme con este expediente, señor Corsel?

—Preferiría que, por el momento, tome nota de lo que considere pertinente. Por supuesto, seguiré intentando rastrear el dinero desaparecido. Su marido... Quiero decir, quienquiera que hiciese la llamada, tenía el código de acceso e insistió en que todo esto se mantuviera en el más absoluto de los secretos. Por favor, señora Baskin, yo nunca le he enseñado esto. Y esta vez lo que me preocupa es algo mucho más valioso que mi trabajo.

Laura asintió. Y comprendió perfectamente a qué se refería Corsel.

Cuando Laura y Serita llegaron a casa de Laura, esta cogió el teléfono y llamó al 011-61-70-517-999. Se imaginó que la llamada viajaba a través de miles de kilómetros de cables y transmisiones de satélite que conectaban Boston con una pequeña ciudad situada en la otra punta del mundo, en Australia. Al cabo de unos pocos segundos, se oyó una fuerte descarga de estática. A continuación, sonó un tono de llamada.

Laura sujetó el auricular con todas sus fuerzas. Contestaron al tercer tono. Un sonido agudo viajó a través de medio mundo, seguido por la voz de una mujer joven.

—Hotel Pacific International. ¿En qué puedo ayudarle?

Laura colgó el teléfono sin responder.

—¿Qué pasa, Laura? —preguntó Serita—. ¿A quién pertenece ese número?

Laura se acordaba muy bien de aquel hotel. La ventana del despacho del Grupo Peterson le daba una perfecta perspectiva del único edificio alto que había en el Martin Jetty.

—Al Hotel Pacific International.

Serita se encogió de hombros.

—¿Y eso qué significa?

—El Hotel Pacific International está en la misma calle que el edificio del Grupo Peterson —le explicó Laura con una voz desnuda de toda emoción—. Quien llamó al banco lo hizo desde un hotel que estaba prácticamente enfrente de donde yo me estaba reuniendo con Peterson.

Serita se echó hacia atrás en la silla, y se quitó los zapatos con un brusco movimiento que los lanzó al otro lado de la habitación.

—Todo este asunto se está poniendo un tanto siniestro, ¿no?

Laura no respondió.

—Supongo que ahora empezará a sonar la música de *La dimensión desconocida*, ¿no? —añadió Serita—. ¿Cuál será el siguiente paso? ¿Vas a llamar a T. C.?

—Todavía no —respondió Laura.

—¿Por qué no?

—Porque creo que él ya sospecha algo.

—¿Qué? ¿Cómo es posible?

Laura se encogió de hombros.

—Bueno, al fin y al cabo, él es el profesional, ¿no? Si yo he podido llegar

hasta aquí, él también.

—En ese caso ¿por qué no trabajáis juntos? —propuso Serita.

Laura negó con la cabeza.

—No creo que T. C. quiera averiguar la verdad de lo ocurrido... A menos que ya la sepa y no quiera compartirla conmigo.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Lo sé. Solo es una sensación de la que no puedo librarme.

—Pues yo creo que será mejor que te olvides de ella y hables con él.

—Quizá más tarde —dijo Laura—. Ahora mismo, creo que lo que necesito es una buena ducha.

—De acuerdo. Mientras tanto, yo me cambiaré de ropa. ¿Me prestas tu vestido blanco?

—Por supuesto. De todas formas, es probable que te quede mucho mejor.

—Es mi complexión de ébano.

Laura sonrió con tristeza y se dirigió al baño.

Serita esperó a oír el agua de la ducha antes de coger el teléfono y marcar.

—T. C. —susurró—. Tenemos que hablar.

Stan Baskin contempló el río Charles a través de la ventana. En muchos aspectos, aquel apartamento no tenía nada de especial. Tenía un dormitorio, un salón, un cuarto de baño, una cocina y una terraza. Si dependiera de Stan, se podría prescindir del dormitorio, el salón y el baño. Que le dejaran solo la terraza. Las vistas lo calmaban como una suave caricia. Aunque Gloria y él se habían mudado allí hacía solo un par de días, Stan ya había pasado lo que le parecían innumerables y deliciosas horas contemplando el río Charles. Miraba a las parejas de estudiantes que paseaban por las riberas, y observaba ensimismado a las tripulaciones de remeros de Harvard bogar por las tranquilas aguas. Por la noche, el Charles se convertía en una resplandeciente y enorme gema llena de

luces, al reflejar la iluminación de los edificios cercanos que se proyectaba sobre su brillante superficie.

A Gloria le gustaba sentarse a su lado para observar las vistas. Y nunca le molestaba que él estuviera a veces perdido en sus pensamientos. Gloria parecía tener el don de la oportunidad, y siempre sabía cuándo quería hablar y cuándo prefería estar a solas. En ese momento, sin embargo, ella estaba en las oficinas centrales de Svengali, ocupada en una campaña de promoción para la línea juvenil. Faltaban unas cuantas horas para que regresara a casa.

Stan se apartó de la ventana. Necesitaba encontrar un trabajo... O una buena estafa. Los diez mil dólares que había recibido por su participación en el engaño del Deerfield Inn se estaban acabando. Joder, el capullo de RH se había llevado una buena tajada en aquella operación. Había conseguido los cincuenta mil que Stan le debía, más otros diez mil de intereses y otros veinte mil de beneficios netos, menos la minúscula cantidad que le había pagado al neandertal de Bart.

Stan recogió el periódico que estaba en el sofá. Le había recomendado apostar por un caballo en la séptima carrera. De hecho, se trataba de una yegua llamada *Breeze's Girl*. Su contacto le había asegurado que no podía perder. Pero de alguna manera no le parecía correcto: Stan no solía apostar por yeguas, salvo en contadas ocasiones. No se podía confiar en las hembras, ni en las humanas ni en las animales.

El reloj marcaba las tres. Gloria solía llegar a casa entre las seis y las siete. Todavía faltaban unas tres horas. Stan negó con la cabeza y se preguntó por qué estaba contando las horas hasta que apareciese. Si no se conociera tan bien, habría jurado que la echaba de menos. Pero, por supuesto, eso era imposible. Stan Baskin no echaba de menos a ninguna mujer. Eran ellas quienes lo echaban de menos a él.

Fue a la cocina y se sirvió un vaso de zumo de naranja. Cuando era pequeño, su madre le preparaba zumo de naranja todas las mañanas, porque sabía lo mucho que le gustaba. Su pobre vieja. Había acabado muriendo de cáncer. «Qué enfermedad tan horrible y jodida», pensó. Podías tener la suerte de que entrase

en remisión, o bien tenías que quedarte en la cama y esperar a que el cáncer reclamase tu vida, esperar mientras la enfermedad te comía por dentro. Aunque podía ser peor: a veces, los médicos te hacían pasar por toda aquella mierda de la quimioterapia. «Nunca permitiré que a mí me hagan eso —pensó Stan—. Si alguna vez me veo en una situación así, me compraré el arma más grande que pueda encontrar, me la colocaré en la sien y apretaré el gatillo».

Bam.

Muerto. Rápido y sin dolor. Como le había ocurrido a su padre, o al menos eso era lo que todo el mundo creía. Solo Stan conocía la verdad.

Su madre le hacía zumo de naranja todas las mañanas. «Es bueno para ti», le decía. Pero Stan no necesitaba que lo animasen para beberse aquel líquido espeso con minúsculos trozos de fruta. Le encantaba el zumo que le servía Grace Baskin. Pero entonces su padre murió (lo asesinaron) y todo cambió. Stan tenía diez años, y David todavía no había cumplido los dos.

Al funeral habían asistido miles de personas relacionadas con la universidad: profesores, decanos, secretarios, estudiantes... También estaban allí todos los vecinos. Stan había permanecido en silencio junto a su madre. Ella vestía de negro y lloraba en un pañuelo blanco.

—Ahora tenemos que pensar en David, Stan —le dijo cuando bajaban el féretro a la tumba—. Debemos compensar de algún modo el hecho de que crezca sin un padre. ¿Comprendes?

Stan asintió. Aunque, en realidad, no lo comprendía. ¿Por qué preocuparse de David? Él ni siquiera había conocido a su padre. David nunca había jugado a la pelota con su padre. Nunca habían ido juntos a pescar, o a ver museos o parques, al cine o al dentista. De hecho, cuando creció David ni siquiera recordaba a Sinclair Baskin.

Su madre, sin embargo, no lo veía de la misma forma. Nunca lo hizo. Decidió

dedicar toda su energía a criar a su precioso David. Escogió ser el padre y la madre de su hijo menor, aunque eso significase dejar a un lado al mayor.

Pero a Stan no le importaba. ¿Quién necesitaba a una madre? Ya puestos, ¿quién necesitaba a las mujeres? Como aprendió con el tiempo, las mujeres no valían absolutamente nada y eran crueles. Se las podía clasificar en dos grupos básicos: las mujeres parásito, que querían chuparte la sangre, o las putas tocapelotas que utilizaban palabras como «amor» y «compañía» cuando lo único que querían era poseer, controlar y destruir.

Y ahí radicaba la belleza de lo que hacía él para ganarse la vida («estafar», como lo definían quienes no le comprendían). Tan solo le estaba pagando al sexo femenino con la misma moneda. Utilizaba a las mujeres igual que ellas utilizaban a los hombres. ¿Y eso era motivo para que quisieran enchironarlo? «¡Menuda chorrada! Hablan de igualdad y justicia, pero, entonces ¿por qué no detienen a todas las putas que dicen querer a un tipo y lo único que quieren es quedarse con su pasta? Joder, entonces sí que quedarían muy pocas tías por ahí sueltas».

Sí, Stan había comprobado de primera mano cuánto daño podía causar una mujer. De hecho, había aprendido de ellas. Cuando solo tenía dieciséis años, lo había seducido una divorciada de treinta tacos llamada Concetta Calletti. Stan estaba convencido de que Concetta era la mujer más inteligente, hermosa y sofisticada que jamás hubiera existido. El joven Stan Baskin fue tan tonto como para creer que ella también estaba enamorada. Incluso llegó a abandonar el colegio y decirle a Concetta Calletti que quería casarse con ella. Pero Concetta se rio al escuchar su proposición.

—Solo eres un chiquillo —dijo la preciosa morena.

—Te quiero —insistió el adolescente Stan.

—¿Amor? —se preguntó ella, y su mirada le abrasó el corazón—. ¿Quién te ha enseñado esa palabra? Ni siquiera sabes lo que es el amor.

—Entonces, enséñamelo tú —suplicó él.

—No existe tal cosa —replicó Concetta—. El amor es una palabra que la

gente utiliza para engañarse y creer que no está sola. Es una mentira, una farsa.

—Pero yo te quiero, Concetta. Lo sé.

—Déjame tranquila, Stan. No eres más que un crío. Lárgate y vuelve cuando empieces a ganar dinero, entonces hablaremos de amor.

El sonido del timbre hizo desaparecer el rostro de Concetta y devolvió a Stan al presente. Miró el reloj. Eran las tres. Quizá Gloria hubiera vuelto del trabajo temprano.

Stan cruzó la habitación y abrió la puerta. Cuando vio quién estaba al otro lado, se quedó boquiabierto.

—¡Vaya, vaya! ¡Menuda sorpresa tan agradable!

Laura no dijo nada.

—Tu hermana no está aquí, Laura. Está en la oficina.

—Lo sé. He venido a hablar contigo.

—Ah, pues muy bien —Stan se apartó—. Por favor, pasa.

—Me siento más segura en el pasillo.

—¿No confías en mí?

—En absoluto.

—En ese caso, puedes quedarte aquí con la puerta cerrada en tus bonitas narices. Si quieres charlar conmigo, tendrás que entrar.

Laura lo miró furiosa y luego entró, titubeante.

Stan cerró la puerta tras ella.

—¿Quieres sentarte? —le preguntó.

—No.

—¿Algo de beber?

—No, Stan —repitió ella con impaciencia.

—De acuerdo. Entonces ¿por qué no vamos al grano? ¿Qué puedo hacer por ti?

—Quiero que dejes a mi hermana en paz.

—Vaya, de verdad que me sorprendes —replicó Stan con sarcasmo—. ¿Por qué demonios quieres deshacer una pareja tan feliz?

—Acaba ya con tus juegos, Stan —le soltó Laura, tajante—. Sabes que Gloria es... vulnerable. Si tienes un problema conmigo, solucionémoslo. Pero mantén a mi hermana al margen.

Stan sonrió y se acercó a ella.

—¿Detecto una nota de celos por tu parte, Laura?

Laura retrocedió un paso.

—Yo diría que más bien de asco —respondió.

—Rápido, muy rápido. Me gusta. De verdad que sí. Pero resulta que tu hermana y yo estamos enamorados, Laura. ¿Quién puede poner precio a eso?

—Estoy segura de que tú puedes hacerlo —dijo Laura, cansada de aquel juego—. ¿Cuánto?

—¿Perdón?

—¿Cuánto quieres?

—Estoy asombrado, Laura, lo digo en serio. ¿Estás tratando de sobornarme?

—Te lo pregunto por última vez: ¿cuánto?

—Oh, no, Laura, no es tan fácil. Esta vez quiero algo más que dinero.

—Vaya.

—Ahora puedo conseguir todo el dinero que necesito. Tu hermana tiene mucha pasta. Además, dado que Gloria y yo estamos tan unidos, sé que puedo contar con mi dulce cuñada para que me preste unos cuantos dólares cuando los necesite.

—¿Por qué iba a hacer algo así?

Stan se encogió de hombros.

—Porque estoy seguro de que quieres que trate a tu hermana con gentileza. No querrás que la haga sentir como una mierda, ¿no? Ni que la pegue o le haga engancharse otra vez a las drogas. Podría hacer cualquiera de esas cosas, Laura, y lo sabes. Por lo tanto, yo te diré que pagues y tú lo harás.

Laura lo miró.

—No lo entiendo, Stan. ¿Qué demonios quieres?

—Acabo de decírtelo.

—¡Pero si ya te he ofrecido dinero...! Puedes cogerlo y largarte. Ese siempre ha sido tu estilo. ¿Por qué corres el riesgo de quedarte aquí?

Stan sintió que la rabia lo invadía. Su rostro enrojeció.

—No me fuerces a hacer algo de lo que puedas arrepentirte, Laura. Supón que me largo ahora mismo. ¿De verdad lo has pensado bien? ¿Has pensado en las posibles consecuencias? ¿Qué le pasaría a Gloria? ¿Qué crees que le pasaría a su frágil estabilidad emocional?

Laura cruzó la mirada con la de Stan. Por terrible que sonase, Stan Baskin tenía razón. Si él se largaba, Gloria sufriría un daño emocional severo, tal vez irreparable. Pero ¿por qué le parecía que a él le importaba eso? ¿Desde cuándo Stan Baskin se preocupaba por alguien que no fuese él? Allí había algo que se le escapaba. Tal vez imaginaba que, si se quedaba, podría conseguir todo el dinero que quisiese. O, por decirlo de otra forma, tal vez pensara que, mientras tuviese a Gloria como rehén, podría sacarle dinero a Laura. Podría estar ahí, chantajeándola, durante semanas o meses... Sin embargo, de algún modo eso no parecía encajar. Según T. C., a Stan le gustaba conseguir dinero y desaparecer. Le daba lo mismo lo que sucediera después.

—Vale, dime qué es lo que quieres, Stan —susurró Laura—. ¿Qué tendré que hacer para librarme de ti?

La mirada de Stan no flaqueó ante la suya.

—Estás muy convencida de que la solución es librarse de mí, ¿verdad, Laura? Debe de ser maravilloso saber siempre qué hacer, saber qué es lo correcto. Bueno, pues imagínate que le cuento a Gloria nuestra pequeña charla... ¿Qué te parecería?

—No te atreverás.

—¿Eso crees?

—No, Stan, no creo que te atrevas a hacerlo. No te arriesgarías a perder tu mejor fuente de ingresos.

Stan negó con la cabeza lentamente.

—Pero qué tocapelotas eres, Laura. A veces me pregunto si David no se fue a nadar por última vez para librarse de ti...

Los ojos de Laura parecieron lanzar chispas.

—¡Eres un maldito hijo de puta...!

—Eh, menudo carácter, Laura, menudo carácter...

—Escucha, Stan, y escúchame bien. Aceptaré tus repugnantes tretas psicológicas porque resulta que quiero a mi hermana. Haré lo que tú digas para protegerla de tus delirios psicóticos. Pero nunca vuelvas a hablar de David en esos términos, mantenlo al margen de todo esto, ¿lo comprendes?

Stan hizo una pausa.

—Vale, me parece bien. Como puedes ver, Laura, puedo ser un tipo de lo más razonable.

Ella se apartó del rostro un mechón de cabello.

—Lo que veo, Stan, es que eres un cerdo.

Stan sonrió.

—Comprendo cómo te sientes, Laura, pero recuerda: hay una línea muy fina entre el amor y el odio. Entre el aborrecimiento y la lujuria. Algún día tendrás que dejar de negar tu verdadera naturaleza. Algún día tendrás que enfrentarte a tus verdaderos deseos. Y puede que yo ya no esté por aquí para reconfortarte. ¿Cómo te sentirás entonces?

—Afortunada.

Stan se rio.

—Adiós, Laura. Al menos por ahora. Quizá Gloria y yo te invitemos a cenar una noche de estas. ¿Estás libre esta semana?

Laura intentó mantener la voz serena.

—No.

Stan le abrió la puerta.

—Qué pena. ¿Dónde estarás?

—No es asunto tuyo —respondió ella, pero ya estaba pensando en su próximo

destino: Australia.

Richard Corsel cerró el expediente y lo guardó en el archivador. Estaba a punto de descubrir la verdad. Un amigo suyo del Banco de Ginebra se había enterado de que habían dividido el dinero de David Baskin al menos en dos cuentas diferentes y lo habían transferido de nuevo a Estados Unidos. Una estaba en Massachusetts. Si tenía un poco de suerte, apenas tardaría unos días en descubrir dónde estaba la cuenta.

—Buenas noches, señor Corsel —lo saludó su secretaria.

—Buenas noches, Eleanor.

Richard sujetó su maletín con fuerza y se dirigió al aparcamiento. Ya había oscurecido, y una suave brisa de otoño le alborotaba el pelo. No tenía importancia. La jornada laboral se había acabado. Se desabrochó el botón del cuello de la camisa y buscó las llaves del coche. Naomi le había pedido que recogiese la colada en la lavandería. También le había recordado que debía comprar más calcetines blancos para los chicos. Richard negó con la cabeza. No conseguía entender cómo sus mellizos de seis años podían destrozar los calcetines tan deprisa. ¿Qué demonios hacían con ellos? ¿Se los ponían sobre los zapatos? Con un suspiro de cansancio, abrió la puerta del coche, arrojó el maletín a su lado en el asiento del pasajero, y se sentó al volante. Encontraría mucho tráfico en la autopista. Quizá sería mejor ir por las carreteras locales. Metió las llaves en el contacto...

... Y una mano enguantada le sujetó la nuca.

—Hola, Richard —le susurró una voz al oído.

A Corsel se le salieron los ojos de las órbitas.

—¿¿Quién demonios...?!

La visión de un enorme cuchillo de carnicero cerca de su garganta detuvo sus palabras.

—Shhh, Richard, no tan fuerte. No querrás que me ponga nervioso, ¿verdad?

Mi mano tiene cierta tendencia a temblar.

Como si quisiera dar testimonio de lo dicho, la mano tembló. La helada hoja rozó la piel de la garganta de Richard.

—¿Quién eres...?

—Shhh, Richard, ahora soy yo quien habla, ¿de acuerdo? No intentes darte la vuelta ni espíarme por el espejo retrovisor. Si lo haces, te mataré en el acto. ¿Lo entiendes?

El cuchillo se apoyó ahora firmemente en la garganta de Corsel. El frío metal hizo que se estremeciera.

—Sí... —consiguió decir Richard—. Tengo la cartera en el bolsillo de la chaqueta.

—Eso ya lo sé, Richard, pero no me interesa la calderilla. Ya tengo mucho dinero propio, ¿sabes a qué me refiero?

Richard tragó saliva, y el cuchillo se movió junto con su garganta.

—¿Qué... qué quieres?

—Verás, Richard, ese es tu problema. Haces muchas preguntas, ¿sabes? ¿Me ves a mí hacerte preguntas? No pregunto qué tal le va a Naomi con su nuevo trabajo en la *boutique*, ¿no? Ni tampoco cómo les va a Roger y Peter en su nueva escuela, ¿verdad? Entonces ¿por qué te interesan tanto los asuntos de otras personas?

La saliva caliente del asaltante salpicó la oreja derecha de Richard.

—Ahora, tal como yo lo veo, Richard, puedes hacer dos cosas. La primera, seguir haciendo bien tu trabajo y continuar indagando acerca del dinero de Baskin. Esa es tu decisión, Richard. No quiero presionarte. Tú haz lo que creas que es más conveniente para tu familia, pero déjame que te diga una cosa: me harás muy infeliz si sigues hurgando en las cosas de los demás, Richard. No está bien. ¿Sabes a qué me refiero?

Corsel sintió que le temblaba todo el cuerpo.

—Ahora déjame que te diga cuál es la segunda opción. Seguro que te gusta más, Richard, pero quiero que seas tú quien decida lo que quieres hacer, ¿vale?

—La hoja del cuchillo tembló un poco más—. Esta es la alternativa: te olvidas de todo lo referente a la transacción de Baskin con tu banco, retomas tu trabajo como si no hubiera pasado nada y no le dices a su viuda nada más. A cambio, tu familia y tú viviréis felices para siempre y no volverás a verme en la vida. ¿Te parece bien?

Richard asintió a duras penas.

—Pero no quiero que decidas ahora, Richard. Piensa en las dos opciones durante un tiempo antes de tomar una decisión. Yo me enteraré de cuál de ellas has escogido y actuaré en consecuencia. ¿Alguna pregunta?

Richard negó con la cabeza.

—Ya está, Richard. ¿Lo ves?, vas aprendiendo. Ahora saldré por la puerta trasera y desapareceré. Si te vuelves y me ves la cara, o si decides hablar con las autoridades... Bueno, digamos que sería una jugada poco prudente por tu parte. Quizá no llegarías a ver cómo crecen los pequeños Roger y Peter. ¿Lo comprendes, Richard?

Corsel asintió de nuevo. Las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Intentó mantener la calma. Se imaginó sentado a la mesa del desayuno en una mañana típica, comiendo un bol de cereales con Naomi, Roger y Peter y...

... Y al psicópata del asiento de atrás cortándoles las gargantas con aquel cuchillo. Los gritos, el sonido de la hoja al atravesar la piel, la sangre derramándose por la cocina, la sangre de su esposa, la sangre de sus hijos...

«Oh, Dios mío, ¿qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer?».

La puerta del coche se abrió de pronto, y la hoja se apartó de su garganta. Richard no movió un solo músculo. Tenía miedo hasta de respirar. Oyó cómo se cerraba la puerta del coche. Cerró los ojos y esperó cinco minutos para abrirlos de nuevo.

Cuando llegó a casa, Naomi se puso furiosa porque se había olvidado de recoger la colada en la lavandería y de comprarles a los chicos los calcetines blancos. Richard respondió dándoles un gran abrazo a los tres.

El ático de Earl parecía sacado del *Architectural Digest*. Y ahora era así efectivamente, porque la revista acababa de dedicarle un artículo y la portada de su último número, que habían titulado como «El Ático en el Cielo».

Era fabuloso. Todo el apartamento había sido decorado en blanco. Las paredes, las sillas, los sofás, las mesas..., incluso la alfombra. Las únicas manchas de color que había allí provenían de las grandes y variadas pinturas que adornaban las paredes. Pero de alguna manera aquel esquema «blanco absoluto» funcionaba, y lo más interesante para el *Architectural Digest* era que Earl había diseñado el ático sin ayuda.

También había grandes ventanales, y todos ellos ofrecían fantásticas vistas de Boston. Desde la resplandeciente sala de estar, Laura observaba las luces del Prudential Building. Luego dirigió la mirada hacia el puerto, donde las luces de los barcos rompían el manto de oscuridad que cubría el mar. Desde el rascacielos, nadie habría podido adivinar nunca lo sucia que estaba el agua de la bahía, pero por Dios que a ella le encantaba Boston. En realidad, nunca había vivido en ninguna otra parte. Su familia había dejado Chicago y el Medio Oeste cuando ella apenas era una niña, así que no tenía nada con lo que comparar. Pero Boston era su ciudad... Y también la de David.

Earl salió de la cocina con un delantal de los Celtics alrededor de la cintura.

—La cena está servida.

—¡Bien! —respondió Serita, que se acercó a Laura y apoyó un brazo en el hombro de su amiga—. Estoy muerta de hambre.

—En tal caso, siéntate y prepárate —dijo Earl—. El gran cocinero ha creado una nueva obra maestra.

Laura sonrió y tomó asiento. Earl era un auténtico hombre del Renacimiento, se dijo. Metido en su larguirucho cuerpo de dos metros diez de altura, jugaba al baloncesto profesional, decoraba su propio ático como un diseñador profesional, y cocinaba exóticos platos como un auténtico sibarita. Incluso estaba escribiendo un libro sobre sus experiencias en el baloncesto titulado *Machacar desde el aire*.

—Huele muy bien. ¿Qué es? —preguntó Laura.

—Una delicia de Oriente. Para ser más exactos, de Tailandia. —Levantó la tapa de plata—. Yo lo llamo «Gambas a la Earl».

—Hum —dijo Serita—. Vamos allá.

Los tres amigos comenzaron a devorar el plato. Laura se dijo que era una comida deliciosa. Ligeras y, al mismo tiempo, picantes. Sazonadas a la perfección.

—De verdad que está muy bueno —comentó.

Earl la miró, radiante.

—Gracias, Laura. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que cociné para ti.

Laura se limitó a asentir. No estaba muy segura de que su voz no la traicionara: David y ella solían comer en casa de Earl al menos una vez por semana.

Earl le sonrió.

—Pero no sé si recuerdas que a David nunca le gustó cómo cocino.

—Eso nunca fue justo —protestó Laura—. Eres un cocinero fantástico.

—Cierto —respondió Earl—, pero David tenía los gustos culinarios de un cajero del Burger King.

—¡Es verdad! —dijo Laura con una carcajada.

—Creo que lo que acabó con sus papilas gustativas fue convivir con T. C. y sus puros apuestos y hamburguesas grasientas —continuó Earl—. Yo siempre le decía a David eso de que tu cuerpo es tu templo. Tomemos como ejemplo este plato. Gambas frescas, setas, brócoli y especias naturales. Nada de mierdas químicas. Hay que ver la de porquerías que la gente se mete en el cuerpo. Increíble.

—¿Qué hay de postre? —preguntó Serita.

—Pastel de soja.

—Puaj. Sabes que estoy a favor de todo lo sano, cariño, pero tampoco hay que ser un integrista.

Earl sirvió sake a sus dos hermosas invitadas y se sentó a observar cómo comían. Negó con la cabeza y sonrió.

—Es como contemplar a dos dóberman devorar carne cruda. ¿Cómo os las arregláis para estar tan delgadas?

—Lo quemo haciendo ejercicio —respondió Serita.

—¿Con máquinas de musculación? —preguntó Earl.

Ella le guiñó un ojo.

—¡Meeec! Error. Inténtalo de nuevo.

—Deja que lo piense. Mientras tanto, será mejor que vaya a buscar más comida antes de que Laura comience a rebañar el plato.

—Por favor no, Earl, con esto tengo más que suficiente —le rogó Laura.

—¿Estás segura? Chez Earl tiene un menú de barra libre.

—De verdad. Estoy llena.

—Vale.

Laura miró la mesa que —¿hacía ya una eternidad?— había sido testigo de las cenas en las que los cuatro se reían como tontos. Ahora todo le parecía forzado e incómodo en aquella habitación pulcramente iluminada.

—¿Qué tal pinta el equipo? —preguntó.

Earl se encogió de hombros.

—Supongo que bien. Echamos de menos a David.

—¿Alguno de los novatos es bueno?

—Ninguno.

—¿Y los agentes libres?

—Solo uno.

—Oh, leí lo que escribió de él el tipo ese del *Globe* —interrumpió Serita—. Has tenido que verlo, Laura.

—Lo siento... Apenas leo ya la sección de deportes.

—Hablan de ello en todos los periódicos —continuó Serita—. Ese tipo apareció un día en el gimnasio, se apostó diez mil dólares a que ganaba a Timmy en un concurso de triples... y ganó. Este desconocido incluso batió la marca de... —se interrumpió.

—¿Qué es lo que batió?

—Cambiamos de tema —terció Earl.

—¿Qué es lo que batió? —repitió Laura.

Earl miró a Serita y luego suspiró.

—Batió el récord de triples de David.

—¿Cómo?! —exclamó Laura—. Recuerdo cuando David estableció esa marca... La prensa dijo que nadie podría batirla jamás.

—Lo sé —admitió Earl en voz baja.

—¿Y quién es ese tipo?

—Se llama Mark Seidman —contestó Earl.

—¿Es bueno?

Earl asintió.

—Sí, lo cierto es que ha demostrado ser un gran jugador, y muy completo, pero...

—¿Pero?

—No lo sé. Todo este asunto me resulta muy extraño.

—¿En qué universidad jugó? —preguntó Laura.

—A eso me refiero, precisamente. No fue a la universidad. Nadie había oído hablar de ese tipo hasta que apareció en uno de nuestros entrenamientos.

—¿Nadie? ¿Me estás diciendo que la prensa no sabe nada sobre él?

Earl negó con la cabeza.

—Nada de nada. Él asegura que vivió en Europa. Que su familia viajaba muchísimo o algo así.

—¿Te lo crees?

Earl se encogió de hombros.

—No sé qué decirte. Ya que hablas de la prensa... Bueno, ningún periodista ha conseguido contrastar su historia. Seidman se niega a conceder entrevistas, y ya sabes lo que opina Clip de llevarse bien con los periodistas. Aun así, Seidman no habla con nadie. Viene, juega y se marcha. Es huraño, silencioso, y muy de vez en cuando dice algo por sorpresa, como si fuese uno más. De verdad que tiene

una mirada muy triste. En ocasiones parece que quiera pertenecer al grupo... Pero luego vuelve a encerrarse en sí mismo.

—Tal vez solo sea un chico raro —dijo Laura—, o tal vez tenga algo que ocultar.

—Es posible —aventuró Earl—. Supongo que lo estoy retratando como si fuera un fugitivo. Quizá lo sea. Aunque no lo creo. Aun así, todo es... No sé, un tanto extraño. No me cae bien, eso es todo.

—¿Y cómo es de bueno? —preguntó Laura.

—Es difícil de definir. Estamos en la pretemporada. He visto a muchos chicos que parecían All-Stars en la pretemporada y después se convertían en unos inútiles.

—Pero ¿tú qué crees?

Earl titubeó. Levantó su copa y bebió un sorbito de sake.

—Si exceptuamos a David, podría ser el mejor jugador que he visto nunca.

Laura vio una mirada de dolor en su rostro. A Earl no le resultaba fácil admitir que alguien pudiera equipararse al amigo a quien tanto admiraba.

—¿Un desconocido que aparece sin más? —preguntó, negando con la cabeza—. No tiene mucho sentido.

—De verdad que es increíble —continuó Earl—. Un toque de maestro en el lanzamiento, unos pases excepcionales... Pero, bueno, ya está bien de hablar de ese tal Seidman. Quería hablar contigo de algo importante.

—Ah, de modo que no se trataba de una invitación desinteresada —señaló Laura—. Y yo que creía que os encantaba mi compañía.

Earl se rio.

—Esta es la enésima vez que te he invitado a cenar en el último par de meses.

—Y yo empiezo a estar un poco mosca —bromeó Serita—. ¿Quieres ponerme celosa o qué?

—Qué más quisiera —respondió él—. Laura, Clip me pidió que hablase contigo.

—¿Acerca de qué?

Earl bajó la cabeza y jugueteó con la comida.

—Resulta un tanto difícil para mí hablar de esto...

—Adelante, Earl.

Al gigante se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Los Celtics y la ciudad quieren ofrecerle un homenaje a David. El primer partido de la temporada se disputará en el Garden dentro de una semana. Jugaremos contra los Washington Bullets. En el descanso, retirarán la camiseta con el número de David y la colgarán del techo con las otras.

Earl se detuvo y volvió la cara. Laura apoyó una mano en su brazo.

—No pasa nada, Earl.

Él contuvo el sollozo y la miró de nuevo. Tenía los ojos rojos. Laura miró a Serita. Ella también lloraba.

—El alcalde lo declarará el Día de David Baskin. Después del partido, habrá una pequeña reunión en el Blades and Boards para los jugadores, las familias y la prensa. Lo habitual. Clip quiere asegurarse de que tanto tú como el resto de la familia de David, incluido su hermano, estéis allí.

La expresión de Laura no revelaba ningún sentimiento.

—Allí estaremos. Todos nosotros.

—Bien —consiguió decir Earl, mientras recorría la habitación con la mirada. Se levantó, tembloroso—. Ahora mismo vuelvo.

Y desapareció casi a la carrera.

—Menudo gallina —consiguió decir Serita entre sus propios sollozos—. Le da miedo llorar delante de ti. Sigue haciéndolo casi todas las noches, ¿sabes?

—Lo sé... —contestó Laura.

Aun así, ella no lloró con sus amigos. Laura había comprobado que, en ocasiones, cuando el dolor era demasiado grande, su bloqueo mental funcionaba de forma automática. Había escuchado tantas palabras llenas de congoja y había visto verter tantas lágrimas, que había aprendido a desviar el dolor hacia algún recóndito rincón de su corazón.

—Necesito hablar contigo de otra cosa, Serita. Pero prométeme que no se lo

dirás a nadie. Ni siquiera a Earl. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió ella, mientras se secaba las lágrimas con la punta de la servilleta.

—Mañana por la mañana me voy a Australia.

—¿Qué?!

—Mi vuelo sale de Logan a eso del mediodía.

—Caray, Laura, hablemos de esto un momento.

—No hay nada de que hablar. Ya sabes lo que dijo Corsel. Las pistas desaparecerán si no voy allí ahora mismo y averiguo qué ha pasado. Tengo que ir. Y lo sabes.

—Iré contigo.

—No. Quiero ir sola.

—Pero...

—Deja que te lo diga de otra forma. No quiero que vengas.

—Que te den.

Entonces se abrazaron, con fuerza, con ferocidad. Earl volvió al salón. Se acercó a ellas y las rodeó con los brazos. Los tres permanecieron un buen rato abrazados en un silencio consolador.

«El vuelo 182 de Qantas con destino a Honolulu y Cairns realizará su embarque en la puerta 37. Los pasajeros con niños o que necesiten una atención especial pueden embarcar ahora».

Laura consultó su reloj y vio que su vuelo iba a despegar a la hora prevista. Era todo un milagro. El aeropuerto LAX de Los Ángeles estaba abarrotado. Observó a los pasajeros de rostros impenetrables, que caminaban por los largos pasillos con el paso decidido y firme de los que transitan por los aeropuertos. Ya no había hare krishnas en las salas de espera. Linden LaRouche era ahora la nueva religión de las terminales aéreas, y la presidencia su Santo Grial. Un hombre que vendía pegatinas para los parachoques —qué se suponía que podías hacer con una pegatina de parachoques en el aeropuerto era algo que se le escapaba a Laura— pedía a la gente que salvaran a las ballenas, que arponeasen a Jane Fonda o alguna otra tontería.

Detrás había otro hombre con un cartel que decía:

LAS ROSAS SON ROJAS,
LAS VIOLETAS SON AZULES,
SOY ESQUIZOFRÉNICO
Y YO TAMBIÉN.

Laura negó con la cabeza. Los Ángeles. La última vez que había estado en aquel aeropuerto iba de camino al funeral de David. Antes de eso, David y ella se habían detenido en la ciudad por una noche cuando se dirigían a Australia para pasar su luna de miel. Qué curiosa era la vida. Recordó lo emocionados que estaban, las prisas que se habían dado para salir del inmenso aeropuerto de Los Ángeles, ir a la ciudad y hacerse los análisis de sangre en un hospital cercano.

—Detesto las agujas —le había dicho David.

—Gallina.

—De hecho, detesto las agujas y los insectos —añadió David—. Cuando estemos casados, ¿me prometes que matarás a todos los insectos que haya por casa?

—Lo pondré en nuestros votos.

Cuando la enfermera le entregó a Laura los resultados una hora más tarde, David preguntó:

—¿Hemos aprobado?

Laura sonrió mientras leía el informe. El Estado de California los consideraba sanos a ambos. Contaban con la bendición del Estado para casarse.

—Hemos aprobado.

—¿Ni un triste rastro de enfermedad venérea?

—No. ¿Quieres leerlo?

—¿El resultado del análisis de sangre? Ni hablar.

—Como prefieras. Será mejor que volvamos al aeropuerto. No tenemos mucho tiempo.

—Una pregunta.

—¿Qué?

—¿Sabes cuánto dura el vuelo? —preguntó David.

—No.

—Yo sí —respondió él.

—Fantástico. Entonces ¿por qué me lo preguntas?

—Más de trece horas —explicó David.

—¿Y?

—Más de trece horas amarrado al asiento de un avión...

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, es mucho tiempo, ¿no crees?

—Sí —asintió ella.

—Así que tenemos algo de tiempo antes de ir al aeropuerto, ¿no?

—Correcto.

—Entonces, creo que sería bueno para ambos si hacemos una parada rápida en un hotel cercano para descansar y quitarnos unos años de encima... Solo por razones de salud, por supuesto.

—Por supuesto.

—¿Y bien?

—No —dijo Laura con tono firme.

—¿No?

—Deja de lloriquear. He dicho que no.

—Pero trece horas es mucho tiempo. Te conozco, Laura. No estoy seguro de que puedas aguantar durante tanto tiempo sin...

—¿Sin qué?

—Ya sabes a lo que me refiero, Laura. Solo pienso en ti.

—Tu preocupación me conmueve.

—¿Y?

Ella sonrió, le echó los brazos al cuello y le dio un beso apasionado.

—¿Quién necesita una habitación de hotel? —le murmuró al oído—. Siempre he querido hacerlo en uno de esos pequeños lavabos.

A David se le iluminaron los ojos.

—¿No querrás decir...?

—Así es —respondió ella—. Sobre el mismo Pacífico.

—Dios, cómo te quiero.

«Se ruega a todos los pasajeros de clase turista del vuelo 182 de Qantas que procedan a embarcar».

Laura se acercó a uno de los teléfonos públicos. Aquel feliz recuerdo se estaba convirtiendo en un sordo dolor. Marcó el número de la operadora y cargó la llamada a su tarjeta de crédito. La operadora le pasó la llamada.

—Banco Heritage de Boston —respondió una voz.

—Por favor, con el señor Richard Corsel —dijo Laura.

—Un momento, por favor. —Oyó el tono de rellamada. Luego apareció otra voz—. Oficina del señor Corsel.

—Soy Laura Baskin. Quisiera hablar con el señor Corsel, por favor.

Hubo un momento de titubeo.

—Lo siento, señora Baskin. El señor Corsel no se encuentra en su despacho en este momento.

—He llamado hace un par de horas y me aseguraron que estaría.

—Lo siento, señora Baskin. ¿Quiere dejar un mensaje?

—Sí. Por favor, dígame que necesito hablar con él urgentemente. Lo llamaré mañana a las diez de la mañana.

—Bien. Le dejaré el mensaje.

Eleanor Tansmore colgó el teléfono y se volvió hacia Richard Corsel. El rostro de su jefe estaba blanco.

Laura colgó el auricular sin prisa. Una vez más, estaba pasando algo extraño. Richard Corsel la evitaba. ¿Por qué? Miró hacia la larga cola de pasajeros que subían al Boeing 747. Aún le quedaban unos minutos. Se apresuró a hacer otra llamada.

—¿Hola?

—¿Serita?

—Laura, cariño, ¿dónde estás?

—En el aeropuerto de Los Ángeles. Embarco dentro de un minuto. Necesito que me hagas un favor.

—Lo que quieras.

—Corsel me está evitando. ¿Podrías ir hasta allí y ver qué pasa?

—¿Qué te hace creer que te está evitando?

—Cada vez que lo llamo se ponen a marear la perdiz y me dicen que no está.

—¿Y? Quizá no esté.

—Es poco probable. Puse a mi despacho a investigarlo. No ha faltado ni un solo día en tres años, y nunca trabaja fuera de la oficina.

—Laura, pareces un tanto paranoica. Él fue quien te llamó, ¿recuerdas? ¿Por qué estaría evitándote ahora?

—No lo sé —admitió Laura—, a menos que alguien... Serita, ¿hablaste con alguien de nuestra visita al banco?

—¿Por qué me lo preguntas?

—No lo sé. Tal vez alguien descubrió que estuvimos allí y se asustó.

Serita permaneció en silencio.

—¿Se lo dijiste a alguien, Serita?

—Laura...

—Dime.

—Solo se lo conté a T. C. —respondió Serita—, y lo hice por tu propio bien. Me asustaste un poco con toda esa historia del asesinato. Me aterra la idea de que te estés metiendo en algo peligroso.

«Última llamada para el vuelo 182 de Qantas...».

—¿Y no se lo dijiste a nadie más? ¿Solo a él?

—Solo a él, te lo juro. Pero llámale, Laura. Por favor.

—¿Sabe que voy a Australia?

—No.

—No se lo digas. Hagas lo que hagas, no se lo digas.

—No creerás que T. C. tiene algo que ver con todo esto, ¿no? Quería mucho a David.

—No le digas dónde estoy —insistió Laura—. Tengo que irme. Te llamaré en cuanto pueda.

Antes de que Serita pudiera poner más objeciones, Laura colgó y subió al avión.

Mark Seidman miró a T. C. con los ojos desorbitados.

—¿Que hiciste qué?

—No tenía otra alternativa —respondió T. C.

—¿No tenías alternativa? Creí haberte dicho que no le hicieras daño a nadie.

—No le hice ningún daño. Solo lo asusté un poco.

—Amenazaste a sus hijos, por el amor de Dios.

—Mira, Mark, Corsel era responsabilidad tuya. Dijiste que nos apoyaría.

—Me equivoqué.

—Y al hacerlo, lo has arriesgado todo. Primero, se vino abajo y le dijo a Laura que el dinero había sido transferido a Suiza. Y después le confesó que la transferencia se hizo después de la muerte de Baskin.

—Pero es todo lo que sabe —afirmó Mark—. No puede decirle nada más.

T. C. negó con la cabeza.

—En eso te equivocas. Corsel es un tipo brillante. Ascendió en la compañía muy rápido. Y le prometió a Laura que lo investigaría. Se siente responsable.

Mark Seidman comenzó a pasearse por la habitación. Sus dedos jugaban con sus rizos rubios.

—Tiene que haber otra forma. Por Dios, ¡lo amenazaste con un cuchillo de carnicero!

—¡Me gusta tan poco como a ti! —exclamó T. C.—. Pero tenía que detenerlo. Mark, supongamos que continúa investigando. Supongamos que descubre qué pasó con el dinero de Baskin. Todo el plan podría irse al traste.

—Pero amenazar a sus hijos...

—No tenía tiempo. Tenía que improvisar, y fue lo único que se me ocurrió. Además, no creo que haya servido de mucho.

—¿De qué hablas?

—Corsel ya le había dicho a Laura que la llamada que había recibido en el banco se había producido unas horas después de que se produjese tu supuesta muerte. Ahora no hay manera de impedir que ella siga investigando hasta que encuentre una explicación satisfactoria.

Mark le dio la espalda a T. C. y miró a través de la ventana.

—Hay otra cosa que no entiendo, T. C.

—¿Qué?

—¿Cómo es que Laura no ha acudido a ti en busca de ayuda para todo esto?

T. C. se encogió de hombros.

—No lo sé. Esa es otra parte de nuestro plan que se ha desviado. Ya no estoy seguro de que siga confiando en mí.

—Pero ella no puede sospechar que tengas algo que ver con el ahog...

—Tal vez sí, Mark —lo interrumpió T. C.—. Tal vez sí.

Richard Corsel estaba sentado en su despacho. Miraba las dos estilográficas que estaban en el portaplumas de mármol sobre su mesa. Era lo único que llevaba haciendo durante casi todo el día. Por mucho que lo intentase, era incapaz de concentrarse ni siquiera unos segundos.

La falta de sueño, pensó. La noche anterior se le había hecho interminable. Se había paseado por toda la casa, y al final se metió en la cocina y se acabó un bote entero de helado de vainilla mientras leía de nuevo todo el periódico. Luego subió a la habitación de sus hijos y abrió la puerta sin hacer ruido. Los mellizos dormían como troncos, con su respiración tranquila y profunda. Richard fue de puntillas hasta la cama del pequeño Peter. Todavía tenía puesta la gorra de los Rex Sox. Recordó que les había comprado las gorras de los Rex Sox cuando fueron el mes anterior a Fenway Park para verlos jugar contra los Tigres de Detroit. ¡Menudo día! Peter había estado a punto de atrapar una bola perdida, y Roger se había comido tantos perritos calientes que luego, al volver a casa, tenía dolor de estómago. Corsel sonrió a sus hijos dormidos. Le quitó la gorra a Peter con suavidad, y la dejó en la mesilla de noche junto a la lámpara de Garfield.

Tomó un sedante, contó ovejas..., incluso leyó unas aburridas notas del banco. Nada funcionó.

Una voz sonó en su interfono:

—¿Señor Corsel?

—Sí, Eleanor.

—Tiene una llamada en la línea cuatro.

—No quiero llamadas.

—Es el señor Phillippe Gaillard, del Banco de Ginebra. Dice que es urgente.

—Dile que no estoy.

—Pero...

—Solo dile que ya lo llamaré —insistió él con firmeza.

Hubo un momento de silencio.

—Sí, señor Corsel.

Richard se inclinó hacia delante y se llevó las manos a la cara. Se levantó y cruzó la habitación. Recorrió el pasillo hasta el lavabo de los ejecutivos, y la puerta se abrió a un baño vacío y silencioso. Se miró en uno de los espejos y se lavó la cara con agua fría.

Sabía que tenía que llamar a Phillippe. Si no lo hacía, continuaría llamando al banco y eso no sería bueno. Al psicópata del cuchillo no le gustaría. Sí, debía ponerse en contacto con Phillippe y decirle que se olvidase de todo el asunto, que se olvidase de rastrear la cuenta de Baskin. Estaba claro que el psicópata del cuchillo era un profesional muy bien relacionado. Si había conseguido todos aquellos detalles de su familia y de su conversación con Laura Baskin, quizá hubiera puesto un micro en el teléfono de Richard. Incluso era posible que hubiera contratado a alguien para que lo siguiera. Y si el psicópata creía que Richard seguía intentando rastrear la cuenta de David Baskin...

Dejó que aquel pensamiento flotase en el aire.

Richard se había planteado la posibilidad de llamar a la policía o de acudir a sus superiores, pero ¿qué podía decirles? Sus superiores querrían saber por qué le había revelado información confidencial a Laura. Además, serían incapaces de proteger a su familia de aquel psicópata tan bien relacionado, que estaba al corriente del nuevo trabajo de Naomi y de la escuela a la que iban sus hijos. No, Richard sabía perfectamente que, mientras aquel tipo estuviese suelto, su familia continuaría en peligro. ¿Y qué pasaría con Laura Baskin? ¿Podía darle la espalda

sin más, sin siquiera darle una pista acerca de la clase de personas a las que se enfrentaba? Era cierto que solo la había visto en dos ocasiones, pero estaba seguro de que ella no se daría por vencida con tanta facilidad. Laura Baskin insistiría, insistiría hasta, hasta...

Decidió dejar que ese pensamiento también flotase en el aire.

¿Qué podía hacer?

Volvió a su despacho, cogió su maletín y se acercó a una de las empleadas del banco. Le entregó a la joven un billete de veinte dólares.

—Necesito cambio. Todo en monedas de veinticinco centavos.

—¿En monedas de veinticinco centavos? —repitió la empleada—. ¿Por qué?

Richard suspiró. Estaba agotado, exhausto.

—Voy a hacer un largo viaje por una autopista llena de peajes —respondió—. Solo dame el cambio, por favor.

La empleada se encogió de hombros y empezó a contar las monedas.

—Aquí las tiene. Ochenta monedas de veinticinco centavos.

Las guardó en el maletín y salió. Cogió un taxi, tomó el metro, cambió de trenes y de línea tres veces, y acabó cerca del monumento de Bunker Hill. Encontró una cabina de teléfono. No había manera de que le hubiesen podido seguir, ni tampoco de rastrear la llamada. No, cuando uno utiliza monedas en un teléfono público.

Introdujo los primeros centavos en la ranura. Luego llamó al teléfono privado de Phillippe Gaillard en el Banco de Ginebra, en Suiza.

—Gaillard —respondió Phillippe.

—¿Phillipe? Soy Richard.

—¿Cómo estás, amigo mío? —preguntó la voz con un fuerte acento.

Gaillard había nacido en París, pero vivía en Ginebra desde los siete años. Dos años antes, Phillippe Gaillard había cometido el error de transferir fondos a un banco equivocado en Estados Unidos. Un error de muchos millones de dólares. La clase de error que podía hundir a un banco suizo. Richard había rastreado el dinero y se lo había devuelto.

Phillipe Gaillard le debía aquel favor a Corsel, y estaba ansioso por devolvérselo. No le hacía ninguna gracia estar en deuda con nadie.

—Intenté llamarte antes.

—Recibí el mensaje.

—¿Desde dónde me llamas, Richard? Te oigo fatal.

—No te preocupes por eso.

—Por lo general, las líneas de tu banco son muy claras.

—No te llamo desde el banco.

—Ah, comprendo. Bueno, tengo una información para ti.

Richard cerró los ojos.

—Olvídalo, Phillipe.

—¿Qué?

—Olvídate de que te pregunté por esa cuenta. Ya no necesito saberlo.

—¿Estás seguro, Richard? —preguntó Gaillard—. Tengo el nombre aquí mismo.

—Estoy muy seguro.

Phillipe hizo una pausa.

—¿Cuál es el problema?

—Nada. Solo te pido que lo dejes correr.

La voz del banquero suizo adquirió un tono grave.

—¿Me estás llamando desde un teléfono público?

—Sí.

—Escucha, Richard, llevo toda la vida trabajando en bancos suizos. No sé qué está pasando ahí, pero puedo imaginarlo. Alguien se ha puesto en contacto contigo. No pasa nada. No lo confirmes ni lo niegues. No es asunto mío, y no quiero saberlo. Pero déjame que te dé un consejo. Estás en un teléfono público. Nadie sabrá nunca lo que se está diciendo. Creo que puede serte de ayuda saber quién tiene ese dinero de la cuenta de Baskin. Si no utilizas nunca la información, no se enterará nadie. Si cambian las cosas, saber la verdad podría salvarte el pellejo.

La mano de Richard apretó el teléfono con fuerza. Sus ojos se movían nerviosos. Lo que le había dicho Phillipe tenía todo el sentido del mundo.

—De acuerdo. Dame el nombre. Pero después de esta llamada creo que no deberíamos volver a hablar.

—Lo comprendo —dijo Phillipe.

Laura le entregó al funcionario australiano el formulario de la cuarentena, recogió su equipaje y pasó por la aduana. Comenzó a arrastrar su maleta hacia la parada de taxis, cuando de pronto apareció una mano enorme y le cogió el equipaje.

—¡Sheriff Rowe! —exclamó Laura—. ¡Vaya sorpresa más agradable!

Graham sonrió a través de la barba. Levantó la maleta como si fuese una chuchería.

—Usted me llamó, ¿no?

—Sí, por supuesto, pero no esperaba que viniese a recogerme.

El gigantesco sheriff se encogió de hombros y la acompañó hasta el coche de policía. Laura advirtió que todo el mundo iba en pantalón corto. Hacía un calor tremendo, las temperaturas habituales de la tropical Cairns. Y entonces Laura observó la belleza del lugar: el sol brillante, aquellos árboles que parecía como si los hubieran acabado de pintar de verde, el azul puro del océano, la playa dorada.

Los recuerdos pasaron sobre ella como una apisonadora.

—Un día tranquilo —explicó Graham—. Podía escoger entre venir a buscar a una encantadora joven, o ponerme a firmar licencias de pesca a un puñado de viejos sin dientes. Por supuesto, no fue una decisión fácil. Mi mujer prefería que me quedase con los viejos —volvió a sonreír—. Vio su foto en las revistas.

Laura le devolvió la sonrisa.

—Gracias por venir.

Él colocó la maleta en el maletero y abrió la puerta del pasajero.

—¿Dónde se aloja, señora Baskin?

—Laura —le corrigió ella—. Me alojo en el Pacific International, sheriff.

—Graham —la corrigió él—. Ahora, Laura, ¿por qué no me dice a qué se debe su visita?

Durante su tiempo libre, la mayoría de las modelos apenas pueden esperar a cambiar sus exóticos vestuarios de trabajo por un cómodo par de pantalones vaqueros rotos y una vieja camiseta. Serita no era una de ellas. Le gustaban las prendas de diseño. Cuanto más estrambóticas, mejor. En ese momento, se estaba vistiendo con un ajustadísimo mono blanco. El blanco era su preferido. Le gustaba el contraste con su piel oscura y, a juzgar por la reacción de la mayoría de la gente que la veía, sus preferencias también eran las de ellas. En algunas mujeres, aquel delicado mono blanco podría haber atraído algunas miradas interesadas. Serita, en cambio, dejaba a todo el mundo boquiabierto.

Por supuesto, a ella eso le encantaba.

«Debería hacerme actriz —pensó Serita con una sonrisa—. Soy lo bastante buena si me lo propongo».

Pues claro que le gustaba que la mirasen. ¿Qué tenía eso de malo? Por la manera en que la prensa censuraba su actitud, cualquiera hubiera creído que ella había iniciado la guerra en Oriente Medio. Sí, era descarada, ¿y qué? Nunca le había hecho daño a nadie. Nunca molestaba a nadie. Se divertía, y si a los demás les parecía un problema, si se cabreaban porque no quería ser aburrida, discreta o mesurada, pues entonces que les diesen por culo.

Cogió su bolso y se dirigió hacia la puerta. Laura. Su obstinada amiga. ¿Qué demonios había ido a hacer al otro lado del mundo? Laura podía ser muy tozuda en algunas ocasiones. Buscaba e investigaba, pero ¿qué era lo que intentaba averiguar? ¿La verdad? ¿De qué serviría? Supongamos que hubiese habido juego sucio. Supongamos que la muerte de David no hubiera sido un accidente. ¿De verdad cambiaría eso las cosas? ¿Traería calor a la cama de Laura o devolvería a

David a la vida? ¿Conseguiría que la agonía que torturaba a Laura desapareciese?

No.

Serita sabía que Laura no dejaría de buscar hasta conseguir lo que quería y obtener las respuestas a todas sus preguntas. Laura nunca se conformaba... Aunque probablemente, todo aquello se había casi convertido en una distracción para Laura, una manera de olvidarse del dolor de la realidad.

Pero la realidad seguiría allí. La realidad volvería con saña. Cuando todo se acabase, David seguiría muerto...

... Y si el ahogamiento no había sido un accidente, también Laura podría acabar muerta.

Serita había visitado el Banco Heritage de Boston a primera hora de la mañana. No había habido manera de dar con Corsel. Ahora tenía una sesión fotográfica a las cuatro de la tarde, junto a Quincy Market, para un fabricante de pantalones vaqueros. Cogió su abrigo del perchero, acercó la mano al pomo y abrió la puerta.

—Hola, Serita.

Serita dio un salto hacia atrás, espantada.

—¡T. C., me has dado un susto de muerte!

—Lo siento —dijo T. C.—. Supongo que debería haber llamado antes.

—No pasa nada —respondió Serita—. ¿Qué puedo hacer por ti?

T. C. mordió la punta de su puro. Se llevó el Dutch Master a la boca, pero no lo encendió de inmediato.

—Estoy buscando a Laura. ¿Sabes dónde está?

Serita se encogió de hombros.

—¿No está en Svengali?

Él negó con la cabeza lentamente.

—Hablé con su secretaria... ¿cómo se llama?

—Estelle.

—Eso es, Estelle. Hablé con Estelle. Me dijo que Laura estará unos días fuera

de la ciudad, al parecer se trata de un viaje de negocios.

—¿No te dijo adónde?

—Me ha asegurado que no lo sabe. Quizá Canadá. Dijo que era un gran secreto relacionado con la moda o algo así. —T. C. sacó el mechero y lo encendió. Lo acercó a la punta del puro. La llama subió y bajó al ritmo de sus caladas por unos momentos, hasta que el puro se encendió—. Confiaba en que tú sabrías adónde ha podido ir. Estoy preocupado por ella, Serita.

—¿Preocupado? ¿Por qué?

T. C. respiró hondo.

—Tú misma me dijiste que sospecha que la muerte de David no fue un simple accidente.

—Sí.

—Y que incluso cree que yo sospecho lo mismo.

—Correcto.

—Bien —prosiguió T. C.—, pues tenía razón. Yo también sospecho lo mismo. Serita abrió mucho los ojos.

—Te refieres...

—Me refiero a que existen bastantes probabilidades de que la muerte de David no haya sido accidental.

Serita notó cómo le temblaba el cuerpo. Entró de nuevo en el apartamento y le hizo un gesto a T. C. para que la siguiese. Él cerró la puerta y ambos se sentaron.

—¿Lo asesinaron?

—Solo digo que es posible —la corrigió T. C.—. Quizá le pasó otra cosa. Recuerda que solo es una teoría.

—¿Tú qué crees que pasó?

T. C. se rascó el cuello y luego miró hacia la ventana.

—No sabría decirte. Tal vez alguien descubrió que podría hacerse con el dinero de David si se lo cargaba.

—¿Tienes idea de quién puede ser?

—Ninguna. Pero sea quien sea, el que lo hizo está bien relacionado y tiene

mucho poder. Ningún aficionado podría hacer algo así. Hablamos de un profesional que no vacilaría en matar a quien intentase meter las narices en sus asuntos. Por eso quiero encontrar a Laura.

—¿Crees que... puede estar en peligro?

—¿Creer? —repitió T. C.—. Serita, estamos hablando de Laura. No es detective ni policía y, seamos sinceros, la sutileza no es su fuerte. Se comportará como un elefante en una cacharrería. Y eso es algo que no le gusta a esa gente. Alguien así sabe cómo hacer que personas como Laura desaparezcan sin dejar rastro.

Serita se levantó.

—Necesito una copa. ¿Quieres algo?

—No.

Ella sacó una botella de vodka que guardaba en el congelador y se sirvió un chupito.

—Serita —comenzó T. C., con una voz pausada—, ¿te dijo Laura algo que pudiera servirnos como pista para saber adónde fue?

Las lágrimas asomaron a los ojos de Serita, aunque consiguió contenerlas. Estaba asustada, pero le había hecho una promesa a Laura y, pasase lo que pasase, Serita la cumpliría. Además, T. C. había planteado algunas cuestiones muy interesantes. Si David había sido asesinado, el asesino estaba muy bien relacionado. Él o ella se habían enterado de la contraseña del banco de David, y de adónde había ido de luna de miel. Él o ella tenían la capacidad de cometer un asesinato y de realizar una complicada transferencia de dinero a través de Suiza. No abundaba la gente que encajase en esa descripción. No era mucha la gente que podía cometer un crimen como aquel. De hecho, Serita solo conocía a una persona capaz de hacerlo. Y en ese momento dicha persona estaba sentada en su sala de estar y le estaba preguntando dónde se encontraba Laura.

—No —respondió ella—. No sé nada. Laura le contó a Graham Rowe toda la historia. Le explicó cómo había descubierto que un intruso había entrado en su casa, lo de la agenda abierta en la mesa, la foto desaparecida, lo que Richard

Corsel le había explicado de la transferencia del dinero a Suiza... Todo. Cuando acabó, ya habían llegado a su suite en el Hotel Pacific International, y se habían acomodado en los mullidos sillones de la sala de estar.

Graham se levantó y se dio un paseo por la habitación. No dejaba de asentir mientras escuchaba la historia. Se acarició la barba con la mano.

—Desde luego, es una historia bastante extraña, Laura.

—Lo sé.

—Muy extraña, de hecho —repitió el sheriff, como si intentase poner las ideas en orden—. ¿Dice que nadie conocía la contraseña bancaria de David excepto ustedes dos?

—Así es.

Graham la miró.

—Eso la convertiría en una muy buena sospechosa, ¿no cree?

—No —respondió Laura muy tranquila—. Soy su esposa. Sea como fuere, lo habría heredado todo. No había razón alguna para que urdiese todo ese plan de la transferencia bancaria, sería absurdo.

Él asintió.

—No intentaba...

—Por favor, no se disculpe —lo interrumpió Laura—. Tenemos que investigar todas las posibilidades. Mejor eliminar esta desde el principio.

—Muy cierto —afirmó el sheriff—. Ahora, deje que haga otra observación que quizá le resulte un poco más interesante que la primera. ¿Sospecha que ese amigo de su esposo, T. C., pueda tener algo que ver con esto?

Laura se levantó.

—¿Por qué lo dice?

—Bueno, es una deducción lógica —respondió Graham—. Si usted siguiese confiando plenamente en él, estaría aquí con usted, ¿no? Fue al primero que llamó cuando David desapareció. Según sus propias palabras, es un buen poli y era el mejor amigo de David. Entonces ¿por qué no está aquí con usted investigando todo esto?

Laura miró por la ventana. Un poco más allá, se alzaba el edificio Peterson. ¿Por qué demonios habría acudido a aquella reunión con los Peterson? ¿Por qué no se había quedado con David?

—No lo sé —dijo—. Siempre he confiado en T. C., y David también. Estaban muy unidos. Me parece imposible que él pudiera hacerle ningún daño. Lo quería mucho. Y sin embargo...

—¿Sin embargo?

—De un tiempo a esta parte, se está comportando de una forma muy extraña.

—¿En qué sentido?

—Han ocurrido muchas cosas. Últimamente, desaparece sin decirme nada. Intentó evitar que presionase a Corsel en el banco. Insiste en que cualquier cosa que se salga del guion es una casualidad. Y no se comporta como el T. C. a quien conozco, que sería capaz de bajar al mismísimo infierno para rastrear cualquier pista que tuviese que ver con David.

—Entonces ¿no sabe que está usted aquí? —preguntó el sheriff.

Ella negó con la cabeza.

Graham se sentó de nuevo.

—En ese caso, ¿qué le parece si ponemos esta investigación en marcha?

—¿Por dónde empezamos?

—¿Tiene alguna foto de David?

Ella buscó en el bolso y sacó una foto que le había tomado el pasado febrero. Las mejillas de David estaban enrojecidas por el viento, y su aliento era visible en la fría mañana invernal.

Pero su sonrisa brillaba con fuerza a través del mal tiempo.

—Tenga —dijo tendiéndosela—. ¿Qué va a hacer con ella?

—La llamada al banco se hizo desde este hotel, ¿verdad? —preguntó Graham.

—¿Y?

—Ahora estamos aquí —explicó Graham—. Veamos si alguien del personal recuerda haber visto a David.

Pasaron varias horas entrevistando al personal.

La mayoría ni siquiera estaba de servicio aquel fatídico día de junio; otros no reconocieron al hombre de la foto.

—¿Y ahora qué? —preguntó Laura.

Graham se lo pensó un momento.

—Vayamos al bar del segundo piso.

—¿Cree que el camarero podría haberlo visto?

—Lo dudo mucho —respondió el sheriff—. Pensaba más en tomar una copa. Ya sabe, el hombre no es un camello.

Ella le siguió escaleras arriba. Se sentaron en los taburetes de la barra y esperaron a que la camarera les sirviese. Laura observó a la muchacha. Era joven, apenas tendría más de veintitrés o veinticuatro años. Muy atractiva. Con aspecto de ser una persona que hace mucha vida al aire libre. Cuerpo torneado y largo pelo cobrizo. El color del pelo le recordó al de su tía Judy.

—¿Qué les apetece tomar? —le preguntó a Graham.

—Un par de Four X.

—Ahora mismo.

Laura tocó a Graham con el codo.

—¿Four X?

—Es una cerveza local. Le gusta la cerveza, ¿no?

Ella asintió.

—¿Y qué haremos después, Graham?

—No estoy seguro. Si nadie reconoce a su marido, entonces podría ser que su banquero, ese tal Corsel, tuviese razón: alguien imitó la voz de David y llamó desde aquí. La pregunta, entonces, sería quién puede ser ese alguien.

La bonita camarera volvió con dos grandes jarras de cerveza Four X. La espuma se salía por los bordes.

—Aquí tiene.

—Gracias, guapa. —Graham bebió un sorbo—. ¿Le importa si le hago una pregunta?

—En absoluto —respondió la camarera—. ¿Qué puedo hacer por usted?

Graham le pasó la fotografía.

—¿Ha visto alguna vez a este hombre? Pudo haber estado en este hotel algún día de junio.

—¿Ha dicho junio...? —La joven miró la foto—. No, la verdad es que no le he visto nunca... ¿Ha hecho algo malo? Es muy guapo para ser un delincuente.

Graham recogió la fotografía.

—No, no ha hecho nada malo. Solo necesitamos saber si estuvo en el hotel.

—Un tipo muy guapo —repitió ella—. ¿Cómo se llama?

—David Baskin.

—¿El jugador de baloncesto que se ahogó en la costa?

Graham asintió.

—Ella es su viuda, Laura.

—Lo siento mucho, señora. Se lo digo sinceramente.

—Gracias —dijo Laura.

—Pero si quieren saber si estuvo aquí, tendrían que preguntarle a mi Billy.

—¿Quién es Billy? —preguntó Graham.

—Mi novio. Es un gran aficionado al baloncesto estadounidense. Lo sigue todas las semanas, y le aseguro que, cuando empieza a ver un partido, ni siquiera un cocodrilo que le mordiera la pierna podría distraerlo.

—¿Y vio al señor Baskin?

—Eso fue lo que me dijo —prosiguió la camarera—. Al principio no le creí. Quiero decir, ¿qué podría estar haciendo aquí una estrella del baloncesto como él? Le dije: «Billy, te lo estás inventando». Y él me contestó: «¿Ah sí?», y me dio el autógrafo que había conseguido. Entonces sí le creí.

—¿Dónde está Billy ahora?

La camarera consultó el reloj detrás de ella.

—Llegará de un momento a otro. Es uno de los botones. Lo encontrará en el vestíbulo de entrada. Un tipo muy delgado y alto.

Graham le dio las gracias a la muchacha mientras Laura pagaba las

consumiciones, y salieron del bar en dirección al vestíbulo.

—¿Eres Billy?

El joven flaco y desgarbado se giró al oír la voz de Graham. Era muy delgado, casi esquelético, y Laura se preguntó de dónde sacaría las fuerzas para cargar las maletas. Era un chico de aspecto normal, con el rostro enrojecido por el sol y marcado con el rastro de lo que podría haber sido un grave caso de acné.

—Sí.

—Billy, soy el sheriff Rowe. Querría hacerte unas preguntas.

La mirada del chico recorrió el vestíbulo.

—Vaya, ¿he hecho algo malo, sheriff?

—No, hijo. Solo necesito hacerte unas preguntas referentes a David Baskin.

—¿David Baskin? ¿Qué puedo...? Espere un minuto, usted es Laura Ayars, ¿no?

—Sí, lo soy.

—Es más guapa en persona que en la tele. Lo sé todo sobre usted. Fui el mayor admirador de su marido; bueno, al menos su mayor admirador en Australia.

—Billy —dijo Graham—, ¿viste al señor Baskin en este hotel?

—Claro que sí.

—¿Cuándo?

—El día en que murió. Entró por estas mismas puertas.

—¿Estás seguro?

Billy asintió.

—Tengo su autógrafo para demostrarlo. Me pareció un tipo muy agradable. Le vi entrar e ir directamente hacia el ascensor. No me lo podía creer. Ya saben, ¡el gran David Baskin estaba aquí, en este hotel! Yo también juego un poco al baloncesto, pero no hay nadie como el Relámpago Blanco. Nadie. Él era el más grande. Así que corrí al mostrador de recepción, cogí un boli y un trozo de papel

y le pedí su autógrafo. Me dijo: «Claro, chico. ¿Cómo te llamas?». Se lo dije, y entonces él lo firmó. Incluso escribió la fecha.

A Laura se le cayó el alma a los pies. Siempre que tenía tiempo, a David le gustaba añadir la fecha en su autógrafo porque había leído en alguna parte que lo convertía en más valioso para los verdaderos coleccionistas.

—¿Y qué pasó luego? —preguntó Graham.

—Como dije, entró en el ascensor y subió. No habló con nadie más. Era muy amable y todo eso, pero vi que parecía algo... ensimismado.

—¿Por qué lo dices?

—No lo sé. Solo parecía como hechizado o algo así.

—¿Le viste marcharse?

—Pues no exactamente.

—¿Qué quieres decir?

Detrás de Billy, un grupo de turistas entró armando ruido después de una excursión marítima de todo un día en Green Island.

—Mientras el señor Baskin estaba arriba, intenté reunir el coraje necesario para hablar con él cuando bajase. Quería decirle que lo consideraba el mejor jugador de baloncesto del mundo y que me encantaba verlo jugar. Cuando bajó, más o menos una hora más tarde, yo ya estaba preparado para hablar con él, pero entonces vi la expresión de su rostro y...

—¿Qué expresión era esa? —preguntó Graham.

Billy se encogió de hombros.

—No sabría decirlo con exactitud. Estaba muy pálido. La expresión ensimismada que le mencioné antes parecía ahora de dolor; como si alguien le hubiese clavado los tacones en las tripas. O como si le acabasen de decir que le quedaban dos meses de vida, o algo así. Nunca había visto un cambio semejante. Apenas podía caminar cuando salió del ascensor. Si quiere que le diga la verdad, sheriff, fue algo espeluznante.

Laura sintió que se le aceleraba el pulso. ¿Qué le había pasado a David en

aquel hotel? ¿Lo habían drogado, pegado, amenazado o qué? ¿Qué le habían hecho para que reaccionara de ese modo?

—¿Qué sucedió después?

—Me acerqué a él y le dije: «¿Está usted bien, señor Baskin?». Pero él ni siquiera me respondió. Continuó caminando atontado, como si le hubiesen clavado algo en la cabeza. Me dije que no era asunto mío y que no quería buscarme un problema molestándolo, así que lo dejé en paz.

—¿Salió del hotel?

Billy se rascó la cabeza.

—Esa es la parte extraña. Salió y estuvo un buen rato paseándose arriba y abajo por la acera. Luego caminó hacia el paseo marítimo. Lo estuve observando hasta que desapareció más allá de aquel edificio de oficinas.

Laura tragó saliva.

—¿Qué edificio de oficinas?

—El que está en la otra manzana.

—¿El edificio del Grupo Peterson?

—Sí, el mismo —confirmó Billy—. En cualquier caso, al cabo de un rato..., no sabría decir cuánto, tal vez media hora, volvió a entrar tambaleante en el hotel.

—¿Y volvió a entrar en el ascensor? —preguntó Graham.

Billy negó con la cabeza.

—Se limitó a pasearse un rato por el vestíbulo. Después me preguntó dónde estaba el teléfono más cercano. Se lo indiqué.

—¿Un teléfono público?

—No. Dijo que necesitaba llamar a Estados Unidos. Le indiqué que hablara con una de las operadoras del hotel para que ella le hiciese la llamada.

—¿Quién era la operadora?

—La vieja Maggie. Murió el mes pasado. Debía de tener algo así como doscientos años.

—¿A qué hora sucedió todo eso? —preguntó Laura.

—Déjeme que piense... Debían de ser alrededor de las diez de la noche.

—¿Y luego qué? —siguió preguntando Graham.

Billy respiró hondo.

—Pues, acabó sus llamadas y...

—¿Llamadas? —interrumpió Laura.

—Sí, bueno, yo no estaba escuchando, pero sé que hizo por lo menos dos llamadas. No sé si estaban relacionadas o no. En cualquier caso, acabó las llamadas y luego volvió a montar otra vez el numerito del zombi por el vestíbulo. Comencé a pensar que todo aquello era un poco extraño, pero, como ya les he dicho, no era asunto mío. Cosas más raras he visto. Se marchó a eso de las diez y media.

Graham recordó que la llamada al banco se había realizado a medianoche.

—¿Volvió?

—No podría asegurarlo, pero tal vez sí. Cuando me marché a las once y media, le vi solo en la playa de Marlin Jetty. Estaba allí, contemplando la bahía. No había nadie más. Sé que los periódicos dijeron que se había ahogado por accidente, y no querría yo arruinar ninguna reputación, pero no miraba el agua como si estuviese dispuesto a darse un baño, no sé si me entienden.

Graham y Laura intercambiaron una mirada. Le habían entendido.

Judy Simmons entró en su apartamento, dejó el equipaje en el suelo y se sentó en una silla cercana. Aquella sonrisa tonta parecía habersele pegado al rostro. Aunque tal vez habría que decir «sonrisa idiota».

«No —se dijo Judy a sí misma—, seamos sinceras. Ha pasado tanto tiempo desde que sonreíste de esta manera (o, ya puestos, desde que sonreíste de cualquier manera), que te has olvidado de qué clase de sonrisa es en realidad».

Judy se detuvo unos segundos antes de pensar en el término correcto. No era precisamente la expresión que una profesora de inglés utilizaría para describir una sonrisa, pero desde luego era sucinta y apropiada para la ocasión: sí, las

estudiantes de la Universidad Colgate la llamarían «una sonrisa de bien follada», la clase de sonrisa que aparece en tu rostro después de una magnífica sesión de sexo salvaje. Para ser más exactos, de todo un fin de semana de sexo salvaje. Tres veces al día. ¿Quién habría dicho que el profesor Bealy tendría semejante potencia?

Había comenzado a salir con Colin Bealy, profesor de geología, hacía cosa de un mes. Tendría unos cincuenta años, hacía siete que se había divorciado y tenía tres hijos mayores. Era bajito y llevaba barba. Una barba abundante. Tenía los ojos de color castaño oscuro, y su incipiente barriga delataba su afición a la buena vida. Si bien Colin Bealy era uno de los geólogos más respetados de la nación, al principio Judy estaba segura de que serían intelectualmente incompatibles. Se preguntaba cómo podría una mujer que enseñaba el arte de la palabra escrita de Shakespeare y que adoraba las novelas de Tolstói salir con un hombre que se sentía fascinado por los secretos que ocultaba una simple piedra. Una piedra no encerraba precisamente la intriga romántica de una novela gótica. Su especialidad científica más bien podía compararse con un manual de instrucciones para instalar puertas automáticas de garajes.

Pero estaba claro que se había equivocado, tanto con Colin como con la geología. Colin Bealy era un hombre muy culto, al que el calificativo de brillante le cuadraba mejor que el de muy inteligente. Y la geología distaba mucho de ser lo que ella siempre había imaginado: un puñado de hombres barbudos que parten piedras buscando la huella de una concha marina. La geología era en realidad el estudio del planeta Tierra en toda su gloria natural, su historia y su futuro.

Judy presionó la tecla de rebobinar del contestador automático, y la cinta chirrió durante unos segundos. Colin y ella habían estado en Nuevo Hampshire durante los últimos cuatro días, así que había bastantes mensajes. Había sido una escapada maravillosa. ¿Por fin había encontrado, después de toda una vida, a un tipo maravilloso que la quería y deseaba?

«Eso no es cierto. Casi tuviste al mejor. Y en dos ocasiones».

La cinta se detuvo y se puso en marcha.

«Casi tuviste al mejor. En dos ocasiones».

En las dos primeras llamadas, no habían dejado ningún mensaje. Detestaba que hicieran eso. ¿Por qué quien fuera que llamara no tenía al menos la cortesía de decir algo? El siguiente mensaje era de uno de sus estudiantes, que pedía una prórroga para presentar el trabajo que debía entregar al día siguiente.

«En dos ocasiones. Tuviste al mejor en dos ocasiones».

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para apartar de su pensamiento aquella frase que tanto la atormentaba. Fue entonces cuando la voz de su hermana sonó en el contestador.

—Judy, soy Mary. Por favor, llámame de inmediato. Necesito hablar contigo.

La estúpida y ridícula sonrisa de bien follada desapareció del rostro de Judy. Hasta un sordomudo habría captado el pánico que había en la voz de Mary. Se imaginó a su hermana haciendo aquella llamada, sujetando el auricular con fuerza, con sus bellos ojos muy abiertos por el miedo y la alarma. Estaba claro que había pasado algo. Judy rezó para que no tuviera nada que ver con Laura... Pero ¿cómo era posible? Laura se veía atrapada en los pecados del pasado como si ella hubiese participado en ellos. Estaba envuelta en una red de la que no podría escapar nunca. La combinación de maldad y pasado constituía un formidable oponente, capaz de mutilar, lisiar, matar...

Había otras dos llamadas similares de Mary, cada una más suplicante que la anterior. Después, Judy oyó la voz de Laura en el contestador automático.

—Hola, tía Judy, soy yo. Estaré fuera durante un par de días, pero quiero avisarte de que el próximo sábado los Celtics van a retirar la camiseta de David en el Boston Garden. Sé que estás muy ocupada, pero me encantaría que pudieses acercarte. Lleva a Colin si quieres. Tengo muchas ganas de conocerlo. Te quiero. Ya hablamos.

—Yo también te quiero —dijo Judy en voz alta.

Se enjugó una lágrima. La maldad y el pasado. Para David, el dolor se había acabado... Pero para Laura se había convertido en un compañero inseparable. Judy se preguntó cuántas grandes obras de literatura le habían enseñado que la

vida no era justa, que ni siquiera se acercaba remotamente a ser una puja igualada. La vida era azarosa, escogía mimar a algunos y destrozar a otros sin ningún plan o justificación. Era así como funcionaban las cosas. Había que aceptarlo y seguir adelante.

El mensaje de Laura era el último que había en el contestador. Colin tenía un seminario el sábado y lo más probable era que no pudiese acompañarla, pero por supuesto que Judy iría a la ceremonia. Había querido mucho a David desde el principio y, para sorpresa de Laura, siempre había sido una gran admiradora suya.

—¿Estás saliendo con David Baskin? —le había preguntado una vez a su sobrina —. Creo que es el mejor jugador que he visto en mi vida.

—No sabía que te gustara el baloncesto.

—Me encanta. Cuando vivía en Manhattan, tenía abono para los partidos de los Knicks. Sigo la carrera de David desde que jugaba en Michigan. ¿A ti no te gusta el baloncesto?

—Ahora sí.

Judy se rio.

—Bueno, dile a esa apuesta superestrella que más le vale conseguirme algunas buenas entradas.

—Lo haré. ¿Cuándo vendrás por aquí?

—De aquí a dos semanas.

—¿Te quedarás en mi apartamento?

—Por supuesto.

—Fantástico. Te veré entonces, tía Judy.

—Adiós, Laura.

Judy respiró hondo. Pobre Laura. Pobre David. Cogió el teléfono y marcó el

número de Mary.

—¿Hola?

—Hola, Mary.

—¡¿Dónde te habías metido?! —casi gritó Mary—. Llevo días intentando hablar contigo.

—Eso parece. He estado fuera unos días.

—¿No escuchas los mensajes? Suponte que alguien quiera hablar contigo por alguna emergencia.

Judy cerró los ojos.

—Estuve... muy entretenida. Me olvidé de hacerlo. A ver, dime, ¿cuál es ese gran problema?

Mary no respondió de inmediato.

—Stan Baskin.

—¿El hermano de David?

—Así es.

—¿Qué pasa con él?

—Está viviendo con Gloria.

Judy casi quiso echarse reír.

—¿Y?

—¡¿Y?! —exclamó Mary—. ¿No te das cuenta de lo que significa eso?

Judy soltó un sonoro suspiro.

—¿Por qué no intentas alegrarte por Gloria, Mary? ¿No has sufrido bastante? La situación no es la misma que con David y Laura.

Mary hizo una pausa.

—Lo sé —dijo en voz baja—, y quiero lo mejor para mi hija.

—¿Stan Baskin es un buen tipo?

—No tengo ni idea —admitió Mary—. Todavía no lo conozco.

Judy asintió. Por fin comprendía por qué estaba tan alterada su hermana.

—Si continúan juntos, tendrás que hacerlo tarde o temprano.

—Lo sé. Solo que estoy muy asustada. Imagínate que me reconoce...

—Han pasado treinta años, Mary. En cualquier caso, es un riesgo que ambas tenemos que correr. Por el bien de Gloria.

—¿Ambas?

—Laura y tú os habéis reconciliado, ¿no?

—Sí.

—Entonces, te habrá comentado lo de la ceremonia del sábado en el Boston Garden. Estoy segura de que Stan Baskin estará allí. Y yo también iré.

—¿Vas a ir?

—Sí.

—Tengo mucho que agradecerte, Judy. No sabes hasta qué punto necesito que me apoyes.

—No voy por ti —dijo Judy, en un tono frío—. Voy por Laura y para presentarle mis respetos a David.

—¿Judy?

—¿Sí?

—Esto no se va a acabar nunca, ¿verdad? —comenzó Mary—. Cada vez que creo que se ha acabado, reaparece para atormentarme. ¿Tan terrible fue, Judy? ¿Lo que hice fue tan terrible como para tener que atormentar a mis hijas de esta forma? ¿Es que fue imperdonable?

Judy se lo pensó unos segundos. En realidad, no era tan imperdonable. Pero en ocasiones este mundo azaroso e indiscriminado parecía tener un patrón, y estaba dispuesto como una hilera de fichas de dominó. Tumbabas una pequeña ficha y, sin darte cuenta, iniciabas una reacción que se llevaba por delante muchas otras. ¿Habría llegado por fin esta reacción en cadena en particular hasta la última ficha y se habría detenido? ¿La muerte de David había marcado el final de aquella cadena destructiva? Judy no deseaba otra cosa.

Pero dudaba mucho que fuera así.

T. C. volvió a su despacho. Serita era buena, muy buena, pero T. C. se las había visto con gente más buena aún. Le había mentido. Estaba seguro de ello. Y no le había gustado nada hacerlo. T. C. pensaba que la cara de póquer de Serita no habría transmitido la menor emoción de haber estado segura de que obraba bien al mentir. A pesar de todo, T. C. tampoco lo tenía tan claro como parecía, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Si aceptaba que ella decía la verdad, se quedaba en un callejón sin salida. Si aceptaba que mentía... Ah, entonces todo cambiaba.

«De acuerdo —pensó T. C.—, supongamos que Serita miente. ¿Eso qué significa?». Intentó aclarar la secuencia de los hechos. Primero: Laura había visto a Corsel. Segundo: ahora ya sabía a qué hora se hizo la transferencia. Tercero: había descubierto que David llamó desde el Pacific Internacional de Australia. Conclusión parcial: si sabía todo lo antedicho, Laura no se daría por vencida, y por tanto no se olvidaría del asunto. Pregunta: entonces ¿cuál sería su siguiente paso?

T. C. no se había tragado que Laura estaba haciendo un viaje de negocios secreto. Estelle mentía fatal, y además, ¿cabía concebir una excusa más tonta que esa? Hubiera entendido que intentara ocultar un viaje de ese tipo a sus competidores, pero ¿a su familia y a sus amigos?

No, ese no era el estilo de Laura. Ella confiaba en sus amigos. Se lo habría dicho, sobre todo en un momento como aquel, con tanta gente preocupada por ella.

«Pero ahora ya no confía en mí».

Era triste decirlo, pero T. C. tenía que rendirse a la evidencia. En algún momento de todo aquel proceso, la confianza de Laura en él se había desvanecido. No le había dicho nada de su segunda visita al despacho de Corsel,

y tampoco le había contado nada acerca de sus averiguaciones sobre la muerte de David. Laura se lo habría dicho de haber seguido confiando en él. Incluso le habría pedido ayuda.

T. C. negó con la cabeza. Esas malditas sospechas no hacían más que complicar las cosas. Pero todo aquello era secundario y lo estaba llevando a otro callejón sin salida. Tenía que averiguar dónde estaba Laura y qué pretendía hacer. Les había preguntado a sus padres, a su hermana y a su mejor amiga. Nada. ¿Era Laura capaz de irse adonde fuera que hubiese ido sin decírselo a nadie? Y en tal caso, ¿por qué haría algo así...? A menos que quisiera protegerlos... A menos que supiese que lo que hacía podría entrañar riesgos para su familia. A menos que...

Detuvo el coche y corrió hasta la cabina de teléfono público más cercana. Echó una moneda y marcó un número que no aparecía en guía. Lo atendieron a la segunda llamada.

—Proveedores de papel Sherman's.

—Stu, soy T. C.

Stuart Sherman repitió:

—Proveedores de papel Sherman's.

—Malditos seáis todos los tipejos del FBI y vuestros códigos. ¿Quién demonios los recuerda? ¿No podríais poner un reconocimiento de voz o algo así?

—Hoy tenemos una oferta especial de papel amarillo.

T. C. pensó en ello.

—Ah, ya entiendo. Esto... ¿tienen algún papel amarillo con líneas rosas y azules?

Sobrevino un momento de silencio.

—Hola, T. C. Hace tiempo que no hablamos. ¿Qué pasa?

—Poca cosa. ¿No os aburrís nunca de jugar a los espías con todos esos códigos?

—No —respondió Stu—. Es la razón por la que la mayoría de nosotros nos apuntamos a este trabajo.

T. C. se rio.

—Y es la razón por la que solo trabajo contigo en muy contadas ocasiones.

—¿En qué cabina de teléfonos estás?

T. C. entrecerró los ojos para leer.

—El número es 617-555-4789.

Stuart tecleó el número en su ordenador.

—Vale, está limpia. ¿Qué necesitas?

—Algo rápido. ¿Podrías confirmarme si Laura Baskin iba en algún vuelo procedente de Estados Unidos con destino a cualquier ciudad de Australia? Tal vez haya utilizado el nombre de Laura Ayars.

—Ningún problema —contestó Stu—. ¿Cuándo lo necesitas?

—Ahora mismo. Puedo esperar.

—Vale, pero tardaré unos minutos. Dime, ¿cómo te fue con el forense que te conseguimos en Australia?

—La verdad es que dio un resultado excelente, pero no era de Cairns, sino de Townsville.

—¿De Townsville?

—Está a una hora de vuelo de Cairns —le explicó T. C.—. Tuve que hacerlo venir en avión.

—Oh, joder, T. C., este asunto no sería en absoluto divertido si el sistema no experimentara algunos contratiempos de vez en cuando. ¿Qué me dices de Hank? ¿Qué tal el trabajito que te ha hecho?

—Sigue siendo el mejor cirujano.

—Y el más discreto —añadió Stu. Hizo una pausa—. No te preocupes, T. C., no voy a preguntarte de qué va todo esto. No es asunto mío, ¿verdad?

—Así es.

—Además, ya no soy forofo de los Celtics.

T. C. lanzó un largo suspiro.

—De acuerdo, Stu. Te debo una.

—Y una de las buenas —puntualizó Stu—. Espera un segundo, deja que

compruebe una cosita.

T. C. oyó la música de llamada en espera. Se preguntó qué clase de mensaje subliminal pondrían los de operaciones especiales del FBI en aquella melodía. Algo que sin duda le retorcía la mente a uno. Stu tenía razón: T. C. no solo le debía un favor, sino uno de los grandes. Si la agencia llegara a enterarse de lo que había hecho T. C., ambos se verían en un serio aprieto. Pero él también se había jugado el cuello por Stu en muchas ocasiones; sobre todo cuando se infiltró en la familia Bandini.

Los Bandini eran un grupo mafioso de narcotraficantes que disfrutaban torturando y matando a la gente que no le gustaba. La familia Bandini no sentía ningún aprecio por los federales. La última vez que habían pillado a un federal investigando en sus asuntos, lo habían atado a una estaca en el suelo de un almacén abandonado y luego habían vaciado un saco de ratas sobre la víctima indefensa. El pobre tipo estuvo retorciéndose de agonía mientras veía cómo las ratas le comían poco a poco el estómago, las ingles y las mejillas. Y así siguió, hasta que las garras y los pequeños dientes afilados de los roedores empezaron a ensañarse con sus ojos. Cuando T. C. vio el cadáver de aquel tipo unos cuantos días más tarde, se puso enfermo por primera y única vez a lo largo de su carrera. El mero hecho de pensar en aquel cadáver en descomposición aún le producía escalofríos.

En cualquier caso, uno de los soplones de T. C. se había enterado de que los Bandini habían descubierto que Stuart Sherman era un federal, y que iban a ejecutarlo. El FBI pudo rescatar a su hombre justo en el momento en que se dirigía al que habría sido su último encuentro con los Bandini. Después de aquello, Stuart Sherman había decidido que prefería trabajar en un despacho delante de un ordenador y en tareas de documentación. Ya no le apetecía el trabajo de campo.

Stu reapareció en el teléfono.

—Ya lo tengo, T. C.

—Te escucho.

—Efectivamente, está utilizando el nombre de Ayars —dijo Stu—. Partió hace dos días en un vuelo de Qantas Airlines de Los Ángeles a Cairns.

T. C. se frotó los ojos.

—Muchas gracias, Stu.

—No te preocupes, lo cargaré en tu cuenta.

Laura y Graham habían vuelto al bar del hotel. En esta ocasión, prefirieron sentarse en un rincón tranquilo en vez de hacerlo en la barra. Laura observó al gigante que tenía ante ella. Se acariciaba la barba, con la mirada fija de pura concentración. ¿Qué sabía realmente de Graham Rowe? ¿Cómo podía estar segura de que no estaba implicado en todo aquello? Al fin y al cabo, había sido el policía encargado de la investigación. Si Laura no podía confiar ni siquiera en T. C., ¿cómo iba a fiarse de aquel desconocido?

—¿Qué hemos conseguido hasta ahora? —preguntó Graham, tanto para sí mismo como para Laura—. En primer lugar, David no solo fue a nadar, como dejó escrito en su nota.

Laura recordó las palabras de su nota. «Te querré siempre. No lo olvides nunca». Aquello era muy serio para alguien como David. Y premonitorio.

¿Sospechaba de alguna forma que aquella iba a ser la última nota que le escribiera? ¿Sabía que su muerte era inminente?

—En segundo lugar... —prosiguió Graham—, la hora de la muerte estimada por el forense estaba muy equivocada. Tenemos un testigo ocular que asegura haber visto a David Baskin unas cuantas horas después de su supuesto ahogamiento.

El sheriff buscó en su libreta, anotó algo en una hoja, y luego continuó:

—En tercer lugar, sabemos que David estuvo en este hotel. Utilizó el ascensor, y subió a una de las habitaciones durante cosa de una hora. Cabe suponer que había venido a visitar a alguien.

Laura asintió.

—Pero ¿a quién?

—He ahí la cuestión —dijo Graham—. Pero hay unas cuantas cosas más que debemos investigar.

—¿Cómo cuáles?

—¿Por qué el forense se equivocó tanto a la hora de estimar la muerte de David? ¿Significa que pasó algo por alto, que se le escapó algún detalle? Pero, además...

—¿Además...?

La mirada aguda de Graham se fijó en la suya.

—Lo siento, Laura, pero también debemos considerar la posibilidad del suicidio.

El tono de Laura se mantuvo impasible.

—Como ya le he dicho, quiero investigar todas las posibilidades, y no me importa adónde nos lleven.

Graham asintió.

—Bien. Pues, entonces, comencemos.

—¿Qué hacemos primero?

El sheriff dejó que una risita escapase de su boca.

—¿Hacemos? —repitió—. No tengo manera de convencerla de que me deje hacer esto por mi cuenta, ¿verdad?

—No.

Graham se encogió de hombros.

—De acuerdo, siempre he querido tener una compañera hermosa. —Volvió a mirarla directamente a los ojos—. Lo primero que debemos hacer es encontrar a Gina Cassler.

—¿Y esa quién es?

—Una vieja amiga —respondió Graham—, y la propietaria y directora de este hotel.

Gina Cassler era una mujer de aspecto majestuoso que acababa de cumplir sesenta años. Llevaba su larga melena gris recogida en un moño, vestía un traje chaqueta oscuro, y su apariencia personal era impecable. Además, siempre se mantenía muy erguida y con la cabeza alta. Todo ello contrastaba con el desorden de su mesa, que estaba repleta de papeles y carpetas. Los montones formaban una montaña de casi un metro de altura sobre lo que Laura supuso que sería una superficie de madera de un acabado perfecto. De vez en cuando, algún papel caía al suelo, pero a la señora Cassler no parecía importarle.

—Caray, Gina —dijo Graham, señalando aquellos montones de carpetas con la cabeza—, ¿cómo puede ser tan desordenada una dama tan hermosa?

Gina hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Tú siempre tan galante, ¿eh, Graham?

—Lo intento.

—¿Quién es la encantadora dama que te acompaña?

Graham se volvió hacia Laura.

—Es Laura Baskin.

—¡Ah, sí! ¡La fundadora de Svengali! —se sorprendió Gina, que se incorporó para darle un cortés apretón de manos a Laura—. Compré uno de sus vestidos la última vez que estuve en San Francisco. Tengo entendido que pronto comenzará a vender su línea aquí, en Australia.

—Así es.

—Estoy segura de que será todo un éxito —añadió Gina con una sonrisa—. ¿Qué puedo hacer por ti, Graham?

—Estamos investigando la muerte del marido de la señora Baskin. ¿Estás al corriente?

—Por supuesto —contestó Gina—. Apareció en todos los periódicos y en televisión. Algo terrible. ¿Cuánto tiempo hacía que no se nos ahogaba nadie por aquí? ¿Tres años, Graham?

—Dos y medio —corrigió él.

—Lo mismo da. Leí que era un buen nadador. —Negó con la cabeza—. Lo

siento mucho, de verdad.

—Gracias —dijo Laura.

Graham carraspeó.

—Gina, necesitamos ver la lista de tus clientes más o menos cuando murió el señor Baskin.

Gina lo miró, intrigada.

—¿Te refieres a algún listado de huéspedes?

—Así es.

—¿De junio?

—Del 17 de junio.

—De eso hace casi seis meses...

—Cinco y medio —precisó Graham.

—No los tenemos.

—¿Qué significa que no los tenéis?

—No guardamos la lista de huéspedes diaria —explicó ella—. Por supuesto, tenemos una lista de los clientes en el sótano, pero no se guarda de acuerdo con las fechas en que estuvieron aquí.

—¿No hay manera de averiguar quién se alojaba en el hotel el 17 de junio?

—No. A menos que... Espera un segundo. —Gina alzó la mirada, concentrándose en cuerpo y alma. Unos segundos más tarde, abrió mucho los ojos, y chasqueó los dedos—. ¿Estáis buscando a un extranjero?

—¿Qué tiene eso que ver con...?

—Solo responde a mi pregunta, Graham —le interrumpió ella, impaciente—. ¿Buscáis a un extranjero?

—Es probable. ¿Por qué?

—Las fichas de los pasaportes.

—¿Qué?

—Todos los extranjeros tienen que dejar los pasaportes en recepción para que podamos rellenar sus datos, que luego recoge Inmigración y se guardan en el ayuntamiento.

—¿Puedes conseguir las que se rellenaron el 17 de junio?

—Todo podría ir mucho más rápido si hicieses tú la petición, Graham.

El gigantesco sheriff negó con la cabeza. Todavía no quería hacer oficial aquel caso.

—Te estaría muy agradecido si fueras tú quien se encargase de conseguir las. Solo tienes que decir que las necesitas por asuntos de impuestos, o algo así.

Gina se encogió de hombros.

—Ningún problema. Pero lo más probable es que tarde un par de días. Ya sabes, la burocracia y todo eso.

—Es importante —insistió Graham—. También necesito ver tus facturas telefónicas de larga distancia de aquel mes.

Gina soltó un largo suspiro.

—Echa un vistazo, Graham. ¿Parezco la clase de persona que guarda facturas de teléfono atrasadas?

La mirada de Laura observó el desordenado despacho, con las papeleras llenas. La respuesta era obvia.

—Necesitaré las facturas de teléfono.

—Mi sobrino trabaja en la compañía telefónica de Cairns —dijo Gina—. Mañana estará en el trabajo. Le haré una llamada.

Le dieron las gracias y se marcharon.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Laura—. ¿Vamos a ver al forense?

—Es más fácil decirlo que hacerlo.

—¿A qué se refiere?

El enorme sheriff le abrió la puerta.

—El forense que se ocupó del caso de su marido no era de por aquí.

—¿Ah, no?

Graham negó con la cabeza.

—Vino en avión desde un lugar llamado Townsville.

Stan oyó la llave de Gloria en la cerradura. Se levantó de prisa y fue hacia la puerta. Cuando ella la abrió, la cogió en brazos y le dio un beso apasionado.

—Bienvenida a casa.

Gloria lo miró, radiante.

—Desde luego, sabes cómo recibir a alguien.

Stan volvió a posarla en el suelo, le cogió el maletín y le pasó un brazo por encima de los hombros.

—Te he echado de menos.

—Yo también —afirmó Gloria, entusiasmada—. ¿Qué es lo que huele tan bien?

Stan dejó el maletín y la besó de nuevo.

—He hecho algunas compras, y he decidido que hoy preparaba yo la cena.

—¿Has preparado la cena para mí? —preguntó ella.

Stan asintió.

—¿Qué tal el trabajo?

—Bien, pero demasiado. Laura se ha marchado.

—¿Adónde ha ido?

Gloria se encogió de hombros.

—No estoy segura. Estelle me comentó que tenía que ocuparse de no sé qué asuntos en no sé qué sitio, y decidió marcharse. ¿Qué estás cocinando? Me muero de hambre.

—Pasta primavera.

—Oh, me encanta la pasta —dijo ella.

—Estará lista en unos quince minutos.

Sin decir palabra, Gloria lo cogió de la mano y lo llevó a la terraza. Se sentaron en el pequeño sofá, con los dedos entrelazados. Gloria cerró los ojos por un momento y apoyó la cabeza en su pecho.

—Me encanta esto —dijo.

—¿El qué?

—Todo lo que tenga que ver con nosotros. Nunca me había sentido tan feliz.

Stan le apretó la mano con fuerza.

—Lo mismo digo.

Se reclinaron en el sofá y contemplaron el río Charles.

Más que ningún otro aspecto de su relación con Gloria, aquel era el que más asombraba a Stan. Podían estar sentados juntos sin hablar, limitándose a disfrutar de la compañía del otro. No le veía ningún sentido. Gloria era distinta a cualquier otra mujer que hubiese conocido. No charlaba sin cesar, ni tampoco intentaba decir cosas «significativas» o «profundas». Todavía no había empezado a incordiarle para que se buscase un trabajo. Ni siquiera había vuelto a mencionar los cien mil dólares que le debía. Gloria se daba por contenta solo con estar con él. A cambio, él le daba más de lo que le hubiese dado nunca a ninguna otra mujer.

Unos pocos minutos más tarde, Stan se levantó para servir la cena.

Gloria lo siguió a la cocina.

—Laura nos dejó un mensaje —comenzó Gloria.

«No lo dudo», pensó Stan.

—¿Ah, sí?

—Los Celtics van a retirar la camiseta de David en el Boston Garden el sábado por la noche. Será el partido inaugural de la temporada. Dijo que nos estaría muy agradecida si fuéramos los dos.

—¿Los dos?

Gloria asintió.

—Tú eras su hermano. Sé que Laura y tú aún no os lleváis muy bien, pero ella acabará por aceptarte.

—Yo no contaría con ello.

—Me gustaría ir, Stan. Creo que es importante que ambos estemos allí.

Stan espolvoreó queso parmesano sobre la pasta.

—Vale —dijo finalmente—, dile a tu hermana que nos encantará asistir.

—Mis padres también irán. Y mi tía. Será una ocasión inmejorable para que los conozcas a todos.

—Eso me gusta —afirmó Stan.

Gloria encendió las velas y apagó algunas luces. Stan se la quedó mirando. Aunque se resistía a admitirlo, le encantaba ver cómo se movía, le encantaba ver todo lo que ella hacía. Era tan buena y generosa que en ocasiones se preguntaba qué andaría tramando. ¿Qué pretendía con esa actitud? ¿Qué buscaba? ¿Qué quería de él? ¿Era su ternura una trampa para engañarlo y hacer que se descuidase, para ponerlo en un estado en que ella pudiera echarle las garras encima y hacerse con el control?

Tal vez.

Pero todavía más importante, ¿qué demonios estaba haciendo él? ¿Cuáles eran sus intenciones? ¿Qué quería de Gloria? Laura había puesto el dedo en la llaga al preguntárselo. Lo cierto era que ya no estaba seguro de lo que estaba haciendo. Podía conseguir mucha pasta —muchísima— y largarse de allí de inmediato. Podía ganar más dinero que nunca y desaparecer para siempre. Pero, por alguna extraña razón, prefería quedarse. Estaba sin dinero y tenía a su alcance la oportunidad perfecta para conseguirlo en cantidad, y aun así había decidido no hacerlo.

¿Por qué?

¿Qué demonios le estaba pasando? Ya tendría que haberla dejado. Debería haberle sacado hasta el último dólar y haberse largado, aplastado la frágil alma de Gloria y dejarla para que llorase a lágrima viva o algo peor. Pero no, había decidido quedarse un poco más.

El teléfono los interrumpió mientras cenaban.

—Yo contesto —dijo Gloria.

—No, lo más probable es que sea para mí —se adelantó Stan—. Contestaré en el dormitorio.

Stan se levantó, fue al dormitorio y cerró la puerta. Sabía quién estaría al otro lado de la línea. El miedo se apoderó de él. Tragó saliva y contestó.

—¿Diga?

—Stan, tío, ¿cómo estás?

Stan reconoció la voz en el acto. El alma se le cayó a los pies.

—Hola, RH.

—¿Es así como saludas a un buen amigo? —preguntó él—. Me siento insultado, Stan, de verdad que sí.

—Estamos cenando.

—Oh, qué tierno —se mofó él—. Qué cosas tan hogareñas haces. De verdad, estoy impresionado, Stan. ¿Y qué vas a hacer después de cenar? ¿Salir al patio y regar un poco el césped?

Stan cerró los ojos.

—¿Qué pasa?

—Poca cosa. Por eso te llamo, precisamente. Tu contacto me dice que llevas tres días sin hacer apuestas.

—¿Y?

—Ahora solo me debes dos mil —continuó RH—. Por lo general, no te cierro el grifo hasta que has llegado a los cuarenta mil.

—No he visto nada que me interese en estos últimos días.

—Corta el rollo, Stan —le reprochó el corredor de apuestas—. Estás hablando con RH. No has dejado de jugar ni un solo día en diez años.

—He decidido tomarme un descanso. ¿Qué tiene eso de malo?

RH se rio.

—¿No lo entiendes, Stan? No puedes dejar de apostar así como así.

—¿Quién ha dicho nada de dejarlo?

—Venga, Stan. No intentes engañar a un tramposo. Los tipos como tú no se toman descansos. Estás intentando dejarlo.

—¿Y qué pasa si quiero dejarlo?

—¿Por qué pierdes el tiempo así, Stan? Sabes que no puedes hacerlo.

—¿Ah, no?

RH exhaló un largo suspiro.

—Stan, he conocido a muchos tipos como tú. Eres un adicto. No puedes

dejarlo. Entiendo lo que intentas hacer. Has conocido a esa chica y te gusta, ¿verdad?

—No sabes de lo que hablas —dijo Stan—. No es más que otra tía.

—Sí, claro. Lo que tú digas, Stan. En cualquier caso, está empezando a gustarte la vida sencilla. Quieres apartarte del lado trepidante y salvaje de la vida durante un tiempo. Pero Stan, tú no eres de esos. Llegará un momento en que regresarás al lado salvaje y... ¡bam!, te la pegarás otra vez. Eres un desastre, amigo. No puedes cambiar.

—Déjame en paz, RH.

—Voy a hacerlo, Stan, porque sé que volverás. Leerás el periódico de mañana y verás un caballo en la tercera carrera que no puede perder. O verás un partido de fútbol que ofrece unas ganancias que son demasiado apetitosas como para pasarlas por alto. Entonces volverá esa inquietud, ese picor casi inapreciable, y poco a poco será tan fuerte que tendrás que rascarte. Y una vez te rasques, no podrás dejar de hacerlo, una y otra vez, una y otra vez...

—¡Cállate!

—... Y yo estaré allí para ayudarte a que te arranques la piel a tiras, Stan. Tu viejo amigo RH te estará esperando con los brazos abiertos y las garras afiladas.

A Stan comenzó a temblarle el labio superior.

—¡Cállate de una vez!

—No me gusta que me griten —le advirtió RH, bajando de pronto la voz—. No me gusta en absoluto. Quizá tenga que darte una pequeña lección, Stan.

—No, RH, yo...

—Quizá debería arrancarte de cuajo ese dedo roto —continuó RH—. O tal vez coger a tu novia rubia, atarla a una cama, y dejar que Bart y algunos de sus amigos se turnen con ella. ¿Qué te parece?

Stan abrió los ojos como platos.

—Lo siento, RH. No pretendía faltarte el respeto.

La risa de RH le heló la sangre.

—Lo sé, Stan, lo sé. Llámame cuando sientas la necesidad. Mientras tanto,

disfruta de tus breves momentos de placer. Las personas como tú no tienen ocasión de disfrutar de esas cosas muy a menudo. Cuando estés preparado para volver a tu hogar en las alcantarillas, te estaremos esperando para ayudarte.

Le colgó. Stan se volvió. Gloria estaba en la puerta.

—¿Todo va bien? —preguntó ella.

Stan se le acercó para abrazarla.

—Todo va bien —respondió Stan.

Ella lo miró.

—De verdad que has dejado de jugar, ¿no?

—Sí —dijo Stan. Y aunque en ese momento era verdad, sabía que RH estaba en lo cierto: tarde o temprano sería mentira.

Había sido el jardín del Edén. Luego se convirtió en el infierno. La transformación fue tan súbita como inapreciable. Un instante antes, el Reef Resort Hotel era el escondite idílico de una luna de miel; al siguiente, era la muerte. Al volver a verlo, el Reef Resort Hotel se convirtió en algo nebuloso e irreal para Laura, como si lo estuviese contemplando a través de un sueño. El edificio y las terrazas ajardinadas ya le resultaban muy familiares. Vio los árboles, los jardines, el vestíbulo... Y al moreno recepcionista detrás del mostrador. Laura se acordaba muy bien de él. Le había entregado la última nota escrita por David.

—¡Señora Baskin! —exclamó el joven—. ¡Qué alegría verla de nuevo!

Laura sonrió a través de la irreal nebulosa que parecía haberse apoderado de ella y le estrechó la mano.

—Es un placer volver a verlo.

—¿Se quedará mucho tiempo?

Graham apareció entre ellos.

—Solo unos minutos.

—¿Cómo está, sheriff?

—Muy bien, Monty. ¿Y usted?

—No me puedo quejar —respondió el recepcionista—. ¿En qué puedo servirles?

Graham debía de ser por lo menos treinta centímetros más alto que Monty. Bajó la vista para mirarlo.

—¿Recuerda el día en que desapareció David Baskin?

—Por supuesto —respondió el recepcionista—. ¿Necesita algo?

—Le entregó una nota antes de marcharse, ¿no?

—Así es —confirmó Monty—. Era una nota un tanto... picante. ¿Se acuerda, señora Baskin? Se la leí por teléfono cuando me llamó. Nunca me he sentido tan avergonzado.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Graham.

—¿A qué se refiere?

—¿David volvió al hotel?

Monty asintió.

—Sí, se lo dije a la señora Baskin. Volvió poco después.

—¿Y entonces se volvió a marchar?

—Correcto —contestó Monty.

—Y en ese intervalo, ¿cuánto tiempo estuvo aquí? —preguntó Graham.

—Oh, no lo sé con exactitud... Diría que alrededor de una hora.

—¿A qué hora dejó el señor Baskin el hotel la segunda vez?

Monty lo pensó unos instantes.

—No lo puedo decir con toda seguridad. El señor Baskin se marchó inmediatamente después de recibir una llamada telefónica.

Graham y Laura intercambiaron una mirada.

—¿Qué llamada telefónica? —preguntó Graham.

Monty se encogió de hombros.

—En realidad, no lo sé muy bien. Yo estaba atendiendo la centralita cuando llegó una llamada para él. Me limité a pasar la llamada a su habitación. El señor Baskin bajó y salió a toda prisa unos pocos minutos más tarde.

Graham se humedeció los labios.

—¿Qué puede decirme sobre la voz de la persona que llamó?

—¿De la voz?

—El sexo, el acento, lo que sea.

Monty lo pensó por un momento.

—Verá, no recuerdo la voz muy bien... Fue hace mucho tiempo. La única razón por la que recuerdo esa llamada es porque el señor Baskin era una persona famosa y, después de pasársela, me reproché no haber preguntado quién era. Me

refiero a que podría haber sido un reportero o un admirador pesado. En cualquier caso, lo único que dijo esa persona fue: «La habitación del señor Baskin, por favor». Pero recuerdo que la voz era un tanto ronca. ¿Si era la de un hombre o una mujer? De eso ya no estoy tan seguro. Pero sí recuerdo que tenía un acento yanqui. Eso es algo que no puedes ocultar, por mucho que lo intentes.

—¿Algo más?

Monty negó con la cabeza.

—Oh, espere... Una cosa más. La llamada era local.

—¿Cómo lo sabe?

—Las líneas de este hotel son terribles cuando recibimos una llamada de ultramar. Pero recuerdo que no había estática en la línea. Esa llamada tuvo que hacerse desde aquí.

Graham le dio las gracias y luego llevó a Laura hacia una butaca de bambú situada en una esquina del vestíbulo. Ella se sentó en silencio. Su mirada vacía buscaba la piscina y la playa.

—¿Laura?

Ella volvió la cabeza poco a poco hacia su voz.

—¿Sí?

—¿Está usted bien?

Laura ignoró la pregunta.

—Lo llamó alguien...

—Eso parece —asintió Graham—. Vamos a intentar resolver juntos este pequeño enigma, a ver qué encontramos, ¿de acuerdo?

Ella asintió.

Graham comenzó a caminar en círculos.

—Primero, usted se va a su reunión en el edificio del Grupo Peterson, en Cairns. David se viste y sale para jugar un rato al baloncesto y luego nadar un poco. Bien. Segundo, usted llama al hotel. David todavía está fuera. Le ha dejado una nota un tanto picante. Tercero, David vuelve al hotel. Sube a su

habitación. Recibe una llamada telefónica de una persona estadounidense que está alojada en la zona...

—Lo cual descarta a T. C. —interrumpió Laura—. Es imposible que pudiese haber hecho una llamada local y regresar a Boston a tiempo para atender la mía.

Graham lo pensó por un momento.

—Me parece lógico. Pero eso, en realidad, no nos dice gran cosa. El que no hiciera él la llamada no significa que no pudiera estar implicado en el «ahogamiento» del señor Baskin. A ver, ¿por dónde íbamos?

—David recibió una llamada telefónica.

—Correcto. David recibe una llamada telefónica local de una persona estadounidense. Luego le escribe a usted una nota un tanto críptica y deja el hotel. Podemos suponer, con toda la lógica del mundo, que acudió al encuentro de la persona que lo había llamado. Y eso nos lleva al cuarto paso: David se dirigió al Pacific Internacional de Cairns.

—Quizá algún taxista recuerde haberlo llevado —dijo Laura.

—Es una posibilidad remota, pero lo averiguaré de todos modos. En cualquier caso, tenemos a un testigo que sitúa a David en el hotel más o menos a la hora correcta, así que prosigamos a partir de ahí. El quinto paso es que David llega al hotel. Está un tanto distraído, probablemente está pensando en lo que le ha dicho su misterioso interlocutor. Sube a una de las plantas durante una hora, cabe pensar que para reunirse con la persona que le llamó. Cuando David baja, está conmocionado. Allí arriba sucedió algo que lo dejó muy alterado.

—Pero ¿qué pudieron decirle? —preguntó Laura, más para sí misma que para Graham.

—No tengo ni idea —respondió el gigante—. Entonces David se pone a dar vueltas por la acera. Puede que incluso entrase en el edificio Peterson, donde usted tenía su reunión. Luego vuelve al hotel y hace un par de llamadas a Estados Unidos. ¿A quién llamó? No lo sabemos. Quizá no consiguió hablar con quien quería y decidió llamar más tarde. Da otro paseo durante un par de horas. Tenemos a un testigo que lo vio en la playa de Marlin Jetty alrededor de las once

y media de la noche. A partir de aquí, tenemos un espacio en blanco, y cuando vuelven a verlo ya está muerto. Sin embargo, su amigo Corsel, el banquero, afirma haber hablado con él a medianoche. Podría ser. O podría ser que David ya estuviese muerto a aquella hora y quienquiera que llamase imitara su voz.

Laura se removió en su asiento.

—Eso ya no parece muy probable, ¿verdad?

Graham negó con la cabeza.

—Posible, sí. Probable, no. Creo que David regresó al hotel y llamó al banco. ¿Por qué? No lo sé. Probablemente guardaba relación con la persona con la que se encontró en el Pacific Internacional. En cualquier caso, sabremos adónde llamó David en cuanto Gina encuentre las facturas de teléfono. Además, tendremos que preguntar al portero de noche y quizá al recepcionista del edificio Peterson. Puede que también viesan a David. Esto es solo el principio, Laura. Una investigación a fondo no se hace en un solo día.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora?

Graham se encogió de hombros.

—¿Cuánto tiempo había pensado quedarse?

—Tengo que marcharme mañana por la noche. El sábado se celebra un acto de homenaje a David en Boston.

—Vale, no hay problema. Lo que debemos hacer ahora es rellenar todos estos espacios en blanco. Tenemos que averiguar a quién visitó David cuando vino al hotel Pacific Internacional.

—Esa es la auténtica clave, ¿verdad? —preguntó Laura—. La identidad de la persona misteriosa.

—Eso me parece —admitió Graham.

—¿Qué pasa con el forense?

Graham consultó su reloj.

—Es demasiado tarde para llamar ahora al doctor Bivelli. Lo haremos mañana a primera hora.

Laura tragó saliva y bajó la mirada.

—Graham, ¿qué cree que le pasó a mi marido?

Graham apoyó una de sus manazas en el hombro de Laura.

—No lo sé, querida, pero lo descubriremos.

—¿Ahora? —preguntó Mark.

T. C. miró el reloj que había detrás de Mark.

—Ahora.

Con un suspiro, T. C. se levantó y se dirigió al teléfono. Marcó trece dígitos y esperó que le pasasen la llamada.

Mark comenzó a pasearse.

—Ella nunca se creará que David se ahogó.

—Lo sé —dijo T. C.—. Estoy trabajando en ello.

Después de tres timbrazos, atendieron el teléfono y una voz con fuerte acento australiano dijo:

—Residencia Bivelli.

—Por favor, ¿podría hablar con el doctor Bivelli?

—¿De parte de quién?

—Me llamo Terry Conroy.

—Espere un momento, señor Conroy.

Unos segundos más tarde, el doctor Bivelli se puso al teléfono.

—¿T. C.?

—Sí, Aaron, ¿qué tal estás?

—Bien, colega. No esperaba oírte tan pronto.

—Sí, bueno, han pasado algunas cosas.

—¿Qué clase de cosas?

—Necesito que me hagas otro favor.

—Sabes que no hago favores —repuso Bivelli—. Stu te lo advirtió antes de que te pusieses en contacto conmigo.

—Ya lo sé, Aaron. Eres un auténtico mercenario. Pero ya te pagué por ese

trabajo.

—¿Te refieres al ahogamiento de Baskin?

—Bingo.

—Creía que todo había ido como la seda.

—Y así fue —admitió T. C.—. Pero ahora nos hemos encontrado con un pequeño obstáculo. Solo quería hacerte saber que pueden presentarse algunas personas haciendo preguntas.

—¿Después de todo este tiempo?

—Sí.

—En ese caso, es solo parte del trabajo. No cobraré nada.

—Solo quería que lo supieras.

—Te lo agradezco, T. C., pero no te preocupes.

—Bien.

—Aun así... —añadió Bivelli—, un día de estos me encantaría conocer toda la historia.

T. C. esbozó una sonrisa. Bivelli solo sabía una pequeña parte de lo que pasaba. Stu, otra pequeña parte. Y Hank, otra. Pero ninguno de ellos sabía lo suficiente como para deducir toda la historia.

—Un día de estos, tal vez —repitió T. C.

Graham se puso en contacto con el doctor Bivelli a la mañana siguiente, y acordaron una cita para aquel mismo día. Dado que todos los vuelos entre Cairns y Townsville estaban completos, Laura alquiló una avioneta para que los llevase a la pequeña localidad de la costa este. Cerca del mediodía, llegaron al Memorial Hospital de Townsville. Por supuesto, el despacho del médico forense Aaron Bivelli estaba en el sótano, junto al depósito de cadáveres.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó el doctor Bivelli con solemne entusiasmo, como correspondía a su ciertamente siniestra ocupación.

Era un hombre bajito a punto de cumplir los sesenta, calvo y con una

prominente barriga, como atestiguaban los botones de su chaleco gris. Su rostro, amable y reservado, lucía una brillante y confiada sonrisa.

—Me llamo Graham Rowe. Hemos hablado por teléfono.

—Ah, sí —dijo Bivelli—. El sheriff de Palm's Cove.

—Ella es Laura Baskin.

El doctor Bivelli se volvió hacia Laura con gesto serio.

—Siento mucho lo que le sucedió a su marido, señora Baskin.

—Gracias.

—Por favor —dijo Bivelli, señalando las sillas de su pequeño despacho con un gesto—, pónganse cómodos. —Se dirigió a su lado de la mesa y también se sentó—. Señora Baskin, releí el expediente de su marido después de hablar con el sheriff Rowe esta mañana. Espero serle de alguna utilidad.

—Quizá pueda ayudarnos a atar un par de cabos sueltos —atacó Graham.

—Desde luego que lo intentaré.

—Pues allá va mi primera pregunta, doctor. ¿Podría haber algo turbio en la muerte del señor David Baskin?

El doctor Bivelli alzó las cejas y se echó hacia atrás en la silla.

—Es una pregunta difícil de responder, sheriff. Me refiero a que podría ser una posibilidad, pero lo dudo mucho. En primer lugar, los pulmones del señor Baskin estaban llenos de agua cuando le encontramos. Eso significa indefectiblemente que la causa de la muerte fue el ahogamiento. Es decir, que no lo mataron primero y después lo arrojaron al mar. ¿Cómo se ahogó? Bueno, pues vaya usted a saber. Tenía muchos golpes.

—¿Muchos golpes? —preguntó Laura.

—Sí, señora Baskin —respondió el doctor Bivelli, que dirigió su atención hacia ella—. El cuerpo de su marido había sido brutalmente golpeado por las olas, que lo lanzaron una y otra vez contra las rocas con la fuerza de la marejada. Había chocado contra los afilados bordes de la barrera de coral... De hecho, tenía muchos cortes. Y es probable también que los peces lo... mordisqueasen.

El rostro de Laura perdió el color.

—Lo siento, señora Baskin —se apresuró a añadir el forense—. Soy patólogo. Nunca he tenido que... recurrir a los modales de un médico de familia.

Laura tragó saliva.

—No pasa nada. Por favor, continúe.

—Lo que intento decir es que el cuerpo presentaba un aspecto terrible cuando lo encontramos. ¿Pudo alguien haberle dado un golpe en la cabeza y arrojar su cuerpo al mar? Lo dudo mucho, pero sí.

—¿Por qué dice que lo duda mucho? —preguntó Laura.

—Porque la mayoría de las veces la cosa no funciona así. En ocasiones, hay un asesinato y se arroja el cuerpo al mar para que parezca que se ha ahogado por accidente, pero si la víctima ya está muerta no se encuentra agua en sus pulmones. En otros asesinatos se ata un gran peso al cuerpo de la víctima para que se tarde algún tiempo en encontrarla. Pero como ya les he dicho, David Baskin se ahogó. Es muy raro que un asesino deje inconsciente a su víctima y que abandone el cuerpo en el agua con la esperanza de que se ahogue. Es demasiado arriesgado. Puede que sobreviva al ataque y lo rescate alguna embarcación, o que se despierte y nade hasta la costa.

Graham asintió.

—¿Dice que el cuerpo del señor Baskin estaba en mal estado?

—Sí.

—¿Irreconocible?

El doctor Bivelli miró a Laura.

—Casi.

—¿Cómo hizo una identificación positiva?

El doctor Bivelli carraspeó tapándose la boca con el puño.

—De dos maneras. En primer lugar, ese policía estadounidense que era amigo suyo —se puso las gafas de leer y abrió el expediente—, el oficial Terry Conroy, pudo reconocer ciertas facciones. Pero más importante aún, me enviaron su historia clínica por fax. Las placas dentales llegaron al día siguiente y confirmaron lo que ya sabíamos. —Bivelli miró de nuevo el expediente—.

Según el oficial Conroy, el señor Baskin debería haber llevado un anillo del campeonato de la NBA de 1989, pero no pudimos utilizarlo para identificarlo porque su mano derecha... Llevaba el anillo en la mano derecha, ¿no es así, señora Baskin?

Ella asintió. ¡El anillo! Se había olvidado por completo del anillo del último campeonato que había adornado la mano de David.

Era la única joya que le gustaba llevar; aquel anillo... y probablemente la alianza matrimonial que tenían la intención de comprar cuando regresaran de la luna de miel.

Bivelli carraspeó de nuevo.

—Bueno..., la mano derecha había desaparecido.

—¿Desaparecido? —repitió Laura.

Bivelli agachó la cabeza.

—Como ya les he dicho, tenía muchas partes del cuerpo muy dañadas.

—Comprendo —intervino Graham—. Permítame que le pregunte, doctor. ¿Con qué margen de exactitud se estimó la hora de la muerte?

—Para un ahogamiento de ese tipo, solo pueden hacerse conjeturas —declaró el doctor Bivelli—. Cabe la posibilidad de que me equivoque por un margen de entre doce y quince horas.

—Usted estimó la hora de la muerte alrededor de la siete de la tarde —le recordó Graham—. ¿Le sorprendería saber que tenemos a un testigo que vio al señor Baskin a medianoche?

—En absoluto, sheriff —afirmó Bivelli con toda tranquilidad—. Como ya les he dicho, hacerle la autopsia a una víctima de ahogamiento con el cuerpo tan... maltrecho nunca le proporcionará resultados científicos exactos. Desearía que no fuese así. De hecho, al efectuar los cálculos tuve muy en cuenta la declaración de la señora Baskin. Dijo que su marido había ido a nadar a eso de las cuatro o cinco de la tarde. Desde luego, lo más lógico era suponer que murió apenas unas pocas horas después, y no pasada la medianoche.

Graham se rascó la cabeza.

—Una última pregunta y nos marcharemos. ¿Por qué lo llamaron a usted para hacerse cargo de este caso? ¿Por qué no se llamó al forense local?

Bivelli se encogió de hombros.

—No sabría decírselo, pero se me ocurre una explicación.

—Por favor.

—En primer lugar, el señor Baskin no solo era un extranjero, sino un hombre famoso —comenzó Bivelli—. Cuando se produce una muerte de esta magnitud, el gobierno australiano suele implicarse en el asunto. He realizado muchos trabajos para ellos en el pasado. Se sienten a gusto conmigo. Townsville está a solo una hora de vuelo de Cairns, así que tal vez creyeran que yo podría ser el más indicado para esta situación en particular.

—¿Quiere decir que el oficial Terry Conroy de Boston no se puso en contacto con usted?

—No, no lo hizo.

Graham se levantó, y Laura hizo lo mismo.

—Muchas gracias, doctor Bivelli. Nos ha sido de gran ayuda.

—Estoy a su entera disposición, sheriff. —Bivelli se despidió con un fuerte apretón de manos—. Una vez más, señora Baskin, por favor, acepte mis más sinceras condolencias.

Caminaron por el pasillo y entraron en el ascensor.

En cuanto se cerró la puerta y el ascensor comenzó a subir, Laura se volvió hacia Graham.

—Está mintiendo.

Graham asintió.

—Como un bellaco.

Judy miró la fotografía.

Las lágrimas asomaron a sus ojos mientras miraba aquellas imágenes tan conocidas. ¿Cuántos años más duraría aquello? ¿Cuánto tiempo más continuaría

esa fotografía en blanco y negro apuñalándole el corazón? Dios, cuánto lo había amado. Lo había amado como a ningún otro hombre antes o después. ¿Habría sentido él lo mismo? Judy creía que sí.

Se acordó de los tiempos en los que ambos eran tan felices que los demás parecían no existir, un tiempo en que estaban tan enamorados que nada más importaba...

... Hasta que algo se lo llevó. Hasta que algo le cegó como un gran destello de luz.

«Yo lo maté. Mis celos pusieron aquella pistola contra su cabeza y apretaron el gatillo».

Qué tonta, impaciente y condenadamente ingenua había sido. ¿Por qué no había podido quedarse al margen y esperar? En un momento u otro, él habría comprendido su error y vuelto con ella.

«¿Por qué lo hice? ¿Por qué no pude esperar a que él reaccionara?».

Todas aquellas preguntas la asaltaban desde hacía treinta años, y seguía sin encontrar respuestas. Ojalá pudiese volver atrás. Ojalá no hubiese sido tan estúpida. Dobló la foto y la guardó en el bolso.

—¿Señorita Simmons? —Judy alzó la mirada. La pequeña caja de seguridad descansaba en el antebrazo del empleado—. ¿Tendría la bondad de seguirme, por favor? —El empleado llevó a Judy a una habitación privada—. Cuando termine, solo tiene que avisarme.

—Gracias.

El empleado sonrió y se marchó. Judy se volvió hacia la caja. Bajó la mano y levantó la tapa. Lo primero que vio fueron los viejos bonos del Tesoro que sus padres le habían dejado. Su padre había muerto de repente cuando solo tenía cincuenta y siete años; su madre, un año más tarde. Los echaba muchísimo de menos. Nadie la había amado de una forma tan incondicional como ellos.

Echó a un lado la partida de nacimiento, las viejas acciones y los inútiles estados de cuentas. Entonces lo vio. Sus dedos lo alcanzaron, sujetaron la tapa de

cuero y tiraron de ella. Sacó el cuaderno. Con manos temblorosas, Judy lo dejó en la mesa delante de ella. Leyó el desteñado título en la tapa: DIARIO DE 1960.

Judy había escrito un diario todos los años a partir de 1955. Todos los acontecimientos de su vida —en apariencia— común y corriente estaban bien guardados en aquellas páginas de líneas azules. Las palabras también eran, en su mayor parte, comunes y corrientes: tonterías sobre la pérdida de la virginidad, sus primeras experiencias con la marihuana, sus secretos inconfesables... Por resumirlo en una frase, sus diarios anuales contenían poco más de las habituales tonterías que se escriben en los diarios.

Pero no el de 1960.

Judy guardaba todos sus diarios bien ordenados en una vitrina de su casa. Todos, excepto el que ahora sostenía en sus manos. El de 1960, el único año que deseaba poder arrancar de su vida de la misma manera que había apartado aquel cuaderno de los demás. Nunca había hecho mención alguna de 1960 en los diarios posteriores. En sus otros cuadernos, 1960 era un año que no había existido nunca. Había intentado mantener todo aquel horrible incidente encerrado en un único diario, en un extraño intento de mantener el resto de su vida incontaminado por aquel año.

No había funcionado.

Porque 1960 se había propagado. Los había envenado a todos. En ocasiones, parecía desaparecer por unos años, pero seguía allí, siempre allí, siempre esperando levantar su horrible cabeza cuando menos te lo esperabas. Judy abrió el diario sin prisa. Releyó por encima las páginas de enero y febrero. Sus ojos llorosos observaron la escritura de aquella Judy universitaria: tan libre y despreocupada, con grandes y precisas letras que fluían con suavidad de un extremo al otro de la página. Resultaba difícil creer que la misma persona que estaba leyendo aquel diario también lo hubiese escrito:

18 DE MARZO DE 1960

Nunca he sido tan feliz, nunca habría imaginado que tanta felicidad fuera posible. Perder a James ha

resultado ser una bendición, a largo plazo. Mary y James son felices, y yo estoy extasiada. ¿Podría ser la vida mejor? Lo dudo. Estoy tan llena de sentimientos de amor...

Judy negó con la cabeza y pasó la página. Apenas reconocía a la autora de aquellas palabras; solo una débil sensación de *déjà vu* por una amiga muerta hacía tiempo. ¿Quién era aquella muchacha enamorada que había escrito esa sarta de cursilerías a cuál más manida? Si uno de los estudiantes de su clase le hubiese entregado una basura como aquella, Judy habría escrito un gigantesco «Venga a verme» en lo alto de la primera página. Pero el amor era así. Por definición, el amor requería aquellos clichés llenos de lugares comunes.

3 DE ABRIL DE 1960

Hoy vamos a visitar a mi familia. No espero que estén entusiasmados por mí. Dudo que lo comprendan. Pero ¿cómo pueden negar la felicidad que brilla en mi rostro? ¿Cómo pueden inquietarse cuando ven cómo nos amamos? Tendrán que aceptarlo...

Esbozó una sonrisa. Al leer aquellas palabras, Judy sintió de nuevo la ingenua esperanza que había recorrido su cuerpo tantos años atrás. Qué fantástica era la vida en aquella mañana de abril. Qué hermoso le parecía el mundo entero. Incluso ahora, Judy sentía el cosquilleo de la emoción en su estómago. Todo iba a ir bien. Todo iba a ser perfecto, tal como se suponía que debía ser.

Su sonrisa se esfumó. Qué crédula había sido. Qué frágiles y esquivos habían resultado ser los pocos momentos de alegría. Pero en aquel maravilloso día de abril, ¿quién podría haber culpado a una muchacha feliz y confiada por estar tan ciega ante la crueldad que la esperaba?

29 DE MAYO DE 1960

Oh, Dios mío, ¿qué he hecho? Toda esta situación se me ha escapado de las manos. Ahora está totalmente fuera de control. Está cobrando una vida propia, y no sé adónde me llevará. Me temo lo peor, pero ¿qué más podría suceder...?

Sí, ¿qué más podría suceder? Judy apartó el diario. Ya no quería seguir leyendo. La siguiente fecha era el 30 de mayo. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

Volver a leer las palabras que había escrito aquel día sería insoportable para ella. Ni siquiera podía soportar el hecho de volver a pensar en aquel día.

30 DE MAYO DE 1960.

El dolor la obligó a cerrar los ojos. Ya era suficiente. ¿Por qué se atormentaba de esa forma? ¿Por qué, precisamente cuando su relación con Colin estaba construyendo la verdadera felicidad por primera vez en treinta años, se le había ocurrido volver allí? Debería haber dejado en paz el pasado... Aunque, por supuesto, no era eso lo que quería el pasado. Gritaba, exigía que sus secretos fuesen revelados. Y un día, el pasado se saldría con la suya. Un día, Judy estaría muerta y por fin se abriría aquella caja de seguridad. Sus secretos saldrían a la luz y entonces, con un poco de suerte, se secarían y morirían. Un día, este pequeño cuaderno escrito por una joven esperanzada e inocente dejaría que Laura supiese por qué su precioso David había tenido que dejarla para siempre. Un día, Laura sabría lo que ocurrió el 29 de mayo y...

... el 30 de mayo de 1960.

Judy guardó el diario en el fondo de la caja, la cerró y llamó al empleado para que se la llevase. De pie en aquella fría sala, observó cómo el empleado se alejaba con su secreta posesión, sin saber que no volvería a verla nunca más.

Habían pasado veinticuatro horas desde que Laura se despidió de Graham dándole un beso en la mejilla, le hizo prometer que la llamaría tan pronto como se enterase de algo y embarcó en el vuelo de Qantas Airways, en Cairns. Ahora el avión de Pan Am que había despegado de Los Ángeles maniobraba para aterrizar. Laura miró a través de la ventanilla, y observó cómo la borrosa masa se convertía poco a poco en el aeropuerto Logan de Boston, mientras el 747 vibraba a baja velocidad. Estaba agotada, pero no había conseguido pegar ojo en ninguno de los vuelos. Cada vez que lo intentaba, la misma pregunta la mantenía despierta.

¿Qué le pasó a David?

Laura seguía sin saberlo. Su visita a Australia había planteado más preguntas que respuestas. Quizá todo aquello se resolvería cuando encontrasen la lista de huéspedes o las facturas de teléfono del Pacific Internacional. Pero, entonces, ¿qué haría? ¿Qué era lo que estaba buscando, exactamente? David estaba muerto. ¿Qué sentido tenía continuar con todo aquello?

Pasó por la aduana, encontró un taxi y se acomodó en el asiento trasero. Su mente aún seguía en Australia, tratando de deducir cómo habrían sido las últimas horas de David. Ya nada tenía sentido. Si lo que querían era el dinero de David, ¿por qué acabaron matándolo, los muy cabrones?

¿Por qué no se habían limitado a secuestrarlo y pedir un rescate? Laura les hubiese dado todo el dinero que quisieran sin decirle ni una palabra a nadie. Pero no, habían preferido llevar a cabo toda aquella complicada trama y matar a David, a pesar de que las alternativas habrían sido mucho más provechosas para ellos.

¿Por qué tomarse todo ese trabajo? A menos que...

A menos que a David no lo hubiesen matado por el dinero.

Laura se irguió en el asiento. ¿Era posible? Pero ¿por qué querría nadie librarse de David? Si el dinero no era el motivo, ¿cuál era? Laura buscó una respuesta, pero no encontró ninguna. Desde luego, a lo largo de su corta vida David había sacado de sus casillas a cierta gente. Pero ¿tanto como para matarlo? Era poco probable.

¿Y si alguien quería, simplemente, apartarlo del baloncesto? ¿Podía tratarse de algún pez gordo de los corredores de apuestas que hubiera apostado contra los Celtics en demasiadas ocasiones y creyera que David lo había traicionado? No, eso era muy poco probable. Además, aquel no era el estilo de la mafia. Si la mafia hubiera querido matar a David, le habría bastado con encargarle un trabajito a algún tipo con la nariz torcida y un cuchillo. No habría sido necesario todo aquel montaje tan elaborado.

El taxi llegó al centro de la ciudad y pasó por delante de todos los lugares conocidos, que para ella eran como viejos amigos. ¿De verdad habían asesinado a David? Cuando Laura recapituló y valoró las pruebas sin prejuicios, vio que la mayoría eran circunstanciales, y eso en el mejor de los casos. David había visitado a alguien en un hotel y hecho unas cuantas llamadas a Estados Unidos. Tampoco era gran cosa. Había que estirar mucho la cuerda para que unos hechos tan triviales se convirtiesen en pruebas de un asesinato.

Laura miró a través de la ventanilla. Intentó ser sincera consigo misma, y se preguntó qué estaba intentando encontrar. Además, si acababa descubriendo que habían asesinado a David, ¿qué iba a hacer ella? ¿Buscaría a los asesinos y reclamaría su sangre, como en las películas de Charles Bronson? ¿Buscaba la venganza, o solo estaba utilizando aquella «investigación» como una forma de mantener a raya la realidad durante un tiempo más?

Ella nunca había sido una mujer vengativa. Ni siquiera cuando se enteró de lo que ese tal Tony, el amigo de Gloria, estaba haciendo con su hermana, quiso vengarse.

Se acordó de lo que había ocurrido tras aquella llamada telefónica de Gloria

desde California el año anterior. Las dos hermanas no hablaron de nada en particular, tan solo se pusieron al día. Pero cuando Gloria se despidió, Laura sintió que su hermana no estaba bien. La conversación seguía agujoneándola, a pesar de que Gloria no había dicho nada especial. Pero algo iba mal, sabía que algo iba mal. No se trataba de problemas cotidianos, sino de algo muy malo. Terriblemente malo. Y decidió alquilar un avión para ir a ver a su hermana.

—¿Alquilar un avión? —le había preguntado David—. ¿A qué vienen tantas prisas?

—No podría explicártelo, David. No es nada concreto, nada tangible. Tendrías que haber oído su voz. Tan apagada... Es como si hubiese estado hablando con alguien que sabía que su tiempo se acaba.

T. C. se había reunido con ellos en el aeropuerto. Volaron a San Francisco y se enfrentaron a un grupo de hombres que estaban violando a Gloria. Tras echar de la casa a los colombianos, David quería darle una paliza a Tony, el amigo de Gloria, y dejarlo medio muerto. T. C. estaba de acuerdo. Pero por mucho que Tony le hubiera hecho vivir un horror inimaginable a su hermana, Laura no había sentido la necesidad de vengarse. Solo había querido salvar a su hermana. La venganza no le interesaba.

Entonces ¿a qué venía ese cambio? ¿A qué venía esa necesidad de aclarar las cosas? ¿Quería vengarse? No era capaz de responder esa pregunta. Quizá era porque David habría hecho lo mismo si hubiesen asesinado a Laura. David siempre había luchado contra aquellos que hacían daño a sus seres queridos, y lo hacía con una intensidad que a veces aterraba a Laura.

No, probablemente sus motivos eran mucho más sencillos. Quizá confiaba en que aquella especie de conspiración pudiese distraerla del hecho fundamental: la muerte de David. Tanto si era un asesinato como si se trataba de un accidente, David estaba muerto. Nadie podía cambiar ese hecho: «David estaba muerto». Laura podía pronunciar aquellas tres palabras con toda facilidad, podía pensar en ellas, pero nunca las aceptaría de verdad...

—Hemos llegado, señora.

El taxista sacó el equipaje del maletero y Laura le pagó.

Se quedó allí de pie, delante de su edificio. Una ráfaga de aire helado atravesó su piel hasta que pareció tocar hueso. Cuando llegó a la puerta del apartamento, ya tenía la llave en la mano. Dejó la maleta, abrió la puerta, buscó el interruptor, lo encontró y lo accionó.

No pasó nada.

Laura accionó el interruptor varias veces más, pero la luz siguió sin encenderse. Curioso. Quizá se había fundido la bombilla. No, de ninguna manera. Aquel interruptor en particular encendía la luz del techo y dos lámparas. Era muy poco probable que todas las bombillas se fundiesen al mismo tiempo. Debía de tratarse de un fusible fundido o de un cable suelto. Con un suspiro, arrastró la maleta al interior del apartamento a oscuras. No había ninguna luz, excepto la que procedía del rellano y... otra que salía por debajo de la puerta del dormitorio.

El cuerpo de Laura se puso rígido. Sonidos. Sonidos que venían desde detrás de la puerta del dormitorio.

«Sal de aquí, Laura. Llama a la policía».

Pero no lo hizo. En vez de eso, dejó que su pie se adelantase. Un extraño pensamiento la impulsó hacia el dormitorio: quienquiera que estuviese tras aquella puerta tenía algo que ver con la muerte de David. Detrás de aquella puerta, podía estar la respuesta de lo que había estado buscando en Australia. Y si huía o llamaba a la policía, esa respuesta tendría tiempo de darle esquinazo y desaparecer para siempre. Ahora estaba atrapada en el dormitorio. No tenía forma alguna de escapar.

Se empezó a mover en silencio y avanzó poco a poco hacia la puerta. Los sonidos aumentaron de volumen. Voces... Voces y un sonido que no acababa de identificar. La línea de luz debajo de la puerta del dormitorio osciló varias veces, pero continuó encendida. Laura se apoyó en la pared y fue deslizándose un pie tras otro hasta que llegó al umbral.

Contuvo el aliento. Sentía los fuertes latidos de su corazón en el pecho. Apoyó

la cabeza en la puerta. Voces. Ahora inconfundibles. Pero ¿qué decían? ¿Y qué demonios iba a hacer ella ahora? ¿Lanzarse al interior como si fuese un superhéroe? ¿Quién se creía que era? ¿La Mujer Maravilla? ¿Qué haría si...?

Las voces. Eran dos. Miró el suelo y vio la luz que se filtraba por debajo de la puerta reflejada en su pie. Entonces oyó de nuevo aquel otro sonido. Ahora muy suave. Era como si...

... ¿Aclamasen?

Cerró los ojos y sintió que el alivio recorría su cuerpo. El resplandor, los sonidos... Era el televisor. Solo era el maldito televisor. Laura negó con la cabeza. Había permitido una vez más que su febril imaginación se desbocara tontamente. David solía burlarse de ella muy a menudo por ese tipo de cosas. «Ves conspiraciones por todas partes, Laura», decía cada vez que ella le iba con algún complot sin pies ni cabeza.

Respiró hondo y tendió la mano hacia el pomo. Cuando comenzó a girarlo, Laura tuvo la momentánea visión del televisor apagado al salir del apartamento. Durante aquella fracción de segundo antes de que la puerta se abriese, tuvo tiempo para preguntarse cómo era posible que, cuando todo el apartamento funcionaba con un único fusible, la televisión estuviera encendida y las luces continuaran apagadas. Pero no tuvo tiempo suficiente de pensar en todo aquello demasiado. La puerta se abrió, y la atención de Laura se fijó en las imágenes del televisor. En su rostro apareció una mueca de angustia.

David.

Era un partido de baloncesto, y allí estaba David corriendo por la pista. Las voces eran de los comentaristas de la CBS que seguían los partidos del campeonato de la NBA.

«Baskin se mueve a la izquierda, amaga, gira, se la pasa a Roberts. Roberts lanza a canasta. Falla. El rebote es para los Lakers...».

Pero ¿cómo...? Miró el televisor y notó que las piernas se le aflojaban. El vídeo. Estaba viendo la grabación de un partido. Alguien había estado allí, y tal

vez siguiera en el apartamento. Estaba a punto de volverse, cuando vio un sobre pegado al pie de la pantalla. El nombre de Laura estaba escrito en él.

Por encima del sobre, David encesta. Los Lakers piden tiempo muerto. Los jugadores se agrupan alrededor de David y lo felicitan. Laura vio cómo David sonreía a Earl, y sintió una punzada de dolor. La sonrisa de David. Su maravillosa y preciosa sonrisa. Cruzó la habitación con las piernas temblorosas. Tendió la mano derecha y despegó el sobre del televisor. Aún no había probado a encender la luz del dormitorio, pero el televisor le daba luz suficiente para leer. Rasgó el sobre, y de pronto pensó en que podría haber huellas digitales en el papel. No, probablemente no. Quienquiera que hubiese hecho aquello era un profesional. No dejaría huellas por todo el apartamento. Laura extrajo la nota del sobre con mucho cuidado y la leyó:

Laura:

De verdad espero que hayas disfrutado de tu largo viaje. Te he echado de menos. Esta no es más que una nota amistosa para hacerte saber que puedo hacer lo que me dé la gana. No estás segura. Ni tampoco lo están tu madre, tu padre o tu hermana. No puedes hacer nada al respecto. Pero si te olvidas de mí, me olvidaré de ti y de tu familia. Si no es así, los mataré uno tras otro. ¿Qué dices a eso?

UN AMIGO

P. D.: Mira debajo de tu almohada.

A Laura se le hizo un nudo en el estómago. Fue hasta la cama y probó a encender la lámpara. Esta vez, la luz se encendió. El súbito brillo la deslumbró por un instante. Releyó la nota y levantó la almohada. Con los ojos entrecerrados, miró el objeto que había debajo.

Su grito atravesó el silencio de la noche.

La luz de la lámpara reflejó el oro en sus ojos. Era el anillo de David. Laura leyó la inscripción:

«La sangre. Tanta sangre...

»—¡Mamá! ¡Mamá!

»—¡Sal de aquí, Gloria! ¡Sal de aquí ahora mismo!

»Mucha sangre. Sangre por todas partes».

Gloria gritó.

—¿Qué? ¿Qué pasa Gloria?

Se sentó en la cama de un salto y abrió los ojos. Su cuerpo estaba rígido.

Stan se despertó.

—¿Gloria?

La respiración de Gloria era rápida y agitada.

—¿Qué ha pasado? —le susurró Stan con voz suave. La abrazó con fuerza. Gloria titubeó y después se acurrucó contra él. Stan la sintió temblar en su pecho

—. Ya está, cariño. Se ha acabado.

Ella lo miró con los ojos de un animal acorralado.

—¿Estás bien? —le preguntó Stan.

—Sí...

—¿Una pesadilla?

Gloria asintió, su respiración comenzó a normalizarse.

—¿Quieres contármela?

Gloria asintió de nuevo, pero no habló durante casi un minuto.

—No tienes por qué contármela si no quieres —dijo Stan.

—No —respondió Gloria con voz temblorosa—. Quiero hacerlo. Solo que no sé por dónde empezar... —Titubeó, en busca de las palabras adecuadas; en realidad, de cualquier palabra—: No es... No es la primera vez que tengo este sueño.

—Ah.

—Era un sueño recurrente en mi juventud. Solía despertarme gritando y llorando, y era incapaz de parar. Recuerdo que papá y mamá venían e intentaban calmarme. Me abrazaban y me decían que solo era un sueño, pero no podían hacer nada para consolarme. Entonces Laura entraba corriendo... En aquella

época, Laura no era más que una niña gordita. Sí, una niña gordita, ¿puedes creerlo? Pero de alguna manera solo ella conseguía tranquilizarme. No volvía a dormirme hasta que Laura prometía quedarse conmigo. Se metía en la cama y me sujetaba la mano. Solo entonces conseguía conciliar el sueño.

Stan sonrió amablemente.

—¿Crees que por esta noche puedo ocupar el lugar de Laura?

Ella le devolvió la sonrisa.

—Eso creo.

Stan la miró. Por Dios, pero si era preciosa. Encantadora y con un cuerpo que no descansaba ni un minuto. Miró la delgada tela de su camisón y la deliciosa piel de su pecho. Gloria lo excitaba como no lo había hecho nunca ninguna otra mujer... Ninguna otra mujer, excepto su hermana Laura. Y eso, amigos y admiradores del viejo Stan, tíos, era la razón por la que se quedaba.

Sí, lo había pensado la noche anterior. RH no tenía ni idea de lo que hablaba. Stan no se había enamorado de aquella muchacha. No, ni mucho menos. Sí, era cierto que en la cama Gloria parecía una leona salvaje, pero lo que le importaba, lo más importante de todo, era que Miss Inestabilidad era otro peldaño en la escalera que conducía a su logro final: follarse a la divina Laura Ayars-Baskin.

Aun así, incluso mientras pensaba en ello, Stan sabía que eso no era del todo cierto. Le gustase o no, Gloria significaba algo para él.

—Háblame de tu sueño —le pidió Stan.

Gloria apretó la cabeza en su pecho y lo sujetó con fuerza.

—No lo recuerdo muy bien...

—¿Qué es lo que recuerdas?

Ella se encogió de hombros, nerviosa.

—Sangre.

—¿Sangre?

Gloria asintió.

—En el sueño soy una cría; no debo de tener más de cinco o seis años. Todavía no nos habíamos mudado a Boston. Aún vivíamos en una pequeña casa

en las afueras de Chicago. Es noche cerrada, y yo camino por el pasillo cuando, de pronto, oigo un ruido en el dormitorio de mis padres. Me acerco a la puerta muy despacio, giro el pomo, y...

—¿Y?

Gloria negó con la cabeza.

—Siempre grito y me despierto antes de poder ver con claridad qué está pasando. Solo recuerdo la sangre. La recuerdo fluyendo y derramándose por todas partes. Y alguien me está mirando con una horrible y siniestra sonrisa y... y...

—Shhh, ahora no pasa nada.

Gloria intentó tranquilizarse y forzó una sonrisa.

—Suena como una locura, ¿no?

—En absoluto —le aseguró Stan—. Todos tenemos nuestras pesadillas infantiles.

Ella se incorporó para verlo mejor.

—¿Tú también?

—Por supuesto. Aunque..., bueno, no es exactamente una pesadilla.

—¿Pues qué es?

Stan se tumbó de espaldas con la mirada perdida en el techo.

—Algo muy extraño que me sucedió cuando tenía diez años...

Stan siguió mirando al techo. Se preguntó si era posible que estuviera a punto de revelarles a Gloria un secreto que había guardado celosamente durante casi treinta años; sobre todo ahora, cuando estaba intentando convencerse de que ella no significaba ni una mierda para él. Además, se había jurado que nunca le contaría esa historia a nadie. Nunca... Pero ahora David estaba muerto. Y su madre también. No, la verdad ya no podía hacerle daño a nadie, excepto a él. Dirigió la mirada hacia Gloria, y la observó durante unos largos segundos.

—¿Qué es lo que sucedió, Stan?

—Vi cómo asesinaban a mi padre.

Gloria soltó una exclamación.

—Pero... Pero creía que David dijo que él...

—¿Se suicidó? Lo sé. Es lo que creyó todo el mundo. Pero no lo hizo. No fue así como ocurrió. Alguien le pegó un tiro en la cabeza a mi padre y luego puso el arma en su mano para hacer que pareciese un suicidio.

El rostro de Gloria perdió el color.

—No lo entiendo. ¿Y tú estabas allí? ¿Cómo conseguiste escapar?

—Muy sencillo —continuó Stan—, no me vio nadie. Estaba escondido detrás del sofá. Verás, yo solía jugar en el despacho de mi padre, aunque él se ponía hecho una fiera y se cabreaba un montón cuando me colaba allí y desordenaba todos sus papeles importantes con mis pequeñas manitas. Así que, aquel día, cuando lo oí regresar temprano, corrí a esconderme detrás del sofá... Y lo vi todo. El arma apoyada en la cabeza de papá... La sangre que brotaba de su cabeza... Nunca olvidaré esa imagen, Gloria. Nunca.

—¿Por qué no se lo dijiste a nadie? —preguntó ella.

Stan se encogió de hombros.

—Es una buena pregunta. En realidad, no lo sé. En un primer momento, estaba conmocionado. Luego me asusté muchísimo.

—¿Te asustaste?

—Sí, tenía miedo de que el asesino fuese también a por mí. Además...

Se quedó callado.

—¿Sí?

—Creo que la policía sabía que mi padre no se había suicidado.

—¿Y por qué no hicieron nada?

—Lo dejaron correr porque la junta rectora no quería un escándalo. Verás, mi padre daba clases en el Brinlen College...

—¿Brinlen? Eso está cerca de donde vivíamos en Chicago.

—Está en las afueras de Chicago —asintió Stan—. En cualquier caso, Brinlen era una de esas escuelas de élite para gente de clase alta. Un suicidio ya era un escándalo tremendo para la escuela, pero ¿un asesinato? Eso habría dañado de manera irreparable su impoluta imagen.

Gloria se sentó.

—No... No sé qué decir...

—No digas nada —le rogó Stan—. Y, por favor, no se lo cuentes a nadie.

—No lo haré —prometió Gloria.

Ella pasó los dedos por los cabellos de Stan y le acarició con cariño.

—Stan, ¿puedo hacerte una pregunta más?

—Por supuesto —susurró él.

—¿Identificaste al asesino? ¿Era alguien a quien conocieras?

—No —respondió Stan—, pero todavía recuerdo su rostro.

Stan cerró los ojos. Oh, sí, recordaba aquel rostro, aquella retorcida mueca de dolor que todavía lo acosaba en sueños. Estaba seguro de que no volvería a ver aquel rostro nunca más.

Pero se equivocaba.

—A ver si lo he entendido bien —dijo el más alto de los dos agentes de policía que habían respondido a la llamada de Laura. Era muy delgado, extremadamente delgado, con una prominente nuez de Adán. Se parecía mucho al Ichabod Crane de *Sleepy Hollow*—. Estuvo usted fuera de la ciudad durante un par de días, ¿no?

—Así es —contestó Laura.

—Voló de regreso a Boston y tomó un taxi hasta el apartamento. Subió en el ascensor, y fue hasta la puerta de su apartamento. ¿Estaba cerrada?

—Sí.

—De acuerdo, la puerta cerrada —repitió el policía, y escribió algo en su libreta—. ¿De dónde venía, señora Baskin?

—¿Y eso qué importa?

—Verá, eh...

Una voz lo interrumpió.

—Yo me ocuparé de esto, Sleepy.

El oficial alto a quien apodaban Sleepy se volvió hacia la voz.

—¡Hola, T. C.! ¿Cómo va todo?

—No va mal, Sleepy —respondió T. C.—. ¿Qué pasa aquí?

—Un allanamiento.

—¿Te importa si me encargo yo?

Sleepy se encogió de hombros.

—Todo tuyo. Joe está en la otra habitación. Lo hemos procesado todo. No hay huellas dactilares. Esto es muy raro, T. C. Un tipo entra en el apartamento, pone en marcha el vídeo...

—Gracias, Sleepy. Yo seguiré a partir de aquí.

T. C. miró a Laura de reojo. Ella le devolvió una mirada cargada de rabia.

—Lo que tú digas —dijo Sleepy—. ¡Joe! —gritó—. Nos vamos.

—¿Eh? —gritó Joe a su vez.

—T. C. está aquí. Quiere encargarse él.

Joe salió del dormitorio y saludó a T. C. Sleepy y él salieron sin decir nada más, cerraron la puerta tras ellos y dejaron a Laura y a T. C. a solas en el apartamento. Ninguno de los dos habló. T. C. miraba la puerta cerrada; Laura no dejaba de mirarle. Él tardó unos segundos en mirar hacia ella.

—Ya no confías en mí, ¿verdad, Laura?

Laura intentó ocultar su miedo.

—¿Debería?

—Desearía que lo hicieras, Laura —contestó T. C.—. Sí, desearía que lo hicieras... —Sacó un puro del bolsillo de la camisa—. ¿Te importa?

Ella negó con la cabeza.

T. C. encendió el puro y le dio varias caladas.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Alguien ha entrado en mi apartamento.

—¿Y?

—Eso es todo.

T. C. negó con la cabeza.

—Laura, voy a enterarme de todas formas. ¿No sería más fácil si me lo

contases?

Ella siguió mirándolo fijamente.

«¿Has matado a mi marido, T. C.? ¿Estuviste implicado en su muerte de alguna forma? ¿Cómo has podido hacer algo así? David confiaba en ti, te quería...».

—Estuve fuera durante unos días. Cuando volví a casa, el vídeo estaba pasando el último partido que jugó David.

—¿El vídeo todavía estaba en marcha?

—Sí.

—Entonces, quienquiera que entrase había calculado los tiempos con extrema precisión. Sabía en qué momento llegarías a casa.

—Parece lógico —admitió Laura.

—¿Quién estaba al corriente de tus planes?

—Nadie.

—¿Estás segura?

—Solo Serita.

—Bueno, a ella podemos descartarla, ¿no? En cualquier caso, ¿dónde estabas?

—En un viaje de negocios.

T. C. la miró durante unos momentos.

—En realidad no confías en mí, ¿verdad Laura?

—No sé qué pensar.

—¿De verdad crees que yo haría algo que pudiese hacerle daño a David?

Laura titubeó. Tan pronto pensaba una cosa como la contraria.

«No, no lo creo. Ni en un millón de años creería que pudieses hacerle daño a sabiendas. Y David preferiría la muerte a pensar siquiera en la posibilidad de que tú lo traicionases. Pero ¿es posible que lo hicieras, T. C.? ¿Es posible? Si analizo los hechos con frialdad, te conviertes en mi principal sospechoso. Pero cuando te miro a la cara, cuando recuerdo los momentos que compartisteis David y tú...».

—No, no creo que fueras capaz de hacerle daño.

T. C. respiró aliviado.

—Bueno, ¿y dónde estabas?

—Estaba en Australia.

—Lo sé.

—¿Lo sabías? ¿Cómo te has enterado?

—Tengo mis fuentes —explicó T. C.

—T. C., ¿crees que pudieron asesinar a David? —preguntó Laura con voz pausada.

La sencilla respuesta de T. C. abrió un agujero en su corazón.

—Sí.

Ella sintió que aquella sencilla palabra le secaba la garganta.

—¿Mataste tú a mi marido?

—No.

—¿Quién lo hizo?

T. C. se encogió de hombros. Cruzó la habitación y miró a través de la ventana.

—No lo sé. Todavía.

—¿Todavía? ¿Quieres decir que estás cerca de descubrirlo?

—Estaba mucho más cerca antes de que tú comenzases a curiosear por Australia.

—¿Cómo averiguaste que estaba en Australia? —preguntó Laura.

—Vamos, Laura —comenzó T. C.—. Abre los ojos y mira a tu alrededor. Ahora estás jugando en primera división. ¿Crees que soy el único que ha tenido noticia de tu viaje? ¿Crees que el que ha entrado en tu apartamento era un aficionado?

—Muy bien, pero ¿cómo descubriste que estaba en Australia? —insistió ella.

—Créeme —dijo T. C.—. No fue ningún problema para mí y, lo que es más importante, tampoco lo fue para ellos. Ahora estás fuera de tu categoría, Laura. Deja de jugar y dime qué has averiguado allí.

Laura se lo quedó mirando unos instantes, y finalmente se lo contó todo de un tirón. No se dejó ni un solo detalle. Si T. C. hubiera matado a David, ya nada le

importaría. «¿Tú también, Bruto?». No, era imposible que él lo hubiera hecho. De eso estaba segura. Él amaba a David. Nadie podía fingir tan bien. Stan podría haber engañado a Laura, pero ella conocía a T. C. desde hacía años y lo había visto junto a David en todo tipo de situaciones. No, era completamente imposible que le hubiera hecho el menor daño. Su extraño comportamiento se debía, sin duda, a que trataba de protegerla de algo, no a que estuviera intentando encubrir un asesinato.

Por Dios, qué bien se sintió al saber que podía confiar de nuevo en él. Era un verdadero alivio soltarlo todo, compartir sus secretos y sus miedos, saber que podía volver a apoyarse en él.

Cuando acabó de contárselo, Laura le dio a T. C. el anillo que había encontrado debajo de la almohada.

—¿Se lo has enseñado a Sleepy o a Joe? —preguntó T. C.

Laura negó con la cabeza.

—Iba a hacerlo, pero no tenía claro si debía. ¿Qué significa todo esto, T. C.? ¿Qué está pasando aquí?

T. C. había dejado que el puro se apagara, le quitó la ceniza con el extremo de una cerilla usada y se sentó. Observó el anillo como un joyero que valora un diamante.

—Hay cosas que no te quiero contar —comenzó T. C.—. Cosas que más te valdría no saber.

—¿Qué tipo de cosas?

—Por favor, Laura, déjalo correr.

—¿Por qué no me dijiste que habían matado a David?

—Solo me preocupaba por tu bienestar.

—¿Cómo? ¿Manteniéndome entre algodones? ¿Mintiéndome?

—Protegiéndote —la corrigió T. C.—. Laura, mira de lo que es capaz esta gente. ¡Demonios, si incluso sabían cuándo ibas a regresar al apartamento! ¿De qué habría servido decírtelo? Ya has puesto tu vida en peligro, y ahora los responsables de la muerte de David están a la defensiva. Yo intentaba que

creyesen que todo había salido como querían, que estaban a salvo. Que se despreocupasen.

—¿Qué estás intentando decirme?

—Que te mantengas al margen de esto.

La voz de Laura fue casi un susurro.

—No puedo.

—Por tu bien.

—No me importa...

—¿No te importa qué? —la interrumpió T. C.—. ¿Tu vida? ¿Protegerte? Bueno, a David sí le importaría. David no habría querido que te arriesgases de este modo. Te quería, Laura. Me hizo prometer que cuidaría de ti.

Laura cerró los ojos, como si al dejar de verlo pudiera acallarlos.

—¿Y qué me dices de tu familia? —continuó él—. ¿Estás dispuesta a ponerlos a ellos también en peligro?

Laura recordó la nota pegada en el televisor.

—¿De verdad crees que el asesino iría...?

—¿A por ellos? Estos tipos van en serio, Laura. Matan a la gente con tanta facilidad como quien dice hola.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué mataron a David?

T. C. se lo pensó por un momento, y finalmente se encogió de hombros.

—No lo sé, Laura. Pero estoy intentando descubrirlo.

Graham Rowe puso en marcha el ventilador. Maldita sea, aquel calor era insoportable. Si vivías en Palm's Cove, te acostumbrabas al calor, pero aquel era uno de esos días en que se batían todas las marcas. La humedad era tan alta como para emparte la piel.

Se reclinó en la silla y echó un vistazo a su despacho. Había papeleo que hacer, y Graham detestaba el papeleo. Miró sus armas, la celda vacía, cualquier

cosa que lo distrajera de ocuparse del maldito papeleo durante otro minuto y medio.

Se sentía pegajoso, con la camisa adherida a la piel. Se despegó la tela del cuerpo por un segundo y luego la soltó. Necesitaba darse una ducha. Quizá debería irse a casa, darse una ducha rápida y cambiarse. Eso le haría sentirse mejor. Entonces volvería a la comisaría y estaría preparado para sentarse y hacer todo el papeleo de la semana sin preocuparse. Sí, eso es lo que debía hacer. Olvidarse de todo durante un par de horas.

Comenzó a levantarse, se detuvo, volvió a sentarse y sonrió.

«Eres un holgazán de cuidado, sheriff Rowe. Tendría que darte vergüenza; pretendes largarte de aquí para ducharte y cambiarte de ropa, pero sabes muy bien que, con este maldito calor, tus prendas limpias estarán tan empapadas como estas antes de que te sientes en el coche para volver hasta aquí.

Con un suspiro, cogió la pila de licencias de pesca.

Cuando comenzó a ojearlas, sonó el teléfono.

—Oficina del sheriff.

—¿Graham? ¿Eres tú?

Graham reconoció la voz de Gina Cassler de inmediato.

—¿Estás cogiendo el teléfono en persona, Graham?

—Esto no es un hotel, guapa. No tengo recepcionista. ¿Qué pasa?

—Tendremos las fichas de los pasaportes mañana o pasado —comenzó Gina—, pero mi sobrino ya ha conseguido lo que buscabas. Tengo la factura de teléfono aquí mismo.

Graham sintió una sacudida de emoción que le recorrió todo el cuerpo.

—¿Alguna llamada a Estados Unidos a última hora de aquella noche?

—Sí —respondió ella—. La hicieron desde el teléfono del vestíbulo a la hora que tú suponías.

—Dios bendito... —susurró Graham. Apoyó el teléfono en el hombro y buscó las llaves del coche—. Ahora mismo voy para allá.

La multitud de seguidores de los Celtics llenaba las rampas de entrada del Boston Garden para el esperadísimo primer partido de la temporada. Subían las escaleras de dos en dos, pasaban delante de los quioscos y corrían por los largos pasillos. Los abonados, que tenían asientos junto a la pista para toda la temporada, saludaban a los supervisores como viejos amigos en una reunión. Las masas de las gradas superiores miraban con asombro las espectaculares instalaciones, con las banderas de los campeonatos y las camisetas retiradas que colgaban de las vigas. En el descanso del partido de aquella noche se sumarían dos cosas a aquella histórica colección: la bandera del campeonato de 1989 y la camiseta de David Baskin.

Habían pasado seis meses desde que David dirigiera a los Celtics para ganar aquella bandera del campeonato de la NBA. Habían pasado seis meses desde que el Relámpago Blanco recibiera el premio del jugador más valioso de la liga. Y habían pasado seis meses desde que David Baskin se ahogó en una playa de Australia.

El estado de ánimo de los espectadores era ambivalente. Algunos seguidores estaban silenciosos, otros frenéticos. Un ligero susurro se deslizaba a través del suelo de la cancha, porque las cosas ya no eran iguales en aquel frío atardecer de noviembre: Relámpago Blanco ya no volvería.

Laura y Serita estaban junto a la entrada de la cancha. Los jugadores no tardarían en salir por allí para recibir la ensordecedora ovación de los seguidores de los Celtics y los abucheos de los visitantes. Las lágrimas se le agolpaban en los ojos a Laura mientras miraba la conocida pista. No había estado allí desde la eliminatoria de la final de la temporada anterior, pero nada había cambiado. La pintura continuaba desconchada, y la atmósfera seguía siendo sofocante.

Dos guardias de seguridad estaban junto a ella. Serita le cogió la mano.

—¿Preparada? —le preguntó.

Laura asintió. Los dos guardias se apartaron, y Laura y su amiga salieron del rincón donde se refugiaban del brillante resplandor de los focos del Garden. Intentaron no caminar demasiado rápido, intentaron no parecer demasiado refinadas. Al principio, nadie pareció fijarse en ellas o, si lo hicieron, no dijeron nada. Laura caminaba con la mirada al frente. Más que sentir, notaba cómo la multitud se acallaba, pero desdeñó la idea y la consideró un producto de su imaginación, como siempre demasiado febril. No obstante, había algo extraño... Nadie parecía mirarlas. Nadie silbaba. Nadie las señalaba.

Cuando llegaron a sus asientos, Laura vio a Stan y a Gloria, que ya estaban allí. Stan se puso de pie y sonrió, alegre.

—Ah, Laura, qué alegría volver a verte.

Le cogió la mano y se la besó.

Laura cerró los ojos para evitar la sonrisa burlona de Stan.

«Ahora no —se dijo a sí misma—. Esta noche, no. Por una noche, finge que es el hermano de David, y no un gusano».

—Gracias, Stan. Te presento a mi amiga Serita.

Stan volvió su atención hacia Serita.

—Otra preciosa criatura —dijo, y también le besó la mano—. Sentado con tres tremendas bellezas, sin duda seré la envidia de todos los hombres presentes en el estadio.

Serita contuvo la risa. Laura y ella besaron a Gloria y después se sentaron. Serita se inclinó hacia ella y le susurró:

—¿He oído eso de verdad?

Laura se encogió de hombros.

Stan se levantó de su asiento y salió al pasillo.

—Voy a comprar palomitas. ¿A las señoras les apetece tomar algo?

—No, gracias —respondió Laura con voz seca.

—Yo no quiero nada —añadió Gloria.

—¿Puedes traerme un refresco? —preguntó Serita.

—Por supuesto —contestó Stan—. ¿Qué tomas?

—Coca-Cola Diet.

—¿Diet? —Repitió Stan con una sonrisa automática—. ¿Es que alguien con tu figura necesita eso?

Serita dirigió la mirada al techo y reprimió la risa. Esperó hasta que Stan se hubo alejado, antes de inclinarse hacia Laura de nuevo.

—Otra buena frase —comentó en un susurro cargado de sarcasmo.

Laura la hizo callar y se volvió hacia su hermana.

—¿Cómo estás, Gloria?

—Muy bien. ¿Qué tal tu viaje?

—Supongo que productivo. ¿Dónde están mamá y papá?

—Han ido a buscar a la tía Judy al Sheraton —respondió Gloria—. Supongo que llegarán en cualquier momento.

—Bien.

—Laura —continuó Gloria—, quiero pedirte un favor.

Laura le sostuvo la mirada a su hermana: sabía lo que Gloria iba a decirle, y aún no sabía qué iba a responderle.

—¿Cuál?

—Se trata de Stan.

—¿Qué pasa con él?

—Sé que vosotros dos tenéis problemas —comenzó Gloria—. No sé de qué se trata, pero le quiero, Laura, le quiero de verdad. ¿No podrías darle otra oportunidad? Hazlo por mí, por favor.

Laura respiró hondo, una maniobra que solía utilizar para ganar tiempo. Y en aquella ocasión funcionó porque, cuando por fin abrió la boca, la llegada de sus padres y su tía interrumpió su respuesta. Laura, Gloria y Serita saludaron a James, Mary y Judy. Todos estuvieron muy ocupados abrazándose y besándose. Laura los abrazó con fuerza y los sujetó unos segundos de más, como si estuviese ganando valor en cada abrazo. Resultaba agradable.

El doctor Ayars le devolvió el abrazo con un vigor sorprendente.

—¿Cómo está mi niña?

—Estoy bien, papá —contestó Laura.

—Y una mierda —susurró él.

Laura consiguió soltar una risita.

—Le echo mucho de menos —susurró a su vez.

—Lo sé, cariño —concedió James—. Lo sé.

Consiguieron soltarse el uno al otro. Laura miró a su padre. La muerte de David también le había envejecido. El rostro de James Ayars se veía un poco más gastado; habían aparecido unas cuantas arrugas más de preocupación en su rostro. Como siempre, iba impecablemente vestido. Su traje quedaba oculto por un abrigo de Burberry, con el pañuelo, el sombrero y los guantes a juego.

Mary se estaba quitando su pesado abrigo. Laura observó que su madre continuaba temblando demasiado. La combinación de noches de insomnio y demasiadas copas de vino con la cena habían continuado haciendo mella en la rosada piel de Mary, que se veía un tanto grisácea.

—¿Dónde está tu nuevo novio? —le preguntó James a Gloria.

Gloria lo miró, radiante.

—Volverá en un minuto. Ha ido a comprar palomitas.

El doctor Ayars le dedicó una animada sonrisa a su hija mayor.

—Todos estamos esperando conocerlo.

—Sé que os gustará —añadió Gloria.

—Estoy seguro de que sí —dijo el doctor Ayars con amabilidad.

Laura miró a su madre con curiosidad. A pesar del calor que reinaba en el estadio, el cuerpo de Mary temblaba como si la estuviera atravesando una ráfaga helada.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Mary intentó esbozar una sonrisa que no se dejó ver en sus ojos.

—Solo tengo un poco de frío. No hay de qué preocuparse.

Durante unos instantes, nadie dijo nada más. Todos contemplaron el estadio,

la pista, y se miraron los unos a los otros.

—¡Allí está! —exclamó Gloria.

Laura miró detrás de ella. Stan bajaba las escaleras con paso ágil y sonreía mirando a Gloria, como si solo tuviese ojos para ella. «Menudo farsante», pensó Laura, aunque debía admitir que su actuación de cachorro enamorado era buena. Muy buena.

Las cabezas se volvieron en dirección a Stan mientras él continuaba su recorrido por la rampa. Casi bajaba dando saltos, con el entusiasmo reflejado en cada paso. Llegó a su fila y saludó a Gloria con un rápido beso en la mejilla. Gloria enrojeció y le sujetó la mano.

—Mamá, papá, tía Judy —comenzó—, quiero presentaros a Stan Baskin.

Stan se volvió hacia ellos, tendió la mano y... se quedó de piedra. Su sonrisa se esfumó de pronto. Se quedó pálido, boquiabierto. Mary y Judy lo miraron con la misma expresión que la suya. James fue el único que no reaccionó de aquel modo.

El doctor Ayars se levantó y le estrechó la mano a Stan.

—Es un placer conocerte, Stan —dijo.

Como un boxeador que utiliza la cuenta hasta ocho para volver en sí, Stan comenzó a recuperarse. Restableció su sonrisa, aunque no con el entusiasmo original. Le estrechó la mano a James.

—Es un placer conocerle, señor. —Luego saludó a Judy y Mary con toda cordialidad, sin mirarlas a los ojos. Ellas también esquivaron su mirada, y Stan, finalmente, se sentó.

—¿A qué demonios ha venido todo eso? —le susurró Serita a Laura.

—Y a mí qué me cuentas —contestó Laura—. Ha sido realmente extraño, ¿no?

—¿Extraño? Ahí te has quedado corta.

Laura miró cómo su madre se hundía un poco más bajo su abrigo. Incluso tía Judy parecía desconcertada. ¿Qué demonios estaba pasando allí? Un incómodo silencio flotó sobre ellos. El asiento situado a la izquierda de Laura estaba

reservado para T. C., que ya le había dicho que llegaría un poco tarde. Laura lamentó que no hubiera llegado aún. Le habría gustado saber cómo interpretaba él lo que acababa de suceder entre Stan y su familia.

Aquel embarazoso silencio se mantuvo hasta que Laura se volvió hacia su tía.

—Háblanos de Colin, tía Juddy.

Judy pareció sentirse aliviada de poder romper el hielo.

—Es profesor de geología en Colgate. Director del departamento.

—¿Y? —la animó Serita.

Judy sonrió.

—Y es fantástico.

—Eso es maravilloso —afirmó Gloria.

—Sí, bueno, ya está bien de hablar de mí —zanjó Judy—. Oí que los Celtics tienen buenas perspectivas gracias a ese chico nuevo, ese tal Seidman.

Mary Ayars intentó fingir por todos los medios que todo era normal, que todo iba bien.

—No me digas que sigue gustándote el baloncesto, Judy.

—¿Estás de guasa? —respondió Judy, que también intentaba con todas sus fuerzas aparentar normalidad.

El acto de homenaje a David ya era lo suficientemente duro para todos, pero ahora, con Stan allí y su reacción al verlas... Aquello era demasiado.

—Ya tengo entradas para la final a cuatro y me he apuntado en MSG para poder ver todos los partidos de los Knicks de este año.

Mary pareció intrigada.

—¿Qué es un Knick? ¿Y qué demonios es un MSG? —preguntó.

Judy se rio.

—Olvídalo.

La conversación se interrumpió cuando los altavoces anunciaron lo que todo el público estaba esperando:

—¡Damas y caballeros, con ustedes los Boston Celtics de la temporada 1989-1990!

Un súbito rugido sonó desde todos los rincones y envolvió el estadio en ondas de sonido. Doce hombres con chándales verdes entraron al trote a la pista, y el clamor hizo temblar las gradas. Por una fracción de segundo, Laura buscó a David en el conocido suelo de parqué. Cuando comprendió que ya no estaba allí, que nunca volvería a estar, el dolor volvió a atravesarle el corazón.

Los jugadores dieron la vuelta a la pista varias veces, y luego algunos comenzaron con los ejercicios de calentamiento, mientras otros cogían pelotas de los carros y practicaban lanzamientos. Laura vio a Earl debajo de una de las canastas. Él le dedicó un discreto saludo, y Serita le lanzó un beso y un guiño pícaro. Laura observó a los otros jugadores, a quienes conocía bien. Todos los compañeros de David le devolvieron la mirada y sonrieron con calidez y tristeza. Timmy Daniels, Johnny Dennison, Mac Keveil, Robert Frederickson... Todos excepto uno.

El número treinta.

El número treinta era el único rostro que Laura no conocía. Medía alrededor de un metro noventa y dos y tenía el pelo rubio y rizado. Su cuerpo era musculoso y bien definido, y su físico, casi perfecto. Le observó mientras practicaba. Parecía muy relajado. Lanzaba la pelota hacia el tablero casi con despreocupación, convencido de que llegaría con el ángulo exacto y entraría. Laura supuso que debía de ser el novato de quien le habían hablado Earl y Serita la semana anterior. ¿Cómo se llamaba? La tía Judy acababa de mencionarlo... Sí, Seidman. Mark Seidman. El hombre que vino de ninguna parte.

Mark Seidman.

Laura lo observaba como hipnotizada: Mark Seidman se movía con suavidad y sin titubeos. Esperaba en la fila, lanzaba. Esperaba en la fila y cogía los rebotes. Se le veía suelto, muy suelto, demasiado para ser un novato en su primer partido. La prensa ya lo llamaba el nuevo salvador de los Celtics.

T. C. llegó justo cuando el árbitro lanzaba la pelota en el aire para iniciar el partido. Saludó a todo el mundo, excepto a Stan, y pasó con delicadeza junto a

todos ellos... Excepto con Stan, a quien le dio un pisotón de manera intencionada.

—Lo siento, Stan, muchacho —dijo fingiendo de manera poco convincente un profundo arrepentimiento—. Ha sido sin querer.

T. C. no hizo caso de la mirada furiosa de Stan y se dejó caer en el asiento vacío junto a Laura.

—¿Qué tal estás, campeona?

—Bien —respondió Laura.

—Siento haber llegado tarde.

—Solo te has perdido el precalentamiento.

Volvieron la atención hacia el partido. Johnny Dennison le pasó la pelota a Seidman. Timmy dio vueltas por el exterior de la zona antes de lanzarle un pase en profundidad a Big Mac Kevlin, a quien vigilaban dos rivales. Se la pasó a Mark Seidman, que parecía atrapado en una esquina...

—Tendrá que lanzar —comentó T. C.—. Están agotando la posesión.

Como si hubiese sido la señal, Mark Seidman saltó en el aire, se giró y lanzó. La pelota golpeó el tablero y entró. Laura sintió que se quedaba sin respiración. Que un puño apretaba su estómago. Aquel salto. Aquel maldito salto. No le sorprendió en absoluto que lo llamasen Relámpago Blanco II.

—¡Dios mío, T. C., ¿has visto eso?!

T. C. asintió.

—Un lanzamiento impecable.

—Increíble —murmuró Judy desde la izquierda, con la voz quebrada.

Mary no prestaba atención al partido. Su mirada iba de un lado a otro, y de vez en cuando se detenía en el hermano de David. Stan tampoco estaba concentrado en la cancha, sino en quienes estaban sentados con él. Su rostro tenía una palidez alarmante, y en aquel momento apretaba con fuerza la mano de Gloria.

—¿Qué sabes de Seidman? —preguntó Laura.

—¿Del número treinta? —respondió T. C.—. Solo lo que he leído en los

periódicos. Earl me lo mencionó un par de veces. Dice que es muy reservado. Que no habla con nadie.

El partido continuó. Mark Seidman jugaba como un poseso. Anotó ocho puntos en el primer cuarto, dio tres asistencias y recuperó cuatro rebotes. Los Celtics ganaban por siete puntos. Al concluir la primera mitad, los Celtics, capitaneados por Mark Seidman, habían aumentado la ventaja a doce puntos.

El homenaje que se celebró en el descanso transcurrió para Laura en medio de una especie de nebulosa. Cuando ella bajó a la pista, el silencio y la quietud envolvieron todo el estadio. Se acercó al centro de la cancha, aceptó las solemnes palabras, y observó con labios temblorosos cómo Earl y Timmy subían la camiseta de David hasta el techo.

Judy Simmons, sin embargo, no prestaba demasiada atención a los fastos conmemorativos. En vez de eso, vigilaba constantemente a Mark Seidman, pues sentía curiosidad por ver cómo reaccionaba al homenaje a David Baskin. Su expresión no cambió, aunque Judy advirtió que su mirada no se posó en ningún momento en Laura.

La mente de Judy apenas podía contener el caos de pensamientos que parecían estar en el interior de su cabeza con salvaje ferocidad. Intentó aprehender algunos de aquellos irracionales pensamientos para organizarlos y conformar una teoría coherente, pero le resultaba imposible.

Judy sabía que, por separado, aquellas ideas no significaban nada. Había muchísimos jugadores que habían conseguido imitar el salto de David. Un alero de la UCLA, un pívot de los Seattle Supersonics... ¿Y qué decir de aquel otro pívot de los Phoenix Suns? En todos los equipos había jugadores que intentaban perfeccionar el lanzamiento del Relámpago Blanco, aquel rápido tiro que era imposible de taponar... De modo que, no, aquel simple detalle no bastaba para convertir a nadie en sospechoso.

Aun así, esa era precisamente la cuestión. Mark Seidman era demasiado perfecto. ¿Quién iba a sospechar de él? A menos, por supuesto, que uno

comprendiera del todo la fuerza del pasado, que supiera cómo podía retorcer la realidad hasta darle una forma irreconocible.

Laura volvió a su asiento con la cabeza alta y sin derramar una sola lágrima. «No, ahora no lloraré —pensó Judy—. Las lágrimas vendrán después, cuando esté a solas y lejos de los demás...». Judy besó a Laura en la mejilla e intentó con todas sus fuerzas descartar las locas ideas que circulaban por su cabeza. Al fin y al cabo, lo más probable era que estuviese equivocada. Estaba dejando que su naturaleza, en exceso suspicaz, se hiciera con la situación. Tenía que pensarlo bien antes de extraer cualquier conclusión. Debía analizarlo todo de manera objetiva antes de meterse en un terreno pantanoso como aquel.

Pero si sus sospechas eran ciertas, tendría que atravesar ese terreno pantanoso sin que importaran las consecuencias. Si sus sospechas eran fundadas, los fantasmas del pasado se levantarían de nuevo y exigirían que les hiciera frente. Gritarían por última vez clamando venganza y por fin, después de tanto tiempo, aquella ansia sería aplastada. Y esta vez no habría sitio alguno al que correr y ocultarse. No habría nadie a quien sacrificar los fantasmas. Esta vez, la culpa sería destruida.

Mark agachó la cabeza y se la sujetó entre las manos. Estaba sentado delante de su taquilla e intentaba aislarse del ruido, del frenesí de la prensa que llenaba el vestuario. La mayoría de los reporteros lo habían dejado a solas porque conocían su reputación de no hablar con la prensa, y fueron a buscar a los jugadores más predispuestos, como Earl Roberts, Timmy Daniels y Mac Kevlin.

Aun así, aquel había sido el partido de Mark Seidman. Mark había anotado veintisiete puntos, capturado doce rebotes y dado ocho asistencias el día de su debut, y los Celtics habían ganado por 117 a 102 a Washington. Lo normal habría sido que la prensa se obsesionara con él, al margen de cuáles fueran sus deseos, pero casi todos se mantuvieron lejos y respetaron su deseo de estar solo. Los periodistas rodeaban a los otros jugadores en el vestuario al tiempo que

escudriñaban a Mark como si fuese una granada a punto de estallar. ¿Quién podría haber imaginado que aquel prometedor novato cumpliría con todas las expectativas el día de su debut en el Boston Garden? Jugar bien en la pretemporada era una cosa, pero enfrentarse a la multitud del primer partido en el Boston Garden y destrozar a los rivales... Eso ya era otro cantar. Mark parecía más un curtido veterano que un novato. Su concentración en la cancha era sorprendente, increíble. Nunca chocaba los cinco con sus compañeros, nunca celebraba un buen lanzamiento, nunca sonreía ni mostraba emoción alguna. No tenía sentido. Era un novato que jugaba ante una multitud entregada en el hogar de las leyendas del baloncesto, y él se movía por el parqué de una manera fría, insensible, como si fuera un técnico en vez de un jugador. Y a pesar de todo, seguía habiendo belleza en sus movimientos, la inconfundible gracia de un maestro que dominaba el oficio.

Clip Arnstein entró en el vestuario con el famoso puro de la victoria sujeto entre los dientes. La prensa corrió hacia él.

—¿Qué opina del partido, Clip? —preguntó uno de los reporteros.

El viejo sonrió.

—Me estoy fumando un puro, ¿no?

—¿Qué nos dice del juego de Mark Seidman?

Su respuesta fue una sonrisa todavía mayor.

—Convocadme para una rueda de prensa si queréis algo más, muchachos. Ahora, hacedme un favor. Salid de aquí por un momento. Los chicos tienen que cambiarse para asistir a la recepción.

En otras circunstancias, los reporteros habrían protestado, pero aquella noche no, aquella noche era distinta. Todos sabían que los Celtics iban a una recepción para la familia de David Baskin, y David había sido el favorito de la prensa: un tipo divertido, correcto, y siempre dispuesto a decir algo que les diera un titular. El Relámpago Blanco tenía el don de seguirle el juego a los medios sin parecer un ególatra.

Los periodistas salieron del vestuario sin rechistar. Los jugadores se asearon y

se vistieron deprisa, en silencio. Pero Mark continuaba allí, sentado con la cabeza entre las manos y al margen de sus compañeros. Clip fue hasta la taquilla situada en la esquina y apoyó una mano en el hombro de Mark, mientras varios jugadores salían ya del vestuario y subían las escaleras.

—¿Estás bien? —preguntó Clip.

Mark asintió.

—Escucha, sé que no te gusta hacer apariciones ni hablar con los periodistas. De acuerdo, es cosa tuya. Pero David significaba mucho para todos nosotros. Sé que no eres un tipo sociable y, por lo que he visto, supongo que no quieres trabar amistad con tus compañeros de equipo. Eso también es cosa tuya. Mientras cumplas con tu trabajo, yo no diré nada. ¿Lo entiendes?

Mark lo miró.

—Sí.

—Por lo tanto, si bien no me gusta que mantengas la boca cerrada, lo dejaré correr —continuó Clip—. Pero no quiero que hagas nada que pueda cabrear a tus compañeros.

El último jugador de los Celtics salió y dejó a Clip y Mark a solas en el vestuario sembrado de toallas.

—Mientras haga mi trabajo en la cancha —comenzó Mark—, ¿qué más da?

—No estoy diciendo que te hagas amigo de los otros chicos. Pero no es prudente cabrearlos...

—Pero...

—Y menos aún cabrearme a mí —añadió Clip con el rostro encendido. Su voz sonó más fuerte y temblorosa—. Tengo que trazar la línea en alguna parte, Mark, me importa una mierda lo gran jugador que seas. David Baskin significaba mucho para todos tus compañeros, y para mí era como un hijo. Si no respetas su memoria, por mí como si eres el Mesías, ¿te enteras? Te mandaré a la punta del banquillo, y tendrás suerte si ves el partido. ¿Está claro?

Mark tenía unas ganas locas de levantarse y abrazar al furioso y frágil hombre que tenía delante.

—Supongo que sí.

Clip se calmó y el rubor desapareció de su rostro. Su voz se suavizó.

—Todos te están comparando con David —comentó—. Lanzas como él, te mueves como él, y has ocupado su puesto. —Se levantó y fue hacia la puerta—. Ahora cámbiate. Iremos juntos a esa recepción.

Mark asintió. Si seguía resistiéndose, lo único que conseguiría sería atraer más la atención hacia él. Una atención que no quería. Comenzó a temblar de forma incontrolada, aterrado ante la idea de entrar en el Blades and Boards Club. Sus compañeros estarían allí. T. C. estaría allí. Pero, sobre todo, las personas que habían estado sentadas con T. C. estarían allí. Había conseguido no mirar hacia su zona en ningún momento. Ni siquiera se había atrevido a buscar la mirada de T. C. por miedo a cruzarse con los ojos de... alguien más. Y aunque no la había visto, sabía que ella había estado allí, pudo sentirla desde el momento en que había entrado en el edificio. Ahora su cuerpo sintió un frío intenso al comprender que, le gustase o no, Mark Seidman tendría que enfrentarse a ella por primera vez. Se le cerró la boca del estómago.

Mark Seidman iba a conocer a Laura Baskin.

Laura estaba con Earl y Serita. Ya había saludado a los viejos compañeros de David con abrazos y palabras amables. Todos estaban allí, excepto Clip y aquel chico misterioso. Laura seguía sin dar crédito a lo que había visto en la pista. Allí había algo más que el juego de Mark Seidman, por fantástico que hubiese sido. Ahora comprendía lo que había querido decir Earl durante la cena en su ático: en ese tal Seidman había algo inquietante.

Sí, era cierto, su manera de jugar se parecía mucho a la de David en cuanto a técnica, pero no tenía ni un ápice de su emotividad. La emotividad siempre había impulsado a David a dar lo mejor de sí en el terreno de juego. David se alimentaba del afecto que sentía por sus compañeros y del amor por el baloncesto. Su rostro lo reflejaba en cada salto, en cada pase y en cada rebote. En cambio, a Mark Seidman parecía motivarlo... otra cosa. Algo abstracto e impersonal. Parecía como un guerrero indómito que solo intentaba sobrevivir a la más feroz de las batallas para poder irse a casa.

Aun así, se parecía mucho a David. Había ocupado el puesto de David en el equipo. Jugaba en la misma posición y mostraba la misma férrea concentración, pero lo que más sorprendía a Laura era que saltaba igual que él a la hora de lanzar. Igual que David, Mark Seidman hacía que la pelota pareciese flotar con suavidad hacia la canasta, como si una mano invisible la estuviese guiando en el aire. Laura no había podido quitarle el ojo de encima. Cada movimiento que Seidman hacía sobre la cancha era como una puñalada para ella. Se parecía tanto a David... Se parecía tanto a su adorable y hermoso David... Incluso en ese momento, Laura notó que su cuerpo temblaba.

En cuanto Clip entró en la habitación, Laura consiguió controlarse y se libró de sus ridículas ideas sobre el novato de los Celtics. El viejo Clip se movió hacia

ella, y una sonrisa afloró en sus tristes ojos. Era una sonrisa serena, la sonrisa de un viejo amigo que ha venido a ayudar. Laura comenzó a avanzar hacia él.

Entonces entró Mark Seidman.

Laura se quedó inmóvil, pero aún no miró hacia él. No podía explicar por qué no podía hacerlo. Clip cogió a Mark Seidman del brazo y comenzó a llevarlo por la habitación para presentárselo a los padres de Laura, a Serita y a T. C. Por fin, condujo a Mark Seidman adonde estaba ella.

—Laura, te presento a Mark Seidman —dijo simplemente el viejo—. Mark, ella es Laura Baskin.

Laura levantó la cabeza hacia Seidman, y de pronto su mirada se encontró con la de él. Fue como si la golpearan en el vientre. Sus ojos buscaron ponerse a cubierto de inmediato, mientras él hacía lo mismo. Se habían mirado menos de una fracción de segundo, pero el dolor que sintió fue tan profundo que apenas era capaz de asimilarlo.

—Mi más sincera enhorabuena por el magnífico partido... —consiguió decir Laura.

—Gracias —respondió él con voz suave—. Siento mucho lo de su marido. — Se estrecharon la mano. El rostro de Mark enrojeció con el contacto. Se apresuró a soltársela de inmediato—. Le ruego me disculpe.

Clip intentó agarrar del brazo a Mark para mantenerlo sutilmente en su lugar, pero el joven se escapó y se dirigió a paso rápido al otro lado de la habitación. Avergonzado, Clip levantó las manos hacia Laura y se encogió de hombros.

—¿Qué puedo decir? —se disculpó el viejo—. Mark es un chico muy tímido.

—Ya me lo ha dicho Earl —convino Laura.

—Tal vez sea un joven un poco raro, pero es muy buen jugador, como has podido comprobar.

Laura asintió con una sonrisa. Clip se disculpó y fue hacia donde estaban los técnicos de los Celtics.

En ese momento, Laura vio que Stan avanzaba con pasos tambaleantes hacia ella.

Después de beberse unas cuantas cervezas durante el partido, Stan no se había apartado del muy bien provisto bar de la recepción. Ahora estaba tan borracho que apenas se mantenía en pie. Como una auténtica cuba. Laura buscó a su hermana con la mirada, pero Gloria no estaba por ninguna parte.

Cuando Stan llegó hasta donde estaba ella, le pasó un brazo por los hombros, se inclinó y le dio un beso.

—Pero qué cuerpazo tienes, Laura.

—Eres un hijo de puta, Stan —respondió ella.

—Vamos, vamos, no irás a montar una escenita, ¿no? —balbució Stan, con su brazo todavía alrededor de Laura para aguantarse de pie—. Solo ha sido un beso en la mejilla.

—¿Qué quieres, Stan?

Baskin se tambaleó, pero consiguió recuperar el equilibrio. Mantuvo el brazo por detrás del cuello de Laura y se acercó un poco más a ella.

—Señor, mira que llegas a ser grosera, hermanita. ¿Nadie te lo ha dicho antes?

—Estás borracho.

—No me digas, Sherlock. Estoy borracho. ¿Y qué? ¿Eso significa que no puedo acercarme, decirte hola y ver cómo estás? Al menos podrías ser un poco más amable... En una ocasión tan trágica como esta, todos necesitamos cariño...

Laura casi se ahogó del asco.

—Tú escupirías en la tumba de David por un simple dólar, Stan.

Él se acercó todavía más y susurró:

—Y también por menos.

Laura estuvo a punto de darle un puñetazo en la ingle, como había hecho el día que él la había atacado en su despacho, pero el mero hecho de pensar en montar una escena y de tener que dar explicaciones hizo que se controlase. En vez de eso, sonrió como si todo fuese de lo más normal y dijo:

—Apártate de mí, cerdo.

—Tengo buenas noticias para ti, Laura. La farsa está a punto de acabar.

—¿Dónde está Gloria?

—Empolvándose la nariz. Pero óyeme, esto se ha acabado... Esta noche.

—¿De qué hablas?

El cuerpo de Stan se bamboleó.

—Ya no necesito ni tu maldito dinero ni el de tu hermana.

—Stan, no sé de qué me hablas, y por supuesto no me importa una mierda. Solo apártate de mí.

—Todo a su tiempo —dijo Stan—. ¿Es qué no lo entiendes? Se acabó. Me voy.

—Fantástico. Encantada de haberte conocido. Adiós.

Stan sonrió, y sus ojos turbios por el alcohol intentaron centrarse en los de ella.

—¿No te olvidas de un pequeño detalle?

—¿Cuál?

—Gloria.

—¿Qué pasa con ella?

Stan se encogió de hombros, y a punto estuvo de caerse al suelo por el esfuerzo.

—Está enamorada de mí, ya lo sabes. Puedo dejarla de una forma amable. Puedo decirle que no soy lo bastante bueno para ella y toda esa mierda... Pero también puedo aplastarla, decirle que tan solo la estaba utilizando y que no es más que una pequeña zorra.

Laura sintió que la rabia crecía en su interior, pero mantuvo el rostro sereno.

—Si lo haces —dijo con severidad—, te mataré. Lo juro.

—¿Me estás amenazando, Laura? Tendrías que saber que eso no es muy prudente que digamos...

—¿Qué es lo que quieres? Creía que acababas de decir que ya no necesitabas dinero. ¿Por qué demonios te comportaste de una forma tan extraña antes del partido?

—Paciencia, mi preciosa flor. Desde luego, has acertado. No necesito tu dinero.

—Entonces ¿por qué no dejas a mi hermana en paz?

—Nada me complacería más. Pero la vida no es tan sencilla. En primer lugar, tú tendrás que hacer algo por mí.

Stan la cogió por los hombros y la obligó a mirarlo a los ojos.

—¿Qué es lo que quieres que haga?

Él sonrió.

—Quiero que te acuestes conmigo. Solo una vez. Hazme ese favor, y no le haré ningún daño a tu hermana.

Mientras Laura sentía que estaba a punto de vomitar, fue consciente de que, para los demás, Stan y ella solo parecían una alegre y apuesta pareja. Ambos sonreían y se miraban el uno al otro. Estaban casi pegados, y las manos de él se apoyaban en los hombros de ella. La apariencia frente a la realidad. La gente les lanzaba sonrisas cariñosas y comentaba la bonita pareja que formaban... Pero en ese momento, Laura vio a Mark Seidman, y este no parecía sonreír. Por primera vez desde que lo había visto entrar en la pista aquella tarde, el hielo en la mirada de Seidman parecía haberse esfumado. Laura se sorprendió. Seidman estaba detrás de Stan y lo miraba furioso, con el rostro retorcido en una expresión de intenso odio.

¿Por qué?

—Bien —dijo Stan, con un aliento que apestaba a alcohol—. Estoy esperando tu respuesta.

Laura volvió a fijarse en Stan.

—Estás borracho.

—Eso ya ha quedado más que claro —afirmó él—. Pero continúo esperando una respuesta.

—¿A ver qué te parece esta? Vete al infierno.

Stan negó con la cabeza.

—No estás siendo inteligente, Laura. Creo que deberías pensártelo un poco antes de contestar.

—Piénsate esto, Stan: eres la criatura más repugnante que jamás he conocido.

Te odio.

—¿Sabes por qué me odias?

—¿Quieres que te dé la lista siguiendo algún orden en particular?

Stan se rio. Movi6 los pies para mantenerse en equilibrio.

—Laura, ¿por qué no dejas de engañarte a ti misma? Al menos, admite por qué me odias.

—Vale, Stan, morderé el anzuelo. ¿Por qué te odio?

—Porque me encuentras atractivo... —dijo él, muy serio. La saliva acompañó sus palabras—. Muy atractivo, diría yo. Me deseas, Laura. Me deseas muchísimo. Y eso hace que te sientas culpable. Hace que creas que estás traicionando a David. Y eso, ¿cómo lo compensas? Creando esta horrible ilusión, una ilusión que te permite odiarme.

—Estás enfermo, Stan —replicó Laura—. Esta noche, cuando te vi con Gloria, fui lo bastante estúpida como para creer que quizá te importaba un poco. Pero nunca olvidaré la verdad, Stan. Nunca olvidaré que eres un mierda.

La sonrisa de Stan no flaqueó.

—Sí, pero un mierda que se va a salir con la suya.

—Ni lo sueñes.

—Ah, Laura, de nuevo estás recurriendo a las emociones. ¿Acaso no te lo advertí? Haz como si esta no fuese más que una decisión comercial. Si te acuestas conmigo esta noche, me iré para siempre. No seré más que un agradable recuerdo para Gloria. Si no lo haces, la destrozaré. Piensa en ello, Laura. ¿Qué vale la vida de Gloria para ti? ¿Te importa tan poco que no estás dispuesta a sacrificar tu virginidad de viuda por ella?

Laura no dijo nada.

El gesto de satisfacción de Stan la atravesó como una puñalada.

—Creo que empiezas a pensar en todo esto con un cierto sentido práctico, Laura. Y eso es muy inteligente por tu parte. Solo un polvo rápido, y pasaré a la historia. Incluso puedes cerrar los ojos, si quieres... Si es eso lo que te pide el cuerpo, por supuesto. Aunque no debería bastarte con tener a Stan una sola

noche. Si deseas todo lo que puedo ofrecerte, me quedaré contigo durante un tiempo. Será nuestro pequeño secreto.

Laura se tragó las náuseas, sin poder creerse lo que estaba a punto de decirle.

—¿Qué garantías tengo de que te marcharás de verdad?

Stan sonrió. Ya la tenía en el bote.

—¿No confías en mí?

—En absoluto.

—Bueno, pues tendrás que hacerlo, cariño. La vida es un juego. Tienes que hacer tus elecciones y vivir con ellas. En cualquier caso, yo me marcharé mañana. Así que, si te encuentras a Gloria en el baño con las venas cortadas, sabrás si has tomado la decisión equivocada.

Laura vio a Gloria al otro lado de la habitación. Su hermana comenzó a caminar hacia ellos.

—Me encontraré en tu casa contigo a medianoche —le susurró Stan.

Laura lo observó caminar tambaleante hacia su hermana. Gloria se veía enormemente hermosa, feliz y delicada, pero miraba a Stan con preocupación mientras avanzaba tambaleante hacia ella. «A Gloria le preocupa el bienestar de este hijo de puta —pensó Laura—. Le preocupa este maldito sinvergüenza». Laura no podía hacer nada al respecto. En aquel momento estaba entre la espada y la pared, y eso significaba solo una cosa.

Laura se volvió. David ya estaba muerto. Había llegado demasiado tarde para salvarlo de las garras del Pacífico o de algún asesino desconocido. Pero Gloria todavía estaba con ella, todavía estaba viva.

Y Laura tenía aún la oportunidad de salvarla.

La rabia enturbió los ojos de Mark mientras miraba a Laura y Stan. Aún no podía creérselo... ¿Stan estaba allí, en Boston? ¿Por qué demonios no se lo había dicho T. C.? Pero la respuesta era obvia. Ahora que David Baskin estaba muerto, a Mark Seidman no había que decirle nada.

Una voz conocida lo sacó de su ensimismamiento.

—Perdón.

Mark se volvió y se encontró con una mujer alta de pelo cobrizo. Judy Simmons. Había dado por hecho que Judy estaría presente en aquel encuentro, y eso le hacía sentir un miedo profundo. La tía de Laura no era ninguna tonta. Para ser más exactos, Mark estaba convencido de que ella era la única persona realmente capaz de descubrir qué le había pasado de verdad a David Baskin.

—Sí, señorita... —Mark fingió haberse olvidado del nombre.

—Simmons —acabó Judy por él—. Judy Simmons. Soy la tía de Laura Baskin.

—Ah, sí, por supuesto.

Ella lo observó con atención, y dedicó mucho tiempo a escrutar su rostro.

—Solo quería decirle, señor Seidman, que esta noche ha jugado un partido fantástico.

—Gracias.

—¿Dónde aprendió a jugar así?

Mark se encogió de hombros.

—En ningún lugar en especial. Por ahí.

—En cualquier caso, no juega como ningún novato a quien yo haya visto. —Judy se detuvo y entrecerró los ojos—. Me resulta muy familiar, señor Seidman. ¿Nos hemos visto antes?

—No lo creo.

—Es curioso. Sé que le he visto en alguna parte... ¿Ha estado alguna vez en el campus de la Universidad Colgate?

—No.

—Quizá conocí a su madre. Sí, eso es. Seidman... Seidman... Incluso el nombre hace sonar una campana en mi cabeza.

—Mi madre murió hace muchos años, señorita Simmons.

Una vez más, Judy observó su rostro. Había visto cómo reaccionaba al ver a

Laura conversando con Stan Baskin, pero ahora su rostro permanecía firme y sereno.

—Lo siento.

—Si me disculpa, señorita.

Judy se limitó a mirarlo sin decir nada. Su mirada no se apartó del rostro de Mark mientras este le ofrecía una sonrisa y se dirigía a la salida.

«No es posible, Judy, no es posible. Ahora, tranquilízate. Mark Seidman no es más que otra maravillosa historia deportiva. Eso es todo. Basta de dejarte llevar por fantasías».

Pero sabía que eso no era cierto. Stan caminó tambaleante por el pasillo desierto del Boston Garden y entró en el lavabo de caballeros, en la planta alta. Se había emborrachado muchísimas veces, muchísimas, pero, tío, esta vez se sentía descontrolado y enfermo. Su cabeza le daba vueltas como un viejo disco de setenta y ocho revoluciones por minuto. Tenía la sensación de que alguien le hubiera volcado un puñado de arena en la boca. Y su estómago, su maldito estómago, parecía un campo de entrenamiento para el lanzamiento de granadas.

Se miró en el espejo. El miedo le estrechaba el cuello y la garganta. Había algo más que el alcohol haciendo mella en su cabeza, en su boca y en su estómago. Nunca se había sentido tan aterrorizado en toda su vida, y sin embargo, por fin tenía ante él la oportunidad que tanto había esperado. Dinero. Todo el que quisiera. Todo el que necesitase. Estaba allí mismo, delante de él. Pediría cien mil dólares para empezar, y luego seguiría cobrando más cada vez que lo considerase necesario. Podría tener todo lo que siempre había deseado... No tenía más que estrechar la mano del diablo.

Stan se apartó tambaleante del espejo. Algunas veces se comportaba como un idiota, en especial cuando se trataba de Laura. ¿Cuándo iba a aprender a mantener cerrada su boca? Joder, estaba borracho. Quizá tendría que disculparse por lo que le había dicho, pero no serviría de nada. Laura le escupiría. ¿Por qué hacía siempre esas cosas? ¿Por qué siempre volvía a su maldito pozo cada vez que estaba a punto de salir de una vez por todas? Había

bebido demasiado, había visto a Laura y, de pronto, el ansia de vengarse de David había aflorado de nuevo. ¿Por qué? El pobre tipo ya estaba muerto. ¿Por qué dejaba que ese viejo odio resurgiese delante de la impresionante belleza de Laura?

Se bajó la bragueta delante del urinario. La verdad era que no quería marcharse todavía. Podía conseguir el dinero que quisiera y quedarse con Gloria, aunque eso podría ser un tanto complicado. Al fin y al cabo, la fuente de su dinero era un miembro de su familia...

Sí, estaba pensando en recurrir al chantaje. Simple y llanamente. Pero aquel no era un chantaje cualquiera. Aquella vez no pensaba chantajear a un vulgar delincuente.

Iba a chantajear al asesino de su padre.

Stan se sujetó a los laterales del urinario para mantenerse en pie. El sudor hacía que la camisa se le pegase a la piel, y estaba incómodo. Después de todos aquellos años, había vuelto a ver al asesino de su padre... La mayoría de los hijos habrían exigido venganza contra semejante demonio. Habrían reclamado la justicia bíblica, ojo por ojo y diente por diente: la muerte. Pero no Stan. Habían pasado demasiados años como para convertirse en un pistolero vengador. Si tenía que ser sincero, sabía que era incapaz de cometer actos violentos. Siempre había sido así.

También podía denunciarlo a la policía, pero ¿quién le iba a creer? ¿Quién confiaría en la palabra de un hombre que había esperado treinta años para decirle a alguien que había presenciado el asesinato de su padre? ¡Y con sus antecedentes policiales! De ninguna manera. Mejor olvidarse del asunto.

No, decidió Stan, él buscaría su propia clase de venganza contra el asesino de su infancia feliz. Haría que el asesino viviese con el constante temor de verse descubierto, y al mismo tiempo él conseguiría sacar una buena tajada.

Sintió una oleada de náuseas. Estaba visto que acabaría vomitando. No había ninguna duda. Detestaba vomitar, pero claro, ¿a quién le gusta eso? Había que hacerlo, y ya está. Mejor sacar toda la mierda de golpe y acabar de una vez.

Además, quizá se sentiría mejor después de sacrificar algunos de aquellos cócteles Molotov a los dioses de porcelana.

Fue hacia uno de los reservados, y su hombro derecho golpeó contra el tabique metálico. De haber estado sobrio, sin duda habría notado el fuerte dolor en el brazo. Por fortuna, el alcohol lo mitigó por completo. Stan se dejó caer de rodillas, sujetó el inodoro con las manos y esperó.

Fue entonces cuando sintió que alguien le cogía del pelo.

—¿Qué coj...?

El resto de sus palabras se perdieron en el agua helada. Quienquiera que fuese el que le había sujetado, era fuerte. El rostro de Stan se sumergió en la taza y golpeó contra el fondo.

Ya no podía respirar. Aterrorizado, movió la cabeza adelante y atrás con violencia, pero no podía liberarse de aquella mano de hierro, no podía encontrar ninguna bolsa de aire para poder llevar una bocanada a su pecho ardiente.

—¡Maldito hijo de puta!

Stan apenas conseguía entender las palabras que le gritaban, ya que el agua del inodoro le tapaba los oídos.

«¡Voy a morir! —pensó—. ¡Voy a ahogarme en un puto inodoro!».

Sus pulmones estaban a punto de estallar, el agua se colaba por su garganta y sintió que se ahogaba. Los ojos se le salían de las órbitas. Los pensamientos volaron de su mente reemplazados por un instinto primitivo. Un único instinto primitivo. El instinto de supervivencia. Se convirtió en un mamífero cualquiera atrapado bajo el agua e incapaz de respirar. Se sacudió, debatió y pataleó, pero la mano que le sujetaba la cabeza lo mantenía ahí dentro. Su atacante empujó el rostro de Stan todavía más hondo, y le aplastó la nariz contra el duro fondo de la taza. Stan vio como la sangre flotaba a su alrededor.

Le ardía la garganta. Sus ojos ya no veían nada. La muerte... Ahogado... Ahogado como David. «¿Fue así como te sentiste, hermanito? ¿Es esta...?».

La poderosa mano que lo sujetaba sacó su cabeza del agua y la dejó caer como un objeto inanimado. Su cráneo rebotó en la taza de porcelana y se aplastó

contra el suelo de azulejos, pero a Stan no le importó. Ni siquiera se dio cuenta. Al sentirse liberado, jadeó y vomitó sin control, con la mano alrededor de su garganta en un desesperado intento de atenuar el dolor. Rodó por el suelo e intentó como pudo llevar un poco de oxígeno a sus pulmones doloridos.

Entonces sintió que aquella mano le sujetaba el pelo de nuevo.

—Oh, Dios, por favor... —consiguió decir.

La mano volvió a llevarle la cabeza hacia el borde la taza. Comenzó a empujar su cara hacia abajo, y se detuvo a menos de un centímetro por encima del agua. El pecho de Stan se sacudía entre espasmos.

—No, por favor...

Entonces sintió que el atacante descendía hacia él, sin aflojar la presa en ningún momento. Un aliento cálido rozó la oreja y el cuello de Stan.

—Como vuelvas a acercarte a ella —dijo una voz masculina, recalcando sus palabras—, te juro que te mataré.

El puñetazo pareció llegar de la nada. La cabeza de Stan se echó hacia atrás por el impacto. Su cuerpo se aflojó y cayó al suelo, mientras la inconsciencia se apoderaba de su cuerpo.

Mark miró más allá de sus manos temblorosas y vio el cuerpo inmóvil de Stan, a sus pies. Apretó los puños e intentó apagar su furia contra aquel hijo de puta. Nunca había perdido el control de esa forma. Nunca hubiera imaginado que fuese capaz de emplearse con semejante violencia contra ningún hombre. Pero Stan Baskin no era cualquier hombre.

Mark puso a Stan boca arriba empujándolo con un pie. El rostro de su hermano estaba bañado en sangre. No había nada de qué preocuparse. No le había golpeado con todas sus fuerzas, pero, dado el estado de embriaguez de Stan, hasta una caricia habría sido suficiente para dejarlo inconsciente. Aún seguía sin poder creer que Stan estuviera allí. Su hermano había regresado. Su maldito hermano... Stan siempre había sido bazofia en estado puro, y, a juzgar

por los retazos que había captado de la conversación entre Laura y él, nada había cambiado. Stan seguía siendo un hombre enfermo, un demente descontrolado.

¿Por qué había acudido a Boston? La respuesta era bastante obvia: dinero. Stan se había dicho que la viuda rica de su difunto hermano sería una presa fácil para sus engaños. Sí, Mark comprendió, con creciente furia, que el hecho de que Laura estuviese sola, fuese vulnerable y preciosa la había convertido en algo irresistible para intentar seducirla y engañarla.

Maldito hijo de puta...

Llamaron a la puerta de los aseos.

—¿Mark? ¿Estás ahí?

Mark se apresuró a salir del reservado.

—¿Estás solo, T. C.?

—Sí.

Se acercó a la puerta y quitó el cerrojo.

T. C. entró. Mark cerró de un portazo y volvió a echar el cerrojo.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó T. C. Entonces vio la puerta abierta del reservado y, al mirar en el interior, el cuerpo acurrucado de Stan en el suelo.

T. C. soltó un largo silbido.

—¿Esto se lo has hecho tú?

—Estuvimos jugando un poco al baloncesto. ¿Por qué demonios no me dijiste que estaba aquí?

T. C. se apartó del cuerpo de Stan y se encogió de hombros.

—No es asunto tuyo.

—¿No es asunto mío? ¿No crees qué estás llevando esto...?

Fue entonces cuando recibió el primer golpe. Mark se llevó las manos a la cabeza, y sus dedos se clavaron en las sienes.

El dolor llegó en oleadas insoportables. Cayó de rodillas.

T. C. actuó sin vacilar. Corrió hacia su amigo y lo abrazó.

—No pasa nada, Mark. Estoy aquí.

La mirada de Mark, enajenada por la agonía, se clavó en él. T. C. le rodeó los hombros con un brazo y lo ayudó a levantarse. Al ver que el dolor se iba adueñando de su amigo, T. C. se sintió dominado por el miedo.

«Ha vuelto. El demonio ha vuelto».

Laura se disculpó y se dirigió hacia la salida del Blades and Boards Club. Solo necesitaba alejarse unos minutos de la familia y los amigos, unos pocos minutos para estar consigo misma y pensar en David. Las noches como aquella solían desvanecerse en la memoria, pero Laura sabía que solo sería capaz de contener el dolor hasta cierto punto, antes de que el muro protector se derrumbase y tuviera que enfrentarse a la realidad.

Caminó sin rumbo por el pasillo vacío, con su mente llena de imágenes de David. A lo largo de los pasados seis meses, había aprendido que la gente se enfrenta a la muerte de distintas formas. Algunos llevan su dolor a la vista, sin ocultar su tristeza. Otros intentan evitar el dolor engañándose, fingiendo que no ha pasado nada, que el ser amado nunca existió o dejó de existir. Laura creía que ella entraba en una tercera categoría. Sus amigos le habían dicho que se olvidara de la tragedia, que pasara página. Ella comprendía su razonamiento, y lo más probable era que hubiese ofrecido el mismo consejo de haber sido la amiga afligida en lugar de la viuda. Pero Laura no quería olvidarse de David.

Encontraba un curioso consuelo al pensar en él, al recordar todos los momentos que habían pasado juntos. Sí, lloraba sin parar cuando miraba los álbumes de fotos, cuando pensaba en la vida que habrían tenido, cuando pensaba en la alegre familia que ya no tendrían. Pero no pasaba nada por llorar. Aquellas lágrimas eran reconfortantes, casi un alivio. Mejor llorar que fingir que David no había existido. Mejor llorar que no sentir nada.

La voz de T. C. sacó a Laura de sus ensoñaciones y la devolvió al pasillo en penumbras del Boston Garden. Hablaba con voz queda. Se acercó e intentó escuchar lo que decía.

—No pasa nada —dijo T. C.—. Ya te tengo.

Laura ladeó la cabeza. ¿Qué demonios estaba haciendo T. C. allí? Laura asomó la cabeza por la esquina y vio lo que ocurría. En sus ojos apareció una expresión de desconcierto. T. C. medio arrastraba y medio cargaba a Mark Seidman por el pasillo. A este no le respondían las piernas. Sus manos sujetaban su cabeza como si fuera a partirse en dos. T. C. tapó la boca de Mark con la mano para evitar que su grito se oyera en todo el complejo.

—Aguanta, amigo. Apóyate en mí. Enseguida estarás en casa.

La respuesta de Mark comenzó con otro grito ahogado.

—No puedo verla, T. C. No puedo estar cerca de ella...

—Lo sé, Mark. Lo sé.

Laura permaneció inmóvil por el horror mientras los dos hombres desaparecían por un pasillo lateral, y recordó que, solo unas pocas horas antes, T. C. le había dicho que no conocía de nada a Mark Seidman.

Judy se paseaba por la sala de estar de su pequeño apartamento del campus. Vivía allí desde hacía más de una década, y le gustaba mucho. Era una casa pequeña de una sola planta, con un dormitorio, sala de estar, cocina, baño y un despacho; espacio más que suficiente para ella. Si hubiera tenido más habitaciones, solo habría acumulado más y más trastos.

Todavía le daba vueltas a lo ocurrido la noche anterior en el Boston Garden. Pensaba en lo que había visto y oído, rebobinaba y repasaba, e intentaba sacar conclusiones. El primer lanzamiento de Mark Seidman había convertido su mente en un torbellino, y ahora no podía detenerlo. ¿Cómo era posible que Mark Seidman se pareciera tanto a él? A Judy le parecía increíble, pero cuando pensaba a fondo en todo el escenario, solo cabía una posible conclusión.

Sacó su billetero y cogió la vieja fotografía. La foto tembló en sus manos una vez más. Miró la imagen de una joven y resplandeciente Judy abrazada a un hombre un poco mayor. La foto en blanco y negro se había hecho después de un partido de softball en la facultad, en una radiante y hermosa tarde de Chicago en 1960. Él todavía sujetaba el bate en su mano libre, y llevaba la gorra inclinada hacia un lado. Una sonrisa se dibujaba en su apuesto rostro.

Aquel hombre era el padre de David.

Judy continuó observando la fotografía y recordó el momento preciso en que se había tomado. El día era soleado. Sinclair y ella se conocían desde hacía unos dos meses, y estaban enamorados. Ninguno de los dos había podido prever que aquello ocurriría. Ninguno de los dos había querido hacerle daño a nadie. Pero la química había saltado de manera instantánea, la clase de reacción que podía hacer que una joven sensata como Judy se enamorase de un hombre casado.

Sí, Judy había oído hablar de la reputación de mujeriego que arrastraba

Sinclair. Sabía que aquella no era la primera vez que él cometía adulterio, pero solo lo había hecho con bellezas universitarias sin muchas luces, con las que se limitaba a divertirse y a las que no tardaba en abandonar.

Judy, sin embargo, era distinta. También era muy atractiva, pero desde luego no una belleza despampanante.

De hecho, para ser precisos, llevaban cuatro meses juntos. Sabía que Sinclair Baskin estaba enamorado de ella y que se divorciaría. Por supuesto, sería complicado. Sus padres no la entenderían. Y tampoco la apoyarían, al menos al principio. Pero el amor todo lo puede, ¿verdad? ¿Podía haber algo más fuerte que el amor?

Sin embargo, resultó que el amor no fue rival para los celos, la belleza, el engaño y la furia.

Aquel romance también había sido duro para Sinclair. Tenía un hijo de diez años y un bebé, y los quería muchísimo. Judy sonrió con tristeza. El pequeño y travieso Stan tenía ahora cuarenta años. Y el bebé, que recibió el nombre de David, había crecido para convertirse en un joven maravilloso y un héroe del deporte. Qué orgulloso se habría sentido Sinclair de su pequeño David. Y cómo habría sufrido si hubiera estado vivo cuando David se ahogó...

Pero por supuesto, eso no habría sucedido nunca. Si Sinclair estuviese aquí, David también estaría vivo.

Judy siguió mirando la vieja fotografía. Sus pensamientos pasaron fácilmente del pasado al presente. Una línea muy delgada separaba el Boston de 1990 del Chicago de 1960. Su hermosa sobrina también había estado enamorada de un Baskin. David Baskin. El hijo menor de Sinclair. Laura había consagrado la vida a amarlo. Sus sueños, sus esperanzas, su amor, su vida entera... Todo eso había desaparecido con él. Desaparecido...

Por supuesto, había grandes diferencias entre la tragedia de Judy y la de Laura. Para empezar, David había amado a Laura con toda su alma, sin hacer preguntas. En cambio, Judy no podía decir lo mismo de Sinclair. Y, lo que era

más importante aún, Laura no tenía nada que ver con la muerte del hombre que amaba.

Judy Simmons, sí.

«Maldito seas, Sinclair Baskin. ¿Por qué cometiste aquel tremendo error? ¿Por qué fui tan estúpida? ¿Por qué reaccioné de una forma tan impulsiva y atacué sin pensarlo? Todo era perfecto, maldita idiota. Perfecto».

Desaparecido. Muerto. Acabado. Para Judy, no quedaba nada. Pero ¿y para Laura?

Buscó el teléfono a tientas, sin dejar de mirar la foto. Aún podría haber esperanza para Laura. Cogió el teléfono. Marcó.

Por fin se había decidido.

Cuando acabó el entrenamiento, Mark Seidman se duchó y vistió en silencio. En el vestuario nadie decía nada. Los jugadores seguían cabizbajos después de la ceremonia de la noche anterior. En ningún radiocasete sonaba el último sencillo de Chaka Khan o Samantha Fox. Apenas hablaban entre ellos, y eso se lo ponía más fácil a Mark. Así podía eludir la charla con sus compañeros de equipo. En el pasado, él siempre había disfrutado de la camaradería de sus compañeros. Tenía claro que había una relación directa entre ganar un partido de baloncesto y divertirse. Cuando el baloncesto se convertía solo en un trabajo, el nivel de juego del equipo siempre bajaba.

Mark era incapaz de acercarse a sus compañeros; y ellos tampoco lo aceptaban con los brazos abiertos. Aquello le preocupaba, pero sabía que trabar amistad con cualquiera de ellos solo podía conducir a la catástrofe. Earl no era tonto, ni tampoco lo eran Timmy, Mac o Johnny. Si bien dudaba que fuesen capaces de deducir de qué iba todo aquel asunto, el riesgo seguía siendo demasiado alto.

Cogió la bolsa de deportes y se dirigió a la salida. Y al pasar junto a la taquilla de su viejo amigo, oyó que Earl le decía:

—Nos vemos mañana, Mark.

Earl apenas le había dirigido la palabra desde que había entrado en el equipo.

—Sí... —respondió Mark, inseguro—. Nos vemos mañana, Earl.

—Bonito partido el de anoche.

Mark tragó saliva.

—Y el tuyo también.

Entre ambos se hizo un silencio incómodo. Mark se volvió con una sonrisa inquieta. Abrió la puerta y desapareció en el pasillo.

Uno de los asistentes del vestuario corrió tras él.

—¿Mark?

Mark se volvió.

—¿Sí?

—Tienes una llamada telefónica.

—Dile a quien sea que no estoy aquí.

—Ella ha dicho que es urgente...

—¿Ella?

El chico asintió.

—Ha dicho que la conoces. Es una tal Judy Simmons.

Mark tuvo la sensación de que algo le desgarraba el estómago.

—Eh, ¿estás bien, Mark?

Él asintió, intentando recuperar la compostura.

—Estoy bien —dijo—. Cogeré la llamada en la habitación cinco.

Mark intentó mantener la calma. No permitiría que aquello lo estropeará todo. Tenía que relajarse, mostrarse sereno. Llegó a la habitación cinco, cerró la puerta para que no le molestaran, y atendió el teléfono.

—¿Hola?

—¿Señor Seidman?

—¿Sí?

—Soy Judy Simmons. Nos conocimos anoche.

Mark sintió que se le secaba la boca.

—Sí, por supuesto. ¿Qué puedo hacer por usted, señorita Simmons?

—¿Cómo sabe que no estoy casada?

—¿Perdón?

—Acaba de llamarme señorita, y ayer hizo lo mismo. ¿Cómo sabe que no estoy casada?

Mark cerró los párpados. Tenía que medir todas sus palabras antes de que saliesen de sus labios.

—Bueno, anoche me fijé en que no llevaba usted alianza.

Judy hizo una pausa, como si estuviese valorando su explicación.

—Comprendo.

—Dijo que era urgente.

—Lo es —asintió ella—. ¿Le importa si le llamo Mark?

—Por favor, hágalo.

—Bien... —dijo Judy. Titubeó por unos segundos, antes de hablar de nuevo—. ¿Y le importa si le llamo David?

Recibió aquel comentario como si le hubieran propinado un puñetazo en pleno rostro.

«Mantén la calma, Mark. Mantén la calma».

—¿Es una broma?

—No.

—Mire, no sé de qué va todo esto, pero no me gusta que me llame con el pretexto de una emergencia y...

—No juegues conmigo, David —lo interrumpió Judy—. Porque así es como te llamas, ¿no? David Baskin.

—No, no es verdad —replicó él, confiado. Aunque estaba asustado, sí, muy asustado—. No sé de qué me habla, y, para serle sincero, tampoco me importa. Ya estoy harto de oír el nombre de ese tipo, de que me comparen con él. Sé que su familia ha sufrido una tragedia, señorita Judy, y sé que mi forma de jugar se parece a la suya, pero soy Mark Seidman, señorita Simmons, no David Baskin. ¿Me oye? No soy el marido muerto de su sobrina.

—Espera un...

—No, espere usted. Siempre han ocurrido tragedias, señorita Judy. Y las tragedias son indiscriminadas y crueles. Sé que la muerte de un hombre joven y sano como David Baskin es dura de aceptar para cualquiera. La prensa y los admiradores no pueden aceptarlo. Me llaman el Relámpago Blanco II como si fuese David reencarnado, y estoy harto, ¿me oye? Hágase un favor. Acepte la verdad y ayude a su familia a hacer lo mismo. David Baskin está muerto. Resulta que yo lo reemplazo en la pista. Eso es todo.

Hubo un largo silencio antes de que Judy volviese a hablar.

—No entiendes nada, ¿verdad?

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a que crees saber lo que estás haciendo, pero no es así. Todo este asunto tiene algunos detalles que nadie te ha contado...

—No sé de qué me habla.

—De acuerdo, señor Seidman o como te llames. Si quieres continuar con la estrategia de fingir que no sabes de qué va todo esto, en realidad me dejas indefensa. Pero si de verdad quieres saber lo que ocurrió hace treinta años, si quieres salvar a Laura de que le pase algo horrible y cruel, ven a visitarme a Colgate mañana a la siete. Entonces te lo explicaré todo. Después de que hayas oído lo que tengo que decirte, viviré con la decisión que tomes. Nunca volveré a hablar del tema, pero, si no vienes, no me dejarás otra opción que encontrar otra manera de resolver todo esto. Quizá no te guste lo que encuentre...

Judy hizo una pausa. Mark tragó el nudo que se le hizo en la garganta. Una lágrima asomó a su rostro.

—Mañana por la noche, señor Seidman. A las siete.

Judy colgó. Mark colgó en silencio y se dirigió a la salida. Un coche le esperaba en el exterior. Abrió la puerta del pasajero y subió.

—Acabo de recibir una llamada de Judy Simmons.

T. C. lo miró sorprendido.

—¿Qué te ha dicho?

—Está convencida de que soy David Baskin. Dice que a David no le contaron toda la verdad.

—¿Que no le contaron toda la verdad? ¿Y qué demonios significa eso?

—No estoy seguro. Me ha dicho que tenía que ver con algo que ocurrió hace treinta años.

T. C. sacó un puro de su chaqueta y cortó la punta de un mordisco.

—Interesante, ¿no?

Mark se encogió de hombros.

—Depende de a qué se refiera.

—¿Podría estar en lo cierto? —preguntó T. C.—. ¿Podría ser que a Baskin lo engañaran?

—Tú eres el inspector de policía. Dímelo tú. Me refiero a que es posible. Pero ¿cómo? Y lo más importante, ¿por qué? ¿Qué ganaban con ello?

—No lo sé —admitió T. C.—, pero no creo que pueda saber qué es lo que le dijeron a Baskin, ¿no?

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que ella quizá cree que Baskin no sabía toda la verdad cuando, de hecho, no es así.

El coche salió del aparcamiento. Mark miró a través de la ventanilla.

—También me ha dicho que, si quería salvar a Laura de lo que llamó «algo horrible y cruel», tendría que ir a Colgate mañana por la noche.

—¿Qué más te ha dicho?

—Que si no voy, encontrará otra manera de resolver este asunto.

—¿Eso te ha dicho?

Mark asintió.

T. C. sujetó el volante con fuerza. En su rostro apareció un gesto grave.

—Bien. Desde luego, no podemos permitir que lo haga, ¿verdad?

«Ring, ring. ¡Despierta, Stan! ¡Es hora de llamar al asesino de tu papá!».

—Oh, mi puta cabeza...

Stan se volvió para ponerse boca arriba. Maldita resaca. Como en los viejos tiempos. Tendió la mano, apagó el despertador de un manotazo y lo atrajo hacia él.

La una.

Dejó de nuevo el reloj en la mesita de noche. Apenas podía respirar por la nariz. Le dolía horrores. Lo más probable era que la tuviese rota. Tendría que haber ido al hospital... Más tarde, lo haría más tarde. Ahora tenía cosas que hacer.

Se levantó para mirarse en el espejo. Tenía el rostro hecho un desastre. Los ojos amoratados por la nariz rota, y la cara pálida de tanto vomitar la noche anterior. Poco a poco, fue recordando el incidente de los aseos, pero todo era muy confuso. Tremendamente confuso... Un hombre lo agredió, le metió la cabeza en el inodoro hasta que casi lo ahogó, y luego lo tumbó de un puñetazo. Curioso, pero cierto. ¿Qué le había dicho aquel tipo? Algo así como que se mantuviera apartado de ella. Dedujo que ella debía de ser Laura.

Stan se preguntó si Laura podría haber contratado a aquel tipo. No, no era probable. El sospechoso más evidente era T. C., pero no era la voz de T. C. la que lo había amenazado.

Trató de recordar por enésima vez la conversación con Laura, y se preguntó cómo podía haber sido tan estúpido. ¿Por qué crearse un enemigo en una mujer tan poderosa como Laura? ¿Por qué no olvidarla sin más y seguir con su vida? Era feliz con Gloria. Iba a tener todo el dinero que quería. ¿Por qué joderlo todo de aquella forma? ¿Por qué siempre necesitaba arruinar su vida?

Porque, maldita sea, esa era su forma de ser. Stan siempre se las apañaba para mantener un pie bien hundido en la mierda. Intentaba sacarlo como un loco. Tiraba y tiraba de él y luchaba con todo lo que tenía. Y cuando su pie salía por fin de la porquería y lo levantaba en el aire, se daba cuenta de que su otro pie estaba también hundido en otro montón de mierda.

Stan entró en el estudio y se tumbó en el sofá. Ya estaba bien de psicoanálisis

barato por aquella mañana. Se sentó junto al teléfono y se frotó las manos, nervioso. Una delgada capa de sudor bañaba todo su cuerpo.

Había llegado la hora de hacer su llamada. La llamada.

Por un instante, sintió asco por lo que iba a hacer. ¿Cómo podía permitir que el asesino de su padre saliese impune? ¿Cómo podía permitir que comprase su silencio? Su padre había sido una de las poquísimas personas que lo habían querido de verdad. Tal vez la única. La única...

Stan cogió la botella de vodka y se sirvió un buen trago. Mejor no pensar demasiado en todo aquello. Mejor pensar en la llamada telefónica como una simple transacción comercial, aunque, eso sí, muy rentable. Sí, esa era la mejor manera de enfocar el asunto.

Volvió al baño, se afeitó, se echó un poco de Old Spice y se vistió con un chándal. Después de beberse un vaso de zumo de naranja recién exprimido (con un chorrito de vodka para darle gusto), cogió el teléfono y marcó el número del asesino de su padre.

Judy colgó el teléfono al acabar su conversación con Mark Seidman y reanudó su paseo por la sala de estar. Y, ahora, ¿qué? La respuesta estaba muy clara: tenía que llamar a la única persona que no la tomaría por una loca, la única persona que compartiría sus sospechas. También resultaba que dicha persona amaba a Laura más que la vida misma: James.

James y ella habían hablado varias veces desde que se habían dado cuenta de que la muerte de David no había sido un accidente. Creían que lo más probable era que se hubiese suicidado. Incluso se habían planteado la posibilidad de que Mary tuviera algo que ver con el ahogamiento. Ahora Judy comprendía que su escepticismo hacia la muerte accidental de David apenas se había acercado a la verdad. Las razones ocultas de todo aquel embrollo apenas empezaban a asomar. Unas razones que asustaban a Judy y despertaban sus esperanzas. Sabía que James Ayars sentía lo mismo, pero lo cierto era que ambos amaban a Laura, y

ambos querían lo mejor para ella. Incluso cabía la posibilidad de que James encontrara la manera de solucionar todo aquel asunto sin destripar los secretos del pasado.

Era posible, pero no probable.

—Quiero hablar con el doctor Ayars, por favor. Soy Judy Simmons, su cuñada.

—Enseguida le paso con él, señora Simmons.

Al cabo de un momento, se oyó la voz de James.

—¿Judy?

Tan autoritario y sereno como siempre. Esa había sido en parte la razón por la que ella se había enamorado de James cuando se conocieron. Luego, cuando lo perdió a manos de Mary, tuvo que tragarse el dolor y vivir con ello. Nunca permitió que ellos se dieran cuenta. Se apartó con toda la gracia y la elegancia que la caracterizaban, como siempre había hecho la pobre y dulce Judy. Se había apartado de su papel principal como futura esposa, para convertirse en la dama de honor de su querida hermana Mary. Por suerte, conoció a Sinclair Baskin apenas unos meses después de perder a James. Él curó su corazón, hasta el punto de que ella fue capaz de olvidarse de todo lo ocurrido. Pasaron otros pocos meses, y le aplastaron el corazón de nuevo. Ya no se recuperaría nunca.

—Necesito hablar contigo —dijo Judy—. ¿Estás solo?

—Sí. ¿Qué pasa?

Ella respiró hondo sin saber muy bien por dónde empezar.

—¿No notaste algo extraño en el partido de anoche?

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a algo poco habitual.

—Tengo a una docena de pacientes en la sala de espera, Judy. Por favor, ¿podríamos dejar de jugar al gato y el ratón?

Ella volvió a preguntarse por dónde empezar.

—¿Te fijaste en Mark Seidman?

—¿El novato? Por supuesto. Un jugador brillante.

—¿Y en su manera de lanzar en suspensión?

—¿Qué pasa con su manera de lanzar?

—¿No te resultó conocida?

—Se parecía a David. ¿Y qué? ¿Qué estás intentando...? —James se interrumpió. Se quedó boquiabierto. Cuando por fin pudo hablar de nuevo, sus palabras sonaron mucho más suaves—: ¿No querrás insinuar que...?

—Sí.

—Pero ¿cómo? No tiene sentido, Judy.

—Tiene todo el sentido del mundo. Piensa en ello un segundo. ¿Acaso no fuiste tú quien me llamó después de aquella reunión con el abogado de David, para decirme que ya no estabas seguro de que se hubiera suicidado?

—Sí —aceptó James—, pero eso fue porque había desaparecido su dinero. Y te llamé porque creía que existía una remota posibilidad de que alguien lo hubiese asesinado para conseguirlo.

—Piensa en ello de nuevo, James. ¿Asesinato o accidente, no te parece una muy terrible y curiosa coincidencia?

—Tal vez —admitió James—, pero lo que tú estás sugiriendo es absurdo, increíble.

—¿Lo es? ¿O es la única respuesta que encaja del todo?

—¿Y por qué haría David una cosa así? Y, sobre todo, ¿cómo pudo hacerlo?

—Sin duda, no debió de resultarle fácil. Y por supuesto necesitó ayuda de alguien. Lo más probable es que de T. C.

—Que fue el primero en llegar a Australia cuando Laura descubrió que David había desaparecido... —añadió James.

—Exacto.

—Pero convendrás conmigo en que es una teoría descabellada, Judy. Y ahora mismo no es más que eso, una teoría. No tenemos ni la más mínima prueba. No podemos alarmarnos tanto por una sospecha. Piensa en las repercusiones que tendría todo este asunto...

—Te aseguro que sé todo lo que hay que saber acerca de las repercusiones.

—¿Y qué crees que debemos hacer?

Judy exhaló un suspiro. Como siempre, James tenía razón. Al final, aquella solo era otra más de una serie de locas hipótesis que le había planteado una frustrada profesora de inglés.

—Deberemos actuar con mucha cautela, pero no podemos dejar de investigarlo.

—Cuanto antes, mejor —afirmó James—. No puede esperar. Iré al banco e intentaré rastrear el dinero desaparecido.

—Bien.

Una pausa.

—¿Has hablado con Mary? ¿Le has dicho algo de todo esto? —preguntó James.

—¿Estás de guasa? Vete a saber cómo reaccionaría.

—Estoy de acuerdo. Adiós, Judy.

—Buena suerte, James. Mantenme informada de todo lo que averigües.

Graham Rowe leyó la factura del teléfono. Podría habérsela pedido a la compañía telefónica, pero, si lo hubiera hecho, el gobierno probablemente habría querido saber qué estaba investigando. Y cuanto menos gente lo supiera, mejor. Si aquello era un bocado demasiado grande para él, y el doctor Bivelli y los federales australianos estaban trabajando con ese tal T. C., meter la nariz donde no debía podría resultar peligroso para su salud.

«Esto no es asunto mío —pensó Graham—. No soy más que un vulgar sheriff de pueblo».

A él le gustaba pescar, cazar y beberse unas cuantas cervezas en el Luke's Pub. No muchas, por supuesto, pero una buena cerveza fría de vez en cuando lo ayudaba a relajarse.

Graham Rowe era de esos polis que eluden las conspiraciones, las complicaciones y los asesinatos como si de leprosos se tratara. Además, ¿por qué

estaba arriesgando el cuello por algo que ni siquiera estaba dentro de su jurisdicción? Por lo visto, el ahogamiento se había producido en Cairns. Allí tenían todo un departamento de policía. Podía pasarles todo el asunto a ellos, quedarse tan tranquilo en su silla, y echar una cabezadita.

«Ya te gustaría, ¿verdad, Graham?», pensó. Pero, de hecho, David Baskin había estado de vacaciones en su jurisdicción. Y su esposa había acudido a él en busca de ayuda. Esa mujer se había visto envuelta en un asunto muy turbio y podría tener problemas. Y Graham Rowe no pertenecía a la clase de hombres que le daban la espalda a una mujer con problemas.

Cogió un bolígrafo y rodeó con un círculo todas las llamadas hechas a Estados Unidos. Se habían hecho siete aquel día, el 17 de junio. El gigantesco sheriff tardó apenas unos minutos en verificar los siete números. Tres eran turistas que habían llamado a su familia en California. Uno era de Texas. Otra de las llamadas correspondía a algo llamado SportsPhone, en Cleveland. Tal como esperaba, callejones sin salida.

Sin embargo, las dos últimas llamadas eran otro cantar: ambas se habían realizado a números de la zona de Boston desde el teléfono del vestíbulo. En la misma extensión que había utilizado Baskin. De nuevo, Graham miró sus hallazgos y deseó que cambiasen como por arte de magia.

Maldita sea. ¿Por qué tenían que pasarle esas cosas a él?

Negó con la cabeza. No servía de nada posponer el asunto. Más le valía llamar a Laura y acabar con aquello. Ella estaba a punto de ser una mujer muy desdichada.

Le pasaron la llamada apenas unos minutos después. Oyó a Laura coger el auricular.

—Hola, querida —dijo.

—¿Graham? —preguntó Laura—. ¿Es usted?

El sheriff intentó mostrarse jovial. No tenía ni idea de por qué.

—¿Conoce a alguien más con un acento australiano tan hermoso?

—¿Ha averiguado algo? ¿Ya ha identificado los pasaportes?

—Sí y no.

—Dígame primero el no.

—Aún no tengo las fichas de los pasaportes. Las tendré mañana, en algún momento del día.

—¿Cuál es el sí?

Graham exhaló un largo suspiro.

—Tengo la factura de teléfono.

—¿Se hicieron llamadas a Boston?

Graham cerró los ojos.

—Sí. Dos. Ambas desde el vestíbulo del hotel.

A Laura se le aceleró el pulso.

—¿A quién llamó, Graham?

—Una de las llamadas ya la conocíamos. Como cabía suponer, David Baskin llamó al Banco Heritage de Boston.

—¿Y la otra llamada?

El sheriff percibió el tono ansioso y preocupado en su voz.

—Laura, llamó a T. C. Hablaron durante casi una hora.

Las palabras de Graham le sentaron como una patada en el estómago. Aquello confirmaba sus peores sospechas. Otra mentira de T. C. Apenas unas horas antes, T. C. había afirmado que no conocía de nada a Mark Seidman. Pero poco después los vio saliendo juntos del Blades and Boards Club, y sintió que el miedo la dominaba. T. C. le había mentado, le estaba mintiendo y seguiría haciéndolo. De alguna forma, Mark Seidman estaba relacionado con todo aquello. De alguna forma, el novato de los Celtics formaba parte de aquella conspiración.

—¿Laura? ¿Está ahí todavía?

—Sí, Graham. ¿Algo más?

—Todavía no.

—Gracias por llamar.

—No se preocupe. Pero, Laura, vamos a hacer esto poco a poco. Si T. C. tiene

algo que ver, quizá no sirva de nada decírselo a la cara. Al menos, no por el momento. De hecho, podría resultar un tanto peligroso.

Laura recordó lo que T. C. le había dicho unos pocos días atrás: «Ya has puesto tu vida en peligro, y ahora has puesto en alerta al asesino. Quiero que crean que están libres de polvo y paja, Laura. Hacer que se descuiden».

Que cometan algún error, vale, pero ¿con qué? Quizá fuera el momento de ponerse a jugar en serio, de jugar en primera división, como le había dicho él mismo. Quizá debería dejar que T. C. creyese que estaba a salvo en su red de mentiras, hacerle creer que ella había renunciado a buscar la verdad que se escondía detrás del ahogamiento de David. Entonces quizá, solo quizá, él sería quien se relajara.

—Tendré cuidado, sheriff —prometió Laura.

Richard Corsel estaba sentado con los dedos en el teclado del ordenador. No tecleaba, no en aquel momento. Por tercera vez en aquella jornada, el avanzadísimo sistema informático del Banco Heritage de Boston se había caído. Richard miraba atónito la pantalla en blanco.

—¿Señor Corsel?

Richard exhaló un suspiro y giró la silla hacia el interfono.

—¿Sí, señora Tansmore?

—Tengo aquí a un caballero que quiere hablar con usted. El doctor James Ayars.

—¿Tiene una cita?

—No.

—¿Sabe qué es lo que quiere?

—Dice que quiere hablar con usted de una cuenta de su yerno en este banco.

—¿Quién es su yerno?

—David Baskin.

Richard intentó tragar saliva, pero le resultó imposible. Se acordó del cuchillo

en la garganta, de las amenazas contra sus hijos y su esposa...

Pero a pesar de las amenazas, Richard había descubierto adónde habían transferido aquel dinero después de sacarlo de Suiza. Alguien tenía ahora el medio millón de dólares de David Baskin, y Richard sabía quién era.

Aun así, ¿qué podía hacer al respecto? ¡Por Dios, aquel psicópata del cuchillo había amenazado a sus hijos! Y Laura Baskin era rica. No pasaría precisamente hambre si no recuperaba el dinero, y tampoco necesitaba enterarse de lo que había pasado con ese medio millón de dólares. No, debía guardar silencio. Richard Corsel debía proteger a su familia. Además, ¿de qué le serviría contárselo a nadie? El psicópata estaba muy bien relacionado. Lo sabía todo de su vida personal, y también conocía sus conversaciones con Laura. No era nada prudente cabrear a esa clase de personas.

De todos modos, se mirara como se mirara, estaba metido en un agujero negro que perdía agua por todas partes. También Laura Baskin podía estar en peligro. Tanto o más que él. ¿Y si el psicópata y sus amigos aún no habían acabado con ella? Si habían asesinado a David por su dinero, ¿quién podría decir que Laura no sería la siguiente? ¿Y qué pasaría si decidían que Richard Corsel podía saber demasiado? ¿Qué pasaría si pensaran que la forma más segura de que guardase silencio era convertir a Naomi en su viuda?

No, aquel asunto no era tan sencillo.

—Hágale pasar, señora Tansmore.

Unos segundos después, James Ayars entró por la puerta.

Realmente parecía un médico salido de una teleserie de los años noventa, pensó Richard. Bien afeitado, correctamente vestido, el pelo canoso, apuesto y serio. Richard se levantó y le estrechó la mano.

—Por favor, siéntese, doctor Ayars.

—Gracias.

—¿Puedo hacer algo por usted?

James fue al grano.

—Me gustaría saber qué ha pasado con la cuenta desaparecida del señor

Baskin.

—Me temo que no le comprendo.

—David Baskin era mi yerno. Antes de morir, una gran cantidad de dinero fue transferida de su cuenta. Digamos que desapareció. Me gustaría saber adónde fue.

Richard estuvo a punto de soltar un suspiro de alivio. Era obvio que Laura había sido lo bastante inteligente como para no poner en peligro a su padre diciéndole lo que había averiguado.

—Lo siento, doctor Ayars, pero se trata de una información confidencial.

—¿Confidencial?

Richard asintió.

—Supongamos, doctor, que usted decide transferir dinero fuera de este banco. ¿Querría que cualquier pariente pudiese venir aquí y descubrir qué había pasado?

—Me parece razonable —asintió el doctor Ayars—, pero el señor Baskin está muerto.

—Eso no cambia sus derechos.

—No, pero, desde luego, el familiar más cercano tiene derecho a saber qué pasó con su dinero.

—En la mayoría de los casos, sería así. Sin embargo, usted no es su familiar más cercano, doctor Ayars. Lo es su hija.

—Le comprendo, pero mi hija ha pasado por un terrible trance durante estos últimos meses. ¿No podría yo actuar como su representante?

—Podría —manifestó Richard—, siempre que disponga de un poder notarial.

El doctor Ayars se inclinó hacia delante. Parecía preocupado.

—¿Ha descubierto usted algo nuevo en todo este asunto?

Corsel se reclinó en la silla.

—Lo siento. Eso también es confidencial.

—Respeto su postura, señor Corsel —dijo Ayars en voz baja—, pero sospecho que esta transferencia de dinero pueda tener más implicaciones de lo que puede

parecer a simple vista. Podría haber algo más en juego, algo muy peligroso, algo que podría hacerle daño a mi hija. Necesito saber qué pasó con ese dinero.

Los dos hombres se miraron el uno al otro durante unos instantes.

—Desearía poder serle de ayuda —contestó Richard finalmente—, pero esta situación vulnera unas cuantas leyes bancarias. Le está pidiendo al Heritage de Boston que infrinja la ley.

—Entonces ¿cómo puedo averiguar lo que pasó?

—Le sugiero que hable de este asunto con su hija.

James comprendió que era inútil seguir insistiendo.

—Gracias, señor Corsel —dijo mientras se levantaba para marcharse.

Una vez en el vestíbulo, James se preguntó cuál debía ser su siguiente paso. Lo mirase por donde lo mirase, tanto si las descabelladas sospechas de Judy eran acertadas o no, su hija iba a seguir sufriendo. James haría lo que fuera por ayudar a Laura y evitar que sufriera, pero ¿qué podía hacer?

Lo que fuese necesario.

James llegó a su coche y salió del aparcamiento. Su hija había pasado por un verdadero calvario. No podía permitir que continuase sufriendo. Le daba igual lo que costase.

Judy se había pasado todo el día debatiéndose entre llamar a Laura y no hacerlo. Si se había equivocado con Mark Seidman, llamar a Laura podía acarrear consecuencias catastróficas. Podía reabrir las viejas heridas y hacer que las presentes volviesen a sangrar. Podría causar un daño irreparable. Además, si se atenía a los hechos, apenas sabía nada de Mark Seidman. Para ser más exactos, todas sus elucubraciones no eran más que meras conjeturas. Judy era una persona lógica y sabía que aún era demasiado pronto para contarle nada a Laura.

Entonces ¿cómo podía estar marcando el número de teléfono de su sobrina?

Lo curioso del caso era que Judy creía que había llegado el momento de dejar de preocuparse por lo que podía ser mejor para Laura. Intentar protegerla podría

arrebatarse la última oportunidad de llevar una existencia digna. Había que correr el riesgo. No tenía más alternativa. Si no estaba en lo cierto, le haría daño a Laura al revelárselo. Pero, si tenía razón y decidía no decírselo a Laura, entonces sería culpable de haber perpetrado el más horrible de los crímenes contra su sobrina.

La mano de Judy apretó el teléfono muy fuerte, hasta que el primer timbre sonó en su oído.

—¿Diga?

Judy se quedó bloqueada. Laura repitió su saludo.

—¿Sí? ¿Diga?

—¿Laura?

—¿Tía Judy?

—Sí.

—¿Por qué no contestabas?

—La línea va fatal. Lo siento.

—No pasa nada. ¿Cómo estás?

—Estoy bien, gracias. ¿Y tú?

—También estoy bien. Gracias por venir anoche. Significó mucho para mí.

—No me lo agradezcas. Sabes cuánto amaba a David.

Se hizo un silencio incómodo, que pareció flotar en el aire por unos segundos.

—Esta no es una llamada social, ¿verdad tía Judy?

¿Qué decir? ¿Cómo decirlo?

—No del todo, Laura.

—¿Tiene algo que ver con lo de anoche?

—Sí.

Hubo otra pausa.

—Te escucho.

«Lánzate, Judy. No hay una manera fácil de decirlo».

—Es sobre la muerte de David.

Las palabras de Judy se transmitieron por la línea telefónica como una

guadaña. El rostro de Laura se contrajo, y su voz se redujo a un susurro.

—¿Qué...?

—Es sobre la muerte de David. Lo más probable es que no sea nada...

—¿Qué pasa con la muerte de David?

—Laura, sé que esto puede parecerte sorprendente. Te ruego que tengas un poco de paciencia, ¿vale?

Oyó como la respiración de Laura volvía a la normalidad.

—Adelante.

—Hay cosas de las que no sabes nada —comenzó Judy—. Cosas que ocurrieron hace muchos años.

—¿Cómo que hace muchos años? David se ahogó en junio.

—Lo sé —continuó Judy. Trató con todas sus fuerzas de mantener un tono calmado, y procuró no dejarse llevar por las emociones y comenzar a gritar y gritar hasta no poder parar—. Pero algunas veces el pasado puede solaparse con el presente, Laura. Creo que eso fue lo que pasó con David.

—No entiendo nada.

—Ya lo sé, cariño.

—¿Estás intentando decirme que lo que causó la muerte de David se debe a algo que hizo en el pasado?

—No, no a algo que hiciera él. David fue una víctima inocente.

—Entonces ¿qué es lo que...?

—Escúchame, Laura. Necesito hablar contigo en persona para explicártelo. Debo mostrarte algo...

—¿Mostrarme algo?

—David podría estar aquí... —Se interrumpió. Se le había ocurrido una idea, y había hablado con demasiada ligereza. Estaba entrando en un juego peligroso, y debía ser cuidadosa... ¿Y si los reunía a los dos? Quizá sería la única forma de descubrir si su teoría era cierta—. Tengo algunas fotos y cosas, pero no podemos hablarlo por teléfono. ¿Podrías venir aquí mañana por la noche? ¿A las siete?

—Puedo volar ahora mismo. Estaré allí en un par de horas...

—No —la interrumpió Judy—. Quiero que vengas aquí mañana a las siete. No vengas antes.

—¿Por qué a las siete?

—Por favor, Laura, solo confía en mí en este tema, ¿de acuerdo?

—Pero me gustaría saber...

—Mañana. A las siete. Te quiero, Laura.

—Yo también te quiero, tía Judy.

Laura oyó cómo colgaba el teléfono. Ella hizo lo mismo y se volvió hacia su visita. Delante de Laura se sentaba su madre. El color había desaparecido del rostro de Mary en los últimos minutos, y había dejado en su lugar una máscara mortuoria.

«Fuego. El agua del refrescante baño de Satanás. Emblema del infierno. Instrumento de destrucción masiva. El fuego lo devora todo en su camino sin preocuparse por el valor o la dignidad. El fuego quema la piel, funde la carne hasta los huesos, quita la vida de los pulmones para acabar llevando a...».

El asesino cruzó la frontera del estado de Connecticut y entró en el de Nueva York en su camino a la Universidad Colgate.

«... la muerte.

»A menudo me pregunto por la muerte. ¿Qué es, en realidad? Nadie tiene ni la menor idea, ¿verdad? La gente lleva pensando en ello desde el inicio de los tiempos, pero cada concepto original del más allá ha sido tan absurdo como el anterior. ¿Cómo lo expresó Hamlet antes de su propia muerte? ¿No describió la muerte como “aquel país desconocido, de cuyos límites ningún caminante torna”? ¿Es lo que tememos, aquella desconocida inmensidad del más allá? ¿Era un glorioso paraíso, un infierno destructivo, una gran nada negra, o todo lo anterior?».

Las lágrimas asomaron a los ojos del asesino. Lágrimas de arrepentimiento y tristeza.

«He enviado a varias personas al misterioso otro mundo. He entregado dos almas a la Parca, para que nunca regresasen...

»Tres, incluyendo a David».

El cuerpo del asesino se estremeció. La rabia corrió por sus venas y arterias. Gritó un único monosílabo. «¡No! ¡No! No aceptaré esa culpa. Yo no lo maté. La gente reacciona ante determinadas situaciones. David Baskin hizo lo que creía mejor. Fue una pena. A pesar de lo que hizo su padre, no podía más que admirar a David Baskin. No soy ningún asesino. No, en mi fuero interno. Nunca quise

hacerle daño a nadie, de verdad que no. Sí, maté a Sinclair Baskin. Apoyé un arma en su cabeza y apreté el gatillo, pero aquel fue un acto surgido de una furia insensata contra un hombre que merecía morir. Igual que hizo David Baskin, me limité a reaccionar ante una serie de circunstancias. En lo que respecta a mi segundo asesinato...».

El volante giró en las manos del asesino, y casi apartó el coche de la carretera.

«El segundo asesinato... ¿Qué pasó con la cruel carnicería de mi segunda víctima sin nombre? ¿Puedo descartarlo con la misma facilidad con que descarté la muerte de Sinclair Baskin? No. La culpa arderá eternamente dentro de mí por haber matado a un espíritu puro. ¿Por qué tuve que hacerlo? Al fin y al cabo, no era más que una víctima inocente. Mi único placer viene de un concepto de Maquiavelo: el fin justifica los medios. La historia dirá que fue una decisión inteligente, y, al final, tengo que estar de acuerdo. Basta con que mire a Laura si no me cree».

El asesino miró el mapa, vio la salida de Hamilton, en Nueva York. Allí se ubicaba la Universidad Colgate.

«Treinta años... Todo aquello ocurrió hace tres décadas. Kennedy todavía estaba vivo. Increíble. Tanto tiempo atrás, y no he pasado una hora sin dejar de recordar mi vida en Chicago. Me persigue a cada paso y en todos mis sueños, aunque camino y duermo con la conciencia tranquila. Pero he creído, confiado y rezado para que todos estos secretos del pasado quedasen enterrados. Supuse que el pasado solo era eso, el pasado. Nunca esperé que me atacase de nuevo.

»¿O sí?

»¿Acaso en lo más profundo de mi mente no sabía que el pasado podía sobrevivir a todo y reaparecer algún día? Sí, supongo que sí. De pronto, esos horribles secretos vuelven a mí, como una inmensa ola, y se ríen, me provocan y amenazan con destruir todo aquello que más quiero. Stan Baskin, un hombre casi idéntico a su padre, quiere chantajearme. Ya me encargará de él mañana por la noche. Ya me encargará de él con toda la brutalidad de la que soy capaz.

»¿Y Judy? Después de todos estos años, Judy quiere hablar del pasado. ¿Por

qué? ¿Por qué no puede dejarlo todo como está? ¿Por qué insiste en mantener vivo el pasado, en ayudarlo a crecer con toda su furia intacta?».

El coche salió de la autopista. El bidón de gasolina iba de un lado a otro del maletero, y se oía un sonido metálico cada vez que chocaba contra los laterales. Había una caja de cerillas en el salpicadero. Ya no estaba muy lejos de Hamilton.

Primero, Judy.

Después, Stan.

¿Y luego...?

Judy se preparó una taza de té y se sentó en la cocina. Su mirada se fijó en el reloj por tercera vez en los últimos cuatro minutos: las seis y veinte.

Si todo iba de acuerdo con el plan, Mark Seidman y Laura llegarían dentro de unos cuarenta minutos. Comprendió que había creado una situación muy volátil al decirles a ambos que llegasen allí a las siete en punto. Había dedicado las últimas horas a analizar la decisión. Judy sopesó con cuidado los pros y los contras y comprendió que no había nada que discutir. Tenía que hacerlo. Ya se había perdido mucho tiempo, se habían destrozado demasiadas vidas y dejado que se pudriesen al sol.

Sacó la bolsita de té Lipton, leyó distraídamente la etiqueta informativa y la arrojó al cubo de la basura. Añadió media cucharadita de azúcar y una gota de leche. Había esperado preparar una agradable tisana. Uno de los estudiantes de su seminario sobre poesía estadounidense del siglo XIX había pasado un semestre en el Lejano Oriente, y le había llevado un maravilloso surtido de tés de la China continental. Pero Judy se los había acabado todos. Así que aquel día tocaba Lipton, para variar. Mañana iría a la tienda de *delicatessen* de la ciudad y compraría distintos tipos de té con especias.

Mañana...

Como la cursi letra de aquella canción en *Annie*, comprendió que mañana solo era el día siguiente. Sin embargo, era toda una vida. La Judy que bebería té al día

siguiente viviría en un mundo diferente a este. Esta cocina sería distinta, esta mesa y esta taza de té. Nada sería igual. Su vida y las vidas de sus seres queridos cambiarían para siempre. Para bien o para mal, eso ya no podía decirlo.

Bebió un poco de té, y disfrutó de la sensación del líquido caliente bajando por su garganta. Las manecillas del reloj de la cocina continuaban avanzando. Judy no tenía claro si se movían demasiado lentas o demasiado rápidas. Solo sabía que se acercaba el futuro. Sus emociones iban de un extremo al otro. En un momento dado, la espera hacía que estuviera a punto de reventar de impaciencia, y al siguiente temía que llegara el instante de oír la inevitable llamada a su puerta.

Cogió el llavero de la mesa y lo sostuvo delante de ella. Colgaban cuatro llaves en el aro: dos del coche, una de la casa y otra de la caja de seguridad donde guardaba su diario de 1960. Laura estaba a punto de conocer todo el contenido de aquel diario. Estaba a punto de descubrir los secretos que habían permanecido ocultos durante tantos años. Judy rezó para que todo se hubiese acabado cuando lo hiciese.

¿Sería así?

Bebió otro sorbo de té. Parecía tener un sabor amargo.

La pierna derecha de Laura se agitaba y, como siempre, ella no se daba cuenta.

«¡Maldición! ¿Cuánto falta para que el avión aterrice?». La ansiedad la abrumaba. Se descubrió a sí misma mordiéndose las uñas, deseando un cigarrillo, leyendo la aburrida revista de la línea aérea, memorizando las salidas de emergencia en la tarjeta de plástico y aprendiendo a vomitar en una bolsa de papel en tres idiomas distintos.

Todo eso, para una miserable hora de vuelo hasta Hamilton.

Su pierna continuó sacudiéndose. La mujer con el pelo teñido de azul que se sentaba a su lado le dirigió una mirada iracunda.

Laura detuvo la pierna.

—Lo siento —dijo.

La mujer de pelo azul no dijo nada.

Laura volvió a fijarse en la revista de la compañía aérea. Pasó las hojas sin fijarse. La única respuesta que había conseguido de Judy en las numerosas llamadas que le había hecho la noche anterior provenía de la grabación del contestador automático. ¿Qué había querido decir tía Judy? David llevaba muerto más de seis meses. Y después de todo ese tiempo, ella quería contarle algo relativo a su muerte. Pero ¿qué? ¿Qué podía saber su tía de la muerte de David?

Y su tono de voz... Parecía tan... ¿asustada? No, era más que eso. Aterrorizada. ¿De qué iba todo aquel juego tan novelesco? ¿Qué era tan importante como para que la tía Judy no se lo pudiera contar por teléfono? ¿Y qué era lo que quería mostrarle, una foto? ¿De qué iba toda aquella cháchara sobre el pasado? ¿Por qué había querido que Laura esperase hasta las siete de la tarde para verla? ¿Cómo podía el pasado guardar relación alguna con la muerte de David, que se había producido en junio?

Demasiadas preguntas. Y muy pocas respuestas.

La mujer de pelo azul carraspeó para dejar clara su irritación.

Laura miró su pierna derecha. Volvía a sacudirse. Tendió la mano y se sujetó la rodilla. La pierna redujo el movimiento, hasta que por fin se detuvo.

—Lo siento —se disculpó de nuevo Laura.

La mujer teñida la miró furiosa.

Laura la miró de la misma forma: «Pues que te jodan, tía».

Volvió de nuevo a la revista y siguió sin leer nada. Los mismos pensamientos continuaban llenando su cabeza. Sus sospechas sobre la muerte de David ahora se basaban en una nueva y terrible certidumbre. Ahora las guiaba la intuición. No era que las cosas no cuadraran, no era que parecieran ir mal: es que estaba claro que iban mal. Existía una sospecha, una sospecha mucho más terrible de lo que Laura se hubiera podido imaginar. Había llegado a un armario cerrado que guardaba algo aterrador, algo malvado, algo que amenazaba con destruirlos a

todos. Quería darse la vuelta, echar a correr, olvidar que había encontrado aquella puerta cerrada, pero sus pies estaban pegados al suelo. De manera completamente inconsciente, buscó el cerrojo con la mano. No tardaría en quitarlo, girar el pomo y mirar en el interior. Ya no había vuelta atrás. Era demasiado tarde para detenerse.

¿Qué había detrás de aquella puerta cerrada? Laura no lo sabía. El avión estaba a punto de aterrizar en el aeropuerto de Ithaca, y un taxi la llevaría hasta la casa de tía Judy. Una vez allí, se abriría la puerta del armario.

El asesino leyó el cartel:

UNIVERSIDAD COLGATE

El coche giró a la derecha y entró en el campus. Se trataba de un pequeño colegio universitario que parecía salido de un cuento infantil. De no haber sido invierno, de no haber sido por la nieve que salpicaba el terreno pelado, los edificios habrían estado cubiertos de hiedra. El lugar apestaba a Arte y Humanidades. Allí los estudiantes se entregaban a discusiones intelectuales sobre los pensamientos de Hobbes, Locke, Hegel, Marx, Tennyson, Browning, Potok y Bellow. Durante el día asistían a clase, se encontraban con los amigos en la cafetería y recogían el correo en la estafeta. Por la noche, estudiaban en la biblioteca, ligaban durante las estratégicas pausas en el estudio, tomaban algunas cervezas en la residencia, y hacían lo que fuese con los miembros del sexo opuesto.

Para aquellos estudiantes no existía nada fuera de aquel campus. De alguna manera, todo el mundo, con todos sus problemas y complicaciones, se había reducido a los límites de aquel idílico campus. La vida no volvería a irles tan bien. No volverían a tener la oportunidad de preocuparse con tanta pasión por

cosas que no les afectaban. No volverían a disfrutar de un simulacro del mundo real.

El coche redujo la velocidad. En aquel momento, había muy pocos estudiantes a la vista. Aquello le convenía. Era perfecto para el asesino.

«Estoy aquí. No puedo creer que esté aquí. No puedo creer lo que estoy a punto de hacer».

El viento hacía que pareciera que estuviesen bajo cero. Los carámbanos colgaban de los desagües de la biblioteca. La nieve debía de tener más de un palmo de espesor. El asesino redujo al llegar al badén y miró un momento por la ventanilla del pasajero. Las lágrimas reaparecieron sin previo aviso.

«¿Por qué tengo que hacer esto? ¿Por qué? ¿Es que no hay otra manera?».

Pero el asesino sabía que la respuesta era no. El pasado estaba utilizando a Judy para llegar al presente, y él debía detenerlo. Debía silenciarla antes de que pudiese decirle a Laura lo que había ocurrido hacía tres décadas.

Unos copos pequeños se posaron con suavidad en el parabrisas delantero. Otro giro a la izquierda, y el coche entró en la zona de viviendas de la facultad. Los faros del coche del asesino iluminaron la parte trasera del pequeño edificio de ladrillos en el que Judy Simmons estaba sentada a la mesa de la cocina, bebiendo un té Lipton.

Laura desembarcó y cruzó la pequeña terminal. ¿El viaje había tenido sobresaltos o había sido suave? ¿Había ido bien o mal? ¿Le habían servido comida, bebida o lo que fuera? Laura no habría sabido responder a ninguna de esas preguntas. No sabía ni en qué avión había volado, ni qué compañía había utilizado, ni en qué asiento se había sentado. El único recuerdo que se abrió paso a través de una espesa bruma era el de la mujer de pelo azul vestida con un conjunto de Early Mayberry, que parecía una camarera de un bar de carretera. Aquella mujer se había pasado el vuelo dedicándole sus dos facetas más

desagradables: mirándola con enfado y roncando mientras cabeceaba. Una deliciosa compañía.

Aun así, la señora Peinado Psicodélico había sido una agradable distracción de la agonía que le producía enfrentarse a lo desconocido. Laura había envejecido unos cuantos años en los minutos que había pasado en aquel avión. Su pelo parecía un avispero, y la delgada capa de maquillaje que le quedaba creaba la impresión de que se había pintado con los dedos. Laura no se dio cuenta de nada de aquello. No le importaba. Tenía una única misión: llegar a casa de tía Judy. En aquel momento, era lo único que la preocupaba.

Laura consultó su reloj. Ya eran casi las seis y veinte, y quería llegar puntual a la puerta de tía Judy. A las siete en punto. Apretó el paso y se dio cuenta de que casi estaba corriendo. Un cartel indicaba que la parada de taxis estaba a la derecha. Se desvió, y las puertas de cristal automáticas se abrieron ante ella. El viento helado le azotó el rostro y el cuello. Vio un único taxi en la parada, y echó a correr como una flecha hacia el taxi amarillo. Sus piernas se movían con fuerza y levantaban montoncitos de nieve por encima de sus pies.

Cuando llegó al coche, su mano sujetó el picaporte y tiró. No pasó nada. La puerta estaba bloqueada. Bajó la cabeza y miró al interior del taxi cerrado. La recibió una mirada que ya conocía. En el interior del taxi, ocupada en quitarse el pesado abrigo y charlando con el conductor mientras miraba a Laura, estaba la mujer de pelo azul del avión.

Laura se apartó cuando el taxi se puso en marcha.

El asesino aparcó el coche en una zona arbolada detrás de la casa de Judy. Nadie podía verlo allí. Era muy importante entrar y salir sin ser visto. No había testigos. Nadie lo vería.

Bajó del coche y abrió el maletero. Una rápida mirada a los alrededores le indicó que la zona estaba desierta. Bien, muy bien. Su mano buscó en el

maletero y sacó el bidón de gasolina. Todo su cuerpo parecía temblar, y derramó parte del líquido inflamable en la nieve.

«Deja de temblar. No es momento de acobardarte. Anímate, no seas débil. Ahora no puedes permitirte. Esto es muy importante. Debes hacerlo».

Entre los árboles, el asesino veía el edificio de ladrillos en el que vivía Judy Simmons. La casa estaba a unos cien metros, después a cincuenta, luego a veinte. Con un pie pisaba y con el otro borraba las huellas. Era mejor no dejar pistas a la policía.

Unos segundos más tarde, el asesino llegó al patio trasero. Dejó el bidón de combustible detrás del cubo de la basura. Pero solo por el momento. Muy pronto, el combustible iluminaría la casa de Judy en una hoguera mortal.

El asesino fue hacia la puerta trasera y se dispuso a llamar. Una rápida mirada a través de una de las ventanas le mostró a Judy, que tomaba té en la cocina.

Sería la última taza de té que bebería.

Judy alzó la mirada con viveza desde la mesa de la cocina. Había oído las pisadas en la nieve profunda, al otro lado de su ventana. Había alguien en el patio trasero. Alguien caminaba por ahí atrás. Alguien se acercaba a su puerta trasera.

Sintió un escalofrío que recorrió todo su cuerpo. Se irguió en la silla y se preguntó por qué demonios venía alguien por la parte de atrás, cuando el camino delantero estaba limpio. A nadie se le ocurriría utilizar la puerta de atrás. Lo único que había allí era bosque, matorrales y nieve.

La inquietud se adueñó de ella. Miró el reloj: las siete menos cuarto. Podía tratarse de Laura, pero lo más probable es que fuera Mark. Él no quería que lo viesen por allí. No quería que nadie lo relacionase con Judy.

La llamada a la puerta la sobresaltó. Sí, sin duda se trataba de Mark Seidman. Su pulso se aceleró un poco más. Recogió la taza de té vacía, se levantó, y la dejó en el fregadero mientras iba hacia la puerta de atrás.

Su mano quitó la cadena de seguridad, sujetó el picaporte y lo bajó. La puerta se abrió poco a poco. Cuando Judy miró al exterior, el rostro que tenía delante le sonrió con alegría.

—Hola, Judy.

—Usted es aquella modelo, ¿no? Laura Ayars, ¿verdad?

A Laura le había costado otros diez minutos encontrar un taxi.

—Sí. ¿Cuánto tardaremos en llegar?

El taxista se rio.

—Laura Ayars en mi taxi. Mi esposa no se lo va a creer. Hace unos años, compré el calendario del bañador.

—Fantástico. ¿No podemos ir más rápido?

El conductor negó con la cabeza.

—Ya me gustaría. Me refiero a que, si pudiera ir más rápido, podría conseguir más viajes. Y más viajes significan más dinero. Además, me gusta conducir deprisa. Pero yo no soy un taxista de Nueva York, ¿sabe? Esos están locos. ¿Alguna vez ha cogido un taxi en Nueva York?

—Sí.

—En ese caso, sabrá a qué me refiero. Están locos. Aun así, me gustaría ir más rápido, de verdad que sí, pero es que ya tengo dos multas por exceso de velocidad este mes. ¿Se lo puede creer, Laura? ¿Puedo llamarla Laura?

—Por favor.

—¡Dos multas por exceso de velocidad, Laura! Los polis de por aquí no tienen nada mejor que hacer que proteger a las ovejas de las bromas de los estudiantes y hacérselo pasar mal a un tipo que intenta ganarse la vida honradamente. Pero qué diablos, tampoco me importa mucho. El problema, Laura, es la nieve y el hielo. El año pasado hice un giro demasiado rápido por aquí y acabé en la cuneta. De verdad. Debo de haber recorrido este trozo de

carretera un millón de veces, lo conozco como la palma de mi mano. Pero con el hielo nunca se sabe. El coche se fue sin más...

Laura dejó de escuchar. Miró a través de la ventanilla mientras el coche, al parecer, circulaba por una carretera desierta. Solo de tanto en tanto pasaba otro coche en sentido contrario. No había vehículos ni delante ni detrás de ellos; solo las montañas de nieve amontonadas a un costado de la carretera.

El lugar era tranquilo, silencioso y pacífico. Laura dejó que la calma de aquellos páramos helados la embargara. Siempre le había gustado visitar aquella zona. Su mente y su cuerpo dejaron que el entorno hiciese su trabajo sobre sus músculos tensos. Sí, era un hermoso lugar para visitar durante unos días, aunque si te quedabas más comenzabas a notar que te volvías loca. Un poco de soledad estaba muy bien de vez en cuando, pero ¿como forma de vida? No, ella no estaba hecha para eso.

—Las viviendas del profesorado, ¿no?

—Sí —respondió Laura.

El taxi entró en el campus y giró a la izquierda. Laura observó las solitarias arboledas sin poder dejar de pensar en David. No podía evitar la sensación de que todo esto estaba a punto de acabar; muy pronto sabría qué había pasado en Australia. Y después, ¿qué? Estaría sola. David no regresaría de la muerte, y Laura se quedaría sin nada en lo que distraer su dolor.

Mejor no pensar demasiado en ello. Mejor no plantearse el futuro.

El taxi redujo la velocidad y se detuvo.

—Hemos llegado —anunció el conductor en tono alegre.

Laura miró la pequeña casa de Judy. Los alrededores estaban desiertos. No había movimiento alguno ni en casa de su tía ni en las otras viviendas. Se apresuró a pagarle al taxista y deslizó los brazos en las mangas del abrigo. Dejó el agradable calor del vehículo y se sumergió en el frío helado del norte de Nueva York. El taxi se alejó mientras ella caminaba por el sendero.

Las manos hundidas en los bolsillos, los brazos apretados contra los costados para mantener el calor... A medida que se acercaba a la casa, pensó que era

extraño que no hubiera ninguna luz en el interior. Sacó una mano del bolsillo, solo lo justo para consultar su reloj.

Las siete en punto.

Cuando llegó a la puerta, Laura tocó timbre. Oyó sonar la campanilla en el interior de la pequeña vivienda, antes de perderse en el silencio. No hubo más sonidos. Probó de nuevo, y esperó ansiosa a oír las pisadas que acudieran hacia ella.

Nada.

Llamó una tercera vez y esperó un poco más, pero nadie acudió a la puerta. No se oía nada... No. No era verdad. Oyó un sonido como de algo que se arrastraba.

—¿Tía Judy? —gritó.

Ninguna respuesta. Ningún sonido en absoluto. El sonido de algo que se arrastraba, si es que había habido tal cosa, había desaparecido. Laura sacó la mano y probó a abrir la puerta. El pomo giró sin problemas en su mano. La puerta estaba abierta.

Dos cosas ocurrieron al mismo tiempo cuando Laura abrió y entró en casa de Judy: el asesino escapó por la puerta de atrás, y Laura detectó el desagradable olor de la gasolina.

—Bueno, bueno, ¿qué es lo que tenemos aquí?

—¡Mierda! ¡Es el sheriff!

Graham Rowe se acercó a los dos chicos. No le había costado mucho encontrarlos. La vieja señora Kelcher había señalado con precisión el punto exacto en la carretera 7 desde el que habían tirado huevos contra su coche, y el sheriff enseguida imaginó que los autores de dicha ofensa se habían apostado en lo alto de Wreck's Pointe. Ir hasta allí arriba en coche era un verdadero coñazo. Ya nadie conducía nunca por la vieja carretera de tierra hasta Wreck's Pointe, pero si las buenas gentes de Palm's Cove creían que el sheriff Graham Rowe iba a ponerse a escalar la ladera de una montaña para pillar a un par de chicos que tiraban huevos, ya podían esperar sentados.

—¿Tirando huevos a los coches, chicos?

El más alto de los dos se levantó. Aún tenía un huevo en la mano.

—No teníamos la intención de hacer ningún daño, sheriff Rowe.

—Pues eso es justo lo que habéis hecho, Tommy. ¿No sois un poco mayorcitos para seguir jugando como unos críos?

Los dos chicos, que eran hermanos, agacharon la cabeza.

—¿Qué dirá vuestro padre de todo esto? ¿Tommy? ¿Josh?

Ninguno de los dos habló.

Graham dio un paso hacia ellos, dispuesto a soltarles su habitual reprimenda destinada a los gamberros reincidentes —la típica charla de hombre a hombre—, cuando oyó que lo llamaban desde la radio de su coche patrulla. Graham exhaló un sonoro suspiro.

—Largaos de aquí los dos. Si os vuelvo a pillar causando problemas de nuevo, os meto en una jaula con un cocodrilo hambriento. ¿Está claro?

—Sí, señor, sheriff.

—Sí, sheriff.

—Muy bien. Ahora, largaos.

Los hermanos bajaron la ladera a la carrera y desaparecieron de su vista.

Graham oyó que la radio chirriaba de nuevo su nombre. Aquella maldita radio era un viejo trasto. Tenía más estática que un suéter barato o una alfombra de poliéster. Graham medio corrió hasta el coche y cogió el micro.

—Aquí el sheriff Rowe. ¿Qué pasa?

La voz de su ayudante apenas se entendía a través del altavoz.

—Le ha llamado la señora Cassler, del Pacific International Hotel.

—¿Y?

—Quiere que vaya allí de inmediato.

—¿Qué pasa?

—Dice que tiene las fichas de los pasaportes que usted buscaba.

Graham ya había puesto el coche en marcha. Ahora conectó la sirena y pisó a fondo el acelerador.

—Dile que voy de camino.

El asesino permaneció junto al cuerpo inmóvil de Judy Simmons. La primera arma asesina había sido un revólver. La segunda, una hoja afilada. Y ahora, la tercera iba a ser... el fuego.

La respiración de Judy era tranquila. Tenía los ojos cerrados, y casi parecía estar durmiendo. Su pecho bajaba y subía como si estuviese profundamente dormida, pero su cuerpo estaba inmóvil... Sí, demasiado inmóvil. Un pequeño charco de sangre se había formado en el suelo cerca de su nuca, donde la había golpeado con un busto de bronce de Keats. Tanta violencia procedente de un espíritu nada violento... Aquello entristecía al asesino.

«Tengo que moverme rápido, tengo que librarme de todas las pruebas. Pero

¿cómo? ¿Cómo me aseguro de que nadie lea ninguno de los diarios de Judy o vea ninguna de sus viejas fotos? ¿Cómo la silencio para siempre?».».

La respuesta era casi demasiado sencilla.

Fuego.

Había rociado con gasolina el pequeño estudio y el cuerpo de Judy. Había dejado papeles sueltos en lugares estratégicos. Ni mucha gasolina, ni muchos papeles. Hasta ese momento, todo iba bien, pero no debía descuidarse, tenía que valorar cada detalle.

Cuando entró en la casa, todo había ido mucho mejor de lo esperado. Judy lo condujo por el angosto pasillo, adornado con láminas de Chagall, Dalí e incluso McKnight. Y al llegar al final del pasillo y entrar en el estudio abarrotado, Judy cometió un error fatal.

Le dio la espalda.

Fue todo lo que el asesino necesitaba. El busto de Keats estaba sobre su propio podio, junto a la puerta del estudio. El busto de bronce era muy pesado y costó levantarlo, pero en cuanto el asesino consiguió blandirlo en el aire, bajó con toda facilidad contra el cráneo de Judy y la golpeó con un golpe sordo. Un sonido repugnante. Su cuerpo se dobló sobre sí mismo, antes de desplomarse en el suelo.

El asesino echó una ojeada. Judy siempre había guardado sus diarios en aquel estudio, unos diarios peligrosos que databan de hacía algo más de treinta años. No había ninguna necesidad de revisarlos ni de leerlos. Judy mantenía todos los documentos importantes en aquel estudio. Una vez destruidos, una vez consumidos por las llamas junto con la autora de aquellas páginas, no quedaría ninguna prueba. Nadie sería capaz de relacionar el pasado con el presente. Y todo el mundo volvería a estar a salvo.

Una ráfaga helada enfrió la habitación y le susurró el aviso de que estaba pasando algo por alto: el pasado no quedaría atrás con tanta facilidad.

Por fortuna, aquel estremecedor susurro desapareció enseguida.

El asesino frunció el ceño mientras pensaba. Los inspectores de incendios sin

duda acabarían por deducir que aquello no era un accidente, que el combustible había desempeñado un papel clave en la propagación del fuego y que desde luego se trataba de un caso de incendio provocado.

Pero para entonces, el rastro se habría enfriado. La nieve habría cubierto la huella dejada por el enorme bidón de combustible al ser arrastrado, el coche de alquiler habría sido devuelto, y el asesino (ahora pirómano) habría desaparecido sin dejar atrás ni el más mínimo rastro.

Perfecto. Todo era perfecto.

Pero ¿por qué volvía a llorar?

¿Por qué había tenido que suceder todo de aquella forma? Incluso cuando cerraba los ojos, la imagen del cuerpo ensangrentado de Judy reaparecía una y otra vez delante del asesino. Eso significaba que tendría pesadillas durante mucho tiempo. Pobre Judy... La dulce y cariñosa Judy. ¿Por qué había tomado aquella decisión? Podría haber dejado el pasado atrás, olvidarse de todo y dejarlo correr. Pero no, Judy tenía que removerlo todo de nuevo y despertar al monstruo que yacía dormido en el recuerdo para que volviera hasta ellos con una sed de venganza feroz. Y ahora solo había una manera de satisfacer su creciente deseo.

—Adiós, Judy.

Con una mano apartó una lágrima, buscó la caja de cerillas, encendió una y... De pronto, llamaron a la puerta.

El corazón del asesino latió con fuerza y le dejó sin respiración. El miedo apareció con sorprendente velocidad.

«¡Oh, Dios! ¿Y ahora qué? ¡¿Ahora qué?!».

La llama empezó a consumir la cerilla.

Fuego.

Llamaron de nuevo. ¿Quién? ¿Quién puede ser...? La llama se acercó a los dedos del asesino, demasiado cerca... Con un pequeño grito de dolor, soltó la cerilla, que cayó sobre el montón de papeles arrugados.

Las llamas prendieron y comenzaron a consumir el montón de periódicos más cercano. Las páginas se curvaron hacia dentro a medida que se volvían negras.

Había cruzado el punto sin retorno. Ahora no había vuelta atrás.

«¡Sal de aquí! —dijo una voz en su interior cuando llamaron de nuevo a la puerta, esta vez con más urgencia—. ¡Sal de aquí ya!

»Pero, supón que...».

Sus piernas descartaron la duda. Corrieron fuera del estudio con loca desesperación. El asesino cerró la puerta del estudio y atrapó a Judy y al fuego mortal en una pequeña zona. Las llamas comenzaron a crecer y a propagarse.

Mientras se abría la puerta de atrás, una voz desde la entrada gritó el nombre de Judy, una voz conocida, una voz terriblemente conocida...

La puerta principal se abrió poco a poco.

Laura cruzó el umbral y entró en el pequeño recibidor. La casa estaba a oscuras, el sol había desaparecido del todo durante la última media hora. La luz de una solitaria farola apenas iluminaba el pasillo. La mirada de Laura fue de izquierda a derecha, sin saber muy bien qué buscaba.

Allí no había nadie, todo estaba en silencio.

—¿Tía Judy? —llamó, pero siguió sin recibir respuesta.

Laura dio otro paso adelante, y entonces percibió aquel extraño olor. Un olor acre, amargo... A gasolina, aceite o algo así. Tenía que proceder del garaje. Aunque el olor era muy fuerte. Demasiado fuerte. Casi abrumador... De hecho, era un olor de aceite o combustible, no olía a gasolinera o a taller de coches. Allí había algo más... Como si algo estuviera... quemándose.

El olor hizo que Laura se sintiese enferma. Su mano rozó la pared hasta que encontró el interruptor. Lo apretó. Las luces iluminaron el cuarto y la sorprendieron. Se cubrió los ojos para protegerlos del fuerte resplandor. Cuando por fin pudo bajar la mano y mirar hacia la parte trasera de la casa, vio que salía humo por debajo de la puerta del estudio.

«¡Oh, Dios, no!».

Laura corrió hacia el estudio. El humo comenzaba a ser más espeso, subía

hacia el techo en largas espirales negras. Llegó a la puerta y apoyó la mano en la madera. La tocó.

La puerta estaba caliente.

«Sal de aquí, Laura. Sal y llama a los bomberos. Judy no está en casa. Salió y se dejó la plancha conectada o algo así. ¡Sal de aquí ahora mismo!».

Laura oyó el crepitar del fuego detrás de la puerta.

«Sal de aquí. Vete antes de que el fuego reviente la puerta».

El humo empezaba a rodearla. Laura se protegió los ojos con una mano y comenzó a retroceder hacia la salida.

«Sal cuanto antes...».

Estaba a punto de darse la vuelta y correr al exterior, cuando un sonido atravesó la puerta del estudio. Se quedó inmóvil. Los latidos de su corazón eran como martillazos en el pecho. El terrible sonido se repitió, esta vez un poco más fuerte.

Alguien estaba tosiendo.

Laura sintió que una ráfaga helada atravesaba todo su cuerpo.

Había alguien detrás de la puerta. Alguien estaba atrapado en el estudio.

Sin pensárselo dos veces, Laura entró en acción. Su mano buscó el pomo, lo giró y abrió la puerta. Una nube de espeso humo negro salió por la abertura buscando una salida. Laura se tiró al suelo y rodó hacia un lado. Oyó la tos de nuevo, una tos femenina, aunque esta vez era más como un horrible sonido ahogado.

Laura se incorporó y se acercó otra vez a la puerta. El humo lo llenaba todo, le cegaba los ojos y la hacía lagrimear. Se cubrió la boca con la manga, entró en el estudio y... se encontró a tía Judy en el suelo.

«Oh, Dios mío...».

Laura se agachó. Abrió la boca para hablar, pero el humo se coló por su garganta y la silenció. Judy la miró con ojos suplicantes, todavía tosiendo de forma incontrolada. Una mancha de sangre apelmazaba su pelo. Laura sintió que

Judy le ponía algo en la mano y apretaba los dedos de Laura para que cerrase el puño.

—Cógelo... —susurró Judy con voz ronca.

Laura guardó lo que le había dado en su bolsillo y se arrodilló junto a su tía. Ahora volvía a estar inconsciente, y respiraba a duras penas. La cogió por un brazo y comenzó a tirar. El fuego continuaba limitado a una esquina del estudio, pero ganaba fuerza a un paso lento y regular. Los papeles crepitaban con las llamas. Una silla comenzó a deshacerse.

Entonces el fuego llegó al bidón de gasolina.

Sin previo aviso, la esquina de la habitación estalló en llamas, y el fuego comenzó a ganar terreno por la alfombra.

Las llamas cruzaron el suelo con rapidez y comenzaron a consumir las cortinas. Entonces Laura se dio cuenta de algo más, algo que la hizo tirar con más fuerza.

«¡Oh, Dios, oh, no!».

Judy estaba empapada en gasolina. Y las llamas corrían hacia ella.

Tenía que moverse rápido. Tenía que sacarla de allí antes de que...

El humo le impedía ver nada, pero Laura sabía que el incendio no descansaría hasta haber reclamado a su presa. Las llamas se apoderaron de la mesa, los libros y las sillas. Ella continuó arrastrando a Judy centímetro a centímetro, pero no conseguía moverla lo bastante rápido. El fuego la estaba venciendo, y las llamas se acercaban cada vez más rápido...

... Hasta que alcanzaron a su tía.

Se oyó un breve y horrible alarido cuando el fuego se propagó por el torso de Judy. El horror se apoderó de Laura. Tiró de su brazo con más fuerza. Comenzaron a moverse más rápido.

Solo estaban a un paso de la puerta del estudio cuando, de pronto, Laura tropezó con el busto de bronce de Keats. Perdió el equilibrio y cayó hacia un lado. Sus manos intentaron amortiguar la caída, pero no se movieron lo bastante

rápido. Su cabeza golpeó contra el marco y el dolor le atravesó el cráneo. Empezó a marearse.

«¡Levántate, Laura! —se dijo sin apenas ver nada—. ¡Tienes que levantarte y sacar a Judy de aquí!».

Sentía como si alguien le pisotease la garganta. Ahora el humo negro lo llenaba todo. Jadeó en busca de aire y consiguió incorporarse. Las llamas ya lamían sus pies. El dolor en la cabeza era insoportable. Sus miembros parecían grandes trozos de plomo.

«Tengo que moverme... Tengo que sacarla de aquí...».

Se arrastró poco a poco y consiguió llegar hasta Judy. De pronto, el dolor pareció desaparecer, apenas podía ya respirar... Y Laura dejó de moverse. Sus ojos dejaron de ver. No llegó a darle la mano a Judy.

En el mismo momento en que Laura perdía el conocimiento y se desplomaba en el suelo, un brazo poderoso la rodeó por la cintura y la levantó.

Los turistas la consideraron una oportunidad de oro para hacerse una foto única. Allí, en el vestíbulo del Pacific Internacional Hotel, un sheriff gigantesco cruzaba la puerta principal a toda velocidad, casi destrozando el cristal. Graham saltó sobre las maletas, esquivó con destreza a los huéspedes del hotel y corrió a través del suelo de gres. Sin detenerse, giró a la izquierda al llegar al mostrador del recepcionista, y corrió otros veinte metros antes de llegar a una puerta en la que un rótulo anunciaba que se trataba del despacho del director general. Sujetó el pomo, sin molestarse en llamar, y lo giró.

—¿Dónde está?

Gina Cassler lo miró desde su mesa.

—Dios bendito, Graham, estás sin aliento.

El sheriff respiró, agitado.

—No importa —consiguió decir—. ¿Dónde están las fichas de los pasaportes?

Ella negó con la cabeza.

—Están en el archivador. ¿Quieres sentarte y relajarte un poco?

Graham se dejó caer en una silla como un globo pinchado.

—Gracias. Dámelas, Gina... Hoy estás muy guapa.

Gina sonrió, sacó una llave y abrió el archivador detrás de ella.

—Quería guardarlas a buen recaudo para ti.

—Te lo agradezco.

Su mano buscó dentro del archivador.

—¿Puedo ofrecerte algo de beber, Graham?

—Tal vez luego, gracias.

Gina sujetó un sobre de gran tamaño y lo sacó del archivador.

—Aquí las tienes —dijo.

—¿Ya las has mirado?

—¿Mirado? —repitió Gina, al tiempo que le arrojaba el sobre por encima de la mesa—. ¿Para qué? Ni siquiera sé lo que estás buscando.

Graham asintió satisfecho. Cogió el sobre y lo abrió.

—¿Tuviste algún problema para conseguir las?

—Ninguno.

—¿Nadie te preguntó por qué necesitabas esta información?

—Les dije que llevo unos archivos impecables, pero que un miembro de mi personal se había equivocado al introducir algunos datos.

Graham paseó la vista por el desordenado despacho.

—¿Se lo creyeron?

Ella asintió.

—Qué suerte tienes de que nunca hayan visto tu despacho.

El sheriff sonrió, sacó las fichas de los pasaportes del sobre, y comenzó a clasificarlas. Apiló a un lado las estadounidenses.

—¿Qué quieres tomar, Graham?

—Un whisky no estaría mal —respondió el sheriff sin mirarla.

Gina buscó en el mismo archivador y sacó una botella. Sirvió la bebida en dos vasos pequeños y dejó uno en el lado de la mesa que ocupaba Graham. Él seguía buscando desesperadamente.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Gina.

Graham negó con la cabeza y continuó buscando entre los pasaportes. Cuando acabó, recogió la pila que había separado. Las leyó una a una. En la esquina superior de cada tarjeta, el recepcionista había apuntado el número de la habitación. Los nombres y las direcciones estaban debajo, seguidos de la nacionalidad (la mayoría de los estadounidenses solo escribían «USA»), el número de pasaporte, la fecha de expedición y el lugar donde había sido expedido. Cuando encontró la tarjeta de la habitación 607, miró la dirección. Boston, Massachusetts. Luego leyó el nombre. Un martillo golpeó el corazón de Graham. Releyó el nombre.

—¡Dios bendito...!

—¿Graham, estás bien?

Las otras tarjetas se escaparon de sus manos y cayeron al suelo. Graham cogió el vaso que tenía delante y se bebió el contenido de un solo trago.

—Mary Ayars —dijo—. La madre de Laura.

El doctor Eric Clarich vivía en Hamilton, Nueva York, desde que tenía tres años. Había asistido a la Escuela Elemental John Quincy Adams, al Instituto Heritage Junior, al Instituto Hamilton y a la Universidad Colgate. De hecho, la única vez que había vivido un tiempo fuera del gélido Hamilton fue mientras estudiaba Medicina en Cornell. Incluso la residencia y el internado los había hecho en un hospital próximo a la casa donde había pasado su infancia, adolescencia y años de facultad.

Eric era lo que los estudiantes llamarían un pueblerino. Mucha gente afirmaba que su devoción e incluso obsesión por Hamilton era peligrosa. Incluso insinuaban que la falta de contacto del doctor Eric Clarich con el mundo exterior hacía que su visión fuese un tanto miope o poco refinada. Quizá fuera cierto. Pero a Eric no le preocupaba gran cosa. Su vida estaba allí. Delta, su novia del instituto y ahora su esposa, estaba embarazada de su segundo hijo. Su nueva y creciente clientela iba bien. La vida le iba bien, y gozaba de estabilidad. Incluso se comentaba que iba a presentarse a alcalde al año siguiente.

—¿No es la famosa modelo? —le preguntó una de las enfermeras.

Eric asintió con expresión solemne. Acababan de llevar a dos mujeres a la sala de urgencias. A una la reconoció, y a la otra la conocía muy bien. También sabía que las dos mujeres estaban emparentadas, la más joven era la sobrina de la mayor.

Eric conocía a la profesora Judy Simmons desde hacía más de una década. Aquella mujer había llevado a Shakespeare a la vida del joven Eric Clarich cuando apenas era un inquieto estudiante. Le había ofrecido visiones y

reflexiones que él nunca hubiera imaginado, como el resto de los afortunados alumnos que habían sido seleccionados para asistir a sus clases. Judy se enorgullecía de ser muy accesible para sus estudiantes, y Eric se había aprovechado a fondo de ello. Nunca olvidaría las horas que habían pasado conversando con ella mientras tomaban un té, tanto en su despacho de la facultad como en el estudio de su casa. Ahora, por lo que le habían dicho, aquel estudio y, en realidad, toda su casa, no eran más que un montón de cenizas.

Los recuerdos pasaron por la mente de Eric como un rayo fugaz. La profesora Judy Simmons había escrito una excelente recomendación a la Facultad de Medicina de Cornell describiendo a Eric como un «auténtico hombre del Renacimiento». Describir a alguien como un hombre renacentista, le explicó ella, era el máximo cumplido. Muchos futuros doctores podrían decir que tenían un profundo conocimiento de la ciencia, pero ¿cuántos podían combinar aquel conocimiento con un gran amor por la literatura y las artes? Eso, había resumido en su carta, era lo que llevaba a Eric Clarich, su estudiante y amigo, a sobresalir sobre el resto.

Eric respiró hondo y continuó trabajando. ¿Cómo describiría él a la brillante profesora Simmons? ¿Podía afirmar que era una verdadera mujer del Renacimiento? Tal vez. Sin embargo, Judy siempre había sido un tanto enigmática para Eric. Nunca comprendió por qué no se había casado, por qué no salía más o por qué no parecía tener amigos íntimos. Solo se había atrevido a abordar el asunto con ella en una ocasión, y Judy se limitó a comentar en un tono jocoso que sus relaciones con los hombres eran dignos de una novela de Dickens. Fuera como fuese, su actitud hacia ella misma y el mundo era un tanto excéntrica. Para el observador despreocupado, Judy Simmons era una mujer hermosa y alegre, pero, más allá de aquella fachada, Eric la veía como un solitario personaje de ojos tristes de una novela gótica; una novela gótica que probablemente le encantaría a la propia Judy. Ahora, Eric sabía que aquella novela había tenido un final trágico.

Porque Judy Simmons estaba muerta.

Eric contempló el cuerpo carbonizado y magullado de su amiga, y rogó por que hubiese muerto rápidamente. Por que no hubiese vivido lo suficiente como para sentir cómo se quemaban sus terminaciones nerviosas, por que no hubiese conocido la agonía de ver cómo su piel se fundía en gruesos trozos de tejido grasoso... Rogó por que, al caer sobre ella, los escombros hubiesen dejado a Judy inconsciente antes de que las llamas tuviesen la oportunidad de envolver su cuerpo y devorar su carne.

Muerta. Otra tragedia para una familia que debería haberlo tenido todo. Primero, David Baskin. Ahora, aquello. Dos cuerpos preciosos destruidos por dos de los elementos puros de la tierra. El agua había reclamado a David Baskin. El fuego se había llevado a Judy Simmons.

—Más oxígeno —le ordenó a la enfermera.

—Sí, doctor.

Eric volvió su atención hacia su paciente más joven.

Laura Ayars-Baskin, la famosa y bella sobrina de Judy, yacía en la camilla de la pequeña sala de urgencias. Volvió a controlarle el pulso y le puso un poco más de pomada en una de las quemaduras. Laura se recuperaría si recibía los cuidados correctos y descansaba. Era un auténtico milagro. Hacía tan solo quince minutos, yacía inconsciente en medio de un horrible incendio. Por uno de esos caprichos del destino, alguien había pasado por allí en aquel momento, alguien muy valiente que había entrado y, de alguna manera, había conseguido sacar a las dos mujeres de la casa incendiada. Aquel hombre valiente había llamado al hospital, y el servicio de urgencias había enviado una ambulancia de inmediato, pero, cuando el vehículo llegó, el misterioso héroe había desaparecido. Algo muy extraño. Cualquiera en su lugar habría llamado a las emisoras de radio locales para que lo entrevistasen en las noticias de las once. Pero aquel héroe había decidido largarse y desaparecer sin más.

—¿Ya tiene los números de emergencia de su familia?

—Sí, doctor. Aquí están, en su agenda.

—Démela. —La enfermera rubia le entregó los números de teléfono—.

Llámeme si pasa algo.

—Sí, doctor.

Eric Clarich se dirigió al teléfono del pasillo.

Apretó el nueve para tener línea, esperó el tono, y marcó el número de los padres de Laura. Después de cuatro tonos de llamada, apareció el contestador automático y le informó de que llamaba a casa de los Ayars. Eric dejó un mensaje y colgó.

«Maldita sea».

Consultó su reloj. Eran casi las siete y media. Incluso si conseguía hablar con los padres, Boston estaba a más de cinco horas de aquí. Quizá más con aquel tiempo. Buscó en la agenda de Laura y encontró el número del despacho de su padre. Bingo, era médico. Era muy probable que el doctor James Ayars aún estuviese en su consultorio en el Boston Memorial Hospital. Valía la pena intentarlo. Eric marcó el número. La recepcionista atendió al segundo tono.

—Boston Memorial, dígame.

—¿Puedo hablar con el doctor James Ayars, por favor?

—¿De parte de quién?

—Soy el doctor Eric Clarich. Es una emergencia.

—Por favor, espere.

Un minuto más tarde, atendieron el teléfono.

—Soy James Ayars. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Doctor Ayars, soy el doctor Clarich del Hospital Saint Catherine's de Hamilton, Nueva York.

—¿Sí?

—Tengo una mala noticia.

La voz al otro lado del teléfono permaneció firme y autoritaria.

—Escucho.

—Se ha producido un incendio en la casa de su cuñada. Su hija ha resultado herida...

—¡Herida! —gritó James—. ¿Está bien?

—Se recuperará, doctor Ayars. Ha sufrido algunas quemaduras y la estamos tratando por inhalación de humo. Su cuñada, sin embargo, no ha sido tan afortunada. Lamento comunicarle que Judy Simmons ha fallecido.

Se hizo un silencio pesado, espeso.

—¿Muerta? —preguntó Ayars en voz baja—. ¿Judy?

—Eso me temo.

—Co... cogeré el primer vuelo que encuentre. Llamaré a mi esposa a casa...

—Acabo de llamar a su casa, doctor. No respondía nadie, y por eso he llamado aquí.

Una vez más, sobrevino el silencio. Cuando James habló de nuevo, su voz carecía de emoción alguna.

—¿Está seguro?

—Saltó el contestador automático.

—Dios bendito...

—¿Doctor Ayars?

—Llegaré allí tan pronto como pueda, doctor Clarich. Por favor, avise a mi hija de que voy de camino.

James colgó el teléfono con mano temblorosa. Su pierna derecha se sacudía igual que la de su hija.

Laura había sufrido quemaduras y Judy estaba muerta...

Cogió el teléfono y llamó a casa. Oyó el primer timbrado.

«Por favor, responde, Mary. Por favor, tienes que estar en casa».

Pero después del cuarto tono, una vez más apareció el contestador automático. James cerró los ojos y esperó impaciente el pitido. Cuando lo oyó, habló con voz calma y controlada.

—Mary, se ha producido un incendio en casa de Judy. Laura ha resultado herida, pero se pondrá bien. Estoy a punto de salir para coger un vuelo. Haz lo mismo cuando llegues. Está en el Hospital Saint Catherine's, en Hamilton.

Era mejor no decirle nada de la muerte de Judy. Eso solo la asustaría. James colgó el teléfono. Allí había algo extraño. Mary siempre estaba en casa a esas horas y, en las contadas ocasiones en que iba a llegar tarde, le dejaba un mensaje para que él no se preocupase. Pero aquel día no. Por primera vez desde que James tenía recuerdo, su esposa se había olvidado de dejarle un mensaje.

«Tal vez estuviera en la ducha. Tal vez haya salido para comprar algo de comer o recoger algo en la farmacia... Quizá no sea más que eso».

James quería creerlo, quería de verdad convencerse de que Mary solo estaba a la vuelta de la esquina o regresando de la tienda, del salón de belleza...

Pero tal vez estaba en... Hamilton, Nueva York...

James sintió que se le aflojaban las rodillas.

«Oh, Dios, no. Por favor, dime que no... Quizá Mary había ido a visitar a su hermana para charlar con ella. Sí, una bonita y agradable charla...».

¿Podía Judy haber sido tan ingenua? ¿Le habría dicho algo a Mary? James estaba seguro de que la respuesta a esas preguntas era la misma: no. Judy nunca le diría a Mary lo que sospechaba, nunca le diría nada a nadie hasta estar segura de que era la verdad.

«Entonces ¿qué estaba haciendo Laura allí, James? ¿Solo una simple visita al campus de Colgate? Demasiada casualidad».

En su rostro apareció un rastro de temor. Hamilton estaba a cinco horas largas en coche desde Boston. Y si decidía viajar en avión, con aquella nevada también podían pasar unas cuantas horas. El tiempo era ahora decisivo. Tenía que llegar al hospital lo antes posible, tenía que proteger a su hija antes de que todo el mundo se desmoronase a su alrededor.

«Si le ocurre algo malo a Laura... Oh, Dios, si le ocurriera algo malo a mi niña...».

James Ayars decidió no acabar aquella frase.

Laura tenía la sensación de que sus párpados pesaban como el plomo. Forcejeó

con ellos hasta que consiguió abrirlos. Una luz brilló en sus ojos, y le hizo imposible ver nada más allá del brillante blanco. Por fortuna, la luz se apartó y, poco a poco, consiguió enfocar su visión. Miró la pulcra habitación en la que estaba, y los asépticos olores de la estancia la hicieron temblar. Casi de inmediato, comprendió dónde estaba.

—¿Señora Baskin?

Laura tenía la sensación de que la lengua se le había pegado al fondo de la boca.

—¿Sí?

—Soy el doctor Eric Clarich —dijo el hombre que estaba a su lado—. Se encuentra usted en el hospital de Saint Catherine's, en Hamilton, Nueva York. ¿Recuerda lo que le ha pasado?

La mirada de Laura enfocó el rostro sin afeitar del joven médico. Sus ojos castaños y enrojecidos la miraban con una preocupación y una madurez impropias de su edad.

—Fuego —consiguió decir Laura.

—Sí, hubo un incendio —le aclaró Eric—. Ha sufrido usted unas leves quemaduras, pero se recuperará.

Laura solo pronunció dos palabras.

—¿Tía Judy?

Al ver que el doctor bajaba la mirada, sintió una punzada en el estómago. El miedo recorrió todo el cuerpo como un latigazo.

—Judy Simmons ha fallecido —respondió Eric—. Lo siento mucho. Apreciaba muchísimo a su tía. Éramos buenos amigos.

La cabeza de Laura se hundió un poco más en la almohada. Miró al techo. Sus párpados se abrían y cerraban espasmódicamente. La tía Judy estaba muerta. Había fallecido en el incendio. Laura intentó recordar sus últimos momentos con su tía, la mirada de desesperación que había en sus ojos mientras el fuego se acercaba más y más. También recordaba haber tropezado con algo, el golpe en la cabeza, su intento de coger a Judy, y entonces... la oscuridad.

—¿Cómo me rescataron? —preguntó Laura.

El doctor esbozó una leve sonrisa.

—Eso es un tanto misterioso. Un hombre las sacó a ambas del fuego. Para la profesora Simmons, por desgracia, fue demasiado tarde.

—¿Quién era ese hombre?

—No lo sabemos —respondió Eric—. Llamó a urgencias y, después, desapareció.

—¿Desapareció?

—A mí también me pareció un tanto extraño.

Laura intentó concentrarse a pesar de la profunda tristeza que sentía. Estaba segura de que el incendio no había sido un accidente. Alguien lo había provocado. Alguien había dejado inconsciente a la pobre Judy y había rociado su estudio con un líquido inflamable. Alguien había provocado aquel incendio con intención de matar a Judy Simmons. Pero ¿quién?

La misma persona que asesinó a David.

Laura asintió al pensarlo. Aquello era sin duda obra del asesino de David. De alguna manera, su tía Judy se había enterado de la verdad que había detrás de la muerte de David, y lo había pagado con su vida. Pero ¿por qué un incendio, sobre todo cuando una sencilla investigación demostraría que había sido provocado? ¿Por qué no utilizar un revólver o un puñal...? ¿Por qué tomarse la molestia de quemar la casa de Judy si solo querían silenciarla a ella...?

«... No, no la casa, sino el estudio».

Laura sintió que un escalofrío recorría su espalda. El estudio... El incendio había comenzado en el estudio...

—Acabo de hablar con su padre —continuó Eric Clarich, que la sacó de su ensimismamiento—. Viene de camino. Llegará aquí dentro de un par de horas.

—Gracias, doctor. ¿Cuándo...? ¿Cuándo podré salir de aquí?

Eric sonrió y cogió un folio.

—Ya hablaremos de eso más tarde, ¿vale? Ahora tiene que dormir un poco y recuperar fuerzas.

Laura cerró los ojos, aunque sabía que no lograría conciliar el sueño. Se sentía asustada y muy sola; una aficionada impotente frente a unos despiadados asesinos capaces de quemar viva a una mujer. ¿Qué posibilidades tenía? En realidad, ninguna... O muy pocas. ¿Qué se suponía que debía hacer a continuación? Judy estaba muerta, silenciada antes de tener la oportunidad de decirle a Laura lo que había descubierto. ¿Qué había averiguado Judy que le había costado la vida? ¿Qué había querido contarle cuando...?

«... Debo mostrarte algo, Laura...».

Sus ojos se abrieron de nuevo.

«... Debo mostrarte algo...».

—¿Doctor Clarich?

«... Cógelo...».

Eric dejó de escribir y la miró.

—¿Sí, señora Baskin?

Laura notó la boca muy seca.

—¿Dónde están mis objetos personales?

—Están en una bolsa de plástico, en su armario.

Las llamas casi las habían alcanzado. Laura aún podía sentir cómo Judy ponía algo en su mano y la obligaba a guardarse los objetos, mientras el fuego se movía alrededor de ellas.

—¿Podría hacer el favor de acercármela?

El doctor lanzó un profundo suspiro.

—De verdad que debería descansar. El jefe de bomberos querrá hablar con usted más tarde.

—Lo haré —prometió Laura—. Solo necesito mis cosas un momento.

Eric captó la desesperación en su voz.

—De acuerdo. Pero luego quiero que descanse.

Laura asintió con ansia. Observó cómo el doctor Clarich se acercaba al armario. Pasaron los segundos.

«¿Qué me has dado, tía Judy? ¿Qué era tan importante como para que ni

siquiera tu inminente muerte te impidiera dármele?».

Eric abrió el armario, se agachó y se dio la vuelta con una bolsa de plástico rojo que llevaba el rótulo de SALA DE URGENCIAS. Laura intentó sentarse, pero cada movimiento era una tortura: el dolor de las quemaduras le hacía ver las estrellas. Por unos segundos, pensó en lo cerca que había estado de arder viva, y se preguntó de nuevo por el misterioso hombre que le había salvado la vida.

El doctor Clarich volvió junto a la cama.

—Aquí tiene. Ahora la dejaré sola.

—Muchas gracias, doctor.

Él le sonrió con amabilidad y salió de la habitación.

Cuando se cerró la puerta y Laura se quedó completamente a solas, abrió la bolsa de plástico y comenzó a rebuscar en ella.

«Una pista, tía Judy. ¿Salvaste una pista para mí del incendio que acabó con tu vida?».

Lo primero que vio fue la etiqueta de Svengali en su blusa rota y un tanto chamuscada. Parte de la manga y la espalda estaban negras. Los hilos de algodón y seda se retorcían, irreconocibles. Encontró el resto de sus prendas, su cartera, el billetero, los zapatos y las llaves del coche. Luego encontró uno de los dos objetos que Judy le había dado.

Un juego de llaves.

La desilusión echó por tierra las esperanzas de Laura. ¿Por qué le habría dado Judy un manojo de llaves? ¿Qué podía significar aquello? Había cuatro llaves en aquel llavero. Laura identificó la llave de la casa de Judy. Las otras dos eran del coche, pero no tenía idea de lo que podía abrir la cuarta.

¿Por qué Judy le había dado un maldito juego de llaves?

Quizá su tía estuviera demasiado confusa en aquellos momentos y solo intentaba que la llevara al coche para escapar del incendio.

«No vas bien, Laura. ¿Se te ocurre algo mejor?».

Dejó las llaves a un lado y volvió a buscar en el interior de la bolsa de plástico

rojo. Palpó un trozo de papel grueso, o tal vez era un trozo de cartón fino. Lo notó agrietado y viejo. Lo extrajo con cuidado y lo miró.

Era una foto.

Laura entrecerró los ojos. La fotografía era en blanco y negro. Su madre tenía un montón de fotos parecidas a esa, pero era obvio que aquella había sido muy manoseada. Unas manchas de color marrón salpicaban la vieja foto. Pero a Laura no le interesaban los aspectos técnicos de aquella fotografía, sino su contenido.

La foto mostraba a una feliz pareja que se miraba amorosamente a los ojos. Los brazos del hombre rodeaban con pasión la cintura de la chica. Y esa chica era Judy. No podía tener más de veinte años. «Qué feliz parece», pensó Laura. Su rostro resplandecía de una forma que Laura no había visto jamás. Y no era solo el resplandor de la juventud. Allí había amor, verdadero amor.

Laura centró su atención en el hombre en la foto. Sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Apenas tardó unos segundos en descifrar la imposible verdad. Cuando reconoció el rostro del hombre, cuando estuvo del todo segura de quién era, sintió unos deseos tremendos de gritar. Aquel hombre de la foto sonreía con picardía a la joven y bonita Judy. Su pelo estaba alborotado, su rostro fuerte y apuesto como... Como el de su hijo menor.

La cabeza comenzó a darle vueltas. Ese hombre era el padre de David. El padre de David, que se había suicidado hacía treinta años. Y Sinclair Baskin y Judy se sujetaban el uno al otro en un apasionado abrazo.

La foto cayó de la mano de Laura. Aquella era la última pista de Judy. Con la muerte acechándola, con las llamas cerniéndose sobre ella, aquella foto había sido el último y desesperado esfuerzo de su tía para contarle a Laura la verdad de lo que le había pasado a David, de por qué lo habían matado.

Pero ¿qué significaba? ¿Qué significaba exactamente? —¡Dese prisa, maldita sea!

—Oiga, amigo, ya voy demasiado rápido. ¿Usted también quiere acabar en el hospital?

James se echó hacia atrás.

—Lo siento... Es que...

—Lo sé, lo sé —lo interrumpió el taxista—, su hija está en el hospital de Hamilton. Yo también tengo hijos, ¿sabe? Comprendo lo que siente.

James respiró hondo varias veces, intentando tranquilizarse.

—¿Cuánto falta?

—Cinco minutos. Si tenemos en cuenta el mal tiempo que hace, yo diría que vamos muy bien. Desde el aeropuerto a Hamilton en media hora. Podría ser todo un récord.

—¿Y no podría ir un poco más rápido, por favor?

—No es necesario —respondió el taxista—. Ya hemos llegado.

James le arrojó al taxista un billete de cincuenta dólares.

—Gracias.

—¡Gracias a usted, amigo! Espero que su hija se mejore.

James bajó del coche y corrió al interior del hospital.

El corazón le latía a toda prisa. Los treinta minutos de viaje desde el aeropuerto hasta el Saint Catherine's le habían parecido semanas.

«Laura está bien —se recordó a sí mismo—. Ya has oído al doctor. Solo unas pocas quemaduras e inhalación de humo. Nada que un poco de descanso no pueda curar».

James se encargaría de que descansase. Oh, sí, montaría guardia a su lado veinticuatro horas al día si fuera necesario, pero no permitiría que nadie volviese a hacerle daño a su pequeña. Nadie. Nunca más.

Cruzó el vestíbulo de urgencias como una exhalación. Los hospitales eran un territorio conocido para él. No tardó en encontrar a la encargada de admisiones, y le preguntó por la habitación de su hija.

—Por el pasillo y a la derecha —respondió la joven—. Habitación 117. Creo que el doctor Clarich está con ella ahora.

James recorrió el pasillo a toda prisa. Llegó a la esquina y tomó el corredor a la derecha. Las piernas lo propulsaban con una sorprendente velocidad... Y entonces se quedó inmóvil. Su corazón dio un brinco en su pecho.

«Oh, no...».

Al final de aquel pasillo, a solo unos pasos de la puerta de la habitación de Laura, su esposa estaba derrumbada en una silla de plástico. Mary parecía tan pequeña y frágil... Se la veía pálida y atormentada.

—¿Mary?

Movió la cabeza poco a poco hacia aquella voz conocida.

—Oh, James...

«¿Cómo ha llegado tan deprisa? Cómo...».

Mary se levantó y corrió hacia su marido. Toda ella parecía temblar. James, en cambio, se movió hacia delante titubeando un poco, casi como si tuviese miedo de acercarse demasiado a ella.

«Ella había estado allí todo el tiempo. Estaba en Colgate».

—Llamé al contestador automático y oí tu mensaje —le explicó Mary con voz débil—. Llegué aquí tan pronto como pude.

«¿Y tardó menos de tres horas? Para que después el tipo del taxi hablara de batir récords de velocidad».

—¿Dónde está el médico? —preguntó James, que intentó con todas sus fuerzas mostrarse como siempre, tranquilo y controlado.

—Está con Laura. Ha dicho que se recuperará. —Mary comenzó a llorar—. Oh, James, dime que no es verdad, que no es Judy. No puede estar muerta. No puede ser...

James la abrazó con fuerza. Cerró los ojos, y en su interior se produjo una transformación. Porque, al fin y al cabo, de eso se trataba. Él estaba enamorado de Mary. Que Dios lo perdonase, la amaba demasiado. Ella había pecado y había hecho cosas horribles, cosas que la mayoría de los maridos no perdonarían. Pero, por mucho que lo intentase, James no podía dejar de amarla más cada día. Mary parecía tan inocente, tan indefensa y era tan hermosa... Tenía que protegerla. No importaba lo que ella hubiese hecho en el pasado.

—No pasa nada, amor mío —susurró James, con los ojos todavía cerrados—. Ahora estoy aquí. Todo irá bien.

El momento de ternura, quizá el último que Mary y James compartirían, se acabó de pronto cuando se abrió la puerta de la habitación 117. James soltó a su esposa y, de forma automática, su máscara de profesionalidad volvió a su rostro. Se dirigió a Clarich.

—¿Doctor Clarich?

—¿Doctor Ayars? —preguntó Eric. Se dieron la mano—. Me alegra que ambos estén aquí.

—¿Laura está bien? —preguntó James—. ¿Podemos verla?

—Se está recuperando bien —le aseguró el doctor Clarich—. Le daré el alta en uno o dos días.

—Eso es maravilloso —afirmó Mary.

—Está un poco alterada. Ha sido una experiencia horrible.

—¿Puede explicarnos qué ha sucedido, doctor?

Eric los llevó a una sala de espera. Una vez allí, tomaron asiento.

—Al parecer, su hija entró en la casa de la profesora Simmons justo en el momento en el que el incendio se declaraba. Laura afirma que abrió la puerta del estudio y allí se encontró a la profesora Simmons, en el suelo. Intentó sacarla de allí y, al hacerlo, casi acaba muerta. Por lo visto, Laura quedó atrapada en el estudio. El humo era muy denso y, al intentar sacar a la profesora Simmons, Laura se desmayó.

Mary miró al médico, horrorizada.

—¿Se desmayó? Entonces ¿cómo es que ella...?

—¿Salió viva? —acabó Clarich por ella—. Supongo que es un misterio. Un hombre, que ha preferido permanecer en el anonimato, rescató a su hija del incendio. De no haber sido por él, sin duda ella habría muerto también en ese estudio.

—¿Podemos verla? —preguntó James.

—Ahora mismo está durmiendo. Se despertará en unas horas.

—Esperaremos —dijo James, y sujetó la mano temblorosa de su esposa—. ¿Estás bien, Mary?

Ella asintió.

—He llamado a Gloria —añadió James—. Stan y ella vienen de camino.

Otro asentimiento.

—¿Sabe qué es lo que provocó el incendio? —preguntó James mirando al doctor Clarich.

—Todavía no está confirmado —contestó el doctor—. Pero sospechan que fue intencionado.

Eric Clarich vio cómo desaparecía el poco color que quedaba en los rostros de ambos.

Aquella misma noche, algo más tarde, llamaron con suavidad a la puerta de la habitación.

—Adelante.

Se abrió la puerta, y una melena rubia apareció en el umbral.

—Hola.

—¡Gloria! —exclamó Laura, y una sonrisa apareció en sus labios—. Me alegro mucho de que estés aquí.

Otra voz femenina llegó desde el otro lado de la puerta.

—¿Y yo qué?

—¡Serita! —Laura se rio—. ¿Cómo demonios habéis llegado aquí tan rápido?

Gloria y Serita entraron. Cerraron la puerta. Besaron a Laura y se sentaron cada una en una esquina de la cama.

—No lo adivinarías ni en un millón de años —respondió Serita.

—¿Qué?

—Nos ha traído Stan —explicó Gloria.

—Laura, es un perfecto caballero.

—¿Dónde está? —preguntó Laura.

—Adelante, Gloria. Díselo.

—Se ha ido —explicó Gloria—. Nos confesó que te había dicho unas cuantas

estupideces imperdonables la otra noche, y que aún no se sentía capaz de mirarte a la cara.

Laura la miró extrañada.

—¿Eso te ha dicho?

Las dos mujeres asintieron.

—¿Y está volviendo a Boston?

—Así es, cariño. ¿Te lo puedes creer? Se ha pasado seis horas haciéndonos de chófer, y ahora está haciendo todo el camino de vuelta.

—La otra noche estaba muy borracho, Laura —añadió Gloria—. De verdad que se siente muy mal.

Laura no sabía qué decir.

—Olvídalo.

—¿Y tú cómo te sientes, campeona? —preguntó Serita.

—No me va mal.

Gloria entrelazó las manos con mucha fuerza.

—No me puedo creer que tía Judy haya muerto. Es terrible, Laura... Mamá y papá están conmocionados.

—Lo sé. Estuvieron aquí hace un momento.

—Qué accidente más horrible —señaló Serita.

—No ha sido ningún accidente.

La hermana de Laura y su mejor amiga la miraron.

—¿Qué dices?

—Que no ha sido ningún accidente —repitió Laura—. A la tía Judy la han asesinado.

—¿Estás segura? —preguntó Serita.

—Fue provocado. Rociaron la casa con gasolina, y a la tía Judy la dejaron inconsciente de un golpe.

—¿Quién haría semejante cosa?

Laura sabía que no debía implicar a nadie más en aquel asunto. Sería poco

seguro. Pero sus sentimientos de soledad y desesperación pudieron más. Tenía que confiar en alguien, necesitaba apoyarse en alguien.

—Tenéis que prometerme que no le diréis ni una palabra a nadie. Ni una palabra. Puede ser una cuestión de vida o muerte.

—Ni una palabra —juró Serita, mientras Gloria asentía con un gesto.

—No sé quién mató a tía Judy, pero mirad esto.

Laura buscó en su bolso y sacó la vieja fotografía en blanco y negro. Se la dio a Gloria. Su hermana la miró y se la pasó a Serita.

—No lo entiendo —dijo Gloria—. Es una vieja foto de tía Judy, pero ¿quién es él?

—¿A ti tampoco te recuerda a nadie, Serita?

—Me resulta conocido...

—¿No crees que se parece a David... o quizá a Stan?

—Sí... Supongo que sí.

—¿Adónde quieres ir a parar? —preguntó Gloria.

—El hombre de la foto es Sinclair Baskin. El padre de Stan y David.

Gloria soltó una exclamación. Recordó las palabras de Stan sobre la muerte de su padre, y comenzó a temblar.

—Sigo sin pillarlo —dijo Serita—. ¿Qué puede tener esto que ver con la muerte de Judy?

—Todavía no lo sé. Pero, míralos. No es una pose casual.

—No —admitió Serita—. Parece que están muy enamorados...

—Mirad la bandera del fondo. Brinlen College 1960 —señaló Laura—. Allí era donde enseñaba Sinclair Baskin. Y están en 1960, exactamente el año en que murió.

Serita continuó mirando la foto.

—Pues sigo sin entenderlo. Vale, tu tía pudo tener una aventura con el padre de David antes de morir en 1960. Pero ¿qué tiene eso que ver con el incendio de hoy?

—Todavía no he encontrado la relación, pero sé que existe. Tengo que ir a

Chicago y averiguarlo.

—¿Chicago? ¿Por qué Chicago?

—El Brinlen College está en Chicago. Mi madre y tía Judy se criaron allí.

Gloria habló por fin, y sus palabras parecieron llegar de en medio de la bruma.

—Laura, vivíamos allí antes de que tú nacieses...

—Ya lo sé. Tiene que haber alguna relación. Tiene que haber algún nexo entre el asesinato de Judy y el suicidio de Sinclair Baskin.

Gloria se llevó una mano a la boca, sus dientes mordieron con fuerza la piel suave.

Y un grito amortiguado escapó de sus labios.

—¿Qué ocurre, Gloria? ¿Qué pasa?

Gloria apartó la mano. Recordó lo que Stan le había dicho solo unas pocas noches antes, justo cuando se despertó de la pesadilla. Recorrió la habitación con la mirada como si estuviese buscando un lugar donde ocultarse.

—No puedo decírtelo...

Laura se incorporó y sujetó a su hermana por los hombros.

—Esto es importante, Gloria. Quienquiera que matase a Judy pudo también haber matado a David.

—¿Qué...? ¿Matar a David? Pero si se ahogó...

—Puede que sí o puede que no. Dime lo que sabes.

—Le prometí...

—¿A quién le prometiste qué?

—A Stan. Le prometí que no diría nada.

—Tienes que decírmelo, Gloria. Podrías estar en peligro. Incluso Stan podría estar en peligro.

—No sé...

Laura comenzó a sacudirla.

—¡Dímelo, Gloria, tienes que decírmelo!

Serita intervino y separó a las dos hermanas.

—Venga, Laura, relájate un momento. Piensa un poco.

Laura soltó a Gloria y se tumbó.

—No puedo relajarme. El asesino todavía anda por ahí.

—Lo que dices no tiene ningún sentido, chica. Fotos de hace treinta años. Asesinos que andan sueltos. Un suicidio que ocurrió hace treinta años...

—¡No fue un suicidio! —gritó Gloria.

Laura y Serita se volvieron hacia ella. Estaba acurrucada en un rincón, su cuerpo se sacudía y saltaba como si tuviese espasmos febriles.

—No se suicidó... —susurró Gloria.

Laura no daba crédito a sus oídos.

—¿De qué hablas? Por supuesto que se suicidó.

Gloria negó con un violento cabeceo.

—Lo asesinaron. A Sinclair Baskin lo asesinaron...

—¿Qué?

—Stan se había escondido detrás del sofá en el despacho de su padre. Solo tenía diez años, pero lo vio todo. Alguien asesinó a Sinclair Baskin.

—¿Pero...? —Laura abrió la boca. Parecía alhelada—. Dios mío —consiguió decir—. ¿Y Stan sabe quién lo hizo?

—No. No reconoció al asesino. Pero me dijo que recordaba perfectamente su cara...

Laura se tumbó en la cama. Acababan de entregarle otra pieza del rompecabezas, y de nuevo, esta no parecía encajar. Lo asesinaron... Sinclair Baskin... David... Y ahora Judy. Algo había ocurrido hacía treinta años, algo horrible, malvado, algo que el paso de las décadas no conseguía borrar. Recordó las palabras de Judy, y ahora le destrozaron el corazón como si fueran garras afiladas.

«...Hay cosas de las que no sabes nada. Cosas que ocurrieron hace muchos años... Pero algunas veces el pasado puede solaparse con el presente. Eso fue lo que pasó con David...».

—¿Serita?

—¿Sí?

Solo había una forma de encontrar la respuesta a lo que había sucedido hacía treinta años. Y a lo que le había sucedido a David.

—¿Puedes hacerme un favor?

—Claro.

—No se lo digas ni a mis padres ni al doctor.

—No lo haré.

—¿Puedes comprarme un billete de avión a Chicago?

Mark entró por la puerta como una exhalación. Su respiración era agitada, le dolía el pecho cuando se esforzaba por respirar.

—¿Qué demonios te ha pasado? —preguntó T. C.—. Estás hecho un desastre.

—Dame algo de beber. Vodka, lo que sea.

—Pero, si no bebes...

Mark se dejó caer en una silla.

—Ahora sí.

T. C. cogió dos latas de Budweiser y le arrojó una a Mark.

—Es todo lo que te puedo dar. Por Dios, Mark, pero si tienes la ropa chamuscada...

Mark abrió la lata de cerveza y se bebió la mitad de un solo trago.

—¿Quieres contarme qué ha pasado?

Mark se levantó con la lata de cerveza casi aplastada en el puño. Respondió deprisa, en tono vacilante.

—Llegué al College de Judy Simmons a las siete, tal como ella me había pedido. Aparqué el coche fuera del campus, y caminé casi un kilómetro antes de ver la casa de Judy. Y entonces...

—¿Entonces?

Mark tragó saliva.

—Un taxi se detuvo delante de la casa. Laura se bajó del coche.

—Mierda.

—Me oculté detrás de un árbol. No hace falta ser un genio para deducir cuáles eran las intenciones de Judy. Debió de pensar que...

—... Que si os ponía a ti y Laura juntos —acabó T. C. por él—, saltarían chispas.

Mark soltó una risa triste.

—¿Qué es lo que te hace gracia? —preguntó T. C.

—No hay nada gracioso —contestó Mark—. Solo irónico.

—¿Eh?

—Ya lo verás. En cualquier caso, mientras estaba oculto detrás del árbol observaba a Laura...

Se interrumpió, y se dejó llevar por el recuerdo. Laura... Su mirada había recorrido hasta el último centímetro de su cuerpo con un deseo tan enorme que creyó que iba a morir. El mero hecho de verla de nuevo, de contemplar su hermoso rostro enrojecido por el frío, de observar cómo caminaba por el camino de entrada, hizo que la sensación de pérdida fuese como un puño que le oprimía la boca del estómago.

—¿Mark?

—Lo siento —se disculpó Mark en voz baja. Respiró hondo y continuó—: Laura llamó a la puerta y esperó. No obtuvo respuesta. Llamó a Judy. Tampoco obtuvo respuesta. Así que empujó la puerta, que al parecer estaba abierta... Entró en la casa.

—¿Y qué hiciste?

Mark desvió la mirada.

—Me quedé donde estaba como paralizado. No sé por qué. Tendría que haberme dado media vuelta y largarme. Pero no podía. Miré y esperé, supongo que soñando despierto... Hasta que vi el humo.

—¿Humo?

—Se declaró un incendio.

—¿Qué?

Mark asintió como si quisiese confirmar sus propias palabras.

—El humo comenzó a salir por las rendijas de puertas y ventanas. No habían pasado ni cinco minutos desde la entrada de Laura.

—¿Qué hiciste?

—Corrí al interior de la casa. Qué desastre. Era increíble. Las llamas subían

por las paredes.

—Dios bendito.

—Solo podía pensar en Laura. Me repetía que estaba atrapada en medio de aquella hoguera mortal. Era lo único que me importaba. Fue muy extraño. El fuego se convirtió para mí en una distracción. Fui de un lado a otro con la desesperada ilusión de que Laura continuaba viva...

—No me digas que...

Mark negó con la cabeza.

—Di con ella y la rescaté. El fuego no la había alcanzado. Estaba inconsciente, así que llamé a emergencias, saqué también a su tía Judy de la casa y permanecí a su lado hasta que oí las sirenas. Más tarde llamé al hospital. Me dijeron que se pondría bien.

—Gracias a Dios...

Mark se tragó el nudo en la garganta. En el momento de recoger a Laura, cuando la tuvo entre sus brazos, había deseado con todas sus fuerzas no soltarla nunca más, protegerla y decirle que todo iría bien. Las lágrimas asomaron a sus ojos antes de que se obligase a contenerlas.

—No se puede decir lo mismo de Judy —añadió Mark, con voz pausada—. Está muerta, T. C.

T. C. se lo quedó mirando.

—Dios mío... Lo siento, Mark. Sé que significaba mucho para ti.

—Los incendios no se propagan con tanta rapidez, ¿verdad, T. C.? Este incendio fue provocado. Alguien ha asesinado a Judy Simmons.

—No puedes estar completamente seguro de eso.

—Quiero encontrar al que lo haya hecho, T. C. Quiero colgar a ese hijo de puta de la farola más alta que encuentre.

—O a esa hija de puta...

—¿Qué?

—Piensa en ello un momento. ¿Quién querría silenciar a Judy?

—No estarás sugiriendo que...

T. C. se encogió de hombros.

—¿Recuerdas lo que te dijo Judy por teléfono?

Mark lo pensó por unos instantes.

—No parecía tener mucho sentido. Dijo algo de que yo no sabía lo que estaba haciendo, y que no conocía toda la historia.

T. C se encogió de hombros.

—Y quizá sea así. Quizá no la conozcamos.

—La señora Klenke vendrá dentro de un momento.

—Gracias —respondió Laura.

Se acomodó en su asiento. Las quemaduras le dolían más de lo que había esperado. Cada gesto, cada movimiento, era como si le raspasen una herida fresca con papel de lija. En el hospital le habían dado unos calmantes. No podía saber lo fuertes que eran. Laura había conseguido comprar codeína en una farmacia, pero estaba mucho de ser un sustituto adecuado.

Consultó su reloj. Le había llevado buena parte de la noche convencer a Serita y a Gloria para que la ayudasen a ir a Chicago. Al final, habían aceptado a regañadientes, sin duda porque tenían miedo de que intentase ir allí sin importarle si ellas la ayudaban o no.

Lo más probable era que tuviesen razón.

Seguro que, de alguna forma un tanto retorcida, T. C., el muy astuto hijo de puta de T. C., se sentiría orgulloso de ella. Se había pasado casi toda la mañana en la cama del hospital jugando a los detectives. Llamó al Brinlen College, se puso en contacto con varios profesores y empleados, y les preguntó por Sinclair Baskin. Nadie sabía gran cosa. Solo quedaba un puñado de profesores de 1960.

Pero una de las llamadas dio resultado.

—¿Ha hablado con la señora Klenke? —le preguntó un viejo profesor.

—No. ¿Quién es?

—Verá, por aquel entonces era la señorita Engle. Era la secretaria personal de

Sinclair Baskin y, si hemos de hacer caso a los rumores, se podría subrayar lo de «personal». ¿Entiende lo que le digo?

El departamento de secretaría aún tenía su nombre y el número de teléfono en los archivos. Laura la llamó y consiguió convencer a la señora Diana Klenke de que la recibiese. Ahora, solo unas pocas horas más tarde, se encontraba en el despacho de aquella mujer.

—¿Señora Baskin?

Laura se volvió hacia la voz de la señora Klenke. Sabía que aquella mujer tenía veintisiete años en 1960. Por lo tanto, ahora tenía cincuenta y siete, y seguía siendo digna de admiración. Tenía el cabello cubierto de canas, pero su porte y su sonrisa la convertían en una mujer deslumbrante.

Era muy alta y esbelta, y vestía con mucha elegancia un traje chaqueta negro de... Svengali. Todos sus movimientos eran gráciles y discretos.

—Llámeme Laura, se lo ruego.

—Solo si usted me llama Diana.

—De acuerdo, Diana.

La sonrisa de Diana Klenke se ensanchó mientras miraba a la joven que tenía delante.

—Dios mío, pero qué guapa es usted. Las fotos no le hacen justicia, Laura.

—Gracias —respondió Laura. Quería devolverle el cumplido, pero, cada vez que lo hacía, la gente creía que sonaba a falso y, de alguna forma, un tanto condescendiente.

—¿Quiere beber algo?

—No, gracias.

—¿Nada en absoluto?

—No, no, de verdad.

Diana Klenke se sentó en una butaca junto a Laura. La habitación era preciosa y estaba muy limpia y ordenada, sin duda gracias al trabajo de un nutrido personal de servicio. Aquella mansión victoriana debía de tener veinticinco

habitaciones, cada una decorada en un estilo que no tenía nada que envidiar al palacio de Versalles.

—¿Qué tal el viaje?

—Muy bien —respondió Laura—. Tiene una casa preciosa, Diana.

La mujer asintió con una sonrisa.

—A mi marido le encantaba esta casa. Era su orgullo y alegría. Murió hace diez años. Se mató en un accidente de tráfico, cuando regresaba a casa desde el aeropuerto. Como puede imaginar, era un hombre muy rico, y ahora... —hizo una pausa y soltó una risita—, yo soy una viuda muy rica.

—Lo siento.

—No lo sienta. Nunca estuvimos muy unidos. Además, tengo copado el mercado de hombres mayores y apuestos. Todos quieren mi dinero.

—Estoy segura de que no es verdad.

Diana se encogió de hombros.

—No tiene importancia. ¿Qué puedo hacer por usted, Laura? Cuando hablamos por teléfono, mencionó algo sobre Sinclair.

—Sí.

—Leí la noticia de la trágica muerte de su esposo. Es algo muy triste. Era muy joven. Hay ocasiones en las que creo que pesa una maldición sobre la rama masculina de los Baskin.

—Eso parece —admitió Laura.

—Bueno, ¿en qué puedo ayudarla?

A Laura comenzó a temblarle la pierna derecha. De nada serviría intentar detenerla. La pierna comenzaría de nuevo. Se inclinó hacia delante.

El dolor de las quemaduras de la espalda se reavivó cuando buscó en su bolso.

—¿Querría echarle una mirada a esta fotografía?

Diana Klenke se puso las gafas. De alguna forma, realzaban su aspecto, la hacían parecer más regia y hermosa. La antigua secretaria de Sinclair Baskin cogió la foto y la observó sin decir palabra durante casi un minuto.

—Sí, es Sinclair. La mujer se llama Judy...

—¿Judy Simmons? —preguntó Laura.

—Sí, así se llama. A esta la recuerdo muy bien.

—¿Esta?

Diana asintió.

—Sinclair Baskin era un mujeriego de tomo y lomo, Laura.

—¿Tenía aventuras?

Diana soltó una carcajada.

—Docenas. Rubias, morenas, pelirrojas... No importaba, siempre que fuesen guapas. Cambiaba de mujer en un abrir y cerrar de ojos. Un día, esta, al siguiente, otra... Verá, Sinclair Baskin era un hombre muy atractivo y con mucha labia. Tenía aventuras con las alumnas, con las colegas y con mujeres casadas. Recuerdo cuando se acostó con la esposa del director del departamento... —Se detuvo y sonrió—. Incluso llegó a tontear con su propia secretaria.

Laura no sabía muy bien cómo continuar.

—¿Dice que hubo docenas de mujeres?

—Como mínimo.

—¿Recuerda a la mayoría de ellas?

Klenke negó con la cabeza.

—Apenas a alguna.

—Y, sin embargo, dijo que recordaba muy bien a Judy Simmons.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque ella fue algo especial. Para empezar, no era su tipo.

—¿Por qué no?

—No tiene más que mirar la foto. No me malinterprete, Judy era guapa, pero Sinclair no iba detrás de las chicas que «solo» eran guapas. Las quería espectaculares. Al fin y al cabo, lo que buscaba era la emoción extramatrimonial. Ya tenía esposa. Lo único que le interesaba era la apariencia.

—Comprendo.

—Me refiero a que para él sería normal llevársela a la cama quizá una vez,

pero no más.

—¿Y por eso se acuerda de ella?

Diana Klenke negó con la cabeza.

—Solo en parte. El motivo principal por el que me acuerdo tan bien de ella es que no fue cosa de una sola noche. Estuvieron juntos durante más de dos meses. Fue la primera vez que vi a Sinclair interesado de verdad en una mujer, incluida yo misma. Estaba todo lo cerca de estar perdidamente enamorado que un hombre como Sinclair Baskin pudiera estarlo. Llegó incluso a pensar en divorciarse de su esposa para casarse con Judy. Y se olvidó de las demás mujeres. Fue algo muy irregular en él, puedo asegurárselo.

—¿Y qué pasó?

—¿Pasó?

—¿Qué salió mal?

Diana se levantó. Fue hasta la ventana y apartó la cortina. El patio trasero era tan magnífico como la casa. Había un jardín, estatuas, fuentes... Laura vio una piscina, una pista de tenis y un templete. La viuda contempló el paisaje y respiró hondo, como si la sola visión de aquel vergel hiciese el aire más fresco y puro en aquella habitación.

—Sinclair rompió la relación.

—¿Así, sin más? —preguntó Laura—. Estaba perdidamente enamorado de ella, ¿y la dejó marchar de buenas a primeras?

Diana asintió sin apartar la mirada de la ventana. Desde el exterior, una rama proyectaba una sombra delgada sobre su rostro.

—Un día era amor. Al siguiente... se acabó.

—¿Eso fue normal? Quiero decir, ¿Sinclair Baskin hacía esas cosas a menudo?

—Como ya le he dicho, Judy Simmons fue un caso poco habitual. En un primer momento..., me sorprendió.

—¿Por qué cortó con ella? ¿Por su familia? ¿Los hijos?

Diana siguió sin mirar a Laura.

—No fue por su familia, ni tampoco por sus hijos.

—Entonces ¿por qué?

Una sonrisa tensa apareció poco a poco en los labios de Diana Klenke.

—A mi marido le encantaba este jardín, Laura. Cuando hacía buen tiempo, llegaba a casa del trabajo temprano y se dedicaba a trabajar en los parterres. Decía que disfrutaba de los frutos de sus labores. La jardinería le resultaba muy terapéutica. Yo detesto la jardinería. En cambio, me encantan los resultados. ¿A usted no?

Laura asintió.

—Lo cierto es que es un lugar precioso...

—Lo siento. Me preguntaba por Sinclair y Judy.

—Sí —dijo Laura—. ¿Por qué se acabó la relación?

Diana cerró los ojos por un momento. Cuando los abrió de nuevo, se apartó sin prisas de la ventana, y sus ojos grises se volvieron hacia Laura.

—Su debilidad. Su debilidad fue lo que destruyó la relación que tenía con Judy.

—¿Su debilidad?

—La belleza, Laura. Reapareció la belleza y le cegó de nuevo.

—¿Quiere decir que conoció a otra?

La sonrisa de Diana hizo que Laura se estremeciese.

—No a una cualquiera. Como ya le he dicho, Judy Simmons era muy atractiva, pero su última muchacha...

—¿Sí?

—Era algo increíble, una mujer esculpida por los dioses. Su tipo de belleza podía trastocar la mente de un hombre, Laura. Llegar hasta su alma. Fue lo que hizo esa mujer. Su belleza hirió a Sinclair hasta que el dolor se hizo insoportable. Dios, era tan bella, casi tan bella como... —Las palabras se interrumpieron con tal brusquedad que Laura dio un respingo.

A la mujer se le demudó el rostro.

—¿Qué pasa? —exclamó Laura—. ¿Qué ocurre, Diana?

El cuerpo de Diana se sacudió como una hoja. La miró con los ojos muy abiertos, casi como si quisieran salir de su órbita.

—¡Madre mía!

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Era tan bella... —añadió Diana con voz trémula—, tan bella como usted.

Laura entrecerró los ojos.

—No lo entiendo.

—La mujer que lo conquistó, que lo apartó de Judy... tenía su mismo aspecto, Laura. Usted es su viva imagen.

El rostro de Laura reflejó su desconcierto. Un pensamiento suelto, un pensamiento extraño e imperdonable apuñaló su pecho como una daga. No era posible. De ninguna manera.

—¿Se parecía a mí?

Diana asintió.

Laura buscó en su bolso sin pensárselo dos veces. Notaba la mente y el cuerpo aturcidos. Cogió el billetero y buscó en su interior. Con los dedos temblorosos, sacó una fotografía.

—Sé que han pasado treinta años —comenzó con una voz desnuda de toda emoción—, pero ¿podría tratarse de esta mujer?

Le dio la foto a Diana Klenke, que una vez más se puso las gafas. Miró la foto durante unos largos segundos.

—Sí, es ella, sin duda alguna.

—¿Cómo puede estar tan segura? Han pasado...

—Estoy segura —la interrumpió Diana—. Una no se olvida de una mujer así.

Laura le arrebató la foto, ahora casi a la defensiva. La apretó contra el pecho como si fuese algo más que una simple fotografía en un papel. Unos segundos después, apartó la foto para observar a la mujer de la imagen como si la viese por primera vez.

Era su madre.

—¡Mary! —exclamó Diana de pronto—. ¡Se llamaba Mary!

Laura se sintió agotada e impotente, como un boxeador que se tambalea sin saber de dónde llegará el siguiente golpe.

—Una cosa más —añadió Diana.

—¿Sí? —consiguió decir Laura.

—Esta mujer también fue la última persona que salió del despacho de Sinclair antes de que él se suicidara.

Graham tenía claro que debía hacer esa llamada. No había ninguna razón convincente para posponerla. Además, no tenía ni idea de lo que había sucedido en la habitación 607 cuando David estuvo allí.

Quizá Baskin solo había sido el destinatario de una bronca fenomenal por parte de su suegra. No sería la primera vez que una suegra se metía donde nadie la llamaba. La de Graham, por poner un ejemplo, era una entrometida a tiempo completo. Era poco probable que volase a través del Pacífico para tocarle las narices, pero Graham tampoco descartaba esa posibilidad.

Cogió el teléfono y marcó el número de Laura. Graham era de esos hombres que siempre solían aplazar las cosas. Lo había hecho desde la infancia. Le gustaba posponerlo todo, más aún cuando se trataba de comunicar una mala noticia. No era perezoso, de ninguna manera, y sabía que al final acabaría por hacerlo, pero si conseguía demorarlo, quizá la obligación desaparecería, o bien porque el mundo estallase, o bien porque la realidad cambiase. Por eso sintió un gran alivio cuando oyó que se conectaba el contestador automático.

Le dejó un mensaje a Laura para que le llamase, y después bebió otro sorbo de whisky.

A Richard Corsel le encantaba ver los partidos de hockey sobre hielo. Los jugadores se deslizaban por una superficie de una grandeza glacial, perdidos en el paraíso del patinaje libre, solo para acabar recibiendo un tremendo bastonazo

asestado por una gárgola con más cicatrices en el rostro que Michael Jackson sin máscara.

Qué gran deporte.

A Naomi no le entusiasmaba ningún deporte, ni tampoco le hacía mucha gracia la manera en que los mellizos se habían sumado a la pasión de su padre.

—Ya puestos, podrías haberlos aficionado al *kick boxing* —le había reprochado.

—Vamos, cariño, tampoco es para tanto.

—No quiero que mis hijos jueguen al hockey, ¿me oyes?

Pero eso no era algo que le preocupara a Richard. Al fin y al cabo, él nunca había jugado al hockey sobre hielo. Es más, ni siquiera sabía patinar sobre hielo. En cambio, era el deporte perfecto para un espectador. Richard se sumergía tanto en las jugadas, los golpes y sí, el arte de la batalla, que cualquier pensamiento sobre el banco, las facturas y la hipoteca desapareció de su mente.

Su canal preferido era el TV 38. Transmitían los partidos de los Boston Bruins, aunque ahora la carísima televisión por cable comenzaba a recortar muchos de los encuentros de hockey. Era muy probable que no tardase en contratar el Sports Channel, pero detestaba tener que pagar para ver el hockey por televisión. Le parecía algo blasfemo.

Así que Richard había encendido el televisor y se había acomodado en su viejo sillón reclinable. Roger y Peter estaban sentados en la alfombra a los pies de su padre, y alternaban entre mirar el partido e imitar las jugadas. Los Bruins vencían a los Oilers por 7 a 5. Tendría que haber sido una mañana divertida para Richard, una mañana en la que su mente disfrutara de la paz más absoluta. Pero la noticia breve que había leído en el periódico no dejaba de inquietarlo. Intentó despejar la mente, y pensar solo en su esposa y sus hijos.

Sus pensamientos volvieron a Laura. A Laura y al incendio en la Universidad Colgate.

Por supuesto, la noticia no decía nada de que el incendio tuviese relación con el dinero desaparecido. El artículo no sugería ni por asomo que el psicópata que

había apoyado un cuchillo en la garganta de Richard hubiese decidido quemar vivas a Laura y a su tía. No, no decía nada de eso. Solo señalaba que el incendio se estaba «investigando».

No parecía motivo suficiente para extraer conclusiones precipitadas y apuntar a presuntos culpables.

—¡Gol! —gritó el comentarista.

—¡Gol! —gritaron Peter y Roger al unísono.

Los Bruins habían aumentado su ventaja de 8 a 5. Peter y Roger se levantaron para celebrarlo.

—¿No ha sido una jugada fantástica, papá?

—Un gran disparo, Pete.

—¿Este año nos llevarás a ver algún partido? ¿Qué te parece si vamos el día en que jueguen contra los Rangers?

—Haré todo lo posible.

Los chicos continuaron con los gritos y los aplausos, pero la mente de Richard permanecía anclada en Laura Baskin.

«Supongamos por un momento que el incendio no fue un accidente. Supongamos que está relacionado con el dinero desaparecido de David Baskin».

La voz del padre de Laura, que había estado ayer mismo en su despacho del banco, sonó en su recuerdo: «Sospecho que esta transferencia de dinero pueda tener más implicaciones de lo que puede parecer a simple vista. Podría haber algo más en juego, algo muy peligroso, algo que podría hacerle daño a mi hija».

Deseó poder olvidarse de todo el asunto, pero no era una alternativa que su conciencia estuviese dispuesta a permitir. ¿Por qué había permitido que Philippe Gaillard, del Banco de Ginebra, le dijese quién tenía el dinero? ¿Por qué le había escuchado siquiera?

«La curiosidad no solo mató al gato, Ritchie, sino que también lo mantuvo despierto por la noche».

Si Richard no hubiese oído aquel nombre, ahora podría dormir, comer e incluso ver a los Bruins con la conciencia tranquila. Era el momento de tomar

una decisión. ¿Debía mantener la boca cerrada? ¿Debía decirle aquel nombre a Laura? Cuando Philippe le dijo quién tenía el dinero, el nombre no significó nada para él. Unas pocas semanas más tarde, todo había cambiado. ¡Y menudo cambio! Ahora conocía muy bien ese nombre. Iba de boca en boca, no dejaban de repetirlo en todas las casas de Boston. Con toda franqueza, la situación había dejado de ser solo peligrosa. Era a todas luces espeluznante.

Richard sintió que una ráfaga helada barría la habitación, como si fuese él quien estuviese en la pista de hielo en lugar de los jugadores de hockey. ¿Qué debía hacer? ¿Qué demonios debía hacer? ¿Debía mantener la boca cerrada, o debía decirle a Laura la sorprendente verdad, una verdad que incluso a Richard le costaba creer?

¿Debía ocuparse de sus propios asuntos o debía decirle que el hombre que había robado el dinero de David también le había robado su posición, su promedio de puntos y su apodo...? Porque el hombre que le había robado el dinero de David no era otro que la nueva estrella de los Celtics.

Mark Seidman.

Serita hizo entrar a Laura en el ascensor. Ninguna de las dos dijo nada. De hecho, Laura apenas había abierto la boca desde que ella la recogió en el aeropuerto. Desde que la conocía, Serita había visto en Laura todos los posibles estados de ánimo conocidos: la había visto feliz, hundida, triste, alocada, conservadora, seria, payasa, enamorada y furiosa... Pero nunca la había visto así. Laura tenía los ojos vidriosos, su mirada parecía vacía, sin vida... Miraba atontada a un mundo que, de pronto, había decidido poner patas arriba todos sus principios, y solo había formulado una pregunta durante todo el viaje hasta el apartamento:

—¿Te ha llamado Estelle?

—¿Tu secretaria? —había respondido Serita—. ¿Por qué tenía que llamarme?

—Antes de morir —le había explicado Laura con voz monótona—, Judy me

dio la fotografía que te enseñé y cuatro llaves. Sé para qué sirven tres de ellas. Estelle está ahora mismo en Colgate intentando averiguar para qué sirve esa cuarta llave. Le pedí que te llamase a ti si se enteraba de algo.

—Lo siento. No ha llamado.

Durante el resto del trayecto, el único sonido que se oyó en el interior del coche fue el de la radio.

El ascensor llegó a la planta 18, y las dos hermosas pasajeras caminaron por el pasillo. Serita cogió la llave de Laura y la hizo entrar en el apartamento a oscuras. La única luz la suministraba el parpadeo del pequeño piloto rojo, que señalaba que habían dejado un mensaje en el contestador automático de Laura. Serita encendió las luces mientras Laura se dejaba caer en el sofá.

—¿Te sientes bien, Laura? —preguntó Serita—. ¿Estás segura de que no quieres ir al hospital?

—Estoy bien.

—Sí, a la vista está. No has dejado de hacer muecas de dolor durante todo el trayecto. Cada vez que cogíamos un bache, creía que ibas a gritar.

—Estoy mejor que nunca.

—Sí, sí, claro. ¿Qué te parece si dejas de decir tonterías y me cuentas lo que ha pasado en Chicago?

—Es algo increíble, Serita.

—Cuenta. Soy toda oídos. ¿Qué has averiguado? ¿Tu tía y el padre de David vivieron un apasionado romance?

—Eso parece.

—¿Cuando él ya estaba casado?

—Sí.

—Vaya, vaya... —Serita se frotó las manos—. Continúa, chica. Ya sabes que me encantan los cotilleos jugosos.

Aunque Laura conocía muy bien la afición de Serita por esa clase de cotilleos, también tenía muy claro que su amiga se dejaría matar antes que traicionar su confianza.

—Pues eso no es nada —continuó Laura—. Iban en serio, hasta el punto que Sinclair Baskin llegó a pensar en divorciarse de su esposa.

—No podría ser más interesante —afirmó Serita—. Y dime, ¿qué le pasó a la feliz pareja?

—Él la dejó por otra mujer.

—¡Oh, que le den! —exclamó su amiga, que alzó los brazos para recalcar su desilusión—. Hay ocasiones en que los hombres son unos verdaderos cabronazos.

—Esa otra mujer... —añadió Laura—, era mi madre.

A Serita se le desencajó la mandíbula.

—¡No jodas!

—No jodo.

—¿Tu madre le quitó un hombre a su hermana?

—Al mismo tiempo que engañaba a mi padre, porque ya estaba con él. Bonito, ¿no te parece?

—Menuda cabronada —afirmó Serita—. Pero ¿qué significa todo esto, Laura? ¿Qué relación tiene con el incendio?

Laura se levantó y encogió los hombros para manifestar su impotencia y asombro. Se acercó al contestador automático y apretó el botón de rebobinado. La cinta se rebobinó con un sonido parecido al de una batidora.

—No tengo ni la más mínima idea. Es más, cuantas más cosas averiguo del pasado, menos entiendo la relación con el presente.

El contestador automático se detuvo.

—Entonces ¿qué vamos a hacer ahora, Laura?

Un sonoro pitido interrumpió la conversación. Se oyó la voz áspera de Graham en el altavoz.

«Hola, guapa, soy Graham. Cuando tenga un momento, ¿podría llamarme? Puede que haya averiguado a quién visitó David en el Pacific International. Estaré en casa toda la noche».

Esa voz... Tan triste, tan derrotada. ¿Por qué? ¿Qué había descubierto

Graham? Laura consultó su reloj y cogió el teléfono.

—Ahora —le respondió a Serita—, llamaremos a Australia. Stan se despertó de la siesta con un respingo. Otro sueño desagradable había perturbado su descanso, otra pesadilla plagada de demonios que desaparecían de la vista y la memoria en el mismo momento en que Stan abría los ojos y se despertaba del todo. Después, solo los latidos desbocados de su corazón, la respiración agitada y el espantoso regusto en su boca recordaban a Stan que, una vez más, su sueño se había visto asaltado por los malvados fantasmas del pasado.

Se puso el albornoz y fue a la cocina.

Aquella noche tendría lugar el gran encuentro. Aquella noche Stan vería al asesino de su padre por tercera vez en su vida. La primera había sido cuando él tenía diez años. La segunda, cuando estaba en el Boston Garden. Ahora, la tercera sería para recibir el primer pago. Cien mil dólares. Era una cantidad de dinero impresionante, y le serviría para darle...

¿Para darle qué?

Stan se detuvo al pie de las escaleras y miró a Gloria. Estaba vaciando el lavaplatos, acababa de guardar unas fuentes, pero Stan permaneció observándola en silencio. Las delicadas curvas de su cuerpo debajo de la blusa de seda, su suave y amable sonrisa, la concentración en sus ojos mientras se ocupaba de aquella sencilla tarea... Todo aquello hizo que se detuviese a pensar. ¿Para qué necesitaba todo aquel dinero? Había dejado de apostar. Era un tío brillante. Ahora podía conseguir un trabajo, un trabajo de verdad, y dejar de huir de una vez para siempre. Cuando Stan se detuvo y contempló a Gloria, se dijo que podía hacer todas esas cosas.

Sin embargo, cuando ella no estaba cerca, cuando estaba solo, aún sentía aquello que RH había llamado «un leve picor». Tenía claro que toda esa charla sobre sentar la cabeza no era más que una vana ilusión, que no estaba destinado a vivir una vida doméstica. Además, ¿quién la necesitaba? ¿Quién la quería? Gloria no era más que otra mujer. Otra zorra liante y mentirosa que, a la larga, acabaría decepcionándolo. Podía ser un poco más sutil que la mayoría, y su

veneno tal vez no lo mataría en el acto, pero no debía llamarse a engaño: Gloria era una mujer como todas las demás.

Los cien mil dólares eran el escudo que lo protegería. Cuando diera por acabado todo aquel asunto con Gloria, tendría unos ahorrillos que le permitirían vivir con holgura hasta que encontrase a su siguiente víctima. Se marcharía. Sería libre.

No obstante, cuando la mirada de Stan se posaba en Gloria como hacía ahora, toda su desconfianza se venía abajo y se desintegraba delante de su cálida belleza. Ya no la deseaba sin más. La echaba de menos cuando no estaba, quería abrazarla y consolarla si estaba triste, y, sí, quería hacerle el amor de una forma loca y apasionada, siempre, a todas horas. Aquella relación era... plena. Sí, plena. Era la única palabra que se le ocurría para describir sus sentimientos. ¿Qué era ese extraño poder que Gloria ejercía sobre él? ¿Adónde lo conduciría?

Gloria se volvió y lo descubrió en el umbral, observándola. Su rostro pareció iluminarse. Dios, cómo le encantaba ver esa reacción cada vez que lo miraba.

—Hola —dijo Gloria.

Stan le devolvió la sonrisa.

—Hola.

—¿Llevas ahí mucho tiempo?

—Un par de minutos. Solo quería mirarte.

A Gloria se le subieron los colores.

—¿Has dormido bien?

—Muy bien.

—Debes de estar hambriento. ¿Quieres comer algo?

—No, gracias. ¿Ya te sientes mejor?

—Un poco —contestó Gloria—. Sigo sin poder creerme que Judy esté muerta... —Stan la abrazó—. Lo sé. Tardaré un tiempo en hacerme a la idea...

Stan buscó el reloj con la mirada.

Las siete y media de la tarde. Al cabo de una hora, se encontraría con el asesino de su padre en un callejón de Boston Sur. Allí, Stan Baskin permitiría

que le comprasen su infancia sin padre por un puñado de dólares. Cien mil dólares. Ese era el precio que pedía Stan por la memoria de un padre.

Gloria lo miraba con preocupación.

—Stan, ¿te encuentras bien?

Él la abrazó con más fuerza.

—Estoy bien —contestó—. Muy bien.

Serita observó el rostro de Laura. Su piel estaba tensa sobre los pómulos altos, la mirada en sus ojos era una mezcla de concentración y asombro. Laura era la mujer más hermosa que Serita había conocido. Había algo en ella a todas luces hipnótico. En ocasiones, aquella belleza conseguía que Serita se sintiera asustada. Semejante belleza podía ser peligrosa. Semejante belleza podía ser mortal...

—¿Quieres que te deje sola?

Laura encontró el número de Graham y comenzó a marcarlo.

—No hace falta. Eres una buena amiga, Serita.

—La mejor —afirmó ella con una sonrisa—. Háblame de ese sheriff. ¿Es guapo?

Laura se rio, agradecida por la distracción.

—Digamos que al estilo de un oso. Es todo un montañés.

—No me vendría mal un tipo así. Con tanta sofisticación, Earl comienza a ponerme de los nervios.

Se estableció la comunicación. Laura oyó el primer tono.

—Ya sabes que le quieres, ¿no?

Serita abrió la boca dispuesta a protestar. Luego la cerró.

—Sí, lo sé.

Tercer tono. La pierna derecha de Laura comenzó a moverse. Su mano apretó con fuerza el teléfono.

—Ya iba siendo hora de que lo admitieras.

Cuarto tono. Serita sonrió.

—No quiero ponerme cursi contigo, Laura, pero, pase lo que pase, quiero que sepas que eres la mejor amiga que he tenido nunca.

Quinto tono.

—Lo mismo digo.

Por fin cesaron los timbrazos. Alguien cogió el teléfono, y una voz áspera gruñó:

—¿Diga?

—¿Graham?

—¡Laura, me alegro de que haya llamado!

—Acabo de oír su mensaje en el contestador. He estado fuera durante un par de días.

—¿Ha pasado algo? —preguntó el gigante.

—De todo —respondió Laura—. Todo esto se está volviendo cada vez más extraño y complicado.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Mi tía me llamó anteayer —comenzó Laura—. Me dijo que debía informarme de una cosa relacionada con la muerte de David. Comentó que el ahogamiento tenía algo que ver con el pasado. No sé... Lo que dijo no parecía tener mucho sentido. Quería contármelo en persona.

—¿Así que fue a verla? ¿Qué le dijo?

—Nada. Cuando llegué, alguien le había pegado fuego a su casa. Mi tía murió en el incendio.

—Dios bendito... Eso es..., es terrible.

—Quiero saber qué demonios está ocurriendo antes de que alguien más sufra daños, Graham. Quizá debería olvidarme de todo esto por el bien y la seguridad de los demás. Pero no puedo. David está muerto, y necesito saber qué le pasó.

—Lo comprendo. Debió de ser un tipo muy especial.

Laura sintió que las lágrimas corrían por sus mejillas, lágrimas por David y, ahora, también por tía Judy.

—Era muy especial —concedió Laura.

Hubo un momento de silencio.

—Verá, Gina Cassier consiguió hacerse por fin con las fichas de los pasaportes.

—¿Las ha revisado?

Graham hizo una pausa.

—Sí.

—¿T. C. estuvo allí?

—No —respondió Graham con voz pausada—. Con toda sinceridad, Laura, nada de todo esto tiene el menor sentido.

Llevada por el nerviosismo, Laura comenzó a enrollar el cordón del teléfono alrededor del dedo.

—Tal vez el misterioso visitante al que fue a ver David pueda aclarar todo este asunto. Tal vez la persona que se encontró con él en el Pacific International pueda explicar lo que sucedió...

—Tal vez —murmuró Graham.

—¿Graham?

El sheriff tardó unos segundos en responder.

—¿Sí?

—¿Con quién se encontró David en el hotel?

—Con su madre, Laura. Antes de morir, David visitó a Mary Simmons Ayars.

El auricular cayó de la mano de Laura.

Serita se levantó de un salto.

—¿Laura? Cariño, ¿qué pasa?

Laura entrecerró los ojos, sumida en sus pensamientos.

—¿Qué pasa? ¿Qué te ha dicho?

Ahora Laura sabía que solo había una forma de llegar al fondo de todo aquel asunto de una vez por todas. Buscó a Serita con la mirada y se centró en su rostro.

—Tengo que hablar con mi madre —respondió—. Tengo que hablar con ella

ahora mismo.

«Es la hora de la Muerte Número Cuatro».

El asesino consultó el reloj en el salpicadero del coche. Aún quedaba media hora para que se produjese el encuentro con Stan Baskin, el último encuentro que Stan tendría con nadie. Stan estaba a punto de morir. Stan estaba a punto de reunirse con su padre, su hermano y Judy Simmons... Pero ¿y David? ¿Qué pasaba con David?

«Ya no lo sé —pensó el asesino—. Ya no lo sé».

El arma se encontraba en la guantera. Había pasado mucho tiempo desde que había disparado un revólver como aquel, desde que había apretado el cañón contra el cráneo de Sinclair Baskin. Había visto perfectamente cómo la cabeza de Sinclair estallaba en una multitud de minúsculos fragmentos. Había visto cómo manaba la sangre, cómo los fragmentos de huesos y tejidos volaban en todas direcciones...

Todo había sido realmente sencillo. Con una suave presión en el gatillo, Sinclair Baskin había dejado de ser una persona dotada de emociones, esperanzas y sueños, y se había convertido en un inútil montón de carne en descomposición.

Realmente sencillo.

No sería muy distinto con Stan Baskin. Era un auténtico hijo de su padre. Chantajear a un asesino... ¿A quién se le ocurre? Y no a un asesino cualquiera, sino al asesino de su propio padre. Solo un canalla podía tener semejante idea. Era increíble. Stan Baskin quería convertir el asesinato de su padre en una fuente de ingresos. ¿Qué clase de criatura depravada podía hacer algo semejante?

Aquello costaba de creer.

El asesino aparcó el coche a dos manzanas del callejón. Comprobó la hora: las

ocho y diez. Perfecto. Disponía de veinte minutos para inspeccionar la zona. Inspeccionar la zona... ¿Qué demonios significaba eso? En realidad, no tenía ni idea. Solo le parecía lo correcto en aquel caso. Familiarizarse con el escenario del crimen, antes de llevarlo a cabo. Solo por si acaso. De esa forma, si algo iba mal tendría cierta ventaja. Más valía prevenir que curar.

Abrió la guantera. Su mano buscó en el interior y encontró el arma. Era una sensación curiosa: le resultaba muy reconfortante empuñar un arma tan poderosa; sobre todo, en aquel barrio. Boston Sur era el lugar perfecto para cometer un asesinato. El sonido de un disparo le resultaba más familiar a los habitantes del barrio que el de la campana de la escuela.

¿Sería aquel su último asesinato? Por desgracia, no.

«Otra vez no. Por favor, otra vez no...».

Después de eliminar a Stan, aún quedaba otra persona en la lista, otro hierbajo que había que arrancar de raíz.

Se abrió la puerta del coche. El asesino se bajó del vehículo y caminó a paso rápido hacia el frío callejón.

Stan sacó el coche de donde lo tenía aparcado y se dirigió calle abajo. Encontrar un aparcamiento cerca del apartamento de Gloria había sido como encontrar a un negro en una reunión del Ku Klux Klan. Nada fácil. Aquel codiciado lugar fue reclamado por otro coche antes de que Stan consiguiese abrir la puerta y sentarse al volante. Lo más probable era que tuviese que guardarlo en un parking a su regreso. Veinticinco dólares por guardar el coche. Un atraco a mano armada. Pero Stan no tardaría en tener cien mil dólares. Muy pronto tendría todo el dinero que necesitaba, y no le haría falta dar cuatrocientas vueltas a la manzana para encontrar un aparcamiento.

«No cojas el dinero...».

La molesta voz en su cerebro volvía a decir tonterías. Por supuesto que

cogería el dinero. Por supuesto que continuaría sangrando a aquella larva de gusano hasta exprimirle el último centavo.

«No vayas, Stan. Mantente apartado...».

Stan se rio, al tiempo que negaba con la cabeza. El chantaje era un juego peligroso. Pero él llevaba una buena navaja y, lo que era más importante, iba a vérselas con un aficionado. No se trataba de RH ni de nadie por el estilo. No estaba tratando con un profesional. Su víctima no era más que un conejo asustado e inofensivo.

«Eso es. Stan, tío, un conejo inofensivo. No tienes más que preguntárselo a tu propio padre...».

La mente de Stan retrocedió al 29 de mayo de 1960. La mirada de odio de aquellos ojos fríos... Sí, aquel rostro despiadado podía matar de nuevo. Aquel rostro podía parecer inocente y civilizado, pero Stan había sido testigo de la rabia que había detrás de aquella fachada. Stan había visto en qué podía convertirse un ciudadano normal si lo presionaban hasta reventar.

«No quieres hacer esto, Stan. No quieres aceptar el dinero del asesino de tu padre...».

Pero en tal caso, ¿qué se suponía que debía hacer? ¿Olvidarse de que había visto al asesino? ¿Buscar venganza? ¿Denunciarlo a la policía? ¿Marcharse? ¿Qué? ¿Qué se suponía que debía hacer?

Stan apartó las voces de su cabeza. Dinero. Muchísimo dinero. Era lo que iba a buscar ahora mismo. Basta ya de plantearse cuestiones de moralidad. ¿Qué se suponía que debía ser, un santo? Anda ya. Stan Baskin no era de los que dejaban pasar una buena oportunidad solo porque se lo decía una voz irracional en su cabeza. Stan Baskin no dejaba escapar un dinero fácil que estaba al alcance de su mano.

Giró a la izquierda y se dirigió a Boston Sur. No se preocupó en mirar por el espejo retrovisor. De haberlo hecho, quizá habría advertido la presencia de un conocido coche rojo que lo seguía.

Gloria se mantuvo a unos cincuenta metros del coche de Stan. No era policía, y no tenía ni idea de cómo debía seguir a un vehículo, más allá de lo que había visto en las series de televisión y el cine. Aquella zona de Boston era del todo desconocida para ella. No sabía adónde se dirigía Stan, pero tenía muy claro que debía de haber alguna manera mucho más segura de llegar allí que conduciendo a través de aquella jungla de cemento, donde los atracos y los asesinatos estaban a la orden del día. ¿Qué estaba haciendo Stan allí?

No se podía decir que Gloria se pasara la vida espiando a sus seres queridos —para ser exactos, no lo había hecho nunca—, así que tenía miedo, mucho miedo. Pero Stan estaba metido en problemas. Todo su cuerpo lo sabía. Su cuerpo continuaba temblando, mientras el conocido e inquietante hormigueo llamaba a su puerta como un viejo amigo.

«Vamos, Gloria —decía aquel hormigueo—. Solo una pequeña rayita y te tranquilizarás. A nadie le hace daño ir un poco colocado. Ahora puedes controlarlo. Venga, joder, en este barrio no te costará nada encontrar algo que te coloque. Mira, no tienes más que detener el coche cerca de aquel parque».

Casi pudo sentir cómo sus manos obedecían al hormigueo y giraban el volante hacia el parque. Pero se controló. La mayoría de la gente cree que la drogadicción es una enfermedad que se puede curar. Craso error. Gloria había aprendido la dolorosa verdad: uno nunca se cura del todo. Puedes creer que todo va bien durante un día, una semana o incluso un mes, pero entonces ocurre algo. Ocurre algo malo y te sientes solo. Y ahí es cuando la adicción ataca; no cuando estás fuerte y preparado para plantarle cara, sino cuando estás expuesto. La droga, te recuerda la adicción, es tu única amiga leal. Está allí cuando la necesitas. Nunca te desilusiona o te abandona. Hace que te sientas bien. Deja que te olvides del resto del mundo...

El semáforo que tenía delante cambió a ámbar. Gloria aceleró. No quería verse pillada por el semáforo en rojo y perderle de vista. La sensación que la había dominado todo el día, la sensación de que Stan corría un peligro inminente, se acrecentaba con cada kilómetro que recorría. Tenía que seguirlo.

Su coche pasó el cruce sin problemas y mantuvo la misma distancia con el vehículo de Stan Baskin. ¿Por qué estaba tan preocupada? No lo sabía a ciencia cierta. Stan se había comportado de una forma extraña durante todo el día, más inquieto y ensimismado de lo habitual. Le preocupaba algo. Más que preocuparle, le aterrorizaba.

«Oh, Stan, ¿en qué lío te has metido ahora?».

A veces podía ser muy ingenuo. En muchos sentidos, Stan era más inseguro de lo que ella lo había sido nunca. Stan creía que la única forma de llegar a alguna parte, la única forma de conseguir que la gente lo aceptase o lo amase, era a través de la traición y el engaño. Para él, todo era una estafa, una burla. Incluso las emociones. El amor era una herramienta para controlar o ser controlado. Pero Stan estaba aprendiendo. Comenzaba a confiar y comenzaba a sentir. Gloria lo sabía. Habían hecho grandes avances desde que Stan le había sacado cien mil dólares con el timo de la Deerfield Inn.

Giró a la derecha. El sol se había puesto, y, pese a que tenía puesta la calefacción al máximo, Gloria notaba cómo el aire gélido se colaba en el interior del vehículo.

Sí, sabía todo lo relativo al timo que Stan había montado en aquel motel con RH. Quizá no en el primer momento. Al principio se había sentido completamente aterrorizada con aquella paliza, pero, cuando comprobó que no aparecían ni cardenales ni el menor rasguño en el cuerpo de Stan, comenzó a sospechar. Aquella misma noche, cuando limpiaba el cuarto de baño, Gloria encontró los restos de las cápsulas de sangre en la papelera. No hacía falta ser un genio para deducir el resto: sangre falsa significa una falsa paliza.

Su primer impulso fue devolverle el golpe, echárselo en cara y expulsarlo de su vida. Pero algo la retuvo. Aunque en aquella ocasión sin duda se lo merecía, a Stan siempre le habían fallado sus seres queridos. Tal vez se pasara de ingenua, pero Gloria se preguntó si eso no explicaría sus tendencias autodestructivas, si no era esa precisamente la causa por la que rechazaba cualquier oportunidad de ser feliz. No estaba del todo segura. Solo sabía que él necesitaba ayuda.

Y ella le amaba. Que Dios la ayudase, pero lo amaba.

Por lo tanto, Gloria decidió no decir ni una palabra sobre esos cien mil dólares. Se limitaría a amarlo lo mejor que pudiese. Y estaba funcionando. Poco a poco, capa a capa, la falsa fachada de Stan iba diluyéndose y comenzaba a emerger su auténtico yo. El Stan tramposo todavía estaba allí, y era muy fuerte, pero poco a poco aflojaba la garra que mantenía prisionera a su alma.

Por delante de ella, Stan giró por una calle de sentido único y aparcó el coche frente a la entrada de un callejón. Gloria mantuvo la distancia. Aquella zona tenía todo el aspecto de haber sido el campo de batalla de una guerra postapocalíptica. No había farolas ni coches, salvo los restos de algún vehículo abandonado. Había escombros y basura por todas partes. Los huecos de las ventanas de los edificios en ruinas estaban tapiados con viejas tablas a punto de caer.

¿Qué iba a hacer Stan allí?

Gloria observó cómo se abría la puerta del conductor. Stan se apeó y miró en ambas direcciones. Por suerte para ella, no pareció distinguir el coche rojo. Luego desapareció en el angosto callejón. El coche de Gloria avanzó a paso de tortuga. Aparcó detrás del coche de Stan, se aseguró de que las puertas estuviesen bloqueadas y esperó.

—¿Que hiciste qué?! —gritó Mark.

—Por favor, cálmate y escúchame —le pidió T. C.—. Solo intentaba asustar a Laura para que olvidase todo este asunto.

—¿Y no se te ocurrió otra idea que forzar la entrada de su apartamento?

—Escúchame, Mark. Había vuelto a Australia. Estaba convencida de que habían asesinado a David. Ya no confiaba en mí en absoluto. Tenía que hacer algo que la convenciera de una vez por todas.

—Pero ¿a ti qué demonios te pasa, T. C.? Primero amenazas a Corsel y sus hijos, y ahora amenazas a la familia de Laura.

—Hice lo que consideré conveniente.

—Pues te equivocaste. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Me lo habrías impedido.

—Pues claro que te lo habría impedido. Te habría dado un puñetazo. ¿Se puede saber qué hiciste para asustarla, aparte de dejar el vídeo en marcha?

—Le dejé una nota amenazadora —respondió T. C.—, y el anillo de David.

—¿Qué anillo?

—El anillo del campeonato que él llevaba cuando se ahogó. Lo dejé debajo de su almohada.

—Pero ¿es que te has vuelto loco?

—Intenta comprender mis motivos. Quería convencerla de que los asesinos de David son hombres sin escrúpulos. Limitarme a una mera amenaza no habría servido de nada. Pero si amenazaba a su familia, si la convencía de que los asesinos que tenían el anillo de David no dudarían en cargarse a su hermana o a sus padres, entonces quizá decidiera mantenerse al margen. Lo del anillo fue un golpe de efecto. Le añadía autenticidad a la amenaza. La trastornó lo suficiente como para permitirme recuperar su confianza y...

La furia dominó a Mark. Agarró a T. C. de la chaqueta y lo lanzó contra la pared.

—Eres un hijo de puta...

—Tranquilízate, Mark.

—Estamos hablando de Laura, no de un traficante a quien puedas acojonar sin más.

—Intentaba protegeros, tanto a ella... como a ti.

Mark volvió a coger a T. C. y lo sujetó por unos instantes, mirándolo fijamente a los ojos. Después le soltó, dio media vuelta y cogió su grueso abrigo.

—¿Adónde vas?! —le gritó T. C.

Mark no respondió. Salió del apartamento hecho una furia y se perdió en la noche helada.

Stan consultó su reloj. Estaba temblando. Ya había oscurecido y la tarde era fría, y el asesino se estaba retrasando. El angosto callejón del gueto funcionaba como un túnel de viento y aumentaba todavía más la sensación de frío. Stan caminó nervioso de un lado a otro para mantenerse caliente.

«¿Dónde demonios está ese gilipollas? —se preguntó Stan—. ¿Y por qué demonios quiere encontrarse conmigo nada menos que aquí?».

En el rostro de Stan apareció una mueca de asco cuando percibió los repugnantes efluvios del callejón. Suciedad. Basura, excrementos y orina. Inmundicia. A su espalda, un borracho inconsciente o quizá muerto yacía enterrado en una montaña de bolsas de basura. Stan no imaginaba que el asesino de su padre pudiera frecuentar un sitio como aquel. No, la persona que había asesinado a su padre estaba acostumbrada a lugares más agradables. Era Stan quien se había pasado la mayor parte de su vida en las cloacas. Metió la mano en el bolsillo para acariciar la navaja. Tenía todas las de ganar en aquel territorio.

Consultó de nuevo su reloj. Diez minutos tarde. Stan deseó que el asesino se diera prisa y apareciese de una vez para poder largarse pitando de aquel callejón inmundo.

Stan se detuvo, el frío de la noche atravesaba su piel. Se sentía inquieto y nervioso, ¿para qué negarlo? No tenía muy claro por qué. El asesino solo llegaba con diez minutos de retraso. No era lógico que se preocupara tanto...

—Hola, Stan.

Baskin se volvió.

—Hola.

—Siento llegar tarde.

Stan pisó el asfalto con fuerza varias veces para contener el frío.

—No pasa nada, aunque hace un frío de muerte...

«Escucha esta conversación. Aquí estás, Stan, tío, charlando tan amigablemente con el asesino de su padre».

—¿Tiene el dinero?

«No lo cojas, Stan. Sal corriendo».

El asesino levantó una bolsa de lona.

—Está todo aquí.

Stan olió el miedo que desprendía el asesino. Miraba a uno y otro lado del callejón, con los ojos de un ciervo asustado.

—No le gusta este lugar, ¿eh? —se burló Stan.

—La verdad es que no —confesó el asesino.

Stan sonrió. Su propio miedo se esfumaba al ver que el del asesino iba en aumento.

—Me parece que está sudando a chorros debajo de ese elegante abrigo. ¿Por qué?

—Pues... no lo sé.

—Deme el dinero.

El asesino dejó la bolsa en el suelo y retrocedió.

—Le he dicho que me lo dé —le reprochó Stan, amenazador.

—Solo tienes que recogerlo...

—¡Démelo ahora!

La mirada del asesino siguió moviéndose de un lado a otro, en un intento de controlar todos los ángulos.

—Como quieras.

El asesino se agachó con un movimiento lento, recogió la bolsa y caminó hacia Stan. Este se confió. Estaba experimentando la curiosa satisfacción que proporciona ser quien da las órdenes.

—Entréguemelo.

El asesino le pasó la bolsa y se apartó de prisa una vez más. Stan la levantó en el aire, mostrándola como un trofeo.

—Este no es más que el primer pago —le advirtió.

—¿Qué? Cuando hablamos por teléfono, no dijiste que...

—Olvídese de lo que dije por teléfono. Quiero diez mil más la semana que viene. ¿Está claro?

—No puedo seguir dándote dinero indefinidamente. ¿Cuándo se acabará esto?

—Cuando yo lo diga —contestó Stan con absoluta frialdad.

—Pero...

Stan sintió cómo el miedo dejaba paso a la rabia.

—Usted mató a mi padre...

—Fue un accidente.

—¿Un accidente? Yo estaba allí, ¿recuerda? Usted le pegó un tiro en la cabeza. Usted me robó la infancia.

—No pretendía hacerlo.

—¡Y una mierda! —Sin pensarlo, Stan dio un paso hacia el asesino—. Usted le gritó que era un cabrón antes de dispararle.

—Tú no sabes lo que me hizo...

—No me importa.

Stan se acercó un paso más.

El asesino retrocedió. Su rostro estaba ahora blanco como una sábana. Sus ojos asustados buscaban cómo escapar.

—Ya tienes tu dinero. Me gustaría marcharme...

—¡No quiero su maldito dinero! —gritó Stan.

La espalda del asesino encontró la pared.

—¿Qué...?

Otro paso más.

—No tiene adonde huir —dijo—. Nadie le oirá gritar.

—Por favor, no te atrevas a... Te pagaré lo que quieras. Lo que me digas.

Stan redujo la distancia que los separaba a menos de un metro.

—No me sirve. El dinero no puede devolverme a mi padre. El dinero no puede devolverme la infancia...

—Tú no lo comprendes...

—¡Cállese! —ordenó Stan.

La rabia hizo que las lágrimas aflorasen y rodasen por sus mejillas. ¿Cuándo había llorado por última vez? Ya ni se acordaba. Pero aquello le sentaba bien,

muy bien. Por primera vez en su vida, todo le iba bien. Gloria, Boston, no beber ni jugar... Tenía la sensación de que estaba donde debía estar.

—Alguien tiene que vengar la muerte de mi padre —continuó Stan—. Alguien tiene que pagar por todo esto.

—No, escucha...

—Estoy seguro de que él creyó que podía dejarle de lado sin más —añadió Stan, al tiempo que metía la mano en el bolsillo—. Estoy seguro de que mi padre creyó que usted era completamente inofensivo...

En el momento en que Stan se movió para dar un paso más, la mano del asesino apareció de debajo del abrigo largo.

—Y pagó por ello, Stan. Lo mismo que tú.

El arma se disparó. Una bala atravesó el aire nocturno.

Richard le explicó a Naomi toda la situación. Ella estaba sentada a la mesa de la cocina y bebía café en una taza que Peter había hecho para ella en la escuela. «Para la mejor mamá del mundo», decía en unos de los lados con una laboriosa letra infantil. Aquel mismo año, Roger había hecho una taza para Richard que decía «Para el mejor papá del mundo». Naomi no dijo ni una palabra, no interrumpió ni una sola vez mientras su marido le relataba hasta el último detalle. Le habló de la primera llamada de David Baskin desde Australia, de las visitas de Laura, incluso del psicópata del cuchillo que había amenazado a sus hijos. No se calló nada.

La expresión de Naomi no cambió. Era una mujer baja y menuda, con una melena oscura y rizada y una sonrisa brillante que le servía para hacer trizas cualquier posible hostilidad. Ahora bebía su café de sorbo en sorbo, con toda calma del mundo. Los niños se habían ido a la cama hacía media hora. No habían protestado, cosa poco habitual en ellos. De hecho, se habían ido a la cama una hora antes de lo acostumbrado. Todo un milagro. Los dos habían dicho que al día siguiente tenían un partido de fútbol, y que el entrenador Duckson les

había asegurado que su rendimiento aumentaría si dormían más. Así que Roger y Peter se habían despedido de sus atónitos padres y, sin más, se habían ido a la cama. En aquel momento, como casi siempre que Roger y Peter se acostaban, en la casa reinaba un curioso silencio. Cada sonido se amplificaba, y su eco parecía prolongarse por toda la casa.

—¿Qué crees que debo hacer? —preguntó Richard cuando acabó—. ¿Debo decirle a Laura a lo que se enfrenta, o mantengo la boca cerrada?

Naomi se levantó para ir hasta la cafetera. Se sirvió una segunda taza. Una segunda taza después de cenar. Eso no era nada bueno. Demasiada cafeína. Pero Naomi tenía la sensación de que pasaría la mayor parte de la noche despierta, bebiese o no bebiese café.

—¿Es esta la razón por la que te has estado comportando de una forma tan extraña estos últimos días?

Richard asintió.

—¿Por qué no me lo contaste antes?

—No lo sé —contestó Richard—. Supongo que mantenía la ilusión de que el problema desaparecería por sí solo.

—¿Por sí solo? ¿Cómo?

Corsel se encogió de hombros.

—No digo que fuese una esperanza real, Naomi, solo que era una esperanza. ¿Qué crees que debería hacer?

—Eres un buen hombre, Richard.

—¿Eh?

—Eres un buen padre, un buen marido, un hombre trabajador, un buen hijo para tus padres y un buen amigo.

—No veo adónde quieres ir a parar.

Naomi bebió otro sorbo de café.

—Solo digo que me casé con un hombre bueno, nada más. La mayoría de la gente no se preocupa por los problemas de los demás. La mayoría de la gente se

habría olvidado de todo este asunto hace tiempo. Tú no, Richard. Todo este asunto te está consumiendo, ¿no es así?

Richard titubeó, y después asintió.

—Sí —admitió—. Lo hace.

—En ese caso, tal como yo lo veo —continuó Naomi—, no tienes elección.

—¿Te refieres a...?

—Por supuesto que me encantaría olvidarme de todo esto —manifestó Naomi—. Y lo más probable es que yo pudiera hacerlo sin que me preocupara demasiado. Pero tú no puedes, Richard. Tú no eres así. Te volverás loco, y no quiero tener un marido loco. Por lo tanto, haremos lo siguiente. Hasta que todo este asunto se solucione, tendrás que llevar a los mellizos a la escuela todas las mañanas. Yo les recogeré por la tarde. Tal vez deberíamos recortar un poco sus actividades extraescolares. No viviremos dominados por el miedo, pero sí tendremos que ser más precavidos, al menos durante un tiempo.

Richard no respondió. Bajó la mirada y acercó una mano a través de la mesa. Naomi se la sujetó. Por mucho que su mujer mantuviera la compostura, Corsel sabía que por dentro estaba experimentando una profunda inquietud. La mano de Naomi apretó la suya con fuerza. La miró y vio que lloraba.

Gloria acomodó los espejos retrovisores del coche para vigilar todos los ángulos posibles. Nadie iba a pillarla por sorpresa. Después intentó relajarse, con la mirada recorriendo los tres espejos y la calle que tenía ante ella. Desde que estaba allí, no había pasado ningún transeúnte. Nadie se había aventurado a entrar en esa calle.

Aun así, Gloria tenía la sensación de que la vigilaban.

Sabía que solo eran imaginaciones suyas, que no había ningún ojo que la estuviese espiando a través de las grietas de las desvencijadas tablas de las ventanas. Acercó una mano al mando de la calefacción para subirla un poco más.

No servía de nada. Ya estaba a tope. No se oían sonidos, salvo alguna que otra bocina o algún frenazo en una calle vecina.

¿Qué demonios estaba haciendo Stan allí? ¿En qué clase de lío se había metido esta vez? Los problemas perseguían a Stan como una sombra. Le pisaban los talones y lo agarraban cada vez que intentaba coger carrerilla para dejarlos atrás.

«Ten cuidado, Stan. Por amor de Dios, ten...».

La detonación rompió el silencio de la noche.

«Oh, Dios mío, no. No es posible».

Todas las preocupaciones por su propia seguridad desaparecieron en el acto. Tiró de la manecilla de la puerta, la abrió, y salió del coche disparada. Corrió hacia la entrada del callejón, tropezando en el duro e irregular pavimento, y sintió cómo el aire helado de la noche penetraba en sus pulmones.

«Stan. Oh, Stan, por favor, que no te haya pasado nada».

Pero algo en el gélido aire de la noche pareció burlarse de su plegaria. Llegó a la esquina, y al entrar en el callejón perdió uno de los zapatos. Aun así, Gloria no interrumpió la carrera. Continuó moviéndose, continuó corriendo por aquel angosto pasaje... Hasta que le encontró.

—¡Stan!

Sonaron las pisadas de alguien que desaparecía a la vuelta de la esquina, pero la mente de Gloria no registro el ruido, no registró ningún sonido en absoluto. El latido de la sangre en sus sienes era ensordecedor. Sus ojos se abrieron de par en par, llevados por el horror.

Cuando llegó donde estaba el cuerpo de Stan, se arrodilló a su lado. La bala le había alcanzado en el pecho, la sangre se derramaba y lo manchaba todo en su camino. La mano de Stan intentaba sin fuerzas tapar la herida y detener la hemorragia, pero apenas podía contenerla. Respiraba y aún estaba consciente, mientras la vida escapaba poco a poco de su cuerpo y se perdía en el oscuro y sucio asfalto.

Gloria se sintió dominada por la impotencia. No había ningún teléfono cerca,

no había manera de llevar a Stan hasta el coche y trasladarlo a un hospital. Se quitó el abrigo y lo apretó contra la herida. Su rostro estaba bañado en lágrimas.

—Ahora mismo vuelvo —dijo—. Voy a buscar ayuda.

Stan le lanzó una mirada agonizante y la sujetó por el brazo. Podía percibir claramente cómo su mente se apagaba. Maldición, se estaba muriendo. Estaba acabado. No experimentaba ningún dolor, pero sentía cómo su alma se apartaba poco a poco de su cuerpo. Algo tiraba de él y lo arrastraba lejos de aquel callejón helado.

Vio los ojos de Gloria sobre él. Otra mujer que lo miraba con compasión. Las mujeres habían sido el azote de su corta y miserable vida en aquel mundo. Le habían golpeado, le habían amado y odiado, habían hurgado muy dentro de su alma y dejado cicatrices y heridas que quizá la muerte acabaría por curar. Stan aún deseaba vengarse de ellas, de todas ellas... Mientras Gloria lo miraba, aún le quedaba una última oportunidad antes de morir. Tenía una última oportunidad para aplastar a una última mujer como a un insecto. Le diría que nunca le había importado, que solo la había utilizado, que no era más que una mala puta, como todas las demás. Gloria volvió a hacer el gesto de levantarse para ir a pedir ayuda, y la mano de Stan la sujetó con más fuerza. Ahora Gloria sabría qué era el dolor, pensó. Ahora sabría cómo era que te desgarrasen por dentro.

—¿Gloria?

—Estoy aquí.

La muerte se acercó a Stan. Sus ojos comenzaron a ponerse en blanco y a cerrarse.

—Te quiero, Gloria.

Ahora solo estaban a una manzana. Había llegado el momento. En apenas unos minutos, Laura se encontraría con su madre.

Serita conducía muy despacio. Resistió la tentación de pisar a fondo el acelerador, lanzar su BMW blanco por la calle a toda velocidad, y dejar atrás el camino de entrada. En muchos sentidos, deseaba que aquel viaje durase más, deseaba no apearse nunca del coche, que nunca descubrieran la verdad sobre la muerte de David. Tenía la sensación de que ambas estaban sentadas a solas en el consultorio de un médico, a la espera del resultado de un análisis de vida o muerte, y de que hacían el esfuerzo de distraerse leyendo los diplomas en las paredes y los rutinarios folletos de prevención de enfermedades.

—¿Laura?

La respiración de Laura era rápida y poco profunda. Serita casi podía sentir cómo la mente de su amiga se debatía estirándose de un lado al otro, hasta el punto de no poder recuperar la normalidad.

—¿Qué?

—¿Estás segura de que no quieres que entre contigo?

—Sí —respondió Laura, con voz firme.

—¿A qué hora quieres que venga a recogerte?

—Volveré por mi cuenta.

—Por favor, Laura, no seas así. Volveré dentro de media hora y te esperaré aquí hasta que salgas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —contestó Laura.

Serita puso el intermitente. Era imposible ir más despacio, seguir retrasándolo. Entró con el coche por el camino particular, y los faros alumbraron los setos como si estuviesen buscando a un intruso. Condujo el BMW hasta la puerta

principal. No se veía luz en ninguna de las ventanas. Tampoco había luces encendidas en el exterior de la casa. Laura abrió la puerta del coche y se apeó.

—Por lo que parece, no hay nadie en casa —comentó Serita.

—Todavía no —dijo Laura—. Esta noche mi padre trabaja hasta tarde, y mi madre estará al caer.

—¿Vas a esperar aquí afuera?

—Tengo la llave.

—De acuerdo —dijo Serita—. Buena suerte, Laura. No pierdas los estribos.

—De ninguna manera.

Laura se apartó del coche y se encaminó hacia la puerta. Buscó en el bolso, encontró la llave y la introdujo en la cerradura. La puerta se abrió sin problemas. Entró en la casa y cerró tras ella. Su mano encontró el interruptor por instinto.

Había pulsado aquel interruptor desde que era una niña gordita que debía ponerse de puntillas para alcanzarlo. Miró el entorno de su juventud como si todo fuese nuevo para ella. La casa familiar le pareció distinta, como un libro que solo hubiese ojeado sin llegar nunca a preocuparse de leerlo de principio a fin.

Laura subió las escaleras hasta la última planta. Sabía exactamente dónde lo encontraría. Su madre era una persona organizada. Todo estaba en su sitio. Mary Ayars no perdía nunca nada. Era una característica que su hija menor no había heredado. Cuando Mary visitaba el despacho de Laura, siempre hacía la misma observación: «¿Cómo puedes trabajar en medio de tanto desorden? ¿Cómo puedes encontrar nada?».

La verdad era que, la mitad de las veces, Laura no conseguía encontrar lo que buscaba, pero por esa misma razón tenía a Estelle. Estelle, que ahora mismo estaba en Hamilton con la misteriosa llave de Judy, sabía cómo y dónde archivarlo todo. Gracias a ella, Laura podía ser desordenada sin preocuparse de nada. La mente de Laura trabajaba deprisa, a veces demasiado rápido. Entraban las ideas y luego salían los detalles. No ocurría así con su madre. Mary era lenta.

Hacía una cosa cada vez, y no comenzaba una nueva tarea hasta que hubiese acabado la anterior.

«Mi madre nunca me haría daño, nunca haría daño a ningún familiar. Nos quiere».

A Laura le dolía la cabeza. Su madre. Su hermosa, amante y a menudo sofocante madre. Mary Ayars había cuidado de sus hijas cuando estaban enfermas, las había abrazado cuando tenían miedo de la oscuridad. Les había leído cuentos antes de irse a la cama y las había arropado antes darles un beso de buenas noches. ¿Podría ser todo aquello mentira? ¿Podía ser falso? ¿Había llegado Laura a conocer a su madre de verdad? Preguntas como aquellas devoraban ahora el cerebro de Laura y la llevaban al borde de la locura. Había muy pocas cosas consistentes en la vida. Su madre siempre la había amado de todo corazón y sin la menor muestra de egoísmo, pero ahora Laura se veía obligada a preguntarse por el sentido de su vida. La preciosa fachada de Mary Ayars estaba desapareciendo capa a capa, y Laura ya no estaba segura de querer ver lo que había debajo.

«Tiene que ser un error. No puede ser más que un error...».

Aun así, Laura sabía que su madre tenía la clave de la muerte de David. El cómo y el porqué, eso ya no sabría decirlo. Su madre había odiado a David desde el primer momento. Incluso le había suplicado que no se viesen, que lo olvidara. ¿Por qué? Nunca lo había visto, ni siquiera se había sentado en la misma habitación con él. ¿Por qué se había opuesto de aquel modo a su relación? ¿Cómo era posible que no hubiera visto lo feliz que la hacía David, que por primera vez en su vida estaba enamorada de verdad? ¿Y todo por una aventura amorosa vivida hacía treinta años? ¿El pasado la había forzado a viajar a Australia, a encontrarse con David y...? ¿Y qué?

Una corriente helada recorrió el pasillo. Laura no conocía la respuesta a aquella pregunta, pero no tardaría mucho en saberla. Ahora mismo, había otra cosa que Laura debía hacer. Entró en el dormitorio de sus padres y se dirigió a la mesita de noche del lado de la cama que ocupaba su madre. Abrió el segundo

cajón, y vio la tapa azul casi de inmediato. Lo sacó y buscó deprisa entre las páginas. Sus temores se vieron confirmados en cuestión de segundos. Tenía muy claro lo que encontraría allí, y se había preparado. Aun así, la confirmación fue como una puñalada en el pecho.

«Es verdad. Dios mío, es verdad».

En la planta baja se abrió la puerta principal.

—¿Hola?

La voz de su madre. Ahora incluso la voz de su madre le sonaba falsa.

—Estoy aquí arriba, mamá.

—¿Laura? —respondió su madre, sorprendida—. ¿Qué haces aquí?

Laura se guardó en el bolsillo el objeto azul que había sacado del cajón.

—He venido a hablar contigo —gritó.

—¿A las ocho de la noche? ¿Por qué no has llamado, cariño?

—No... No lo sé, solo quería hablar contigo.

—¿Ya has ido al hospital? El doctor Clarich dijo que...

—Estoy bien.

—¿Cómo has venido? Tu coche no está en la entrada.

Pese a que la voz procedía de la planta baja, a Laura le pareció que sonaba muy lejana.

—Me ha traído Serita.

—Entonces ¿piensas pasar la noche aquí?

Laura percibió la ilusión en la voz de su madre.

—No, no lo creo. Vendrá a recogerme dentro de media hora.

Mary fue a la cocina.

—¿Por qué no bajas, Laura? Tanto gritar me está dando dolor de cabeza.

«¿Dolor de cabeza? —pensó Laura mientras cruzaba el dormitorio—. ¿Alguna vez has visto a David cuando le duele la cabeza, mamá? ¿No? Entonces no tienes ni idea de lo que es un dolor de cabeza. ¿Crees que esas pequeñas molestias en tu cabecita pueden llamarse dolor? No me hagas reír. Claro que tú siempre has sido muy delicada, ¿no es así, mamá? Siempre te han protegido de

los sinsabores de la vida. Dejas que tu belleza distorsione y moldee todo lo que te rodea para satisfacer tus necesidades. No has trabajado ni un solo día desde que tengo uso de razón. Te has pasado la vida fingiendo desear la independencia, cuando lo único que hacías era inventarte excusas. Papá siempre cuidó de ti, te vistió, te dio de comer y te hizo feliz como a una niña adulta. ¿Y cómo se lo pagaste, querida mamá? Con una traición. Te acostaste con el padre de David, y solo tú sabes con cuántos más».

A cada paso que daba, Laura sentía cómo aumentaba la rabia hasta que su mente estuvo a punto de estallar. Habían desaparecido los pensamientos prudentes, la idea de que quizá hubiera una explicación lógica a todo aquello, de que tal vez su madre no tenía nada que ver con la muerte de David. La rabia desatada se había apoderado de Laura y desplazado la razón. Entró en la cocina y se enfrentó a su madre.

Mary se volvió y miró preocupada el rostro de su hija.

—Laura, ¿estás bien? —preguntó.

Laura no respondió. Metió la mano en el bolsillo y sacó lo que había cogido del cajón de la mesita de noche. Mary lo miró con ojos desorbitados. El miedo apareció en ellos cuando vio lo que su hija sujetaba en su mano.

—¿Qué haces con eso?

—Acabo de cogerlo de tu cajón.

—No tienes ningún derecho a curiosear entre mis cosas.

—Y tú no tenías ningún derecho a matar a mi marido.

Se hizo un silencio opresivo y sofocante. Mary dio un paso atrás, y se llevó una temblorosa mano a la garganta.

—¿Qué has dicho?

—Ya me has oído. —Le arrojó el pasaporte a su madre. Mary dio otro salto atrás, como si le hubieran lanzado un trozo de carbón encendido.

—Estuviste en Australia durante nuestra luna de miel. No lo niegues, mamá. Los pasaportes no mienten.

Mary no dijo palabra. Siguió retrocediendo hasta que acabó acurrucada en un

rincón.

—¿Cómo descubriste dónde estábamos, mamá? ¿Te lo dijo papá? ¿Fue Gloria, tal vez?

Mary cerró los ojos y negó con la cabeza.

—¿Te lo dijeron ellos o...? —Laura se interrumpió. Su mente volvió a la intrusión en su nueva casa, la agenda abierta, la fotografía rota...—. Fuiste tú...

—¿Qué?

—Fuiste tú quien entró en nuestra casa cuando estábamos fuera. ¿No fuiste tú, mamá? Eso explica por qué no forzaron la entrada. Tú cogiste de mi apartamento la llave de la casa, y yo te había dicho cuál era el código de la alarma. Fuiste tú quien leyó nuestra agenda. Fue así cómo averiguaste dónde estábamos. Fuiste tú quien destrozó la fotografía del padre de David, ¿no es así, mamá?

Mary continuó sin decir nada. Todo su cuerpo temblaba en el rincón.

El grito de Laura retumbó en la cocina.

—¡¿No es así, mamá?!

Mary dejó caer los hombros y, finalmente, asintió.

—¿Por qué?

Su madre comenzó a hablar con palabras temblorosas:

—Porque tenía claro que estabais haciendo algo... que querías ocultarme —afirmó—. En tu despacho nadie sabía dónde estabas. Tu padre y Gloria dijeron que lo más probable era que estuvieses en un viaje de negocios, pero tú nunca me habías ocultado ninguno de tus viajes. Nunca te marchabas sin llamarme. Y... me asusté, Laura, me asusté. Fui a tu apartamento a buscar alguna pista, pero allí no había nada. Entonces vi la llave de la casa que compraste con David. Fui allí y busqué en la mesa, hasta que encontré la agenda de David. Así me enteré de que os habías fugado a Australia.

—¿Qué me dices de la fotografía? ¿Por qué la destrozaste?

Mary se apartó. Comenzó a acomodarse los anillos en los dedos.

—No tenía la intención de romperla —confesó—. El álbum de fotos estaba

allí, en la mesa, y comencé a ojearlo: Estaba tan alterada... Supongo que descargué toda mi furia en esa foto.

—No era una fotografía cualquiera —señaló Laura con voz pausada—, en ella aparecía Sinclair Baskin. ¿Te acuerdas de él?

—No. Por supuesto que no...

—Entonces, deja que te refresque la memoria —la interrumpió Laura, haciendo un esfuerzo tremendo por mantener a raya su rabia—. Sinclair Baskin es el hombre que robaste a la tía Judy hace treinta años.

El rostro de Mary perdió el color.

—¿Cómo...?

—Tuviste una aventura con él —continuó Laura—. ¿O es que has tenido tantas aventuras a lo largo de tu vida que algunas de ellas se han borrado de tu mente?

Mary se tapó los oídos con las manos. Cerró los ojos todo lo que pudo.

—No, no.

—Ahora que lo pienso, ¿la tía Judy no salía con papá antes de que lo conocieras? ¿También le robaste a papá?

—No, no...

—Luego Sinclair Baskin quiso romper contigo, ¿no es así? Cuando acabó de divertirse y utilizarte, te echó sin más.

—Eso no fue así en absoluto...

—¿Cómo pudiste hacerle eso a papá? ¿Cómo pudiste engañarle de esa forma?

Mary se cubrió el rostro con las manos. Por primera vez, su voz fue un poco más que un susurro.

—¿Crees que no me lo pregunto todos los días? Quiero mucho a tu padre. Nunca, nunca más tuve una aventura después de aquella.

—Bien por ti —le espetó Laura, sin disimular el sarcasmo.

—Por aquel entonces —prosiguió Mary—, tu padre trabajaba en el hospital noche y día. No le veía nunca. Cuidaba de Gloria y me pasaba todo el día en casa sin hacer otra cosa que mirar la televisión. Y entonces apareció Sinclair. Era

apuesto y atractivo, un hombre de mundo, y yo era joven e ingenua. Me enamoré. Tú deberías comprenderlo mejor que nadie. Sin duda, tu David poseía los mismos encantos.

—No te atrevas a comparar lo que viví con David con tu sórdida aventura con Sinclair.

—No lo hago —se defendió Mary—. Solo digo que era joven y me sentía sola. Cometí un error. No espero que lo comprendas, y no quiero tu compasión.

—Bien, porque no la tendrás. Pero sí tengo otra pregunta. ¿Por qué mataste a Sinclair Baskin?

Su madre se quedó de piedra.

—¿Matar a Sinclair? Se suicidó, igual que...

—¿Igual que quién, mamá?

—No... Nadie. Sinclair Baskin se suicidó. Se pegó un tiro en la cabeza.

—Otra mentira, mamá.

—No. Es verdad...

—¡Es mentira! —gritó Laura—. Sinclair Baskin rompió contigo. Tú estabas destrozada y no encontrabas consuelo. Al fin y al cabo, nadie rompe con la preciosa Mary Ayars, ¿no? Según su secretaria, fuiste la última persona que le vio con vida.

—Se suicidó, Laura. Lo sabe todo el mundo.

—Te equivocas, mamá. Stan Baskin estaba allí, escondido detrás del sofá. Vio cómo asesinaban a su padre.

El cuerpo de Mary se tambaleó. Continuó negando con la cabeza, como si con ese simple gesto pudiera refutar las palabras de su hija.

—Yo nunca le hice daño a Sinclair, te lo juro. Sí, tuvimos una aventura hace treinta años, pero no tuve nada que ver con su muerte. Tienes que creerme. Durante treinta años he tenido que pagar por lo que hice entonces. Todos tenemos cosas que pagar hasta extremos que nos parecen inimaginables.

—¿Incluido David?

—No tenía por qué haber ocurrido de esa forma.

—¿De qué forma?

—David no tenía que morir.

Laura se quedó sin aliento por un instante.

—Tú le mataste... —dijo con voz ahogada.

—No pretendía hacerlo —sollozó Mary—. Creí que todo acabaría de una forma distinta. Creí que estaba haciendo lo mejor para todos.

—¡Tú mataste a David!

Mary negó con la cabeza.

—No lo entiendes. No fue planeado, fue un accidente. Creí que él reaccionaría de otra forma.

—¿Reaccionar de otra forma? ¿De verdad creíste que podrías convencerle de que me dejase?

—Algo... Algo por el estilo...

—¿Creíste que me abandonaría como Sinclair te abandonó hace treinta años?

—Era una carta que debía jugar.

—Entonces, cuando él se negó, tú hiciste que lo mataran.

Mary levantó la cabeza.

—¡No! En absoluto.

—Le odiabas por lo que te había hecho su padre hace treinta años.

—¡No!

—No querías que tu hija cometiese el mismo error que habías cometido tú. Al fin y al cabo, de tal palo, tal astilla, ¿no? Decidiste que él no era bueno para mí.

—No es eso —afirmó Mary—. No lo entiendes...

—¿Cómo pudiste estar tan ciega con respecto a David, mamá? No era ni por asomo como su padre. David era cariñoso, dulce, considerado...

—¡Lo sé! —la interrumpió Mary con un grito desesperado—. Sé que era un joven maravilloso. Sé que no era en absoluto como su padre. ¿No lo ves? Yo no le deseaba la muerte.

Laura calló. Miró a su madre, intrigada.

—Entonces ¿por qué, mamá? Si creías que era un hombre tan maravilloso,

¿por qué hiciste que le mataran?

—Yo no hice que le mataran. Yo no he matado a nadie.

—Acabas de decir que...

—Que causé su muerte —explicó Mary—, pero no que lo hubiera matado.

La mente de Laura era un torbellino.

—Lo que dices no tiene ningún sentido. Querías destruir la relación entre tu hija y un hombre a quien acabas de describir como «del todo maravilloso». Tenías tantas ganas de separarnos que volaste a Australia, te reuniste con él, y le suplicaste que dejase de verme, ¿correcto?

—Sí.

—Y entonces, cuando se negó a dejarme...

—No se negó —afirmó Mary—. David me prometió que no te volvería a ver nunca más.

Laura no se podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Qué estás diciendo?! —exclamó—. ¿Convenciste a David para que me dejase?

—Creo... Creo que sí, Laura. Pero en ese momento no comprendí lo que eso podía suponer. Tú misma acabas de decir que de tal palo, tal astilla.

—¿Y?

—David te amaba. No podía soportar estar lejos de ti. Después de reunirse conmigo, creí que solo iba a dejarte, que desaparecería de tu vida. Fue lo que me prometió. Sabía que acabarías destrozada. Sabía lo mucho que lo amabas. Pero eras joven y fuerte. Podrías recuperarte del golpe. Tu familia te ayudaría. ¿No lo entiendes, Laura? Solo quería que David te dejase. Yo no quería que se suicidase... Como... Como había hecho su padre.

Laura sintió que se le aflojaban las rodillas.

—¿Qué?

—David se ahogó muy poco después de convencerle de que te dejase. ¿No te parece demasiada coincidencia? Nunca imaginé que mis palabras lo impulsasen a matarse.

Laura sintió que los golpes llovían sobre su cabeza. Intentó defenderse, pero eran demasiados y llegaban demasiado rápido. Se sintió mareada y enferma.

—¿Intentas decirme que David estaba tan alterado por las indiscreciones de su padre que se suicidó?

—No, en absoluto.

—¡¿Por qué no pudiste dejarnos en paz?! —gritó Laura. Las lágrimas rodaban por sus mejillas—. Éramos felices y estábamos enamorados. ¿Por qué tu execrable aventura tenía que tener algo que ver con nosotros?

—Por desgracia —manifestó Mary, con voz triste—, lo tiene todo que ver con vosotros.

—Pero ¿por qué? —preguntó Laura. Estaba a punto de atacar físicamente a su madre, de soltarle puñetazos y puntapiés hasta acabar agotada—. David era un niño cuando murió Sinclair Baskin. No era en absoluto como su padre, tú misma acabas de decirlo. ¿Por qué era tan importante para ti destruir nuestro matrimonio?

Mary se tragó el nudo en la garganta. Se irguió y puso la espalda recta. Se volvió para mirar a Laura como si estuviera preparándose para recibir un golpe tremendo. Todo su cuerpo temblaba.

—Porque —dijo con voz pausada— te habías casado con tu hermano, Laura.

—Por aquí, señorita.

Estelle siguió al presidente del First National de Hamilton al interior del banco. Era tarde, ya había pasado la hora de cierre, pero Estelle había logrado que le abriesen las puertas. ¿Cómo? Secretos del oficio. Estelle sabía mejor que nadie cómo moverse por la red. Había convertido en un arte el simple hecho de coger el teléfono. Le dabas el teléfono y la guía, y era capaz de localizar a cualquier persona o cosa, como la verdad que se ocultaba detrás de la misteriosa llave de Judy Simmons.

—Por favor, siéntese, si quiere usted hacerme entrega de la llave.

Estelle se la dio.

—¿Y el poder notarial?

Le dio la carta que había redactado el abogado de Laura y certificado el notario, por la que se daba a Estelle acceso a lo que fuera que la llave pudiera abrir.

El banquero se alejó por el pasillo. Volvió al cabo de un minuto con la caja de seguridad debajo del brazo.

—Aquí la tiene.

Le dio la caja. Estelle la abrió y miró en su interior. Un montón de viejos bonos del gobierno. El contrato de trabajo de la Universidad Colgate. Pólizas de seguro...

Encontró el diario de 1960. Recordó las palabras de Laura.

—¿Qué es lo que esperas que encuentre, Laura?

—En realidad, no lo sé. Algo que tenga relación con el pasado.

—¿El pasado?

—Para ser más precisos, 1960. A mi tía le pasó algo aquel año, y necesito descubrir qué fue exactamente lo que sucedió.

—No entiendo a qué te refieres.

—Ni yo tampoco. No te preocupes. Tú solo mantén los ojos abiertos a cualquier cosa relacionada con 1960.

Estelle no tardó más de unos segundos en vaciar todo el contenido de la caja en una bolsa. Le dio las gracias al banquero, y se apresuró a volver al taxi que la esperaba. El avión privado que Laura había alquilado para ella la aguardaba en el aeropuerto. Estelle consultó su reloj. Con un poco de suerte, estaría en el apartamento de Laura con el diario en poco más de dos horas.

El silencio reinó en la cocina durante más de un minuto. Solo los sonidos de los sollozos de Mary rompían la quietud que rodeaba a las dos mujeres. Laura estaba tan atónita que no podía ni moverse, demasiado estupefacta como para permitir que la verdad calase más allá de la periferia de su mente.

—¿Mi... hermano? —consiguió decir a duras penas—. ¿David era mi hermano?

Mary asintió.

—Sinclair Baskin era tu verdadero padre.

—No... —negó Laura, con una voz apagada—. No puede ser.

—Es la verdad. Me gustaría que no lo fuese, pero es la verdad.

—Pero ¿cómo...?

—Porque me comporté de forma estúpida y despreocupada. Me quedé embarazada durante mi aventura con Sinclair.

—Quizá fue papá el responsable de que... Quizá fuese él quien...

Mary negó con la cabeza.

—Tu padre y yo no dormíamos juntos desde hacía dos meses.

—¿Y te quedaste embarazada?

Mary asintió.

—¿Se lo dijiste a Sinclair?

—Por supuesto que se lo dije. Como te expliqué antes, era joven y estaba hecha un lío. Creía que estábamos enamorados. Estaba dispuesta a abandonar a tu padre y comenzar una nueva vida como la señora de Sinclair Baskin.

—Entonces ¿qué pasó?

—Cuando Sinclair se enteró de que estaba embarazada, me echó de su despacho.

—¿Así, sin más?

Mary asintió.

—Dijo que no le importaba lo que hiciese con el bebé, siempre que me alejase de él de inmediato. Estaba muy asustada, Laura. Aterrorizada. Nunca me sentí tan sola en toda mi vida. No tenía a nadie a quien acudir. Nunca tuve muchas amigas, solo relaciones superficiales. Creían que era guapa y popular, pero nadie se preocupó nunca de conocerme de verdad. Me refiero a que la bonita Mary no tenía ni carne, ni sangre ni sentimientos. No era más que una preciosa pintura, como un paisaje que la gente podía mirar y admirar. Nada más. Seguro que conoces esa sensación.

Laura lo conocía muy bien.

—¿Y qué hiciste?

Mary se acercó a la pila, abrió el grifo y llenó un vaso.

—Lloré a lágrima viva, lloré como una tonta. Después me senté e intenté pensarlo con calma. ¿Qué podía hacer? En aquellos años, el aborto no era una posibilidad real. Podías abortar si tenías dinero, pero James manejaba todas nuestras finanzas. No habría tardado ni un segundo en descubrirlo. Me planteé decirle la verdad, pero ¿puedes imaginarte lo que habría pasado? Tu padre es un hombre muy... posesivo. Si se enteraba de que estaba embarazada, bueno, no sé de lo que hubiera sido capaz.

—Lo más probable es que se hubiera divorciado.

—Lo más probable —admitió Mary.

—Al final, ¿qué decidiste hacer?

—¿No es obvio? —preguntó Mary—. Fingí que el bebé era suyo.

—¿Y cómo lo hiciste? Acabas de decir que llevabas meses sin acostarte con él.

—La noche después de que Sinclair me echase, hice todo lo posible por volver a seducir a James. Hicimos el amor casi todas las noches durante meses.

Laura sintió que su estómago se revolvía.

—La seducción siempre ha sido la respuesta para ti, ¿no es así, mamá?

—Nadie más que yo deseaba que hubiese habido otra solución, pero ¿qué podía hacer? Tenía que hacerle creer que el bebé era suyo. No fue fácil. Tuve un embarazo muy difícil. Estuve enferma durante semanas y deliraba. Vomitaba todas las mañanas. Sangraba en abundancia. Creí que iba a tener un aborto y, Dios me perdone, llegué a desearlo con todas mis fuerzas. Pasé muchos días con fiebre muy alta, y apenas conseguía recordar lo que pasaba.

—Aun así, conseguiste engañarlo.

—Tenía que hacerlo, Laura. Tenía que hacerle creer que el bebé era suyo. Había dos grandes obstáculos que se interponían en el camino de mi engaño: el momento y el parecido familiar. Verás, si todo seguía su curso, tú nacerías nueve meses después de haber quedado embarazada de Sinclair, y tu nacimiento se habría producido al menos un mes antes de la fecha correcta, si de verdad eras el bebé de James.

—¿Y cómo lo solucionaste?

—Me dije que, a la luz resplandeciente de la paternidad, podía hacerlo pasar por un parto prematuro. Por fortuna, tardaste bastante más en nacer. No tuve necesidad de mentir.

—¿Qué pasó con el parecido familiar?

—Al final, por suerte para todos, heredaste mi aspecto. Nadie reparó nunca en el posible parecido con Sinclair. Al año siguiente, nos trasladamos a Boston. Mi

secreto estaba a salvo. Con Sinclair muerto, la única persona que sabía la verdad era mi hermana.

—¿Se lo dijiste a Judy? —preguntó Laura, incrédula.

—Necesitaba confiar en alguien, Laura. No podía hacerlo sola. Por lo tanto, confié en la única persona en la que siempre podía confiar.

—¿Ella no estaba furiosa contigo por haberle robado a Sinclair?

—Éramos hermanas, Laura. De la misma forma que tú lo hiciste con Gloria, Judy no podía volverme la espalda en un momento de crisis, Sin su ayuda, no sé qué hubiese hecho...

—O sea, que la tía Judy lo sabía todo...

—Sí.

—Ella iba a decírmelo, ¿verdad? Por eso me llamó el otro día.

—Sí —admitió Mary—. Creo que tenía pensado hacerlo.

—Entonces la mataste a ella también.

—¿Qué?

—Tú iniciaste el incendio.

—Era mi hermana, como puedes...

—¿La misma hermana a la que le robaste dos hombres?

—Eso es distinto, Laura. Quería a Judy, ya lo sabes. Y ella me quería a mí.

—Entonces, dime por qué de pronto decidió traicionar tu confianza.

—No lo sé, Laura. Yo también me lo he preguntado. Aunque pueda dar esa impresión, aunque todo parezca señalarme, lo cierto es que yo no inicié el incendio. Te lo juro. Trata de comprenderlo. Solo intentaba hacer lo mejor. Si lo miras con objetividad, Laura, ¿acaso no había salido todo bien? Hasta que tú te enamoraste de David, todo iba de maravilla. James te quiere más que a nada en el mundo.

—No, mamá. Él ama una mentira.

—No digas eso: te ama. La biología no significa nada. Si te hubiésemos adoptado, él te querría de la misma forma, ¿verdad?

—Pero no me adoptasteis. Soy fruto de una mentira.

—Una mentira que funcionó a la perfección hasta que dejaste de escucharme.

—¿Dejar de escucharte?

—En cuanto me enteré de que David era el hijo de Sinclair, te rogué y supliqué que no le vieses más. ¿Por qué no me escuchaste, Laura? ¿Por qué no te mantuviste alejada de él? Intenté detenerte. Estaba segura de que lo conseguiría. Entonces te fugaste a Australia y te casaste. Así que te seguí. No tenía otra alternativa.

—¿Por qué no pudiste decirme la verdad?

La mirada de Mary no se apartó de los ojos de su hija.

—Para entonces, habían pasado treinta años del engaño, Laura. Las mentiras estaban bien asentadas en esta familia. Tuve miedo de las consecuencias, de lo que podía suceder si, de pronto, se removía todo... Así que viajé a Australia para hablar con David y contarle la verdad. No le dije a nadie adónde iba. Ni siquiera a Judy. Cuando llegué, llamé a David a tu hotel. Se mostró sorprendido, por supuesto, pero aceptó encontrarse conmigo en mi habitación en el Pacific International. Hablamos durante toda la tarde... Oh, Laura, fue algo horrible. David estaba muy confuso. De pronto estaba furioso y se paseaba por la habitación. Después, se quedaba callado, lloraba... Cada palabra que le decía era como una puñalada para él. Estaba destrozado. Recuerda que todo esto lo estás oyendo ahora, sabiendo lo que ocurrió después. Pero David tenía que decidir qué hacer. Te amaba. No podía vivir sin ti. También sabía lo mucho que deseabas tener hijos y lo peligroso que sería ignorar la verdad. De pronto, todo su mundo estaba en un barco que se hundía, y yo era quien lo echaba a pique. Cuando hablé con tu padre al volver a casa y me dijo que David se había ahogado, supe que mis palabras habían sido la causa. Yo solo quería que te dejase, Laura. Tienes que creerme. Ojalá hubiese habido otra forma, pero no la había. No podía quedarme cruzada de brazos y dejar que te casaras con tu hermano. Entiendes que no tenía otra alternativa, ¿verdad?

Laura se echó hacia atrás. Las lágrimas bañaban su rostro.

«Oh, David, no me importa lo que pensase el mundo. Podríamos habérmolas

arreglado para que funcionase. Por Dios, podríamos haber adoptado en vez de tener hijos. Podrías haberme dejado. Cualquier cosa menos lo que hiciste».

Otra voz la apartó de sus pensamientos.

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa?

Era su padre.

Laura y Mary se volvieron. James estaba en el umbral, con su maletín de médico en una mano y el otro maletín en el suelo, junto a su pie. Abrió los ojos como platos, sorprendido y preocupado mientras miraba a su esposa e hija.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó.

—Nada, cariño —se apresuró a responder Mary.

James se volvió hacia su hija y observó su rostro.

—Laura, ¿te pasa algo?

El amor y la tristeza sacudieron a Laura. Deseaba tanto abrazarlo, rodearlo con sus brazos y decirle cuánto significaba para ella. Él siempre la había consolado cuando lo necesitaba. Siempre había sacrificado sus propios deseos por los de ella. Siempre. Miró un momento a su madre y se preguntó si debía decirle la verdad, si debía decirle con qué clase de mujer se había casado. Pero ¿de qué serviría? Solo le haría daño. Había vivido con Mary y la había amado durante más de treinta años. Si continuaba siendo ciego a sus faltas, era porque él lo había escogido así.

—Nada, papá.

—Pareces alterada. Ambas lo parecéis.

—Solo estábamos manteniendo una conversación sin tapujos —explicó Laura—. Nos hemos dejado llevar por las emociones, eso es todo.

Mary miró a su hija, agradecida, pero Laura no le dio la satisfacción de verse recompensada.

—Comprendo... —asintió James, aunque su tono decía lo contrario—. El coche de Serita está en la entrada. ¿Quieres que la invite a pasar?

—No, tengo que irme —contestó Laura, ignorando por completo la mirada de su madre.

Laura recogió el abrigo, se lo puso, y se despidió de su padre con un beso.

—Te quiero, papá.

La sonrisa de James no podía ser más triste.

—Yo también te quiero, cariño.

—Será mejor que me vaya.

Laura se alejó por el pasillo sin decir nada más. Cuando llegó a la puerta, se volvió una última vez para mirar a sus padres. Ambos la observaban preocupados. Parecían tan pequeños, tan vulnerables, y no obstante eran una imagen tan conocida y consoladora para ella. James y Mary Ayars. Sus padres.

Laura abrió la puerta y salió al frío aire nocturno. No tenía manera de saber que nunca más volvería a verlos juntos.

El viento hacía girar sus cuchillas heladas a través de la noche de Boston. T. C. se abrazaba a sí mismo en un inútil intento de mantenerse caliente. Aquella no era una noche para estar al aire libre. Aquella era una noche para estar en la cama, bien abrigado con un par de mantas, y entretenerse viendo alguna tontería en la tele.

Se echó el aliento en las manos y las metió en los bolsillos. Había cometido la estupidez de olvidarse los guantes en casa. Comenzaba a notar las manos y los pies entumecidos por el frío. Maldita sea, necesitaba un puro, pero también se los había dejado en casa con los guantes, bien cómodos y calientes.

Maldita sea.

T. C. continuó caminando por la ribera del río Charles. Apresuró el paso, el frío era cada vez más intenso. Un minuto más tarde, encontró a la persona que buscaba: Mark Seidman.

T. C. negó con la cabeza. El viento hacía que la sensación térmica estuviese por debajo de los cero grados, y aun así Mark había escogido estar ahí, solo, junto al borde congelado del río. No había nadie más en el parque. Las parejas jóvenes que frecuentaban el lugar habían preferido quedarse junto a un buen

fuego en la chimenea, en algún bar de la zona; incluso los indigentes habían decidido que los refugios eran mucho menos peligrosos que aquel frío ártico.

—¿Mark? —llamó T. C., y el viento cogió su voz y la dispersó en todas direcciones.

Mark se volvió hacia T. C. con un movimiento torpe. Hizo un gesto para decirle que le había oído, y luego se volvió de nuevo hacia el agua.

—¡¿Qué demonios estás haciendo aquí?! ¡Es que te has vuelto loco! —gritó T. C. a través de la ventisca.

Mark levantó una mano y se la llevó a la oreja a modo de bocina para indicar que no entendía lo que T. C. le gritaba. T. C. se acercó un poco más a su amigo.

—¡¿Qué demonios haces aquí?!

—Doy un paseo.

—Una noche un tanto helada para pasear, ¿no te parece?

Mark se encogió de hombros sin decir nada.

T. C. titubeó.

—Mira, Mark, lo siento. Yo no tenía la menor intención de hacerle daño a Laura.

Mark asintió.

—Lo sé.

—Supongo que tengo cierta tendencia a ir demasiado lejos —continuó T. C. —. Pierdo la perspectiva, solo veo un punto. No intentaba otra cosa que protegerla.

—Olvídalo.

Una ráfaga de viento helado atravesó la piel de T. C. hasta que llegó al hueso. Nunca había sido de los que sentía compasión por los demás, pero la expresión torturada en el rostro de su amigo era insoportable para él.

—¿Quieres que hablemos?

—¿Sobre qué?

—De lo que sea que te preocupa.

—¿Es que ahora eres psiquiatra?

—No —respondió T. C.—. Solo soy un tipo que intenta ayudarte.

—Ya has hecho más de lo que deberías —afirmó Mark—. Nunca podré compensártelo.

—No quiero que me compenses nada. Mira, soy tu amigo, ¿no? Se supone que los amigos están para ayudarse unos a otros. ¿No habrías hecho lo mismo por mí?

—Ni lo sueñes.

T. C. se rio.

—Sigues siendo un gilipollas. Recuerdo...

—Cuidado —lo interrumpió Mark—. El pasado ya no existe. Tú mismo me lo dijiste.

—Sí, lo sé. Lo siento. ¿Quieres estar solo?

Mark no respondió de inmediato. T. C. lo observó.

«Sí —decidió—, quiere estar solo... —Consultó su reloj—. En cualquier caso, debo irme. Tengo que...».

—¿Qué estoy haciendo? —preguntó Mark en voz alta—. ¿Estoy haciendo lo correcto?

—Vaya momento para preguntártelo —dijo T. C.

—¿Tú hubieses hecho lo mismo?

—No. Pero a mí no me cuesta nada decirlo. No estaba en tu lugar.

—¿Por qué no me lo impediste?

—¿Quieres que te diga la verdad? En aquel momento, no se me ocurrió otra solución mejor.

—¿Y ahora?

T. C. se encogió de hombros.

—También me hago la misma pregunta. Quizá no era necesario llegar tan lejos. Quizá nos dejamos llevar por el pánico.

—¿Qué otra cosa hubiese podido hacer?

—No lo sé. No sé si yo hubiese tenido el coraje de hacer lo que hiciste.

—¿Coraje? —repitió Mark—. Vaya mierda. Lo que hice no requirió ningún

coraje.

—Te equivocas, amigo. Renunciaste a la única cosa que querías. Para eso hace falta algo más que coraje.

Mark descartó sus palabras con un gesto.

—No tenía otra alternativa. Tú lo sabes. Pero ¿qué voy a hacer ahora?

—Seguir adelante. Sobrevivir. Podría ser peor. Podrías estar muerto.

Mark sonrió con tristeza.

—¿Como David Baskin?

—Algo así.

—Cuando te mueres, el dolor se acaba. ¿No es lo que dicen?

—Algunos.

—Entonces, él ya se ha librado de todo, ¿no?

—Puede —dijo T. C.—. ¿Quién lo sabe?

—Venga, corta el rollo ya. Puedes ser tan malo como tus amigos del FBI.

—¿A qué te refieres?

—Toda esta mierda de Mark cuando estamos solos. No es necesario.

—¿No recuerdas lo que te dije en junio?

—Sí, claro que lo recuerdo —contestó Mark—. Dijiste que, si queríamos salir adelante con esta estúpida idea, teníamos que hacerlo bien. Eso significaba que debíamos hacer que David Baskin muriese de verdad, incluso en nuestros pensamientos.

—Y también en privado —añadió T. C.—, David Baskin está muerto.

—Pero no lo está —señaló Mark—. Le dimos un nombre nuevo y cambiamos su rostro, su voz y el color de sus ojos. Pero no le matamos. Continúa vivo. Todavía quiere jugar al baloncesto. Todavía es tu mejor amigo. Y por encima de todo, todavía...

—¿Ama a Laura? —acabó T. C.

Mark asintió.

—Por lo tanto, deja que sea David cuando estamos solos. Tú eres el único que sabe que él sigue vivo. No quiero que muera, T. C. No quiero ser solo Mark

Seidman. Mark Seidman no es más que un personaje de ficción que no acabo de entender. Él apenas conoce a Laura.

T. C. negó con la cabeza.

—Tienes que aceptarle. Tienes que dejar que tu pasado desaparezca.

—Yo no soy Mark Seidman, T. C. Ese tipo no existe. Puedes hacer todas las operaciones de cirugía plástica que quieras, pero no puedes convertirme en un hombre que no quiere a Laura. La quiero, la deseo...

—¿Como un hermano?

Mark se rio con tristeza.

—Tocado y hundido.

—David Baskin era un tipo fantástico —añadió T. C.—. Amaba a Laura como ningún otro hombre ha amado a una mujer, y David Baskin también se enteró de la desagradable verdad. Y la aceptó.

—Podríamos haber conseguido que funcionase. Habría sido difícil, pero nos amábamos.

—¿Quieres intentarlo? —preguntó T. C.—. ¿Ahora quieres contarle la verdad?

Mark se lo pensó un momento, y después negó con la cabeza.

—No.

—Ya me lo parecía.

—Y ahora ¿qué?

T. C. se encogió de hombros.

—Vámonos de aquí. Me estoy quedando helado.

—Vete tú. Yo iré dentro de un rato.

—¿Estás seguro?

Mark asintió.

Sin decir nada más, T. C. dio media vuelta y se marchó.

Mark no apartó la mirada de la bruma que flotaba sobre el río como un efecto cutre en una vieja película de terror. Los pensamientos de lo que podría haber sido, de lo que debería haber sido, desfilaron por su mente. El pasado y el

presente se mezclaron en una oscura realidad. Y un único pensamiento permaneció claro y concreto: Laura.

Serita dejó a Laura en la entrada del edificio de apartamentos.

—¿Quieres que suba?

—No, gracias. Vete a casa y aprovecha para dormir un poco.

—¿Estás segura?

Laura asintió.

—Necesito tiempo para sentarme y pensar en todo esto fríamente.

—¿Me llamarás si necesitas algo? ¿Incluso si no es más que para hablar de tonterías a las cuatro de la mañana?

—Tú serás la primera en saberlo. Eres una buena amiga, Serita.

Serita cogió el volante y pisó el acelerador.

—La mejor, Laura, la mejor.

Laura entro en el edificio y pasó junto al guardia de seguridad. El ascensor estaba en la planta baja. Entró, apretó el botón, y esperó a que se cerrara la puerta. Un minuto más tarde, estaba en el piso dieciocho. Metió la llave en la cerradura. Abrió la puerta y entró en el apartamento. La habitación estaba a oscuras, excepto por la lámpara del rincón. La luz alumbraba una visión que dejó a Laura sin aliento.

—¿Laura?

Laura corrió a través de la habitación. Gloria tenía los labios hinchados y la miraba con ojos vacíos.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido?

—Oh, Dios, por favor...

Laura abrazó a su hermana igual que cuando eran pequeñas y el sueño de Gloria se veía asaltado por aquellas terribles pesadillas durante la infancia. En

aquel instante, comprendió lo que su madre quería decir al hablar del vínculo entre hermanas. Podían discutir, estar en desacuerdo o pertenecer a mundos completamente distintos, pero estaban unidas para siempre de una forma que nunca llegarían a entender.

—¿Qué pasa? —preguntó Laura en un tono dulce—. ¿Stan te ha hecho algo? Gloria la miró. Tenía los ojos rojos e hinchados.

—Stan ha muerto.

Laura creyó haber entendido mal.

—¿Muerto?

—Le han pegado un tiro esta noche en Boston Sur. Acabo de llegar de la comisaría. Dijeron que iban a investigar, pero a nadie le importa, Laura. Creen que Stan solo era un estafador que intentó engañar a las personas equivocadas y acabó con una bala en el pecho por uno de sus timos. No van a mover un dedo para encontrar al tipo que lo asesinó.

Laura no hizo ningún comentario. Desde luego, parecía haber una maldición sobre la rama masculina de los Baskin. Los tres estaban muertos, los tres habían muerto de forma trágica y siendo aún hombres jóvenes. Pero ¿qué pasaba con la maldición que caía sobre las mujeres a las que dejaban atrás? ¿Qué pasaba con los corazones rotos y los sueños destrozados que dejaban tras ellos?

—Dejó de jugar, Laura. Sé que no me crees. Sé que le hizo cosas terribles a muchas personas... incluso a ti. Pero lo había dejado. Comenzaba a mejorar. Hace unos días, uno de sus viejos corredores de apuestas le llamó porque llevaba tiempo sin apostar.

Laura se echó a llorar, abrazada a su hermana.

Gloria se acurrucó en su pecho.

—No llegaste a conocerlo, Laura. Yo misma apenas lo conocía. Era la persona más desdichada que he conocido. Pero Stan estaba cambiando. Podía verlo, sentirlo. No lo digo como una ciega y muy optimista amante. Stan comenzaba por fin a disfrutar de sus oportunidades, su última gran oportunidad para llevar

una vida normal y ser feliz. Alguien se la arrebató. —Intentó controlar las lágrimas—. Ese alguien me lo arrebató...

—Lo siento mucho.

Gloria cerró los ojos como si quisiese apelar a alguna fuerza oculta.

—Su muerte tiene algo que ver con todo lo que está pasando ¿verdad?

—No te entiendo.

—Yo tampoco, pero he tenido tiempo para pensar en todo esto a fondo, y he llegado a algunas conclusiones: tía Judy quería hablar contigo del ahogamiento. Antes de morir, te entregó una foto de Sinclair Baskin de hace treinta años. Una única persona presenció el asesinato de Sinclair y podía identificar al asesino, Stan. Su hijo Stan. Y ahora lo han asesinado también a él... Todo está relacionado, Laura, ¿no es así? Todas las muertes están relacionadas. Sinclair, Judy, Stan... Incluso la de David.

Laura agachó la cabeza.

—Eso creo.

La mirada de Gloria no flaqueó.

—Entonces, tenemos que averiguar qué les paso.

Sonó el portero automático. Laura se acercó al vestíbulo y apretó el botón del intercomunicador.

—¿Sí?

—Está aquí una mujer llamada Estelle que quiere verla —le comunicó el conserje—. Dice que trae un paquete muy importante para usted. Puede que le parezca extraño, pero me pide que le diga que está relacionado con 1960.

Laura se volvió hacia su hermana.

—¿Puede tener algo que ver con todo esto? —preguntó Gloria.

—Es probable.

—¿Una pista?

Laura asintió.

—Quizá haya encontrado algo que resuelva todo este rompecabezas.

—Entonces quiero verlo.

—¿Estás segura?

Gloria asintió y Laura apretó el botón de nuevo.

—Dígale que suba.

Laura se volvió en el momento en que su hermana se levantaba tambaleante.

—Dime lo que está pasando, Laura. Por favor.

Laura cruzó la habitación con los puños apretados.

—Siéntate —dijo—. Te contaré todo lo que sé.

El frío se deslizaba a través de la noche como una navaja, pero Mark no se daba cuenta. Estaba en el presente, pero su mente se encontraba en el pasado, inmune al entorno helado que lo rodeaba y a la ventisca. Había vuelto al 17 de junio, durante su luna de miel en Australia. Sonrió con una profunda tristeza. Qué perfecta había sido la vida aquel día.

Y con qué rapidez había cambiado.

Aún podía oír el sonido del teléfono en la habitación. Recordaba cómo lo había cogido, recordaba el miedo en la voz de Mary.

—Tengo que verte, David. Tengo que hablar contigo ahora mismo.

—¿Dónde estás?

—Estoy en Cairns. En el Pacific International Hotel, habitación 607. Ven de inmediato.

Más confuso que asustado, aceptó asistir a la cita. Le dejó al conserje una nota divertida para Laura, caminó por el sendero de tierra hasta la carretera principal, subió a un taxi (el único que había en la entrada del complejo hotelero) y se dirigió a la pequeña Cairns.

Ahora estaba junto al río Charles, a medio mundo de distancia y a toda una vida del amor y la felicidad de la dichosa luna de miel. ¿Había sabido entonces lo que estaba a punto de sucederle? ¿Mary le había dado alguna pista? No, ninguna. Solo había sentido un ligero temblor en el corazón, un leve pinchazo de miedo en el pecho. David no podía saber que el taxi estaba llevándolo del paraíso al

infierno, que iba camino de una emboscada emocional sin una sola arma para defenderse. El dolor volvió a sacudirle cuando recordó el momento en que oyó la terrible verdad.

—No me importa si es un pecado. Amo a su hija.

—No lo puedes decir en serio. Laura no es solo mi hija, David. Es tu hermana. Piensa en ella por un momento. Siempre ha querido tener hijos, una familia. Tú no puedes darle esas cosas.

Todo por su padre. Maldito fuera ese hijo de la gran puta... David era un niño cuando Sinclair Baskin se suicidó. No recordaba a aquel hombre en absoluto, ni siquiera tenía una imagen borrosa de cómo podía ser. Había pasado gran parte de su niñez preguntándose qué clase de hombre había sido su padre, qué lo habría impulsado a matarse. ¿Qué clase de hombre podía apretar un gatillo y dejar a su esposa y a sus dos hijos pequeños para que se las apañasen como pudiesen? Quizá ahora lo sabía.

Sinclair Baskin. Su padre. Llevaba muerto más tiempo del que Mark podía recordar, y sin embargo se las había arreglado para tender la mano desde la tumba y aplastar todo lo que era querido para su hijo. Su padre había creado a Laura y se la había arrebatado. Una de las crueles ironías de la vida.

—Entonces le diré a Laura la verdad.

—¡No! Por favor, David, te lo ruego. Si dices algo, Laura perderá a un padre al que quiere con locura y nunca me perdonará por lo que hice. Al final, quizá se quede sin ninguno de nosotros. Tienes que pensar en lo que es mejor para ella.

—Bueno, ¿y qué se supone que debo hacer?

—Rompe el matrimonio. Acaba con él. Si la amas, deja que se vaya. Al

principio se sentirá lastimada. Puede que destrozada. Pero te sorprendería saber lo fuerte que es el corazón.

Pese a todo, en aquel momento David había sabido que no podía hacerle daño y marcharse. Nunca sería capaz de decirle a Laura que ya no la quería, que se había acabado el amor que sentía por ella. Su corazón no deseaba otra cosa que ignorar la espantosa realidad de su situación, hacer oídos sordos a todo lo que había escuchado. También sabía que Mary tenía razón. ¿Qué alternativa le quedaba? Todos sus sueños de formar una familia y una vida juntos habían sido pisoteados hasta la muerte por las pesadas botas de antiguos pecados. No, ya no podían seguir juntos. Decirle la verdad a Laura no cambiaría los hechos. Solo dañaría a su padre y la arrancaría a ella de su familia. Tendría que dejarla. Tendría que dejar atrás a la única cosa en su vida que significaba algo para él.

¿Cómo podía hacerlo? ¿Cómo podía decirle a Laura que su amor por ella se había secado y muerto? ¿Cómo podía decirle que el amor que compartían era una mentira después de que ella lo hubiera arriesgado todo y le hubiera dado todo lo que poseía?

Así que decidió que era mejor que Laura creyera que la vida le había arrancado el amor. Mejor perder el amor en una tragedia, que acabarte convenciendo de que nunca existió.

Comenzó a urdir un plan.

David salió de la habitación 607 absolutamente aturdido, bajó al vestíbulo y llamó a T. C.

—Tú serás el primero a quien llamará.

—¿Y su padre? —preguntó T. C—. ¿Y su hermana?

—No querrá alarmarles tan pronto. Llegará a la conclusión de que tú eres quien sabrá lo que debe hacer.

—Vale. En cuanto colguemos, llama a tu banco y ordena la transferencia. Después ocúltate hasta que yo llegue allí. Me ocuparé del resto.

David Baskin murió aquel día, y así nació Mark Seidman.

De nuevo en el presente, Mark se apartó del río Charles y caminó por la avenida. Tenía el rostro enrojecido por el frío, y su aliento formaba nubecillas que se llevaba el viento helado. Era hora de volver a casa. Estelle entró en el apartamento. Había pasado el contenido de la caja fuerte a un sobre grande durante el vuelo de regreso. Se lo entregó a Laura.

—La llave abría la caja de seguridad de tu tía en el First National Bank de Hamilton —le explicó.

—Gracias, Estelle.

—De nada, jefa. ¿Me necesitas para algo más?

Laura negó con la cabeza.

—Te veré el lunes. Gracias.

—Adiós.

Laura cerró la puerta y regresó al sofá.

—¿Qué es lo que buscamos? —preguntó Gloria.

—En realidad, no lo sé muy bien —admitió Laura—. Supongo que será algo relacionado con Sinclair Baskin. Puede que no encontremos nada más que un montón de viejas fotos.

—Pues vamos a comprobarlo.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

—Del todo.

Laura cogió el abrecartas y abrió el sobre por la parte inferior. El contenido cayó sobre los almohadones del sofá. Dejó a un lado el abrecartas, y comenzó a buscar.

—¿Qué es esto? —preguntó Gloria.

—Bonos del Estado. Mamá también tiene unos cuantos. Se los dejó la abuela.

—Laura, tú... Tú no crees que mamá pueda haber matado a alguien, ¿no?

—No lo sé. Espero que no. Claro que nunca imaginé que hubiese tenido una aventura y nos engañase a todos.

—Parece una auténtica locura. ¿Qué está pasando? ¿Por qué ha tenido que morir tanta gente?

El diario estaba boca abajo, pero Laura supo lo que era antes de darle la vuelta.

—Aquí está.

—¿Qué?

Laura lo recogió.

DIARIO DE 1960.

Gloria respiró hondo.

—1960... ¿No fue el año en que tuvieron la aventura?

Laura asintió.

—Esto es lo que el asesino intentaba destruir con el incendio. Judy guardaba todos sus diarios en una estantería de su despacho. El fuego los destruyó todos.

—Excepto este.

—Exacto.

Laura sostuvo el viejo volumen en sus manos. Lo abrió y reconoció de inmediato la letra de su tía. No había cambiado mucho en treinta años. Algunas de las letras eran un poco más grandes, el trazo era un poco más suave en el papel, pero era imposible confundir aquella caligrafía.

Gloria se acercó un poco más.

—Comienza a leer, Laura.

James cogió una manzana de la nevera. Su esposa estaba en su dormitorio, acostada, con las luces apagadas y los ojos abiertos. Se dijo que ninguno de los dos dormiría mucho aquella noche. Se habían dicho palabras que hubiese sido mejor no decir. Se habían removido secretos que era mejor olvidar.

Dio un mordisco a la manzana. James era obsesivo cuando se trataba de la salud. No permitía que hubiese galletas, pasteles o helados en la casa. Y si toleraba los sorbetes era solo porque creía que facilitaban la digestión. Si uno tenía ganas de picotear, debía recurrir a las uvas pasas, los frutos secos o las tortas de arroz. Siempre que no le apeteciera cualquiera de las piezas de fruta fresca que llenaban la nevera. Las manzanas eran su fruta favorita. McIntosh.

Estaba sentado solo en la cocina, con la luz apagada. La lámpara del pasillo era más que suficiente, y proyectaba sombras gigantescas por la espaciosa cocina blanca. James tenía frío vestido con el pijama y la bata. Tenía frío y se sentía solo. Había trabajado tanto para mantener a su familia unida, para cuidar de ellos y protegerlos. ¿En qué momento se había venido todo abajo? ¿En qué momento todo lo que le importaba se había visto arrasado por la traición y las mentiras?

Dio otro mordisco a la manzana. Notó que las lágrimas asomaban a sus ojos y se apresuró a reprimirlas. James Ayars no lloraba. Era fuerte. Seguiría siendo fuerte y, de alguna manera, salvaría a su familia del pasado. Treinta años atrás, su esposa había intentado engañarle. Había hecho una bola de nieve con las mentiras y había dejado que rodase ladera abajo para que se fuese haciendo cada vez más grande con el paso de los años. No había cambiado nada. Nada... Las mentiras continuaban gobernando sus vidas. Esa noche era el ejemplo perfecto de ello.

Mary. Su bellísima esposa podía hechizarlo, seducirle, convencerlo para que olvidase o ignorase cosas que había hecho. Sin embargo, James siempre sabía cuándo mentía. Siempre adivinaba cuándo intentaba engañarle. En el fondo de su corazón, había sido consciente de la aventura de Mary treinta años atrás incluso antes de que se lo contaran. No había sabido con quién, cuándo o cómo. Pero lo había sabido.

Se levantó, arrojó el corazón de la manzana al cubo de la basura y avanzó por el pasillo hasta su estudio. Aquella noche, Mary había mentido de nuevo. También Laura. No había interrumpido una tranquila charla entre madre e hija. No, su conversación había ido mucho más allá. Laura se había enterado de algo

en su viaje a Chicago, y había acudido allí en cuanto regresó a Boston. Había presionado a su madre hasta que ella se había derrumbado.

¿Cuánto le había contado su mujer a Laura?

James no podía saberlo. Estaba seguro de que lo menos posible. Aun así, Mary sin duda había abierto la boca y dejado que saliese el pasado. Le había contado a Laura lo suficiente como para amenazar los cimientos de la familia que tanto amaba.

Ahora todo se había desmoronado. Las mentiras que habían mantenido sus vidas unidas se estaban revelando delante de sus ojos. Necesitaba hacer algo para mantener unidos los trozos que quedaban antes de que se los llevase el viento como pequeños granos de arena.

Pero ¿qué? ¿Qué podía hacer para salvar a su familia?

Lo que hiciera falta, pensó. Entró en el estudio y encendió la luz. Su abrigo largo estaba colgado en el perchero de latón que Mary le había regalado en su último aniversario. Le encantaba aquel perchero. Encajaba a la perfección con las estanterías de roble pulido donde tenía los libros de medicina, con el globo terráqueo antiguo, con la alfombra persa... El estudio siempre había sido para James la habitación más importante de la casa. Era allí donde reflexionaba, donde se preparaba para los embates de la vida y urdía las estrategias que utilizaría para mantenerlos a raya.

Se puso el abrigo y metió la mano en el bolsillo. Su mano sacó el revólver. Lo miró por un momento, casi hipnotizado por su poder, y volvió a guardarlo. Cruzó el estudio, apagó la luz y salió por la puerta principal sin mirar atrás.

De haberlo hecho, quizá habría visto a su esposa de pie, entre las sombras.

Pasaron las horas. ¿Cuántas? Gloria y Laura no podrían decirlo. Las agujas del reloj parecían moverse con la velocidad de un reloj en una película de dibujos animados. Laura continuó leyendo, pese a que las lágrimas le nublaban la vista. Estas palabras las había escrito una Judy Simmons que Laura nunca había

conocido. La autora de aquel diario estaba llena de esperanzas, sueños y optimismo juvenil. En muchas de las páginas, Judy hablaba de una flor que brotaba y se abría, del cielo azul o de su ardiente deseo de convertirse en novelista. Soñaba con vivir en París, tener una familia, pasar los veranos en Cannes, con ser una escritora famosa...

La tristeza encogió el corazón de Laura. Judy no había podido hacer realidad ninguna de aquellas cosas. En algún lugar a lo largo del camino, sus sueños se habían perdido para siempre. Cuando Laura llegó al 16 de febrero, descubrió cómo había empezado esa pérdida:

16 DE FEBRERO DE 1960

Hoy he conocido al hombre más apuesto y encantador del mundo. Da clases en el Brinlen College y se llama Sinclair Baskin. Ahora comprendo lo que quieren decir los libros cuando hablan de una pasión desenfadada, de las heroínas que hacen lo que sea para quedarse junto a su hombre...

Laura leyó algunos trozos en voz alta. La relación entre Judy Simmons y Sinclair Baskin progresó deprisa. Su tía no tardó en saber que Sinclair Baskin estaba casado y tenía dos hijos, pero para entonces ya era demasiado tarde. Tal como admitía la propia Judy, el amor puede hacerte más que ciega; te puedes convertir en cruel y egoísta, y puede llevarte a hacer cosas que nunca hubieses imaginado.

24 DE FEBRERO DE 1960

Le quiero. No puedo contener mis sentimientos. Las emociones no son grifos que se pueden abrir y cerrar; no puedo hacer que el agua salga caliente o fría a mi antojo. Conozco su pasado. Sé que no soy la primera. Pero también sé que soy algo especial para él. La mayoría me consideraría como una ingenua rematada, pero yo sé la verdad. Lo veo en la forma en que me mira...

Laura se sintió capturada por las palabras de Judy. Estaba atrapada en 1960, sin ninguna posibilidad de escapar. Solo podía seguir leyendo. Le hubiera gustado poder volver atrás y advertirle a Judy que se mantuviese apartada de Sinclair

Baskin. Quería meterse dentro de aquellas páginas y conseguir que su tía entrase en razón.

18 DE MARZO DE 1960

Nunca me he sentido tan feliz, nunca supe que existiese tanta felicidad. Perder a James ha acabado siendo una bendición. Mary y James son felices, y yo estoy en las nubes. ¿Podría la vida ir mejor? Lo dudo. Me siento tan rebosante de amor que voy a reventar en cualquier momento. Quiero gritar desde el edificio más alto: «¡Te amo, Sinclair Baskin!». Ha comenzado a hablar de divorcio, pese a que la idea de herir a sus hijos le destroza. Stan solo tiene diez años, y David, unos pocos meses. Pero nuestro destino es estar juntos, y muy pronto será así. Debo tener paciencia...

Seguían más palabras de amor. Páginas y páginas de sonetos que hicieron asomar las lágrimas a los ojos de Laura. Leyó sobre el partido de softball donde habían tomado aquella foto, leyó sobre los paseos en el parque y sobre cómo hacían el amor durante la noche. Aquel diario era como una extraña novela donde los personajes eran demasiado reales. Laura veía cómo su tía Judy avanzaba con alegría y despreocupación por un camino sembrado de minas. Le gritó un aviso, pero Judy no podía oírla. Había llegado a marzo de 1960. A la joven Judy no le importaba lo que pudiera suceder. La vida era radiante, soleada, y nadie podía decirle lo contrario. Laura deseaba encerrarla, dejar suspendida de alguna forma la memoria de su tía en marzo de 1960. Pero el diario debía continuar, la vida debía continuar. Cuando Laura pasó la página, empezaba el mes de abril. El maravilloso marzo de 1960 había desaparecido para siempre.

3 DE ABRIL DE 1960

Hoy vamos a visitar a mi familia. No espero que estén muy entusiasmados conmigo. Dudo que lo comprendan. Pero ¿cómo pueden negar el resplandor en mi rostro? ¿Cómo podrán mostrar siquiera inquietud cuando vean lo felices que somos? Tendrán que aceptarnos. Querrán aceptarnos. Por supuesto, a mis padres les preocupará que él esté casado, pero el amor todo lo puede, ¿no? Te haré saber cómo ha ido cuando volvamos.

Más tarde. Algo ha cambiado. No sé qué es. Todo ha ido muy bien con mi familia, todo lo bien que podía esperar. Mis padres parecían un tanto preocupados, pero consiguieron mostrarse bastante corteses. Mary estuvo encantadora con Sinclair, y también James. En realidad, mi familia reaccionó tal como

esperaba. Entonces ¿a qué viene este oscuro sentimiento interior? Es Sinclair. Hoy parecía distinto. Oh, sí, todavía me miraba con amor, me dio un beso al despedirnos y me dijo que me quería. Pero había algo distinto, algo había... desaparecido. Se mostró distraído, como si estuviese ausente. Por supuesto, es comprensible. Hoy ha sido un día estresante para él. Aun así, algo ha cambiado. Algo parece... diferente.

—Escucha, haz caso a tu instinto —dijo Laura en voz alta, como si quisiera gritar a través del tiempo para curar unas heridas que todavía sangraban—. Aléjate de él.

—Era joven —afirmó Gloria—. Estaba enamorada.

—Él era un hombre casado, Gloria.

Su hermana sonrió con tristeza.

—De haber sabido que David estaba casado, ¿habría cambiado algo, Laura?

—Por supuesto que...

—¿De verdad? Sé sincera contigo misma.

Laura intentó dejar aquellas palabras atrás y continuar leyendo, pero permanecieron allí, sin marcharse del todo.

17 DE ABRIL DE 1960

Mi vida está llegando a su final. Ya no sale el sol. Las flores ya no crecen ni se abren. Algo se ha llevado a mi Sinclair. Más que eso, algo ha comenzado a destruirle. Hoy me acerqué a él con la esperanza de que confiaría en mí. Lleva comportándose de una forma extraña desde hace dos semanas, desde que visitamos a mis padres. Le pregunté qué pasaba.

—Nada —me respondió en voz baja—. Hay un problema.

—¿Un problema? —pregunté.

Sinclair asintió.

—Creo que debemos acabar con esto.

Entonces mi corazón se desintegró, allí mismo, en su sofocante despacho atiborrado de libros, delante de las obras de Keats, Browning, Shakespeare y Dante.

«Creo que debemos acabar con esto...».

Seis palabras. Seis palabras que destrozaron mi vida. Yo menos que nadie debería sentirme asombrada. Sé que las palabras pueden ser instrumentos muy poderosos. Que todo puede parecer estar bien y en orden desde el punto de vista analítico, pero el corazón es un objeto que solo sabe de emociones y sentimientos. Primero me arrebataron a James, y ahora estoy perdiendo a Sinclair.

—¿A qué te refieres? —le pregunté de forma estúpida.

Sinclair estaba muy alterado. Fumaba un cigarrillo tras otro. Tenía el cabello alborotado. No se había

afeitado en una semana.

Tenía los ojos enrojecidos.

—Se acabó —dijo sin pasión alguna en su voz—. No quiero que vuelvas por aquí nunca más. Tengo una esposa e hijos.

—¡Menudo cabronazo! —exclamó Laura.

—Sigue leyendo.

Durante todo el mes siguiente, o poco más, Judy hablaba de su profunda tristeza. Por mucho que lo intentase, no conseguía olvidarse de Sinclair Baskin. Judy se preguntaba qué le había hecho cambiar. ¿Podía haberse equivocado tanto en los sentimientos de Sinclair hacia ella? ¿Podía ser que Sinclair le hubiese estado mintiendo desde el principio? Creía que no. La joven Judy continuaba diciendo que había algo intangible, algo que no conseguía entender. Algo «ajeno», decía, había cambiado su percepción. Sinclair acabaría por ver la luz. Ella solo tenía que esperar. Sinclair volvería a ella si tenía paciencia. Judy se acomodó en una melancólica tristeza, convencida de que algún día Sinclair y ella estarían juntos para toda la eternidad. Al final, el amor acabaría por conquistarlo todo.

A finales de mayo ocurrió algo que cambió su punto de vista, algo que la hizo reaccionar de una forma que cambiaría sus vidas para siempre.

27 DE MAYO DE 1960

Tengo entumecido todo el cuerpo. Incluso el simple hecho de sujetar esta pluma para escribir me parece una tarea ardua y cruel. No puedo comentar lo que ha sucedido hoy. Solo puedo relatar los acontecimientos tal como ocurrieron.

Esta mañana, Mary me llamó aterrada.

—¿Puedo ir a verte? Necesito de verdad hablar contigo.

—Por supuesto.

—Estaré allí dentro de una hora.

Pasé la hora dedicada a ordenar mi armario en la residencia y a tomar algunas notas para mi nueva novela corta. Mary llamó a la puerta a las diez en punto. Cuando entró, una vez más me sentí impresionada por su belleza. Había vivido con ella toda mi vida, pero su hermosura continuaba impresionándome.

Sabía que su belleza era un arma peligrosa. Pero por aquel entonces aún no tenía ni idea de que

también podía ser letal.

—Creo que estoy embarazada —dijo con los ojos llenos de temor.

—¡Es maravilloso! —exclamé con toda inocencia—. Gloria tendrá un hermanito o hermanita.

—No lo comprendes. El bebé...

—¿Sí?

—No es de James.

Solté una exclamación.

—¿Qué? ¿Cómo puede ser?

Mary se echó a llorar. Oh, qué arma tan devastadora podían ser sus lágrimas.

—Tengo una aventura.

—¿Tú?

Mary asintió.

—Yo no quería que sucediese. Estaba sola todo el día con la pequeña Gloria. James trabaja a doble jornada y nunca está en casa. Y entonces apareció este hombre encantador...

Habló y habló, inventó mil excusas para justificar su descuido, y le echó la culpa a todo menos a sí misma.

—¿Se lo has dicho a... ese hombre? —pregunté.

—Quiere que me haga una prueba para estar segura.

—Me parece un buen consejo.

Mary negó con la cabeza.

—Me haré la maldita prueba, Judy, pero sé la verdad. Sé que estoy embarazada. Lo noto.

Hice té para las dos mientras pensaba cómo podía ayudarla, y cuando me senté con ella y le ofrecí la taza de té, formulé una pregunta llevada más por la curiosidad que por la preocupación.

—¿Conozco yo a ese hombre?

Mary alzó la cabeza.

—Dios mío, lo había olvidado. Lo había olvidado por completo... Tú no sabes...

—Por supuesto que no —respondí, todavía con una sonrisa—. ¿Cómo podría saberlo?

—Creí que quizá él te lo hubiera dicho.

—¿Quién?

—Sinclair.

No recuerdo qué más me dijo. Mi mente se paralizó desde aquel mismísimo instante... Y así continúa. Todo el mundo se me vino abajo cuando ella pronunció el nombre de Sinclair, y al mismo tiempo todo me quedó claro. La belleza de Mary. Una vez más... Aquella había sido la fuerza extraña, la fuerza intangible que me había arrebatado primero a James y ahora a mi Sinclair. ¿Por qué no se lo impedí hace tiempo? ¿Por qué no destruí su impresionante belleza en la infancia? Dormía a su lado siendo una niña, me hice amiga de ella, y la vi crecer. Ahora estaba destrozando mi vida...

Laura leyó la página siguiente. La leyó y releyó, con la ilusión de que las palabras cambiarían. No lo hicieron.

—¿Laura? —dijo Gloria.

—¿Sí?

—¿Qué dice? Léemelo.

Pero Laura no tenía fuerzas suficientes para hacerlo. Le entregó el cuaderno a su hermana.

Había algunos hábitos de David Baskin que Mark Seidman no podía dejar atrás. El baloncesto a primera hora de la mañana era uno de ellos. A David le encantaba ir al Boston Garden muy temprano, entrar por una de las puertas laterales, y lanzar a canasta solo durante unas horas. Lo relajaba, le hacía olvidar y le permitía recordar.

Nadie más aparecía por allí a aquellas horas. Joe, el jefe de mantenimiento desde hacía veintitantos años, no llegaba hasta las ocho y media, así que David estaba a solas con sus pensamientos y las leyendas que le rodeaban. Cogió una pelota del cesto y comenzó a fintar por el parqué. El sonido se propagaba por todo el estadio, desde la pista hasta las vigas donde colgaban las banderas de los campeonatos. Quince mil asientos vacíos lo veían moverse por la cancha, con la pelota bailando entre sus piernas y alrededor de su espalda.

Se detuvo y saltó. Sus dedos elevaron la pelota con toda suavidad en el aire, y la bola atravesó la canasta con un susurro. Su salto en suspensión. Tener un salto único podía ser muy eficaz en la pista, pero era una seria desventaja a la hora de mantener una nueva identidad. Según Mike Logan, del *Boston Globe*, solo un hombre había sido capaz de imitar con tanta perfección el salto de David: Mark Seidman.

David negó con la cabeza. Si Logan hubiese sabido la verdad. Si todos ellos supiesen la verdad. Sin embargo, nunca lo descubrirían, simplemente porque no había razón alguna para sospechar que David Baskin aún pudiera estar vivo. Solo alguien había comprendido las razones de su supuesta muerte. Solo una

persona había sospechado la verdad. Y ese conocimiento no solo había puesto en peligro, sino que la había conducido a la muerte.

La muerte de Judy Simmons.

Como muchos otros aficionados, Judy se había dado cuenta de la similitud entre la forma de lanzar de Baskin y la de Seidman. A diferencia de todos los demás, ella sabía lo suficiente del pasado como para comprender que eran la misma persona, que David no se había ahogado en Australia, que había fingido su propia muerte y asumido una nueva identidad. David había comprendido desde el primer momento que solo ella podía descubrir su secreto. Y había aceptado el riesgo. Al fin y al cabo, Judy sabía que David y Laura eran hermanos. Era la única que podía entender por qué había tenido que fingir su muerte. Judy no interferiría.

«—No entiendes nada, ¿verdad?

»—¿A qué se refiere?

»—Me refiero a que crees saber lo que haces, pero no es así. Hay cosas en toda esta situación que se te han ocultado».

No tenía ninguna duda de que a Judy la habían asesinado. Pero ¿por qué? ¿Alguien estaba intentando impedir que ella dijese la verdad, que no revelase lo ocurrido? ¿Acaso Mary había tenido miedo de que Judy le dijese a Laura la verdad? Pero ¿asesinarla por eso? ¿Podía Mary asesinar a su propia hermana?

David no lo creía.

Hizo unos cuantos lanzamientos más, y se preguntó qué debía hacer a continuación. No podía engañarse y fingir que la muerte de Judy había sido una coincidencia, que el incendio no estaba relacionado con su propia desaparición, seis meses antes. Aquello era un gran misterio. Nada tenía ningún sentido. En primer lugar, ¿por qué le había llamado? ¿Por qué había intentado reunirlos de nuevo? De hecho, Judy siempre los había animado a seguir adelante en su relación: ya desde el principio. Mientras Mary sufría y hacía lo indecible por separarlos porque sabía que ellos eran hermanos, Judy había apoyado su romance. ¿Por qué? ¿Por qué nunca había intentado que rompieran su relación?

Una montaña de preguntas. Ni una sola respuesta. David avanzó hacia el tablero, saltó muy alto, y metió la pelota con todas sus fuerzas en la canasta. Todo el tablero se sacudió.

«¿Hay cosas que nadie te ha dicho, cosas que se te han ocultado?».
¿Cuáles son esas cosas, Judy? ¿Cuáles?

Gloria cogió el cuaderno de manos de Laura.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Laura negó con la cabeza.

—No sé qué voy a hacer.

—¿Sobre qué?

Laura desvió la mirada. La expresión de su rostro era dramática.

—Ya lo verás. Lee.

28 DE MAYO DE 1960

Venganza. ¿Es lo que buscaba esta noche? Si es así, debería recordar que la venganza puede ser un arma de dos filos. Tengo miedo de haber hecho algo malo. Pero, mi querido cuaderno, tú no quieres mis opiniones. Tú quieres los hechos. Pues entonces, aquí los tienes:

Cuando me desperté esta mañana —¿Desperté? No me quedé dormida en ningún momento...— supe lo que debía hacer: vengarme. Mary me había robado dos hombres. Era el momento de comenzar a devolverle el favor. Hoy fui a ver a James al hospital...

Gloria apartó la mirada del diario.

—Oh, Dios, no lo hizo. Dime que no lo hizo.

—Sigue leyendo.

James me recibió en su nuevo despacho privado. Todo estaba pulcramente medido e inmaculado. Era la decoración perfecta para un médico que tiene diplomas y sale en las revistas médicas. Estaba muy orgulloso. Se vanaglorió de ser el único residente que tenía un despacho propio. En realidad, no era ninguna sorpresa. Siempre supe que James triunfaría. Le amé durante un tiempo. Le amé desde el momento en que comenzamos a salir, y seguí amándole hasta que se casó con Mary. Me quedé destrozada cuando me dejó por ella. Creí que mi corazón nunca se recuperaría. Pero lo hizo. Comenzó a

sanar el día en que conocí a Sinclair. Él me libró del influjo que tenía James sobre mí, y ahora James no me parece más que un buen hombre, un muy buen partido para las que buscan esposo.

¿Estoy diciendo que ya no siento nada por James? No es del todo exacto. Pero lo cierto es que deseaba más apartarle de Mary que tenerlo para mí misma.

Comenzamos a hablar de esto y aquello, pero con James la charla banal no dura mucho, sobre todo cuando tiene pacientes esperando. No tardó mucho en poner aquella expresión fría, impaciente. Su voz adoptó el tono seco y profesional que encajaba a la perfección con su impecable apariencia.

—Dijiste que querías verme porque tenías algo urgente que decirme.

—Sí —respondí—. Solo que no sé cómo decírtelo.

—¿Cómo decirme el qué?

Entonces respiré hondo y fingí una expresión confusa.

—Es que me siento muy mal...

—¿Por qué?

—No quiero ver cómo te toman por imbécil, James. —Tendí las manos por encima de la mesa y sujeté las tuyas—. Hubo un tiempo en que significabas mucho para mí. ¿Lo recuerdas?

—Sí, por supuesto —admitió él, cada vez más impaciente—. Ahora, dime, ¿qué pasa?

Fue entonces cuando se lo dije. Se lo conté todo. Le dije que su esposa estaba teniendo una aventura. Le dije que Mary se acostaba con Sinclair Baskin. Le dije que ella estaba embarazada de su bebé.

James no reaccionó de inmediato. Se limitó a jugar con el lápiz que sujetaba entre los dedos. Luego apretó las mandíbulas. Su rostro enrojeció. Sus manos se cerraron con tanta fuerza que partió el lápiz en dos. De pronto, los libros comenzaron a volar, después las sillas, y a continuación los muebles.

Era un hombre descontrolado, loco del todo. Intenté calmarlo, intenté advertirle de que alguien podía oírnos, pero no hizo el más mínimo caso. Destrozó el despacho que tanto amaba, hasta que el agotamiento acabó con su furia. Se dejó caer en su silla (era la única cosa aparte de mí que seguía en pie) y se sujetó la cabeza con las manos.

Me acerqué al otro lado de la mesa.

—No te preocupes, James. Yo te quiero. Cuidaré de ti. —Llegué a su asiento y apoyé las manos en sus hombros. Él hizo una mueca de asco. Aparté las manos como si sus hombros quemasen. Levantó la cabeza poco a poco. Me miró con un gesto retorcido, con un odio tremendo en la mirada.

—Yo no te quiero a ti, Judy —dijo—. Quiero a Mary.

Gloria dejó de leer.

—¿Papá lo sabía?

Laura asintió.

—¿Y nunca dijo nada? —preguntó Gloria—. ¿Te crio como si fueses suya?

—No lo sé, pero creo que deberíamos seguir leyendo.

—¿Por qué?

—Esto lo escribió el 28 de mayo.

—¿Y?

—Sinclair Baskin murió al día siguiente.

29 DE MAYO DE 1960

O, Dios mío, ¿qué he hecho? Todo esto se me ha ido de las manos. Ahora está totalmente descontrolado. Está cobrando vida propia, y no sé adónde nos llevará. Me temo lo peor, pero ¿qué más podría suceder?

Mary acaba de llamar. La prueba de embarazo ha sido positiva. ¿Cómo se lo tomará James cuando se entere? Si bien hasta ahora se ha mostrado tranquilo, está claro que los celos han acabado con su capacidad de razonamiento. ¿Qué hará ahora que la posibilidad se ha convertido en un hecho?

Mary va de camino al despacho de Sinclair para comunicarle la noticia. ¿Sinclair, amor mío, qué has hecho? Comprendo el poder de la belleza de Mary, el hechizo sensual que puede ejercer sobre un hombre. Nuestro amor no fue suficiente para derrotarlo. Nuestro amor no fue lo bastante poderoso como para eludir sus encantos físicos y enviarlos al espacio exterior, donde no podían hacer ningún daño... ¿Acabarás cansándote de ella y volviendo a mí? Sí, estoy segura de que lo harás. Debo esperar.

Más tarde:

Mi vida se ha acabado. En cuanto vi la sangre en la camisa de James, supe qué había pasado. No dije nada. Mi rostro no reflejó ninguna emoción. Sin embargo, en mi interior algo gritaba hasta que las vibraciones me sacudieron.

—Yo no quería hacerlo —me dijo, con aquella voz enajenada—. Solo quería enfrentarme a él, enfrentarme a los dos. —Le temblaban las manos—. Solo sucedió.

—Solo sucedió —repitió una voz. Adiviné que era la mía.

—Estaba escuchando en la puerta de su despacho, con la oreja apoyada en la madera. No podía creer lo que oía. Mary quería dejarme. Quería fugarse con aquel hijo de puta.

Seguí sin decir nada.

—El muy cabrón no quiso escucharla. La echó. Se mostró frío y despiadado. Sabía que había dejado embarazada a una mujer casada, y el muy hijo de puta reaccionó echándola de su despacho como si fuese la basura de ayer.

—¿Qué hizo Mary? —pregunté.

—Estaba conmocionada. No podía creer que él la estuviese dejando de aquella forma. Le dijo que era un cabrón y se marchó. Me oculté en otro despacho cuando ella salió. Lo próximo que recuerdo es el arma que había sacado del bolsillo.

—¡No! —exclamé, mientras mi mente continuaba gritando: «¡Sinclair está muerto, Judy! James puede haber apretado el gatillo, pero fueron tus celos los que le mataron».

James estaba ahora sumido en una especie de trance, con los ojos muy abiertos y sin ver nada de lo que tenía delante.

—Salí del despacho en el que me había escondido —comenzó—, y avancé poco a poco por el pasillo. Cuando llegué a la puerta, me asomé a su despacho. Estaba sentado en su silla, de espaldas a la puerta, y

miraba a través de la ventana. Me daba la espalda, Judy, no podía saber que estaba allí. Me acerque con mucho sigilo. Mi mano empuñaba el arma. No había empuñado un arma desde el servicio militar, pero ahora me sentía muy cómodo con ella en la mano. En el momento en que comenzó a girar la silla hacia la puerta, apoyé el cañón en su cabeza. Se quedó inmóvil por una fracción de segundo. Su mirada, tan aterrorizada, se fijó en la mía, y creo que comprendió que estaba a punto de morir. Le llamé cabrón, y entonces apreté el gatillo.

—¿Papá? —preguntó Gloria, aunque sabía perfectamente la respuesta—. ¿Fue papá quien mató a Sinclair Baskin?

Laura sintió que la conmoción se apoderaba de ella.

—También a Judy —consiguió decir—, e incluso a Stan...

—¡No! ¡Papá no pudo hacerlo! ¡Es incapaz de hacer algo así!

—¿Quién, si no? ¿No dijiste que Stan fue testigo del asesinato y que recordaba el rostro del asesino? Tuvo que reconocer a papá cuando le vio aquel día, en el partido de homenaje.

—No es posible, Laura...

—Además, Judy iba a contármelo todo.

—No lo entiendo. ¿Por qué Judy esperó tanto tiempo para confesarlo todo, Laura? ¿Por qué no se lo dijo a nadie mucho antes?

—No estoy segura —contestó Laura—, aunque lo más probable es que estuviese fuera de sus cabales. Se culpaba a sí misma de lo que le había sucedido a Sinclair. Él continuaría vivo de no haber traicionado la confianza de mamá. Puede que incluso se viese como un cómplice. Por otra parte, ¿de qué hubiese servido decir algo? Se había acabado. Todo se había acabado. Decírselo a la gente no le devolvería a Sinclair.

—Entonces ¿por qué cambió de opinión después de todos estos años? ¿Por qué decidió hacerlo ahora?

Laura pensó un momento en ello.

—La muerte de David —concluyó—. Cuando David murió, tuvo que comprender que el pasado no se podía enterrar sin más.

Gloria negó con la cabeza.

—Sigue sin tener sentido. David se ahogó hace seis meses. ¿Por qué esperó todo este tiempo para decírtelo? También hay otras preguntas. ¿Qué pasó con el dinero de David? ¿Cómo es que alguien tenía su anillo y lo dejó en tu apartamento?

Laura se levantó.

—No lo sé. Pero creo que hay una forma de averiguarlo.

—¿Cómo?

Laura fue al armario y sacó el abrigo. Eran las seis y media de la mañana. Habían estado toda la noche leyendo el diario.

—Quédate aquí y acaba de leer lo que queda. A ver si hay algo más que pueda ayudarnos a aclarar todo esto.

—¿Adónde vas?

Laura cogió las llaves y caminó hacia la puerta.

—Voy a hablar con papá.

Gloria pasó la página. El día siguiente era el 30 de mayo.

James conducía muy rápido. Nunca le había preocupado que la policía lo detuviese por exceso de velocidad. Al fin y al cabo, era uno de los jefes de departamento del Boston Memorial. Solo tenía que decirles que había una urgencia en el hospital. Un caso de vida o muerte. Con qué facilidad engañaba a la gente: un caso de vida o muerte... La gente se detenía y te escuchaba cuando lo decías. Por un momento fugaz, pensaban en su propia condición de mortales.

Llegó al edificio de apartamentos en las afueras de la ciudad. Era un barrio pobre, pero había que tener en cuenta que los polis no tenían precisamente un buen sueldo. Miró el reloj en el salpicadero. Las seis y media de la mañana. Lo más probable era que T. C. estuviese durmiendo. James tendría que despertarlo. Al fin y al cabo, se trataba de una emergencia. Aquel era un caso de vida o muerte... para todos ellos.

James salió del coche. Desde el momento en que Laura le había llamado desde

Australia, seis meses antes, había sabido que Mary le había mentado una vez más, que había ido a Australia en lugar de a California., que había sido la responsable de la súbita desaparición de David. El miedo que lo había dominado en aquel momento había sido negro y frío. ¿Cómo era posible que hubiera sido tan tonto? Tendría que haberlo visto venir, tendría que haber encontrado la forma de detener a Mary, antes de que tuviese la oportunidad de decirle algo a David.

Todo habría sido tan distinto si David no hubiese hecho caso de las palabras de Mary y hubiese vuelto con Laura. Todo habría sido tan distinto... Esas palabras le habían perseguido durante treinta años: todo habría sido tan distinto si Mary hubiese sido una esposa fiel, en lugar de una puta barata.

Nada de todo aquello hubiese ocurrido. Aun así, pensar en lo que hubiese podido ser no podía cambiar lo que ya había sucedido. James tenía que seguir su vida. Tenía que sacarle el mejor partido a la situación. Tenía que salvar lo que pudiese de los pequeños fragmentos que aún quedaban. No era el momento de llorar por el pasado. Había transcurrido demasiado tiempo. Había muerto demasiada gente.

Llamó a la puerta. Tenía el arma en el bolsillo, solo por si T. C. no quería cooperar. Esperaba no tener que usarla; al menos, por el momento. Lo único que quería de T. C. era una pequeña información. ¿Dónde estaba Mark Seidman?

Cuando encontrase a Mark Seidman, todo acabaría de una vez. Su revólver se ocuparía de ello.

James llamó de nuevo. ¿Por qué David no se había ahogado en Australia? Si lo hubiese hecho, todo aquello sería innecesario.

Pero David seguía vivo, y por tanto seguía siendo una amenaza para su familia. Había llegado demasiado lejos como para dejar que todo se echara a perder ahora. Solo tenía que apretar el gatillo una vez más. Una vez más...

Solo una bala más atravesando un cráneo. Y entonces, todo habría acabado.

T. C. apareció en la puerta. Su aspecto dejaba claro que estaba durmiendo. Abrió la puerta mosquitera y miró con ojos somnolientos.

—Doctor Ayars...

—¿Puedo hablar con usted un momento? —preguntó James—. Es muy importante.

T. C. dio un paso atrás.

—Pase.

—No, solo es un segundo.

—Como quiera —dijo T. C.—. ¿Qué puedo hacer por usted?

James se humedeció los labios.

—Necesito hablar con David.

—¿Eh?

—Por favor, no se haga el tonto conmigo. Sé que David y Mark Seidman son la misma persona. Lo sé desde hace tiempo.

—No sé de qué demonios...

—Escúcheme. Sé que el ahogamiento de David fue un montaje. Sé por qué lo hizo. No quiero causar ningún problema. Solo quiero que me diga dónde puedo encontrarle.

T. C. guardó silencio.

—Es un caso de vida o muerte —insistió James—. La vida de Laura corre peligro. No tengo el menor interés en revelar su secreto. Solo quiero hablar con él.

T. C. se encogió de hombros.

—David está muerto, doctor Ayars...

—¡Maldita sea! Ya han asesinado a Judy. Déjese de juegos...

—Está bien... —dijo T. C., sin perder la calma—, si solo quiere hablar con Mark Seidman, él va todas las mañanas a practicar al Boston Garden de seis a ocho. Está solo, por si necesita hablar con él.

—¿Utiliza la misma entrada lateral que utilizaba David?

T. C. asintió.

—Gracias —dijo James, y se volvió para marcharse.

Perfecto.

No habría nadie más en el Garden a esa hora. James podría acercarse a David

sin que nadie lo viera, apoyar el cañón de su arma en su cabeza —como había hecho con el padre de David— y disparar.

Entonces, por fin, todo habría acabado.

James volvió al coche a paso rápido. Llevaba las manos en los bolsillos: una tocaba las llaves del coche, la otra acariciaba el arma que emplearía en su siguiente (y último) asesinato.

Gloria prefirió no leer la entrada del 30 de mayo de 1960. El diario de Judy era como una medicina de sabor desagradable que solo podía tragar en pequeñas dosis, y el 29 de mayo ya había sido demasiado para ella.

Dejó el diario a un lado, fue a la cocina y se sirvió una taza de café. Miró por la ventana. Laura también disfrutaba de una preciosa vista panorámica del río Charles. Gloria recordó lo mucho que le gustaba a Stan contemplar el río, cómo disfrutaba del tiempo que pasaba solo, mirando desde la terraza. En realidad, era un hombre muy simple, un hombre simple que había tomado un camino equivocado y nunca había sabido encontrar el sendero que lo llevase fuera del bosque. Gloria le había encontrado allí. Y había comenzado a sacarlo de la espesura cuando, de pronto, alguien acabó con su vida...

No, alguien no. Lo había asesinado su propio padre.

¿Cómo? —se preguntó—. ¿Cómo un hombre tan lleno de amor podía esconder semejante monstruo en su interior? No sabía la respuesta. Y no estaba segura de querer saberla. Bebió un sorbo de café, volvió a sentarse en el sofá, cogió el diario y leyó la entrada del...

30 DE MAYO DE 1960.

Gloria abrió los ojos como platos.

«Sangre...».

Muy pronto, las palabras comenzaron a bailar delante de sus ojos. Su estómago se contrajo con una fuerte punzada de dolor. Las imágenes, aquellas horribles y espantosas imágenes...

«Sangre, había tanta sangre...».

... sacudían su mente desde todas las direcciones. La más negra pesadilla de Gloria cobraba vida, la perseguía con...

«... sangre...».

... con el ansia de la destrucción. Era tan joven en aquel momento, solo una niña, y por fortuna no recordaba lo que había sucedido.

«—¡Mamá! ¡Mamá!

»—¡Sal de aquí, Gloria! ¡Sal de aquí ahora mismo!».

Pero aquello estaba a punto de cambiar. Las visiones la sacudieron y la quemaron por dentro. De pronto, Gloria volvía a ser una niña de cinco años que caminaba de nuevo por un pasillo oscuro, pero ahora sabía adónde iba: al dormitorio de sus padres. Tenía sed y quería un vaso de agua. Así que cogió su conejo de peluche y caminó por el pasillo hacia el dormitorio de papá y mamá.

Gloria quería dejar el diario, cerrarlo y no volverlo a abrir nunca más. Pero su mirada estaba fija en la página, seguía las palabras a un paso rápido y regular. Aquellas palabras abrían ahora una puerta que había estado cerrada en su mente desde la infancia. De pronto, la pequeña Gloria estaba de nuevo delante de la puerta del dormitorio de sus padres. Se puso de puntillas y alargó la mano hacia el pomo. Sujetaba a su conejo debajo del brazo.

«¡Sal de aquí, Gloria! ¡Sal de aquí ahora mismo!».

El pomo giró en su mano. Muy pronto, Gloria vería lo que estaba detrás de la puerta. Había pasado toda su vida olvidando aquel instante, pero ahora las palabras de aquel cuaderno la obligaban a vivirlo de nuevo. Incluso cuando cerró los ojos, continuó viendo cómo se abría la puerta.

Miró al interior de la habitación. Recordó. Gritó.

Gloria dejó el diario a un lado. Temblaba. Las palabras que Judy había escrito en la entrada de mayo de 1960 lo explicaban todo. Todo era cierto. Hasta la última palabra. Su padre había matado a Sinclair, a Judy, a Stan y... ¿Qué pasaba con David?

Sonó de nuevo el timbre del portero automático. Gloria se acercó al interfono.

Vio que el reloj de la cocina marcaba las siete de la mañana. ¿Quién podría visitar a Laura a esas horas?

—¿Sí?

—Está aquí el señor Richard Corsel. Quiere ver a Laura —dijo el guardia de seguridad—. Dice que es urgente.

Laura le había mencionado su nombre. Era un empleado del Banco Heritage de Boston, el hombre que había transferido el dinero de David.

—Dígale que suba.

Gloria se sentó a esperar, y la realidad de lo que acababa de leer se hundió en su mente como un ladrillo en arenas movedizas. Su corazón martilleaba en su pecho. La verdad había salido a flote, y resultaba todavía más trágica de lo que se hubiese atrevido a imaginar. Recogió el diario del sofá, pasó las páginas y continuó leyendo. Su mirada no tardó en encontrar lo que ya sabía que era la verdad. Las palabras que había en aquella página solo confirmaron sus peores temores. Su madre se había equivocado. David y Laura no eran hermanos.

Laura entró en el camino particular y salió del coche. Aún quedaban muchos vacíos que rellenar: el anillo de David debajo de la almohada, el dinero desaparecido y, quizá lo más importante, la razón por la que Judy había esperado tanto para contarle todo. Laura no sabía por qué, pero no dudaba de que aquella era la clave, que en cuanto encontrase la respuesta todas las demás piezas encajarían.

No se molestó en tocar el timbre para advertir a sus padres de su llegada a primera hora de la mañana. Abrió la puerta principal con su llave y entró en el zaguán.

—¿Laura?

Se volvió hacia la voz. Su madre estaba sentada en el sofá, vestida con una bata.

—¿Dónde está papá?

El rostro de Mary se nubló.

—No está aquí.

—¿Adónde ha ido?

—No lo sé. Estuvo en su estudio toda la noche. Oh, Laura, no irás a decírselo, ¿verdad? Por favor...

—Papá ya lo sabe —replicó Laura con calma—. Lo sabe desde hace treinta años.

La cabeza de Mary cayó sobre el hombro.

—¿Qué?

—Tía Judy se lo dijo al día siguiente de que tú se lo dijeras a ella. Tengo su diario de 1960. Está todo allí.

En el rostro de Mary apareció una expresión de absoluta sorpresa.

—Eso no es posible. Nunca me dijo ni una sola palabra.

Las palabras de Laura salieron a trompicones.

—Judy estaba furiosa contigo porque le habías quitado a Sinclair. Decírselo a papá fue su forma de vengarse. Pero no pudo imaginar que él perdería el control. Papá asesinó a Sinclair Baskin inmediatamente después de que tú salieses de aquel despacho.

Mary se quedó boquiabierta.

—No... No puede ser.

—Es verdad, mamá, es la pura verdad.

—James nunca me dijo nada. No me echó de casa. Te quería y te crio como si fueses hija suya. ¿Por qué?

—No lo sé, mamá. Sospecho que tiene alguna relación con el amor que siente por ti.

Todo en el rostro de Mary reflejaba desconcierto. Negó con la cabeza.

—No pudo ser James —negó con voz débil—. Él es médico. Nunca le haría daño a nadie.

Laura se arrodilló a su lado.

—Tenemos que encontrarle, mamá. Tenemos que enfrentarnos a él y descubrir qué sucedió de verdad.

El rugido de un motor hizo que ambas se volviesen.

Laura abrió la puerta principal y miró al exterior. El coche de Gloria avanzaba por la calle a toda velocidad. Cuando giró para entrar en el camino particular, una de las ruedas mordió la hierba, pero Gloria no titubeó ni redujo hasta que se detuvo delante de la puerta y saltó del coche.

—Gloria, ¿qué demonios...?

Laura vio el rostro de su hermana y se interrumpió. Tenía los ojos desorbitados y un gesto frenético. En su mano derecha sujetaba el diario y un sobre blanco.

—¡Richard Corsel ha venido a verte! —gritó Gloria.

—¿Qué?

—Me ha dicho que te dé este sobre. Que responderá a todas tus preguntas.

Laura tuvo la sensación de que su corazón quería salir por su garganta. El dinero desaparecido. Richard Corsel había encontrado el dinero desaparecido.

—¡Y el 30 de mayo, Laura! —continuó Gloria, gritando desesperada y con el diario en alto—. ¡El 30 de mayo ocurrió algo terrible!

James se sentó al volante y volvió al asfalto en cuestión de segundos. Tenía que reconocerle el mérito a David. Crear a Mark Seidman había sido una jugada maestra. Había comprendido que Judy estaba en lo cierto. David no se había suicidado. Con la ayuda de su amigo poli —nunca lo hubiese conseguido solo—, David había fingido su propia muerte y asumido una nueva identidad: Mark Seidman. Genial y, sin embargo, muy sencillo.

James se imaginó lo ocurrido en Australia seis meses antes. Después de reunirse con Mary en el Pacific International, David comprendió que debía renunciar a Laura, que tendría que abandonarla por su propio bien. Al mismo tiempo, sabía que no podía explicarle por qué. Eso la destrozaría.

¿Cuál era la opción más lógica?

Desaparecer de la faz de la tierra, por supuesto.

¿Y cómo se podía hacer eso sin renunciar a todo lo que tienes?

Transfieres parte de tu dinero vía Suiza, finges que mueres ahogado, te sometes a una operación de cirugía plástica y asumes una nueva identidad. ¿Quién sospecharía semejante argucia de una rica estrella del baloncesto que acaba de casarse con la mujer más hermosa del mundo? ¿De un hombre que al parecer lo tiene todo?

Nadie. Ni siquiera Mary, James o Judy.

Solo existía una leve brecha en todo aquel brillante plan. Una brecha que, sin embargo, sería fácil de subsanar: el extraordinario salto de David. La gente sin duda lo reconocería. Pero ¿qué importaba eso? Sí, el estilo de juego de Mark

Seidman era similar al de David Baskin, ¿y qué? Exigiría un gran esfuerzo de la imaginación pasar de un parecido en los lanzamientos a una muerte fraudulenta.

Sin embargo, alguien que conociera los secretos del pasado podía llegar a sospechar la verdad. Y eso, debió de pensar David, únicamente implicaba a dos personas: Mary Ayars y Judy Simmons. Sinclair estaba muerto.

Aun así, se equivocó al creer que James no sabía nada de lo sucedido.

Mary, por supuesto, no representaba ninguna amenaza. En primer lugar, no sabía nada de baloncesto. Y, además, en el caso de que, por alguna extraña coincidencia, lo dedujese, nunca diría nada. Sería la primera en agradecer que David hubiese salido de la vida de Laura.

Judy, en cambio, era otra historia. Era una mujer inteligente y una gran aficionada al baloncesto. Era la única persona que podía descubrir toda la trama. Pero ¿dónde estaba la posible amenaza? Si Judy acababa por saberlo, desde luego tampoco se le ocurriría divulgarlo. Al fin y al cabo, creía que David y Laura eran hermanos. E imaginaría que David había hecho todo aquello para proteger a Laura de la verdad. ¿Por qué Judy habría sacado a la luz el pasado, cuando eso solo serviría para descargar más dolor e infelicidad sobre su sobrina?

James sonrió. Desde luego, ¿por qué?

Solo James sabía por qué Judy había decidido descubrir la verdadera identidad de Mark Seidman. Durante su breve encuentro en Australia, Mary no le había contado a David toda la verdad. No porque ella intentase ocultarle algo. No, para ser justos con Mary, ella le había contado a David todo lo que sabía.

Por desgracia para ambos, no era suficiente. Ella no sabía nada sobre... el 30 de mayo de 1960.

Sinclair Baskin había muerto el día anterior, y Mary nunca había sabido nada de los hechos de la noche del 30 de mayo de 1960. Solo dos personas los conocían. Solo dos personas habían sido testigos del suceso que tuvo lugar el 30 de mayo de 1960. Una de ellas acababa de morir, víctima de un incendio. La otra se disponía a cometer un último asesinato.

30 de mayo de 1960.

Cuando Judy se dio cuenta de que David seguía vivo, entró en acción de inmediato. La sorprendente supervivencia del hijo pequeño de Sinclair Baskin se convirtió en su última oportunidad para la redención, en su última oportunidad para rescatar a Laura de las garras del pasado. James, en cambio, veía la supervivencia de David como un camino que llevaba a la destrucción de su familia. Sabía que Judy iba a contárselo todo a Laura y también a Mary. Sabía que había decidido revelar los secretos que había prometido llevarse con ella a la tumba. Por lo tanto, James hizo lo único que podía hacer: ayudó a Judy a mantener su promesa.

La escoltó hasta su tumba.

Incendió aquella casa con ella y sus malditos diarios dentro. Los secretos del pasado habían ardido hasta convertirse en un inservible montón de humo y cenizas. No obstante, había cometido un grave error de cálculo en la muerte de Judy: Laura se había visto atrapada en el incendio. Por supuesto, no era culpa suya. Mary era quien lo había iniciado todo. Mary nunca tendría que haberse acostado con Sinclair. También Judy era responsable. Debería haber mantenido la boca cerrada. Por fortuna para todos, el héroe misterioso había salvado a Laura. Y James tenía ahora una muy buena idea de quién era ese héroe misterioso.

Era una auténtica pena que tuviese que morir.

James pasó por Fenway y giró en Storrow Drive. David y el Boston Garden estaban a solo a cinco minutos.

Gloria cruzó el porche de entrada y entró en la casa. Las tres mujeres se miraron las unas a las otras, cada una fijándose en la terrible palidez de las otras dos y preguntándose si su rostro también parecía una máscara mortuoria. Laura fue la primera en hablar.

—¿Qué pasó el 30 de mayo?

Gloria quería decírselo, y al mismo tiempo quería demorarlo aunque solo

fuese por unos instantes más.

—El diario lo cuenta todo —respondió—, pero será mejor que antes leas la nota del señor Corsel. Dijo que era urgente.

Laura notó que las gotas de sudor perlaban su frente, a pesar del frío. Aquel sobre blanco sin ningún detalle especial, de la clase que se podía comprar en cualquier papelería, podía esconder la respuesta final. Lo cogió de la mano de Gloria y lo abrió. Sacó del interior una tarjeta blanca. Richard Corsel no podía ser más sucinto con las palabras, pero Laura comprendió el motivo. Mejor para todos cuanto menos se dijese:

Por favor, destruya esta nota tan pronto como la haya leído. El nombre de la persona que ahora tiene el dinero desaparecido es Mark Seidman.

A Laura le cedieron las piernas.

Gloria y Mary entraron en acción. Llevaron a Laura hasta el sofá del estudio. Las tres se sentaron.

—¿Qué dice? —preguntó Gloria.

A Laura le daba vueltas la cabeza, pero en algún momento de los giros vio una luz débil. En un primer instante, se juró que solo podía ser cosa de su imaginación. Un caso de deseo que se convierte en esperanza y luego en realidad. Todo aquello era una locura. Un espejismo. Tenía que serlo. Sin embargo, cuanto más pensaba en ello, más le cuadraba todo: por qué T. C. le había mentado, por qué David había llamado al banco, por qué se había sentido tan extraña al estar cerca de Mark Seidman, por qué Mark había tenido miedo de estar cerca de ella, por qué su salto le resultaba tan conocido, por qué T. C. lo había ayudado a escapar del homenaje a David cuando él había sufrido...

«No pasa nada. Ya te tengo».

Un grito ahogado.

«Aguanta, amigo. Apóyate en mí. Enseguida estarás en casa».

«No puedo verla, T. C. No puedo estar cerca de ella».

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Laura. Intentó aceptar que por fin estaba cara a cara ante la verdad.

—Todavía está vivo...

—¿Quién? —preguntó Gloria—. ¿De qué hablas?

Laura le mostró la tarjeta.

—Aquí está la prueba de que Mark Seidman es, en realidad, David.

—¿Qué? —gritó Mary.

Las piezas comenzaron a encajar en la mente de Laura al mismo tiempo que pronunciaba aquellas palabras.

—David no se ahogó. No se suicidó. Solo quería que todos creyésemos que había muerto. Quiso que tú creyeses que había desaparecido, y quiso protegerme de la verdad. Ahora todo tiene sentido. T. C. fue cómplice de todo...

—¿Y qué me dices del anillo de David que apareció debajo de tu almohada? —preguntó Gloria.

—Tuvo que ser cosa de T. C. Intentaba asustarme para que me mantuviese al margen. Tenía miedo de que descubriera la verdad.

Laura corrió al teléfono.

—¿Qué haces? —preguntó Mary.

—Voy a llamar a Clip Arnstein, Quiero saber dónde vive Mark Seidman.

—¡No! —gritó Mary, levantándose también—. ¿Es que no lo comprendes, Laura? Todo esto no cambia nada. No puedes estar con él, no puedes volver con él. David sigue siendo tu hermano.

Laura se volvió hacia su madre como si sus palabras hubiesen sido una cuerda que se envolvía alrededor de su cuello para tirarla hacia atrás.

—Pero, mamá ¿es que no...?

Fue Gloria quien levantó la mano para hacerla callar. Su rostro bañado en lágrimas era testimonio de su propia pérdida, pero ahora Gloria comprendió que había esperanzas para Laura.

—No lo es —afirmó.

Mary la miró.

—¿De qué hablas?

—David no es tu hermano, Laura —repitió Gloria, y le entregó el diario a su hermana—. El 30 de mayo. Lee el 30 de mayo.

Solo unas pocas manzanas más. Ya nada podría salvar a David.

James sintió cómo la camisa se le pegaba al cuerpo. Detestaba transpirar. Guardaba camisas de recambio en su consulta para poder cambiarse con una limpia cuando lo necesitara. Pero no tardaría mucho en poder cambiarse, tan pronto como hubiese resuelto aquel último problema.

No era un asesino profesional, eso estaba bien claro, pero había conseguido no dejar atrás ninguna pista y se había creado muy buenas coartadas. Por ejemplo, con el asesinato de Judy. Si alguien quería saber dónde había estado James a la hora del incendio, el doctor Eric Clarich no tendría el menor inconveniente en confirmar que James se encontraba en Boston. El doctor Clarich declararía que había llamado al Boston Memorial Hospital media hora después de haberse producido el incendio, y afirmaría que había hablado con James Ayars. Había cinco horas de viaje desde Boston a Hamilton.

Conclusión: era imposible que James estuviese implicado. No tenía ningún sentido seguir escarbando.

Pero ¿cómo lo había conseguido? ¿Cómo había conseguido estar en dos sitios a la vez? Si había estado en Hamilton ocupado en cometer un asesinato, ¿cómo podía haber regresado a Boston a tiempo para atender la llamada de emergencia, a menos que fuese un milagro? Muy sencillo. No lo hizo. Conectó su extensión para que transfiriese todas sus llamadas a un teléfono público que no estaba a más de cinco minutos del hospital Saint Catherine's de Hamilton, en Nueva York. Brillante, ¿no? Luego solo había tenido que ir hasta el aeropuerto, esperar unas pocas horas, y presentarse en el hospital muy agitado como si hubiese tenido que correr todo el camino desde Boston.

Aquella parte había ido como la seda.

El verdadero motivo de miedo apareció cuando por fin se presentó en el hospital, y se encontró con que Mary ya estaba allí. Se sintió dominado por el pánico. Solo había una forma de que Mary pudiese haber llegado a Hamilton desde Boston con tanta rapidez. Había tenido que estar de camino a Hamilton para hablar con Judy. ¿Habría conseguido Mary llegar a tiempo? ¿Habría tenido Judy la oportunidad de decirle algo antes de morir? Por fortuna, la respuesta a aquellas preguntas era no. Una simple mirada le había bastado para saber que su esposa seguía sin saber nada de lo que había ocurrido el 30 de mayo de 1960. Por otra parte, Judy había querido decírselo a Laura, no a Mary.

BIP, BIP, BIP, BIP, BIP...

El doctor Ayars bajó la mano y apagó el busca que llevaba en el cinturón. Maldita sea. Tendría que llamar. Si no lo hacía, el hospital comenzaría una ronda de llamadas, y eso a James no le interesaba.

James vio su objetivo a lo lejos. El Boston Garden. Aquello podía esperar otro par de minutos. Aparcó junto a la acera, se bajó del coche y fue a paso rápido hasta una cabina de teléfono.

Las palabras de Gloria sacudieron a Laura como una descarga eléctrica.

—¿Qué quieres decir con que David no es mi hermano?

—El 30 de mayo —repitió Gloria—. Léelo.

Laura cogió el cuaderno que le ofrecía su hermana y se sentó en el sofá. Mary se sentó a su lado para leer por encima del hombro de su hija.

—No entiendo de qué va todo esto...

Gloria tragó saliva.

—Leed.

Laura abrió el diario. Pasó las páginas adelante y atrás con los dedos temblorosos, hasta que por fin dio con la entrada correcta.

Esta pesadilla no se acabará jamás. Tejé la telaraña y ahora estoy atrapada en ella. El plan de James es una auténtica locura y del todo ingenioso. Ha utilizado los encantos de seducción de Mary para su propio provecho, y a mí me ha convertido en su cómplice involuntaria.

—Tú también estás implicada —me dijo sin piedad—. Les diré a todos que me ayudaste a matar a Sinclair Baskin.

—Lo negaré. Será tu palabra contra la mía.

Su sonrisa era diabólica y malvada.

—En ocasiones pareces estúpida, Judy —afirmó—. ¿A quién creerá el jurado? ¿A una amante despechada que se acostaba con un hombre casado y después traicionó a su propia hermana, o a un doctor engañado que es un pilar de la comunidad?

No dije nada. Tenía tanto miedo que no podía abrir la boca.

—Vas a ayudarme a hacerlo porque, en cuanto lo hayas hecho, nuestro secreto y nuestros destinos estarán unidos para siempre. Ninguno de nosotros podrá revelar el pecado del otro sin condenarse a sí mismo. Después de hoy, seguiremos adelante como si no hubiese pasado nada. Y no volveremos a mencionarlo nunca más.

—Pero ¿es que no te das cuenta de que está mal?

Su rostro se ensombreció.

—Sé qué está mal. Asesinar a Sinclair Baskin fue un acto de justicia. Esta vez, no está tan claro.

—Entonces, no lo hagas —le supliqué—. Olvida toda esta locura. Olvídalo todo. No le diré ni una palabra a nadie, lo juro.

—No —respondió él, decidido—. No puedo olvidarme y pasar página sin más. Tengo que hacer que las cosas vuelvan a ser correctas, incluso si eso significa la muerte de un alma inocente. ¿No te das cuenta, Judy? Mary pasará página sin saberlo. Sinclair la ha abandonado y ella, desde luego, nunca va a decirme la verdad. ¿Qué otra cosa puede hacer?

—Ninguna —admitió—. Tendrá que fingir que el bebé es tuyo.

James sonrió.

—Así es. Por lo tanto, hagamos que su deseo se convierta en realidad.

La casa estaba a oscuras. En la radio del estudio sonaba una canción conocida, pero no consigo recordar el título. James y yo caminamos por el pasillo más allá del dormitorio de Gloria. Mi sobrina es una niña dulce y preciosa. Me pregunto si su pequeña mente recordará esta noche. Rezo para que nunca la recuerde.

Estábamos a unos pocos pasos de la puerta del dormitorio, cuando susurré:

—¿Estás seguro de que Mary está inconsciente?

—Le he dado una dosis suficiente como para dormir a un caballo. No sentirá nada hasta por la mañana. Entonces le daré más.

Llegamos a la puerta. La abrí. La escasa luz del pasillo alumbró el cuerpo dormido de Mary. No se movió.

—Vamos —dijo él—. Adelante.

—Por favor, James, piensa en lo que vas a hacer.

Me sujetó el brazo.

—Entra.

Me arrastró con él y cerró la puerta. Encendió la luz del techo y la habitación se iluminó. Mary siguió sin moverse.

—¿Ves lo que te decía? —James sonrió—. La maldita zorra duerme como un leño.

—Si piensas así, ¿por qué no te separas de ella?

Me miró como si le hubiese preguntado a un sacerdote por qué cree en Dios, si había tanta crueldad en este mundo.

—Porque la quiero —respondió, y creo que le comprendí.

Abrió su maletín de médico. Buscó en el interior y sacó un instrumento metálico.

—Lo cogí del hospital. Tiene un aspecto siniestro, ¿verdad?

Asentí. Sentía que todo mi cuerpo se helaba. Retrocedí poco a poco, hasta que choqué contra la pared y no pude retroceder más. El rostro de James cambió como si se hubiese puesto una máscara. Volvía a ser el médico imperturbable. Alzó el instrumento y se puso manos a la obra. Casi vomité en cuanto vi la sangre. Cerré los ojos, pero mis oídos podían oír perfectamente los sonidos del raspado. Deseé que se diera prisa. Deseé que todo acabara cuanto antes.

Pasaron los minutos, y por fin cesaron los sonidos. Se había arrebatado otra vida.

—Limpia toda esta porquería —me dijo—. Date prisa.

—¿Tengo que hacerlo?

—Sí. Vamos, date prisa.

Antes de que pudiese dar apenas unos pocos pasos, se abrió la puerta. Me volví a tiempo para ver a la pequeña Gloria en el umbral. Tenía los ojos muy abiertos por el miedo.

—¡Mamá! ¡Mamá! —gritó con su mirada fija en el charco de sangre entre las piernas de su madre.

—¡Sal de aquí, Gloria! —gritó James—. ¡Sal de aquí ahora mismo!

La niña no se movió. Estaba inmóvil como si hubiese entrado en trance. La cogí y la llevé a su habitación, lejos de la sangre.

Laura no conseguía dejar de temblar. Tampoco Mary.

—Es verdad —dijo Gloria—. Hasta la última palabra. La pesadilla que no podía recordar nunca... es esta. Lo recordé todo en cuanto leí las palabras de Judy. Veo la sangre. Veo el cuerpo de mamá tendido en la cama. Veo esa extraña expresión en el rostro de papá. Incluso recuerdo a Judy acurrucada en el rincón...

—Tuvo un aborto... —consiguió decir Laura.

Gloria asintió.

Laura miró a su madre, que temblaba como si fuera presa de una fiebre violenta. Todo empezaba a encajar.

—Volvió todos tus engaños contra ti, mamá —afirmó Laura—. Tú acabaste

siendo la persona engañada sobre la identidad del verdadero padre, no él. Acabaste siendo la persona engañada para que lo sedujeras y él pudiese dejarte embarazada otra vez. Estabas tan atrapada en aquella red de mentiras que acabaste creyendo que mi demora en nacer solo fue un golpe de suerte para ti.

—¿Y aquel embarazo tan duro...?

—También fue obra suya —contestó Laura—. Te mantuvo drogada para que no te enteraras de lo que pasaba. Tú misma me dijiste que te sentías mal, pero que tenías miedo de ver a un médico, ¿no? Habría sido demasiado peligroso, como dijiste, porque papá se habría enterado. Le diste el tiempo que necesitaba. Tú te acostabas con él porque querías hacerle creer que era el padre, mientras que él no dejaba de intentar dejarte embarazada otra vez.

Gloria se acercó a ellas.

—Esa es la respuesta a la pregunta de por qué Judy esperó tanto tiempo para revelar la verdad, Laura. Cuando murió David, no había ningún motivo para contarte nada. David ya estaba muerto. Sin embargo, cuando vio a Mark Seidman en el Boston Garden, tuvo que darse cuenta de que David seguía vivo. Entonces comprendió que no era demasiado tarde para que vosotros dos volviéseis a estar juntos.

—¡Dios mío! —exclamó Mary—. Entonces, es cierto... David no es tu hermano...

Laura asintió.

—Entonces... El arma...

—¿Qué arma? Mamá, ¿de qué hablas?

—En aquel momento, no le di importancia. Supuse que había habido algún problema en el hospital y la necesitaba para protegerse...

—¿Necesitaba qué? —gritó Laura—. Dímelo.

La mirada de Mary se fijó en los ojos de Laura.

—Vi a tu padre salir hace un rato. Llevaba un arma.

Laura corrió al teléfono. La casa permanecía en silencio, todos estaban sumidos en sus pensamientos. Marcó un número. Contestaron al primer tono.

—¿Diga? —contestó una voz.

—¿Clip?

—Ah, hola, Laura —respondió el viejo presidente de los Celtics—. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias.

—Lamento mucho lo de tu tía. Una terrible tragedia. Este año...

—Tengo un poco de prisa, Clip —lo interrumpió Laura—. Necesito hablar con Mark Seidman ahora mismo. ¿Tienes su número de teléfono?

—¿Seidman? ¿Por qué quieres hablar con él?

—Por favor —le suplicó Laura—. Es algo muy importante...

—Si de verdad corre tanta prisa, puedes ir al Garden. Por lo general, va a practicar solo todas las mañanas... Como hacía David...

Laura no escuchó el resto. Ya corría hacia el coche.

—Quítenle el suero y controlen sus signos vitales —ordenó James con su característica voz autoritaria.

—Ahora mismo, doctor.

—Dígale al doctor Kingfield que se encargue de visitarle. Estaré allí en una hora.

—Sí, doctor.

James miró a ambos lados fuera de la cabina de teléfonos. El Boston Garden estaba muy cerca. Solo tenía que conducir otros cien metros como mucho.

—¿Algo más?

—No, doctor.

—Bien —dijo James—. Volveré a llamar dentro de un rato.

No esperó al «Sí, doctor». Colgó el teléfono y caminó hacia el coche con la mayor naturalidad posible. No le resultó fácil. Se sentía un tanto ansioso.

El coche arrancó a la primera. Observó el tráfico y se incorporó a la calzada. Un minuto más tarde, entraba en el aparcamiento del Boston Garden. El viejo

estadio necesitaba tantas reparaciones que resultaba casi imposible decidir por dónde empezar. Aun así, el Garden conservaba cierta majestuosidad. Sintió una muy clara sensación de respeto al mirarlo. Si aquello se debía a la historia del edificio o a la atrocidad que estaba a punto de cometer en aquel sagrado recinto, era algo que ni él mismo sabía.

Aparcó no muy lejos de la entrada lateral que David siempre había usado en el pasado. Una rápida mirada a través de las ventanillas le permitió comprobar que no había nadie por los alrededores a aquella hora de la mañana. El lugar estaba completamente desierto.

Perfecto.

James sacó el arma del bolsillo. Abrió el tambor. Cargado y listo para usar. El arma que había empleado anoche para matar a Stan estaba en el fondo del río. Este era un revólver nuevo, sin ninguna relación con el arma que había acabado con la vida de Stan Baskin. Además, era imposible de rastrear. Lo guardó en el bolsillo y salió del coche.

Caminó hasta la pesada puerta de salida y echó una última ojeada. No, no había nadie a la vista. Abrió la puerta poco a poco. No se oyó ningún chirrido. Entró. A su espalda, la puerta comenzó a cerrarse. James se volvió, y entonces se dio cuenta de que se cerraría con un portazo. Apoyó una mano para disminuir la velocidad del movimiento de la pesada puerta. Funcionó hasta cierto punto. La puerta no dio ningún golpe, pero tampoco se cerró en silencio.

James se encontraba en la oscura caverna del nivel inferior del Garden. Se volvió hacia el pasillo que descendía hasta la famosa cancha. Oyó en la distancia el inconfundible eco de una pelota que botaba en el parque.

David estaba practicando los lanzamientos de tiros libres. Fallaba muy pocos tiros libres en los partidos: tenía un porcentaje de acierto del noventa y dos por ciento; el más alto de la liga. Fallar un tiro libre era algo que siempre había considerado imperdonable. Era un tiro libre, puntos gratis. No había manos en tu cara, ningún jugador empujándote o intentando lanzar la pelota a las gradas. Solo había una cosa que debías hacer para ser un buen lanzador de tiros libres: practicar. Había tantos partidos que finalmente se decidían por los tiros libres... Tantos partidos ganados o perdidos desde la línea de tiros libres...

Llevaba embocados doce tiros seguidos cuando oyó un sonido lejano. Alguien acababa de entrar por su puerta lateral. David cogió la pelota y corrió haciéndola botar hasta el otro extremo de la cancha. Tenía el cuerpo bañado en sudor. Su pelo, ahora rubio rizado en lugar de castaño ondulado, se le pegaba a la frente.

No oyó las pisadas. Qué extraño. El sonido de la puerta al cerrarse era inconfundible, y muy pocas personas sabían que no cerraba la puerta con llave cuando practicaba por las mañanas. Estaban sus compañeros de equipo, por supuesto. Clip y los entrenadores. T. C., Laura, Gloria y James. Nadie más.

Así que ¿quién podía estar allí ahora?

Corrió hacia la canasta y ejecutó un salto de espalda, su jugada favorita cuando se enfrentaba a un jugador mucho más alto. Saltaba, utilizaba el borde de la canasta para protegerse del largo brazo del defensor, y dejaba caer la pelota contra el tablero por el otro lado. Dos puntos. Tres, si conseguía que le hicieran falta.

Desde que se había convertido en Mark Seidman, había trabajado con la máquina de musculación cuatro veces por semana. Aquellos ejercicios habían tenido una repercusión inmediata en su cuerpo. Habían hecho que el físico de

Mark Seidman fuese un tanto más delgado y musculoso que el de David Baskin. También había notado un aumento en su velocidad y en la altura del salto.

Seguía sin llegar ningún sonido desde la rampa de entrada.

Se encogió de hombros. Quizá había sido el viento contra la puerta metálica. Quizá alguno de los ayudantes de vestuario que venía a cambiar las toallas. Lo que fuese.

Unos pocos segundos después, David se había olvidado del todo de la puerta. Intentó concentrarse en los lanzamientos a larga distancia, pero lo que había visto unos días atrás se lo impidió.

El coche de Gloria salió de la Interestatal 93 y tomó la salida. Su mirada atravesaba el parabrisas sin ver nada más que la carretera que tenía adelante. Pisó el acelerador a fondo. El coche avanzó a toda velocidad.

Laura iba en el asiento del pasajero con el diario abierto sobre el regazo. Leía y leía, pero un único pensamiento ocupaba su mente. El pensamiento que alejaba los pecados del pasado.

David... David estaba vivo.

Miró a su hermana.

—¿Estás bien?

—Papá asesinó a Stan... —respondió Gloria—. Mató al hombre que yo amaba.

—Lo sé —dijo Laura en voz baja.

—¿Cómo...? ¿Cómo pudo hacerlo?

La voz de Laura al responder apenas fue un susurro.

—Has leído el diario. Es un hombre enfermo. Está fuera de control.

—¿Ya has llegado al mes de junio? —preguntó Gloria.

—Acabo de hacerlo.

—Entonces sabes las implicaciones de todo lo que hizo. Papá continuó drogando a mamá hasta que a ella le resultó imposible descubrir lo que había

hecho. Luego siguió acostándose con ella para dejarla embarazada de nuevo... Ahora tendría a su bebé, no al de Sinclair.

—Y Judy no dijo nada... —añadió Laura—. Le aterraba la idea de lo que podía suceder si se descubría la verdad.

El coche giró a la derecha. Ya estaban muy cerca.

—Vivieron con ese secreto todos estos años. Se limitaron a fingir que no había pasado nada...

—No creo que fuese tan sencillo —opinó Laura—. Dudo que pasase un día sin que pensasen en lo que había ocurrido aquel mes de mayo de 1960.

Gloria sujetó el volante con fuerza.

—No puedo creerlo... Quiero decir que, ¿cómo es posible que papá pudiera hacer algo tan retorcido?

—No lo sé —admitió Laura—. Quizá su ciega obsesión por mamá, por la idea de familia.

—Pero siempre nos ha querido. Nos ha querido de verdad. ¿Cómo puede alguien actuar así y al mismo tiempo ser un asesino?

—No creo que fingiera —dijo Laura—. Al menos no creo que lo hiciera. Nos quiere, puede que incluso demasiado. Siempre ha asumido toda la responsabilidad sin tener ninguna ayuda. Protegió a sus hijas de cualquier posible daño. Cada vez que surgía un problema, mamá se limitaba a esperar a que él lo solucionara. En algún lugar de su mente, papá cree que todo lo que hizo fue para proteger a su familia.

—Todo este tiempo... Y nosotras sin saber nada. Absolutamente nada.

Laura asintió. Bajó la mirada con la intención de continuar con la lectura del diario, con la ilusión de cerrar el paso a lo que estaba a punto de suceder. Pero no tenía sentido. La expectativa le ponía los nervios al rojo vivo. David... Después de todo este tiempo, David seguía vivo... Le vería muy pronto, lo abrazaría, le diría que estaban hechos el uno para el otro y que no se separarían jamás.

Solo unos pocos minutos más.

James avanzó por el pasillo en penumbra. Pasó junto a una sala de prensa, un surtidor de agua vacío, el vestuario del equipo visitante... A su izquierda, vio un gran cubo de basura lleno de vasos de papel y programas. Miró el otro extremo del pasillo. Nadie a la vista.

Todo había ido muy bien hasta que Mary comprendió que David Baskin era hijo de Sinclair. Entonces se sintió dominada por el pánico y, llevada por la desesperación, fue dando golpes de ciego hasta que sacó al pasado de su largo sueño. La máscara que había ocultado todos sus engaños —sus muy útiles mentiras— comenzó a resquebrajarse y a caer. Él intentó calmar a Mary, pero ¿cómo podía defender la relación de Laura y David sin decirle a ella lo que le había obligado a hacer hacía tantos años? Los cimientos que sustentaban a su familia se vendrían abajo y se convertirían en un montón de escombros inútiles. Las familias, como las vidas, eran muy frágiles. Se mantenían unidas por un tejido muy delgado. Si se tensaba demasiado...

Continuó avanzando. Delante de él, vio la rampa de entrada. Los jugadores trotaban por ese mismo pasillo y salían por la rampa para ser recibidos por los estruendosos aplausos de los aficionados y los pitidos de los rivales. La luz de la pista llegaba hasta allí. El sonido del peloteo era ahora más fuerte.

James había estado en este mismo pasillo unos pocos días antes, para el partido inaugural de la nueva temporada de los Celtics. Había acudido muy ilusionado, convencido de que lo peor había quedado atrás. Se había equivocado. Aquella visita al Garden, aquel maldito partido inaugural, había deshecho el ovillo de las mentiras como nunca había ocurrido antes. Judy había sido la primera hebra suelta que había exigido una atención inmediata.

La segunda había sido Stan Baskin.

Aquel día, el día del partido inaugural, Stan había reconocido a James al saludarlo. Sabía que él había matado a su padre. Sin embargo, en lugar de buscar la venganza, Stan Baskin había decidido sacar tajada recurriendo al chantaje. Repugnante. ¿Qué sentido de la familia podía tener un hombre así? James comprendió casi en el acto que darle dinero no serviría de nada. No se podía

confiar en que alguien así se mantuviera callado. Además, aquella basura humana iba en serio con su hija mayor. James no permitiría que Gloria se enamorase de un hombre como aquel. Así que, una vez más, ¿qué otra cosa podía hacer? En realidad, solo lo que había hecho.

Silenciar a Stan de una vez para siempre.

La entrada a la cancha estaba ahora a unos pocos metros. Había llegado el momento. Se había acabado ir podando hierbajos para mejorar su apariencia. Tenía que escarbar bien hondo y arrancar la maldad de cuajo, destruirla con un tirón definitivo. Entonces todos estarían a salvo.

Las situaciones drásticas requerían soluciones drásticas. En aquel caso, la solución era el asesinato. No podía inhibirse, por muy desagradable que fuese su cometido. Había que dejar a un lado los sentimientos personales.

Un último asesinato...

Apoyó la espalda en la pared. Se inclinó hacia delante y asomó la cabeza. David estaba driblándose a sí mismo en el centro de la cancha. Se mantenía quieto, con la pelota trazando ochos entre sus piernas, y de pronto se revolvía, daba un giro y volvía a empezar.

—Este ejercicio es muy bueno para la coordinación entre la mano y el ojo, doctor Ayars.

—Por favor. Llámame James.

Cerró los ojos y apartó el recuerdo. Después se animó a dar otro paso. David le daba la espalda. James salió en silencio de la boca de entrada y se agachó detrás de una hilera de butacas de la primera fila. David no había oído nada. Continuó haciendo las figuras de ocho, esta vez con dos pelotas que se movían en direcciones opuestas. James levantó la cabeza poco a poco, y miró por encima de los respaldos como un soldado que asoma la cabeza en una trinchera. David

miraba el tablero en el lado opuesto de la pista. No miraba las pelotas que se movían como un relámpago entre sus piernas. Las esferas naranja parecían animales bien entrenados que obedecían cada una de sus órdenes.

—¿Cómo lo haces, David? ¿Cómo puedes driblar tan rápido sin mirar la pelota?

—Practico.

—¿Nunca miras la pelota cuando driblas?

—Nunca. Hay muchas otras cosas que mirar.

James se encontraba ahora muy cerca, a solo diez metros de distancia. No podía fallar desde allí. Metió la mano en el bolsillo y empuñó el arma con suavidad. Una vez más, el arma encajaba a la perfección en su palma.

Había llegado la hora. Las lágrimas asomaron a sus ojos. Vaya, ahora no. Tenía que salvar a su hija, a su familia. Tenía que poner fin a esto de una vez por todas.

Anotó.

Gloria entró con el coche en el aparcamiento norte del Boston Garden. Dieron toda la vuelta hasta el sector B, donde se encontraba la puerta lateral. Cuando llegaron, Laura reprimió un grito. Sintió una opresión en el pecho tan fuerte que apenas podía respirar.

—No —susurró—. ¡NO!

Laura saltó del coche antes de que se detuviese del todo. Corrió hacia la entrada lateral, y en su carrera pasó junto al conocido vehículo en el aparcamiento, un coche conocido.

El coche de su padre.

James vio cómo le temblaba la mano, pero ya no tenía importancia. El blanco estaba a distancia de tiro. No tenía más que apretar el gatillo, y todo habría acabado. Una vez más, la paz descendería sobre su familia. El pasado quedaría borrado antes de que pudiese destrozar más vidas. Y no se levantaría nunca más.

Amartilló el arma con el pulgar.

Entonces oyó que se abría la puerta.

La pesada puerta metálica golpeó con fuerza contra la pared, y el sonido viajó por todo el pasillo y llegó a la cancha. David se volvió en el acto. Se quedó de piedra al ver a James.

—¡Papá! —gritó una voz en la distancia. Era la voz de Laura. Oyó sus pisadas mientras ella corría hacia ellos.

Se agotaba el tiempo. Ahora ya no podía dudar. Tenía que hacer un trabajo y, estuviese allí su hija o no, lo haría. Al fin y al cabo, lo hacía por ella.

Apuntó con el arma una vez más.

La mirada de David sostuvo la de James. Solo dijo una palabra.

—No...

James prefirió ignorar aquel último ruego. Su dedo apretó el gatillo. El arma se disparó.

Laura oyó el disparo.

—¡NO! —gritó.

Corrió por el pasillo, giró a la derecha y continuó corriendo con todas sus fuerzas hacia la rampa de entrada. A lo lejos, oyó que alguien corría.

«Oh, por favor, por favor, por favor... Otra vez, no. No permitas que lo pierda dos veces».

Cuando llegó a la cancha, cuando cruzó la entrada por la que David había pasado tan feliz y alegre en tantas ocasiones, se le cayó el alma a los pies.

—No...

Sangre. Sangre en el suelo.

Corrió hacia la mancha de dolor rojo oscuro que se derramaba sin obstáculos por el suelo de parqué. Su mundo, ya destrozado, comenzó a fundirse en la nada. Cuando Laura bajó la mirada por fin, vio el cuerpo inmóvil. La cabeza yacía en un espeso charco de sangre.

Laura soltó un alarido.

EPÍLOGO

Laura iba al volante. Gloria y Serita se habían ofrecido a acompañarla y a esperar en el coche, pero Laura prefería ir sola. No quería ayuda.

Sintió los latidos de su corazón cuando giró a la derecha para entrar en el aparcamiento. Se había vestido de forma conservadora con un oscuro traje chaqueta de Svengali. Llevaba el pelo peinado hacia atrás para resaltar sus pómulos. Como siempre, iba casi sin maquillaje. Como siempre, estaba bellísima.

Laura dio toda la vuelta al decrepito edificio. No había ni un solo coche en toda la extensión, y el sol comenzaba a trazar unas líneas oscuras en el pavimento. Consultó su reloj, y vio que eran casi las siete de la mañana. El viaje solo había durado quince minutos, pero le pareció una eternidad.

Aparcó el coche no muy lejos de donde su padre había aparcado el suyo dos días atrás. Dos días y toda una vida antes.

Laura tardó apenas unos instantes en abrir la puerta del coche y salir. Sí, pensó, por fin había llegado la hora. El pasado había reclamado su venganza. Había castigado al culpable y golpeado al inocente. Ahora se había acabado. Después de tanto tiempo, el pasado sucumbiría al presente y al futuro.

Caminó hacia la puerta de la entrada lateral. Su mano abrió la puerta y entró. Como dos días antes, el pasillo estaba oscuro. Como dos días antes, se oía un peloteo en la distancia.

Laura caminó despacio hacia la cancha. No quería correr, pero tampoco detenerse. Notaba las piernas entumecidas, pero su pulso era cada vez más acelerado. Su corazón latía con tanta fuerza que estaba segura de que se veía a simple vista.

Cuando llegó a la rampa de entrada, se detuvo y respiró hondo. Su cuerpo se

estremeció. Salió.

El jugador continuó driblando y lanzando. Aún no la había visto.

A Laura le costó un instante encontrar su voz.

—Hola —dijo simplemente.

El cuerpo de Mark Seidman se detuvo al oír la voz. La pelota se alejó rodando. Se volvió hacia ella poco a poco, titubeante, como si tuviese miedo de confirmar con sus ojos aquello que sus oídos le habían sugerido. Cuando acabó de volverse y la vio de pie junto a la entrada de la rampa, desvió la mirada. Se apresuró a recoger a la pelota.

—Hola —consiguió responder.

Laura se adelantó para sentarse en una de las butacas de primera fila.

—¿Te importa si miro durante unos minutos? —preguntó Laura.

Mark se encogió de hombros.

—Se supone que nadie puede estar aquí.

—No me quedará mucho tiempo.

Mark miró el reloj colocado en el marcador. Sus ojos no parecían querer posarse en ella.

—La verdad es que debo irme.

—Espera —dijo Laura—. No te vayas. Me gustaría verte lanzar. Por favor.

Mark rompió su regla número uno: prefirió mirar la pelota mientras driblaba, con tal de no mirar a aquella mujer.

—De acuerdo —asintió, transcurridos unos segundos—, pero no puedo quedarme mucho más.

Comenzó a lanzar, y falló muchos más lanzamientos de los que podía recordar desde que tenía ocho años. Le temblaba el brazo. Los dedos parecían haber perdido su flexibilidad. ¿Se atrevería a hablar con ella? ¿Se atrevería siquiera a mirar en su dirección? Pasados unos pocos minutos, dijo en un susurro:

—Siento mucho lo de tu padre.

—Gracias —respondió Laura—. Mi padre era un hombre atormentado, y al final creyó que la única forma de proteger a su familia era suicidándose. —Se

tragó el nudo en la garganta—. Ya nada puede hacerle daño. Creo que por fin está en paz.

Mark guardó silencio.

—Mark, ¿puedo hacerte una pregunta?

Él se alejó con la pelota.

—Sí.

—¿Qué sabes de la muerte de mi marido?

Mark se encogió de hombros.

—Solo lo que leí en los periódicos. Se vio atrapado por la corriente de la barrera de coral, y se ahogó.

Laura se echó hacia delante en la butaca. Las lágrimas comenzaron a asomar en sus ojos.

—Yo diría que no. Eso es lo que David deseaba que creyese todo el mundo.

Mark continuó driblando, sin apartar la mirada de la pelota.

—Estábamos en Australia cuando ocurrió. En plena luna de miel —añadió Laura. Su mirada parecía perderse en el recuerdo—. Estábamos muy enamorados, éramos increíblemente felices. Era como si todo el mundo hubiese sido creado solo para nosotros. Me hacía reír, me hacía llorar... —Se detuvo—. Podía hacerme sentir, ¿sabes a qué me refiero?

Mark le dio la espalda.

—No entiendo por qué me cuentas todo esto.

Laura no hizo caso de sus palabras.

—Antes de morir, David se encontró con mi madre en un hotel cercano al nuestro.

El cuerpo de Mark sintió un estremecimiento al oír sus palabras. Aun así, no se volvió.

—Ella le dijo algunas cosas que lo asustaron.

—¿Por qué me estás contando...?

—Pero mi madre estaba equivocada.

Mark se encorvó como si de pronto sintiera una punzada de dolor. Se llevó

una mano a la cara y se enjugó los ojos, pero siguió sin volverse. Comenzó a driblar de forma inconsciente.

—¿Equivocada en qué?

La pierna derecha de Laura empezó a moverse. Las oleadas de emoción la sacudían. Habló deprisa, con la respiración entrecortada:

—Tuvo una aventura con tu padre. Aquella parte es verdad, y se quedó embarazada...

—No sé de qué me hablas.

—...Pero abortó.

Mark dejó de driblar. Se llevó una mano a la boca, como si quisiera ahogar un alarido.

—¿Qué?

Laura caminó hacia él, que seguía dándole la espalda.

—No somos hermanos.

Mark se volvió. Abrió los ojos como platos. Su rostro se convirtió en una máscara de desconcierto.

—¿Pero...? Después de todo este tiempo, después de todo este sufrimiento... ¿No somos hermanos?

—No, David —dijo Laura—. Aquel bebé nunca nació. No soy tu hermana.

Él la miró. Las lágrimas asomaron a sus ojos.

—¿Cómo...? —Se interrumpió. Tenía la sensación de que su mundo se venía abajo. La realidad escapaba a su control. Intentó rehacerse, e intentó comprender lo que Laura le decía—. Por favor... —comenzó David en voz baja—, por favor, dime que no estoy soñando.

Laura negó con la cabeza, su rostro estaba bañado en lágrimas.

—No estás soñando, David. Te juro que no estás soñando.

David la miró. De pronto, sus ojos tristes se iluminaron con la esperanza. Laura corrió hacia él y lo abrazó, lo rodeó con sus brazos con todas sus fuerzas. David hizo lo mismo, cerrando los ojos para contener las emociones. Tantos días

de tortura, tantas lágrimas, tantas veces en las que había soñado con abrazarla de nuevo...

—No vuelvas a dejarme nunca más —susurró Laura.

—Nunca —respondió David—. Te lo juro.

Se abrazaron con todas sus fuerzas, sin ceder, sin atreverse a aflojar la presión por miedo a que alguno de los dos pudiese soltarse y desaparecer para siempre. Permanecieron así unos segundos eternos, dejando que el pasado se disolviese y comenzase la curación.

David sonrió entre sus lágrimas.

—¿Todavía quieres tener hijos? —preguntó.

Laura se rio.

—¿Qué te parece si tenemos conejos?

—¿Conejos? De acuerdo, tendremos conejos y niños.

Laura asintió.

—Pero lo primero es lo primero. ¿De dónde has sacado ese horrible pelo rubio rizado?

—¿No te gusta?

—Pareces un personaje de *Godspell*. Tiene que desaparecer.

—Me he acostumbrado a él.

—Tuvo que haberlo escogido T. C. No tiene ni pizca de buen gusto. Y tu nuevo rostro. Sabes que detesto a los niños bonitos...

David la hizo callar con un beso.

—Sigue siendo la única manera de hacerte callar, ¿no?

—Pues entonces no te quedes ahí como un pasmarote, Baskin. Hazme callar.

PARA MÁS INFORMACIÓN VISITA:

www.serienegra.es